
NADIE LLORO
al comisario
Alvaro-Castillo

NADIE LLORÓ AL COMISARIO

ALVARO CASTILLO

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.
© Portada diseñada por  Lola Sungai
sungailola@gmail.com

NADIE LLORÓ AL COMISARIO

INDICE

PRIMERA PARTE

I) LA PETICION DE GRACIELA INGOLD
II) LA DEBILIDAD DE MARGANESI
III) LA SUCIEDAD DE CORRÓCHANO
IV) EL MIEDO DE JOSEFINA
V) LA ESPERANZA DE MARAGALL
VI) LA FUGITIVA

SEGUNDA PARTE

I) EL TRABAJO DE PIERNAS DE VERRASZTO
II) EL HERMANO DEL BASURA
III) LA MUERTE DEL GENERAL
IV) EL RASTRO DEL FRANCHUTE
V) LA SOLEDAD DE JOSEFINA

TERCERA PARTE

I) EL CAFÉ DEL TURCO ASUERO
II) LOS RAZONAMIENTOS DE LOS DOS BORRACHOS
III) LAS DOSIS DEL GORDO GORDO
IV) LAS VELEIDADES DE LOS MUCHACHOS
V) LA ESTRATEGIA DE FILLOL
VI) EL SECRETO DEL SENADOR MILLARES

CUARTA PARTE

I) LA NOCHE DEL APAGON
II) LA POESíA DE LA CARRETERA
III) LA BELLEZA TRISTE DE SACRAMENTO
IV) LA AMIGA DE JOSEFINA

V) EL FINAL DEL VERANO

QUINTA PARTE

I) LAS PERPLEJIDADES DE LA REPÚBLICA ORIENTAL
II) LA ESTULTICIA DEL DETECTIVE SUAZO
III) LA CADENA DE MANDO
IV) LA POLIOMIELITIS
V) LOS OJOS MUERTOS DEL CHUECO ALCORZA
VI) LAS AGONIAS DEL DOCTOR LALANDRA

BIOGRAFÍA Y ENLACES

PRIMERA PARTE

I) LA PETICION DE GRACIELA INGOLD

1.

Parecía que Montevideo no se iba a terminar nunca de despertar. Nubes pesadas como últimos sueños colgaban del cielo sobre la ciudad. No soplaba ni brizna de viento y el aire estaba quieto y era cálido y denso, muy húmedo, difícil de respirar. Lentas gaviotas soltaban ásperos graznidos sobre el mar.

Asomado a la única ventana de su dormitorio, en el undécimo piso del mal llamado Palacio Lecumberri, Deluc miraba hacia afuera con expresión de disgusto. Un viejo carguero de bandera seguramente liberiana o panameña (no se la alcanzaba a distinguir en la distancia), propiedad sin duda de armadores griegos o de chinos de Hong Kong, hacía sonar su bocina frente a la bocana del puerto, conducido por dos pequeños remolcadores que parecían aún más viejos.

Con una sonrisa torcida, cansada, que más parecía una mueca, Deluc se apartó de la ventana y se empezó a vestir. Estaba en calzoncillos. Sobre la cama, estaban desplegadas las distintas piezas de su vestimenta: la corbata, la camisa, la chaqueta, el pantalón, los calcetines. Deluc era un hombre en extremo ordenado.

Con el pelo aún húmedo de una ducha reciente, afeitado minutos antes y con la piel de la cara sonrosada todavía, Deluc se miraba en el espejo del armario al tiempo que se vestía. Era un hombre no muy alto (era en realidad bastante bajo) y más bien rollizo, de pelo castaño encrespado, facciones aniñadas a la par que bastante vulgares y unos ojos oscuros y

mansos, con las pestañas muy largas, que revelaban una singular inteligencia. Tenía poco más de treinta años (nadie sabía exactamente cuántos).

Sonó el teléfono y Deluc levantó el auricular antes del segundo timbrazo.

-¿Quién? –preguntó.

-Quiero verte –dijo una voz de mujer-. Mi marido ya se ha ido.

-En un rato estoy allí.

Después de salir del apartamento, mientras esperaba los ascensores, Deluc se puso a cantar, en voz muy baja:

Rechifláu en mi tristeza
Hoy te evoco y veo que has sido
En mi pobre vida paria
Sólo una buena mujer
Tu presencia de bacana
Puso calor en mi nido
Fuiste buena y consecuente
Y yo sé que me has querido
Como no quisiste a nadie
Como no podrás querer.

Deluc dejó de cantar cuando salió a la calle.

Eran más o menos las cuatro de la tarde.

2.

Eran las siete y media, aproximadamente, cuando Deluc, con su perramus amarillo encima del traje, empujó una de las puertas batientes del

Gran Café Neutral y se acercó al mostrador. Alrededor de una mesa, hacia el fondo del local, había varias personas que hablaban en voz alta y excitada. Acodado en el mostrador, Deluc hizo un vago saludo hacia ellas.

De la mesa lo llamaron:

-¡Eh, Franchute!

-¿Qué pasa?

-Acércate.

Una vez que el patrón le hubo servido su grappa con campari Deluc se acercó a la mesa.

-Tráete una silla y siéntate.

Había cinco personas alrededor de la mesa, tres hombres y dos mujeres. Deluc los conocía a todos. Eran periodistas, como él.

-Parece que pasa algo –dijo, al tiempo que se sentaba-. Los noto a todos nerviosos.

-¿No te has enterado?

-¿De qué?

-Mataron a Pérez Moles, esta mañana.

-¿Al comisario?

-¿Hay otro?

-No creo que muchos lo lloren.

-Nadie lo llorará.

La que dijo esto último, con acento duro y definitivo, fue Nadina Olmedar, una reportera del semanario Nuevo Tiempo.

-¿Se sabe quién lo mató?

-Los turcos, seguramente –dijo Maragall.

Era el jefe de información de El Manantial, el matutino en el que trabajaba Deluc.

-Los armenios, querrás decir.

-¿No son lo mismo?

Maragall se burlaba.

-Que no te oiga un turco, Maragall –dijo Deluc-. Ni un armenio.

-Como todos sabemos, mataron a Bardasanián hace un par de semanas –dijo Marganesi, el encargado de la página negra (o de policiales) de El Manantial-. Seguro que Pérez Moles tuvo algo que ver con aquello. Lo de hoy ha sido una venganza.

-Los armenios no se vengan –dijo el Chino Balcárcel-. Son gente práctica y sensata, Marga. Su principal preocupación, hoy por hoy, es saber quién va a ocupar el lugar de Bardasanián. Y cómo. Correrá más sangre, lo apostaría.

Balcárcel cobraba de La Voz del Plata, donde hacía no se sabía bien qué. Era galán de fotonovelas, aparecía de vez en cuando en televisión y había sido una estrella del deporte hasta pocos años antes. Era un hombre grande y fuerte, alto, de facciones asimétricas y toscas y ojos rasgados (de ahí su apodo), con una expresión, por lo general, entre burlona y de perdonavidas. Deluc y él se llevaban bien; se llevaban de hecho mucho mejor de lo que hubiera sido dable suponer, teniendo en cuenta lo diferentes que eran.

-Fueron los turcos –insistió Marganesi.

-Los armenios –lo corrigió suavemente Nadina Olmedar.

Marganesi era un tipo lateral, solapado, que a Deluc le caía mal. Tenía fama de ser el mejor reportero de crónica negra de la ciudad, lo que para Deluc (sin duda) significaba muy poco, ya que (bien se sabía) él jamás leía las noticias policiales. Nadina, por el contrario, era un encanto de criatura: tenía poco menos de treinta años, una melenita corta cobriza, nariz algo respingona, labios llenos y ojos muy grandes, de mirada que tanto podía ser ingenua como maliciosa. Sin ser una beldad, ni mucho menos, era una

mujer muy atractiva, y lo sabía. Se decía que Balcárcel y ella habían tenido sus más y sus menos algún tiempo antes.

-¿Quién se ha hecho cargo en Homicidios? –preguntó Deluc-. ¿Corróchano?

-¿Quién si no?

-Pareces muy interesado en el asunto, Franchute.

-No te voy a pisar tu terreno, Marga, tranquilo.

-No me lo podrías pisar aunque quisieras.

-No provoques al Franchute –dijo Maragall, con una risotada.

José Luis Maragall, al que nadie llamaba por sus nombres de pila (había quienes lo llamaban Flaco), era alto, muy flaco (en efecto), encorvado, inteligente, muy cultivado. Haragán, también. Se lo tenía como un magnífico periodista. Llevaba el pelo largo y siempre mal peinado y lucía bigote de guías colgantes. Sus ojos oscuros chispeaban malicia. Hacía tiempo que su única ambición era largarse a Europa, concretamente a París; había recibido algunas vagas ofertas en ese sentido.

-Conmigo –amenazó Marganesi- mejor no pasarse de vivo.

La segunda mujer del grupo, Graciela Ingold, no había abierto la boca hasta aquel momento. Había saludado a Deluc con una ligera sonrisa. Estaba sentada rígida, al parecer algo incómoda. También nerviosa y tensa. Era la primera vez que Deluc la veía allí.

Graciela Ingold era una mujer todavía hermosa (frisaba los cuarenta), de endrina cabellera, nariz fina y ligeramente corcovada y ojos de tinte verdoso. A pesar del maquillaje, muy medido por lo demás, se le notaba en la tez una palidez cerúlea.

-¿Tú nada tienes que decir, Graciela? –le preguntó Deluc.

-¿Qué quieres que diga? –contestó ella, con su atractiva voz grave, ligeramente ronca-. Los crímenes no son lo mío.

-Tampoco lo mío –dijo Deluc.

-Yo escucho –dijo Graciela, en voz algo más baja.

-El asesinato de Pérez Moles va a ser sonado –afirmó Marganesi, con esa confianza en sí mismo característica de él y un poco aburrida y absurda-. Muy sonado.

A Marganesi se le daba bien decir obviedades.

-¿Cómo lo mataron?

-De un tiro, en la puerta de su casa. Un tiro en la nuca. Si eso no es una ejecución…

-¿De un solo tiro? –inquirió Deluc-. ¿Los armenios? Si esos gastan veinte balas en cazar un pajarito…

-Un único disparo, a treinta centímetros, con una veintidós. Un asesino profesional, contratado.

-Los armenios no contratan asesinos, Marga –dijo Balcárcel-. Los tienen en plantilla. Y no son de los que tiran un solo tiro, como bien ha dicho el Francés. A Bardasanián, por lo que sé, le metieron veinte balas, por lo menos.

-A Bardasanián no lo mataron los turcos, que son sus compinches y compatriotas. No me extrañaría que lo haya hecho matar Pérez Moles, si no lo mató él en persona.

-¿Cómo puedes decir eso, Marga? –preguntó Balcárcel-. Hablas como si lo supieras de seguro

-No es que lo sepa –dijo Marganesi-. Es una hipótesis.

-¿La basas en qué?

-Pérez Moles era una bestia, capaz de cualquier cosa –se explayó Marganesi: era lo suyo-. Bardasanián y él fueron carne y uña. Hicieron muchos negocios juntos; negocios sucios, por supuesto. De un tiempo a esta parte, no obstante, estaban distanciados, y se decía que su antigua amistad

se había convertido en un franco antagonismo, si no en un abierto enfrentamiento.

Marganesi paseó una mirada desafiante por los cinco rostros que lo circuían.

-Bardasanián –señaló- sabía cosas que hubieran puesto en graves aprietos a Pérez Moles. Eso seguro.

-¿Qué cosas? –preguntó Graciela Ingold, tímidamente.

-Pérez Moles –dijo Marganesi, con una peculiar entonación de rabia, cabía que de odio- era el policía más corrupto de la ciudad, lo que ya es decir. Era capaz de cualquier cosa –repitió-. De cualquier cosa. Corrompido hasta la médula.

-No es ningún secreto –dijo Graciela Ingold-. Hasta yo lo sabía, que no sé casi nada.

Graciela Ingold llevaba el suplemento de Arte y Literatura de El Manantial, que salía los jueves (entonces era un domingo). Ella misma era poeta, y nada mala, al decir al menos de los especialistas. Nunca le habían interesado, que se supiera, ni los asesinatos ni ninguna otra forma de la violencia y/o la delincuencia ni tampoco las enredadas cuestiones financieras y/o políticas que eran el habitual caldo de cultivo de los chismorreos de los periodistas.

Maragall (por ejemplo) no entendía muy bien qué hacía Graciela allí.

En aquellos momentos, Graciela miraba a Deluc a los ojos y le sonreía.

-¿Subes a la redacción? –le preguntó.

-Subimos todos –dijo Maragall.

-Yo no –dijo Marganesi-. Tengo que ir a Jefatura, a ver si consigo sacarle algo a Corróchano.

-Difícil papeleta, Marga –dijo Balcárcel.

-Lo será para ti –dijo Marganesi, con arrogancia-. No para mí. Conozco a Corróchano de hace una punta de años.

-¿Corróchano es ese detective gordo y grande? –preguntó Graciela Ingold.

-Uno muy sucio –dijo Balcárcel-. El más mugriento.

-Será lo que sea –dijo Marganesi, con acento áspero-, pero es el mejor policía que tenemos.

-El mejor, para colmo -dijo Balcárcel, con una corta mueca de disgusto.

-Éramos pocos y parió la abuela –dijo Nadina Olmedar, sin que al parecer viniera a cuento de nada.

-Nos papamos la penúltima –propuso Maragall-. A esta ronda invito yo.

Al rato se dispersaron.

Balcárcel y Nadina se fueron juntos y Marganesi a solas.

3.

Llovía cuando Deluc salió del Neutral. Lo acompañaban Maragall y Graciela Ingold. Fueron los últimos en irse. Bajo la lluvia, el aire se había vuelto más ligero, más respirable. Maragall había tomado a Graciela por un brazo y le hablaba a media voz.

-¿Vas a empezar a publicar ese artículo mío o no?

-Ya te he dicho que sí. Pero para este jueves no; para el siguiente. Y los dos subsiguientes, es claro.

-Me vienes diciendo lo mismo desde hace un mes, Graciela, tesoro. Si no te interesa dímelo. Lo mando a Trinchera. Allí seguro que me lo publican.

-Eres una especie de jefe mío –se rio Graciela-. ¿Cómo no voy a publicar tu artículo?

-Yo no soy jefe de nadie –se quejó Maragall-. Eso son cuentos. Soy sólo una pequeña pieza de una maquinaria que podría funcionar igual de bien sin mí. ¿O no, Franchute?

-¿Sigues pensando en irte a París?

-A la central de France Presse, en efecto. He hablado un par de veces con Lacruelle, que me apoyará. Me lo ha asegurado. Sabes quién es, ¿no?

-¿El delegado de France Presse aquí?

-Un franchute, como tú.

Maragall movía mucho las manos, con un entusiasmo algo impostado, quizá resultante de la ingesta reciente de alcohol.

-Además –agregó- estoy haciendo méritos, Franchute. Escribí un elogioso artículo en tres partes sobre la moderna novelística francesa, por ejemplo, que Graciela no me quiere publicar. Jouhandeau, Montherlant, Genet, Camus, Giono, esa gente. Inclusive Simon, Butor y Robbe-Grillet. Me los tuve que leer a todos de cabo a rabo, ¿qué te parece?

-Un esfuerzo que a mí me mataría, Maragall. Una tortura, mejor dicho, sobre todo los tres últimos. ¿Cuándo te vas?

-Aún no lo sé. Espero estar instalado en Montmartre dentro de unos meses. Tú, por cierto, eres de allá, ¿no? ¿Naciste en París?

Deluc no contestó. Nunca contestaba a esa clase de preguntas, y Maragall lo sabía. Preguntaba por preguntar; por fastidiar.

4.

Considerado como uno de los tres o cuatro mejores reporteros de Montevideo, es decir de la república, Deluc era un tipo solitario y un sí es no es misterioso, acaso paranoico (o eso por lo menos lo pensaban muchos), del que poco o quizá nada se sabía. Él nada decía.

Deluc no tenía pasado y apenas si tenía un tenue y elusivo presente. Unos decían que había nacido en Francia, otros que en alguna isla francesa del Caribe, otros que en Siam o Malasia, o en Siria, el Líbano o el Camerún; o en el Canadá francés. No se sabía quién había sido su padre, ni su madre, ni si tenía parientes vivos en algún lugar del mundo. Tampoco se sabía si estaba casado o soltero ni si era viudo o divorciado; su vida personal (si la tenía) era un enigma. Nadie conocía su nombre de pila, caso que lo tuviera. Todos lo llamaban Deluc, o Franchute o Francés.

Deluc había caído como del cielo sobre Montevideo, procedente nadie sabía de dónde (aunque hablando un español perfecto, sin matices dialectales discernibles), hacía más o menos una década. Llevaba siete u ocho años en la plantilla de El Manantial.

5.

Una vez en la redacción, en cuanto Maragall se hubo alejado de ellos, Graciela Ingold le dio un tironcito a Deluc de una de las mangas del perramus.

-Tengo que hablar contigo en cuanto puedas, Deluc.

-Estoy a tu disposición, Graciela. ¿De qué se trata?

Deluc era siempre muy amable.

-Es difícil. ¿Subimos?

Una escalera, en mitad de la redacción, conducía a la planta superior, donde había algunas salitas para conversaciones privadas, con sillones y

una mesa. Los dos se metieron en una de las salitas, que estaba a oscuras. Deluc encendió la luz del techo. En las paredes había algunos cuadritos deslucidos con escenas del campo. Un ventanuco negro sin cortinas mostraba su ojo ciego a la noche.

-Mejor que cierres –dijo Graciela.

Deluc obedeció. Los dos se sentaron.

-Es por mi sobrina –dijo Graciela-. Una hija de mi hermana mayor.

Deluc la miraba callado, con el perramus todavía puesto. Se inclinaba hacia adelante en el sillón y sus brazos descansaban, con las manos entrelazadas, sobre sus rodillas. Graciela revolvió en su bolso y sacó un atado de cigarrillos Newport, mentolados.

-Cuando estoy muy nerviosa fumo –dijo-. ¿Quieres?

-Prefiero los míos, Graciela, gracias –contestó Deluc.

Extrajo de un bolsillo un paquete arrugado de Singulares, tabaco negro de labor nacional, y encendió el pitillo de Graciela y el suyo propio con un encendedor de imitación Zippo, que soltó una vaharada al hacer llama.

-Soy todo oídos –dijo.

-Es tan difícil.

Graciela Ingold se mordisqueaba el labio inferior y sus ojos inquietos, y cabía que asustados, viajaban de las paredes a la cara de Deluc y viceversa.

-Además no sé… -continuó diciendo-. Cabe que no sea nada, que no pase nada, que sólo sean imaginaciones de Cristina. Es mi hermana. Su hija, mi sobrina Josefina, es una chica encantadora, Deluc. Mejor dicho lo era. Hace un tiempo se fue de su casa, rompió con su novio, se instaló en un apartamento en Rodó y Javier de Viana. ¿Quién se lo paga, Deluc? No ella, con su sueldito.

-¿Dónde trabaja?

-En Subsistencias. Tiene vacaciones pagadas y un horario más o menos a su capricho, pero cobra una miseria; un sueldito de morondanga, Deluc. Y se ha instalado en ese sitio, en un apartamento amueblado, caro sin duda. ¿Quién se lo paga?

-¿Quieres que lo averigüe?

-Quiero que hagas algo más, Deluc

Graciela insistía en mordisquearse el labio de abajo, al tiempo que tironeaba nerviosa de los dedos de una mano con los de la otra; el cigarrillo humeaba entre el índice y el mayor de su diestra.

-Verás –dijo.

Sólo había pitado del cigarrillo al encenderlo. Después lo había dejado allí, olvidado, entre sus dedos. La ceniza ya larga cayó sobre sus faldas plisadas.

-Es tan difícil –dijo.

-Somos amigos, Graciela.

-Si no lo fuéramos…

Graciela se enderezó, apagó el cigarrillo en el cenicero de cristal que estaba sobre la mesa y tragó aire. Lo dejó salir lentamente. Parecía más decidida. Habló atropelladamente:

-Recibe de mala gana a su madre, cuando va a verla, y jamás va a visitarla ella. Josefina, quiero decir. Es mi sobrina. Se llama Josefina Lalandra. Su padre…

-Sé quién es su padre –dijo Deluc, con una especial dureza-. Me lo imagino, al menos.

-Dejémoslo –dijo Graciela, con cierta precipitación-. Josefina se veía con un muchacho, Deluc –vaciló-. Con un hijo de ese comisario al que mataron.

-Caray –dijo Deluc.

-Eran novios, más o menos, pero rompieron. Josefina rompió. Cristina, mi hermana, cree que el apartamento se lo paga el comisario. Se lo pagaba, quiero decir, hasta hoy.

-¿Cree?

-¿Quién si no, Deluc?

-¿Qué edad tiene tu sobrina?

-Veinte –Graciela vacilaba, parpadeaba y no dejaba de mordisquearse el labio-. Veinte, sí. Veinte.

-¿El padre qué dice?

-¿Tú crees que él pudo matar al comisario, o hacer que lo mataran?

-Lo conocerás tú mejor que yo, Graciela.

-Es un canalla.

-Eso tengo entendido.

-Era el protector de Pérez Moles –dijo en voz tenue Graciela-. Supongo que se repartían entre los dos las ganancias de todos esos chanchullos en los que se asegura que estaba metido ese comisario malnacido.

-¿Qué decía Lalandra de que su hija se haya ido de casa?

-Estaba furioso. Siempre ha sido muy sobreprotector con Josefina, aunque también muy severo. Mi hermana y él están divorciados. Sabrás que él es el secretario técnico del Ministerio del Interior. Lleva no sé cuántos años en ese cargo. Los ministros pasan, Deluc, pero Germán Lalandra permanece.

-¿Estás segura de que era el protector de Pérez Moles?

-Cristina está segura –dijo Graciela-. ¿Cómo puede si no ese policía tener la casa que tiene? Que tenía, quiero decir. Y tenía un par de autos, también, y una segunda casa de verano, y una lancha motora, y no sé

cuántas cosas más. Necesitaba de un protector, es natural, y nadie mejor situado que Germán Lalandra. Tengo tanto miedo de que se sepa, Deluc.

-¿Lo de tu cuñado?

-Lo de mi sobrina –dijo Graciela; luego remató, con la voz entrecortada de furia-. Germán, mi cuñado, mi ex cuñado, mejor dicho, por mí que reviente.

-¿Qué quieres de mí concretamente, Graciela?

-Que lo averigües todo.

Graciela Ingold se inclinó sobre la mesa, extendió un brazo y le acarició a Deluc el dorso de una mano con unos dedos nerviosos y fríos, algo temblorosos.

-Y que protejas a Josefina, de lo que sea y de quien sea. Si alguien puede, al menos alguien que yo conozca, ése eres tú, Deluc. ¿Lo harás? De más está decirte que nadie más debe saberlo, eso sí. Sólo tú y yo. ¿Lo harás? –repitió- ¿La protegerás?

-Lo intentaré, Graciela. Por ti –dijo Deluc-. Pero eso sí, Graciela. Lo haré a mi manera.

-No te pido otra cosa, Deluc.

-Hay un par de cosas que necesito saber.

-Todo lo que tú quieras, Deluc.

Hablaron un rato más y se separaron

II) LA DEBILIDAD DE MARGANESI

1.

La sala de redacción estaba en la segunda planta del edificio de El Manantial. En la quinta, compartiéndola con el Departamento de Fotografía y Huecograbado del periódico, estaba la delegación de Worldwide Press, una agencia americana de noticias especializada no en primicias ni en sucesos de la índole que fuera ni en la información escueta habitual que transmitían las agencias, sino en largos reportajes y comentarios de política y economía (aunque también de deportes, con especial inclinación por el boxeo), con la que Deluc en ocasiones colaboraba.

El delegado de la Worldwide era un apátrida de nombre Henrik Dvila, un cincuentón encorvado, con gafas muy graduadas y ojos desvaídos y casi inertes. Se decía que la agencia era una tapadera de la CIA. A Deluc (al parecer) no le importaba. En alguna ocasión había dicho que no se lo creía y que, de serlo, tanto le daba.

'Pagan en dólares', había agregado, como si eso bastara.

Henrik Dvila, aquella noche, recibió a Deluc con una sonrisa pálida.

-Siéntate, muchacho –le dijo-. ¿Qué me traes?

En el ascensor, mientras subía del segundo al quinto piso, y una vez en éste, mientras se dirigía a la delegación de Worldwide Press, Deluc entre silbaba, canturreaba y tarareaba:

¿Te acordás, hermano
La rubia Mireya
Que quité en lo 'e Hansen
Al loco Rivera
Una noche casi

Me matan por ella
Y hoy es una pobre
Mendiga harapienta
¿Te acordás, hermano
Lo linda que era
Que formaban rueda
Pa' verla bailar?
Cuando por la calle
La veo tan vieja
Doy vuelta la cara
Y me pongo a llorar

La delegación de la Worldwide consistía en un cubículo con varias máquinas de télex y teletipo y el despacho de Dvila. Ambos daban a un breve pasillo con la puerta siempre abierta (a menos que no hubiera nadie en la delegación). Dvila al margen, la delegación consistía en un único redactor fijo, un hombre gordo, lento, pesado y calvo, siempre sudoroso y que respiraba con dificultad. Se llamaba Borchen y era argentino. Al entrar, Deluc lo había entrevisto, por la puerta entreabierta del cuarto de teletipos, revisando un largo rollo mecanografiado, que colgaba de sus manos hasta el suelo. Después había llamado al despacho de Dvila y había entrado.

-Vengo a pedirle un favor, Dvila.

-¿Un favor?

A Dvila no pareció gustarle. Sacudió la cabeza, con el aire de un caballo nervioso. Se sacó las gafas y les echó el aliento. Las frotó después contra una de las mangas de su vieja chaqueta y se las volvió a poner en la nariz.

-¿De qué se trata? –preguntó.

-Supongo que sabrá que hoy mataron a un comisario de policía.

-Un hombre al que nadie echará de menos, por lo que tengo entendido.

-Quiero que, si se le pregunta, diga usted que me ha encomendado que siga ese asunto, como reportero, para Worldwide Press.

-¿Nos interesa ese asunto, Deluc?

-No, por supuesto que no. Sólo le pido que me respalde.

Un mechón gris, muy lacio, le caía a Dvila sobre la frente. Sus ojos, claros y sin brillo, miraban fríamente a Deluc por encima del reborde de las gafas. El hombre se acomodó el mechón en la cabeza y se frotó ésta con un ligero temblor. Tenía dedos largos pero más bien fofos, desagradables, con rollitos entre las falanges.

-De acuerdo –dijo-. Lo respaldaré…si me lo preguntan. Por lo demás no abriré la boca.

-No le pido más, Dvila –dijo Deluc-. Lo invito a un trago.

Henrik Dvila era muy bebedor. No era parroquiano del Neutral, que quedaba junto a La Voz del Plata, por Juan de la Cruz, a ciento cincuenta metros de El Manantial, sino de otro café, el Metrópolis, que quedaba más cerca, en la misma esquina de este último periódico. Todas las noches, a partir de alrededor de las diez, antes de irse a su casa, se veía allí a Dvila, en el Metrópolis, como enraizado a una esquina del mostrador y con sucesivos vasitos de amarga con vermouth en una mano.

-No le diré que no, Deluc –dijo Dvila, incorporándose, al tiempo que hablaba, detrás de su mesa escritorio.

A pesar de que hacía todavía bastante calor, Dvila se puso minuciosamente su abrigo (tan viejo como su traje) y se enrolló al cuello una bufanda marrón, de lana. El sombrero (viejísimo) lo llevaba en la mano. Al pasar frente a la sala de las teletipos golpeteó en la puerta con los dedos.

-Me voy a casa, Borchen.

-¿Tan temprano?

-No se olvide de cerrar al salir, Borchen. ¿Ha llegado ya lo de Roma?

-Aún no.

-En cuanto llegue avise a El Matutino.

Borchen no contestó. De pie, reclinado sobre una de las máquinas, resoplaba y sudaba. Tenía la cara roja y expresión enfurruñada. La gente lo consideraba un cuarentón amargado, carente de todo interés.

-¿Cómo van las cosas? –preguntó Deluc.

-Estamos en gestiones con Canal Seis de televisión –dijo Dvila, de camino a los ascensores-. Les interesa contratar nuestros servicios de imagen y sonido, pero ofertan menos de lo que es nuestra tarifa habitual.

-¿Y cuál es su tarifa habitual, Dvila?

-Bastante menos –dijo Dvila, a modo de respuesta-. A ver si un día nos trae una buena historia, Deluc. Hace ya tiempo que no nos trae nada.

-Veré qué se puede hacer –prometió vagamente Deluc.

2.

Un rato más tarde, al volver a la redacción de El Manantial, Deluc se percató de que Lanzarote Bauleo lo llamaba con la mano. Se sacó el perramus, lo colgó del perchero y fue a la mesa de Bauleo.

-¿Sí?

-El perro te busca –lo informó Bauleo.

El perro, con minúscula, era como llamaban en la redacción (a sus espaldas), a Godoy, el redactor responsable del periódico. Bauleo era uno de los dos redactores en jefe, un hombre gordo y de cara alargada y triste, de brazos cortos y gruesos y pantalones bolsudos. Tenía un enorme trasero, que se sacudía mucho cuando él andaba. Ahora, no obstante, Bauleo estaba

sentado, con expresión triste y los ojos llorosos. Tenía delante, en una mano, unas hojas pautadas con líneas numeradas escritas a máquina.

-¿Para qué?

-No lo sé. No lo dijo. Quería saber dónde estabas.

El cubil de Godoy, encristalado en tres de sus caras, se cernía en una esquina sobre la sala de redacción, a unos tres metros de altura. Se llegaba hasta él por una breve escalerita de hierro. Deluc la subió y llamó.

De pie, inclinado sobre una larga mesa abarrotada de cosas (papeles amontonados y desparramados, el teléfono, una escuadra, una botella mediada de pastís Pernod, un vaso usado, una botella de agua mineral, un cenicero de metal, una vasija de barro con lápices y lapiceros, la pesada máquina de escribir, un hombrecito de madera articulado, envoltorios de sandwichs arrugados, regueros de migas, un sombrero en una esquina…), Godoy corregía unas galeradas con un grueso lápiz rojo y azul. Tenía su sempiterno toscano clavado en un rincón de la boca, del que salían nubecitas de humo como arrítmicas señales morse.

Godoy era un individuo bajo, flaco, de tez cetrina, nervioso, de pelo gris y cara chupada, parecido a una comadreja.

-¿Dónde estaba usted, Francés?

-¿Por qué?

-¿Qué hay de esa reunión de mañana en el Senado?

-No dará ni para fuegos artificiales, Godoy. Hablé ayer con Badalá, con Millares y con Crespo. Y esta tarde, por teléfono, con Gorostiza y Amudio. No existe ni el menor interés en interpelar a García Baliño. Esta noche, por lo demás, quedé en telefonearle a don Justino Arrascaeta.

-Don Justino –escupió Godoy-. Vaya muestra de respeto. Sabe usted muy bien que para este periódico ese señor no existe. Los bolcheviques son el enemigo, Francés.

-Pueden morder el cordón umbilical que nos une a la embajada americana. Lo tengo presente.

-No bromee, Francés.

-Ocurre que los bolcheviques, como usted los llama –explicó Deluc, con acento tranquilo, lento y algo burlón-, son los únicos interesados, en este momento, en alborotar el avispero, mi querido Godoy. Es claro que poco pueden hacer con un único senador, pero creo que interesa saber qué dice él. No para citarlo siquiera, si a usted no le parece.

-Citarlo, en fin –Godoy se pasó una pensativa mano amarillenta por la mitad inferior, rasposa, de su cara-. Citarlo no, no. Tampoco conviene. Los bolcheviques no existen en este país, Francés. Y caso que existan nosotros no los vemos. Y si los vemos…

Godoy cerró la boca, mordiendo el toscano.

-No me haga decir cosas de las que luego me arrepienta, Francés –añadió-. Pero háblele, háblele usted a ese sujeto, a ver qué dice. Seguro que mañana se mandará la típica soflama incendiaria en el senado.

-Poco les queda a los bolcheviques que no sean las soflamas incendiarias, Godoy.

-¿Qué dice Millares? Es un legislador blanco, y agresivo, y encabeza el sector más opositor al gobierno colorado.

-Millares se mandará también su soflama, Godoy. Tronará, pero no caerá la lluvia. Los blancos y los colorados, sean del sector que sea, comen de las mismas pasturas desde hace demasiado tiempo, bien que se sabe.

-Hay que hacer creer que comen en pasturas cada vez más distintas, Francés.

-Por supuesto.

-Y éste es un periódico imparcial, independiente –dijo Godoy-, no lo olvide. No somos blancos ni colorados. Ni socialistas, ni fascistas ni

comunistas. Somos principistas.

-Principistas, sí. Nadie sabe bien con qué se come eso.

-Tal vez tenga usted razón, Francés.

Socarrón, Godoy casi sonreía; sentía una soterránea debilidad por aquella especie de francés, algo que no podía evitar, ya que en sus años mozos había sido anarquista, y Deluc, a su manera (al menos para Godoy), también lo era. Una enfermedad, pensaba Godoy, que se curaba con el tiempo.

-Igual creo que en este caso –prosiguió Godoy, mordisqueando su toscano- hay que apoyar con inteligencia a la página editorial, ya que sin duda nuestro director se volcará exigiendo la interpelación del ministro. Confío en usted, Francés.

-¿De qué espacio dispongo?

-De ocho a diez hojas pautadas. Ni menos ni más.

-No lo darán en primera página, espero.

-¿Qué?

-Lo que yo escriba de la reunión de mañana en el Senado, sea lo que sea.

-En primera página, si no hay golpe de estado en Argentina, que siempre puede pasar, o si no estalla la tercera guerra mundial, irá el asesinato de ese policía.

-¿Nada más?

-Tal vez el párrafo de entrada de su crónica, Francés. Y algo de internacional, supongo, o de turf o de deportes. ¿Qué más da? Todavía no lo he decidido. ¿Por qué?

-Sólo por curiosidad, Godoy.

-Un párrafo de entrada breve y contundente, Francés. ¿Me ha oído?

Deluc ya se iba. Había bajado tres o cuatro escalones.

-Como usted mande, Godoy.

3.

Esa noche, bastante más tarde, hacia las dos de la madrugada, Marganesi estaba medio derrumbado en su silla giratoria y basculante, detrás de su mesa. Había hablado con el inspector Corróchano dos horas. Antes había tratado de entrevistar a la viuda de Pérez Moles y a sus hijos (que se habían negado a hablar con él), se había recorrido de un lado a otro el barrio de Punta Redonda, donde vivía el comisario asesinado, tratando de hablar con gente que o no sabía nada o sabía muy poco o se negaba a hablar, y después había redactado un largo reportaje sobre el homicidio, así como otros tres breves artículos para acompañarlo. Había discutido de forma larga y tensa con el perro, que nunca parecía estar de acuerdo con nada. Había llamado por teléfono mil veces, a otras tantas personas confundidas y/o mentirosas. Había corregido, por lo demás, una aséptica, aunque embarullada biografía del comisario asesinado, que había escrito el incompetente de Burrull, que era su único colaborador fijo. Y había leído, releído y corregido, también, sucesivas pruebas de imprenta. Por otra parte, había seleccionado las fotos que acompañarían a los textos y hacía cinco minutos que había vuelto del taller, con aquel ruido espantoso que había allí siempre, donde había ayudado a compaginar la información, como hacía cada noche. Estaba rendido, le ardían los ojos y la garganta (no fuera cosa que encima cayera enfermo) y pensaba en largarse, sin esperar (por una vez) a corregir las últimas galeradas. Un toquecito en un hombro lo sobresaltó.

Era Deluc.

-¿Bajamos al Neutral, Marga?

-Pensaba irme a casa.

-No creo que el Neutral te quede mucho más lejos.

-Invitas tú.

-Por supuesto.

Camino del Neutral, asiendo a Marganesi por un codo, Deluc canturreaba entre dientes:

Si estos pastos conversaran
Estas pampas le dirían
Con qué fuerza la quería
Con qué pasión la adoré
Cuántas noches de rodillas
Silencioso yo me hincaba
Bajo el árbol deshojado
Donde un día la besé
Y hoy al verla envilecida
A otros brazos entregada...

-Nunca te ganarías la vida como cantor de tangos, Franchute.

-Tal vez no –reconoció Deluc-, pero canto bastante bien, según se me ha dicho, para ser un simple aficionado.

-A los que te dijeron eso seguro que les dabas lástima. Te gusta cantar por la calle, ¿verdad?

-Y en la ducha, y en el cine.

-¿En el cine? Tú estás loco.

-En el cine canto muy bajito, Marga.

4.

Ya sentados los dos a una mesa, en el Neutral, con sus respectivas bebidas (un whisky con hielo y soda para Marganesi y grappa con campari para él), Deluc preguntó:

-¿Qué te ha dicho Corróchano, Marga?

-Lo puedes leer dentro de un rato, Franchute, cuando salga la edición para el interior del país.

-No me interesa lo que se publique –dijo Deluc-. Me interesa sobre todo lo que no se va a publicar.

-¿Quieres comerme mi terreno, Franchute? ¿Qué demonios te pasa?

-Sabes que colaboro con Worldwide Press.

-En efecto, con la CIA. Y después vas y te las das de rojo y revolucionario.

-Yo no me las doy de nada, Marga. ¿Qué te dijo Corróchano?

-Lo que me haya dicho o dejado de decir es cosa mía.

-Podemos trabajar juntos en esto, Marga. Tú para el periódico y yo para la Worldwide. Dvila me ha pedido que bucee en el asunto.

-¿Por qué? Los crímenes no les interesan.

-Puede haber un trasfondo político, Marga. Puede que no hayan sido los armenios, sino los Muchachos –Deluc lo enfatizó con mayúscula-. ¿No lo has pensado?

-Pérez Moles nada tenía que ver con ellos. Del terrorismo se encarga Inteligencia y Enlace, el comisario Fillol. Hasta tú deberías saberlo.

-Lo sé, Marga, lo sé. Ocurre que Pérez Moles era un policía notoriamente corrupto, y tú sabes que a los Muchachos los afecta una especie de astigmatismo moral hipermétrope, que les hace ver las cosas bajo un prisma especial, deformante, que contiene una elevada dosis de moralina barata, si juntar estas dos palabras no es una redundancia. ¿Por

qué si no le volaron la casa al doctor Trueba? ¿Por qué si no le dieron aquella paliza bestial a Gross y a Medinabeitia? ¿Por qué si no ejecutaron, que es el término que ellos siempre emplean, a Ítalo Susmendi y al coronel Rato, para no hablar de Mitrione, ese verdadero agente de la CIA? ¿Por qué si no pusieron una bomba en los dorados predios del Club de Golf? Moralina pura, Marga. Pérez Moles, en ese sentido, podía muy bien ser un buen objetivo para los Muchachos. ¿No te parece?

Deluc terminó de hablar entre sonrisas; probablemente no se creía ni una palabra de lo que había dicho.

-Hasta ahora los Muchachos no han atentado contra ningún policía, Franchute. Han muerto algunos policías, sí, pero no en atentados. Y además, cuando matan a alguien, los Muchachos siempre lo publicitan.

-Siempre tiene que haber un primero, Marga.

-Si lo hicieran, si de verdad atentaran contra policías, tratarían de liquidar a Fillol, a Hermida, a Bastos, a Vasconcellos, a la gente de Inteligencia y Enlace. O al juez Mujica, en todo caso, o al fiscal Vargas Muñante.

-La Worldwide paga en dólares, Marga –dijo Deluc con voz lenta, seductora, convincente, también algo procaz-. Y paga bien. Si consigo colar un reportaje nos repartimos el dividendo.

-Estás muy interesado, Franchute.

-¿De acuerdo?

-Me lo pensaré. Págame otro.

Marganesi sacudió su vaso, en el que quedaba un residuo de hielo y un poco de líquido aguachento.

-Con que la suerte nos acompañe un poco –insinuó Deluc-, son por lo bajo unos trescientos dólares para ti.

-Conste que no me creo ni una palabra de lo que has dicho, Franchute –dijo Marganesi; el cansancio podía en él más que la desconfianza e incluso que la rabia-. No trates de pisarme el terreno, porque te costaría caro.

-La página negra de El Manantial es toda tuya, Marga, y en lo que a mí respecta lo será siempre. Vamos, ábreme el cuore.

Con su segundo whisky, que empezó a paladear lentamente antes de casi vaciarlo con un largo sorbo ávido, Marganesi habló, si bien (al menos al principio) casi a regañadientes.

-Corróchano descarta a los turcos –dijo, con una especie de rencor-. A tus armenios. Dice que no es su estilo, que los conoce bien, que no fueron ellos.

-¿Sospecha de alguien?

-Por un lado está la familia. Pérez Moles era una especie de tirano doméstico, al parecer.

Marganesi se calló por un par de minutos. Robó un Singulares del paquete que Deluc había dejado sobre la mesa y lo encendió con el falso Zippo de Deluc. Siempre que podía, el encargado de la página negra de El Manantial fumaba gratis: le daba igual que fueran rubios o negros, emboquillados o no, de labor nacional o importados, siempre que no tuviera que pagar por ellos. Marganesi era codicioso, ahorrador, avaro, agarrado, machete, amarrete y tacaño; se hacía pagar siempre lo que bebía, jamás convidaba de beber a nadie, llevaba un año entero seguido el mismo lustroso traje (se compraba uno al año con lo que ahorraba en pitillos y en bebida) y su callada mujer y sus desgraciados hijos (lo decían los que más lo conocían, entre los que no figuraba Deluc) tenían una perpetua cara de hambrientos y andaban siempre con ropas de segunda o de tercera mano.

-Por otro lado –prosiguió Marganesi-, según la viuda y los hijos de Pérez Moles, muy temprano sonó un timbre. Antes de las siete,

probablemente. En cuanto a eso, coincidieron todos ellos. Seguramente atendió el comisario, que al parecer ya se había levantado. Era un hombre muy madrugador, según su familia, y cada mañana tempranito sacaba a pasear al perro.

"Su hija salió a las siete y media para su trabajo y lo encontró allí, caído boca arriba en el jardín. Llamó de inmediato a la policía. Corróchano se personó en el lugar hacia las diez, con el sargento Verraszto. El forense, los técnicos, el fotógrafo y demás ya llevaban allí un rato. El doctor Carámbula, el médico forense, no sé si lo conoces, dijo que el comisario había muerto entre seis y media y siete, ni más temprano mi más tarde. Carámbula llegó lo bastante a tiempo como para poder fijar la hora de la muerte con mucha aproximación, cosa rara en estos casos.

"También estaba en la casa el médico de la familia, que no se apartó de la viuda mientras Corróchano la interrogaba. La mujer fue muy inconcreta. Una llamada al timbre la había despertado, pero ella en seguida se había vuelto a dormir. El comisario y ella tenían dormitorios separados. La mujer estaba sedada, drogada o borracha, en opinión de Corróchano. Los hijos fueron más útiles, aunque no demasiado.

-¿Cuántos son?

-Dos, un muchacho y una chica. El mayor es él. Se llama Juan Andrés y tiene veintiséis años. Trabaja en las oficinas de Automotores y Talleres Spadavecchia. Afirmó que todos dormían, salvo acaso su padre, que más o menos a esa hora solía sacar al perro, cuando aquellos timbrazos lo despertaron. La muchacha, por su parte, tiene veintidós años, se llama María Cecilia y trabaja en no sé qué departamento o qué del Ministerio de Obras Públicas. Estudia también, ingeniería de puentes y caminos. Está en el tercer curso de la facultad, donde al parecer ya se empiezan a especializar.

-Ella fue la que encontró el cadáver.

-Así es. Ya te lo he dicho. Sale muy temprano para su trabajo. Parece ser una de esas raras personas que no consideran que un empleo público no sea otra cosa que una canonjía, al que acudir para rascarse, pintarse los labios, parlotear, leer revistas y mirarse al espejo. Las hay.

-Eso parece. Gente seria. ¿También trabaja en domingo?

-No había caído…

A Marganesi se le agrandaron circunstancialmente los ojos, atravesados por finas rayitas amarillentas y rojizas. Acto seguido bostezó.

Deluc continuó:

-Me has dicho que Corróchano sospecha de la familia.

-No descarta que haya sido un trabajo interior. Sin embargo sus principales sospechas se encaminan, me parece, aunque él ha sido bastante difuso en ese sentido, hacia la persona o personas que llamaron al timbre. Es muy probable que Pérez Moles las estuviera esperando. Personas de su confianza, es de suponer.

-¿Quiénes?

-Ni idea, Franchute. Si Corróchano sabe algo, a mí no me soltó prenda. Me habló, eso sí, de Muley. ¿Sabes quién es?

-Un maleante, ¿no?

-Un socio muy menor de Bardasanián, de los turcos. Hace unos días, Pérez Moles estuvo un buen rato con Muley, en el Bar del Faro, cerca de su casa. Los reconocieron e identificaron. Al parecer se veían con cierta frecuencia. No se escondían, ¿eh? Es claro que Pérez Moles no podía saber que muy pronto lo iban a matar.

Marganesi sacudió su vaso.

-¿Tomamos otra?

-¿Por qué no?

-A Muley no lo han podido encontrar, todavía.

-¿Se oculta?

-Ni idea, Franchute. Ha pasado muy poco tiempo.

Llamado por Deluc, se acercó el mesero. Era un hombre joven, rubión, de ojos saltones, bastante encorvado y siempre sonriente. Era relativamente nuevo todavía en el local. Deluc no recordaba cómo se llamaba, caso que lo supiera.

-Tráenos otra vuelta –pidió.

-Grappa con campari y Ballantine's con hielo y agua –recitó el mesero-. Torno súbito.

-¿Sabías –dijo Marganesi- que el doctor Lalandra era muy compinche de Pérez Moles? Se conocían de toda la vida, como quien dice. Lalandra es el padrino de Juan Andrés, el hijo mayor del comisario. Se presentó en la casa, cuando Corróchano aún seguía allí. ¿Conoces a Lalandra? ¿Al doctor Germán Lalandra?

-De vista.

-Es uno de los tipos más arrogantes y prepotentes que te puedas echar a la cara.

-Es el secretario técnico del Ministerio del Interior, según tengo entendido.

-Es bastante más que eso, Franchute. Mucho más. Es el que manda en el ministerio; es el que hace y deshace. También en la policía. Lleva veinte años en su cargo, por lo menos. Y no es trigo limpio, que digamos. Nunca lo ha sido.

-Eso he oído.

-Pues el doctor Lalandra entró con sus grandes aires en la casa, y punto menos que echó de allí a Corróchano. Le dijo que dejara en paz a la familia, que no eran momentos, y que bla bla y bla bla. Corróchano, que de

hecho está subordinado a Lalandra, no tuvo más remedio que ahuecar. Estaba furioso. De Pérez Moles se negó a opinar, pero a Lalandra lo odia.

-¿Te lo dijo?

-No me lo tenía que decir. Se le notaba.

-¿Lo odia o sólo lo detesta?

-¿Qué diferencia hay?

-Detestar a alguien es fácil; es cosa de rodos los días. Odiar, en cambio…

-Odiar es propio de Corróchano. ¿Lo conoces?

-Por desgracia…

-Odio, Franchute.

Marganesi se calló por un momento y masticó aire entre dos tragos a su whisky.

-He escuchado… –dijo-. Y con esto ojo, Franchute…

-¿Qué has escuchado?

-Que de no ser por el manto protector de Lalandra, a Pérez Moles hace mucho que lo hubieran expedientado y acaso expulsado del Cuerpo. Lalandra y él no sólo son amigos desde hace mucho tiempo; también son medio parientes, según me han informado. No obstante, parece ser que hace poco, por no sé qué, los dos tuvieron una discusión brutal en el ministerio, a los gritos, en el despacho de Lalandra. Pérez Moles, por lo que dicen, se fue furioso. No hace de esto ni quince días. A Corróchano, me imagino, nada le gustaría más que poder colgarle el muerto a Lalandra, pero no sé. Es difícil imaginarse a un señorón como él apretando el gatillo.

-¿Y el tiro?

-¿Qué tiro?

-A Pérez Moles lo mataron con una veintidós, ¿no?

-En efecto.

-¿Y nadie oyó el tiro?

-Nadie, al parecer.

-Raro, ¿no?

-Una veintidós apenas si hace pof, Franchute. En un lugar cerrado suena fuerte, pero en la calle…

-Pero a esa hora, antes de las siete, debía reinar el silencio más absoluto, Marga.

-No, no. Se oyó una moto. En eso coincidieron varios vecinos.

-La moto se oyó y el disparo no.

-Puede que el ruido de la moto haya tapado el del disparo.

-¿Cómo saben que fue una veintidós?

-Estaba allí la pistola, a un metro del cadáver, Franchute. La pistola y el casquillo del disparo. Es una pistolita de mujer, según Corróchano. Poco más que una matagatos. Es una Astra, de fabricación española. Un arma muy imprecisa, de muy poco fiar. A un par de metros ya no sirve para nada que no sea impresionar. Y sólo a los muy impresionables.

Tras unos momentos, que insumió en paladear su whisky, Marganesi agregó:

-Es claro que a Pérez Moles le dispararon a no más de treinta centímetros de distancia.

-En la nuca.

-En la nuca.

-Por la espalda.

-Está claro.

-¿Estaba de cara a la calle o de cara a su casa cuando le dispararon?

-Cuando recibe un balazo de una veintidós en el cerebro, un hombre patalea y se sacude, Franchute. Inclusive cabe que dé algunos pasos a ciegas. El comisario cayó sobre unos macizos de flores y estaba de cara al

cielo y con los ojos muy abiertos cuando murió. Suelen caer boca abajo, en estos casos, pero él cayó boca arriba; cayó despatarrado, con las piernas separadas. Difícil de precisar en qué dirección miraba cuando le dispararon.

-Vaya contrariedad.

-Lo mismo opina Corróchano. Si Pérez Moles miraba a la calle, lo mató alguien de la casa. Si miraba a la casa, lo mató la visita. Aunque es claro, tampoco tiene por qué ser necesariamente así.

-Supongo que no.

-En cuanto al arma…

-¿Qué?

-Tenía el número de serie borrado, Franchute, tanto en el cañón como en la culata. No simplemente limado, sino borrado con ácido, lo que apunta hacia los bajos fondos.

-Las armas, tengo entendido, llevan también un número especial de referencia.

-Es una normativa que existe, que yo sepa, sólo en este país. Las armas de la policía todas llevan ese número, que se llama registro, no de referencia.

-Lo siento. El experto eres tú, Marga. Yo no.

-El número de registro se graba en el interior del cañón, pero no en las armas pequeñas, como esa veintidós. Sólo lo llevan las armas de gran calibre, como las treinta y ocho y las cuarenta y cinco. Y no siempre, ni mucho menos. En las de la policía hay un convenio con la firma americana de Smith y Wesson, que graba los números en origen. Ocurre, empero, que llegan al país muchísimas armas sin número de registro, y a la gran mayoría no se le graba nada.

-¿Por qué no? Si la ley lo exige…

-Es un proceso difícil y caro, que nadie sabe por qué diablos se considera obligatorio en este maldito país. En cuanto a esa Astra, no se sabe de dónde procede. Es imposible saberlo.

-Otra contrariedad.

-Tú lo has dicho, Franchute. Págame la penúltima.

Deluc se la pagó. Bebieron callados, pensativo Deluc y Marganesi bostezando. Deluc no tenía más nada que preguntar y Marganesi no tenía más nada que decir.

5.

Poco después Marganesi se marchó. Deluc lo acompañó hasta su coche, un castigado Renault de dos puertas, que estaba estacionado a un par de manzanas.

-¿Podrás conducir en el estado en que estás, Marga?

-Estoy bien, Franchute, estoy bien. Gracias de todos modos por preocuparte.

-Somos socios, no se te olvide.

-Fifty fifty con los dólares, Franchute. No me olvido. Tampoco es que me lo crea, pero en fin. Quiero creer, eso sí, que no me vas a traicionar.

-Sería incapaz, Marga.

Ya dentro de su vehículo Marganesi se rió con una risa sarcástica, más bien desagradable.

-Abur, Franchute.

El automóvil tosió, se sacudió y se alejó.

Deluc volvió a pie a su apartamento en el Palacio Lecumberri. Hubo gente a su paso que lo escuchó cantar, a media voz (no cantaba nada mal):

La más bonita del barrio
Se fue para el almacén
Sintiendo que a su costado
Un mozo le hacía el tren
Palpitó el apuntamento
Y sus pasos apuró
Quiso correr pero el mozo
Entró a tallar…y copó

III) LA SUCIEDAD DE CORRÓCHANO

Deluc y Corróchano se habían conocido cinco o seis años antes, a raiz del secuestro (y la posterior puesta en libertad) de la doctora (abogada) Clotilde García Larravide.

Los García Larravide eran una de las familias señeras no sólo de Montevideo, sino de todo el Río de la Plata. Procedían, al parecer, del matrimonio entre el virrey de Buenos Aires Manuel Enrique García Canstatt y Leonor Rodríguez de Larravide, padres de varios hijos e hijas entre 1780 y 1800.

De la rama argentina (la principal) de la familia, el más conocido (no el más importante) era el escritor Antonio Larravide, muerto hacia 1920 y

autor de varias novelas muy divulgadas en su tiempo, aunque hoy día nadie las leyera. Era el culpable de **Pampas de mármol**, **Un gaucho en Florencia**, **Entre los espejos**, **Gritos de amor y de muerte** y **…Campos de plumas**, así como de un largo ensayo sociológico sobre las vicisitudes del devenir sudamericano, muy leído y comentado en su momento (incluso por Unamuno), titulado **Razas malditas**.

Además del escritor hubo (y había), en Buenos Aires, dentro de la familia, abogados, políticos, diplomáticos y algún general de caballería. El más importante, no obstante, el más influyente sin duda, había sido el financiero y economista Joaquín Ignacio García Larravide, promotor (para muchos) del golpe de estado del general Uriburu que había apartado del gobierno a los radicales de Hipólito Irigoyen en 1930. La influencia de aquel financiero patricio, cuarto de siglo después de su muerte (acaecida en 1947), aún se dejaba sentir en la Argentina, tanto entre los partidarios de la línea política dura como entre los economistas ultraliberales.

Entre los uruguayos, rama secundaria de la bonaerense, los miembros con vida más destacados de la familia eran el ex senador y ex ministro Aureliano García Larravide, su hijo el economista del mismo nombre y el actor Enrique Larravide, llamado Pacho, que era primo carnal de la abogada secuestrada.

Aureliano García Larravide (padre) era uno de los tres codirectores del gran matutino blanco La Verdad. Los otros dos codirectores eran el senador Valentín Gurméndez, ex presidente del Consejo de Gobierno, y Gregorio Lanuz, hijos los dos de otros tantos cofundadores del matutino; el tercer cofundador era el ya citado, y hoy valetudinario, Aureliano García Larravide, que ya pasaba de los ochenta. Su hijo y homónimo (se aseguraba) era el que mandaba dentro del periódico.

2.

Lo importante, sin embargo, en aquel secuestro, no eran los García Larravide sino los Giacovinazzo, a quienes les sobraba lo que a los García Larravide últimamente les faltaba: dinero. La abogada secuestrada estaba casada con Marcelino Giacovinazzo Astrada, el administrador y jerifalte de Editoras Reunidas del Plata, hijo a su vez de don Marcello Giacovinazzo, un piamontés que había sido presidente de la Banca dil Lavoro fundada por Mussolini en 1923.

Don Marcello había roto con el régimen fascista italiano en 1927 y se había refugiado en Francia y después en Inglaterra, al parecer con un gran cargamento (expoliado) de divisas fuertes. En 1931 había aparecido en Montevideo, y algunos años después, ya casado y padre de Marcelino y de dos hijas, había montado una pequeña agencia de noticias económicas (eran los años subsiguientes al gran crack de Wall Street), bajo el patrocinio (según se decía) de Sir Eugene Millington Drake, un descendiente directo del famoso pirata del mismo apellido, que era el embajador británico frente al gobierno uruguayo.

Casado (como se ha dicho) en 1932 con Isidora Astrada Carvajal, una joven de buena familia empobrecida, lo que le había abierto algunas puertas, don Marcello empezó a figurar, hacia 1936 (con el repetido apoyo de Millington Drake), como administrador y gerente del periódico vespertino La Tarde, y poco después también de El Matutino, ambos propiedad de Editoras Reunidas.

Los dos periódicos emprendieron una gran campaña (a partir del encumbramiento de don Marcello) a favor de Inglaterra (y posteriormente de los Estados Unidos de América) en la Segunda Guerra Mundial,

exigiendo que Uruguay (como ya había hecho el resto de América Latina a excepción de la intransigente Argentina pronazi y preperonista del general Edelmiro Farrel, que también en su momento se plegaría y olvidaría sus simpatías ultranacionalistas para sumarse a la gran coalición democrática) se uniera de forma comprometida y abierta (es decir mediante la declaración de guerra) a favor de los Aliados.

Y así ocurrió.

El 13 de abril de 1945, en fin, bajo la insistente y creciente presión de los gobiernos americano e inglés (y de sus voceros oficiosos, El Matutino y La Tarde), el doctor Amézaga, presidente de la llamada República Oriental del Uruguay, le declaró la guerra, en acto solemne, al Tercer Reich, que entonces consistía en cascotes humeantes, algunos batallones de soldados viejos y adolescentes y en el siniestro búnker de la Cancillería de Berlín (amén de los campos de concentración y de exterminio). En el momento de la firma de la declaración de guerra, entre edecanes y ministros, estaban presentes el embajador inglés ya citado, Sir Eugene Millington Drake, y su homólogo estadounidense, Arthur L. Hoyt. Después de firmar, sentado tras una robusta mesa, el presidente Amézaga comentó, sotto voce pero con claridad suficiente para que lo escucharan todos:

-El Führer se echará a temblar.

3.

La Tarde no era más que un tabloide amarillista de amplia tirada, pero El Matutino era (ya entonces) un periódico serio (acaso demasiado) y de gran prestigio. Lo había fundado en 1916 el doctor (abogado) Luis Alberto Mentausti Vaz, para defender posturas contrarias al sistema colegiado de

gobierno que entonces propugnaba el ya ex presidente (por dos veces) de la república, don José Batlle y Ordóñez.

Antes de la ruptura, Mentausti había sido el principal colaborador de Batlle y Ordóñez, como senador primero y como ministro de Relaciones Extranjeras y de Gobernación después. Se habían separado y distanciado en razón de las ideas colegialistas de Batlle (con las que se pretendía involucrar en el gobierno al perpetuo partido opositor blanco), que Mentausti consideraba disolventes y peligrosas para el partido gobernante, que lo era el partido colorado desde hacía medio siglo.

De un inicial anticolegialismo de corte en un principio, no obstante, progresista (semejante a las ideas que propugnaba Batlle), El Matutino había pasado a defender posturas cada vez más cerradas, intransigentes, antiliberales y reaccionarias. Por lo demás, ya al final de la Guerra Mundial no era un secreto (no al menos para los bien informados) que el verdadero soporte económico de Editoras Reunidas era Giacovinazzo, que había desplazado a los Mentausti (concretamente a los dos hijos varones de Luis Alberto, ya fallecido) a la condición de mascarones de proa, fantoches, hombres de paja o tapadera. Seguían siendo los directores de los dos periódicos de la empresa, pero nada más.

Ésta, por otra parte, se había ramificado y extendido. Era la propietaria no sólo de los dos periódicos antes citados sino de multitud de revistas (entre ellas las muy vendidas Montevideo Galante, Uruguay al Día y Mundo del Turf), así como de una gran industrial papelera, de una firma de distribución en kioskos y calles y (se decía) de los árboles y bosques de los que procedía el papel, en Suecia y Canadá. El dinero, bien se sabía (o al menos se sospechaba), tenía su origen en fondos negros nacidos en Italia con el fascismo; unos fondos que estaban al servicio, entonces, de los intereses británicos y estadounidenses en el Río de la Plata.

Don Marcello se había retirado en 1965 (y había muerto poco después), y lo había reemplazado su hijo Marcelino, que entonces tenía 32 años. Tres o cuatro años antes, más o menos, Marcelino se había casado con la entonces flamante abogada, de 24 años en la fecha de su boda, Cecilia García Larravide Armas Belmonte.

Los García Larravide, por otro lado, pertenecían (con los Ansarte, los Garderes y los Humphrey, entre otros, así como con los ya citados Gurméndez y Lanuz) a la flor y nata del Partido Blanco, mientras que los Mentausti, como los Batlle y también, por lo que se sabía, los Giacovinazzo (padre e hijo), militaban en las filas menos elitistas del Partido Colorado. Los blancos y los colorados, valga señalarlo, dominaban la política de la república desde el nacimiento mismo de ésta.

4.

El aparente sesgo político del secuestro de la doctora Clotilde García Larravide era lo que había movido a Deluc a interesarse por el mismo. Fue Deluc quien se enteró (por diferentes recovecos y vericuetos que jamás explicó a nadie), antes inclusive de que soltaran a la secuestrada, que el secuestro no obedecía a los esfuerzos de delincuentes comunes ni tampoco a la improbable venganza de algún fascista italiano irredento, que eran las dos opciones que se habían principalmente manejado.

Muy por el contrario.

El secuestro lo había llevado a cabo una extraña organización presuntamente marxista, nacida en el seno de un sindicato de cañeros (cortadores a destajo de caña de azúcar) del norte del país. El líder, al parecer, tanto del sindicato como de la organización derivada de éste, era un

misterioso abogado y economista llamado Raúl Sendic, del que poco se sabía al margen de su filiación y que, según todo indicaba, había pasado a vivir en la clandestinidad.

Aquella información, sustentada por lo demás en testimonios febles, aunque verificables, nunca se publicó ni divulgó, ya que no había verdadera razón para ello.

El secuestro de Clotilde García Larravide, de esta forma, fue el nacimiento, de hecho (al menos el pecuniario, ya que los secuestradores habían percibido dos millones de pesos oro –unos cuatrocientos mil dólares de entonces- a cambio de devolver con vida a la abogada), de la después muy comentada Organización Revolucionaria Popular (la Orga), llamada también los Muchachos, los tupamaros o el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). En El Matutino y en La Tarde la llamaban el Soviet de las Cloacas, por la extraña afición de los Muchachos a moverse, siempre que ello les fuera posible, por la extensa red cloacal de la ciudad.

Corróchano y Deluc se conocieron y se trataron entonces. Corróchano era uno de los encargados de aclarar aquel secuestro que, contra la norma habitual en ese tipo de casos, se había publicitado en la prensa, al parecer por exigencias de los secuestradores.

-No se meta en esto, periodista –había amenazado Corróchano, más de una vez-. A ver si entiende de una buena vez cómo son las jodidas cosas. Hay que dejar actuar con libertad a la policía.

-La libertad y la policía no deberían ir juntas jamás en una misma frase, inspector.

-Váyase a la mierda, periodista.

5.

Con estos antecedentes en su contra, Deluc subió los gastados escalones de la Jefatura de Policía la tarde del lunes 29 de marzo de 1971. El día antes habían matado a Pérez Moles. Por la mañana del 29 Deluc había llamado a Corróchano a Jefatura y había concertado una cita con él.

Deluc tarareaba, al encaminarse a Jefatura:

Alzan las cintas, parten los tungos
Como saetas al viento veloz
Detrás va el Pulpo, alta la testa
La mano experta y el ojo avizor
Siguen corriendo, doblan el codo
Ya Él se acomoda, ya entra en acción
Es el Maestro el que se arrima
Y explota un grito ensordecedor
¡Leguisamo solo…!

-No sé qué quiere usted, periodista –había bramado el inspector en el teléfono, cuando Deluc lo llamó-. He hablado con Marganesi y le he dicho todo lo que se puede decir. Jodidos periodistas.

-Yo no tengo nada que ver con Marganesi, inspector. Le hablo en nombre de la Worldwide Press.

-La CIA. Sé lo que es.

-La CIA, la KGB, el FBI. Póngale usted las siglas que prefiera. ¿A qué hora nos vemos?

-Venga esta tarde a las siete.

-¿No puede ser un poco más temprano? A las ocho se reúne el Senado, y tengo que estar allí.

-A las siete, periodista. Si no puede venir mejor.

Corróchano había colgado sin despedirse.

En el café desde el que Deluc había telefoneado (el Gran Café del Jockey, en la Ciudad Vieja), Gardel cantaba por la radio:

Dicen que fue
La piba de arrabal
La flor del barrio aquél
Que amaba un payador
Sólo para ella nació el amor
Al pie de su ventanal
Pero otro amor
Por aquella mujer
Nació en el corazón
Del taura más mentáu…
Y un farol
En duelo criollo vio
Bajo su débil luz
Morir los dos…

6.

Deluc, pues (que probablemente había dormido poco, caso de haberlo hecho), se enfrentaba al inspector Corróchano en un pequeño despacho del cuarto piso de la Jefatura, anexo a la gran Sala de Vistas y Denuncias de la Brigada de Homicidios, donde perdían el tiempo unos pocos detectives.

-Mucha gente cree que no sólo Pérez Moles, sino que todos los policías son corruptos, inspector –provocó Deluc-. Sobornables, por lo menos.

–Si el jodido dueño de un café me convida con una copa y yo la acepto –contestó Corróchano, con su áspero malhumor habitual-, y si eso es soborno, pues de acuerdo, periodista, soy un jodido policía sobornable yo también.

Corróchano estaba sentado detrás de una mesa escritorio llena de papeles desparramados y carpetas, algunas abiertas. Había dos ominosos teléfonos negros en una esquina y un cenicero lleno de colillas de chala despachurradas. Corróchano tenía un pitillo de chala en una mano y la movía. El espeso humo amarillo de la chala, rellenada sin duda con el abominable tabaco para chalas marca Job, que era el único existente en el país, se expandía (aquel humo denso y amarillo, dulzón, casi pegajoso) en espirales rotas por la pequeña, abarrotada, maloliente y encerrada habitación.

-No fastidie, inspector –le contestó Deluc-. Usted no me cae bien, como no le caigo bien yo a usted. Pero de algo estoy seguro. En cuanto al dinero o a cualquier otra forma del soborno o del chantaje, usted es honrado. De los no sé cuántos comisarios, sub comisarios, inspectores y sub inspectores que hay en este edificio sólo de usted me fío, en ese sentido.

-Si eso es un jodido elogio, que no sé si lo es, se lo agradezco, periodista. ¿A qué ha venido?

-A cumplir con mi trabajo, inspector.

Corróchano era un policía deliberadamente desagradable.

Era alto, fornido y grueso, de cara grande y mal afeitada, con una nariz bulbosa de borracho y los ojitos, turbios y húmedos, hundidos entre masas de grasa. La tez tenía los poros amplios y abiertos. Corróchano no se bañaba a menudo y se afeitaba cuando se le ocurría. Aquella tarde tenía una barba de varios días, despareja, de la que sólo se había afeitado el bigote, y olía a sudor rancio y a ropa sucia. Corróchano se vestía mal, con prendas

amorfas e incoloras que parecían a punto de caerse a pedazos, y llevaba una corbata floja, retorcida y grasienta. Los puños en hilachas de la camisa le asomaban por debajo de las mangas sucias y desflecadas del traje. En el pecho tenía lamparones de huevo y grasa. Cabía (decían algunos) que no se bañara nunca. Sus apestosos cigarrillos de hojas de chala ocultaban, acaso, un olor todavía más repugnante que el que se respiraba allí adentro.

Corróchano era sucio, en efecto; el más mugriento.

-Ya he hablado largo y tendido con Marganesi –repitió Corróchano, con voz áspera y colérica-, y le he dicho todo lo que puedo decir, que no es demasiado.

-Yo vengo por la Worldwide Press, inspector, y el reportaje, si se hace, se publicará, si se publica, cuando el caso esté cerrado y el culpable detenido, o por lo menos identificado. Y se publicará en el extranjero.

-De modo, es lo que usted pretende decirme, que a usted le puedo dar informes que a un jodido periodista de ámbito nacional, que los publicaría mañana, no podría dárselos.

-Algo así –cabeceó Deluc-. Yo también soy honrado a mi manera, inspector, y usted, que lo sabe todo de todos, debería saber eso de mí, por lo menos.

-No diría que lo sé; digamos que lo presumo.

El pequeño despacho se quedó silente mientras Corróchano, que había despachurrado su chala ya medio deshecha en el cenicero que estaba encima del escritorio, procedía acto seguido a liar otra chala, proceso que requería de toda su atención, porque había que extraer la hoja, amarillenta y acanalada, del librillo de chalas; había que abrir la bolsa de picadura y repartir la picadura cuidadosamente a lo largo de la chala doblada al medio y sujeta entre los dedos índice y pulgar de la mano izquierda; había que comprobar que la picadura quedara bien repartida dentro de la hoja de

chala, para lo que eran necesarios los dedos de la mano derecha; y había también que sacudir con el mayor de los cuidados la chala rellena (después de hacerle una pequeña torsión por ambos extremos), y por último cerrarla con la lengua, final laborioso del largo proceso.

Deluc observaba con una especie de fascinación. Él era incapaz de armar una chala no ya con una mano o con las dos; no hubiera sabido hacerlo ni con cien.

-Bien, bien, bien, periodista –dijo Corróchano, al tiempo que encendía su chala con un fósforo de madera que había hecho llamear con una uña-. ¿Qué quiere usted saber?

Deluc ahora observaba alrededor.

La ventana, a espaldas de Corróchano, alejada de éste un par de metros, estaba cerrada; tenía cerrados los postigos; y por fuera, aunque de adentro no se veía, había una prieta malla de alambres cruzados. El denso aire del interior del pequeño habitáculo, ya amarillo, se hacía por momentos más y más irrespirable.

Corróchano tosió.

-Páseme datos –dijo Deluc.

Corróchano ya había encendido su chala y la chupeteaba, la mordisqueaba y lambeteaba, al tiempo que la hacía viajar de una comisura a otra de sus gruesos labios, de los que se escurría algún hilo oscuro de saliva.

-Datos –dijo Corróchano-. Pues bien. El interfecto yacía decúbito supino en su jardín –hablaba ahora con acento oficial, cansado y aburrido, no exento de ironía-. Estaba tirado, a medias sobre un senderito de lajas que divide el jardín, y a medias sobre unos macizos de flores. Los muertos por un disparo en la cabeza suelen caer decúbito prono, pero en este caso concurren circunstancias…

“¿Conoce usted, preguntó a continuación el inspector, dejando la última frase a medio formular, con los biliosos ojitos brillantes de maldad concentrados en la cara de Deluc, la casa en que vivía el difunto Pérez Moles?

-Sé que queda por Punta Redonda.

-Cerca del faro, en efecto. En la calle Blanca del Tabaré entre Bustamante y Poeta Lagraz. Un lindo barrio, por cierto, en el que no abundan los jodidos policías. Tampoco los jodidos periodistas, quiero creer.

-Tal vez Pérez Moles se sacaba un pequeño sobresueldo.

-¿Pequeño? –preguntó Corróchano con sorna, y agregó, con más vaguedad-. Tal vez.

-Sospecha usted de la familia.

-Cabe que se trate, en efecto, de un crimen digamos interno. También hay una visita. Alguien llamó al timbre hacia las siete.

-Al comisario lo encontró su hija, tengo entendido, cuando salía para su trabajo.

-En efecto, periodista.

-¿Un domingo? Debe de ser una trabajadora infatigable, esa señorita.

-A mí también me pareció raro. Se lo pregunté.

-¿Qué le dijo?

-Están preparando un viaje del ministro a Washington, para esta semana. Comprobé que es verdad.

-Entiendo. Se oyó una moto, según se me ha dicho..

-En efecto. Pudo tapar el ruido del disparo, que al parecer nadie oyó. No dentro de la casa, al menos. Tampoco lo oyeron los vecinos a los que se ha interrogado.

-No vincula usted la moto con el crimen.

-No descarto nada, periodista.

-Descarta usted a los armenios.

-Conozco a esos jodidos turcos malditos como si fueran hermanos míos de leche –dijo Corróchano, con evidente furor repentino-. Y los descarto por completo. No es su estilo, una jodida balita, periodista. Hubieran usado metralletas.

-Estoy de acuerdo con usted, inspector, por una vez.

-Los conozco, jodidos turcos de mierda -Corróchano parecía enfurecerse más y más a medida que hablaba, moviendo mucho la mano con la chala-, y me han oído, tanto los unos como los otros, los jodidos peces grandes como los medianos y más chicos, ¿qué se habrán creído?

Dejó de súbito de hablar y chupeteó y relamió su chala, ya entonces medio abierta

-¿Se ha dado cuenta de una cosa, periodista, usted que tanta fama tiene de ser un hombre inteligente?

Corróchano se expresaba (ahora) con indudable y deliberado sarcasmo.

-Los turcos –siguió diciendo-, los armenios, los azeríes, los sirio libaneses, los hindúes, los magrebíes y los negros africanos, toda esa jodida gente de mierda que pertenece a otras culturas muy diferentes a la nuestra, se viene a un país como éste muerta de hambre, se viene en manadas, se viene apretujada en el fondo infecto de los barcos cargueros; aquí se los recibe con los brazos abiertos y lo único que ambicionan ellos es esquilmar al país. Hasta los jodidos almaceneros son ladrones; estafan en el peso, venden fruta podrida, harina con gusanos y kerosén con agua. Imagíneselos con una jodida pistola, periodista. Cuando mataron a Bardasanián los tuve aquí a todos ellos y los hice sudar.

-A todos ¿quiénes?

-Usted sabe quiénes. Optf, Petrosián, Sassanián, Simonián, Darzakil, Burán y Armagedián.

-¿Quién es Armagedián? Primera vez que oigo ese nombre.

-Es joven, el más joven. Treinta y cuatro años. El más inteligente, quizá, también. Es el que a la larga, creo, y siempre que no lo pare un jodido accidente, llamémoslo así, resultante de otros cuarenta balazos, se va a quedar con todo.

-Usted sospecha que los mismos armenios pudieron matar a Bardasanián, o que lo pudo matar uno de ellos, o que al menos saben algo de aquel crimen. Los descarta en bloque, sin embargo, en relación con la muerte de Pérez Moles. Y eso a pesar de que el rasgo que más caracterizaba a Pérez Moles no era su simple condición de policía y de jefe, si no me equivoco, de la llamada Brigada Móvil, sino la más conspicua y más notoria de policía corrupto. Es decir de policía vinculado por lazos de complicidad con el hampa. Descartamos, no obstante, a los armenios, en lo cual, como ya le he dicho, estoy de acuerdo con usted. No creo, empero, que fueran los únicos gangsters con los que estaba vinculado Pérez Moles.

-De corrupción no hablaremos, periodista. Me guste a mí o no, Aquilino Pérez Moles era un jodido colega.

-De acuerdo, inspector –cedió Deluc-. Pasemos a otra cosa.

-Pregunte.

-Pensaba en ese tiro que nadie ha oído, inspector. ¿No cabe que se haya usado un silenciador?

-No diga bobadas, periodista. ¡Un silenciador! Esas jodidas cosas no se usan en la vida real. No aquí, por lo menos, en este jodido país. Además no apareció ninguno en el lugar del crimen, y sí estaba allí la jodida pistola. Olvídese de su jodido silenciador, periodista.

-Está bien, inspector. ¿Y esa visita? ¿Pudo ser Muley? Sé que lo buscan.

-Lo hemos encontrado. Está aquí abajo.

-¿En los calabozos? ¿Detenido?

-A nuestra disposición, mejor dicho. Él niega haberse acercado a casa de Pérez Moles, pero no sé. Esa jodida gentuza miente más que habla, periodista. Es natural, si uno lo piensa un poco.

Corróchano hizo una pausa y tosió; sus ojitos venenosos no se apartaban de los de Deluc.

-Por lo demás –añadió-, esta mañana apareció un testigo que vio a alguien más ayer por la mañana.

-¿A quién?

-No debería decir más nada, periodista.

-La policía necesita a periodistas como yo, inspector –dijo Deluc, calmadamente-. No sólo a cagatintas domesticados como Marganesi y los de su calaña.

-Sé que se lleva usted muy bien con nuestro supercomisario.

-¿Se refiere usted a Fillol?

-¿A quién si no? Usted trabaja para la CIA, periodista, hace manitas con Fillol, es el reportero estrella de un jodido diario de ultraderecha… Creo que es usted un hombre sin principios. Y perdóneme que se lo diga.

-Yo creo lo mismo de usted, inspector. ¿Qué me decía de ese testigo? ¿A quién vio?

Corróchano tosió un poco más, fumo en silencio unos instantes y al final se aclaró la voz y habló:

-Nada de eso le puedo decir, periodista. ¿Qué más quiere?

-¿Puedo ver las actas de los interrogatorios, o como se llamen?

-Ni hablar.

-¿Por qué no?

-Está terminantemente prohibido por no sé qué jodida normativa, periodista. Se necesita expresa autorización del juez. Yo no quiero meterme en más líos. Ya me han abierto expediente tres veces. Un día van y me echan, ¿y yo qué hago? Sólo sé ser un jodido policía.

-Se puede ir a América del Norte, a trabajar en la Pinkerton, inspector. Sé que necesitan detectives hispanoparlantes.

-Váyase al carajo, periodista.

-Se lo digo en serio, inspector. Conozco a grandes rasgos su carrera, desde que estaba en Investigaciones, y creo que usted, como detective, es un lujo para este país.

-Y como ciudadano un asco.

-Algo así. No se me ofenda.

-Me resbala lo que usted pueda pensar, periodista –Corróchano casi escupió la palabra-, tanto en un sentido como en el otro. Detesto a los periodistas; a todos, sin excepción. Estuvieron a punto de conseguir mi cabeza cuando el jodidísimo asunto aquel de Cardelli, que sería todo lo periodista que usted quiera pero era un estafador; y además disparó primero.

Corróchano estrujó su chala con sus gruesos dedos y la dejó caer, todavía humeante, con un gesto furibundo, que le retorcía las feas facciones, en el desbordante cenicero.

-He pasado por todos los jodidos departamentos de esta jodida jefatura –dijo.

Hablaba con voz flemosa y contenida; parecía (por su mirada perdida en váyase a saber qué lejanías) que se quisiera desahogar, y más valía escucharlo.

-He estado en Costumbres –enumeró-, en Hurtos y Rapiñas, en Delitos contra la Propiedad, en Peculados, en la Brigada Especial, en Atracos a Mano Armada, en Investigaciones… Ahora estoy en Homicidios. He visto de todo, periodista. ¿Sabe usted por qué dejé Atracos?

-¿Cómo quiere que lo sepa?

-Un día entró un tipo en un banco. Era una sucursal bancaria por Nuevo Versalles. Había adentro cuatro o cinco clientes y tres o cuatro empleados. También un agente uniformado de policía, con su pistola al cinto. El tipo entra y muestra una lata. 'Miren que la tiro', dice. Todos los demás levantan de inmediato las manos, incluyendo por supuesto al jodido agente uniformado. El cajero vacía su caja en una bolsa y se la entrega al tipo de la lata. El tipo sale tan tranquilo y tira la jodida lata en la calle. Estaba vacía.

-¿Por eso dejó usted el departamento?

-¡Una bomba! –Corróchano golpeó con las dos manos abiertas sobre su mesa, lo que levantó una nube polvorienta e hizo volar papeles-. Aquello ni siquiera fue un atraco a mano armada, periodista. Todos creyeron que aquella jodida lata barata era una jodida bomba. Habráse visto una imbecilidad mayor. Nunca se ha asaltado un jodido banco con una bomba, periodista. Nunca, en ningún jodido lugar del mundo.

-Un tipo listo.

-Ya me dirá. ¿De qué lo podían acusar, caso que lo detuvieran?

-Se llevó dinero.

-Antes de llevárselo, quiero decir. Si no lo consigue, no lo pueden acusar de nada, aunque lo detengan. No es un jodido crimen enseñar una jodida lata en un jodido banco, periodista. Y si lo consigue fantástico. Y lo consiguió, claro que sí. Se llevó más de cien mil pesos de entonces. Nunca se dio con él, que yo sepa. Yo le di vueltas a aquel asunto varios días. Con

atracadores así, ¿para qué sirve la jodida policía? Todo son frustraciones, periodista. En cuanto quedó un hueco en Investigaciones solicité el traslado. De poco me sirvió.

-Y después usted y yo nos conocimos, inspector.

-Maldito el jodido día, periodista.

-Nos queremos, inspector.

Deluc había sacado sus Singulares y encendido uno. Después sacó una petaca plateada del bolsillo interior de su perramus, le aflojó el gollete y se la pasó a Corróchano, por encima de la mesa.

-¿Me quiere usted sobornar, jodido periodista?

-Es cognac y del bueno. Cognac francés. Échese un traguito, inspector. Aquí nadie nos ve.

-Nunca se sabe –suspiró Corróchano, con la petaca plateada ya en una mano.

Deluc lo miraba beber.

-En fin, periodista.

-¿A quién vieron, inspector?

-A una muchacha.

Deluc mantenía su cara impávida, aunque cabía que por dentro su corazón batiera con más fuerza.

-¿Quién la vio?

-Un testigo, ya se lo he dicho.

-¿Qué testigo, inspector?

-Es usted jodidamente insistente, periodista.

-Es mi trabajo.

-En fin, bien

Corróchano le dio el último trago a la petaca con cognac y se la devolvió vacía a Deluc.

-El testigo –dijo- es un jodido empleado de la jodida embajada danesa, que vive a la vuelta de lo de Pérez Moles. Uno de sus hijos les dio la noche, según parece, a él y a su jodida mujer. Él estaba asomado a una ventana, desvelado, en un primer piso. Faltaban unos pocos minutos para las siete, según declaró, cuando vio un taxi que se detenía en la esquina.

"Del taxi se bajó una mujer joven, una muchacha. Llevaba grandes gafas y sombrero, como si tratara de ocultar su cara. La casa de esos jodidos daneses, que no son en realidad daneses, sino hijos de daneses, él al menos, no sé si ella, queda en Bustamante, muy cerca de Blanca del Tabaré. Desde allí la casa de Pérez Moles, aunque cae muy cerca, no se ve. La muchacha, sea como fuere, se perdió de vista por Blanca del Tabaré. Habían pasado dos o tres minutos, apenas, cuando ese jodido danés la vio volver, muy de prisa, y encaminarse por Bustamante, ya casi corriendo, en la dirección contraria, hacia el Boulevard Artigas.

-Y tampoco él oyó el disparo.

-Nadie lo oyó, periodista. El jodido danés, eso sí, oyó la moto.

-¿Y el taxista?

-Se acuerda de la muchacha, aunque su descripción fue muy vaga.

-¿Se sabe dónde tomó el taxi la muchacha?

-En Dieciocho de Julio. Cerca del Parque de los Aliados –dijo Corróchano, y añadió, con una especie de cansancio-. De todo esto ni palabra, periodista.

-Confíe en mí, inspector.

-Jodida cosa me pide, periodista.

La gran cara amorfa de Corróchano, con su gruesa nariz de beodo, estriada por venas amarillas y azules, no reflejaba nada; tedio, si tal.

Deluc se marchó.

No cantaba al salir. Estaba, según se veía, preocupado.

IV) EL MIEDO DE JOSEFINA

1.

En cuanto salió de Jefatura Deluc telefoneó, desde el teléfono de monedas del Gran Café Añón, en Dieciocho de Julio, a la redacción de El Manantial.

-Ponme con Sanabria, cielo –le dijo a la telefonista-. Soy Deluc.

-Conozco tu voz, cariño.

Atendieron al tercer timbrazo.

-Nacionales –dijeron al otro lado-. Morazán.

-Ponme con Sanabria, Pepe.

-¿Deluc?

-Ponme con Sanabria ya, por favor.

Sanabria, Rodolfo Sanabria, llamado el Pingo, era el encargado del departamento de Información Nacional, que incluía, entre otras, la sección de Parlamento, que era la que cubría las informaciones sobre el Senado.

Sanabria era el jefe más o menos directo de Deluc.

-¿Qué quieres, Franchute? ¿De dónde llamas?

-Tienes que cubrirme en el senado, Pingo –dijo Deluc-. No puedo ir. Estoy detrás de algo gordo.

-¿Cómo que no puedes ir?

-No puedo, caray. Ya te explicaré.

-El perro quiere que esa información la cubras tú, Franchute. Sabes que ha sido terminante en eso.

-Envía a alguien que lo recoja todo y que entreviste a Millares después de la sesión. No durará mucho. No habrá votación. Puedes mandar a Carlitos Sotero, que es de confianza. Que le pregunte a Millares, de mi parte, cuándo se piensa mojar. Y que le diga que pasado mañana a las nueve estaré allí para nuestra entrevista, si él no decide lo contrario.

-Cuando se piensa mojar, de acuerdo. Pasado mañana, no se me olvida. Oye, Franchute. ¿No pretenderás que Carlitos escriba el reportaje? Sabes que está muy verde todavía. El perro me come el hígado.

-Yo a las once a más tardar estaré allí. El reportaje lo redactaré yo. Que Carlitos me deje la información en mi mesa, dentro del cajón. No quiero que Godoy se entere, ¿entendido?

-Se entera y es capaz de echarte.

-¿Tú crees?

-No, no en realidad –reconoció Sanabria y colgó.

Acto seguido, Deluc volvió a llamar a la redacción, y en esta ocasión pidió que lo pusieran con Graciela Ingold. Graciela no estaba; no había ido a trabajar (no todavía, al menos) aquella noche. Le dieron su teléfono particular, al que llamó. En cuanto Graciela lo atendió, Deluc le pidió que le diera la dirección exacta de su sobrina, Josefina Lalandra.

-¿Pasa algo, Deluc?

-Me temo que pasa de todo, Graciela. Dame su dirección, pero no le avises.

-¿Vas a ir a verla?

-Necesito sorprenderla. Tal vez sea verdad lo que me temo; tal vez no lo sea. Necesito comprobarlo, de todos modos. Te oigo, Graciela. No le vayas a avisar a tu sobrina.

Graciela Ingold le dio la dirección de su sobrina, Josefina Lalandra, con voz algo trémula, y Deluc se despidió y colgó. Se encaminó en seguida al mostrador, donde se bebió dos grappas con campari al hilo, quizá para darse fuerzas.

Después salió.

Entonces sí cantaba, en voz muy baja, como era habitual en él.

Tenés un camba que te hace gustos
Y veinte abriles que son diqueros
Y bien repleto tu monedero
Pa' patinarlo de norte a sur
Te baten todos muñeca brava
Porque a los giles mareás sin grupo
Pa' mi sos siempre la que no supo
Guardar un cacho de amor y juventú
Ché madame que parlás en francés
Y tirás ventolín a dos manos…

Del Añón al apartamento de Josefina Lalandra había unas doce o quince manzanas. Deluc pudo hacer el viaje a pie, pero por una vez (al parecer) le corría prisa. Paró un taxi y, hundido en el asiento de atrás, se fumó un Singulares, sin escuchar para nada la cháchara del taxista, que no paraba de hablar.

2.

Josefina Lalandra era una muchacha alta y flaca, bastante linda, rubiona, de ojos pardos muy grandes y tez pálida. A su palidez natural, sin embargo, se añadía otra superpuesta palidez: la del miedo. La muchacha

parecía casi exangüe. Estaba despavorida; punto más y se le saltaban los ojos de la cara al suelo. Si Deluc le hubiera dicho que era un policía, ella se hubiera caído redonda allí mismo.

Con verla, nada más, Deluc tal vez se dio cuenta de que era verdad lo que él había supuesto y temido.

Antes de abrir, Josefina había preguntado, con voz temblorosa:

-¿Qu… quién es?

-Abra esta puerta en seguida –había contestado la voz dura y seca de Deluc.

Medio mareada de miedo, Josefina había obedecido.

Ahora, con la puerta abierta a medias entre los dos, la muchacha preguntaba:

-¿Qu… quién es usted? ¿Qu…qué quiere?

-Me llamo Deluc, Josefina –le contestó Deluc, con una voz más amable y blanda que antes-. Soy amigo de tu tía Graciela. Déjame entrar.

Obediente, aunque aún temblando, vacilante sobre sus delgadas y delicadas piernas, con la boca entreabierta y con aquellos grandes ojos espantados que le comían la cara y le conferían un aire desconsolado e indefenso, infantil, Josefina se hizo a un lado para que entrara Deluc.

Cerró la puerta a espaldas de éste.

-¿Qu… qué pasa?

-No hay tiempo que perder –dijo Deluc.

-¿Qu…qué tiempo?

-Te buscan.

-¿Qu… quién me busca?

-La policía.

Josefina se desmoronó en un sofá de tres plazas.

Deluc se sentó a medias en el brazo de un silloncito individual. Miró a su alrededor.

El pequeño salón estaba discreta aunque elegantemente decorado. Había buenas reproducciones enmarcadas en las paredes (Degas, Renoir, Toulouse-Lautrec, Matisse), en cuyo empapelado de color crema destacaban pequeñas flores de lis plateadas. En un costado había una biblioteca de varios estantes, con bolas de cristal entre segmentos de libros; dentro de las bolas de cristal había pececitos lineales inmóviles, de artesanía. Una cortina celeste con estampados plateados (que no eran en aquel caso flores de lis sino más de aquellos esquemáticos pececitos) cerraba el salón por el fondo. No había ninguna puerta en el salón; sólo una abertura rectangular que comunicaba con la kitchenette, y que se podía cerrar con una mampara de fuelle, en aquel momento plegada a un costado.

-Me siento mal –dijo Josefina.

Vestía un pantalón vaquero bastante ceñido y una especie de sweater alto y ligero, de color dorado, elaborado con la fina y esponjosa lana de las vicuñas peruanas. Josefina estaba remangada, calzaba unas chinelas de entrecasa y apenas si se había maquillado. Tenía grandes manchas moradas bajo los ojos.

-Te vieron –dijo Deluc.

-¿Dónde?

-En casa de Pérez Moles. Ayer por la mañana.

-Oh Dios.

Josefina hundió la cara entre sus manos de finos dedos huesudos. Unos sollozos la estremecieron.

-¿Tienes pasaporte? –preguntó Deluc.

-No.

-Entonces tendrás que usar tu cédula de identidad.

-¿Para qué?

Josefina alzó la cara de entre sus manos.

-Tienes que irte lejos, fuera del país, a Buenos Aires por lo menos, y cuanto antes. No hay tiempo que perder. La policía ya está detrás de tu pista, y en eso son buenos, no lo dudes. No tardarán en encontrarte, Josefina.

-Yo no lo maté –dijo Josefina-. Lo vi allí tendido…

-Ya te explicarás más adelante. Ahora debes marcharte de aquí cuanto antes. ¿Tienes maleta?

-Sí, varias.

-Pues elige una y mete dentro lo más imprescindible. ¿Tienes dinero?

-¿Aquí? Muy poco. Acaso unos cientos.

-Arreglaremos eso –dijo Deluc-. Ve a preparar tu maleta.

Josefina trató de ponerse de pie, pero las piernas le fallaron y se volvió a caer, pesadamente, en el sofá. Deluc se acercó a ella y la ayudó a incorporarse, asiéndola de los dos brazos.

-Arriba –le dijo, con una sonrisa que ella, por fin, encontró amable, agradable, simpática.

-¿Por qué me ayudas? –preguntó.

-Se lo prometí a tu tía Graciela.

Aunque con paso vacilante todavía, y con la cabeza abatida entre los hombros, la muchacha se encaminó al fondo del salón y se perdió tras la cortina. Deluc encendió un Singulares y fumó en silencio, observando la noche sin estrellas (la negra nada) a través de una de las ventanas del salón. Acaso pensara en las borrosas y cambiantes certidumbres de la vida. Sin duda era consciente de que se podía estar convirtiendo, en aquellos precisos momentos, en cómplice de un delito capital.

Josefina tardó cinco minutos (no más) en volver. Llevaba en una mano una maleta azul, pequeña.

-He metido dentro cuatro cosas –dijo-. ¿Puedo llevar también mi neceser?

-Date prisa.

Josefina dejó la maleta en el sofá y volvió a desaparecer detrás de la cortina. No sabía por qué, pero confiaba plenamente (así, a ciegas, sin querer por lo demás pensárselo demasiado) en aquel hombre del perramus amarillo, del que había oído hablar mucho pero al que nunca había visto hasta ahora. Ya casi no sentía miedo (aquel miedo espantoso que la había tenido atenazada desde ayer); lo único que sentía era tener que dejar su precioso apartamento. Volvió al salón con el neceser.

-Lista –dijo-. ¿Nos vamos?

-Antes una llamadita rápida de teléfono –sonrió Deluc-. ¿Dónde está el aparato?

3.

-Te habrán dicho que yo era la querida de Aquilino –dijo Josefina.

-¿No lo eras?

-Creerás lo peor de mí.

-Soy un optimista incurable, Josefina –dijo Deluc-. O sea que siempre creo, o por lo menos trato de creer, lo mejor de todo el mundo, incluyéndote a ti. No obstante, la experiencia me ha dotado, de unos años a esta parte, de un franco y sano escepticismo, que contradice mi optimismo digamos basal. Por otra parte los optimistas, como muy bien decía Chesterton, no somos otra cosa que pesimistas en acción, Josefina. De modo que no te preocupes

por lo que yo pueda creer o pensar. En realidad no pienso ni creo nada. Nunca vale la pena, Josefina.

-No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que te has metido en un buen lío, Josefina. Pero no te preocupes demasiado. Tampoco vale la pena. De una forma u otra te sacaremos de él.

-¿Tú y quién?

-Yo y yo. Jekyll y Hyde, Josefina.

-Cada vez te entiendo menos.

-Mejor. Te dará qué pensar y te quedarás callada.

Viajaban los dos en un taxi, hacia la Ciudad Vieja. Deluc había dado una dirección de la calle Salsipuedes y no había abierto la boca hasta que Josefina habló.

-Seguro que sientes aversión por mí –dijo ella, después.

Necesitaba hablar.

-Rara vez siento aversión por los seres humanos, Josefina, excepto por los muy pobres, que me dan asco, y por los muy ricos, que me producen náuseas.

Josefina se rio, casi contra su voluntad. Se daba cuenta de que Deluc le hablaba por hablar, para apartarla de los pensamientos lúgubres y malsanos que todavía la atormentaban, aunque no parecía que se esforzara tampoco demasiado, en ese sentido.

-¿A dónde vamos? –preguntó.

-Necesitas dinero.

-¿A tu casa?

-En mi casa no hay dinero. Habrá que pedir un préstamo.

-Te lo devolveré, cuando pueda. Tengo dinero en el banco.

-No te preocupes por eso.

Deluc se inclinó hacia adelante.

-En la esquina, jefe.

-Muy bien, patrón.

Los dos bajaron del taxi.

Deluc pagó por la ventanilla delantera.

-Por aquí –dijo.

Doblaron en aquella misma esquina, de Salsipuedes a Batalla de Ayacucho, y caminaron en silencio un par de manzanas, por Batalla de Ayacucho hacia el Dock Sur. Iban callados. Deluc había hundido una mano en un bolsillo del perramus; en la otra cargaba la maleta azul de Josefina. Ésta llevaba en una mano el neceser y tenía que andar rápido para no quedarse muy por detrás de Deluc.

-Tía Graciela me ha hablado bastante de ti –dijo Josefina-. De ti y de ese perramus amarillo. ¿Siempre lo llevas puesto?

-Excepto cuando llueve, Josefina.

-¿Sabes? Ya casi no tengo miedo. Viví aterrorizada estos dos últimos días.

-No es para menos.

Habían llegado a donde Deluc conducía a la muchacha. Entraron por un zaguán estrecho y oscuro y subieron por una escalera desgastada, que crujía. El edificio olía a puerto, a brea y moho y herrumbre; quizá también a vómito seco.

Deluc llamó a una puerta después de dos tramos estrechos de escalones. Le abrieron en seguida.

-¿Tú? –era una voz de mujer, al parecer agradablemente sorprendida-. Pasa.

-Traigo visita –dijo Deluc.

Con un gesto, hizo que Josefina entrara primero.

Dentro, a la luz amarillenta y escasa de dos lamparitas con pantalla, una mujer alta, muy maquillada, miraba a Josefina sin disimular ni su curiosidad ni cierta sardónica (a la par que dura) hostilidad.

-La señorita se queda aquí –dijo Deluc-. No le hagas preguntas, ¿entendido? Y a mí no me has visto. Ni a ella.

-¿Ni te sientas?

-Volveré.

4.

Deluc se marchó de prisa, sin decir más nada.

La mujer maquillada hizo un ademán invitador, aunque renuente, y Josefina se sentó. Había sillones individuales y butacas en el lugar. Había cortinitas floreadas, estampas japonesas en las paredes, bibelots y chirimbolos y cacharritos por todas partes, alfombritas romboidales y ovaladas, un payaso torcido clavado con tachuelas en una pared, un osito de peluche en el sillón de un rincón, un tocadiscos moderno…y aquella media luz.

Josefina estaba incómoda; se sentía fuera de lugar. Se había sentado muy derecha en una butaca baja y trataba de no mirar a la mujer, que no había apartado los ojos de ella.

-Me llamo Rosa Luna –dijo la mujer, con una voz cadenciosa y de registro bajo-. No me digas tú tu nombre. Deluc se enfadaría. Dime sólo si debo sentirme celosa.

-Conocí a Deluc hoy. No hace ni una hora.

-Voy a tomar un guindado. ¿Tú quieres?

-¿Qué es?

-Licor de guindas, ¿qué si no? Es suave, es dulce. ¿Quieres?

Josefina vacilaba. No estaba acostumbrada a los licores.

-Bueno…

La mujer sacó una botella de un armarito con apliques de esmaltes de colores. También dos vasos pequeños, poco más que dedales. En el centro de la habitación había una mesita baja, con mantelcitos calados y una especie de humectador de bronce en medio. La mujer, Rosa Luna (¿sería ése su nombre de verdad?), sirvió licor en los dos vasitos y levantó uno.

-Prosit –dijo.

Lo vació de un trago y se pasó una lengua golosa, vibrante, por los gruesos labios pintados.

Josefina probó un sorbo medroso de su vasito. Encontró agradable, inesperadamente, el sabor intenso a fruta del licor. Bebió un segundo sorbo más confiado.

-¿Fumas?

Rosa Luna (¡qué nombre más curioso!) había recogido un paquete de cigarrillos de encima del armarito. Eran Parliament de cajetilla dura. La abrió.

-¿Fumas? -repitió

-No, gracias.

-¿No fumas?

-Muy poco. Ahora no.

En voz baja, casi gutural, Rosa Luna canturreó:

Fumar es un placer
Genial, sensual…
Fumando espero
Al hombre que yo quiero
Tras los cristales
De turbios ventanales…

Dejó escapar una carcajada y encendió su cigarrillo con un mechero de mesa, que había agarrado de encima del armarito y que depositó sobre la mesita baja.

-¿Te gusta el patxulí? –preguntó.

-¿El qué?

Josefina se sentía aturdida.

-El patxulí –repitió Rosa Luna-. El perfume. A mí me gusta porque me hace pensar que estoy en la iglesia.

La mujer había vuelto a encender el mechero y había destapado el humectador (que no era en realidad un humectador, según pudo comprobar Josefina, sino un incensario). Encendió una larga mecha oscura que sobresalía de éste.

-Las iglesias se incensan con incienso, creo. O con mirra, en todo caso –musitó Josefina, muy poco segura de lo que decía-. Oro, incienso y mirra –añadió, en voz casi inaudible.

Muy pronto el olor del patxulí, una especie de sándalo aún más empalagoso y algo estupefaciente, fue ganando el aire del lugar. Rosa Luna (no es que fuera un nombre tan raro, en realidad, sino que sonaba a falso, a postizo, y seguramente lo era), sentada en un sillón con las piernas cruzadas, balanceaba una, con la sandalia suelta en el talón. Iba envuelta en una especie de bata negra con alamares de color punzó. Tenía los ojos entrecerrados y el humo ascendente del cigarrillo le perfilaba la cara. Era bastante bonita, y escultural sin duda y voluptuosa. (Rosa Luna era un nombre que le iba demasiado bien a aquella mujer, sospechosamente bien en realidad.).

Josefina se preguntó qué edad tendría Rosa Luna, porque podía tener cualquier edad entre veintipocos y treinta y tantos.

Su relación con Deluc era evidente.

Josefina se sintió un poco envarada, molesta.

-¿Te importa que ponga música?

-En absoluto.

Rosa Luna se incorporó lentamente, con movimientos sensuales y acompasados, como guiados por un ritmo interno, secreto. Se inclinó sobre el tocadiscos y lo accionó. Al instante empezó a sonar una música melódica, bastante almibarada.

-Ray Coniff –dijo Rosa Luna-. Música bailable. Me encanta.

-A mí también –mintió Josefina, sintiendo que se ruborizaba un poco.

5.

A aquella hora (cerca ya de las diez de la noche), en la llamada Ciudad Vieja (es decir la zona portuaria), los bares y cafés normales, de los llamados de esquina, empezaban a cerrar sus puertas, al tiempo que las abrían los bares de camareras, los night clubs y los cabarets. Estos se llamaban Le Moulin Rouge, La Galette, Montparnasse, Folies Bergère, Le Diable Vert, Ma Jolie, La Citanguette, La Mer au Diable, Chanteclair, Place Pigalle, Armenonville, Les Onze Mille Vierges… todos nombres franceses. De momento, al menos, la arremetida devastadora del anglosajón no había penetrado en el reino montevideano de la noche.

En voz muy baja, mientras andaba de prisa, con las dos manos hundidas en los bolsillos del perramus amarillo, según era su costumbre, Deluc canturreaba un tango de entonación arrabalera montevideana:

Pato, te peinás a la gomina
Pato, milonguero y compadrón
Cuando te de el espiante la mina

Pasarás por nuestra esquina
A mangar para el buyón

Deluc había vuelto sobre sus pasos por Batalla de Ayacucho, cruzando Salsipuedes y después Comandante Vargas y Andresito Artigas. Había girado por Patria Vieja y, cruzando de nuevo hacia Prudencio Vázquez y Vega, casi en la esquina, se había metido por una puerta forrada de oscuro y que tuvo que abrir, encima de la cual se leía, en letras encendidas de neón: Ménilmontant.

Detrás de una cortina gruesa, en el interior, el aire olía (era temprano aún) a limpio y a lejía; también había un relente antiguo a perfume barato. Sonaba una vaga música de piano, y dos mujeres de altos peinados bailaban entrelazadas, lentamente, entre mesitas vacías. Detrás de una mesita, al fondo, se silueteaba un hombre grueso. Deluc se encaminó sin dudar en su dirección.

-¿Cómo está usted, Asuero?

-Vaya, vaya, Deluc. Grata sorpresa. Siéntese, joven.

Asuero, el llamado Turco Asuero (turco de verdad en su caso, nacido en la mismísima Estambul –Constantinopla-, según él mismo afirmaba), era un hombre más que grueso, gordo de hecho, que vestía un fino ambo de franela plana, de color gris, hecho a medida, con una corbata a rayas de seda italiana, una herradura de diamantitos en la corbata y pulcros gemelos rectangulares en los puños. Delante tenía un vaso alto con un líquido blanco.

Todo el mundo sabía que el Turco Asuero, uno de los jefes máximos del Bajo Mundo montevideano, sólo bebía leche; lo que muy pocos sabían, en cambio –Deluc figuraba entre esos pocos-, era que la leche se la preparaban con unas cuantas gotas generosas de aceite de raíces y simientes de cannabis indica, una droga muy popular en su lejano país de nacimiento.

-¿Qué se le ofrece, muchacho? –preguntó Asuero-. No habrá venido a mirar mi bella cara.

-Necesito dinero.

-Vaya, vaya –repitió Asuero-. Al fin y al cabo es usted como los demás. ¿Cuánto quiere?

-Con doce mil me alcanza –dijo Deluc-. Pero los necesito hoy. Ahora. Ya.

-No hay problema, muchacho. No con usted –Asuero sonreía con esplendidez-. ¿Qué va a tomar?

-No quiero nada, Asuero, gracias. Sólo la guita.

-Hay que rellenar un recibo y un pagaré. Firmarlos además. Con copias. Usted sabe cómo es esto, mi querido muchacho. Todo legal. Lleva un tiempo.

-Todo legal, por supuesto –dijo Deluc, con cierto aire incrédulo de cansancio-. Firmaré lo que haga falta.

El Turco Asuero levantó un brazo y chasqueó dos dedos; produjo un sonido húmedo, blando, carnoso.

Un hombre bajito y enteco se acercó a paso vivo desde el rincón de un largo mostrador sinuoso que recorría una de las paredes del local. Al otro lado del mostrador había botellas y espejos. Un afanoso camarero de chaqueta roja enjuagaba y secaba vasos y copas, que después alineaba sobre el mostrador. Una solitaria rubia sosa, teñida, entre treintañera y cuarentona, ocupaba un taburete cabe a éste. Tenía un aire marcadamente desmadejado y triste.

El hombrecito había llegado junto a la mesa y esperaba, con una actitud respetuosa y tranquila.

-¿Conoce usted a Barreiro, Deluc?

-Nos conocemos –dijo Barreiro.

Era un hombrecito pulcro, con gafas redondas sin aros y vestido con un terso y ajustado smoking más la pajarita. El hombrecito olía a talco para niños, a colonia para niños y a loción after shave. Tenía unas límpidas y tímidas manecitas de gorrión, que movía ligeramente al hablar.

-Doce mil, Barreiro –dijo Asuero- ¿Talón o cash, muchacho? –le preguntó a Deluc.

-Cash.

-¿Billetes grandes o pequeños? –quiso saber Barreiro.

-Grandes y pequeños –dijo Deluc-. Mitad y mitad, digamos, si puede ser.

-Rellene un recibo y un pagaré, Barreiro.

-¿Nombre completo?

-Deluc.

-¿Deluc qué?

-Sólo Deluc –dijo Asuero.

Sus ojos, falazmente inocentes, brillaban con suave malicia. Barreiro se alejó.

-Problemas, ¿eh, muchacho?

-Oiga, Asuero –Deluc bajó la voz-. Usted no me ha visto esta noche. Ni Barreiro.

-Descuide, muchacho. No acostumbro a ventilar mis negocios. ¿Cuándo me devolverá el dinero?

-Le pagaré religiosamente los intereses, todas las semanas, todos los días, si usted así lo exige, y le devolveré el préstamo en cuanto pueda.

-Muy bien, muchacho. Semana a semana está bien en su caso. ¿De veras no quiere beber nada? –el Turco Asuero desplegó una amplísima sonrisa-. Hace un par de días me llegó una partida de Möet et Chandon francés. Sabe usted bien lo difícil que es encontrar champagne legítimo, en

estos tiempos, con los tarifas y los impuestos que le han cargado a la importación de artículos de lujo.

-Champagne contrabandeado, Asuero.

-¿Cómo si no conseguirlo, muchacho? ¿No le hace una copa? Por supuesto invita la casa.

-Hoy no, Asuero. Gracias.

Barreiro volvió, con el dinero y los papeles. Deluc firmó en ambos y se guardó el dinero y las copias.

-¿Cómo está Eva? –preguntó cortésmente, ya de pie.

-Bien, muy bien, muchacho. Gracias.

-¿Y los niños?

-Crecen.

-Felices de ellos.

-Espero volver a verlo pronto, muchacho –dijo Asuero.

-Yo también lo espero.

-Mil besos a Rosa Luna –dijo Asuero-. Se siguen viendo, quiero creer.

-De vez en cuando.

De nuevo en la noche, con los doce mil en el bolsillo, Deluc se puso a canturrear bajito:

Medianoche y ya ninguno
Se ve de la barra mía
Para darme una alegría
O el flechazo de un dolor
Pues parece que hasta saben
Que además de la cerveza
Me encurdela la tristeza
De un amargo sinsabor

6.

Incapaz por mucho tiempo más de soportar los nervios crecientes (resultado no del miedo ya sino de una angustia nueva, desconocida, quizá producto de la inminente distancia; Buenos Aires de pronto se le hacía tan lejos), Josefina Lalandra se balanceaba, inconsciente de lo que hacía, en su butaca.

-¿Te pasa algo, nena?

-Nada, nada. Estoy bien.

-Estarás lo que sea menos bien. En fin, no es cosa mía.

A Rosa Luna se le evidenciaba la curiosidad persistente en el brillo de los ojos, con sus largas pestañas sin duda postizas; eran unos ojos profundos y oscuros, que no parpadeaban.

-¿Quieres otro guindado?

-No, gracias.

Josefina sí parpadeaba mucho, y pugnaba por no lagrimear. Inhalar, exhalar, se decía, Uno, dos…

-Yo sí me voy a tomar otro –dijo Rosa Luna.

Y aquel Ray Coniff, con su dulzona orquesta, vientos y cuerdas, seguía girando en el tocadiscos. Me quisiera morir, pensó Josefina, aunque sin verdadera convicción.

Deluc por suerte no tardó en volver.

Se lo oyó llamar a la puerta y decir:

-Soy yo.

Rosa Luna saltó de su sillón para abrirle.

-Bien, criatura –le dijo Deluc a Josefina-. Nos vamos.

-¿Ya, así? –preguntó Rosa Luna, desconcertada sin duda y desencantada.

-Nos corre prisa –dijo Deluc-. Necesito tu auto, muñeca –se dirigía a Rosa Luna-. Dame las llaves y dime dónde está.

-A la vuelta, por Paraninfo –dijo Rosa Luna-. Las llaves… A ver a ver…

Salió por una puertecita estrecha, que estaba medio oculta detrás del armarito con esmaltes y una cortina de flecos, y volvió al instante con un bolso grande, que revolvía con una mano.

-Aquí están, cariño.

Le entregó a Deluc unas llaves sujetas a un llavero con el emblema de la General Motors.

El llavero tintineaba, Rosa Luna sonreía, Deluc miraba serio a Josefina enfundado en su perramus, el payaso hacía una rígida mueca muda contra la pared, el osito de peluche extendía sus dos brazos desde su silloncito hacia la nada, las luces amarillentas de las lámparas de mesa parecían cada vez más amortiguadas y murientes, la orquesta del tal Coniff, cuerdas y vientos, no paraba, el olor de aquel patxulí ya ahogaba y Josefina seguía pensando: Ojalá me muera, Ojalá me muriera, cada vez con menos convicción. Ayer sí quería morirse; hoy ya no.

-Encontrarás el auto en el garage del Palacio Lecumberri –dijo Deluc, al tiempo que se guardaba el llavero en el bolsillo y recogía del suelo la maleta azul de Josefina-. Recógelo mañana después de mediodía. Le diré a Badú que te deje subir, por si yo no estoy. Dejaré las llaves del auto en la mesita del living.

-¿No me das ni un beso?

-No hay tiempo para esas cosas, corazón –dijo Deluc-. Yo no he estado aquí. No se te olvide.

-No me olvidaré.

A Josefina le pareció que Deluc se había empezado a sentir molesto e irritado (y que Rosa Luna estaba cada vez más abatida y triste). Le gustó. Ella ya estaba de pie, con el neceser en la mano y los nervios relajándose paulatinamente debajo de su piel. Le parecía sentir cómo se desanudaban poco a poco.

-¿Cuándo te veré? –preguntó Rosa Luna.

-Pronto, espero

7.

Deluc conducía concentrado, pero no muy bien. Hacía chirriar el motor cada vez que manipulaba con los cambios. El auto era un viejo Plymouth sedán, de cuatro puertas, despintado y polvoriento y con abolladuras. A Josefina le parecía un vehículo demasiado poco refinado y nada elegante para la mujer tan sofisticada y maquillada, tan compuesta (tan irreal y postiza, de hecho, como su mismo nombre), que habían dejado detrás.

-¿Rosa Luna qué hace? –preguntó-. ¿Es una call girl?

-Son cosas que a ti no te incumben, Josefina.

-Oh, no. Ya sé que no. No se llama Rosa Luna de verdad, ¿a que no?

Deluc no contestó.

Contorneaban en aquel momento la Plaza Independencia, por el flanco del Victoria Plaza Hotel. Resiguieron después el contorno de la plaza, por las calles Juncal y Blanes Viale, para meterse acto seguido por una callecita a oscuras, estrecha y empedrada -¿Alvear? ¿Sarratea? ¿Pueyrredón?: Josefina no estaba segura-, que se abría como la boca de un

lobo en un costado del llamado Palacio Hartzenbusch, el edificio más alto de la ciudad.

-¿Vamos a tu casa?

-Mañana a primerísima hora tienes que estar en el aeropuerto, Josefina. Te subirás al primer avión a Buenos Aires, que suele recoger a muy pocos pasajeros. Despega a las siete y media, o sea que hay que estar en Carrasco antes de las siete. No hay otro sitio que mi casa en donde puedas quedarte, que yo sepa.

Deluc le echó (a Josefina) una mirada al parecer divertida.

-Pero no te preocupes -le avisó-. No soy ni un violador ni un aprovechado.

-Como si eso pudiera preocuparme, a estas alturas.

-No deberías hablar así, Josefina –dijo Deluc, muy serio-. A pesar de todo, tengo la fuerte impresión de que en el fondo no eres otra cosa que una jovencita ingenua y puede que algo tonta, que se ha metido en un berenjenal que la supera.

-Tonta no soy –se quejó Josefina-. Pero sí. Tienes razón. Todo esto me supera.

-Retiro lo de tonta, si prefieres.

-No soy tonta ni cobarde, aunque me he sentido muy aturdida y he pasado más miedo que nunca.

-Te creo, Josefina.

Un reloj (seguramente el de la Plaza Matriz) empezó a dar lentas y redondas campanadas. Las escucharon en silencio. Josefina creyó contar once.

-¿Son las once ya?

-Ni más ni menos –dijo Deluc.

8.

El Palacio Lecumberri era un viejo edificio de dieciocho plantas que ocupaba la manzana irregularmente triangular entera que formaban las calles Coronel Alegre, Bacacay, Brecha y Solalinde, con la entrada principal por esta última, casi frente por frente (algo esquinada) con el Teatro Uruguay. Deluc estacionó el Plymouth en el primer sitio vacío que encontró, dentro del garage subterráneo del enorme edificio, y condujo a Josefina a los ascensores.

-Te quedarás en mi apartamento –le dijo- y no le abrirás a nadie. No creo que nadie llame, pero por las dudas. No abras. Por nada del mundo. Ni siquiera atiendas el teléfono.

-No lo haré.

El ascensor había llegado y subieron. Era un aparato antiguo, lento, que traqueteaba y se balanceaba. Ráfagas de luz se filtraban a través del enrejado cada vez que ascendían una planta. Deluc estaba muy serio. Josefina lo miraba de reojo. “Un Galahad más bien ridículo”, se dijo. No pudo evitar sonreir. “Ridículo no”, se corrigió, un poco avergonzada. “Insólito”.

El ascensor se había detenido. En lo alto, una especie de reloj demediado (la mitad de una circunferencia) señalaba con su única aguja el número once.

Recorrieron los dos un pasillito cubierto con un linoleum gastado, entre paredes mal empapeladas y picos de luz empercudidos por ese polvo gris casi impalpable de los interiores mal ventilados.

Deluc abrió una puerta y encendió de un manotazo la lámpara del techo.

-No puedo perder ni un minuto –dijo, dando un solo paso hacia adentro del apartamento-. Tú enciérrate aquí adentro y pasa la tranca,

Josefina –se la señaló-. Tendrás que abrirme a mí cuando vuelva. Trata de dormir mientras tanto, si puedes. Quédate con el dormitorio. Yo me echaré ahí, en el sofá, si viene al caso. Te aconsejo que duermas, Josefina. Tendrás un día de aúpa mañana.

-No podré –dijo Josefina, de nuevo angustiada-. ¿A qué hora volverás?

-No lo sé –dijo Deluc-. Tengo mucho que hacer.

-¿Por mí?

-Por mí. También yo existo, Josefina. Cierra la puerta y pasa la tranca. Y no abras la puerta ni atiendas al teléfono.

Una vez a solas, detrás de aquella puerta con su maldita tranca, Josefina rompió a llorar.

V) LA ESPERANZA DE MARAGALL

1.

Aturdido y medio sordo aún por el ruido, ahogando un gran bostezo con la mano, Maragall terminó de subir la escalerita de concreto y empujó la puerta insonorizada que separaba el taller del periódico de la sala de redacción. En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas el ruido atronador del taller se apagó, como si una mano hubiera movido un dial.

Maragall canturreaba

Desde lejos se te manya
Pelandruna abacanada
Que naciste en la miseria
De un cuartucho de arrabal
Porque hay algo que te vende
Yo no sé si es la mirada
La manera de sentarte
De charlar, de estar parada
O ese cuerpo acostumbrado
A las pilchas de percal…

Aún con la melodía de *Margot* en la cabeza, silbando ahora, Maragall se dirigió a su despachito de cristales, en un rincón, que caía justo debajo de la jaula alta de cristal del perro. Un segundo bostezo, más pronunciado aún que el anterior, le produjo una agradable picazón en la espina dorsal, que le subió hasta la nuca, como cuando eyaculaba.

Maragall sabía muy bien que tenía fama de haragán, pero también sabía que no era cierto. Su pecado (pensaba) no era la superficial haraganería, sino algo mucho más profundo y más vital: la voluptuosa y condenatoria pereza. La misma pereza que afectó a Noé borracho y a Salomón en su perfumado harén, se dijo. La misma que condenó a Remo a ser víctima del impaciente Rómulo; la pereza que impidió a César abrir el mensaje del mendigo y que, por lo tanto, lo condenó a morir bajo el puñal parricida de Bruto. La misma vieja pereza cainita que Shakespeare alababa (‘Pues darse prisa es de necios e ignorantes’ o ‘Pues sólo se da prisa quien no sabe a dónde va’) y que Napoleón ejercía, dormido a lomos de su caballo en la víspera de la batalla decisiva de Austerlitz (o de Waterloo).

Encorajinado por tan magnos ejemplos, fueran o no imaginarios, Maragall se volvió plácidamente a sus tareas, lo que le insumió algún rato. Mientras trabajaba, midiendo columnas y cajas para titulares, consultando con Peucelle, el diagramador, y con Rubén Pérez, el secretario de redacción, antes de subir al iluminado cubil del perro, para elevarle el penúltimo informe, Maragall se decía que desde que la prisa se había adueñado de Occidente la vida iba cada vez peor. Pensaba en los periclitados pero no olvidados tiempos de Pericles (casi creía recordarlos, como si los hubiera vivido); rememoraba, por ende (casi), aquellos largos, despreocupados y polvorientos paseos por las recoletas callejas atenienses, en compañía de Sócrates y Alcibíades, o de otros dos cuates cualesquiera. Pensaba, por otro lado, que si a él le bastaba con trabajar a media máquina para cumplir con sus tareas, ya que no estaba falto de destreza e inteligencia, ¿por qué demontres debía esforzarse y gastar energías inútilmente, roído por una prisa en la que no tenia ni arte ni parte, sin vicio que disfrutar ni beneficio que recibir? Eso no iba con su carácter en absoluto, ni con su forma de entender el mundo y su propio lugar en éste.

Entonces, mientras pensaba en aquellas agradables fantasías dispersas, Maragall vio a Deluc.

El Franchute, tal parecía, había vuelto ya del Palacio Legislativo, de aquella estúpida reunión en el Senado.

Sentado detrás de su mesa, con la vieja Underwood encima, el Franchute consultaba unos papeles que sostenía en la mano.

Aunque le disgustaba reconocerlo (y sólo lo reconocía para sí mismo), Maragall envidiaba, al menos hasta cierto punto, al Franchute. Le envidiaba la libertad de la soltería (Maragall estaba casado por segunda vez, aunque no tenía la menor intención de llevar con él a París, cuando por fin se largara, a su mujer actual, por muy adinerada que fuera: lo era);

envidiaba la desenvoltura con la que el Franchute se movía, la indiferencia (que acaso fuera cinismo) con que el Franchute se enfrentaba a todo, la decorosa cordialidad con la que sabía tratar a la gente, de la clase que fuera, y sobre todo aquel secreto opaco que envolvía y daba lustre y misterio a su pasado.

Para colmo (se decía Maragall) el Franchute era un buen periodista, cabía que notable, tan bueno acaso como él mismo; todo aquello se lo decía Maragall algo perplejo. Tal vez tan bueno como yo mismo lo era en mis buenos tiempos, cuando escribía, se decía. Ahora, como engranaje de la cadena de mandos del periódico, Maragall se tenía que conformar con corregir, con su fácil y elegante pluma, las imbecilidades que escribían los otros. Pandilla de analfabetos, se dijo, ya cuando subía al cubil del perro.

-Entre y cierre, Maragall –ladró Godoy-. Tenemos problemas con Pérez Moles.

-Pérez Moles está muerto, Godoy.

-Tenemos problemas con Pérez Moles –repitió Godoy, como si no lo hubiese escuchado.

¿Cómo se podían tener problemas con un muerto?, se preguntaba Maragall, cansado de todo.

2.

Deluc vio a Carlitos Sotero subir de la calle (o acaso bajar de Fotografía) y lo llamó. Carlitos era un muchacho de pelo enrulado, desgarbado, más bien tímido, que un día acaso sería un buen periodista (ya que cualquiera en realidad podía ser un buen periodista, en opinión –conocida y divulgada- de Deluc), aunque todavía le faltaba mucho para eso.

Carlitos se acercó caminando como solía, sin levantar apenas los pies del suelo.

-Hice lo que pediste, Deluc. El senador Millares confirma la entrevista pero no para el pasado mañana miércoles ni para el jueves, pues estará ocupado, sino para el viernes a las nueve de la noche. ¿Has visto ya lo que te he dejado? Lo anoté todo, creo.

-Lo sé. Lo he leído. Muy bien. ¿Qué te dijo Millares?

-Está ahí.

-¿Le preguntaste lo que te pedí? ¿Te dijo Sanabria lo que yo quería que le preguntaras?

-Ah, sí. Es claro. Eso de la lluvia.

-¿Qué lluvia?

-La lluvia –repitió Carlitos Sotero.

Deluc asintió, acaso sin terminar de entender.

-¿Y? –preguntó.

-¿No lo apunté?

-No.

-Pues se me olvidó. Lo siento.

-¿Recuerdas qué te dijo?

-Sí, es claro. Le pregunté que cuándo se iba a mojar, como tú querías, y él me contestó: "Dile a Deluc que yo no me mojo ni cuando llueve". Nada más. Se reía.

-Era de esperar, Carlitos. Gracias.

-¿Necesitas algo más?

-Ni una palabra de esto a Godoy.

-El perro ni sabe que existo, Deluc.

Después de tecletear en su máquina un buen rato, Deluc se acercó, con varias hojas pautadas en la mano, a Rubén Pérez, el segundo al mando

en la redacción después de Godoy. Pérez estaba de pie junto a la mesa inclinada de Peucelle, el diagramador.

-¿Tienes el reportaje, Franchute?

-Listo. ¿Has elegido ya las fotos?

-Zielinsky trajo una muy buena, Franchute –dijo Pérez-. Realmente buena. Millares con la boca abierta, en plena catilinaria, y Badalá al fondo al parecer dormido, con las manos entrelazadas en la barriga.

-¿Dónde está?

-La tiene el perro.

-No creo que se publique.

-Yo tampoco. ¿Cuánto te dio el reportaje?

-Catorce hojas pautadas y ocho líneas. Un poco largo, me temo.

-¿Lo vale?

-No.

-Pues súbeselo al perro para que lo descuartice.

Deluc subió al cubil de cristal y al rato bajó, con sus hojas pautadas en la mano, llenas de correcciones en rojo y de tachaduras en azul, y se encaminó al taller, donde se las entregó a Campodónico, el caporal.

El ruido de las linotipos, de las fraguas de plomo, de los carritos que corrían arriba y abajo, de las cizallas mecanizadas para el papel, y en especial de las rotativas al fondo, era ensordecedor. Como siempre, había que gritar para entenderse.

-Un día me va a estallar la cabeza, Francés –gritó Campodónico-. Llevo un cuarto de siglo aquí adentro y todavía no me acostumbro al ruido. Nadie se puede acostumbrar a este ruido. Me tomo doce alka seltzer al día, para que no me reviente la cabeza.

-¿Tú todavía tienes cabeza, Campo, con todo este barullo? Quién lo hubiera dicho.

Terminada la compaginación, pasada una hora, Deluc volvió al agradecido silencio de la redacción, que en realidad no era silencio en absoluto, sino tan sólo el ruido soportable de los trajines normales de la humanidad.

Antes de irse, con el perramus ya puesto, Deluc llamó a su apartamento.

Dejó que el timbre sonara diez veces antes de colgar.

Josefina, obediente, no había contestado.

Eran las dos menos diez de la mañana.

3.

En camino hacia el Café Neutral, bajo las nubes, que se desplazaban a gran velocidad, Deluc canturreaba para sí:

Quiero emborrachar mi corazón
Para apagar un loco amor
Que más que amor es un sufrir
Y aquí vengo para eso
A borrar antiguos besos
En los besos de otras bocas
Si mi amor fue flor de un día
Por qué causa es siempre mía
Esta cruel preocupación
Quiero por los dos mi copa alzar
Para beber mi obstinación
Y más la vuelvo a recordar

4.

En el Neutral, a aquella hora, había unos cuantos parroquianos más o menos dispersos.

A una mesa estaba Balcárcel, con una jovencita rubia a la que Deluc no recordaba haber visto antes. Deluc y el otro se saludaron de lejos. Balcárcel parecía muy contento; cada vez se arrimaba más a la jovencita rubia. Al poco rato, la jovencita y él se levantaron y se fueron. Al pasar, Balcárcel le guiñó a Deluc un ojo.

-Cuídate, Francés.

-Lo mismo digo, Chinatis.

En el fondo, Petrucelli, el encargado de Económicas de La Voz del Plata, platicaba, los dos muy juntos, con Lesmes Beramendi Jr, su homólogo de El Manantial. Váyase a saber qué componendas estaban tramando aquellos dos. Ellos siempre se enteraban antes que nadie de la información fiduciaria privilegiada y reservada, y se decía que especulaban. Beramendi era de creer que por lo menos sí lo hacía (iba siempre demasiado bien vestido, tenía un coche deportivo esbelto y largo, cambiaba de querida cada trimestre, gastaba prendas caras y regalaba alhajas lujosas a sus queridas, convidaba en los bares con marc y con champagne –no era agarrado- y pasaba sus vacaciones en un chalet en Punta del Este…), y que por ese ilegal y furtivo expediente se embolsaba su buen dinero bajo cuerda, anónimo, sin declarar; era lo que desde hacía ya algunos años se había empezado a denominar dinero negro, es decir la muy hablada y denostada guita negra (motivo de un millón de rumores, dimes, diretes y teorías que involucraban a ministros, banqueros y diplomáticos extranjeros), una guita que escapaba a todo control.

A otra mesa se gritaba y se reía. Eran periodistas, entre ellos Bebe Varela, el encargado de la sección de Turf de El Manantial, y Maragall. Los

otros (otros cuatro, Nenúfar Yáñez entre ellos, la única señorita) eran todos de la plantilla de La Voz del Plata.

Acomodado contra el mostrador, cuando paladeaba (era un decir) se segunda grappa con campari, Maragall lo vió (a Deluc), movió en el aire una mano y se levantó. Se le acercó.

-He tenido una agarrada de mi flor con el perro -dijo.

-¿Por?

-Por Pérez Moles, Franchute. Al parecer hay que ir con pies de plomo con ese asunto. Marganesi estaba furioso porque el perro le censuró y tergiversó no sé cuántas cosas. Yo tuve que salir en defensa de ese cretino, imagínate. Hay que ir con pies de plomo, Franchute. Tal cual. Me lo dijo taxativamente el perro, con esas mismas rotundas palabras. Pies de plomo, Franchute, imagínate, como soldaditos asustados antes de entrar en combate.

-¿Por? –volvió a preguntar Deluc.

-Germán Lalandra, me parece. Está metido hasta las cejas en el fregado, Franchute. Íntimo amigo del occiso, padrino del hijo de éste, investigado al parecer por inspectores de Hacienda y enfrentado a García Baliño dentro del ministerio.

-¿Enfrentado a García Baliño? ¿Estás seguro?

-Eso afirma Marganesi. Y no se suele equivocar. Es un pelmazo insufrible, pero es bueno en lo suyo.

-Husmear bajo las alfombras y por los rincones, sí. Es insuperable en eso.

Los dos se rieron brevemente.

Maragall pidió que les sirvieran a los dos

-El perro tendrá su día -silabeó después con disfrute, mientras contemplaba al trasluz el contenido de su vaso

Maragall bebía una cosa que él llamaba Caballo Verde, consistente en vodka con un chorro de licor de menta. El nombre lo había copiado, según decía, de una revista de poesía de los años treinta, que dirigía Pablo Neruda.

-El perro tendrá su día –repitió-. ¿La has leído, Franchute?

-¿Qué?

-Es una novelita del viejo Sebastián de Griñón. Se llama **El perro tendrá su día** –volvió a decir Maragall, con voz lenta, subrayando ahora sus palabras-. La novelita transcurre en buena parte en la redacción de un matutino, por lo demás. Todos allí son noctámbulos, borrachos, cínicos y amargados, más o menos como nosotros. La acción tiene lugar no se sabe dónde, pero que es Montevideo, una Montevideo aún más desdibujada que ésta, más neblinosa, descangayada, ruinosa y triste, que se atrafaga, para colmo, bajo una feroz dictadura militar. Suena profético, ¿no? ¿Cuánto crees que les falta a los soldados para dar el paso que darán, Franchute?

-Espero que no lo den nunca, viejo.

-Lo darán –insistió Maragall, con un brusco cabezazo-. Lo darán más temprano que tarde, Franchute. Y muchos lo agradecerán y los aplaudirán, visto que los Muchachos están cada vez más activos y violentos de un tiempo a esta parte. Y visto, por otro lado, que más temprano que tarde se formará esa coalición de izquierda de la que tanto se habla. Yo espero estar en París para cuando suceda. Quiero decir, Franchute, para cuando los soldados den el inevitable paso al frente.

Tras un instante, escrutando a Deluc con ojos calculadores, Maragall preguntó.

-¿Tú de dónde vienes, Franchute? ¿Me lo dices a mí? Somos amigos.

-No lo somos, Maragall. Yo no tengo amigos.

-¿Alguien lo sabe, Franchute? ¿A quién se lo has dicho? ¿A Graciela, a Nadina, a Nenúfar, al Chino acaso, a quién? Yo no se lo diré a nadie,

Franchute. Te lo prometo.

-Vengo del Salto –dijo Deluc, con acento cansado e indiferente-. De Villa del Salto.

-¿Eres de allí? ¿Naciste allí? Hay muchos franceses, tengo entendido, por aquella parte del país.

-Sobre todo hay portugueses. También hay muchos judíos.

-No dirás que eres judío…

Deluc se encogió de hombros, sin decir más.

5.

Un rato después, Maragall y Deluc salían juntos del Neutral. -Tengo mi autito aquí cerca –dijo Maragall-. Te acerco.

Había refrescado bastante. Ya por fin el verano agonizaba. La calle por la que iban (Luis de León) caía en bajada hacia el mar. Maragall inspiraba hondo.

-Qué vidurria la tuya, Franchute.

-¿La mía, Maragall? ¿Por qué?

-O la mía, qué más da. Me gusta este aire de la alta madrugada, Franchute. Ahora la ciudad huele a sal y a yodo y a no sé qué más. Puede que a mujer.

Caminaron un rato sin hablarse.

Maragall se puso a cantar en voz baja y Deluc, tras unos instantes, se le sumó, con su pequeña voz bien timbrada:

Se dio el juego del remanye
Cuando vos, pobre percanta
Gambeteabas la pobreza
En tu pieza de pensión
Hoy sos toda una bacana

La vida te ríe y canta
Los morlacos del otario
Los tirás a la marchanta
Como juega el gato maula
Con el mísero ratón.

-Cantas bastante bien, Franchute –dijo Maragall, con cierto agradecido asombro-. Te gusta el tango, bien lo sé. Tal vez porque eres francés, como Gardel. ¿No habrás nacido en Toulouse?

-¿Por qué en Toulouse?

-¿No sabías que Gardel nació en Toulouse?

-Hay quienes dicen que era uruguayo.

-Sí, ya sé. El imbécil de Zépol. ¿Lo conoces?

-Se llama López, ¿no?

-Nicasio López, que es Zépol al revés. O al derecho, mejor dicho.

-Escribe en La Verdad, me parece. De tangos.

-Tiene una columna fija semanal. ¿Tú la lees?

-¿Yo? ¿Para qué?

-Zépol escribió, entre otras muchas idioteces, un par de libros a propósito de Gardel. En uno de ellos afirma, con pruebas para él irrefutables, que por supuesto no lo son, que Gardel nació aquí en Uruguay, concretamente en Tacuarembó, hijo natural de Berthe Gardes, francesa, costurera, y de un tal coronel Lechuga, Jefe de Policía Departamental. Y en su otro libro apunta, con pruebas según él no definitivas, es decir inexistentes, que Ireneo Leguisamo, el gran Jockey uruguayo, puede que fuera hijo natural de Gardel. ¿Cuándo nació Leguisamo?

-No tengo ni idea.

-Pues yo te lo diré, Franchute –afirmó Maragall, con varios cabezazos lentos-. Zépol afirma que Leguisamo nació en 1903, pero en realidad nació

en 1898. O sea que Gardel, como mucho, si retrasamos su nacimiento hasta 1885, lo que es mucho retrasar, ya que en ese caso habría cumplido unos cincuenta cuando murió, tenía unos trece años cuando Leguisamo nació.

-Gardel fue siempre muy precoz, ¿no? A los quince años ya cantaba, me parece.

-Si, en efecto, aquí en Montevideo. No sé sabe en realidad cuándo nació, pero hacia 1908 cantaba en los cafetines del puerto, en compañía de José Razzano, que él sí era uruguayo. Cuando cruzaron el charco, a Buenos Aires, algunos años después, hacia 1912, se pusieron de nombre Dúo Los Orientales. Fíjate tú qué originales.

Caminaron callados unos metros más

-**El perro tendrá su día** –volvió a decir Maragall, pausadamente, saboreando los vocablos uno a uno-. Bonito título, ¿no? El protagonista, para llamarlo de algún modo, es un tal Mancussi o Mancuso, no lo recuerdo. Es el típico Héroe Anónimo del viejo Griñón, por lo demás. Es un periodista de Municipales que al final muere abatido a balazos. Muere un poco por todos, como corresponde: por sus compañeros de redacción, por una mujer que lo ha abandonado, por un hijo al que no ve hace una punta de años, por una hija que se ha convertido en la querida de un mafioso local, por un amigo que a su vez se ha convertido en delator de la policía, por una yira que se le ofrece en un zaguán, por dos niños harapientos a los que él convida con pizza y coca colas a la puerta de un café de donde el trompa los acaba de echar, por un viejo molinero que se ha quedado ciego y con el que disputa interminables partidas de ajedrez, por un hermano suyo muerto y por la ciudad entera, en fin, incluyendo a sus perseguidores y a sus asesinos. Es un héroe, por lo tanto, que podíamos ser cualquiera de nosotros, Franchute; excepto Marganesi, claro está. Lo podías ser tú, lo podía ser yo,

lo podía ser incluso Bebe Varela, con su elegante cronómetro en la mano y su palco privado en el hipódromo. Hasta el mismísimo perro lo podía ser.

-La pucha que te gusta darle a la lengua, che Flaco.

Había gente que a Maragall le decía Flaco, aunque Deluc no se contaba en ella.

-¿Flaco? –interrogó Maragall-. ¿Desde cuándo soy el Flaco para ti, Franchute?

Bajaban en aquellos momentos hacia las callecitas empedradas del Barrio Sur: Isla de Flores, Abastos, Carlos Gardel, Waston, Las Bóvedas, Andrés Lamas, Benito Lamas, Diego Lamas, República del Neuquén, y al fondo la Rambla Costanera. El aire soplaba suavemente desde el mar, a cada paso más próximo. Sólo a estas horas flamantes, saladas y calladas de la madrugada, a pie por aquellos rincones, Montevideo le parecía grata a Maragall.

-¿Por qué nunca llamas perro a ese perro, Franchute, de la perrera de cristal? No creo que sea por chuparle las medias. Qué fea expresión, ¿no? Chuparle las medias. También dicen lamerle el culo. ¡Qué horror! La adulación es horrible de todos modos, se la llame como se la llame. Sé que tú no la practicas, Franchute. No hace falta decir, por de contado, que yo tampoco.

-¿Dónde tienes el auto, Maragall?

-Cruzando la próxima esquina, Franchute –dijo Maragall

Caminaron unos pocos pasos más, en silencio.

-Irme a París, Franchute. La esperanza. Le tengo miedo a la esperanza, ché. ¿Conoces ese cuento de Villiers de l'Isle Adam, *L' Espoir*?

-Conozco una novela de Malraux.

-Pues el cuento de Villiers se llama igual, es anterior y mucho mejor. Y muchísimo más corto, es claro, lo cual es otra ventaja.

-Ya me veo que me lo vas a contar.

-¿Y qué?

-Me resigno.

-¿No te gusta la gran literatura francesa, Franchute? ¿Tanto odio les tienes a tu país, a tu idioma, a tus compatriotas?

-Te escucho.

-Pues ahí va –dijo Maragall.

"Resulta que un viejo judío, Mordecai, está en los calabozos de la Inquisición, en Sevilla. Lleva veinte años o treinta allí adentro, sin que lo hayan juzgado hasta unos pocos días antes. Naturalmente lo han condenado a morir en la hoguera. La ejecución tendrá lugar al día siguiente. Mordecai, que después de tantos años de presidio lo ha perdido todo, está acurrucado en un rincón de su celda. Mordecai no tiene miedo a morir, pues ha perdido el interés por vivir. Ha perdido la fe de sus antepasados, ha perdido su dinero, que no era poco, ha perdido a su familia, asaz numerosa, ha perdido incluso sus carnes, antes abundantes. Pesa ahora poco más que un niño.

"Llega el carcelero con la magra comida, que deja en el suelo y se va. Al salir se olvida de cerrar la puerta. Mordecai lo advierte, y un nuevo y desconocido terror lo domina. También un sentimiento que había olvidado: la esperanza. Atenazado por ese nuevo terror, por ese olvidado sentimiento, ahora dulce pero dolorosamente recobrado, Mordecai se arriesga a empujar la puerta y salir a un tenebroso pasillo abovedado. No hay nadie. De ese pasillo se dirige a otro, iluminado por varias altas antorchas. En un cubículo que da al pasillo hay unos carceleros, jugando a las cartas, que milagrosamente no ven a Mordecai. Éste se desliza pegado a una pared, temblando de miedo, de ansiedad, de desenfrenada ilusión y esperanza. Por fin llega a las puertas de la prisión, que están abiertas. Afuera se recorta la

luz moribunda del día. La libertad está allí, a su alcance. Parecería que le bastara con estirar el brazo.

"Trémulo de emoción, pues, casi agonizando de esperanza, Mordecai avanza. Cuando está a dos pasos de la puerta, cuando ya casi toca con la mano la luminosa libertad, aparece desde un rincón en sombras el Gran Inquisidor, es decir fray Tomás de Torquemada en persona, enfundado en sus negros ropajes dominicos. '¿Dónde vas, hijo?', pregunta. Mareado, deshecho, moribundo ya como quien dice, Mordecai no atina a decir nada. Torquemada, que es un hombre grande y fuerte, aunque duramente ascético, levanta en sus brazos al leve judío y se vuelve con él camino de los calabozos. 'Ah, Mordecai, Mordecai', le dice, con su sonora voz, vilmente bondadosa. '¿Pensabas marcharte? No podía ser, Mordecai. No podía ser. ¿Entiendes, Mordecai? Aún te faltaba por conocer el último suplicio: la esperanza. Por eso hemos dejado la puerta de tu celda abierta'.

"¿Qué te parece, Franchute?

-No está mal –dijo Deluc.

-Es terrible, Franchute, la esperanza. L' espoir, en tu idioma. Es claro que leído, el cuento es mucho mejor, y cabe que sea también muy distinto.

Habían llegado junto al automóvil de Maragall. Era un Fiat pequeño, nuevecito, de color claro, quizá un gris o un crema, o celeste o rosado; un color, en todos los casos, difícil de definir en la penumbra vaga y movediza de una pendulante farola del alumbrado que colgaba de un cable a cierta distancia, en mitad de la calzada.

Con movimientos medidos y pausados (quizá estaba más bebido de lo que aparentaba) Maragall accionó el llavín de la portezuela del lado del conductor y se metió dentro del vehículo.

Deluc entró después.

-A mí, Franchute –dijo Maragall, cuando ponía el vehículo en marcha-, con París, me ocurre lo que a Mordecai con su libertad. Me temo que la esperanza sea mi último y peor suplicio. ¿Tú no podrías darle un toquecito a Lacruelle?

-Apenas si lo conozco, viejo.

-En fin –dijo Maragall-. Vamos al Palacio Lecumberri, ¿no?

Tras un corto silencio volvió a hablar.

-Lacruelle me insinuó que lo están por nombrar delegado general de France Presse para lo que llaman el Cono Sur, que no sé exactamente en qué consiste. Supongo que de ser así lo trasladarán a Buenos Aires, y en ese caso, si antes no se han perfilado bien las cosas, yo estoy frito. Y digo a Buenos Aires porque Buenos Aires tiene que ser la Gran Capital, supongo, de esa misteriosa figura geométrica austral, ¿no, pibe?

Lo último, Maragall lo pronunció tratando de imitar el acento bonaerense.

-¿Estas seguro? –preguntó Deluc-. Lacruelle parece muy joven para semejante cargo, que suena como si fuera muy importante. ¿Qué edad tiene?

-No lo sé. Supongo que ronda los treinta, más o menos como tú. ¿De verdad lo conoces poco? Es compatriota tuyo, Franchute. Y eso de su próximo nombramiento es lo que él mismo me insinuó, aunque sin insinuármelo del todo. No sé si me entiendes. Tortuosos que son los malditos franchutes, che. El mejor ejemplo eres tú mismo. ¿Le hablarás o no?

-Haré todo lo que pueda en tu beneficio, Maragall.

-Y después dices que no somos amigos, francesito. ¿Quién te entiende?

Un ratito después, dentro del coche, Maragall se puso a canturrear en voz bajita, acompañándose con los dedos contra el volante, sin que en este caso Deluc lo acompañara.

Arrésteme sargento
Y póngame cadenas
Si soy un delincuente
Que me perdone Dios
Yo he sido un criollo bueno
Me llamo Alberto Arenas
Señor, me traicionaban
Y los maté a los dos
Las pruebas de la infamia
Las traigo en la maleta
Las trienzas de mi china
Y el corazón de él.

-Un curioso tango, ¿no, Franchute? –comentó Maragall acto seguido-. Con estrofa heptasilábica, ché, uno de los dos hemistiquios del francesísimo verso alejandrino. El verso del tango suele ser octosilábico, que es la respiración natural de la poesía popular en español. Basta leer el Romancero Viejo. O entre nosotros el Martín Fierro. Como dice Borges, fuera del octosílabo, al pueblo llano la poesía no le entra. No la siente.

-Me abruma tu erudición, Maragall.

-A muchos les pasa otro tanto –dijo Maragall, entre dos bostezos-. Y eso de las trIenzas –subrayó al pronunciarla la I intermedia- y el corazón dentro de la maleta es un hallazgo que parece de Quiroga, ¿no? ¿Te dejo aquí? Si no tengo que dar toda la vuelta.

-Aquí perfecto, Maragall. Gracias.

Estaban en un flanco del Palacio Lecumberri, por Bacacay. La entrada principal quedaba por Solalinde.

-¿Es tuyo el bulín?

-Alquilado. Aquí sólo alquilan.

-¿El dueño quién es? ¿Lo sabes?

-Serán los Lecumberri. Ellos lo construyeron.

-Lo construyó el arquitecto francés Auguste Bonnet père, en 1919. Entonces era el edificio más alto de la ciudad. Después levantaron el Palacio Hartzenbusch, en 1931, y el Victoria Plaza Hotel en 1948. Bonnet, por cierto, Bonnet père, no fils, que también lo hubo, fue el maestro nada menos que de Le Corbusier, Franchute.

-Los Lecumberri le pagaban, como yo ahora les pago a ellos.

-¿Es caro?

-No mucho. No por nada yo me lo puedo pagar.

Deluc bajó.

Cantaba al irse, con las llaves en la mano, revoleándolas.

Un otoño te fuiste
Tu nombre era María
Y nunca supe nada de tu rumbo infeliz
Si eras como la calle de la melancolía
Que llovía, llovía, llovía
Sobre la tarde gris
María…
Desde el fondo de mi pieza
Es tu paso el que regresa
María…
Y es tu voz, pequeña y triste
La del día en que dijiste

Ya no hay nada entre los dos
María…
La más mía, la lejana
Si volviera otra mañana
Por las calles del adiós

VI) LA FUGITIVA

1.

Cuando el timbre de la puerta empezó a sonar, Josefina dormía en la cama de dos plazas de Deluc. Al principio, la muchacha incorporó el timbre a su sueño, pero en seguida se despertó, aturdida, se levantó en la penumbra (había encendido una pequeña veladora que había junto a la cama) y corrió tropezándose del dormitorio al pequeño salón, para abrir. Antes de hacerlo se acordó, se estremeció, se quedó callada junto a la puerta.

-Soy yo –dijo Deluc, del otro lado, acaso no por primera vez-. Ábreme, Josefina.

Aliviada, casi dichosa, Josefina abrió.

-Perdona, estaba dormida.

-Me parece bien, Josefina.

-Han llamado.

-¿A la puerta?

-No, al teléfono. Sonó no sé cuántas veces. No atendí.

-Hiciste bien, Josefina. Era yo.

-¿Qué querías?

-Comprobar que no atendías, Josefina. ¿Has comido?

-Encontré unos duraznos en almíbar en la cocina.

-Hay estofado en la heladera. De Gruta Sur, el restaurante. Es de ayer, y no hay nada, según dicen, como el estofado de ayer. Sólo tenemos que calentarlo. Me parece que también queda un trozo de roast beef.

-No creo que pueda, Deluc.

-Yo tengo hambre. Tú también. Ya verás, con el olorcito del estofado. ¿Tomas vino?

-Sí. Así me vuelvo a dormir. Así me aturdo un poco, por lo menos. ¿O no debo?

-¿Por qué no? El problema es que sólo hay pan viejo, para acompañar el estofado. Podemos hacer tostadas, si quieres.

-Por mí no, Deluc.

Era tan agradable, pensaba Josefina, la normalidad (aunque sólo fuera aparente) de aquella insustancial charla nocturna, de aquellos momentos robados a la angustia y a la inminente nostalgia, que ella ya creía sentir ahora (oh mi Dios, cuando estuviera sola en Buenos Aires), como tiempo presente.

-Sola en Buenos Aires, Deluc –balbuceó Josefina, casi lloriqueante, al compás de sus feos pensamientos-. ¿Irá tía Graciela a verme? ¿Irás a verme tú?

-¿Conoces Buenos Aires? –se evadió Deluc.

-Estuve allí un par de veces, con mamá y papá, antes de que se separaran. Yo era una niña todavía, pero me acuerdo. Me acuerdo, en concreto, sobre todo, del Paseo de Julio, o Nueve de Julio, no sé cuál de las dos, me las confundo, que me pareció inmenso de ancho, como un océano

de cemento, como si nunca se lo pudiera cruzar de una acera a la otra. Es claro que yo era entonces muy chiquita

Josefina hablaba con prisa, presa de un inexplicable y crudo frenesí.

-Y también me acuerdo –concluyó por decir, más lentamente- de un obelisco de piedra gris, mucho más alto y más grande que el obelisco que hay aquí.

-Pero el de aquí es de color de rosa, Josefina. Más bonito, ¿no?

-Si tú lo dices.

Deluc trasteaba y se atareaba mientras hablaban. Desplegaba un mantel a cuadros sobre la mesa redonda del salón, y colocaba platos, cubiertos y vasos sobre el mantel. Después se metió en la cocina, cuya puerta se abría en un costado. Josefina lo siguió. Vestía su camisón sobre sus prendas interiores, pero iba descalza (se había olvidado de guardar las chinelas en la maleta) y sentía las baldosas frías en las plantas de los pies.

Campaneo mi catrera

tarareaba Deluc

Y la encuentro desolada
Sólo tengo de recuerdo
El cuadrito que está ahí.
Pilchas viejas, unas flores
Y mi alma atormentada
Eso es todo lo que qued…

-¿Por qué les da a todos por cantar tangos? –se quejó Josefina, interrumpiendo a Deluc-. Tu amiga Rosa Luna cantaba *Fumando espero*, si es que se llama así. Tú ahora cantas eso…

-No volverá a ocurrir si tú no quieres, Josefina. ¿No te gusta el tango?

-No. A papá le gusta.

-Y por eso no te gusta a ti. Entiendo.

-No he dicho que fuera por eso, Deluc.

-Lo digo yo.

Josefina cruzó los brazos sobre su pecho, irritada.

Miraba a Deluc en silencio.

-¿Por qué no te gusta el tango, Josefina? –quiso saber Deluc.

-No porque le guste a papá.

-¿Por qué no, entonces?

-Es triste, no sé. Y las mujeres son todas malas, cuando no estúpidas.

-Son tristes pecadoras, en todo caso, Josefina.

-Como yo –susurró ella.

Deluc no le contestó, como si no la hubiera oído.

-¿Te ayudo?

-No hace falta, Josefina.

Deluc ya había puesto el estofado al fuego, y lo revolvía con un largo cucharón de estaño, y después destapaba una botella de vino con un sacacorchos. Josefina lo observó clavar el sacacorchos en el corcho, hacerlo girar para hundirlo y extraer el corcho de un tirón.

-No es mal vino –dijo Deluc-. Es de Mendoza –y añadió, como si necesitara explicarse-. Me lo regalaron.

2.

Graciela Ingold se removía inquieta en su amplia cama de divorciada. Me he convertido en una solterona, pensaba.

Su pensamiento derivó hacia su sobrina Josefina. ¿Dónde estaría? En su apartamento no contestaban. Graciela la había llamado por última vez cerca de medianoche. ¿A dónde habría ido? ¿Se la habría llevado con él Deluc?

A Graciela le agradaba tanto Deluc, tan amable, tan cordial y tan simpático siempre. ¿Gustarle como hombre? A varias conocidas suyas les gustaba; a ella no. En ese sentido no.

Eran casi las seis de la mañana y Graciela había entredormido mal no más de dos o tres horas. Aquella noche no había ido al periódico; no había tenido fuerzas para ello. Había llamado y había hablado con Mendiluce, el encargado de los suplementos, para disculparse. No tenía por qué, en realidad, pero ella prefería hacerlo. Había aducido, a manera de excusa, una jaqueca que no tenía y un cansancio que sí.

'Pasa de todo', le había dicho Deluc, si bien sin especificar qué. Aunque confiaba en Deluc, Graciela no podía evitar sentirse alarmada. Josefina (como su madre bien había sabido) estaba metida en problemas.

Cuando Graciela se preparaba un té, en la pequeña y pulcra cocina de su apartamento, en un tercer piso, sonó el teléfono. La sobresaltó, a aquella hora. Igual corrió a atenderlo.

-Soy Deluc. ¿Dormías?

-No podía.

-Quería decirte que tengo el paquete. Lo llevo ya al aeropuerto. Estará hoy mismo en Buenos Aires. Díselo a tu hermana. Después hablamos.

-¿Es necesario, Deluc –Graciela vaciló; se sentía algo mareada-, quiero decir, enviarlo?

-Muy necesario. Te llamaré.

-Gracias, Deluc.

Deluc colgó.

Afuera (Graciela miró por una ventana) empezaba poco a poco a amanecer.

3.

Eran las seis y cuarto de la mañana y el Plymouth corría por la rambla hacia el aeropuerto. Aún no había amanecido del todo. El crepúsculo de la aurora pintaba el horizonte a naciente con tonalidades doradas y rosa. Parecía que fuera a hacer un bello día, pero no, se decía Josefina. Va a ser un día horrible, como ayer y antes de ayer. Como ya mañana y pasado mañana y siempre.

-En Buenos Aires –le decía Deluc- irás en un taxi al hotel Kilmarnock. Queda en la calle Maestro Susviela, cerca de la esquina con General Kirkaldy. El hotel está en Barrio Belgrano, a dos pasos de la avenida Almirante Brown. Una vez en el hotel preguntarás por Dorotea. Es una uruguaya. Le dirás que vas de mi parte. No te hará preguntas ni te pedirá que te identifiques.

-Estoy asustada, Deluc.

-No tienes por qué estarlo.

-¿Y si ya me han identificado?

-En ese caso estamos fritos, Josefina, pero no creo que te hayan identificado todavía. Descubrirán en su momento, cuando te identifiquen, si es que lo consiguen, que te has largado en avión a Buenos Aires.

-Y que tú me has ayudado.

-No te preocupes por mí. Es fundamental que nadie descubra tu paradero concreto, ¿me entiendes? Nos pondremos en contacto contigo en cuanto podamos.

-¿Por qué el plural? ¿Te refieres de nuevo a Jekyll y Hyde?

-Me refiero a tu tía Graciela y a mí.

-¿Y mamá?

-Veremos, Josefina. Tranquilízate, ¿quieres?

Josefina se revolvía en el asiento.

-No me asusta la policía –dijo, con voz queda-. Ya no. Me asusta la idea de irme sola a Buenos Aires.

-Es lo mejor que se puede hacer, Josefina.

-Yo me lo busqué.

-Estoy de acuerdo.

-¿Me desprecias?

-No seas boba, criatura.

-Quiero decir… Por lo que tú crees de Aquilino.

-¿Y tú qué crees que yo creo, si se puede saber?

-Crees que éramos amantes, y no es verdad.

-¿No lo es?

-No.

-¿Quién te pagaba el apartamento?

-Me lo pagaba yo, aunque es verdad que Aquilino me lo consiguió y me salió de aval. Pero no era lo que parece. Eran…

Josefina se calló adrede, esperando despertar la curiosidad de Deluc, hasta entonces al parecer inexistente. No lo consiguió. Espiaba a Deluc de reojo, a la expectativa, y no lo veía reaccionar de ningún modo. A la larga tragó aire y lo soltó y dejó escapar una risita hueca.

-¿No sientes curiosidad por nada, Deluc?

-Sólo por el misterio de la Santísima Trinidad, Josefina, que jamás he terminado de entender. Soy periodista, ¿recuerdas? A los periodistas, te diré, la curiosidad, por la curiosidad en sí, no nos conviene.

-Eran negocios –dijo Josefina-. Tengo casi sesenta mil pesos en el banco. Ganados en poco más de tres meses. Te devolveré lo que me has dado, Deluc.

-¿Por qué rompiste con el chico de Pérez Moles?

-Se llama Juan Andrés Pérez Bardasol, no Pérez Moles. Y no éramos novios formales, ni nada de eso. Sólo nos veíamos. Además somos primos, o algo así.

-¿Y qué?

-¿Cómo que y qué? ¿No te lo dijo tía Graciela?

-Digo que y qué con que sean primos, Josefina. Muchos primos se casan, se aparean, se reproducen, envejecen juntos y los entierran bajo la misma lápida. Y sus hijos retozan, abundantes y dichosos, sin demasiadas taras genéticas.

-Yo no pensaba casarme con Juan Andrés. Nunca lo pensé. Y menos tener hijos. Ni con él ni con nadie.

-¿Ah, no?

-Sólo me veía con él. Ya te he dicho que no éramos ni novios ni nada. Es que lo conozco desde niña. Entonces me parecía tan grande; todo un hombre. Me lleva seis años. Y ahora, después, me sentía bien con él, a gusto, pero nada más. Nada serio, Deluc.

-¿Y él?

-Él se lo tomaba más en serio que yo, me temo.

-¿Y por qué rompiste, Josefina? ¿Me lo vas a decir o no?

-¿Importa?

-No lo sé. No lo podré saber hasta que me lo expliques.

-No lo quería involucrar en los negocios, Deluc. Es un muchacho iluso, que además detesta a su padre.

-¿Por qué?

-¿Por qué me haces estas preguntas? ¿No quieres saber de qué negocios se trataba?

-No especialmente. De modo que tu novio odiaba a papá.

-Aquilino, en fin…

Josefina se movía, cada vez más inquieta y nerviosa, en el asiento del automóvil. Ya habían dejado atrás la playa de Los Pocitos y enfilaban al Puerto del Buceo. El sol empezaba a abrirse paso entre las nubes, curiosamente inmóviles contra el horizonte.

-Aquilino maltrataba a su familia –dijo lentamente Josefina-. A su mujer la despreciaba, y a sus hijos los ignoraba, cuando no los ninguneaba, y todavía los castigaba, como cuando eran niños. A María Cecilia no sé, pero a Juan Andrés todavía le pegaba. Una vez le dejó la cara hecha una pena de un puñetazo. Y Juan Andrés tiene ya veintitantos años, Deluc. Yo no podía entender cómo no se iba de su casa. Yo me hubiera ido sin dudar.

-Tú te fuiste efectivamente de la tuya, Josefina. Es peligroso, criatura, pues como bien dice el tango:

Los años de la infancia
Felices ya pasaron
Camino del olvido
Los títeres también
Piropos y promesas
Tu oído acariciaron
Te fuistes de tu casa
No se supo con quién

Deluc cantaba no del todo mal, aunque fueran esos tristes y llorosos tangos, que Josefina odiaba. Igual a la muchacha le hacía gracia, mal que bien, escucharlo.

Allá entre bastidores
Ridículo y mezquino
Claudica el decorado
Sencillo de tu hogar.
Y vos en el proscenio

De un frívolo destino
Sos frágil mario…

A Josefina lo del ‘frívolo destino’ la hirió.

-Malditos tangos –dijo al final Josefina-. Cállate, por favor.

Deluc se calló, sonriente.

-Hemistiquios alejandrinos también –dijo tras un instante.

Deluc parecía altamente satisfecho, sin que Josefina entendiera por qué.

Ahora, unos minutos después (que habían pasado en silencio), Josefina miraba fijamente hacia delante, a la gris y sinuosa Rambla Costanera, a través del parabrisas algo sucio del vehículo. Parecía impaciente ahora, más que nerviosa.

-¿Por qué no hemos ido por Avenida Italia? –preguntó-. Es más corto, ¿no? Y si tanta prisa hay…

-Prisa no hay ninguna, Josefina. Tenemos tiempo de sobras. Además, en Avenida Italia, incluso a esta hora, se pueden producir embotellamientos. Demasiados camiones y camionetas, demasiados ómnibuses y carros a caballo. Aquí en la Rambla, en cambio, un embotellamiento es impensable.

-Mira tú.

-Háblame de Pérez Moles

-Te iba a decir que conmigo, pese a todos los pesares –Josefina suspiró-, Aquilino siempre fue amable y casi simpático. Supongo que por papá, más que por mí. Aquilino me conoce desde que yo era una niña. Tú sabes quién es papá, ¿no?

-El doctor Germán Lalandra.

-Papá y Aquilino eran muy amigos. Lo eran, quiero decir, hasta que Aquilino me propuso este negocio y papá se enteró. Se gana mucho dinero. Sesenta mil pesos en tres meses, Deluc.

-¿Tanto te interesa el dinero, Josefina?

-No. No en realidad –Josefina parecía sorprenderse de lo que ella misma decía-. El dinero me interesa más bien poco.

-¿Entonces por qué?

-Me gusta tenerlo, conste. Tener dinero te produce una sensación especial de libertad. Pero hay algo más. Acaso mucho más. ¿La emoción de la aventura? ¿La intriga, el peligro, el secretismo? ¿O nada más que poder desobedecer a papá y enfurecerlo? ¿Sabes por qué me eligió a mí Aquilino?

-¿Por papá?

-Sí, Deluc. Por papá. Porque sabía que papá jamás iba a permitir que a su hija le ocurriera nada malo. Nuestro negocio no tenía que ver con nada más que con el dinero.

-Un negocio ilegal, es claro.

-Me temo que perfectamente delictivo, Deluc –Josefina dejó escapar una risita torpe y breve, casi coqueta-. ¿Sabes qué era?

-¿Drogas? –arriesgó Deluc.

-Oh, no

De manera algo teatral, Josefina se tapó la boca, levantando una mano.

-Yo jamás me acercaría a las drogas –afirmó-. Eran piedras, Deluc. Piedras preciosas. Yo las recogía por la noche, y por la mañana, muy temprano, se las llevaba a Aquilino a su casa. Eso era todo lo que hacía. Siempre en domingo, como en la película.

-La película se llama *Nunca en domingo*, si no me equivoco, Josefina.

-Da igual. Yo iba a ver a Aquilino en domingo, siempre, con las piedras.

-Lo podías ir a ver desde casa de tu madre, Josefina. No te tenías por qué marchar.

-¿Salir de casa a las seis de la mañana, Deluc? ¿En un domingo? Imposible.

-¿Qué hacían con las piedras?

-No lo sé –dijo muy seria Josefina-. No tengo ni idea. Aquilino nunca me lo dijo. Y yo, a fuer de sinceridad, prefería no saberlo. Yo sabía que Aquilino me había elegido a mí porque le servía de cobertura perfecta por si algo salía mal.

-Por tu padre…

-Por papá, sí. Papá me hubiese protegido de todas las maneras. Aunque la gente pensara que Aquilino y yo éramos amantes. ¿Qué importaba? Aunque papá lo pensara. ¿Qué más nos daba? Lo importante era el negocio.

-Las piedras.

-Sí… Y la aventura… No sé…

-¿Conoces a un tal Muley?

-No sé. ¿Cómo es?

-No tengo ni idea. Nunca lo he visto.

-¿Por qué me preguntas entonces por él?

-¿Las piedras quién te las daba?

-Teníamos varios contactos. No todos hombres. No sé el nombre de ninguno.

Deluc se quedó callado por unos instantes, tal vez un minuto entero. Cuando volvió a hablar tenía una voz más áspera, más seca también, que parecía más que sólo preguntar; parecía horriblemente interrogar.

-Tú el otro día le llevabas unas piedras preciosas a Pérez Moles, y te lo encontraste asesinado en su jardín. ¿Las piedras dónde están? ¿Qué has hecho con ellas? ¿Están en tu apartamento?

-No, no. Las guardé en una caja de seguridad, en el banco. Contraté una a mi nombre. En el mismo banco en el que tengo mi cuenta. Sólo yo la puedo abrir.

-Tú y la policía, Josefina. Da igual. A estas alturas, muchacha, ¿qué importa?

-Lo hago todo mal.

-Si sigues por el camino del delito, Josefina, más tarde o más temprano aprenderás.

-No digas eso ni en broma, Deluc.

-No lo decía en broma, Josefina. Dime algo más.

-¿Qué?

-¿Quién sabía que ibas a ver al comisario el otro día, tan temprano?

-Sólo lo sabíamos él y yo. ¿Crees tú…?

-Alguien lo mató, Josefina. Alguien llamó al timbre, lo hizo salir y le disparó un tiro en la nuca. Si no fuiste tú…

-¿Aún crees que pude ser yo?

Josefina miraba a Deluc con un pasmo verídico de horror, muy abiertos los ojos, grandes, oscuros, brillantes y húmedos. La muchacha respiraba fuerte.

-Tú dices que no lo hiciste y yo te creo. Pero entonces…

-Yo nunca llamaba al timbre, Deluc. Yo entraba en el jardín y esperaba.

-¿Esperabas qué?

-A que Aquilino saliera con Campeón.

-¿Su perro?

-Un pastor alemán precioso. Yo…

Josefina se había sobresaltado brevemente y después se había quedado pensativa un instante, con un dedecito subido contra su bonita

boca entreabierta.

A continuación preguntó:

-¿Crees acaso que fue papá? Papá había averiguado que yo iba a ver a Aquilino los domingos muy temprano. Me espiaba, ¿sabes? ¿Crees acaso que lo pudo matar él?

-¿Tu padre?

-Sí…

-No, Josefina. Sospecho que pudo ser tu novio.

-¿Juan Andrés?

-Se pudo enterar de lo de su padre y tú, y pensar lo peor. Esa mañana pudo salir, llamar al timbre, esperar a que papá saliera creyendo que eras tú, y bim –Deluc hizo como si disparara con el índice extendido y el pulgar a modo de gatillo-. Un tirito en la nuca, Josefina. Listo el pollo.

Josefina empalideció de golpe, como si le hubieran sorbido toda la sangre del rostro. Se dejó caer contra el respaldo del asiento, parpadeando. Los ojos se le habían inundado de lágrimas.

-Ay, mi Dios.

En unos instantes, no obstante, la muchacha hizo un esfuerzo y se recompuso. Sacó un espejito de mano de su neceser y se miró la cara detenidamente. Devolvió el espejito a su sitio y se enderezó en el asiento.

-No sólo me gustaban la emoción, el peligro, la desobediencia, la furia creciente que percibía de papá –dijo.

Hablaba de prisa y como si necesitara cambiar de asunto, olvidarse de aquel crimen en el que estaba mezclada y que podía haber cometido su ex novio y primo segundo.

-También el miedo, Deluc. El cosquilleo del miedo. Era un miedo… –Josefina dudaba-. No sé. Era un miedo casi agradable, como los besos del

primer chico que te gusta. No era como el miedo horrible que empecé a sentir en el momento en que vi a Aquilino muerto en su jardín.

-No era miedo lo que sentías cuando te vi anoche, Josefina, sino pavor. Estabas aterrorizada.

-Ya no, Deluc. Gracias a ti.

4.

Una vez en el aeropuerto de Carrasco (después de haber cambiado pesos oro uruguayos por pesos nacionales argentinos), a un paso de la puerta que daba a las pistas, Deluc repitió:

-Maestro Susviela y General Kirkaldy, recuérdalo. Hotel Kilmarnock. Pregunta por Dorotea. Te envía Deluc. Y algo más, Josefina. No llames a nadie por teléfono. Ni a mamá ni a tía Graciela. No escribas cartas tampoco. Ya nos pondremos nosotros en contacto contigo.

-¿Cuándo?

-En cuanto se pueda –Deluc sonrió-. En cuanto desaparezcan los moros de la costa, Josefina. Hay muchas cosas más que yo tengo que averiguar, muchas cosas también que te tengo que preguntar. Pero lo primero es lo primero. Y lo primero es que tú pongas distancia, el río de por medio, por lo menos.

-Gracias, Deluc –contestó ella, con la voz adelgazada y tosiqueante, al borde acaso (de nuevo) del llanto-. Nunca sabré cómo pagarte lo que haces por mí.

-No digas bobadas, Josefina. Me has dado las gracias mil veces, por lo demás. Es más que suficiente, creo yo.

Impulsiva, inclinándose de golpe, Josefina le dio un beso fugaz a Deluc en un rincón de los labios.

-Chau –dijo.

-Chau, Josefina

Deluc sonreía: era (Josefina se dio cuenta) la primera sonrisa auténtica y franca de Deluc desde que ella y él se conocieron, la noche antes.

Deluc canturreaba, al tiempo que Josefina se alejaba camino del avión:

Aquel tapado de armiño
Todo forrado en lamé
Que tu cuerpito abrigaba
Al salir del cabaré

El aparato ya rugía y se estremecía a un centenar de metros, en el cabezal de la pista. Una corta hilera de pasajeros ascendía lentamente por la única escalerilla. Josefina caminó de prisa hacia el aparato. Cuando se volvió por última vez, al pie de la escalerilla, para saludar, Deluc ya se había ido.

5.

Buenos Aires.

Desde el aire, la gran ciudad no parecía tan amenazadora como Josefina la sentía dentro de su corazón.

Ahora yo sola, pensaba Josefina mientras el avión volaba en círculos antes de tomar tierra. Sin mamá, sin papá, sin tía Graciela, sin Deluc, sin nadie, ni siquiera Juan Andrés ni Helena. ¿Qué va a ser de mí? No puedo telefonear ni escribir, no hay nada que pueda hacer. Sólo pensar y esperar.

O morirme.

Ya en el aeropuerto –Aeroparque, como se llamaba, reservado para los vuelos argentinos interiores y para las líneas con Montevideo y Asunción del Paraguay-, Josefina pasó sin problemas la aduana, con su cédula de identidad. Ni siquiera le revisaron maleta y neceser. ¿A dónde me habría mandado de lejos Deluc si yo hubiera tenido pasaporte?, se preguntó Josefina, con un repentino estremecimiento.

Después de vagar un poco bajo los altos techos y entre las numerosas columnas, medio a ciegas (cegada y entontecida por el llanto contenido) y tropezándose con otra gente, Josefina divisó, detrás de unos grandes cristales, una fila de taxis. Se subió en uno y dio la dirección del hotel Kilmarnock.

-¿Uruguaya, señorita? –preguntó el taxista.

-¿Cómo lo sabe?

-El acento, señorita. Todos dicen que los montevideanos y los bonaerenses hablamos igual, menos nosotros, que sabemos que hablamos muy distinto.

El hombre se giró a medias.

-¿Le importa que ponga la radio? –preguntó.

-Mientras no sean las noticias –dijo Josefina, cautelosamente.

-Música, señorita. Tangos, ¿qué le parece? El Mago.

-¿Quién?

-¿Quién va a ser, señorita? Carlitos Gardel, ¿qué le parece?

-Ponga la música que quiera.

Josefina cerró los ojos, hundida en una esquina del asiento posterior. Por la ventanilla de su lado, abierta cuatro dedos, le llegaba una brisa fresca.

Gardel cantaba:

Te criastes entre cafishos

Malandrines y matones
Entre gentes de avería
Desarrollastes tu acción
Por tu estampa en el suburbio
Florecieron los balcones
Y lograstes la conquista
De sensibles corazones
Con tu prestigio sentado
De buen mozo y de varón…

Odio los tangos, pensó Josefina. Un minuto después se había dormido.

6.

Cuando Deluc por fin se acostó, después de haber llevado al aeropuerto a Josefina Lalandra, eran cerca de las diez de la mañana. Antes de subir a su apartamento, Deluc había comido una pesada busecca recalentada (la pesadez lo ayudaría tal vez a conciliar el sueño, cuanto más plomizo y pesado mejor) en un fonducho que quedaba en Máximo Sarthou y Pueyrredón, a tres manzanas del Palacio Lecumberri. Tras la busecca y una grappa con campari, que bebió sin prisa, fumando cigarrillos, en el boliche de una esquina del Palacio, por la acera de enfrente de éste, Deluc subió.

De camino del cafetín a su bulín, Deluc cantaba:

Si soy así
Qué voy a hacer
Pa' mi la vida
Tiene forma de mujer

Si soy así
Qué voy a hacer
Nací buen mozo
Y embaláu para el querer

El Plymouth ya estaba en el garage.

Badú, el conserje, ya estaba también él en su garita de la planta baja.

-Vendrá a verme una señorita, Badú. Usted la conoce.

-¿La… conozco? –titubeó Badú.

Cabía que conociera, al menos por lo que insinuaba su voz, a más de una.

-La señorita Luna. Déjele su llave y dígale que no haga ruido, Badú. Estaré durmiendo.

-De acuerdo, Deluc.

Cuando Deluc despertó, sobre las cuatro de la tarde, Rosa Luna yacía en la cama a su lado, en ropas interiores.

-Sorpresa, sorpresa –dijo.

Besó a Deluc en la nariz.

-Voy a ducharme –dijo Deluc-. Prepara café, ¿quieres?

-De mil amores.

El aroma acre y fuerte del café acompañó a Deluc desde que salió del cuarto de baño (donde había tarareado fragmentos de tango, como hacía siempre), duchado a fondo y afeitado a conciencia, hasta que bebió la primera taza.

-¿Está bueno, cariño?

-Inmejorable.

En el cuarto de baño, bajo el chorro de la ducha, enjabonándose el cuerpo y enjuagándolo, alternativamente, entre otros varios fragmentos de tango, Deluc había cantado, con su decoroso timbre y su buena entonación:

Ese cuerpo que hoy te marca
Los compases tentadores
Del candombe de algún tango
En los brazos de un buen gil
Mientras triunfan tu silueta
Y tus trajes de colores
Entre risas y piropos
De muchachos seguidores
Entre el humo de los puros
Y el champagne de Armenonville
Es mentira no fue un guapo
Haragán y prepotente
Ni un cafisho veterano
El que al vicio te largó
Vos rodaste por tu culpa
Y no fue inocentemente
Berretines de bacana
Que tenías en la mente
Desde el día en que un jailaife
Cajetilla te afiló

Un rato después, mientras Deluc se vestía, como solía, delante del espejo (era muy detallista, ella bien lo sabía), Rosa Luna, más curiosa que celosa, le preguntó por la muchacha de anoche.

-¿Quién es, cariño?

-Una amiga.

-Si me dijo que te conoció ayer mismo…

-Te advertí que no le hicieras preguntas.

-¿Quién es? ¿No me lo puedes decir a mí?

-Te enterarás, muñeca.

-¿No confías en mí?

-Es la sobrina de una compañera de trabajo.

-¿Y qué?

-Su tía me la confió. Se llama Josefina Lalandra. O mucho me equivoco o muy pronto se hablará de ella hasta hartarse. Tú, por supuesto, no la has visto nunca.

-No, por supuesto que no. ¿Pero por qué?

-Porque si no hoy mañana, y si no mañana pasado mañana, será una fugitiva, muñeca –dijo Deluc-. Una fugitiva de la justicia.

Y repitió, con voz amable pero de tinte grave:

-Tú no la has visto nunca.

-No, no. Es claro que no.

-Me tengo que ir –dijo Deluc.

-¿Pasarás a verme cuándo?

Tumbada todavía en la cama, tapada ahora hasta los senos con una sábana, Rosa Luna sonreía con una especie de adormilado abandono.

-No lo sé –dijo Deluc-. Tengo muchísimas cosas que hacer.

-La fugitiva –dijo Rosa Luna.

-Como la de Proust –dijo Deluc, haciéndose ya el nudo de la corbata-. Cierra con dos vueltas cuando salgas y devuélvele las llaves a Badú.

Se puso a cantar:

Malena canta el tango
Como ninguna
Y en cada verso pone

Su corazón
Percanta de suburbio
Su voz perfuma
Malena tiene penas
De bandoneón…

SEGUNDA PARTE

I) EL TRABAJO DE PIERNAS DE VERRASZTO

1.

La policía, efectivamente (tal como Deluc había previsto) no tardó en identificar a Josefina Lalandra como la joven que había bajado de un taxi en Blanca del Tabaré esquina Bustamante la fatídica mañana del asesinato de Pérez Moles. No tardaron ni dos días en identificarla. Al amanecer del 28 de marzo (un domingo) mataron a Pérez Moles; el lunes 29 el testigo danés habló de la muchacha del taxi; por la mañana del 30 (el martes) Josefina se había embarcado en avión a Buenos Aires; por la tarde de aquel mismo día, el inspector Corróchano ya sabía a quién tenía que buscar.

No consiguieron localizar a Josefina, sin embargo. No al menos de buenas a primeras.

Al día siguiente, el miércoles 31, sobre las once de la mañana, Corróchano escuchaba un informe completo de su principal y mejor subalterno, el sargento detective Verraszto.

-No está ni en su apartamento ni en la casa de su madre, inspector –enunció éste-. Tampoco su padre sabe nada de ella.

-Seguro que ese jodido bellaco miente, Verraszto –sentenció Corróchano.

-No creo, inspector –dijo Verraszto-. Parecía preocupado, confundido y asustado. ¿Cree usted realmente que esa joven de buena familia mató al comisario?

-No sé si lo mató, aunque no me extrañaría. La jodida experiencia me enseña que las jodidas jóvenes de hoy día, sobre todo las de buena familia, como usted ha dicho, son capaces de todo, Verraszto. Hay que encontrarla.

-Por supuesto, inspector. La encontraremos. La señorita Lalandra tiene una única tía, una hermana de la madre. Y ella y su tía, según parece, están muy unidas. No tiene otros tíos ni primos. Su mejor amiga, según hemos sabido, se llama Helena Lagoreiro. No es la única amiga que tiene, inspector, pero sí la más cercana, y cabe muy bien que la señorita Lalandra le haya contado secretos.

-¿Qué más, Verraszto? ¿No hay más?

-Hay algo más, inspector –añadió Verraszto, con una cierta moderada infatuación.

-¿Qué, Verraszto? Suéltelo ya, carajo.

-Hasta hace bien poco, la señorita Lalandra se veía con el hijo de Pérez Moles. Son primos, además, en segundo grado.

-¿Qué primos? ¿De qué carajo me habla, Verraszto?

-Ese muchacho alto que se llama Juan Andrés es primo en segundo grado de la señorita Lalandra. Y además eran medio novios. Por lo menos se veían. Ya hemos hablado con él, usted y yo.

-Con que se veían, ¿eh?

-En efecto, inspector. Y son primos. Es un dato por lo menos…eh… curioso, diría yo.

-De todas las maneras es muy poco, es jodidamente poco lo que usted ha averiguado hasta ahora, Verraszto, pero ¿qué le vamos a hacer?

Corróchano era incapaz de elogiar a nadie nunca, por más bien que hiciera su trabajo. Verraszto lo sabía; igualmente se sintió lastimado, relegado. Sonreía con una incierta tristeza.

-¿Qué hago ahora, inspector?

-Tráigame a esos dos aquí, cuanto antes. A la amiga y al muchacho, que por cierto me pareció un jodido cretino de mucho cuidado cuando lo interrogué. Los quiero hoy mismo aquí, Verraszto, a los dos.

Inesperadamente (lo que sobresaltó a Verraszto), el inspector Corróchano golpeó violentamente, con una mano abierta, sobre su mesa abarrotada.

-Hoy mismo –bramó-. A esos jodidos dos.

-La chica está en Pirlápolis –dijo Verraszto-. Quiero decir la amiga, con su familia, inspector. Vuelven, según parece, después de Semana Santa.

-Semana de Turismo, Verraszto. La jodida Semana de Turismo. Ése es el nombre oficial de esa jodida semana, Verraszto, por lo menos aquí, en este jodido país. Recuerde que ésta es una jodida república laica, Verraszto, y gratuita.

-Lo tendré en cuenta, inspector.

-Tráigame al hijo de Pérez Moles. Yo llamaré al juez Camacho para que curse una orden para que traigan también a la jodida amiga. ¿Cómo ha dicho que se llama?

-Helena Lagoreiro, inspector.

-Nada más de momento, Verraszto.

-¿Y la tía?

-Olvídese de la jodida tía, Verraszto. Las tías, que yo sepa, nunca sirven para nada. Con la madre hablaré mañana.

-¿Y el padre?

-El padre mejor lejos.

2.

El sargento Artigas Verraszto era un joven parsimonioso, que trataba de pensar y meditar bien sus acciones antes de llevarlas a cabo.
Parado frente a la puerta de la casa del difunto comisario Pérez Moles, y con todas aquellas inicuas prisas, el sargento Verraszto se sentía algo a disgusto, pero órdenes eran órdenes, y no había más remedio que cumplirlas.

A él (pensaba Verraszto) no le hubiera hecho la más mínima gracia que la policía lo requiriera para interrogarlo a los dos días de la muerte de su padre. Era claro que su padre era su padre (un santo varón, por cierto, y que todavía vivía y se encontraba sano y fuerte), mientras que Pérez Moles… A Verraszto nunca le había gustado aquel comisario fanfarrón y altanero, del que tantas cosas se decían a sus espaldas.

Tantas cosas, en efecto, pensó Verraszto. Tantas cosas, y todas malas.

Una doncellita de delantal almidonado y cara redonda de campesina recién llegada (Verraszto también era un campesino, si bien no recién llegado, ya que llevaba más de seis años en la ciudad) abrió la puerta.

-¿Puedo entrar? –preguntó Verraszto.

-Ay, no sé. Le preguntaré a la señora. ¿Usted quién es?

-Soy policía. Quiero hablar con el señor Juan Andrés.

-El señorito, sí –la campesina vacilaba-. Es que no sé. Le diré. Espere aquí.

La puerta se volvió a cerrar.

Verraszto, por momentos más y más incómodo, se sustentaba ora en un pie ora en el otro. Si fumara, pensó, me fumaría ahora mismo un cigarrillo, caso que me atreviera. Pero Verraszto no fumaba, estaba claro que no

El sargento detective Verraszto era un asiduo del Club Policial, donde hacía pesas y practicaba esgrima, con tanto entusiasmo como torpeza.

También participaba en competiciones ciclistas, que no se le daban muy bien, y corría en el Cross Policial, o Carrera Policial Pedestre de Campo a Través, que se disputaba todos los años en la localidad de Santiago Vázquez, en el extrarradio de la ciudad. Una vez había quedado tercero. Verraszto era un joven deportista, en efecto, sano, abierto, confiado y de buen corazón. Lo avergonzaba un poco (todavía) ser policía.

De nuevo abrieron la puerta.

-¿Pregunta usted por mí?

Juan Andrés Pérez Moles (Pérez Bardasol, en realidad, aunque Verraszto todavía no lo sabía) era un hombre alto y apuesto, muy a semejanza de su padre. Tenía unos aires decididamente arrogantes también, como los tenía su padre. A Verraszto no le había caído del todo bien el joven la primera vez que lo había visto, el día mismo del crimen. Le cayó aún peor ahora, ahí parado frente a él en el vano de la puerta, con los brazos cruzados contra el pecho, un estratégico mechón sobre la frente y una expresión seria y ceñuda.

-Hay ciertos detalles –dijo Verraszto- que necesitamos saber.

-Usted es el esbirro de ese nauseabundo inspector gordo que estuvo aquí los otros días.

-La mañana en que mataron a su padre, en efecto.

-¿Qué quieren ahora de mí?

-Mi superior, el inspector Corróchano, lo espera en jefatura, señor Pérez Moles.

-Pérez Moles era mi padre. Yo me llamo Pérez Bardasol. Juan Andrés Pérez Bardasol.

-Lo tendré en cuenta. ¿Vamos?

-¿Tiene que estar presente mi abogado?

-No se lo acusa de nada, señor.

-¿Ah, no? Pues mire usted qué bien.

-¿Vamos? –volvió a preguntar Verraszto.

-Espere un momento.

El alto y arrogante joven le cerró la puerta en la cara a Verraszto, que se encogió de hombros. A los tres minutos, Juan Andrés Pérez Bardasol abrió de nuevo la puerta.

-Vamos –dijo-. ¿Dónde tiene usted su coche?

-He venido en ómnibus, pero ahora iremos en taxi.

-¿Qué más quieren de mí? Ya les he dicho todo lo que sé.

-No todo –precisó Verraszto, amablemente-. Hay ciertos detallitos...

3.

Pesado y lento, Corróchano se paseaba por delante de Juan Andrés Pérez Bardasol. No estaban en el horrible despachito enrejado del inspector sino en una sala especial para interrogatorios, más horrible todavía, sin ventanas, con la mesa y una silla atornilladas al suelo y una segunda silla basculante, que ocupaba el sargento Verraszto.

En una mano, Verraszto tenía un bloc de hojas amarillas, y en la otra una birome azul (también llamadas bolígrafos). Estaba ya preparado para tomar en taquigrafía lo que Juan Andrés Pérez Bardasol declarara. El muchacho estaba sentado en la silla atornillada al suelo, con actitud desafiante.

Corróchano aún no le había preguntado nada al muchacho. Se paseaba a grandes pasos de pared en pared (unas feas paredes verdosas como la bilis), fumeteaba su asqueroso tabaco, lo miraba al sesgo (a Juan Andrés Pérez Bardasol), farfullaba cosas ininteligibles, caminaba un rato más, puteaba a media voz, lo volvía a mirar (a Juan Andrés), con sus turbios

ojos malignos, y se seguía paseando, después de tirar la colilla en un rincón (había manchas oscuras que podían ser de sangre en los rincones), con las manos ahora hundidas en los bolsillos de su pantalón.

-Háble me de Josefina Lalandra, jovencito.

-¿Qué diablos le importará a usted…?

-No se remonte, jovencito, que no es usted una jodida cometa. Háble me de esa jodida muchacha, y hágalo de una vez, sin quejarse ni hacerse el macho, ¿entendido?

-No le tengo miedo a la policía.

-¿No? ¿De veras?

Corróchano se acercó a Juan Andrés balanceándose, con los brazos a los costados del cuerpo. Con un movimiento súbito, inesperado en un corpachón como él, Corróchano agarró al muchacho por las solapas de la chaqueta, lo arrancó de la silla de un tirón y lo estampó contra una pared. Acercaba la cara a la del muchacho hasta casi tocarla, y le soltaba su pútrido aliento encima.

-Óyeme bien, jodido maricón –gritó-. Tu padre era una mierda, pero era un policía, y no se mata a un policía impunemente. No aquí; no por lo menos en esta jodida ciudad de mierda, que es donde estoy yo. Vas a cantar como un jodido Caruso. ¿O prefieres salir de aquí al hospital?

-Atrévase.

A Juan Andrés, que quería mostrarse valiente, la voz le había salido (a oídos de Verraszto, al menos) blanda y lastimosamente estrangulada.

Corróchano sacudía ahora a Juan Andrés como a un pelele, con una mano, mientras con la otra le atizaba cortos y duros soplamocos en las mejilas. Juan Andrés había levantado las manos para protegerse. Se le escapó un gemido. Acto seguido, Corróchano lo soltó.

-Lleve de momento a este jodido pendejo a los calabozos, sargento –ordenó-. Puede que yo vuelva a hablar con él más tarde. O mañana. O nunca.

-Por favor –dijo Juan Andrés, mirando el suelo-. ¿Qué quieren saber?

Sin hacerle caso, como si no lo hubiera escuchado, Corróchano abrió la puerta y salió.

-Lo siento mucho –dijo Verraszto, al tiempo que se incorporaba-. Me tendrá usted que acompañar.

-¿Por qué? ¿Por qué son así? Mi padre era un animal, pero por lo que se ve no era el único.

-Lo siento –volvió a disculparse Verraszto-. Las cosas son como son, nos gusten o no.

-Sospecho que a usted no le gustan. Que no es usted tan bestia como ese inspector malnacido.

-Es probable que no lo sea… –contestó Verraszto, haciendo una deliberada pausa- …todavía.

Al salir de Jefatura, horas después, ya por la noche, Verraszto no se sentía todo lo bien que hubiese querido. Para sus adentros, vocalizaba un tango; uno de los muy pocos cuya letra conocía. Era de una de las películas que había protagonizado Carlos Gardel en los años treinta. Verraszto la había visto hacía bastantes años, en Palmares de Jenequén, su pueblo natal. Todavía recordaba, al menos en parte, la letra:

Volver…con la frente marchita
Las nieves del tiempo platearon mi sien
Sentir… que es un soplo la vida
Que veinte años son nada
Que febril la mirada,
Errante en las sombras

Te busca y te nombra…
Vivir…
Con el alma aferrada
A un dulce recuerdo
Que lloro otra vez

4.

Soy policía, se decía y repetía Verraszto aquella noche, de camino a su modesta casa de sargento detective soltero. Soy un maldito policía y me tengo que comportar con lo que malditamente soy.

Verraszto meditaba, trataba de hacerse una composición de lugar, de comprender. No creía que las jovencitas como la tal Josefina mataran a la gente a balazos (Era que en el fondo el sargento no era sino un soñador, un iluso, cabe que un romántico más bien tardío). No, se decía Verraszto. Ellas no matan. No por lo menos las muchachas de buena cuna, como aquella Josefina Lalandra, la hija única del todopoderoso doctor Germán Lalandra, el capitoste del Ministerio del Interior.

Eso era hoy.
Ayer…

5.

Ayer (el martes 30), identificar a la muchacha había sido una tarea rutinaria pero bien ejecutada, en la que la fortuna había acompañado. La identificación la había dirigido Corróchano, desde su despacho, pero el que

había hecho el trabajo de piernas y al final había conseguido su objetivo había sido Verraszto.

Verraszto había hablado en primer lugar, a los efectos de la identificación de la misteriosa muchacha, con el taxista que había trasladado a ésta, desde Dieciocho de Julio, cerca del Parque de los Aliados, hasta Punta Redonda, a la concreta esquina de Blanca del Tabaré con Bustamante.

El taxista era un viejo gordo, que debía de andar por la mitad cuesta abajo de los cincuenta. Vestía un mandil azul con tirantes, tenía gruesas legañas en los ojos y olía a grappa retestinada, a mal humor y a sueño.

-Ya les he dicho lo que sé.

-Recapacite, abuelo. Piense mejor.

-No soy su abuelo.

-Piense con calma.

Verraszto llevaba varias fotos de jovencitas prontuariadas, que había sacado de Ficheros Generales en Jefatura. No porque pensara que la joven sin identificar pudiera ser cualquiera de ellas, sino porque suponía que alguna se podía parecer, quizá, a la misteriosa muchacha que buscaba.

No era así.

-Ninguna de éstas –dijo el taxista-. Ninguna de éstas. Ni por asomo.

-¿Está seguro?

-Éstas son apaches. La que llevé en mi taxi era una señorita. Las sé diferenciar.

Eso ya era algo.

Verraszto había hablado con el taxista (de nombre Elidigio Sanromán Carricarraldo, ni más ni menos) en un barcito próximo a la parada donde el viejales acostumbraba dejar su taxi.

-Bueno, pues muy bien. Si recuerda algo más…

-Estoy para recordar, yo.

Verraszto de todas las maneras le dejó una tarjeta suya con teléfono y extensión a aquel malhumorado y renuente sujeto. Mala gente, los taxistas, pensaba Verraszto. Y los omnibuseros, y los guardias de tránsito, y los malditos peatones (como él) que cruzaban las calles por donde se les ocurría. La vida en la ciudad (como bien le había advertido su padre) era un relajo.

6.

De la parada de taxis (que quedaba en la lejana Villa La Blanqueada, en los lindes mismos del municipio al norte), Verraszto había tenido que tomar dos ómnibuses para desplazarse a Punta Redonda (en los lindes mismos al sur, junto al mar). Una vez allí había llamado a diferentes puertas para interrogar a diferentes (y a menudo hostiles) vecinos del asesinado comisario. Uno de ellos había visto a menudo a una muchacha, pero no de madrugada.

-Solía venir por la casa –dijo el sujeto-. Creo que estaba amartelada, ya usted me entiende, del hijo del comisario.

-¿Cómo era?

-Muy linda, muy fresca. Bastante alta, delgada, de cabellos entre rubios y castaños, aunque de eso no hay que fiarse. Ya sabe usted que las hembras se los tiñen.

-¿Cómo se llama usted?

-¿Para qué?

-Para el informe.

-¿Y si no se lo digo qué?

Verraszto se encogió de hombros y el desafiante vecino cerró la puerta.

Una mujer, que residía a dos manzanas de casa de Pérez Moles (límite que se había impuesto Verraszto para hacer sus preguntas), había visto una mañana, muy temprano, haría acaso un mes, puede que algo más, a una muchacha delgada, en efecto, y bastante alta, que se encaminaba por Blanca del Tabaré en dirección de la casa donde vivía el comisario.

-Yo iba a la primera misa –dijo la mujer-, en la iglesita de la Virgencita de Nuestros Pecados, ¿sabe usted? No es que yo sea muy creyente, pero hace años que voy a misa del alba todos los domingos, y no hay nada como seguir con las costumbres que una tenía de niña para sentirse una viva, ¿no cree usted?

-Iba usted a la primera misa –la recondujo Verraszto.

-A la primera misa, sí –dijo la mujer-. La iglesia queda allí casi en la rambla, por Poeta Lagraz, frente por frente del faro. Yo bajaba por Blanca del Tabaré cuando esa jovencita que le he dicho se cruzó conmigo.

-¿No la había visto antes nunca?

-Pues sí, creo que sí, pero nunca a aquella hora tan temprana.

-Trate de hacer memoria, señora.

-No estoy segura… No quiero causarle problemas a nadie.

-Me los causará a mí si me oculta cosas, señora.

Verraszto tenía una sonrisa entre desvalida y juguetona, muy juvenil (acaso pueril), que le solía funcionar con mujeres como aquélla. Era la tal una señora gruesa, con moño y con gafitas, acaso maestra o puede que profesora de idiomas. Viuda, quizá. ¿O no? Divorciada no, eso seguro. Tampoco soltera. ¿Sobreviviría algún desvalido marido en algún rincón muy limpio de la casita, sita en Deán Funes y Blanca del Tabaré?

-¿Quién me ha dicho usted que era?

-Sargento Artigas Verraszto Núñez, señora, placa diecinueve sesenta y cuatro be.

-Artigas, qué bien. Es un nombre tan patriótico, sargento Artigas. Me parece muy bien. Soy maestra, ¿sabe usted?

Adiviné, pensó Verraszto, sintiendo el vago orgullo de haber acertado con sus suposiciones.

-Enseño a los niños, entre otras materias, nuestra historia nacional –dijo la maestra-, es decir que les hablo de Artigas, ¿de quién si no? El Padre Nuestro Artigas, Señor de Nuestra Tierra, como dice el himno.

-¿El himno uruguayo?

Verraszto no recordaba haber cantado aquello cuando cantaba el himno en la escuela. Estaba claro que había pasado mucho tiempo, pero igual él no creía que se le hubiera olvidado.

-El himno de Artigas, sargento Artigas –dijo la maestra, con aridez-. Letra del inmortal Feliciano Viera y Bidegáin y música del maestro Canaro.

-Mire usted qué bien, señora. Es sublime. Ahora bien, en cuanto a esa joven...

-La vi una tarde, si es que era ella, asida de la mano con ese muchacho tan apuesto.

-¿Qué muchacho?

-Creo –refirió la señora- que el hijo de ese rufián al que tenían ustedes de comisario.

7.

A partir de allí la cosa empezó a marchar como la seda.

El sargento de uniforme Práxedes Hergueta, de la Seccional Duodécima, que acompañaba a Verraszto en sus pesquisas por Punta

Redonda, le trajo a éste la noticia de que el en Café Los Peñaroles, al que cada día acudía nada menos que Obdulio Varela, conocían muy bien a Juan Andrés Pérez Moles, el hijo del comisario, que acostumbraba jugar allí al billar con otros de su patota.

-Y también –al cejijunto Hergueta se le expandió una rara y difícil sonrisa- se reunía allí con una muchacha. Una novia, según me dijo el patrón.

-¿Saben el nombre?

-Los de la patota sin duda lo sabrán.

-¿Están allí?

-Tarde o temprano caerán. El Negro Jefe también.

-¿Quién?

-Obdulio Varela, ¿quién si no? ¿Es usted uruguayo o no, paisano? ¿Nunca ha oído hablar de Maracaná? ¿Del gol de Ghiggia? Uruguayos campeones de América y del mundo, qué no ni no.

-Otro patriota –masculló Verraszto-. Vamos allá.

Verraszto pensaba que los uruguayos Nos conformamos (se decía) con muy poco: un título mundial de hace un cuarto de siglo; un Padre Nuestro laico al que los argentinos tienen por un montonero y un alborotador; ahora unos tupamaros, o como diablos se hicieran llamar, que surgían de las alcantarillas para secuestrar, matar, asaltar bancos, secuestrar, incendiar dependencias de la Ford o de la Standard Oil y burlarse a balazos de la gente pacífica y neutral, que era la mayoría. La jodida mayoría, como diría Corróchano.

8.

En el café Los Peñaroles conocían, en efecto, a Juan Andrés.

-Un gran muchacho –dijo el patrón-. No como el cerdo de su viejo, que bien muerto está. Juancito, como lo llamamos los amigos, es un tipo piola. Viene por aquí a menudo, a pesar de que apenas si bebe. Viene a jugar al billar con los compadres, y a tomarse uno o dos vinitos. No más.

-Y trae a su novia –dijo Verraszto, impaciente.

-A veces, en efecto, se encontraban aquí.

-¿Ya no?

-Últimamente no –dijo el patrón, con la mirada sesgada hacia un lateral-. Rompieron, creo yo. Juancito lo pasa mal, desde entonces. La quiere, ¿sabe usted?

-¿Cómo se llama la muchacha?

-Josefina. El apellido no lo sé.

Lo sabía, sin embargo, uno de los de la llamada patota de Juan Andrés, que se personó en el café un rato después. Era un muchacho campanudo, musculoso y jactancioso, de familia probablemente plebeya (porque el muchacho tenía una piel gruesa muy poco patricia y una cabellera larga, dura, rebelde y alambrada y un sí es no es grasienta, además de unas facciones adocenadas y del montón), pero sin duda adinerada. Llevaba del cuello una pesada cadena de oro y un águila de oro en torno de una muñeca. También un reloj que parecía caro. Vestía muy a la moderna, con ropas bonaerenses de firma.

-Se llama Josefina Lalandra –dijo el muchacho, con una sonrisita de superioridad-. De modo que ustedes ojo, milicos.

-¿Por qué?

-Porque es hija del jefazo. Guambia el gol.

-¿Del doctor Lalandra? –preguntó Hergueta.

-Del mismo que viste y calza –contestó el despreciativo muchacho-. ¿Se echan una partida al billar, sargentos? ¿Al casín? ¿Una apuestita? No

creo que puedan –se rio-, con sus suelditos.

-¿Tú eres hijo de quien, pendejo? -preguntó Hergueta.

-A ti qué te importa –contestó el muchacho.

-Nombre y dirección, hijo –le dijo con calma Verraszto, que si con mucho le sacaría un lustro al prepotente joven-. Caso contrario marchas con nosotros a Jefatura.

-Un viajecito que no me perdería por nada del mundo.

-¿No nos vas a dar tu filiación? –amenazó Hergueta, al tiempo que acariciaba el palo barnizado que llevaba a un costado-. De aquí a Jefatura hay un buen viajecito en el furgón. Y los accidentes pasan, bien se sabe. ¿Nos dices cómo te llamas o no?

-¿Por qué no?

El impertinente muchacho se había achantado rápido, aunque trataba de no demostrarlo.

-Domingo Parladé Santuriol –dijo-, para servirlos.

El sargento uniformado Práxedes Euclides Hergueta Patiño tenía un aspecto tremendo. Era más bien bajo pero fornido, casi cuadrado, y tenía una cara cuadrada, dura y cetrina de ojos hundidos, y aunque de naricita más bien algo femenina, muy delicada, este matiz negativo se compensaba con creces con una trompa brutal, que además se sobredimensionaba con un bigote tieso y negro, de crenchas duras como espinas y de índole bestial.

Por lo demás, el sargento Hergueta nunca sonreía, o casi nunca: sonreir, para él, era pasarse al enemigo.

-¿Tu viejo quién es? –preguntó Hergueta, que todavía se sentía beligerante.

-Mi viejo murió –les informó Domingo Parladé-. Mi padre político, lo que se llama mi padrastro, es el senador Ricardo Gorostiza Amengual. ¿Les suena?

-Es claro que sí –dijo Verraszto, amablemente, en un intento por rebajar la tensión.

-Por esta vez te has salvado, gurí –dijo Hergueta.

Domingo Parladé se rio, aún nervioso y algo apocado, pero ya en trance de recuperar su detestable autoestima.

-Bien, bien, bien –dijo Hergueta.

-Vámonos –dijo Verraszto-. Hay que informar de inmediato al inspector.

El patrón había encendido la radio

De chiquilín te miraba de afuera
Como a esas cosas que nunca se alcanzan
La ñata contra el vidrio
En un azul de frío
Que fue después muriendo igual al mío

El Negro Jefe (Obdulio Varela) había entrado un par de minutos antes en el local. Muy alto, serio, marrón, callado, con todo el aire de decir Déjenme aquí solo, el Negro Jefe bebía un vasito reflectante de algo en una esquina del mostrador.

En cuanto el Negro Jefe entró el patrón apagó el aparato.

-Parece que a Varela no le gusta el tango –comentó Verraszto, cuando salían.

-Sólo Gardel. El que cantaba era Rivero.

-Ah, ya.

-Y nunca paga –dijo Hergueta, al salir.

-¿Rivero?

-Obdulio Varela. Se recorre veinte cafetines del barrio y en todos lo convidan, como es lógico. No por nada es quién es. El Gran Capitán de Maracaná.

-Quién fue, querrá usted decir. Ahora no es nadie, Hergueta. Otro jubilado.

-Se equivoca, paisano. La gloria nunca caduca.

Eso te crees tú, pensó Verraszto.

II) EL HERMANO DEL BASURA

1.

Corróchano organizó, en cuanto pudo, la localización de Josefina Lalandra. Verraszto le había transmitido un informe por teléfono.

-Es la hija del doctor Germán Lalandra, inspector.

-Mejor que mejor. Búsquenla y arréstenla.

-¿Seguro, inspector?

-Localícenla y llámenme –rectificó Corróchano, más calmado-. Y manténgame informado, Verraszto.

-Descuide, inspector.

Después de colgar (estaba en la Seccional Duodécima, entre fotos de buscados, en el cuartito del comisario uniformado, que daba de lejos al mar), Verraszto fue a la casa de la muchacha (un larguísimo viaje en ómnibus: dos ómnibuses), donde habló con una madre visiblemente

angustiada y conmocionada. El padre, obviamente, no estaba en la casa. Verraszto se dijo que el hombre, sin duda, estaba a esas horas en el ministerio.

-¿Para qué quiere la policía a Josefina? –preguntó la dolorida madre.

Sus ojos esquivaban los de Verraszto. Tú sabes muy bien por qué, se dijo éste, pero te lo callas. Le parecía natural en una madre, pero eso no le iba a impedir insistir.

-Unas preguntitas, señora. No le puedo decir más. ¿Sabe a dónde ha ido su hija, cuando volverá?

La mujer, la señora Cristina Ingold Bardasol (el sargento aún ignoraba que era una prima carnal de la viuda de Pérez Moles), dejó salir una desganada risa algo bronquítica.

-Me temo que fumo demasiado, últimamente –dijo.

Ya había apagado un cigarrillo estando Verraszto allí. Encendió un segundo.

Al revés que los difíciles vecinos de Punta Redonda, que en ningún caso lo habían dejado pasar más allá de la puerta de calle, la madre de Josefina había hecho entrar a Verraszto en su casa, y lo había conducido a un coqueto y femenino living room, o como diablos se llamaran.

De haber sido un policía realmente perspicaz, como el inspector Corróchano, Verraszto (pensó éste) se hubiera dado cuenta, con una sola ojeada, que allí en aquella casa hacía mucho tiempo que no vivía ningún hombre.

-Mi marido y yo nos divorciamos hace ocho años –había dicho la mujer -. Josefina era todavía una niña –dijo acto seguido-, y las pasó muy mal. Ahora ella…

-¿Ella?

Verraszto se sintió en ascuas, como sentado sobre brasas, aunque sin entender muy bien por qué.

La mujer, por su lado, seguía callada, con la mirada como perdida en algún punto inconcreto del living room.

-¿Ella qué, señora?

-Ella también se marchó.

-¿De casa?

-¿De dónde si no?

-¿Y vive en…? ¿Lo sabe?

-Rodó y Javier de Viana –la mujer había dejado en el borde de la mesa el cigarrillo y se retorcía las manos-. Un apartamento pequeño pero muy bonito. Trabaja en Subsistencias, ¿sabe usted? Le pagan un buen sueldo.

Entonces será una jefa, pensó Verraszto, caso que a los jefes les pagaran buenos sueldos en Subsistencias, cosa de la que el sargento se permitía dudar.

-Rodó y Javier de Viana. ¿Señas?

-¿Cómo?

-El número de la vivienda, señora.

-Ah, sí. Rodó veintidós once. Edificio Clementino. Cuarta planta, letra ce.

-Entendido –Verrazto tomó nota-. ¿Cuánto hace que no ve a su hija, señora?

-¿Qué quieren de ella? ¿Qué quieren? Bastante tiene la pobre con tener el padre que tiene. Rompió con su novio, se marchó de casa, las pasa muy mal. Y ahora la policía…

Verraszto prefirió no insistir.

-Tal vez –vaciló la mujer, tras un corto silencio- sepa de ella su tía.

Verraszto ya se había puesto de pie y había guardado su libreta en un bolsillo. La volvió a sacar y se volvió a sentar.

-¿Su tía?

-Mi hermana Graciela. Es la única tía que tiene Josefina. No tiene primos ni tíos. Sólo a Graciela. Están bastante unidas. Más unidas, me temo, que madre e hija. Es decir que yo… Ay, mi Dios, por Dios. Váyase, ¿quiere?

Verraszto se fue sin decir más nada.

2.

Antes de hablar con la tía, había que ir al apartamento de la sobrina. Verraszto decidió tomar un taxi, ya que de la casa de la mamá a la casa de la hija había una buena paseata. La mamá vivía en la elegante vecindad del novísimo Parque Urbanización Fructuoso Rivera, en las cercanías del Prado, en Quinta Castro, tres cuartos de hora o una hora entera con suerte de ómnibus hasta el Parque de los Aliados, cerca del cual corría la calle Javier de Viana. La calle Rodó era más larga; nacía en el Barrio del Ferrocarril, si mal no recordaba Verraszto, y se alargaba hasta morir sobre General Palanca, en Los Pocitos Alto, pero Javier de Viana no se salía de los aledaños del Parque de los Aliados. Eso seguro.

De modo que en un taxi, que paga la república, se dijo el sargento.

En el apartamento no contestaba nadie. El portero no sabía nada o no lo quería decir. Era un tipo vulgar y malencarado, huraño y desconfiado. Ya Corróchano se encargaría del pertinente mandamiento judicial para revisar el apartamento, y de llevar, caso necesario, al recalcitrante portero a

Jefatura, donde inclusive a los delincuentes más bragados se les hacía cuesta arriba tener el buzón cerrado o hacer girar la calesita con mentiras.

-No sé nada –dijo el portero-. No vi nada. Si la señorita no está pues no está.

Ya verás tú, le prometió en silencio Verraszto. Tocó algunos timbres del edificio y habló con algunos reticentes vecinos, que tampoco sabían nada. Verraszto entendía, aunque no le gustara, que la gente se mostrara poco amante de colaborar con la policía, de modo que no insistió. Mejor dejarle la papeleta a Corróchano, se dijo, que es quien tiene la última responsabilidad.

3.

En una guía de teléfonos, que le dieron en el Café del Ombú, a dos manzanas del apartamento de Josefina Lalandra, Verrazto encontró (la suerte lo acompañaba por una vez, y ya era hora) el número de teléfono de Ingold Bard, Graciela, que era el cuarenta y siete veinticuatro diecisiete. Los cuarenta y sietes, si a Verraszto no le fallaban sus conocimientos, correspondían al Rincón del Viaducto o por allí. La dirección de Ingold Bard, Graciela, que venía en la guía, Atanasio Lapido cuatro uno cinco cuatro, nada le decía a Verraszto. Era un nombre de calle que él jamás había oído. Decidió llamar por teléfono. Antes de hacerlo, no obstante, prefirió terminarse el cafecito con gotas que tenía adelante. El encargado, como tantas veces le ocurría, lo había mirado ceñudo cuando se lo había pedido; lo había mirado, esto era, con una especie de ceñuda y desdeñosa estupefacción.

-Eso lo piden sólo los viejos.

-Hágase de cuenta de que soy mi abuelo.

-Un policía, cuándo no –farfulló el otro-. Prepotentes y mal educados, faltaría más, hasta los jóvenes. Qué país, qué ciudad, qué mundo éste. Uno trabaja y revienta. ¿Y para qué? Dígamelo usted. ¿Para qué trabaja y revienta uno? ¿Para qué??

Verraszto no dijo nada. ¿Qué iba a decir?

Se terminó, por lo tanto, su cafecito con gotas, y llamó a la tía Graciela, que le contestó después de unos pocos timbrazos.

-¿Señorita Ingold?

-¿Con quién hablo?

-¿La señorita Graciela Ingold?

-¿Con quién hablo? –repitió la mujer.

Tenía (todavía, al menos) una voz cantarina, ultrarrefinada y muy agradable.

-Tengo que hablar con usted, señorita Ingold.

-¿Con quién hablo? –preguntó por tercera vez la mujer, con una voz que ya empezaba a impacientarse.

-Es a propósito de su sobrina de usted, la señorita Josefina Lalandra.

-¿Quién es usted?

-Soy policía. El sargento detective Arti…

-¿Qué quiere usted de mí? –lo interrumpió la tía Graciela.

-¿Sabe usted dónde está su sobrina de usted?

-Ni idea.

-Me gustaría hablar personalmente con usted, señorita Ingold.

-Dentro de un rato me tengo que ir a trabajar.

-¿A esta hora?

¿Sería prostituta?

Verraszto no se lo creía. No se lo podía creer. Una mujer (pensó) con un acento tan fino y educado. No podía ser.

-¿A trabajar? –insistió- ¿Ahora?

-Soy periodista –explicó la tía Graciela-. Trabajo por las noches, sargento. Y me temo que esta noche estaré muy ocupada. Tengo un suplemento que cerrar para esta noche misma.

-Sólo le insumirá unos minutos, señorita.

-De acuerdo. Estaré hacia las nueve, mejor las nueve y media, en el café Neutral. ¿Lo conoce?

-No creo.

-Pues búsquelo –dijo la tía Graciela-. Está a la vuelta de la Jefatura de Policía.

Acto seguido, sin mediar más palabras, la tía Graciela colgó

Tras unos instantes, Verraszto la imitó.

4.

La tía Graciela entraría nerviosa, pasadas por unos minutos las nueve y media, en el café Neutral. Verraszto, que llevaba allí cinco minutos, la reconocería no más la viera.

Antes de ir al café Neutral, sin embargo, en la que pensaba que sería su última gestión (con la tía Graciela) de aquel larguísimo a la par que fructuoso día, Verraszto había telefoneado al Ministerio del Interior, de donde el ujier de turno no había tenido problemas en darle el teléfono particular del doctor Germán Lalandra.

-El doctor dejó dicho que era probable que un tal inspector detective Corróchano se quisiera poner en contacto con él.

-Yo soy el sargento detective Artigas Verraszto, el colaborador más cercano del inspector. Puede darme el teléfono a mí.

-Verraszto. Espere que lo anote.

-¿Quiere el número de mi placa?

-¿Para qué? Menudo apellido el suyo, compadre. ¿Cómo se deletrea?

Verraszto lo deletreó. Copió en su libreta el teléfono de Lalandra, se despidió del ujier y colgó. Estaba todavía en el mismo Café del Ombú de donde había llamado a la tía Graciela. Pensó si tomarse otro café con gotas y lo descartó.

-Póngame un café, don –le pidió Verraszto al encargado.

-¿Con gotas?

Verraszto se lo volvió a pensar y rectificó.

-Bueno, sí, ¿por qué no? Pero de anís, si le es posible, no de cognac.

-¿De qué anís? ¿Del Mono, de Chinchón, de Cazalla?

-De cualquiera.

Lo atendió al teléfono una voz de mujer.

-Aquí el domicilio del doctor Germán Lalandra y señora. ¿Quién es?

-Buenas tardes. Soy de la policía. Quisiera hablar con el doctor, si es usted tan amable.

-Tendrá usted un nombre.

-Dígale que es de parte del inspector Corróchano.

A través del aparato se oían voces lejanas y risas; también una música, o acaso un televisor. El tubo sonó contra una superficie dura. Verraszto esperó.

-¿Corróchano? –dijo la voz grave y seca de Lalandra.

-Soy el sargento Artigas Verraszto, doctor. El inspector me ha pedido que lo llame.

Mentirle a este capitoste, pensó Verraszto. Tenía que irse con muchísimo cuidado. Un paso en falso y Lalandra era capaz (era bien capaz, el maldito doctor, por lo que Verraszto sabía de él) de ponerlo de patitas en

la calle al menor desliz y sin que se le moviera un pelo. Verraszto sabía que el tipo hacía y deshacía dentro de la policía. Sentía una película desagradable de sudor que le resbalaba cogote abajo desde el cuero cabelludo.

-Tengo entendido que mi hija…

La voz del doctor se atrabancó, patinó, se enredó en una tos que parecía un sollozo, o viceversa, y prosiguió:

-Buscan a mi hija –dijo-. ¿Para qué?

El capitoste, era evidente, siempre se enteraba de todo. ¿Cómo haría?

-Hay unas preguntas que el inspector le quiere hacer.

-No se me vaya usted por las ramas, sargento. Concrete.

-Su hija, doctor…

Verraszto dudaba, ¿quién le mandaba meterse en camisa de once varas?

-Su hija, sí, esto…

-Concrete, sargento.

-La vieron, quiero decir, la mañana del crimen.

-¿Dónde?

-En la inmediata vecindad de la casa del comisario Pérez Moles, doctor.

-¿Una identificación cien por cien positiva?

El doctor Lalandra parecía haberse recuperado de sus anteriores balbuceos, pero en el fondo de su voz persistía un ligero temblor, cabía suponer que de angustia y miedo.

-Cien por cien no me atrevo a decírselo, doctor. El inspector esperaba que ella se lo pudiera aclarar. Por eso se la busca, doctor. ¿Sabe usted acaso dónde está?

-¿No lo sabe su madre?

-No. Tampoco está en su apartamento.

-¿No lo sabe tampoco esa amiga suya? ¿Cómo se llama? Helena, sí, Helena Lagoreiro.

-¿Sabe usted cómo dar con esa persona?

-La madre de Josefina sabe el teléfono. Llámela. Aunque espere, espere. Cabe muy bien que Graciela, la hermana de mi ex mujer, le pueda decir dónde está mi hija.

-He hablado ya con ella, doctor. Me ha dicho que no lo sabe. De todos modos estoy citado para vernos a las nueve y media de esta noche.

-Parece que trabaja usted bien y rápido, sargento. Siga así. E infórmeme.

-Por supuesto, doctor.

-A mí.

-Sí, doctor. Por supuesto.

La mamá de Josefina le había dado a Verraszto el teléfono de la amiga, y una criada (en su subsiguiente llamada) le había dicho que los Lagoreiro estaban en Pirlápolis.

-No volverán hasta después de Semana Santa. ¿Quiere usted que tome mensaje?

-No es necesario.

Terminado su café con gotas hacia las ocho y media, Verraszto decidió que muy bien podía ir andando hasta ese inconcreto café Neutral, cerca de la Jefatura. De allí donde él estaba hasta la Jefatura había una veintena a lo sumo de manzanas, y a Verraszto le apetecía caminar. Eso le permitiría, por lo demás, rumiar y ablandar sus confusas y esclerosadas ideas. El doctor Lalandra estaba asustado y preocupado; eso era evidente. Y le había ordenado que le informara a él. ¿Qué hacer?, se preguntaba

Verraszto, aún sudando. ¿Consultarlo con la almohada, transmitírselo a Corróchano? ¿Obedecer? ¿No obedecer? ¿Qué hacer?

Cuando andaba por la calle Invasiones Inglesas, una callecita arbolada con frondosos plátanos falsos, pasó junto a él un borracho que cantaba:

Que hacés qué hacés Ninón
No te hagas la ilusión
De un buen apartamento
Alhajas y un reló
Cuidado el metejón
Que hoy todo ya cambió
Detrás de cada otario
Se esconde un gigoló

Haciendo eses, el borracho cantaba a voz en cuello. De cerca (cuando pasó junto a Verraszto, casi chocándose con éste) olía a cañería vieja y a tristezas amontonadas.

Y cuando torcía de Invasiones Inglesas a Agustín de Hipona, Verraszto oyó, procedente de una radio o de un pick up, a Gardel:

Ché, Bartolo
Pa' mí que te has vuelto colo
Pa' quererte disfrazar
Bocanegra
Hay que ver cuál es la suegra
Que a vos te podrá aguantar
Vos de negro
Tenés sólo tu prontuario
Que ni sé cómo escondés
Ché, Bartolo…
¿Qué viejo? (otra voz)

Como reo yo te pido
Que dejés el apellido
De aquel noble genovés

Verraszto incluso se paró o entreparó unos momentos para escucharlo. Gardel por lo menos no estaba borracho, y no cantaba tan mal, a fin de cuentas.

5.

Por fin ahora estaba él allí (Verraszto), sentado mesa de por medio con la tía Graciela, periodista.

-Verá usted, señorita Ingold –decía.

-Soy señora, en realidad. He estado casada.

No habían pedido nada.

La mujer, alta y atractiva, se había acercado a la mesa sin vacilar ni un segundo, a paso largo y firme, y se había sentado frente por frente con Verraszto.

Le había preguntado, a bocajarro:

-¿Es usted ese sargento?

-Sargento detective Artigas Verraszto, señorita Ingold. Es un placer.

-Madre mía –había dicho ella-. Un policía correcto.

No había dicho más nada y los dos se habían quedado allí callados unos instantes hasta que Verraszto, confundido pero decidido, había vuelto a hablar.

-Verá usted, señora Ingold –había dicho (primero señorita) y repetía (entonces ya señora) después de un rato-. Verá usted…

-¿Veré qué?

-Su sobrina de usted, la señorita Josefina Lalandra, está en una difícil situación, señora Ingold. Más no puedo decirle. Es necesario que la localicemos para que aclare su posición.

-¿Qué posición?

-Verá usted…

Verraszto tenía la sensación de que la mujer, tan aparentemente segura de sí misma, tarde o temprano hablaría. Y sabía cosas; se le notaba en la respiración agitada, en la crispación de la boca, en los pequeños ademanes con que se acomodaba guedejas de cabello tras las orejas y sobre todo en los ojos cautelosos e inquietos, así como en otro sinfín de minúsculos detalles reveladores.

Verraszto no era un policía de gran experiencia, como Corróchano, pero ya había aprendido lo bastante como para detectar síntomas de confusión, de angustia, de miedo, de malestares o de indecisión entre la gente corriente. Los profesionales del delito eran otra cosa.

En este caso, empero, la clave consistía en encontrar la manera de que la tía Graciela se abriera y hablara, y por Dios (pensaba Verraszto) que él lo conseguiría.

-Si usted sabe dónde está su sobrina de usted, lo mejor para ella es que usted hable. Su sobrina de usted tiene un padre poderoso que la protege, señora Ingold. Y él me ha dicho que investigue. Me lo ha ordenado, en realidad.

-¿Germán le ha ordenado eso?

-El doctor Lalandra, en efecto. Hable usted con él si no me cree. Está en su casa en estos momentos. No hace mucho que yo he hablado con él.

-No sé. No sé.

La mujer vacilaba, miraba hacia un rincón del café, se mordisqueaba con inconsciente coquetería el labio inferior y volvía a mirar, de forma

subrepticia, al rincón del café. A Verraszto le gustaba la tía Graciela. Le parecía una mujer bella, elegante, distinguida, llena de un savoir faire algo tímido, y por ello mismo encantador.

"Podría ser tu madre", le dijo la voz en off de su conciencia. No tanto, no tanto, se dijo el sargento. Si acaso mi hermana mayor...

-Verá usted, señora Ingold…

-¿Qué?

-¿Qué amigas tiene su sobrina de usted?

-¿Amigas?

La tía Graciela pareció pensar; echó una mirada de reojo (otra mirada más) al rincón del café.

-Amigas –dijo- tiene muchas. Íntimas, que yo sepa, sólo una.

-¿La señorita Lagoreiro?

-Si ya lo sabe para qué pregunta, sargento.

Unos momentos antes había entrado al café un impreciso hombrecito regordete, con un perramus amarillo, que se había aposentado en un rincón del mostrador y bebía (Verraszto no sabía qué) en un vasito pequeño. El tipo no hubiera llamado la atención del sargento de no ser porque la tía Graciela le había lanzado ya varias de aquellas miradas subrepticias y nerviosas, que a Verraszto no le habían pasado inadvertidas.

-Su sobrina de usted, señora Ingold –prosiguió Verraszto-, es amiga de los hijos del comisario Pérez Moles.

-Son primos –aclaró la tía Graciela.

-¿Primos, señora Ingold? ¿Primos, está segura? Su hermana de usted, señora Ingold, y usted perdone, me dijo que Josefina sólo tenía una tía: Usted.

-Son primos en segundo grado.

-¿Iba Josefina a casa de sus primos en segundo grado, señora Ingold?

-Supongo. ¿Por qué?

-¿Y no tenía, digamos, cierta liaison amoureuse –Verraszto pronunciaba el francés como podía, peor que mejor, pero igual se sentía orgulloso de su tan escaso como vacilante dominio de idiomas- con su primo en segundo grado Juan Andrés?

-Puede. ¿Qué tiene de malo?

-¿Lo iba a visitar muy temprano, cuando amanecía?

-No sea usted tonto, sargento. A esa hora las chicas de buenas costumbres ya se han acostado y duermen todavía.

-Lo sé, lo sé.

Esa mujer, alta, hermosa y sin dudas inteligente, aunque se la viera (por detrás y a través de su laboriosa compostura) bastante perturbada y a la defensiva, lo aturullaba un poco a Verraszto, a decir verdad, ya que el sargento no estaba acostumbrado a tratar con gente de aquella categoría.

Proxenetas irritables, bagayeros violentos, ladronzuelos que habían perdido el norte, tahúres con navajas, macrós veteranos, huéspedes prontuariados de mugrientas pensiones portuarias, yiras que llevaban hojas de afeitar en la cartera, borrachos encolerizados con el mundo, peligrosos marineros de asueto procedentes de los cuatro rincones del mundo, asaltantes de bancos sin la menor sangre fría y armados con pistolas que descargaban a la buena de Dios, intemperantes malevos revenidos, sufridos taitas arrabaleros con el facón al cinto, granujas de medio y bajo pelaje, jovencitas violadas del suburbio y jovencitos violadores: esa gente eran sus sospechosos corrientes y normales, habituales, no señoras finas y distinguidas como la tía Graciela.

No obstante, qué remedio.

-Ehm… señora Ingold.

-Ehm… ¿qué, sargento?

La tía Graciela parecía ahora (por obra acaso telepática del fulano del rincón, según sospechaba Verraszto) mucho más dueña de sí que pocos minutos antes.

-¿Quiere saber algo más, sargento?

Entonces Verraszto perdió la cabeza. Su boca dijo, sus labios enunciaron, sus cuerdas vocales pronunciaron antes de que su mente consciente se apercibiera:

-¿Por qué no llama usted a su amigo del mostrador, señora Ingold??

E hizo más. Se giró entero y llamó:

-Eh, amigo. Venga.

El café estaba lleno y el mesero (sólo había uno) había estado muy ocupado hasta aquel momento, pero por fin había llegado cabe a la mesa de Verraszto y la tía Graciela. El mesero era un rubiales veinteañero, flaco y algo encorvado y de aire cansado, muy sonriente sin embargo. Verraszto le encontraba una cara vagamente conocida, pero sus actuales preocupaciones apenas si le permitieron vislumbrar de dónde procedía el recuerdo.

-¿No te acuerdas de mí, Cañete? –preguntó el mesero.

¡Cañete!

Aquel olvidado apodo de su infancia y adolescencia sacudió a Verraszto como un electroshock. Con los ojos entrecerrados, Verraszto miró detenidamente al mesero y creyó reconocerlo.

-¿Gabriel? –preguntó- ¿Eres Gabriel Gutiérrez, el hermano menor de…eh…ah… de Floreal?

-Del Basura, sí, en efecto. Soy su hermano. Y me llamo Rafael, no Gabriel. Tantos años, Cañete. ¿Qué haces por aquí?

El fulano rechoncho de junto a la barra se había sentado ya a la mesa, del lado de la tía Graciela, con su perramus amarillo, y los miraba a los dos

(a Verraszto y al mesero) con una media sonrisa entre comprensiva y burlona.

-Es policía –dijo la tía Graciela.

-¿Un cana? –preguntó el hermano del Basura.

-Sí, bien, ¿por qué no? Sí, soy policía –admitió Verraszto, sintiendo que los colores le subían violentamente a las mejillas-. Sí, en efecto, ¿por qué no?

-¿Un cana? Y para peor un tira –decía asombrado Gabriel, no, Rafael Gutiérrez, el hermano del Basura, que emitía al final un suave silbido-. La pipeta, ché Cañete –dijo-. ¿Por qué?

-¿Cómo está eh hum Floreal? –preguntó Verraszto, sin interés; sólo pretendía aparentar aplomo.

-¿El Basura? –dijo el mesero-. Está en la gayola, ¿dónde va a estar si no?

-¿En la cárcel? ¿Por qué?

-El Basura es el Basura –dijo el mesero, de forma enigmática-. Yo qué sé.

Después se enderezó un poco, se tironeó de la chaqueta blanca que llevaba, como si quiera recuperar su dignidad y su aplomo, y preguntó:

-¿Los señores?

-A mí lo de siempre –dijo el fulano del perramus-. ¿Tú, Graciela?

-Un vino blanco frío, por favor.

-¿Usted, sargento?

-¿Cómo sabe usted que soy un sargento?

-La señorita Ingold me lo dijo.

-Señora –lo corrigió Verraszto, sin pensar.

-Señora, en efecto.

-¿Se lo dijo por qué?

-La policía la pone nerviosa. Somos compañeros de trabajo. ¿Qué va a tomar, sargento?

-¿Café con gotas?

Verraszto se lo preguntó al hermano menor del Basura, alzando a él la mirada.

-¿Cognac, Drambuie, anís?

-Drambuie, Drambuie –dijo Verraszto, con una especie de tímido bosquejo algo marchito de entusiasmo-. Drambuie, sí, ¿por qué no? Drambuie.

-Pues marchando –dijo Gabriel, no, Rafael.

Minutos después, el gordito del perramus se puso a cantar bajito:

Recuerdo que en la cita
Tu boca de Afrodita
Tembló cual margarita
Que azota el vendaval
Mas después de esos días
Se puso tu alma fría
Y ansiaste en las orgías
Tu vida deshojar

III) LA MUERTE DEL GENERAL

1.

Eso había sido ayer, el martes 30.

Hoy, el miércoles 31, después de encerrar a Juan Andrés Pérez Bardasol en uno de los calabozos subterráneos de Jefatura (lo que le había llevado un buen rato, porque había que registrar al detenido, asignarle calabozo y número y un complicado y aburrido etcétera), Verraszto había vuelto a subir al cuarto piso y había buscado a Corróchano en el despacho de éste y en la gran Sala de Vistas y Denuncias de Homicidios.

-¿Sabes dónde está el inspector, Pebete?

Verraszto se lo preguntó al único detective presente en la sala, que era el subinspector Caborreal (llamado Pebete), quien en aquellos momentos se limaba las uñas y tarareaba:

Me engrupiste bien de bute
Con el cuento e' la tristeza
Pues creí que te morías
Si te dejaba amuráu
Pegabas cada suspiro
Que hasta el papel de la pieza
Se descolgaba de a poco
Hasta quedar descolgáu

-¿A esta hora?, preguntó a su vez Pebete Caborreal, interrumpiendo la canción.

Por el reloj barato de Verraszto eran poco más de dos y media de la tarde.

-A esta hora, sí, ahora –dijo Verraszto, ligeramente furioso, si aquello fuera posible-. ¿Cuándo quieres que sea? ¿Mañana?

-Pues entonces en el Martínez –contestó Pebete Caborreal- ¿Dónde va a estar si no?

Cuando Verraszto ya se marchaba, Pebete Caborreal de inmediato volvía a canturrear:

Araca, corasssón, callate un poco
Y escuchá por favor este chamuyo
Bien sabés que su amor es sólo tuyo
Y no hay motivos para hacerse el loco
Araca, corasssón, callate un poco…

Me tienen harto los tangos, pensó Verraszto. No sabía la que le esperaba

2.

El Martínez era otro café próximo, que en este caso Verraszto sí conocía. Enfiló ipso facto, pues, al Martínez.

La tía Graciela no se le iba de la cabeza a Verraszto, ni tampoco su compinche gordito del perramus. Se lo tenía que contar a Corróchano cuanto antes, aunque éste no quisiera saber nada del asunto de la tía. Tenía que hablarle también, y mejor lo antes posible, de las órdenes directas que le había dado el doctor Lalandra, con quien todavía no se había vuelto a poner en contacto, y eso lo preocupaba bastante.

El Martínez, en la esquina de Calderón de la Barca y Facundo Quiroga, era un café destartalado y sucio, muy adecuado por ello para el inspector Corróchano. A los policías les servían comidas y les daban bebidas a precio especial. Por otro lado, el boliche tenía una especie de oscura rebotica sin ventanas, al fondo, o como se la pudiera llamar, donde incontables detectives de diferentes brigadas y departamentos se reunían con soplones y delatores (y con yiras también, a las que no les pagaban).

En aquellos momentos, en la compañía de otros tres detectives, uno de ellos el comisario Recoder, jefe de la Brigada Mundana, o de Costumbres, Corróchano se echaba su partidita al dominó del mediodía, después del almuerzo, sentado cabe a una mesa en la que pululaban vasitos con bebidas, las piezas negras del juego, manos peludas y ceniceros con colillas.

-Ehm, inspector –se acercó Verraszto.

-¿Sabe usted algo de nuevo, sargento?

-El doctor Lalandra me ordenó que le informara a él, inspector. Se lo hubiese dicho ayer, pero se me pasó.

-¿Y lo ha hecho, Verraszto?

-¿Qué?

-¿Ha informado al jodido doctor?

-Primero quería que usted lo supiera, inspector.

-Pues ya estoy enterado.

-¿Qué hago?

-¿Quiere usted seguir a mis órdenes o ponerse a órdenes de ese jodido abogado, sargento?

-Quiero seguir a sus órdenes, inspector.

-Pues entonces que el jodido doctor Lalandra se vaya a comer morcillas picantes por su jodido ojete.

-¿Y si…?

-Usted piola, sargento, en el molde. Yo me encargo de Lalandra, si viene al caso. ¿Algo más?

-Pensaba en la tía de la señorita Josefina, inspector.

Corróchano soltó una blanda carcajada soez

-Y dale con la jodida tía –exclamó-. ¿Qué le pasa a usted con esa tía, sargento? ¿Le ha hecho daño en el almita?

Los otros tres detectives se rieron.

-Ah l' amour, l' amour –dijo canturreando Cavanilles, uno de Fraudes, Estafas y Peculados-. Esta juventud, quién pudiera.

-Bien se sabe –dijo el comisario Recoder- que tira más un pelo de concha que una yunta de bueyes.

Verraszto se había quedado callado. Se le notaba que se sentía incómodo. Se sustentaba ora en un pie, ora en el otro. Corróchano apartó la vista de sus fichas, amuralladas delante de él, lo miró y le dijo:

-Hable con confianza, sargento. Estamos entre jodidos colegas. ¿Qué pasa?

-¿Conoce el café Neutral, inspector, aquí cerca?

-Es claro que conozco ese jodido boliche. ¿Qué pasa?

-Ayer me reuní allí con la tía Graciela, inspector. Creo que ya se lo he dicho.

-Ay, Graciela, Graciela –se burló Juan López Pérez, el subjefe de Hurtos y Rapiñas-. Clavo, pimienta y canela.

-Siga, sargento –mandó Corróchano-. ¿Qué diablos pasa con esa jodida tía?

-Que yo la interrogaba, inspector. Estoy seguro de que ella esconde algo y que me lo hubiera dicho, a la larga, pero se presentó un sujeto y ella se calló. El tipo se acodó en la barra y la tía Graciela lo miró y se volvió muda, inspector. Peor que muda. Se me la iba con vueltas y evasivas.

-¿Quién era el tipo?

-No sé. No me lo dijo. Un periodista. Se juntó con nosotros a la mesa

No se atrevió a decir que él lo había llamado.

-¿Cómo sabe que es un periodista? –preguntó Corróchano

-Dijo que la tía y él eran compañeros de trabajo.

-¿Y el tipo no le dijo su jodido nombre?

-No.

-¿Y a usted no se le ocurrió preguntárselo?

-Sí, pero preferí no hacerlo.

-¿Por qué no?

-El tipo me pareció uno de esos vivos que se las dan de cancheros, inspector, sobre todo con la policía. No con usted, es claro, pero conmigo…

-Caray, Verraszto, sigue siendo usted un jodido blandengue. Hay que espabilar, sargento.

-Sí, es claro, inspector. Es que ese sujeto. No sé… Parecía demasiado seguro de sí mismo. No sé si me explico.

-Lo único que usted explica es que no sabe quién era ese jodido sujeto.

-Pues no… Es periodista. Aparte de eso…

-Entonces, Verraszto, ¿qué carajo me cuenta?

Verraszto sentía una extraña e inexplicable urgencia.

-Supongo que nada, no sé –dijo, más y más urgido y confundido por momentos, y agregó, sin saber ni él mismo por qué lo decía-. El tipo era un gordito petiso con un perramus amarillo.

Al oir aquello, Corróchano hizo saltar las piezas hasta entonces ordenaditas del dominó con un brutal puñetazo en la mesa. También un cenicero se volcó en el suelo y el líquido de los vasos salpicó y se derramó. Todos los vasitos temblaron, se sacudieron y finalmente se cayeron

-¡Deluc! –bramó el inspector-. Deluc, ese jodido gabacho hijo de puta.

3.

Unas pocas horas más tarde (sobre las cinco o las seis p.m.), Deluc se afanaba por darle forma a un fatigoso reportaje a propósito del ya largo

impasse que se vivía en el Senado, después de la infructífera reunión de la antevíspera. Deluc se basaba, para configurar el reportaje (una especie de informe en retrospectiva sobre todo el proceso, que le había encargado Godoy), en conversaciones off the record que había mantenido, no sólo en los últimos días sino a lo largo de meses y de años, con los más diversos y variopintos senadores (si no con todos ellos), tanto del partido blanco como del colorado, al igual que con los cuatro de la multicolor minoría, compuesta por el único senador comunista (don Justino Arrascaeta), el único senador socialista (el viejísimo don Emilio Frugoni), el único senador democristiano (el doctor Tomás Luis Laxalt) y el único senador de la ultramontana y carpetovetónica Alianza Contra el Laicismo, o ACL (el ingeniero Leonel Brocqua Herralde).

Deluc, nunca lo bastante atareado como para olvidar el tango, canturreaba, al tiempo que aporreaba con dos dedos las teclas de su vieja Underwood:

> Te acordás hermano
> Qué tiempos aquellos
> Eran otros hombres
> Más hombres los nuestros
> Entonces no había
> Coca ni morfina
> Los muchachos de antes
> No usaban gomina

La paralización del Senado venía de lejos, y tenía raíces complejas.

En noviembre de 1966 (hacía ya más de cuatro años) se habían celebrado elecciones generales. Las había ganado el partido colorado, y dentro del partido colorado (que, como el blanco, reunía bajo la tradicional divisa a muy diferentes tendencias y facciones) el vencedor había sido el

general de aviación Oscar Diego Gestido. A los ocho meses de haber asumido el mando de la república, el general se había muerto, tan inesperada como repentinamente, y su lugar lo había ocupado, como indicaba la ley, el vicepresidente.

El general tenía fama de hombre duro pero recto. Tenía un marcado parecido con Gary Cooper (que se decía que él deliberadamente subrayaba y explotaba, esto último con vistas al sexo débil), cejas profusas y amplias y ojos azules. Hablaba en la televisión a menudo, con sorprendente soltura y don de tablas y con un acento lento y pausado y bastante campechano, que a mucha gente (inclusive a algunos de sus más enérgicos contendientes políticos) le caía bien, le gustaba. El general se había ganado, de aquella forma más bien imprevista y por completo imprevisible, un cierto amplio margen de confianza, que iba bastante más allá de los tradicionales y napoleónicos Cien Días.

De golpe, sin embargo, en una tibia noche de noviembre, el general se había muerto en su casa, cuando se acostaba para dormir, y su lugar lo había ocupado un desconocido, al menos en tanto en cuanto que político. El reemplazante, Jorge Pacheco Areco, era un prestigioso periodista (o mejor dicho un administrador de órganos de prensa), entre cuyas más divulgadas facetas destacaban su afición a una bebida autóctona llamada cocktail kola y su debilidad por los carnavales, los tamboriles y las murgas, así como su condición de entusiasta pugilista amateur; de hecho, el peso pesado profesional argentino Oscar ‘Ringo’ Bonavena se había entrenado con él en varias ocasiones. Todo esto hubiese quedado en peccata minuta o agua de borrajas (unos rasgos inclusive simpáticos para el pueblo), de no haber sido por las primeras medidas que había tomado Pacheco Areco al asumir el rol de presidente.

No bien había ocupado el sillón presidencial, Pacheco Areco (al que sus amigos llamaban el Bocha y también el Tronco, no precisamente por su elevado coeficiente intelectual) había cesado de un plumazo a sus cuatro principales ministros (Alarcón, Jaumes Delgado, Barbarañastro y Clodomiro Zemblatt, todos ellos políticos colorados profesionales de diferentes tendencias y de mucho prestigio) y los había sustituido por un médico, el doctor Cirilo Galcerán (en Defensa), por un diplomático, el también doctor –aunque en su caso abogado- Joaquín Rojas Errandonea (en Relaciones Exteriores), por un tercer doctor –en este caso economista-, el riquísimo Andrés Pablo Suenens Inziart (en Hacienda) y por un antiguo medallista panamericano de florete e íntimo amigo suyo, Ignacio García Baliño (en Interior). También había colocado a un quinto hombre más anodino, Juan José Bordaberry, en Ganadería y Agricultura.

A lo largo de la breve travesía presidencial del general Gestido, los legisladores colorados en pleno (tanto en el Senado como en la Cámara de Diputados) habían apoyado al gobierno, si no por la activa al menos por la pasiva, sin provocarle angustias ni sobresaltos. Con las primeras medidas que había tomado su sucesor, esa unanimidad se había roto. Los legisladores colorados no se sentían vinculados (y menos que ninguno los cuatro ministros cesados) a aquella extemporánea, intempestiva e inexplicable (y para muchos cicatera y amiguista) actividad presidencial.

"Volveremos con esto", escribió Deluc

Y cantó para sí:

En el barrio caferata
En un viejo conventillo
Con los pisos de ladrillo
Minga de puerta cancel
Donde van los organitos

Sus lamentos rezongando
Ya está la piba esperando
Que pase el muchacho aquél
Aquel que un domingo
Bailaron un tango
Aquel que le dijo
Me muero por vos
Aquel que su almita
Arrastró por el fango
Aquel que a la reja
Más nunca volvió

La ley electoral, por otro lado, indicaba que el vicepresidente electo (Pacheco Areco) debía presidir el Senado al igual que la Asamblea General, formada por la reunión de senadores y diputados. Al quedar el cargo acéfalo, tras la subida de Pacheco Areco a la presidencia, se eligió para que lo subrogara al cabeza de la lista más votada dentro del partido colorado gobernante. El designado resultó ser don Martín José Badalá, un astuto demagogo que, entre sus méritos, contaba con el de ser presidente de la entidad deportiva Sud América Fútbol Club (Pacheco Areco, por su parte, ejercía la vicepresidencia del club de gimnasia, boxeo, pesas y esgrima L' Avenir).

4.

Deluc, por cierto, se llevaba más que muy bien con Badalá (al que curiosamente también le decían el Turco, como al Turco Asuero, aunque difícilmente fuera un turco legítimo, como lo era éste). Deluc había hablado

en numerosísimas ocasiones con Badalá, a lo largo de aquella enredada legislatura.

Badalá (vicepresidente de facto, si no de jure, de la república), se tomaba muy en serio su inesperado relumbrón, pero poco podía hacer para que la llamada Cámara Alta funcionara de una forma más o menos eficaz.

-Ocurre que hay mil cien grupúsculos distintos en la cámara, Deluc –decía con su voz plácida Badalá.

Tenía las gruesas manos, bien surtidas de anillos y sortijas, que lanzaban destellos de verde y de rojo y turquesa, apoyadas y entrelazadas sobre el prominente vientre, y hacía girar los pulgares el uno en torno del otro.

-De modo –decía después- que cuando Mengano propone algo Perengano se opone y Zutano discrepa de ambos, y cuando Menecucho habla en favor de alfa, Fulanucho habla en favor de beta y Cosipucho en pro de delta, épsilon o theta. Y esto no es que ocurra nada más que dentro del partido del gobierno, es decir los colorados. Ocurre en ambos partidos, porque no sólo los colorados nos llevamos todos a las patadas. También hay rencillas y camarillas entre los blancos, faltaría más. De modo que si, entre los malditos blancos, a Hache se le ocurre apoyar la medida Zeta del gobierno, Jota la rechaza y propone la medida Equis, y Ka la medida I griega y Equis la medida Pi y Pi la medida Ka. Así no vamos a ningún sitio, Deluc.

-¿Y usted qué, don Martín?

-Yo hago lo que puedo, Deluc. Me tomo mi cargo muy en serio. No por nada soy el vicepresidente de la república.

-Sólo in péctore, don Martín.

-Si Pacheco se muere, Dios no lo quiera, o si se vuelve loco o queda idiota, más de lo que es, que ya sería decir, o si simplemente sale del país

más de cuarenta y ocho horas, ¿quién crees tú que ocupará su lugar?

-De ser por Pacheco no usted, don Martín. Designaría a su aid de chambre.

-¿Dices a García Baliño?

-Usted no da nombres, don Martín. Yo tampoco.

-Prefiera Pacheco a quien prefiera, Deluc, la ley es muy clara. El primer mandatario es él, de pura chiripa si quieres pero lo es. Y el segundo soy yo.

-De pura chiripa también.

-¿Y qué? Mira tú a Johnson, Deluc. Johnson fue un presidente infinitamente mejor que el muy llorado y aún más sobrevalorado Kennedy. ¿O no?

-Dicen que Kennedy era muy simpático, don Martín.

-Era tan simpático como mal presidente. Era realmente seductor, encantador. Yo lo conocí personalmente en el 62, cuando varios legisladores uruguayos visitamos la Casa Blanca.

Badalá empezó a hacer girar los pulgares en sentido inverso al precedente, sobre su oronda barriga.

-Se dice –añadió- que todo el mundo recuerda dónde estaba y qué hacía cuando mataron a Kennedy. Yo sin embargo no lo recuerdo en absoluto. ¿Tú?

-Me temo que sí, don Martín.

-¿Qué recuerdas?

-Yo iba por la calle Brito del Pino, cerca del zoológico de Villa Dolores. No sé qué había ido a hacer allí. No me acuerdo. Me acuerdo, eso sí, que de un zaguán, acera enfrente, salió un muchachón con un mandil azul. Cantaba: 'Murió Kendy, mataron a Kendy'. Lo repitió varias veces. Dio una voltereta, con las manos sobre el suelo, y se alejó cantando: 'Murió

Kendy. Mataron a Kendy'. Unos minutos después, en un boliche, por la radio, informaban sobre la muerte del presidente de Estados Unidos. No sé por qué, don Martín, pero la noticia me entristeció.

-Kennedy sería una gran persona, no lo niego, digno de que lo lloraran. Pero, Deluc –insistió Badalá-, fue un pésimo presidente. Para su propio país, por supuesto, y muy especialmente para América Latina.

-¿Y Pacheco qué, don Martín? ¿Es mejor presidente que el general Gestido?

-Pacheco es un pésimo presidente también él, Deluc. Quede esto entre nosotros. Tú sabes bien que si lo eligieron para ese cargo, anodino en principio, de vicepresidente, no fue por ningún mérito sino más bien al contrario; por sus deméritos, digamos. Se peleaban por el cargo Delle Pianne, la doctora Rebollo y Manucho Benavídez, entre otros.

-Usted mismo entre ellos, don Martín.

-No te lo negaré. Pesos pesados todos nosotros, que al final nos pusimos de acuerdo en un nombre, digamos que por defecto. Elegimos a Pacheco. Ahora todos ellos se estarán dando de cabezadas contra la pared.

-¿Usted no, don Martín?

-Digamos que no soy tan ambicioso –contestó Badalá-. Me siento muy bien tal como estoy.

Badalá detuvo sus pulgares sobre su bien alimentada barriga y, tras unos instantes, los volvió a hacer girar, en el mismo sentido que al principio. Sus dedos refulgían.

-En cuanto al general –siguió diciendo-, el pobre hombre no tuvo tiempo de demostrar si era malo o bueno, Deluc. Se murió.

Badalá apartó de su barriga los gruesos dedos y los hizo chasquear.

-Así –dijo-. Mejor para él, quizá.

-A nadie le gusta morirse, don Martín.

-Para su imagen póstuma, entonces.

En conversaciones más bien fortuitas e inútiles como aquella se le iban a Deluc los días.

5.

García Baliño, por lo demás (motivo cenital de aquel inane revuelo senatorial que había dejado groggy al alto cuerpo), ("Volviendo a lo que decíamos", tecleó Deluc) había completado un periplo como poco curioso. El presidente Pacheco lo había nombrado Ministro del Interior en noviembre de 1967, a los dos días de asumir el mando. Lo había trasladado al Ministerio de Industria y Comercio en agosto de 1968, le había dado un descanso en abril de 1970 y, en octubre de aquel mismo año, lo había vuelto a colocar al frente del Ministerio del Interior.

Ocurría que, cuando su anterior separación del cargo en Interior, García Baliño había sido interpelado por el Senado, y si no lo habían sometido a un difícil voto de censura (que entonces probablemente no hubiera superado) había sido porque el presidente, después de unas cuantas bravatas afirmando que lo mantendría taxativamente en el cargo contra viento y marea, se había echado para atrás y lo había desplazado a Industria, como si fuera un peón de una mala partida de ajedrez. Cuando lo volvió a desplazar a Interior, el senador blanco Alfonso Millares, escandalizado y en apariencia furioso, había pronunciado una dura soflama:

-Pero si a ese espadachín lo echamos de Interior aquí, en esta cámara, hace unos años. Si no se largó a su casa, o a la cárcel, con el rabo entre las piernas, fue porque el señor presidente nos lo escamoteó. ¡Y ahora aquel nefasto ministro matasietes vuelve a la cartera de Interior, a hacer más daño! En la anterior ocasión yo en persona, que fui el interpelante, quise

que se me explicara de dónde procedían los doscientos mil dólares que el ministro había invertido en un flat en Nueva York, operación de la que tengo constancia.

Millares había hecho una dramática pausa, para comprobar que todos los integrantes de la cámara estuvieran atentos a sus palabras, antes de proseguir:

-Hubo otro García Baliño –ahora Millares hablaba con acento más suave, casi contemporizador-, no sé si el padre o un tío de nuestro eximio floretista, que tuvo que renunciar al ministerio de Obras Públicas, en los años cuarenta, porque había aceptado que unas empleadas le regalaran una máquina de escribir. ¡Cómo cambian los tiempos, señorías! 'Aprended flores de mí', como decía Góngora, 'Lo que va de ayer a hoy'. Y hoy yo me pregunto, señorías, y les pregunto a ustedes: ¿Cuántas máquinas de escribir se puede uno comprar con doscientos mil dólares? Y me pregunto y les pregunto más, señorías: ¿Qué nuevos desaguisados, por lo demás, nos esperan de este campeón de esgrima, que apoyó e inclusive incitó, como tuvo la desfachatez de declarar a la prensa, al anterior jefe de policía, el muy mal recordado coronel Prósper, cuando hizo estaquear, como si fueran cueros vacunos puestos a secar al sol, a varios sindicalistas que se habían levantado en huelga en los mataderos municipales? No me gustan las huelgas, aunque las entiendo, y estoy muy lejos de ser izquierdista. No soy anarquista, socialista ni comunista. Soy blanco. Y como blanco, y como honda y honradamente liberal que siempre he sido, me opongo a las palizas, a los estaqueamientos y también a las corruptelas, sobre todo a las que se protegen y promueven bajo el ambiguo paraguas de un gobierno que se dice democrático.

Eran palabras, nada más, por desgracia.

-¿Interpelar de nuevo a García Baliño, Deluc? –preguntaba el senador Millares una semana después-. ¿Pero por qué? Se conseguirán tal vez los votos suficientes para llamarlo a cámara, pero no los necesarios para poder censurarlo y sacárnoslo de encima. Ya sabes que aquí todo el mundo anda a la greña. Sé de legisladores que detestan a García Baliño, pero que igual se negarían a votar su censura, exclusivamente para fastidiarme a mí. ¿A dónde vamos entonces, Deluc? ¿Me lo quieres tú decir?

-No siempre se trata de ganar, senador. ¿O sí? A veces basta con exponer, con arriesgarse, con luchar. Lo que importa no es vivir, como decían los romanos, es navegar.

-Siempre tienes tú una frasecita a punto, Deluc –dijo y sonrió el senador Millares-. Navigare necesse. Vivere non necesse. Conozco yo también el viejo díptico, ya ves. Y no es romano, te lo aclaro, sino medieval.

Así era el senador Alfonso Millares, se decía (probablemente) Deluc. Tan elegante a la par que tan culto y tan duro, el senador (cuando quería), en el decir y el obrar, como frívolo e inconstante en todas las facetas de la vida. No había tu tía. Con gente así, que poblaba las cámaras legislativas (donde Millares, no obstante, era de lo mejor que se podía encontrar), qué aparte de nada podía uno hacer. Hacer girar los pulgares uno alrededor del otro, quizá, como hacía don Martín José Badalá.

Mientras componía su trabajo, Deluc cantaba para él:

Los amigos ya no vienen
Ni siquiera a visitarme
Nadie quiere consolarme
En mi aflicción
Desde el día en que te fuiste
Siento angustias en mi pecho

Decí percanta qué has hecho
De mi pobre corazón.

6.

Eran más o menos las ocho de la noche cuando Deluc terminó de redactar su reportaje. Hoy había venido temprano a la redacción para acabar con aquel embrollo, y mañana era su día semanal libre.

-Aquí tienes, Rubén.

-¿Qué tal?

-Léelo. Ya verás tú qué te parece. Yo me largo

-¿No esperas al perro?

-Me voy, Rubén. Dile al perro –Deluc sonrió- que nos vemos pasado mañana.

Ya Deluc se ponía su perramus, en la redacción por una vez casi silente y casi vacía, todavía, cuando observó que el sargentito de anoche asomaba la cautelosa cabeza por la puerta batiente que daba a los ascensores.

-¿Señor Deluc?

-Vaya, sargento, qué sorpresa. ¿Cómo está el Basura?

-¿Conoce usted al Basura?

-De nombre, sargento. Desde ayer. ¿Quería usted hablar conmigo?

-Pues sí, en efecto.

-¿Cómo sabía mi nombre, sargento?

-Me lo dijo el inspector.

-¿Corróchano?

-Está fulo con usted, señor Deluc. Tengo orden de llevarlo conmigo a Jefatura.

-¿Para qué, sargento?

Ya estaban los dos adentro del ascensor, y Deluc había apretado el botón de la planta baja.

-Ha hecho usted ciertas cosas que no sé…

-¿Qué cosas?

-Ha escamoteado usted a Josefina Lalandra.

IV) EL RASTRO DEL FRANCHUTE

o

EL COSO DEL PERRAMUS

1.

El inspector Corróchano se había movido rápido para saber qué había hecho Deluc con la elusiva hija del doctor Lalandra. Primero que nada había llevado con él a rastras a Verraszto al edificio donde residía la muchacha. Corróchano, en el camino, dentro de un coche patrullero con sirena y enrejado entre los asientos, mascullaba obscenidades contra el periodista del perramus amarillo.

-Nos la birló, el jodido franchute. Ya verá usted, sargento. Es un jodido hijo de puta inteligente y frío. No me extrañaría que se dedicara a alguna forma de la delincuencia, le diré. Tiene curiosas amistades, para empezar: el Sueco Olaf, el Turco Asuero, el Jipijapa Lecuona... Dicen que incluso es amigo del Paraguayo Rangel.

-¿El Rey del Contrabando?

-No hable usted como La Tarde, sargento, no me joda. Rey del Contrabando. Ésas son calificaciones de la jodida prensa amarilla. Qué Rey del Contrabando ni qué ocho cuartos. Rangel es un jodido maleante como otro cualquiera. Y en cuanto a ese jodido periodista hijo de puta… Espere usted que yo le ponga las manos encima, sargento.

Corróchano fumaba y sudaba dentro del pequeño vehículo con las ventanillas de atrás subidas. A Verraszto se le hacía cada vez más difícil respirar. Tosía, se rebullía, se pasaba una mano por la cara, silboteaba, resoplaba, trataba de tragar el aire por la boca, hablaba. Decía:

-Ese portero sabe algo. Estoy seguro.

-Cantará.

-¿Lo llevará usted a Jefatura, Inspector?

-Cantará como un jilguero y en su propia jaulita. ¡Un portero, Verraszto! Un jodido portero. Y aunque fuera el jodido Edecán Mayor de la muy jodida Presidencia, le diré…

-No hay quien pueda con usted, inspector.

-No se me convierta usted también en un jodido chupamedias, Verraszto.

La idea de chuparle las medias a Corróchano casi hace vomitar dentro del auto a Verraszto. Por suerte, pocos instantes después habían llegado.

2.

Bastó que Corróchano cerrara a sus espaldas el cubículo de la portería (con un portero ya achicado y sudoroso adentro, una portera que se retorcía las manos y gimoteaba, un televisor apagado con un florerito de plástico encima, vacío, un pájaro mudo y tal vez también asustado en un rincón, la jaula sobre una percha, sillones desparejos, carpetitas con puntillas, fotos familiares viejas, ovaladas y coloreadas a mano en las paredes, paredes con un empapelado con unas enormes flores rojas alineadas, flores de plástico en otros dos floreros, una alfombra barata de plástico –con dibujos de flores- en el suelo y aquel olor a desinfectantes y alcanfores, a calcetines sucios y a betún y detrás aquel otro olor más desagradable aún y más denso, aunque ya enfriándose, a puerros y nabos y coles rehervidos, comida de pobres) para que el portero lo contara todo.

Cuando se bajaron del coche patrullero en Rodó y Javier de Viana, delante del edificio Clementino, a través de una ventana abierta el inacabable Gardel cantaba:

Para el record de mi vida
Sos una fácil carrera
Que yo me animo a ganarte
Sin emoción ni final
Te lo digo pa' que entiendas
En esta jerga burrera
Que vos sos una potranca
Para una penca cuadrera
Y yo che vieja ya he sido
Relojiáu pa' l Nacional

-Tú y yo tendremos una charlita allí adentro –le había dicho Corróchano al portero, señalando hacia el cubículo de la portería, no bien habían entrado (Verraszto y él) en el edificio.

-¿Quién es usted?

El portero se mostraba engallado todavía.

-¿Quién te crees tú que soy, jodido vejete? ¿Papá Noel?

-No soy un vejete.

El portero no era en realidad un viejo. No tendría mucho más de cuarenta o como mucho de cincuenta años. No obstante, una vez en el interior de su cubículo, al hombre le empezaron a temblequear las manos y a lagrimearle los ojos, como si en vez de cuarenta o de cincuenta tuviera mil; se le había arrugado también la cara y los lentes le habían resbalado a la punta de la nariz. Abría y cerraba la boca sin que saliera de la misma ningún sonido; y parpadeaba, se sacudía de forma incontrolada y había empezado a sudar de una manera alarmante: olía casi tan mal como Corróchano.

-Y ahora, jodido vejete –Corróchano se restregaba las grandes manos una con la otra-, podemos arreglar esto como tú prefieras, por las buenas o por las malas.

-Por las buenas, Pocho, por favor –suplicó la portera, ya entonces asustadísima.

-Sea –dijo el portero llamado Pocho, tratando de tragar la saliva seca.

-¿La señorita Lalandra cuándo se fue?

-Anoche no. Antenoche, creo. O acaso la noche antes.

-Sabrás que asesinaron a un comisario de policía.

-El jefe de la Brigada Móvil, sí. Lo oímos en la tele.

-¿La señorita Lalandra se fue esa misma noche?

-No, no. Fue a la noche siguiente. Antes de ayer. Sobre las ocho u ocho y media. Había anochecido poco antes. De haber sido más tarde yo no los hubiera visto salir. Se fueron sobre esa hora, sí.

-¿Se fueron?

-Ella iba con un coso.

-¿Cómo era –Corróchano habló en voz baja, con un acento amenazador que parecía zumbar- ese jodido coso?

-Era un coso, qué sé yo. Un coso cualquiera.

-Rasgos –dijo Corróchano.

-Qué sé yo. Los rasgos de cualquiera. Me fijé en que llevaba una gabardina creo que amarilla, con el cuello levantado.

-El rejodido franchute –dijo Corróchano-. Lo sabía.

-¿Lo arrestamos, inspector?

Habían salido a la calle.

Verraszto, a estas alturas, ya sentía una honda y muy personal antipatía hacia el periodista del perramus. "El jodido Coso del Perramus", se dijo, con vengativa alegría.

-Piano piano, sargento –dijo Corróchano-. Quiero averiguar dónde tiene escondida ese periodista a la jodida muchacha.

-¿Cree usted que haya podido sacarla de la ciudad?

-No es mala idea, Verraszto. Se merece usted una jodida medalla. Tal vez la haya sacado del país.

-¿Quiere que lo vaya a buscar, inspector? Se lo llevo a la Jefatura. Una vez allí, seguro que cantará.

-No ese jodido gabacho, Verraszto. Es periodista.

-¿Y qué?

-Que a un jodido periodista no se le pueden poner las jodidas manos encima, sargento. Lo haremos con inteligencia. Cabe que ese jodido

franchute haya usado un vehículo particular, aunque creo que él no tiene. Cabe también que haya usado taxis. Si es así lo averiguaremos. Es un imprescindible gremio, el de los taxistas. Muy útil, Verraszto. Jodidamente útil. Ya verá.

Ahora, por la misma ventana abierta, Gardel cantaba:

No te asustes ni me huyas
No he venido pa' vengarme
He venido simplemente
Pa' dejarte mi perdón
Te lo juro estoy contento
Que la dicha a vos te sobre
Vos al campo a laburarla
Juntaré unos cuantos cobres
Pa' que no me falten flores
Cuando esté dentro' l cajón

Estaban de nuevo en el coche patrullero. Verraszto abrió disimuladamente la ventanilla de su lado. Corróchano sacudió la reja metálica que separaba el asiento delantero del trasero. En el delantero sólo viajaba el conductor.

-Vamos a la Patronal Taximetrista –dijo Corróchano-. En Concepción Arenal y Arenal Grande, en el Cordón. Pise a fondo el acelerador y haga sonar la jodida corneta.

3.

No les costo averiguar, en la patronal del taxi, que uno de éstos había recogido, efectivamente, a una pareja en las cercanías de Rodó y Javier de Viana en la fecha y noche de autos. El taxista se presentó en la patronal en menos de media hora. Parecía hosco, cansado, taciturno y preocupado.

-Yo no hice nada –fue lo primero que dijo.

-Recogió a dos pasajeros, en la noche del veintinueve, cerca del Parque de los Aliados –dijo Verraszto.

-Hacia las ocho u ocho y media –puntualizó Corróchano, que apenas si podía refrenar su impaciencia.

-Sí, en efecto –dijo el taxista, y añadió-. Era Deluc, el periodista. Iba con una muchacha.

-¿Usted lo reconoció?

-Trabajé unos años en el Parque Móvil de El Manantial. Lo reconocí.

-¿Y él a usted?

-No sé –el hombre dudaba-. Supongo que no.

-¿Lo paró en la calle o lo llamó?

-Llamaron a la parada. Llamó él.

-¿Atendió usted?

-Estaba solo.

-¿Preguntó por usted?

-No, no. No creo que sepa ni cómo me llamo. Sólo pidió un taxi. Dijo que estaría en la esquina de Coronel Brandzen y Conde de Cavour. Que me esperaban en la calle. Que eran dos y que él llevaba una gabardina amarilla. En ese momento me di cuenta de que no podía ser sino Deluc. La gabardina ésa que siempre lleva la conocen en todas partes. ¿Puedo irme?

-Por supuesto que no –dijo Corróchano- ¿A dónde llevó a ese franchute y a esa jodida muchacha?

-A la Ciudad Vieja. A una dirección de la calle Salsipuedes.

-¿Qué dirección?

-No lo recuerdo ahora, pero estaba muy cerca de la esquina con Batalla de Ayacucho. ¿Qué ha hecho Deluc?

-Lárguese, maldita sea.

-Sí, señor.

-Ya ve usted, sargento Verraszto.

Prisionero de una feroz alegría, que apenas si le cabía en el poderoso cuerpo, Corróchano había dejado de lado, por una vez, sus desagradables cigarrillos de chala, y se había comprado, en una expenduría, un par de toscanitos brasileros retorcidos no tan repulsivos. Fumaba uno con fruición (también con rabia), mientras sus ojos y demás facciones brillaban alternativamente y se opacaban (los primeros) y se retorcían, fruncían y desacompasaban (las segundas, la boca en concreto), con las fuertes, inciertas y fluctuantes emociones de la caza.

-El jodido Franchute, como las babosas, Verraszto, bien se ve, deja su rastro.

-¿No lo hará adrede, inspector?

-No es tan listo ni tan tonto. Encontraremos dónde esconde a la jodida muchacha. Ese perramus amarillo que el Franchute no se saca nunca, Verraszto, es nuestra mejor pista. Supongo que el muy jodido creerá que le trae suerte, o yo qué mongo sé. La cuestión es que lo lleva siempre encima, como si fuera su jodida alma. Será fácil seguirle el rastro, sargento. Verá usted.

No tardaron, ya en la Ciudad Vieja, en seguir efectivamente el rastro de Deluc, a través de su perramus amarillo, que los condujo directamente a Rosa Luna, quien les fue señalada en un café de esquina.

Un parroquiano medio borracho cantaba, en un rincón del mostrador:

Así cantaba

El pobre punga
Que a la gayola
Por culpa de ella
Fue a descansar,
Mientras la paica
Con sus donaires
Por esas calles
De Buenos aires
Se echó a rodar

El hombre se calló cuando advirtió que habían entrado policías. Frunció con cierto desagrado la nariz.

-¿El del perramus amarillo? –decía en aquel momento el encargado-. A veces se toma algunas grappas aquí. Con campari, ¿sabe usted?

-Sáltese los jodidos detalles. ¿A quién visita?

-Tiene una amiga allí enfrente, en el seiscientos diez. Una bailarina o algo así.

-¿Cómo se llama?

-No lo sé.

El parroquiano medio borracho, que al entrar los policías cantaba aquel tango, sí lo sabía.

-¿La amiga del del perramus? –preguntó-. Es Rosa Luna. Y no es bailarina. Atiende llamadas.

-¿Una prostituta? –preguntó Verraszto.

-Ustedes las llaman así, que son tan finos. Nosotros las llamamos yiras, o sencillamente putas.

-¿En qué apartamento?

-¿Apartamentos? –se rio el parroquiano medio borracho-. Son piezas.

-¿En cuál?

-Suben la escalerita, un par de tramos, y la primera puerta. Mándenle mis saludos. Díganle que Toribio…

-Cierre ese jodido buzón, jodido idiota.

El borracho, no obstante, lejos de cerrar el buzón, rompió de nuevo a cantar:

El malevaje extrañáu
Me mira sin comprender
Me ve perdiendo el cartel
De guapo que ayer
Brillaba en la acción
Decí por Dios qué me has dau
Que estoy tan cambiáu
No sé más quién soy

4.

Rosa Luna protestó, lloriqueó, lloró, pataleó e inclusive trató de guardar un sepulcral silencio, pero de nada le sirvieron sus esfuerzos. Corróchano le daba miedo, y de nada le valía tampoco (Rosa Luna se daba cuenta), tratar de buscar el socorro del patético esbirro joven, que miraba sonrojado y confundido los bibelots y los chirimbolos que adornaban la habitación.

-¿Dónde se llevó tu proxeneta a la jodida muchacha?

-No es mi proxeneta. Yo no tengo proxeneta –se quejó Rosa Luna-. ¿Usted qué se cree?

Rosa Luna trataba de rejuntar sus escasas fuerzas y de hablar con una inexistente convicción.

-Deluc y yo –afirmó- somos amigos.

-Trajo a la muchacha aquí. Niégalo y terminas en calabozos, jodida ramera.

-La trajo, sí, y se la llevó. A su apartamento. Me pidió el auto y se lo dí. Al día siguiente me lo devolvió.

-¿Su apartamento en dónde? –pregunté Verraszto.

-Yo sé en dónde –dijo Corróchano-. Vamos.

Rosa Luna vio irse a los policías entre confundida, arrepentida y asustada. Encendió un Philip Morris (se le habían terminado los Parliament) y se sirvió un guindado, tratando de calmarse. Puso a Ray Coniff, acto seguido, en el tocadiscos, y se sentó en el silloncito más cómodo para escucharlo y ver de tranquilizarse.

No lo consiguió.

Agarró del sillón del rincón al osito de peluche y lo abrazó con fuerza.

Cerró los ojos y se masajeó las sienes.

La fugitiva, pensó. ¿Dónde estaría? ¿Y Deluc?

Daba miedo ese enorme y desastrado policía.

5.

Deluc no estaba en el Palacio Lecumberri. Corróchano y Verraszto subieron, llamaron al timbre y golpearon a la puerta y después volvieron a bajar.

-Las llaves de Deluc –le dijo Corróchano al conserje.

Éste era un hombre joven, bastante atildado, de esmerada cabeza peinada con brillantina y que llevaba un planchado uniforme azul oscuro, rematado por una corbatita de hélice. El sujeto estaba sentado en un taburete alto, en el vestíbulo, a un lado y en lo alto del vuelo de escalones

que llevaba de la puerta al interior, y tenía el Uruguay al Día sobre los muslos.

Al entrar los policías el conserje preguntó:

-¿Dónde los caballeros?

-Deluc.

-Once cero siete, pero no está.

Sin más palabras, seguido por Verraszto, Corróchano se encaminó a los ascensores.

Al volver a bajar fue cuando pidió las llaves.

En aquellos momentos, el conserje silbaba de a ratos y de a ratos canturreaba y movía un índice, tabaleando con los talones contra un travesaño del taburete en el que estaba sentado.

Cuando Corróchano y su adlátere salieron del ascensor, el conserje canturreaba:

Milonga del novecientos
Milonga sentimental
Otros te cantan llorando
Yo canto pa' no llorar
Tu amor se secó de golpe
Nunca dijiste por qué
Yo me consuelo pensado
Que fue traición de muj…

El conserje se calló de repente en cuanto vio a su lado a los dos policías. Dejó de taconear contra el taburete y meneó varias veces la cabeza, indeciso y acaso algo asustado, al escuchar la brusca petición de Corróchano.

-Lo siento, caballero –dijo-. ¿Son policías? ¿Traen mandamiento? Tengo que verlo.

-Mira, jodido enano –Corróchano extendió un brazo y despegó violentamente al conserje de su taburete, agarrándolo por la educada corbatita-. Voy a entrar en ese jodido apartamento te guste a ti o no. Si no me das esas jodidas llaves ahora mismo hago saltar la jodida cerradura a los tiros. Y a ti, jodida mierda, te tiro del piso once a la calle. Tú verás.

El peripuesto joven estaba pálido.

-Usted es Corróchano –dijo-. No puede ser otro.

-Aciertas, hijo. Las llaves.

Abriendo la mano, Corróchano soltó al conserje, que tosió un poco, estrangulado a medias, y se dirigió a la garita de la conserjería. Antes de que entrara, Verraszto le preguntó:

-¿Cómo se llama usted?

Quería poner un mínimo de orden, por lo menos, en aquella furiosa investigación que comandaba Corróchano.

-Badú –dijo el conserje, con un hilo tosiqueante de voz-. Zoilo Hermenegildo Badú Ferreira.

Mientras Zoilo H. Badú iba a buscar las llaves, Corróchano miraba las paredes del vestíbulo, con sus altos espejos careados por el azogue y sus macetas con plantas agonizantes colocadas en hilera. También miró el abovedado techo con su vieja araña de caireles, que tenía un aspecto polvoriento, desolado y opaco. Al techo lo maculaban unas recias manchas oscuras y verdosas, que casi parecían aumentar a ojos vistas.

-Esto en sus buenos tiempos era un nido de bacanes, Verraszto. Ahora lo es de jodidas cucarachas, como ese periodista que se las da de francés.

-Lo odia usted, inspector.

-Odiarlo es poco, Verraszto. Además el odio es mutuo, como debe ser. Hace dos días hablé con él. Le conté cosas. Me sonsacó no sé cómo lo de la jodida muchacha, que un testigo la había visto.

-Aquel danés –dijo Verraszto.

-No sé cómo pude caer en la jodida trampa que me puso ese francés.

6.

Dos minutos más tarde, Corróchano abría con la llave la puerta del apartamento once cero siete, donde vivía Deluc. Entraron, buscaron y revolvieron pero nada comprometedor encontraron: una novelita de Perry Mason a medio leer sobre la mesita de luz, preservativos Black & White –caja de tres- en un cajón de la misma, papeles con notas diversas sobre una mesa en el breve saloncito ad hoc, una Olivetti portátil encima de la mesa, revistas en inglés y francés y el semanario bonaerense Primera Plana en un montón sobre un estante de la biblioteca; en ésta bastantes libros –algunos en francés e ingles- y concretamente un volumen de formato grande, titulado Cubismo en Rojo, que hizo fruncir el entrecejo al inspector; y botellas a medio llenar y botellas vacías de grappa y Campari en un rincón de la diminuta cocina; un espejo con fotos enganchadas en el marco, una de ellas de una damita ligerísima de ropas con un beso al carmín en una esquina y otra de Deluc con un fulano de cabeza afeitada y gafas cuadradas en cuyo reverso se leía: ‘Fraternidad y éxito, de Cipriano Mera para mi amigo el Francés’; un álbum de tapas duras con fotografías de ballenas, delfines, orcas y tiburones, uno de éstos masticando una pierna humana y con los textos en inglés; unas gafas de sol polvorientas, muchas corbatas, tres perramus amarillos idénticos colgados en percheros y montones de discos con tangos en el salón…

-Cubismo en Rojo –dijo Corróchano-. Si yo fuera el comisario Fillol detenía a este jodido franchute ipso facto, por castrista y subversivo.

-El cubismo, inspector...

-Sé lo que es el jodido cubismo, Verraszto. Incluso he oído hablar del jodido Picasso, aunque usted no se lo crea.

Aún sin haber encontrado nada comprometedor en el apartamento, Corróchano igual dio rienda suelta a su bronca y a sus ansias de venganza. Rompió las patas de un par de sillas, deshizo la cama, partió con sus gruesos dedos dos o tres discos long play, dejó la nevera abierta, volcó una mesa, tiró por el suelo libros y revistas y arrancó las entrañas de algodón y estopa de un sillón por un tajo que tenía en el asiento.

-Que aprenda el jodido maricón –dijo.

Eran las siete y veinte.

Bajaron y salieron a la calle. Antes de salir, desde el escalón más bajo del vuelo de seis que llevaban de la puerta al interior del vestíbulo, Corróchano le tiró las llaves al conserje.

-Todas tuyas, Zoilete –dijo.

Era casi un insulto; más acaso.

"Jodida gente", musitó Corróchano después.

7.

En la calle, Corróchano respiraba como si cobrara nueva vida. Inhalaba y exhalaba, acompasadamente, con la gran cara vuelta a lo alto, hacia el penúltimo claror del cielo.

Verraszto esperaba callado, algo molesto y un poco, inclusive, amedrentado. No le gustaban en absoluto (no en este caso, al menos) las maneras brutales de su superior, pero sabía que no podía hacer nada al respecto. Ni siquiera protestar.

Había algo de orante, además, de enorme estatua muda de sacrificios, en la postura de Corróchano, con las piernas separadas y la cabeza inclinada

hacia arriba, que impresionó al sargento, y que de una incierta manera oscura lo conmovió.

-Ahora usted va, sargento –dijo Corróchano-, y me lleva a Homicidios a ese jodido periodista. A estas horas estará por llegar a su periódico. Si no ha llegado usted lo espera.

-¿En la calle?

-Donde le parezca. ¿Somos o no somos la jodida policía, Verraszto? ¿Hacemos o no hacemos lo que nos sale de los muy jodidos huevos?

-El juez Camacho…

-Que se vaya a la mierda el jodido juez Camacho.

-Tendríamos que informarle.

-¿A esta hora, Verraszto? A este hora ese jodido magistrado ya debe de estar jodidísimamente borracho. Le informaremos mañana, Verraszto, y eso siempre y cuando se me salga a mí de mis muy jodidos y reverendísimos huevos.

Para asombro de Verraszto, Corróchano se puso a cantar, con su gruesa voz flemosa. Cantaba pésimamente mal:

Uno busca lleno de esperanzas
El camino que los sueños
Prometieron a sus ansias
Sabe que la lucha
Es cruel y es mucha
Pero lucha y se desangra
Por la fe que lo empecina

8.

Corróchano seguía respirando a pleno pulmón, adentro y afuera, como un gimnasta grotesco, gordo y sucio, que hiciera sus ejercicios matinales respiratorios.

Parece feliz, se decía Verraszto.

-¿Y Pérez Bardasol, inspector? –se atrevió éste a preguntar.

-¿Quién?

-El novio, esto es, el primo en segundo grado.

-Que se pudra el muy jodido maricón, que reviente, ¿a mí qué mierda me importa?

-Está en los calabozos, inspector.

-Le crecerá la jodida barba hasta los pies allí.

-Inspector... –suplicó Verraszto-. No está bien.

-De acuerdo, sargento, de acuerdo. Usted gana. Me encargaré de que lo suelten.

Sintiéndose bastante mejor, aunque lejos todavía de sentirse realmente bien y con su conciencia enteramente tranquila, Verraszto se separó del inspector.

Verraszto, esto es, llegó a El Manantial quince minutos después, al final de una enérgica caminata. Subió de la calle al vestíbulo y se acercó a una señorita que estaba sentada detrás de una mesa baja con un letrerito que decía:

Srta. Cruces Vivó.

Recepción.

-Buenas noches, señorita Vivó –dijo Verraszto, con su característica amabilidad (un rasgo que él no sabía que lo emparentaba con el periodista del perramus amarillo)-. ¿El señor Deluc ya ha llegado?

-Segunda planta, sala de redacción.

Así sin más.

Minutos después Verraszto, pues, bajaba, en el ascensor, en compañía del sujeto del perramus.

-Permitirá que me tome una grappa antes de ir a Jefatura, sargento. Lo invito, por cierto.

-En horas de trabajo, me temo…

-Usted se lo pierde, sargento.

El sujeto del perramus se encaminaba tan tranquilo hacia la esquina inmediata en que Lope de Vega (la calle de El Manantial) se cruzaba con Mariano de Cavia, donde había un café, como no podía ser de otra manera. Verraszto leyó unas letras blancas sobre un ventanal de cristal que decían:

GRAN BAR y CAFÉ METRÓPOLIS

-Yo soy asiduo del Neutral, donde nos conocimos anoche, sargento –dijo el del perramus-. Pero esta noche las circunstancias mandan, el inspector Corróchano es un hombre impaciente y bien… Aquí nos apalancamos, sargento. Cinco minutos, ni uno más ni uno menos –le habló después al encargado del mostrador-. Una grappa con campari para mí, ¿y usted, sargento?

-Nada, gracias.

-¿Ni siquiera un café con gotas, sargento? –preguntó el del perramus, y volvió a dirigirse al encargado-. Un café con un chorro de Drambuie para el sargento.

9.

Aquel periodista del perramus era, en opinión de Verraszto, un cínico y un malandrín de mucho cuidado. El tipo, por cierto, canturreaba, no del

todo mal, en opinión de Verraszto (que por supuesto no entendía nada de tangos):

Malandrín de la carpeta
Te timbeaste de un viarazo
El caudal con que tu vieja
Pudo vivir todo un mes
Impasible ante las fichas
En las noches de escolazo
O en el circo de Palermo
Donde a tajo y a lonjazo
Ves perder por un pescuezo
Las monedas que tenés.

-¿Le gusta el tango, sargento?

-Me gustan más las vidalas, a fuer de sinceridad.

-Las vidalas le gustaban a Cañete, sargento. Ahora está usted en la ciudad, no en el campo.

El periodista miraba a Verraszto con un brillo acaso malévolo, acaso sólo burlón, en sus mansos ojos oscuros.

-Le caigo mal, ¿verdad, sargento? –preguntó, y siguió, sin esperar respuesta-. A Corróchano también. Es el triste sino de los periodistas, sargento. Termínese su café con Drambuie, no sea cosa que su superior se impaciente.

10.

El Coso del Perramus (como Verraszto había decidido llamar definitivamente al periodista) era un tipo con redaños, había que

reconocérselo, que mantenía una olímpica calma chica previa a la tormenta que descargaría sobre su cabeza, a no dudar, el inspector Corróchano.

El Coso entró silboteando en la Jefatura, saludó haciendo la venia al número que montaba la guardia en la garita blindada de acceso y, mientras esperaban el ascensor que los llevaría al temible cuarto piso, reino de Corróchano, el muy maldito Coso se puso a cantar:

Percanta que me amuraste
En lo mejor de mi vida
Dejándome el alma herida
Y espina en el corazón
Sabiendo que te quería
Que vos eras mi alegría
Y mi sueño abrasadó Or
Para mí ya no hay consuelo
Y por eso me encurdelo
Pa' olvidarme de tu amor

Tenía subido el cuello del perramus.

11.

En el cuarto piso los aguardaba Corróchano, de las puertas afuera de la Sala de Vistas y Denuncias de Homicidios.

-'Nas noches, periodista –saludó, con un amenazante aire entre jocoso y siniestro.

-¿Cómo está usted, inspector?

-Pasemos a mi despacho, haga el bien.

-Como usted mande, inspector.

-Venga usted también, Verraszto.

Atravesaron Vistas y Denuncias y accedieron al despacho de Corróchano.

-¿No se puede abrir la ventana? –preguntó el Coso-. Aquí huele a cerrado.

Olía mucho peor que a cerrado. Olía a sudor, a pies, a ropa sucia, a miedo y ligeramente a orines viejos.

-Lo siento, periodista –se excusó Corróchano-. Tiene un enrejado por afuera que no deja ni entrar el aire.

El pesado y duro inspector se sentó de su lado de la mesa. El Coso del Perramus se sentó del otro lado. Verraszto se quedó de pie, apoyado contra una pared.

-¿Debo tomar notas, inspector? –preguntó-. ¿Voy a buscar mi libreta?

-Verraszto aprendió taquigrafía, y no quiere dejar pasar ni la menor jodida ocasión de lucirse, periodista –le dijo Corróchano al Coso, y después a Verraszto-: Notas por ahora no, sargento.

Encendió su segundo toscanito retorcido y fumó, con un desacostumbrado aire plácido y casi manso, recostado en su silla giratoria.

-Háble me de Josefina Lalandra, periodista.

-¿Quién es?

-No empecemos, periodista. Lo puedo hacer detener. Lo sabe usted muy bien.

-¿Bajo qué cargos, inspector?

-Obstrucción a la justicia, pongamos, y complicidad con una persona fugitiva –enumeró Corróchano-. Y si quiero también lo detengo por fraude, por colaboración con banda armada, periodista, o por conspiración para delinquir. O por todo lo enumerado a la vez. Se me pueden ocurrir otros mil jodidos cargos.

-Deténgame entonces, inspector.

-Hagamos una cosa –propuso Corróchano.

Aunque se había inclinado hacia delante y había clavado los dos codos en la mesa, en actitud relajada y casi soñolienta, todavía conservaba (en la turbia mirada y en una leve y casi aleteante sonrisa) la espantosa serenidad de la serpiente que trata de hipnotizar al pajarito.

-Soy todo oídos, inspector.

-Usted me dice qué ha hecho con la muchacha y yo le revelo, en exclusiva para usted, para que haga con ella lo que quiera, la información más importante que se ha averiguado hasta ahora en relación con el asesinato de Pérez Moles.

Verraszto se sobresaltó. ¿De qué información hablaba el inspector? O era una mentira (táctica muy arriesgada con un tipo como el Coso, despabilado y sin duda carente de todo escrúpulo) o el inspector sabía algo que no había comunicado a su principal colaborador.

-Usted habla primero, inspector.

-¿Tengo su palabra, periodista?

-La tiene.

A Corróchano, al parecer (para estupefacción de Verraszto), le bastó.

-¿Sabe usted quién es Ricardo Alcorza?

-El Chueco –dijo Deluc.

-Alias el Chueco, en efecto, periodista. Le he preguntado si sabe usted quién es.

-¿Quién no lo sabe en esta ciudad, inspector?

-Dígamelo.

-Pertenece a la Orga. Eso seguro. Se dice, no sé con qué fundamento, que es uno de los principales miembros del actual Directorio. Que es el

Número Tres, en concreto, que a tenor de las investigaciones de Inteligencia y Enlace corresponde al Jefe de la Rama Militar.

-Brillante, periodista. Breve y al grano. Bien.

-Suelte lo que tiene que soltar, inspector, haga el bien. Me estoy cansando.

-En la calle Blanca del Tabaré cuarenta y dos catorce, periodista, es decir casi enfrente de la casa de los Pérez Moles, vivía hasta hace un par de días un matrimonio joven que desapareció. Se largó sin avisar y vació la vivienda. Ocurrió por la noche del mismo día en que mataron al comisario. A él no se lo ha identificado todavía, pero a ella sí. Ha sido identificada como Carolina Báez Herrera, oriental de veinticuatro años, alias Blanca o Petisa, con antecedentes por pertenencia a banda armada y asociación para delinquir.

-La Orga.

-Una célula activa de la Orga, en efecto, periodista. Una jodida terrorista esa muchacha. Fue identificado, otrosí, un hombre que visitó a la pareja por lo menos dos veces en estos últimos quince o veinte días. A plena luz del día y con el más absoluto desparpajo. ¿Adivina usted quién, periodista?

-Alcorza.

-En efecto, periodista. Si no me cree, cuando salga, puede pasar por Inteligencia y Enlace y hablar con su jodido amigo Fillol. Él le confirmará todos estos datos. De hecho fue él quien me los pasó. ¿Qué dice ahora? ¿Va a mantener su jodida palabra?

-¿Qué remedio, inspector?

Sólo entonces el Coso del Perramus sacó sus cigarrillos y encendió uno, no sin antes ofrecer la cajetilla a Verraszto, que sacudió la cabeza.

-Gracias. No fumo.

-Pues bien, inspector. ¿Qué quería usted saber?

-¿Dónde ha escondido a Josefina Lalandra?

-Josefina está en Buenos Aires, inspector. Dónde no lo sé. Averígüelo usted. Tiene parientes allí, según me dio ella a entender.

-Mitad verdad, mitad mentira, periodista. En fin, no esperaba más de usted. Igual lo averiguaré –Corróchano exhibió una negruzca y podrida sonrisa de tiburón-. Y cuando lo averigüe la haré traer. Y cuando la traiga, jodido periodista…

Corróchano elevó varias octavas el vozarrón.

-Entonces, periodista, cuando esa jodida muchacha esté de vuelta aquí, verá usted con quién se las ha jugado.

El Coso ni se inmutó. Sopló humo, se limpió una mota inexistente de encima de su perramus, sonrió casi con dulzura…

-¿Traerla, inspector? –preguntó-. ¿Cómo? ¿Pedir que la extraditen? No creo que el gobierno de la gran república hermana del Plata se muestre demasiado expedito ni complaciente en detener y extraditar a la única hija de un alto funcionario del gobierno oriental hermano, inspector.

Se calló y floreó una tarjeta del interior de su perramus.

-En cuanto a mí, le diré. ¿Me detiene?

-No todavía, periodista.

-Entonces bien –dijo el Coso, dejando caer la tarjeta sobre la mesa de Corróchano-. Mi abogado es el doctor Marcos Antonio Sierra. Ahí tiene su tarjeta. Hable con él, si hace falta. Buenas noches, inspector. Buenas noches, Cañete.

El Coso le hizo un guiño a un indignado Verraszto y se largó silbando.

-¿Va usted a permitir…?

La indignación ahogaba a Verraszto.

-Déjelo, sargento –dijo Corróchano-. Yo soy solamente un jodido policía bruto y quizá brutal, pero no soy tonto, aunque a veces lo finja. A estos jodidos fulanos que se creen tan jodidamente vivos, lo mejor es darles cuerda. Se ahorcan ellos solitos. Verá usted si no, sargento. Verá usted.

En la calle, con las solapas del perramus subidas, un Singulares colgado del labio y las manos en los bolsillos, andando contra un vientito a ráfagas que soplaba del lado de tierra adentro y que sin duda traería más polvo y no lluvia, Deluc cantaba casi en silencio, sin apenas mover los labios:

Milonguera de melena recortada
Que ahora te exhibes en el Pigalle
¿No recuerdas tu cabeza coronada
Por cabellos relucientes sin igual?
Acordate que tu vieja acariciaba
Con sus manos pequeñitas de mujer
Tu cabeza de muchachita alocada
Que soñaba con grandezas y placer

V) LA SOLEDAD DE JOSEFINA

1.

Por una radio encendida en alguna pieza vecina, se oía cantar al omnipresente Gardel:

Y viendo que la piba no le contesta
Hace cruz con los dedos que después besa
Pensalo bien, le dice, si no, por ésta
Te marcaré la cara de oreja a oreja

Josefina suspiraba, echada boca arriba en la cama estrecha de hotel barato. A la voz de Gardel, por el pozo de aire, la había reemplazado una tosca música de guitarras. Después la horrible voz volvió, contando como siempre cosas odiosas y tristes:

Medianoche y ya la luna
Se piantó del arrabal
Sintética noche triste
De crónica policial
Pues la terrible amenaza
Se cumplió cobarde y cruel
La piba lleva una marca
Por seguidora y por fiel.

Por ser mujer, la muy imbécil, se dijo Josefina. Había llorado en estos días hasta secársele los lagrimales. Ahora sólo le restaba morirse. Lo pensó con una lenta, con una gradual, con una fría y a la par voluptuosa satisfacción.

2.

Era el viernes 2 de abril.

Josefina llevaba tres días apenas en Buenos Aires, pero le parecía como si llevara allí un siglo. Un par de veces se había atrevido a salir a la

calle, cuando oscurecía.

Comía por lo demás en el hotelcito, con doña Dorotea, la otra uruguaya, una mujer cuarentona, flaca, acaso parda o mulata, que parecía muy severa con los dos dientes de oro que enseñaba cuando muequeaba o sonreía, pero que en realidad no lo era. Era agradable y trabajadora, muy cumplida y más bien ceremoniosa, aunque acaso algo parlanchina.

-Tienes que salir, muchacha, pasear, olvidar.

-¿Olvidar qué? –preguntó Josefina, desconfiada.

-Lo que quiera que sea. No son cosas mías, por de contado, y yo no soy quién para hacer preguntas. No son males de amores, de eso me doy cuenta.

-Ojalá lo fueran.

De modo que Josefina había salido, un ratito, no el martes 30, que ni asomó la nariz a la calle, pero sí el miércoles 31, cuando el sol se ponía, y de nuevo salió el jueves 1º. Y también hoy, el viernes 2, había salido a pasear.

Volvió al rato, cuando ya oscurecía.

-Te ha llamado tu mamá, Josefina.

-Ay, no. ¿Y qué ha dicho?

-Que te volverá a llamar. Tranquila, Josefina. ¿Qué tal te ha parecido el paseíto?

-Horrible.

No era verdad.

La primera vez que había salido, Josefina había tenido lo que ella imprecisamente había llamado un déjà vu. La razón habían sido unos arbolitos reunidos, en mitad de una plaza, que le habían hecho pensar (ella no sabía por qué) en los veranos de su infancia en Urdinarán, junto a La Paloma, no lejos de Punta del Este.

Ella con su mamá y su papá y a menudo con la visita de su tía Graciela, que la acompañaba a un bosquecito de pinares que había cerca, donde ella juntaba piñas sobre la pinocha. Tal vez los arbolitos de la plaza le habían recordado el bosquecito. Aunque los de la plaza no eran pinos; eran paraísos. Eran árboles de ciudad, en todo caso, no del campo. Y eran unos tristes arbolitos flacos, desmedrados y sin apenas hojas en las ramas, y no los altos, anchos y severos pinos, cargados de verdor, del bosquecito de Urdinarán.

Josefina, no obstante, había vuelto bastante contenta al hotel. Sentía la agridulce felicidad de los recuerdos de una época ida y terminada. Qué raro, se decía, sentirse así a un tiempo, desgraciada y feliz.

Josefina era harto joven todavía.

Dos días después, al muy poco rato de volver Josefina, la había vuelto a llamar mamá, media hora después de su primera llamada, y ahora Josefina estaba allí para escucharla.

No habían dado todavía las nueve de la noche.

Josefina casi llora de alegría, confusión y alivio al oir la voz de su madre.

-¿Estás bien, cariño? ¿Cómo estás?

-Bien, bien. Oh, bien…

-Nos tienes muy preocupadas, Josefina. Tu tía Graciela está aquí y también te quiere hablar.

-¿Cuándo vienes, mamá?

-Pronto, cariño. Mañana, si puedo. O pasado mañana. No sé. Tú cuídate. ¿Cómo está el tiempo allí?

-Horrible, mamá. Aquí todo es horrible.

-¿Pero qué dices? Si es una ciudad preciosa. ¿Has estado en la calle Florida?

-No, mamá. Creo que la calle Florida queda lejos.

-Deberías ir a verla, Josefina. A pasear. Ir al cine. Hay muchos cines por la calle Florida o por allí. Dice Graciela que hay muchísimos cines en la calle Lavalle, que está al ladito de Florida. Y aquel obelisco, ¿te acuerdas? También está muy cerca de Florida. Está en el cruce de Nueve de Julio y Corrientes. ¿Me oyes, Josefina?

Josefina no oía a su mamá. Sollozaba.

-Vengan a verme, por favor. Supongo que todavía no puedo volver, ¿o sí?

-Tía Graciela te lo explicará.

Madre e hija se despidieron largamente, con besos, lágrimas e infinitos adioses por ambas partes.

Después se puso Graciela Ingold.

-Escúchame, Josefina –dijo-. Deluc me ha asegurado que los problemas van camino de resolverse, pero que a ti no se te ocurra ni mentar lo de las piedras. Ni ahora allí a nadie ni cuando vuelvas aquí. Yo no sé de qué se trata, Josefina. Tú sabrás. Deluc y tú. Yo sólo te transmito lo que él me ha dicho. Quería hablar personalmente contigo pero no ha podido esperar. Tiene su trabajo que hacer. Ha dicho que pronto te llamará también él.

-¿Y cuánd…? –a Josefina se le quebró la voz-. ¿Cuándo piensa él que yo…?

-Pronto, Josefina. Iremos a verte.

3.

Josefina, en un principio, se había pensado (y temido) que doña Dorotea sería otra amiga de Deluc del corte de Rosa Luna. Por suerte al

primer vistazo se había dado cuenta de que no lo era. Doña Dorotea no tenía ya edad para serlo, y además era una señora más bien seria y severa, al menos de aspecto, con esos dientes de oro, y callada y eficaz y laboriosa sin duda. Parlanchina, además.

-Vengo de parte de Deluc –había dicho tímida y dudosamente Josefina cuando llegó con su neceser y su maleta.

-Ah, sí. Te prepararé tu habitación. Pasa allí al saloncito y déjame que suba tu equipaje. Cuando la pieza esté pronta, bajo y te aviso.

-¿Deluc le avisó que yo vendría?

-No, no, ¿para qué? Pero no eres la primera. Pronto tendrás tu pieza lista. Pareces cansada, jovencita. ¿Quieres desayunar primero? Tengo croissants y factura. ¿Te gustan?

-No tengo hambre, señora. Gracias.

En el saloncito, mientras aguardaba a que doña Dorotea le preparara su habitación, Josefina (que a pesar de todo era una chica bastante sagaz e inteligente) trató de hacerse una primera composición de lugar. Estaba en una ciudad desconocida, donde se tendría que quedar no se sabía cuánto (acaso, ¡horror!, para siempre), fugitiva de una acusación nada menos que de asesinato. Vistas así, las cosas no podían estar peor. Vistas las cosas de otra forma, no obstante, no estaban tan mal. Ella no había matado a nadie; eso para empezar. Había estado mezclada, como una idiota, por el mero placer ni siquiera de la aventura, por el mero placer de fastidiar y hacer daño, en un negocio turbio y delictivo del que apenas si sabía nada.

Aquello no era tan grave. Grave era lo otro, que ni Deluc ni nadie sabía, sólo su amiga Helena.

Y por lo demás, siempre estaba Deluc, que ya la había ayudado y que la ayudaría.

Siempre ay mi Dios, se dijo Josefina, que Deluc no se enterara de lo otro. ¿Y cómo se iba a enterar?, se preguntó a posteriori, procurando relajarse.

No obstante, y por el momento, se preguntaba Josefina, ¿Qué hacer? ¿Morirme?

Josefina era consciente de que pensaba demasiado en la muerte, últimamente.

Y le gustaba pensar así.

En su habitación, pobre y cursi, con un bañito privado diminuto (apenas si una ducha, una pileta y el inodoro, sin ni siquiera el imprescindible bidet), sobre una muy usada cama turca que chirriaba y gemía, mirando las telarañas en los rincones entre las paredes y el techo, mientras el sol avanzaba de la mitad oriental del cielo hacia la occidental, con una pausa nada más para almorzar (doña Dorotea había subido a avisarle, llamando a la puerta, cuando Josefina ya había empezado a sentir hambre), después de dormirse por la tarde sin darse cuenta y despertarse cuando la noche se hacía, la joven fugitiva montevideana se decía que no debía haber nadie más tonto y ciego que ella en el universo mundo.

Por el hueco del pozo de aire un cantor que no era Gardel (Josefina conocía la voz mareadora y acariciante del remaldito Gardel) se derramaba, suave y casi como si hablara, en vez de cantar, en otro lúgubre y viscoso tango:

San Juan y Boedo Antiguo
Y todo el cielo
Pompeya y más allá
La inundación
Tu melena de novia en el recuerdo

Y tu nombre flotando en el adiós
La esquina del herrero
Barro y pampa
Tu casa, tu vereda y el zanjón
Y un perfume de yuyos y de alfalfa
Que me llena de nuevo el corazón

¿Por qué lo hice?, se preguntaba Josefina. No por el dinero, tampoco por la aventura, el riesgo, la emoción; nada de eso. ¿Por fastidiar tan sólo a su padre? ¿Acaso por convicción? Pensar en aquello casi la hizo reír a carcajadas.

Estoy un poco histérica, reconoció para sí.

¿Por qué, por lo demás, le había hecho Aquilino a ella aquella oferta?

'Podemos ganar los dos bastante dinero, Josefina. Y tú, concretamente, podrás fastidiar bien de bien a tu viejo. ¿No te gustaría? Lo más que arriesgamos es que tu viejo se entere'.

'Pero si me voy de casa, si tú me encuentras un apartamento, ¿no te das cuenta? Pensarán…'

'¿Y qué, Josefina? ¿Te molesta?'

'No mientras no me toques…'

'No tengo ni la menor intención de hacerlo, Josefina. Acaso me resultarías atractiva, como sin duda lo eres, si no te conociera desde niña. Además a mí, te diré, las mujeres…'

'¿No te atraen?'

'Me atrae más el dinero'.

'¿Y Juan Andrés?'

'¿Te preocupas por ese imbécil?'

'No me gustaría que sufriera'.

‘Allá tú, Josefina. Piénsatelo. Todo lo que tienes que hacer es recoger un paquetito y después entregármelo’.

‘¿Qué hay en el paquetito?’

Josefina lo había preguntado con aire de plena inocencia, como si no lo supiera, cuando en realidad lo sabía muy bien.

‘Cuando aceptes, si lo haces, lo sabrás’.

Aquella voz dulzona, que más que cantar hablaba (como si le hablara a ella al oído) seguía con su tango:

Sur… Paredón y después
Sur...Una luz de almacén
Ya nunca me verás como me vieras
Recostado en la vidriera
Esperandoté
Ya nunca alumbraré con las estrellas
Nuestras marchas sin querella
Por las noches de Pompeya
Tus tardes y tus lunas
Suburbanas
Y tu amor
Y tu ventana
Todo ha muerto
Ya lo sé.

Josefina se había acostumbrado, aunque de hecho al principio se había forzado, a salir a la calle por lo menos una vez al día. Caminaba hasta la placita de los paraísos (Plaza Cayetano Lanús, se llamaba), que no tenía ningún atractivo al margen (para ella) de aquellos arbolitos, que muy pronto no obstante le dejaron de interesar.

Por eso ya el viernes 1º de abril (es decir en la víspera de que la llamara su madre) Josefina se atrevió a alejarse bastante más, y un poco más al día siguiente (cuando al final mamá la llamó). Y de esta forma al llegar el sábado 3, pasada ya casi una semana del shock que había significado para ella encontrar a Aquilino Pérez Moles muerto en su jardín, Josefina hizo acopio de coraje, le preguntó cómo hacer a doña Dorotea y se subió a un ómnibus (a los que en Buenos Aires llamaban estúpidamente colectivos) que la llevó, por estrechas y retorcidas callecitas, así como también por alguna larga avenida, entre bocinas y frenazos, a sacudones (en aquella inmensa urbe atorada de vehículos, humaredas y decibelios), a las cercanías de la famosa y mentadísima calle Florida.

Florida era una calle peatonal, en la que Josefina se sintió a gusto de inmediato, aunque algo acobardada, perdida como lo estaba entre mares de gente. Observó que los jóvenes porteños que transitaban por aquella rúa estaban muy bien vestidos y muchos eran elegantes; inclusive algunos eran hasta bien parecidos. Las jóvenes, por su lado, se vestían aún mejor que ellos. De modo que ella, Josefina, como provinciana montevideana que indudablemente era (y que horriblemente y decididamente se sabía) se sintió oscuramente acomplejada por sus ropas más bien vulgares y por su andar más bien furtivo, contra el airoso caminar y contonearse de las señoritas bonaerenses.

De todos modos Josefina se sentía bien, la mar de bien, tan a gusto, tranquila, caminando a pasos lentos, largos, sin pensar del todo en ella misma.

Después de deambular a lo largo de una media hora por la calle Florida, Josefina sintió sed y una pizca de hambre y se metió en un café donde exhibían fuentes de pequeños bocadillos (bajo redondas campanas de

cristal) sobre un largo mostrador. Había hombres y mujeres de pie, todos apretujados, a lo largo de todo aquel largo y bullente mostrador.

Josefina tuvo que esperar a que se hiciera un hueco para poder meterse ella.

En la pared, detrás del mostrador, había carteles que proclamaban:

CAFÉTERÍA Y BOCADILLERIA
KARAVELLE
ÚNICA EN EL MUNDO
BOCADILLOS DE 67 CLASES
147 VARIEDADES DE CAFÉ

Josefina se decía, casi boquiabierta, cuándo y cómo podría existir un local como aquél en Montevideo. Nada menos que 147 variedades y 67 clases. La boca literalmente se le hacía ya agua a Josefina, que sentía débiles crujidos en la boca inferior del estómago, cuando por fin consiguió meterse en un hueco, tímidamente pero usando los dos codos, junto al mostrador.

El camarero tardó un par de minutos en atenderla. Pasó su toalla húmeda de dos golpetazos al mostrador frente a ella, limpió éste de migas y pegotes con un hábil movimiento en círculo de la toalla y preguntó:

-¿Miss?

-Eh…Un café con leche y dos bocadillos de allí

Josefina señaló a la campana de cristal más cercana.

-¿De los de paté de fois gras? ¿Con manteca de maní o sin?

-Con, por favor.

-¿Y rodajas de tomate?

-También.

-¿Y la tirita de cecina?

-Pues…

¿Qué será cecina?, se preguntaba Josefina.

-Pues también –se decidió.

-¿Y el café como ha dicho, Miss?

-Con leche.

-¿Au lait sencillo, doble o triple? ¿Capuchino, de moka y jarabe, tipo printemps, con canela, nuez moscada, jugo de jengibre? ¿Triple Equis, Vermiliea, Montaña Azul, quizá?

-El…eh…sencillo, creo.

-Usted no es de aquí, Miss. ¿A que no?

-Soy uruguaya.

-Ah, es claro. Montevideo. Lindo pueblito. Estuve una vez. ¿Me deja q ue le dé un consejo, Miss?

El camarero parecía decidido a darlo, lo quisiera Josefina o no. De modo que se acercó a ella, inclinándose por encima del mostrador, y bajando la voz. Era bastante joven, con la nariz abultada y el pelo brillante. Olía a jabón, a cigarrillos y también, aunque levemente, a sudor.

-Un consejo –dijo algo aturdida Josefina-. Sí, por supuesto. ¿Qué mejor?

-Entonces escuche, Miss. Le pondré unos bocadillos de jamón y queso. Son los mejores. Son los únicos, por lo demás, de cuyo contenido se puede uno fiar. Jamón tucumano y queso provolone derretido. ¿Qué le parece? Y el au lait se lo serviré doble, o mejor triple, en vaso alto y con crema. Le gustará, Miss. Verá que sí.

Josefina, después de comerse sus bocadillos y vaciar su vaso alto de café au lait, salió casi cantando del Karavelle. De saberme uno hasta me cantaría un tango, se dijo. Como Deluc.

Lindo pueblito, se acordaba. ¿Lo habría dicho en serio el camarero? ¿Y por qué no? Montevideo, al lado de este monstruo de

cristales, acero y cemento, no era más que un pueblón. Los argentinos, por lo demás (y en concreto los bonaerenses) tenían fama, en Montevideo por lo menos (y razón sin duda tenían para ello), de compadres, de vanidosos, de caraduras, de prepotentes, de ruidosos, de sobradores, de agrandados, de lo que fuera; de fanfinfleros, como decía su padre, fuera lo que fuera que significara aquella palabra.

-Los porteños son todos unos fanfinfleros –decía su padre, cada vez sin faltar una en que se refería a ellos.

Es claro que su padre les tenía envidia a los argentinos, porque eran más ricos y poderosos que los uruguayos. El secretario técnico del Ministerio del Interior argentino era mucho más importante sin duda que papá, y el Ministro del Interior argentino mucho más importante que el Ministro del Interior uruguayo, y el presidente argentino mucho más…

Basta, Josefina, se dijo la muchacha. No divagues.

Josefina había comprado un helado de cucurucho de tres sabores (frutilla, limón y guindas, con bonete de chocolate y almíbar) en un carrito de heladero estacionado en una esquina. Era un carrito a pedales con asiento, en el que iba sentado el heladero. Era una especie de bicicleta o de triciclo, con dos ruedas detrás y una adelante, que sostenía el recipiente de los helados, y en lo alto tenía una campana que el heladero hacía sonar.

-De doble y de triple gusto –voceaba-. Los helados. Hay de crema y chocolate, hay de frutilla, limón y guindas.

Las guindas, a Josefina, le hicieron recordar el guindado de Rosa Luna. Por eso se acercó al heladero y pidió:

-Uno triple de guindas, por favor.

-¿De Montevideo, señorita?

Todos se dan cuenta a la primera de cambios, se dijo Josefina. Asintió.

-De aquel pueblito –dijo.

-No hable así de su ciudad, señorita –le contestó el heladero, con tono de reconvención-. Montevideo posee el único cerro que existe en ambas bandas del Plata. ¿Lo sabía?

-Supongo que sí. No me parece que sea, de todos modos, para sentirse orgullosa.

-¿Cómo que no, señorita? ¿Cómo que no? Le diré –el hombre ya le entregaba a Josefina su cucurucho-. Le pondremos un bonete de chocolate y almíbar, ¿qué le parece?

-Bueno…

-Gentileza de la casa, señorita

El hombre se ocupó de coronar el cucurucho con una jalea espesa y oscura, que chorreaba de un jarrito de cristal que él había sacado de las entrañas del recipiente de helados.

-Le diré, como le decía, señorita, que si el cerro estuviese en este lado del Plata, estos porteños lo hubiesen, no sé… Lo hubiesen decorado con cintas doradas, y le hubieran puesto en el morro un Cristo como el que hay en Río de Janeiro, sólo que dos o tres veces más grande, de ser ello posible. Para no sentirse orgullosa, señorita, de su cerro, ¡por favor! Yo me sentiría orgulloso.

-Usted tampoco es de aquí –adivinó Josefina (no era difícil).

-Soy de Corrientes, y a mucha honra, señorita. Los correntinos y los uruguayos, u orientales, como les decimos en mi tierra, tenemos mucho de común, señorita. ¿Lee usted historia?

-La verdad es que no.

-La historia patria, señorita. La historia patria nos une, a los orientales y los correntinos. ¿Sabe usted quién era Artigas?

-Sí, es claro. El Jefe de los Orientales, ¿no?

-Y el Protector de los Pueblos Libres, señorita. Uno de aquellos pueblos libres era el de Corrientes. ¿Libres de qué, se preguntará usted? ¿Libres por qué? ¿Libres contra qué?, diría yo. Libres contra Buenos Aires, señorita.

-Muchas gracias.

Josefina pagó y se despidió, pensando…

En una esquina, después de dos manzanas, Josefina (con su helado de cucurucho en la mano todavía), vió que un cantor mendigo, con una mano extendida, maltrataba un tango:

Bajo el ala del sombrero
Cuantas veces embozada
Una lágrima asomada
Yo no pude contener…

Josefina le dejó caer al hombre unas monedas en la cóncava mano extendida y se alejó. Pensaba todavía.

Josefina no había vuelto a hablar con su madre. Mamá no la había vuelto a llamar. Ni tía Graciela ni Deluc.

A pesar de aquello y de todo lo demás (la ciudad hostil alrededor, el aburrimiento, las horas vacías, la tristeza, los tangos por la ventana, noches de insomnios y tardes soñolientas), Josefina día a día se sentía cada vez más tranquila y relajada. ¿Más resignada? Ella quería creer que no.

Al otro día, el domingo 4 de abril, por la mañana, mientras desayunaban, Josefina se enteró, por doña Dorotea, de que habían puesto varias bombas en Montevideo y que había habido un gran apagón. También de que habían asaltado el Canal Seis de televisión, afortunadamente sin víctimas.

-Fueron esos tupamaros que tenemos allá –le informó doña Dorotea-. Yo por suerte llevo años de este lado del charco. Casi me siento argentina, te diré.

Había algo en el acento de doña Dorotea que preocupó y casi alarmó a Josefina.

-Eso no es todo, ¿verdad que no?

-Los diarios no han podido salir hoy, en Montevideo, por causa del apagón.

Doña Dorotea revolvía su café con leche, interminablemente, y miraba a un mustio pajarito amarillento, que piaba quedo en su jaulita del rincón.

-Pobre Lucio Ve Mansilla –dijo doña Dorotea-. Ya está viejo y medio desplumado. Creo que hay que cambiarle el agüita y ponerle más alpiste.

-¿Y? –preguntó Josefina, muy pálida-. ¿Qué dicen de mí?

-Te llamas Josefina Lalandra, ¿verdad?

Josefina lo había sabido; había acertado. Ahora se sentía mareada.

-¿Qué dicen?

-Han hablado de ti en la radio. Que te buscan para interrogarte. Es lo que han dicho.

-¿A…a mí? ¿P…por qu…qué?

-No dijeron por qué.

Josefina se había quedado paralizada, con la boca entreabierta. Tardó varios minutos en cerrarla. El plato con la taza no se le cayó de la mano milagrosamente.

Se sentía vacía, diminuta, febril.

-Oh, mi Dios.

Un rato después, sobre las once a. m., la llamó (por vez primera, desde que ella estaba en Buenos Aires) Deluc.

TERCERA PARTE

I) EL CAFÉ DEL TURCO ASUERO

1.

Deluc estuvo muy activo, después de su destemplada reunión con Corróchano en la Jefatura. Al otro día, el 1º de abril (su día semanal libre, fecha en la que no solía realizar actividad ninguna), a Deluc lo vieron en la Escollera Sur, en compañía del Sueco Olaf, uno de los jefes del Bajo Mundo de la ciudad.

Era por la tarde.

Las olas grises golpeaban sin ruido contra el largo flanco de la escollera.

Las gaviotas volaban en círculos.

Un paquebote lejano, de los antiguos, movido a máquina de carbón (de los que hacían, seguramente, el trayecto llamado del Brasil, llevando ovejas vivas y cueros de vacas muertas a Porto Alegre, Santos y Sâo Paulo y la bahía de Guanabara, además de algunos cuantos pasajeros), lanzaba una columna de humo contra un cielo amarillento, surcado por nubes sin bulto, planas y desflecadas.

Con las manos metidas en los bolsillos, Olaf le daba cortas y rápidas chupadas a su pipa.

-Pérez Moles, sí –dijo-. Yo le estuve pagando a lo largo de varios años, cuando estaba al frente de Costumbres. Desde que trasladaron a Moles a la Brigada Móvil le pago a Recoder, al que designaron en su lugar.

Moles tenía que tener un muy buen apaño montado con la Móvil, para aceptar el traslado.

-Si es que no lo buscó él.

-Todo puede ser, Deluc, pero Moles en Costumbres sacaba mucho. Nos sacaba su coima a todos aquí en Los Docks, y sé que sacaba también coimas de otros varios sitios. Para mí, te diré, fue un alivio que lo quitaran y pusieran a Recoder en su lugar. Recoder, no sé si lo conoces…

-No.

-Pues es un tipo sensato, dentro de lo que cabe en un policía, con el que uno se puede entender sin excesivos problemas. Moles, por lo contrario, era demasiado angurriento, y además le gustaban exageradamente los malos modales, las exigencias súbitas, las brusquedades, las amenazas… Y las mujeres, que suelen ser una buena cuotaparte de estas componendas, le interesaban poco, por no decir nada.

-¿Maricón?

-No, no. Indiferente. Si hubiera sido maricón…

-Lo hubieras tenido en el bote.

-No lo era, por desgracia.

Olaf se calló.

Era un hombre grande y alto, de amplias espaldas, muy rubio, que no podía ser sino escandinavo, aunque en realidad sólo su padre lo era, ya que su madre había nacido en Italia.

Olaf llevaba una gorra de marinero echada hacia atrás y vestía una chaqueta azul con un ancla dorada cosida en una manga y botonadura blanca, así en el pecho como en los brazos. Calzaba unas botas de cuero negro de media caña, con los pantalones remetidos por adentro. Sus ojos muy claros, como procedentes del agua de un fiordo, reflejaban como espejos a las transitorias nubes, al eterno oleaje, a las distancias.

Olaf Laärdval (que tal era su apellido) tenía cincuenta y dos años y había vivido mucho. Había vivido más, de hecho, que la gran mayoría de los hombres de su edad (o de cualquier otra).

Tantas vivencias de toda clase (con hembras de mala vida y entre asesinos fríos y despiadados; en tratos con gente dispuesta a todo, desesperada, procedente de todos los rincones del planeta; en luchas de poder con pistoleros armados; en las camas de mujeres costosas y cínicas; en partida de dados o al monte descubierto que podían terminar de forma trágica en el momento menos pensado; en las arriesgadas noches de contrabando en los muelles; en las afiladas sombras de las nocturnas callejuelas, donde en cada esquina podía esperar un puñal; en las pesadillas y los malos sueños; en la guerra y el amor…) le habían dejado al Sueco Olaf un poso gris y pétreo en el fondo del alma, que él prefería no remover.

Estaba inquieto.

-Esto que te voy a decir, Deluc, como dicen en el Servicio Secreto ingles, is for your eyes only. ¿Queda claro? For your ears only, mejor dicho.

Olaf era un jefe del submundo de los bajos fondos bastante leído y mucho menos cínico (al menos con Deluc) que la gran mayoría. Repitió:

-¿Está claro, Deluc?

-Clarísimo.

-Lo más grave de todo, con Moles, no eran ni su arrogancia ni sus exigencias, sino que estaba demasiado vinculado a Bardasanián y su gente, y tú sabes lo mucho que hemos tenido que bregar, aquí, en Los Docks, para que esos malditos armenios no metieran la cuchara en nuestro pastel.

-¿Quién crees tú que pudo matar a Bardasanián?

-No me extrañaría que lo haya hecho matar Moles –dijo Olaf, con aire pensativo-. Lo he pensado.

-¿Por qué?

-Sé que se traían juntos no sé qué negocio con joyas robadas. Y se dice que se pelearon a raiz de eso.

-¿Por qué?

-Hay un tal Armagedián. Otro armenio. Turcos, como les dicen, para desesperación y rabia de nuestro mutuo amigo Asuero.

Algo reticente, aunque sólo fugazmente, Olaf soltó una risita áspera y súbita, que le hizo ondular los labios alrededor de la pipa. Su costado latino (italiano) lo llevó a subrayar con amplios ademanes lo que quería señalar a continuación.

-Parece que últimamente –dijo; hablaba con un timbre monótono, casi opaco, y preciso- Moles había cambiado de alianzas, dentro de la red de los armenios, que no son una piña, como se suele pensar. No lo son ni mucho menos. Este Armagedián es ambicioso y, al parecer, frío, calculador, despiadado. Todo un jefe en potencia, en resumidas cuentas. Parece que hubo algo más que sus más y sus menos entre Bardasanián y Moles, por causa de Armagedián.

“El negocio de las joyas, al parecer, era muy gordo. Y Armagedián, probablemente, haya reemplazado a Bardasanián, una vez muerto éste. ¿Lo hizo matar él? ¿Lo mandó matar Moles? Chi lo sa, Deluc. A mí, que lo encontraran acribillado dentro de su vehículo, en un descampado de Yerbabuena, me trajo a la memoria la muerte de Chiquitín Alzúa, hace ocho o diez años, en Buenos Aires. Y a Chiquitín no es ya ningún secreto que lo hicieron matar los capangas del sindicato de Luz y Fuerza. Patoteros peronistas, Deluc. Y que quien lo ejecutó fue sin duda Helmut Diederich, al que llaman Zyklon Be.

-¿Quién es?

-¿No te dice nada el apodo?

-¿Un nazi?

-Un ex nazi, en efecto. Según dicen marcaba tarjeta en Büchenwald o en Auschwitz o en algún otro alegre kindergarten por el estilo. Se vino al Río de la Plata a través de la llamada Ruta de las Ratas que montó el Vaticano. Lo protegieron los Perón, en su día, y les debía favores. No me extrañaría…

-¿Qué haya matado él a Bardasanián? Le metieron no sé cuántos tiros, Olaf. Más de veinte, en todo caso. Parece un trabajo de los propios armenios. No de un metódico asesino profesional alemán.

-Hay mucha guita en movimiento, Deluc, en ese enjuague de las joyas –dijo lentamente el Sueco Olaf.

Y añadió, tras un corto silencio a lo largo del cual su pipa humeó varias veces.

-Si no fue Diederich en persona quien mató a Bardasanián pudo ser un discípulo suyo. Los hay en todos los campos. Porque al fin y al cabo el de asesino profesional es un oficio como otro cualquiera, con métodos, ayudantes y diferentes escuelas. Y veinte balas es el estilo de Diederich, por muy alemán cuadriculado que pueda ser, Deluc. A Chiquitín le metieron medio centenar de plomos, como poco. Era menudo, ¿sabes? Pesaba el doble de muerto que de vivo.

El Sueco sonrió y le dio dos suaves palmetazos a Deluc en la espalda.

Deluc se había quedado pensativo

-Mucha guita en movimiento, has dicho. Es curioso, ¿no?

-¿Por qué?

-Porque aquí en Montevideo la joyería es más bien poca cosa, Olaf.

-Según. Hay orfebres muy buenos en esta ciudad, Deluc. Judíos sobre todo. Centroeuropeos en su totalidad. Te puedo mencionar de carrerilla veinte nombres, Deluc. Trabajan en gran medida para extranjeros. Existe una fluida entrada de piedras preciosas y de oro en el país, en su mayor

parte de contrabando. Y no todo lo que entra vuelve a salir, ni mucho menos.

Las olas, largas y blandas, rebotaban contra el cemento y la piedra de la escollera, y las gaviotas seguían volando y graznando contra el cielo. El viejo y pesado barco de carbón se perdía ya en el horizonte.

Después de quedarse callado y pensativo por unos instantes, Olaf asió bruscamente a Deluc por un brazo. Lo miraba muy serio

-Además –dijo-, aquí mucha gente, gente rica, tanto uruguayos como extranjeros; gente en todos los casos que posee muchas joyas muy valiosas; gente que, antes que gastarse un dinero innecesario en cajas de seguridad bancarias, que por lo demás no son todo lo seguras que esa gente quisiera, prefiere empeñar sus joyas en el Monte Pío, que encima les paga un dinero. Con ese dinero, a su vez, alquilan las cajas de seguridad del mismo Monte Pío, que sí que eran del todo seguras, o lo parecieron a lo largo de muchos años, para guardar joyas no declaradas. En otros muchos casos, la gente, sobre todo la gente adinerada, empeña sus joyas por cantidades a veces simbólicas, lo que hace que su tasación se fije por debajo, a veces muy por debajo, del valor real de cada pieza, para de esta forma poder desempeñarlas siempre que se les ocurra, Deluc.

-En ocasión de una fiesta, digamos, o de una orgía. En pelotas las señoras, por favor, pero enjoyadas. No entiendo por dónde vas, Olaf. Creo que me he perdido.

-Ya entenderás.

Olaf fumó su pipa en silencio por un par de minutos y Deluc pacientemente esperó. Al Sueco Olaf Laärdval –y eso lo sabía sin duda muy bien Deluc- no había que meterle nunca prisas.

-Te acordarás, sin duda –prosiguió el Sueco-, de aquel gran robo de fin de semana que perpetraron los Muchachos de la Orga en el Monte Pío.

Se llevaron no se sabe cuánto, no sólo en joyas empeñadas, porque también desvalijaron todas y cada una de las cajas de seguridad.

-¿Y qué?

-Son cosas que he oído, Deluc. Aquí en la Ciudad Vieja, entre el hampa, como nos llama la gente llamada decente, se oye de todo, y si bien el noventa por ciento son inventos, fantasías, mentiras, calumnias, sueños de borrachos y qué se yo qué, hay ocasiones en que afloran verdades, Deluc. De Pérez Moles y de las joyas se ha hablado mucho, y cabe muy bien que una buena parte sea verdad. Se rumorea que Riolfo, Muley, Baltanás, Rapagón Musimesi, los mellizos Sinigaglia y el Escocés McDoohan, que en realidad es hijo de un irlandés, así como varios otros, parece que estaban mezclados.

"Y guay, Deluc: y la Orga.

-No me fastidies, Olaf. ¿La Orga con el comisario de la Brigada Móvil? Son como el agua y el aceite, che.

-Eso es lo que se oye, Deluc. Tú me preguntas; yo te digo lo que sé. Habla con Asuero, Deluc. Él acaso sepa más que yo.

-El Turco juega con las cartas demasiado apretadas contra el pecho para mi gusto, Olaf.

-Tú sabrás sonsacarlo, Deluc. Eres un mago en eso. Si tú no puedes, ¿quién podrá? Yo no, en todo caso.

-En fin, Olaf. Iré a verlo.

-¿Al Turcatis? Mándale un abrazo.

-Y mándale tú mil besos míos a Seeonee y a tu otra hija.

-Karen.

-Karen, sí –Deluc meditó un instante y después preguntó-. ¿Por qué Karen, Olaf? Es algo que siempre he querido saber. Sé que a Seeonee le pusiste ese nombre por Kipling.

-Las colinas de Seeonee, en efecto. Por donde se pasea Mowgli la Rana, con sus hermanos lobos y con Bagheera la Pantera y Kaa la Pitón. Y aquel oso medio estúpido.

-Baloo, ¿no?

-Baloo, ecco. Leí el libro por vez primera a los doce o trece años, más o menos, y por última vez creo que antes de ayer. Le hubiera puesto Rikki Tikki Tavi a mi hija, por aquella simpática mangosta, de no prohibírmelo mi mujer.

-¿A Karen la bautizaste Karen por la Blixen?

-Leo mucho, Deluc, como tú sabes. Leo quizá más de lo conveniente, al menos en lo que concierne a mi profesión. Y Kipling y Karen Blixen, o Isak Dinesen, como se hacía llamar, son dos de mis grandes debilidades. Y Kafka, claro está. Si un día tengo un hijo, cosa que dudo, lo llamaré Franz.

Olaf tenía una expresión algo tristona, raro en él.

-Me hago viejo, Deluc –dijo-. Día llegará, por lo tanto, en que me tendré que retirar de toda esta porquería. Entonces, Deluc, sólo me quedará leer. ¿Y sabes tú qué haré cuando llegue ese día? Me compraré el mejor diccionario de francés-español que exista en el mercado, así como las obras completas de Marcel Proust, en el original francés. Espero morirme leyéndolo.

-¿También Proust es una de tus debilidades, Olaf?

-No lo sé, Deluc. Aún no lo he leído. Tampoco entiendo ni papa de francés.

-El francés es fácil. Te bastará un diccionario cualquiera. No tiene por qué ser el mejor.

El Sueco Olaf soltó una brusca carcajada.

Deluc le dio al Sueco un ligero abrazo (le llegaba a la solapa) y se fue.

Olaf pensó, al mirarlo alejarse, que aquel franchute atorrante se sabía hacer querer. Tenía una forma suave y cordial, atenta, de tratar a la gente. Seonee (de doce años) lo adoraba, literalmente. Deluc hubiera sido (se dijo Olaf, ya de vuelta hacia su casa) un estupendo confesor. También sin duda un eficaz torturador.

2.

Por el día, el Turco Asuero estaba en su café; por las noches en su cabaret. Entonces eran las cinco de la tarde, más o menos, de modo que Deluc puso rumbo al café. Canturreaba al andar, según su costumbre, y aunque nadie hubiera podido decir que lo pronunciaba, ya que de hecho sólo lo tarareaba, lo que salía de entre sus labios (¿cuándo no?) era un tango:

Milonguerita linda, papusa y breva
Con ojos picarescos de peppermint
De parla afranchutada, pinta maleva
Y boca pecadora color vermis
Engrupen tus alhajas en la milonga
Con regio faroleo brillanteñil
Y al bailar esos tangos de meta y ponga
Volvés otario al vivo y al rana gil
Ché papusa, oí
Como surgen de este tango
Los pasajes de tu ayer
Si entre el lujo del ambiente
Hoy te arrastra la corriente
Mañana te quiero ver…

El café del Turco Asuero se llamaba (¿cómo se iba a llamar si no?) el Gran Café de Estambul. Quedaba en diagonal del otro Gran Café de la Ciudad Vieja, el del Jockey, en sendas esquinas del cruce de las calles Andresito Artigas y Bartolito Mitre y Vedia. El Estambul (al revés que su elegante vecino) era un café de aire desmantelado, con muchas mesas y dos mostradores esquinados. Tenía unos cuantos ventiladores de aspas en el techo, siempre inmóviles, y en una de sus paredes había un gran fresco de puras figuras cúbicas, sin una sola línea que no fuera recta.

El fresco, de tonos desvaídos, celestes, rosados, amarillos y sepias, mostraba el puerto, guinches y grúas, barcos que entraban o salían, nubes cuadradas y rectangulares; mostraba gente de formas trazadas a plomada y perros geométricos, además de unos caballos, en primer plano, recortados a tiralíneas, que parecían moverse en una dimensión distinta de la del mundo humano. A Deluc (por lo que él mismo había dicho en varias ocasiones) le gustaba muchísimo aquel fresco. Lo había pintado Fernando Díaz, un pintor bohemio, muy delgado, callado y bastante borroso y acaso tísico, heredero como era del gran maestro catalán Torres-García, del que se decía (de Fernando) que se había pasado a la clandestinidad, como miembro de una de las células más activas de la Orga, la que dirigía la feroz y decidida Troya Merchán, alias la Puma.

Lo cierto era que hacía tiempo que a Fernando no se lo veía por ninguna parte.

También era posible que se hubiera muerto.

-¿Asuero?

El hombre bajo y grueso que atendía el más grande de los dos mostradores miró a Deluc con gesto inamistoso. Dentro del café no había

más que unos ancianos que bebían temblorosas infusiones sentados a una mesa cabe a una pared, y una pareja que discutía en voz baja en un rincón.

Un marinero solitario (por último) y muy probablemente algo ebrio (si no decididamente mamado) tiraba metódicamente unos dados, con un cubilete de cuero, en un costado del mostrador chico, una y otra vez y una y otra vez.

Tenía delante un gran bock con cerveza negra.

-¿Quién lo quiere?

-Deluc.

-Ah, es claro. Esa gabardina. Debí suponerlo.

-¿Dónde está?

-Adentro. Haciendo el café.

El hombre señaló, con una especie de espátula de madera, a una cortina, en un rincón tras el mostrador pequeño .

-Empuje la tabla abatible y pase. No creo que a él le importe, si es usted quien dice ser.

Deluc hizo lo que el tipo le había dicho.

Del otro lado de la cortina se encontró con Asuero, al que acompañaban dos mujeres delgadas y bajitas, que parecían ser madre e hija. Las dos tenían pinta agitanada, con crenchas onduladas negras, ojos como puñales, profusas polleronas multicolores, blusones festoneados de puntillas y collares de caracolas. La más joven era muy bonita; la otra tal vez lo hubiera sido también ella, en los tiempos de Solís.

-Deluc, muchacho –dijo Asuero-. Vaya sorpresa.

-¿Cómo está usted, Asuero?

-¿No necesitará usted más dinero, muchacho?

Se advertía cierta cautelosa alarma en los ojos del Turco.

-No, no. No se me asuste, Asuero. No sabía que bebiera usted café.

-Jamás lo bebo. Sólo lo preparo. ¿Sabe usted?

Asuero sacudió en el aire un amplio cucharón que había extraído de una olla humeante que estaba sobre una hornalla a todo fuego de una negra, anticuada e inmensa cocina.

-Hay sólo dos formas civilizadas de preparar el café –ponderó-. La primera consiste en hervir concienzudamente el agua y echarle después el grano. La segunda consiste en echar el grano en el agua ya caliente, pero justo antes del primer hervor, cuando la superficie del agua comienza a temblar. El grano, en ambos métodos, debe ser grueso, por supuesto, picado a la turca. No el grano francés, ni mucho menos el italiano.

Movió en el aire el cucharón, como si fuera una batuta y él dirigiera una silenciosa e invisible orquesta.

Un minuto después, las dos mujeres se marcharon, silentes y sigilosas, por una puerta a un lado. Deluc observó que la más vieja le echaba una mirada tangencial y como furibunda por encima del hombro, antes de desaparecer. Hasta ese momento, ninguna de las dos lo había mirado: como si él no existiera

-Estos italianos –se rio el Turco Asuero-, con su célebre y horrible café espresso.

-Un gran invento, Asuero.

-No macanee, muchacho. Aquí en mi café jamás se bebe café espresso. Es un invento horroroso, y ni siquiera es italiano. Los italianos no han inventado nada desde que se murió Marconi. El café espresso, la dichosa maquinita, que es el quid del asunto, la inventaron los suizos. Es un pueblo muy ingenioso, el suizo. Entre otras cualidades que tiene, son grandes inventores.

-Ya sé. Inventaron el reloj de cuco, como dice Orson Welles. Yo creía que salvo los relojeros, y los fabricantes de chocolate, todos los suizos eran

banqueros.

-Los bancos, sí. Sin los bancos suizos, muchacho, no sé qué sería de la civilización capitalista.

-Acaso el dinero estuviera mejor repartido.

-Sí, sí, sí, el comunismo. Acaso el dinero hubiera desaparecido. ¿No ha pensado usted en eso, muchacho?

-No me parecería tan mal.

-¿Y volver a la edad del trueque, como si fuéramos cavernícolas? Hágame el favor, muchacho.

-¿Qué tipo de café prepara usted, Asuero?

-Los dos tipos. Ahora preparaba el sistema montañés, que es el que consiste en echar el café en el agua antes del primer hervor. El otro sistema es el llamado anatoliano, que sólo tolera que se eche el café en el agua cuando ésta ya ha sufrido una fuerte hervición, si es así que se dice.

-¿Es usted montañés, Asuero?

-¿No le tengo dicho a usted, muchacho, que nací en la mismísima Estambul, que ustedes llamaban Bizancio y Constantinopla, antes que nosotros la conquistáramos?

El Turco se atareó por unos instantes, muy serio, en añadir cucharadas de grano de café a la humeante olla. Lo desparramaba, en medio de un espeso humo ascendente, con una de sus amplias y carnosas manos, sobre la que lo vertía con el cucharón.

En aquel momento, la mayor de las dos mujeres volvió y rompió a hablar en un idioma ininteligible, que Deluc habrá supuesto turco. Asuero le respondió con cierta aspereza, sin mirarla siquiera, y, con un violento revoleo de sus faldas y un resonar abrupto de caracolas (como si hubiera hecho chocar unas castañuelas), la mujer volvió a desaparecer.

-Zontilla es montañesa –dijo Asuero-. Ella sí. Son salvajes, muchacho. ¿Sabe usted de qué se quejaba? De que haya usted entrado aquí y puesto sus ojos infieles en su nieta.

-Vaya por Dios. Lo hice sin querer, Asuero. Su empleado, allí adelante, me dijo que pasara.

-No se preocupe, muchacho. Estos salvajes ya no están en sus montañas. Tienen que aprender a ser civilizados. Si el hijo de Zontilla, que es el padre de la muchacha, anduviera por aquí, le diría a usted que se fuera con ojo. Le podría crecer un puñal entre los omóplatos en el momento menos pensado. Pero el muy infeliz está en la cárcel, donde permanecerá espero yo que una buena punta de años. Mató a un compañero de una puñalada, muchacho; la víctima era un turco también él de las montañas. Los dos trabajaban para mí. Esos montañeses son buenos porteros, vigilantes y guardaespaldas, si uno los sabe controlar. Cuando yo le pregunté a Bulent, el hijo de Zontilla, esto es, el padre de esa hermosa criatura a la que usted ha visto hace poco con sus infieles ojos, muchacho, por qué había matado a su compañero, ¿sabe qué me contestó? 'Tuvimos un sí y un no', me dijo, 'Yo le dí un toquecito y se murió nomás, el desgraciado'. ¿Un toquecito? La puñalada le atravesó al otro el corazón. Espero que Bulent se pudra en la cárcel.

El Turco mostraba una vasta sonrisa. Tenía una grande y reluciente dentadura postiza, de la mejor porcelana china (o acaso suiza).

-No habrá usted venido hasta aquí para oírme disertar sobre las distintas las variedades del café, supongo.

El Turco se repetía un poco con sus comparaciones.

-No. He venido a hablar de Pérez Moles.

-Moles, sí. Bien muerto está ese sinvergüenza.

-¿Usted también le pagaba?

-¿Cómo que también?

-Sé que Olaf lo hacía.

-Olaf, el Polaco Molina, los hermanos Galíndez, Lecuona, todos nosotros. Pero el que más le pagaba era yo. Soy el que cubre más campo, muchacho.

-Lo sé, lo sé muy bien. ¿Qué sabe usted del negocio de las joyas, Asuero?

-No se meta usted en eso, muchacho. Me temo que ya le ha costado la vida a Moles.

-¿Quiere usted decir que lo mataron por eso?

-Ni lo sé ni lo quiero saber, muchacho. Hay otra gente detrás de ese asunto.

-¿La Orga dice usted?

El Turco se sobresaltó.

-Baje la voz, muchacho. Esa gente está por todas partes. Yo no sé nada. No quiero saber nada.

-Volveremos a hablar del asunto, Asuero –dijo Deluc.

-No, no, muchacho. Hay cosas de las que mejor no hablar.

-Por cierto, Asuero. Le manda un abrazo Olaf.

3.

De camino al Palacio Lecumberri, a unas doce manzanas, Deluc parecía sentirse enormemente a gusto consigo mismo. Cantaba a media voz:

Si naciste en un gris conventillo
Si tu viejo era un pardo ladrón
Y tu vieja lavaba letrinas
Decime, pebeta

¿Por qué a vos te llaman Manón?
Yo no sé quién fue el gil de la idea
El otario que te afranchutó
Francesita ¿de dónde, chirusa?
Si es más francesita
Hasta La Cumparsita que vos.

Una muchacha se había asomado a un balcón para escucharlo. Le sopló un beso, que Deluc le devolvió.

II) LOS RAZONAMIENTOS DE LOS DOS BORRACHOS

1.

Aquella noche (su noche libre), Deluc no se apareció por la redacción de El Manantial (hubiera sido sentar un pésimo precedente), pero sí se asomó al Gran Café Neutral.

Eran cerca de las diez.

Cuando vió que Maragall estaba allí, sentado a una mesa, con Bebe Varela, Supicci (uno de los relojeadores de la sección de Turf), Eudald Clot i Lestot (un catalán empleado en el consulado español que tenía veleidades periodísticas y era un gran conocedor de aves, por lo que una vez a la semana rellenaba una columna sobre Ornitología en el periódico) y Nenúfar

Yáñez, la cronista de La Voz del Plata, casi tan atractiva como Nadina Olmedar y no mucho mayor que ésta, Deluc se acercó.

-Benvingut, Gabachote –dijo Eudald Clot i Lestot, al que llamaban Edu-. Estábamos hablando de los estorninos. ¿Te interesan?

-No creo que exista nada en el mundo que me interese menos, Edu –dijo Deluc, con actitud algo sorprendida.

-Pues en tu honor cambiaremos de tema, Gabachote.

Sólo aquel catalán llamaba a Deluc así. Una vez le había explicado que Gavach era un punto de los Bajos Pirineos que quedaba entre la Cataluña española y la Cataluña francesa, y que de allí les venía el nombre de gabachos a los franceses; concretamente desde que invadieron la Península Ibérica en 1808, enviados por Napoleón. Antes, eran los franceses los que llamaban así a los españoles (les gavaches), de resultas de las infinitas invasiones de éstos a Francia a lo largo de los siglos XVI y XVII.

-Gavach era el sitio clave para pasar de un país al otro –había dicho Edu Clot-. Ora de sur a norte ora de norte a sur.

-¿Ya no?

-Con los vehículos a motor, Gabachote, todo aquello se ha terminado. Hoy día hay peajes, puentes, aduanas, carreteras asfaltadas… El mundo se ha vuelto un asco.

Edu Clot sonreía, con una especie de atávica resignación.

-Pues hablemos entonces de Eglaneko –dijo Bebe Varela, cuando Deluc ya había tomado asiento al lado de Nenúfar Yáñez-. El domingo se corre el clásico Millán Herrera, 1500 metros, y cabe que llueva. El favorito, como es lógico, es Prince Edward, que era el mejor caballo de su generación cuando tenía tres años. Hoy, con seis, ya no es lo que fue en su día, ni mucho menos, pero entre tantos maturrangos como padecemos en

nuestro turf, el animal sigue destacando. Ahora bien, si llueve, Prince Edward no tiene nada que hacer. Es un caballo de ésos sólo para pistas secas. Y los meteorólogos pronostican lluvias abundantes para el fin de semana. En ese caso Eglaneko, hijo como es de Rigoletto y Eglantina, buenos barreros los dos, y que además lleva poco peso, cinco kilos menos que Prince Edward, tiene una chance. Una buena chance, Francés. ¿Te sumas?

-¿A qué?

-Estamos haciendo un pozo para unos cuantos boletos y un par de redoblonas este domingo. Supicci y yo nos encargamos de todo. ¿Cien mangos?

-Si no llevas encima yo te presto, Gabachote –se ofreció de inmediato Edu Clot.

-No es necesario, Edu, gracias –dijo Deluc-. Aunque yo apostaría mejor por Misión Bells, Bebe, la yegua, antes que por Eglaneko.

-Este Franchute se las sabe todas, se las sabe –dijo a media voz Supicci.

-Pero tú entiendes más que yo de carreras, Bebe. O sea que okay. Ahí van los cien.

Deluc sacó de un bolsillo interior de la chaqueta la billetera, y de ésta extrajo dos billetes de cincuenta y los dejó sobre la mesa.

-Aquí están.

Deluc llevaba el perramus abierto. Sacó también los Singulares (le quedaban dos apenas) y los puso en la mesa. Y el falso Zippo. Miraba a su lado a Nenúfar Yáñez y le sonreía.

Nenúfar le sonreía a él también.

La zarpa ávida de Supicci ya había recogido los dos billetes, que desaparecieron ipso facto en el interior del chaleco del relojeador. Era un

chaleco de fantasía, amarillo con ribetes de color ciclamen. Un pañuelo de este mismo color adornaba el bolsillo de la solapa de una chaqueta a cuadros. Supicci era un sujeto cuarentón, de cara alargada y gruesas patillas del año del ñapa, que se vestía, mal que peor, como en los años veinte (que de hecho para muchos se disfrazaba), con golilla, alfiler de corbata sobre un amplio y desparramado trapo carmesí, bordó o punzó, más aquella chaqueta a cuadros, gemelos de color azul Prusia, pantalón de bombilla, presillas en las perneras y en la percha un sombrero gacho de ala fina, con una plumecita en un costado. Y a veces se ponía unas polainas marrones y blancas de abrochar encima de unos zapatos puntiagudos. Maragall decía de él que era una caricatura de sí mismo.

El mesero ya se había acercado, obediente a una llamada de Maragall con el brazo.

-¿Lo de siempre, Deluc?

-Y Singulares, Gabriel.

-Rafael.

-Perdona.

El mesero Rafael, muy sonriente, tomó diligente nota de otros varios pedidos y se alejó.

-Este mesero –dijo Nenúfar Yáñez, cuando Rafael se hubo alejado- sonríe siempre. Es la mar de simpático.

-Como no podía ser menos –dijo Deluc-, siendo como es el hermano del Basura.

-¿El Basura quién es?

-El hermano mayor de Gabriel.

-Rafael, Deluc. Te lo acaba de decir.

-Onetti afirma en un libro –dijo Maragall- que todos los meseros deberían llamarse Solícito

-Gabriel no está mal. Alias el Basura Chico.

-Rafael, Deluc –repitió Nenúfar Yáñez

-Lo siento –dijo Deluc-. Ya no me olvidaré. Solícito Rafael.

-Alias el Basura Chico –dijo Maragall.

-Si Onetti dice eso –dijo Nenúfar Yáñez-, menudo complejo de clases que debe tener.

En aquel momento entraba Marganesi, en compañía de Zielinsky, el fotógrafo.

-¿De dónde vienen? –preguntó Supicci.

-De una maldita perdedera de tiempo –se quejó Marganesi-. Nos informaron de un asesinato en la playa, ocurrido al parecer esta tarde noche. Por eso me llevé al Cadáver.

El Cadáver era como algunos llamaban a Zielinsky, no sólo por la palidez sobrenatural de su cara sino porque hacía más de treinta años que ejercía (como un sobresueldo) de fotógrafo de bodas, cumpleaños, velatorios y funerales. Las raras veces en que salía un difunto en su lecho mortuorio o dentro de su ataúd, en el periódico que fuera, el pie de foto decía, invariablemente: foto Jesús L. Zielinsky.

Marganesi se había acomodado entre Varela y Maragall, que hizo una mueca. Zielinsky, por su parte, se había encaminado en primer lugar al mostrador (sin duda para hacer allí su pedido) y después se había sentado algo alejado de la mesa y fumaba callado. Le sonrió palidísimamente a Deluc. Había pedido (en efecto) huevos duros, que después (cuando Rafael el mesero se los trajera, junto con el pedido de Deluc y algunos otros) se iría comiendo uno por uno, por mitades divididas a cuchillo.

El Neutral, por cierto, proponía a su clientela unos huevos duros, según se afirmaba, únicos en el mundo, inyectados con aceite de oliva. Maragall los detestaba.

-Asesinato en la playa, bah –se quejaba Marganesi-. Un bichicome muerto acuchillado junto al gran colector del puertito del Buceo. Con una botella mediada de alcohol azul con alpiste al lado. Y además, para peor, el encargado de la investigación no es otro que el inspector Freyre, un vago redomado.

Rafael el mesero ya se había acercado con bebidas para varios, los huevos duros de Zielinsky y la grappa con campari y los Singulares de Deluc. Marganesi le pidió su habitual Ballantine's con hielo y siguió hablando.

-O sea que ni fotos ni investigación ni un carajo – se quejó-. A lo sumo dos líneas entre los pequeños hurtos y atracos de cada día. Nada. Un bichicome, ¿a quién le importa?

-No a ti, evidentemente –dijo Maragall-. Ni a ese inspector haragán que has mencionado.

-Haragán –agredió Marganesi-. Mira quién habla.

-Yo soy un filósofo práctico, Marga, como lo fueron Voltaire y Maquiavelo –dijo Maragall, con una sonrisa que le hacía temblar ligeramente el bigote-. Puedo darme el lujo de haraganear todo lo que quiera.

Edu Clot, que había estado callado, muy atento, hasta aquel momento, de repente habló.

-¿Un bichicome qué es, exactamente? –preguntó-. He oído varias veces la palabra, pero…

-Un tipo que come bichos, ¿qué si no? –dijo Marganesi.

-¿Qué clase de bichos crees tú que comen los bichicomes, Marga? –preguntó Maragall, con un timbre demasiado leve y cantarín como para presagiar nada bueno.

-Pues…

-Gusanos y esas cosas –intervino Supicci-. O mojarritas. Se cae de maduro, che

-Gusanos, es claro, y mojarritas –dijo Maragall-. Y nosotros comemos vacas, que al parecer no son bichos.

-Bichos se les dice a los animales chiquititos- dijo Marganesi, ya claramente a la defensiva.

Conocía bien, malgré soi, a Maragall.

-Bien sea una drosophila melanogaster, o mosca negra de la fruta –ronroneó Maragall-, que pesa medio gramo, bien tenga el tamaño del Tyrannosaurus Rex o de la balaena balaena australis, o rorcual azul, un bicho no deja de ser un bicho, Marga, no importa lo que mida o pese.

-Tú lo dices –dijo Marganesi, con aire resentido.

-Además –siguió diciendo Maragall-, la expresión bichicome no significa que coma bichos, como tantísima gente parece creer. La palabreja procede del inglés, de la expresión inglesa beach comber, que literalmente quiere decir el que peina las playas. Lo explica muy claramente el maestro Juan Fillol, en su novela **Linyera**.

-¿Juan Fillol el comisario? –preguntó Marganesi, con aire entre desconfiado y perplejo (y rutinaria y rudamente desafiante, como siempre).

-Un homónimo argentino que tiene.

-¿Un qué? –preguntó Supicci.

-Un tocayo. Un escritor. Fillol el escritor explica, en la novela que he citado, que se llama también bichicomes, en algunas partes al menos, a los linyeras.

-¿Qué son los linyeras? –preguntó Edu Clot.

-Después te lo explico –dijo Maragall-. Ocurre que había un vagabundo, en el último cuarto del siglo pasado, creo que en Bahía Blanca, República Argentina, que era inglés o irlandés o de esas partes del mundo, y

que a todos los que se le acercaban les decía que él no era un vagabundo cualquiera ni un linyera como otros, sino un beach comber, esto es, que recorría las playas y las peinaba, en busca de objetos perdidos, como monedas o alhajas. De beach comber a bichicome sólo había un paso. Con el tiempo se universalizó, si se puede decir así. ¿Contentos?

-¿Y linyera, Maragall? ¿De dónde sale?

-Otro día te lo explico, Edu. Hoy me cansé.

2.

Hacia la medianoche, Maragall y Deluc salieron a la calle juntos.

Deluc silbaba bajito un tango que Maragall en seguida reconoció: *Silbando*.

El viento trae el acento
De un monótono acordeón
Y se oye luego el aullido
De algún perro vagabundo
Y un reo meditabundo
Va silbando esta canción

-¿Tienes algo que hacer esta noche, Franchute?

-¿Por?

-¿Por qué no te vienes a casa? Podemos comer juntos. Mi mujer cocina bien. Es lo único bueno que tiene, aparte de ser adinerada. Nos tomamos unos whiskachos, escuchamos a Gardel…

-¿No es muy tarde, para tu mujer?

-Si se ha dormido la despierto a fierrazos.

-¿No tienes que volver a la redacción, Maragall?

-Esta noche me libré, Franchute. Ya he terminado. He tenido, por lo demás, otra pelotera de mil diablos con el perro, te diré.

-¿Por Pérez Moles?

-Por ese tal Lecueder, al que entrevistó el Pelado Garessi.

-¿Lecueder el de la Sociedad Rural?

-¿Cuál si no? Yo le añadí a la entrevista unos entretítulos que el perro consideró inadecuados, y además lesivos para el entrevistado. Sí que hay qué para joderse, como dice el Gallego Marimón. ¿Vamos a casa, Franchute? Whisky y Gardel, ¿qué te parece?

-¿Grappa no tienes?

-Tengo whisky de malta, Franchute. Del mejor, un Laphroaig. Es una marca de nuevo cuño, al parecer, pero que, por lo que sé, ya se ha ganado un sólido prestigio. Y no veas a qué precio, che. Cada botella vale un riñón.

-Prefiero la grappa, Maragall.

-Se puede comprar por el camino, en algún sitio. Y Campari creo que tengo.

-Mañana –dijo Deluc- voy a ver a Fillol. El uruguayo.

-¿Al comisario? ¿Para qué?

-Ya te contaré. Sé que en ti puedo confiar. Y cabe que antes o después necesite ayuda.

-Puedes contar conmigo, Franchute, por supuesto, siempre que se trate de cometer un crimen, y no de delitos menores.

-Se trata de Pérez Moles.

-No se habla de otra cosa. ¿Lo mataste tú?

3.

En casa de Maragall, Deluc disfrutó de una copiosa (opípara) cena. La mujer de Maragall se retiró discretamente después de recoger los platos. Era una señora flaca, de nombre Clara, con un aire anémico bastante lindo, muy

callada, que sólo sonreía ante las desvergonzadas teorías que lanzaba su marido en la mesa, a propósito de todo y de nada.

Una vez a solas, los dos caballeros pasaron del comedor a un salón anexo, o living room, con bibliotecas, discos y un pick up marca Bang & Olufsen flamante. Había grabados de Goya y Doré en las paredes, entre montañas de libros apilados. Las bibliotecas, por lo que se veía, no eran suficiente.

El dueño de la casa escanciaba las bebidas, mientras Deluc miroteaba en el bien surtido mueble bar.

-Vaya, vaya –decía, inclinado sobre las botellas, que tocaba y hacía dar vueltas con los dedos-. Villahurdín añejo, cocktail kola en botella azul, Johnnie Walker etiqueta verde, Rosolí, grappa refinada Torito, que personalmente detesto, pastís Pernod, como el que bebe tu perro, whisky Monje de doce años, vermouth Trapiche, crema de cacao, licor de yemas de huevo, calvados Hocq normando, marc francés, ron Bacardí…

-No es Bacardí, es Bacardi –lo corrigió Maragall-. Aquí tienes tu grappa, suavizada y coloreada con Campari.

-Y Ferro Quina Bisleri. ¿Esto qué es?

-Una especie de fernet.

-Y fernet Branca, Maragall. Si te emborrachas con esto supongo que bajas directamente al Infierno. Una vez me hicieron beber medio vaso, porque me dolía el estómago. Casi lo vomito.

-¿El fernet? Es vomitivo, sí. Es una de sus virtudes

-El estómago –precisó Deluc.

-La música –dijo Maragall, después de un rato de charla intrascendente- es la única invención memorable de la humanidad, Franchute. Y no lo digo yo, que conste. Lo dice nada menos que Arthur Schopenhauer.

Maragall, en cuclillas, trasteaba con sus discos, alineados en varias cajoneras extraíbles debajo del pick up.

-En este siglo horrible en que nos ha tocado vivir, hay gente –dijo Maragall, moviendo a los costados la desconsolada cabeza- que considera que el fútbol es un arte. ¡Hazme el favor! En otra época, en una época sólo relativamente culta, como la victoriana, sin ir más lejos, eso hubiera sido impensable. Ni se hubiera planteado.

Había seleccionado un disco y se incorporaba, después de cerrar las cajoneras.

-La música sí es un arte, tal vez el único arte verdadero. El cante jondo es un arte, por ejemplo. El tango no lo sé, Franchute, te duela a ti o no.

-¿Ni Gardel?

Maragall no contestó. Le mostró a Deluc el disco que había extraído de sus cajoneras. En la carátula se veía el rostro cansado y triste, entre agitanado y mongol, de un viejo flaco.

-Éste es un disco único, Franchute –dijo Maragall-. Que yo sepa se hizo una única edición, ésta que ves, para estudiosos y especialistas, ni siquiera para coleccionistas. Lo grabó Vicente Escudero, el gran bailaor, en 1961. Escudero no era un profesional del cante, entre otras cosas porque tenía una voz demasiado pequeña, pero había convivido cuarenta años con cantaores, desde Manuel Torre y La Niña de los Peines a Manolo Caracol, y se conocía a la perfección todos los palos. Y llevaba en el alma el duende del cante, claro está, como buen gitano que era. En este disco canta por bulerías, por fandangos, por siguiriyas y por soleás, que son los palos principales del cante gaditano. ¿Qué te parece, Franchute? ¿Quieres oírlo?

-Me parece que no.

-Tú no te sales del tango, ¿eh?

-Me gusta la música clásica también, Maragall. Beethoven sobre todo, y Mahler hasta cierto punto. Y Bach y Mozart arreglados por no sé quién e interpretados por Lipati.

-Mira tú qué bien, Franchute. Dinú Lipatí, como le dicen en tu tierra. ¿Y la música popular?

-No soporto ni a Elvis Presley ni a los Beatles, y menos a Frank Sinatra y a Louis Armstrong, por no hablar de Ella Fitzgerald y de todo ese cacofónico jazz. Y por supuesto no tolero el cante jondo, sea un arte o no. Tampoco aguanto los valses de Strauss ni la ópera, o como se le diga, excepto un disco que me regalaron hace un tiempo, de un tal Fischer-Dieskau.

-¡Un tal! –se asombró y gruñó Maragall-. Dietrich Fischer-Dieskau, Franchute. Es el más grande barítono del siglo XX, si no de todos los tiempos.

-Del resto de la ópera, mejor olvidémonos.

Maragall enarcaba una ceja y guardaba silencio.

-Recuerdo que una vez –dijo Deluc, con acento de lembranças- vi un disco de Kirsten Flagstadt en el bulín de Fanfa del Vayo. El disco pelado, Maragall, sin cubierta. Fanfa lo usaba a modo de panera, ¿qué te parece? A mí me pareció muy bien, muy higiénico, muy elegante, muy práctico.

-¡Qué bestia que eres, Franchute! –se lamentó Maragall, y añadió, con acento de curiosidad quizá genuina- ¿Y la música popular, al margen del tango, qué? ¿Edith Piaf, te gusta? La gran chanson popular francesa, Franchute. Tu música.

-La Piaf está muy bien, por supuesto, y Brassens es soportable. Del resto ni me hables. La Greco, Lèo Farré, Jacques Brel, Jacques No Sé Qué, Jacques No Sé Cuánto, Bécaud, Distel, son todos imposibles. Distel al menos tiene el mérito de haber estado casado con Brigitte Bardot, lo que no

es moco de pavo. Y esa muchacha joven, Françoise Hardy, por cierto, no canta nada mal. Pero la number one, en mi opinión, es la Piaf.

-La Piaf, sí –dijo pensativo Maragall-. ¿Sabías que Cocteau, cuando se enteró de que Edith Piaf había muerto se murió de un síncope él también?

-¿Quién es Cocteau?

-No te hagas el iletrado, Franchute. No tú, que eres mi amigo, por mucho que te pese. Es una pose que me revienta, te diré, sin ánimo de ofenderte. A los iletrados cabales, auténticos, como Bebe Varela o Pepe Morazán, por citar sólo a dos entre cien mil, pues los respeto, dentro de lo que cabe, excepto por de contado a Marganesi, que es el más iletrado de todos.

-Esa charlita que le diste hoy a propósito de los bichicomes, ¿te la inventaste?

-No, en absoluto. ¿Nunca has leído al maestro Fillol?

-Creía que te lo habías inventado también.

-Estás loco de remate, Franchute. Tengo algunos libros de Fillol, por aquí.

-Por mí, no te molestes.

-Todos los títulos de sus libros tienen siete letras, Franchute, como **Linyera**. Hay uno que se llama **Muelles**, otro que se llama **Estampa** y otro que se titula nada menos que **Anilina,** que además de sus siete letras es un palíndroma. Lo tengo por algún sitio.

-Déjalo donde está, Maragall

-Háblame entonces de Pérez Moles. ¿Qué te mueve a ti a interesarte por ese sórdido asunto?

-Mañana me reúno con el comisario Fillol, como te he dicho. A las cinco de la tarde, como el torero de Lorca. Tengo hora ya fijada. Y tengo

que encontrar el modo de hablar también, y cuanto antes, con el Chueco Alcorza.

-¿Con Alcorza? ¿Te has vuelto loco, Franchute? Raúl Sendic cabe que sea un tipo normal, y Aníbal Lasarte sé que lo es, aunque se haya convertido en un asesino, porque lo conozco de muchachos, ya que era muy amigo de mi hermano Alfredo, el menor, pero Alcorza está chiflado, Franchute. Le patina el embrague. Es un psicópata, Franchute. ¿Para qué diablos, me quieres decir, tienes que hablar con él?

-¿Sabes quién es el doctor Germán Lalandra?

-Sí, es claro. ¿Cómo no lo voy a saber? Es el gran mandamás del Ministerio del Interior. Hay un dicho muy viejo, Franchute, que dice: "Todo pasa pero las Instituciones quedan". Habría que agregar que el doctor Lalandra también queda.

-Es muy poderoso, lo sé. Si hay alguien realmente poderoso en este roñoso país, se me ha asegurado que es él.

-Es más que eso, Franchute. La mecánica del ministerio, no es que el doctor la conozca al dedillo, no. Es que la mecánica es él. Cuando se jubile o le dé un síncope no sé qué va a ser del dichoso ministerio. Arrastrará al gobierno en pleno en su caída.

-He oído que está enfrentado a García Baliño. Creo que me lo has dicho tú mismo.

-A mí me lo dijo Marganesi, y parece que es verdad. García Baliño y Lalandra, en efecto, están enfrentados, lo que significa que ya habrá empezado la cuenta atrás para nuestro ministro espadachín. No hay color, Franchute.

-A Baliño lo apoya Pacheco.

-¿Y qué? Ni Pacheco ni nadie puede prescindir de Lalandra. Ni Dios puede, Franchute, créeme.

-¿Están enfrentados por qué?

-Se dice que por Pérez Moles.

-¿Por Pérez Moles por qué, Maragall?

-Eso ya no te lo sabría decir. Tendrás que sonsacárselo a Marganesi, si es que él lo sabe.

Los dos se callaron y Maragall sirvió más de beber.

Los dos fumaban.

Maragall fumaba unos Cutlass Navy Cut, ingleses, que venían en una caja ovalada de latón, y Deluc sus Singulares de fabricación nacional.

-Estos cigarrillos –dijo Maragall, enarbolando su Cutlass Navy Cut-, sólo los fumo aquí en casa. Con sablistas, pechadores y garroneros del calibre de Bebe Varela, Sanginés, Pepe Morazán y sobre todo el insuperable Marganesi, cuando voy a trabajar llevo L&M o Marlboro; tabaco barato.

"Éstos…

Maragall blandió de nuevo el cigarrillo que estaba fumando

-Éstos –repitió- están rellenos con tabaco de verdadera calidad, picado de forma cúbica, no con hilachas, y la hoja es de papel de algodón, que no tiene alquitrán, Franchute. Además, como podrás percibir, el filtro es de corcho, no de plástico o de poliuretano o de lo que sea de que estén hechos los filtros al uso.

-Los Singulares no tienen filtro, Maragall.

-Por eso mismo son el mejor amigo de los pulmones del ser humano, Franchute –dijo Maragall-. A propósito de pulmones, te diré. ¿Te lo he contado?

-¿Qué?

-Que cuando Juancito Reynal, el crack uruguayo de fútbol, jugaba en España, allá por los años cincuenta, se había hecho famoso, sobre todo, por lo mucho que corría y resistía. Un día un periodista le preguntó: '¿Cómo

hace usted para resistir tanto, Reynal? ¿Cuántos pulmones tiene?' Y Reynal le contestó, tan ancho y tan pancho: 'Uno, como todo el mundo'. ¿Qué me cuentas?

-Haz una cosa sensata y sabia, Maragall, ¿quieres? –pidió Deluc-. En vez de parlotear tanto...

-De mil amores, Franchute. Dime. ¿Más grappa?

-Nunca digo no, Maragall.

-¿Qué querías?

-Pon a Gardel en ese magnífico Bang & Olufsen nuevo, Maragall, que por algo lo habrás comprado

Deluc ya había entrecerrado los ojos.

-Después seguimos hablando –continuó-. Tengo una teoría que te quiero explicar. Más que una teoría es un razonamiento. Creo que hablarlo y desarrollarlo contigo, que eres acaso el hombre más inteligente, o por lo menos el más cultivado o bien informado que conozco, me ayudará a perfilarlo bien. Pero primero escuchemos unos tangos del llamado Morocho del Abasto, Maragall. Necesito concentrarme.

Maragall hizo lo que su amigo le pedía, colocando en el plato del pick up un disco long play de 33 revoluciones. Los dos escucharon en silencio unos minutos.

Deluc estaba sentado en el suelo, sobre la mullida alfombra, con la espalda contra una pared. Maragall estaba sentado en un sillón de hierros cruzados, con el asiento y el respaldo de cuero. Los dos fumaban y bebían: Maragall aquel carísimo whisky de malta a secas (no su Caballo Verde, que sólo bebía en los bares) y Deluc su grappa con campari de siempre.

Gardel cantaba *Dicen que dicen*:

Vení, acercate, no tengas miedo
Que tengo el puño, ya ves, gastáu

Yo sólo quiero contarte un cuento
De unos amores que he balconiáu
Dicen que dicen que era una mina
Toda ternura la que murió
Que fue el orgullo de un mozo taura
De fondo bueno como era yo
Y baten todos que él la quería
Con la fe misma que puse en vos

-El Morocho del Abasto –dijo Maragall-. ¿Sabes tú, Franchute, lo que significa de verdad morocho?

-De tez morena o de cabello negro, ¿no?

-Eso significa en efecto entre nosotros, pero está mal. Tantos adjetivos se usan mal, Franchute. La gente dice meticuloso por minucioso o detallista, por poner un único ejemplo entre millones. Y meticuloso, como su propia enunciación indica, quiere decir miedoso, a lo sumo cauteloso.

-¿Y qué?

-Tú eres un inmoral, Franchute. Vives del lenguaje y lo empleas bastante bien, pero te importa un árdite su significado profundo. Morocho/a, como figurará sin duda en los diccionario, es una expresión de origen árabe, pueblo en el cual la gente de tez morena y cabellos negros constituye una aplastante mayoría. El adjetivo "morocho/a", es de índole específica, claramente calificativo, es decir que se emplea para distinguir excepcionalidades, al igual, por ejemplo, que las palabras enano o gigante. ¿Para qué se iban los árabes, en aquella abolida España, a llamarse ellos a sí mismos morochos, con un adjetivo de esa clase, tan concreto? Porque la expresión morocha, concretamente, en femenino, que era la única que en un principio se usaba, no significa otra cosa sino mujer corpulenta.

Maragall vació su whisky de malta del vaso.

-El Morocho del Abasto, en fin, sí –dijo después-. Era un adjetivo adecuado para Gardel cuando empezó a cantar en Buenos Aires. ¿Sabes tú cuánto pesaba?

-Creo que estaba bastante gordo.

-Era un tonel. Medía alrededor de uno setenta y pesaba ciento veinte kilos.

-Corpulento era. Y morocho también.

-A la gomina, en efecto. Háblame de tu teoría.

Al fondo, Gardel cantaba:

Así aprendí, que hay que fingir
Para vivir decentemente
Que amor y fe mentiras son
Y del dolor se ríe la gente

4.

A la mañana siguiente, Deluc se despertó en el sofá del living room de Maragall. Eran más de las once. Deluc se sentía sucio e incómodo y tenía resaca (calamidad que no le solía suceder). Maragall y su mujer aún dormían entonces (al menos no daban señales de vida), y una atareada señora de la limpieza se movía por las habitaciones interiores. Después de refrescarse de forma somera en un cuarto de baño, Deluc se largó. La señora de la limpieza lo observaba, escobillón en mano, desde un pasillo, con un indisimulado disgusto.

Con el perramus al brazo, por una vez (aquel renuente y caliginoso verano sólo amagaba con terminar, sin decidirse todavía por bajar definitivamente la cortina), Deluc bajó a la Rambla en busca de un taxi.

La mañana era gris y sombría, con el cielo cegado de nubes. Una pálida luz solar difusa e indistinta desdibujaba las siluetas de las casas, los árboles y las demás cosas (algunos aislados peatones entre ellas, y algún vehículo). Acaso lloviera más tarde.

Maragall vivía (la casa le pertenecía a su mujer la millonaria, según le había confesado su amigo a Deluc) en un flanco del Peñón de la Luna, en los lindes (por dentro) del cotizado Barrio de la Luna. Su casa caía en la calle Divina Comedia, entre Martín Fierro y Oliverio Twist.

En el Barrio de la Luna, por cierto, todas las calles llevaban el nombre de alguna conocida obra literaria: Hamlet, Tom Sawyer, Celestina, Tartufo, Decamerón, Eugenia Grandet, Don Quijote de la Mancha, Moby Dick, Rojo y Negro, Fausto, Madame Bovary, Tartarín de Tarascón, Crimen y Castigo, Fuenteovejuna, Guerra y Paz, Ilíada, Odisea, Germinal, Macbeth, Rey Lear, Misericordia, Don Segundo Sombra, Leyenda Patria, Grito de Gloria, Barranca Abajo, Motivos de Proteo, etc: los cuatro últimos obedecían a otras tantas obras de autores autóctonos.

Mientras el taxi se resistía a aparecer, Deluc silbaba o canturreaba fragmentos de tangos, entre ellos de *Anclao en París*, con letra del maestro Cadícamo:

Lejano Buenos Aires
Qué lindo que has de estar
Ya van para diez años
Que me viste zarpar
Aquí en este Montmartre
Faubourg sentimental
Yo siento que el recuerdo
Me clava su puñal.

De nuevo en su apartamento del Palacio Lecumberri, Deluc antes que nada se duchó y se afeitó. Después de vestirse minuciosamente, como siempre hacía (‘Me Ti Cu Lo Sa Men Te’, pronunció en voz baja, para sí), salió para cumplimentar un desayuno tardío en el Gran Café del Jockey, frente al Estambul del Turco Asuero, a doce o catorce manzanas de su vivienda. Silbaba *Madame Ivonne*, también obra del maestro Cadícamo, y a trozos canturreaba bajito:

Han pasáu diez años que zarpó de Francia
Mademoiselle Ivonne hoy es sólo madame
La que al ver que todo quedó en la distancia
Con ojos muy tristes bebe su champagne
Ya no es la papusa del Barrio Latino
Ya no es la mistonga florcita de lis
Ya nada le queda de aquel argentino
Que entre tango y mate la alzó de París

III) LAS DOSIS DEL GORDO GORDO

1.

Una vez desayunado y con su primera grappa, Deluc caviló en recuperar la teoría que anoche le había expuesto a Maragall. A aquellas

altas horas, a los dos les había parecido que la teoría lo incluía todo, tanto la dilucidación del asesinato de Pérez Moles como la implicación en el mismo de los Muchachos, a través de la directa intervención del Chueco Alcorza. Los dos estaban bastante bebidos, claro está, y se sentían exultantes, como si descubrieran nuevos mundos cada tres o cuatro frases.

Hoy a Deluc ya nada le parecía tan claro.

-La historia empieza, para ponerle un comienzo –había dicho Deluc la noche previa-, en aquel gran robo que se cometió en el Monte Pío, o Monte de Piedad, que fue obra de los Muchachos, sin lugar a ninguna duda.

-La Caja de Empeños, sí. Los Muchachos dejaron allí su firma incontrovertible.

-En efecto. Pintaron en las paredes varias de esas estrellas de cinco puntas que los identifican y, para que nadie lo dudara, con las siglas MLN inscritas en el corazón de todas y cada una de aquellas remalditas estrellitas.

-Además de haber tenido cautivas a aquellas monjitas, en el convento aledaño, donde también dejaron la firma.

-¿Cuánto calculas tú que pueden haber robado?

-Nadie lo sabe, Franchute. Se hizo una evaluación de las joyas empeñadas que habían desaparecido, lo que arrojó cifras inciertas. Pero además había muchas cajas de seguridad alquiladas, sobre cuyo contenido no se podía hacer ni la más ligera evaluación. Una tía de Clara, mi mujer, por ponerte un solo ejemplo, perdió más de medio millón en joyas, que no estaban registradas y a las que no cubría ningún seguro.

-Pues la historia empieza ahí, al menos por lo que nosotros sabemos.

-Por lo que sabes tú, Franchute –se quejó Maragall, entre dos tragos a su whisky de malta sin agua ni hielo-. Yo de momento sigo in albis.

-¿Tu crees que la Orga, o el Chueco Alcorza en concreto, pudo buscar los servicios, digamos, de Pérez Moles, para pasar a cobre la mercancía?

-¿Las joyas, quieres decir?

-Piedras preciosas, procedentes, es de suponer, del robo al Monte Pío. ¿Crees posible que el Chueco sea capaz de complicarse con Pérez Moles para una operación de ese calibre?

-No conozco a Alcorza, pero por lo que he oído de él lo creo capaz de todo, Franchute. Más que como un revolucionario, o como quieras llamarlo, se ha portado, por lo que sé, como un energúmeno. ¿No es él el que dirigió la ocupación de Pando City?

-Eso se dijo.

-La operación más criminal de la Orga, hasta la fecha al menos. ¿Cuántos muertos? ¿Lo recuerdas?

-Creo que dieciocho, o puede que veinte, entre policías y guerrilleros, más unas cuantas víctimas fortuitas.

-¡Guerrilleros! –masculló Maragall-. Yo no simpatizo con la derecha, Franchute, en absoluto, pero a esos guerrilleros no pongo reparos de ninguna clase en que los llamen terroristas. Acaso es que me hago viejo.

-Guerrilleros, terroristas, luchadores por la libertad o Soviet de las Cloacas, da igual, Maragall. Por lo que has dicho, tú crees posible una alianza, lo más táctica y puntual que se quiera, entre no digamos la Orga y la Policía, sino entre Alcorza y Pérez Moles.

-¿Tú no?

-Yo parto de la base de que esa alianza existió, Maragall. Si no mi teoría, o razonamiento, ya que no creo que pase de eso, no tendría ningún fundamento.

-¿De qué teoría se trata, Franchute?

-A eso voy. La Orga tenía vigilada estrechamente la casa de Pérez Moles, según me reveló Corróchano.

-¿Corróchano acaso cree que la Orga lo asesinó?

-Lo que cree Corróchano no lo sé. Yo no lo creo.

-¿Por qué no?

-Por lo mismo que sé que no fueron los armenios los que mataron al comisario. Porque los armenios, como bien dijo Corróchano, hubieran usado metralletas, no una pistolita del veintidós. Los Muchachos, por su parte, tampoco hubiesen usado esa dichosa pistolita matagatos, sino pistolas profesionales para munición parabellum de nueve milímetros, y además hubiesen dejado bien claro que habían sido ellos los que habían ejecutado al comisario.

-Ejecutado, bien… en fin –dijo Maragall-. Esas ejecuciones, Franchute…

-Los Muchachos lo hubieran calificado de ejecución, como hicieron con el coronel Rato y con el Vasco Susmendi, o con aquel Mitrione, el agente de la CIA. Ergo, a Pérez Moles no lo mataron los Muchachos.

-¿Quién crees tú que lo hizo?

-A eso voy. Si no fueron los armenios ni fueron los Muchachos, ¿quién pudo ser? La pistolita huele a acción interior, cabe que más o menos repentina, no planeada. Un asunto, digamos, familiar; íntimo, al menos. Por eso en un primer momento temí que lo hubiera matado Josefina.

-Epa, epa. Espera, Franchute, espera. ¿Quién demonios es Josefina?

Maragall se había encorvado hacia delante en su asiento y le apuntaba a Deluc con su vaso. Sonrió de repente.

-Sabrás –enunció- que el Detection Club de Londres proscribe de la forma más tajante que se introduzcan personajes así, de sopetón, como esa tal Josefina, en una bien trabada obra policíaca.

-Lo sé, Maragall. Lo siento. Ocurre que…

Deluc le dio un sorbo a su vaso de grappa. Tenía una expresión más bien melancólica, aunque sonreía.

-¿Qué, Franchute?

-Que ésta, por desgracia, no es una bien trabada obra policíaca, Maragall. Ojalá lo fuera. La vida real, desagradable y contumazmente, y tú lo sabes mejor que nadie, si de algo peca es de deslavazada, de desigual, de transcurrir con altibajos, y además está plagada de incertidumbres y también de coincidencias. Quiero creer que fue una mera coincidencia la que llevó a Josefina al lugar del crimen en aquella siniestra mañana.

-¿Me vas a decir quién es Josefina?

-Se llama Josefina Lalandra.

-¿No será parienta del doctor Lalandra?

-Es su hija. Su única hija, por lo que sé.

-Única no –dijo Maragall-. Lalandra tiene un par de hijos de corta edad. Lo sé por Zielinsky, que fue no hace mucho a sacar fotitos de un cumpleaños infantil en casa del doctor. Me dijo que su mujer es joven todavía y muy atractiva.

-¿Qué edad le echas tú a Lalandra? ¿Unos cincuenta?

-Más, Franchute. Yo diría que se acerca más bien a los sesenta. ¿Por qué?

-Por lo que he oído, ha sido un padre a la vez severo y muy sobreprotector con su hija Josefina. Se comprende, supongo, si ella es una hija nacida a una edad ya provecta.

-Las hijas nacen de cero días, Franchute. No provectas.

-Me refiero a la edad del doctor cuando fue padre de Josefina. Debía rondar los cuarenta, ¿no?

-¿Qué edad tiene ella?

-Veinte, según se me ha dicho.

-¿Y qué tiene que ver la tal Josefina con este embrollo, Franchute?

-Era cómplice de Pérez Moles, por lo que ella misma me dijo.

-¿Cómplice de qué?

-Del trapicheo que se traían con las joyas. Por lo que entendí, ella recibía de alguien un pequeño cargamento de piedras preciosas, no sé cada cuánto tiempo, y a la mañana siguiente, muy temprano, siempre en domingos, se lo entregaba al comisario. Fue a entregarle uno de esos paquetitos aquella trágica mañana de domingo, Maragall.

-¿Quieres tú decir que ella estaba allí en casa de Pérez Moles la mañana en que lo mataron?

-Según ella, llegó muy poco después. Lo encontró ya muerto.

-¿Oyó el disparo?

-No me lo dijo.

-¿No se lo preguntaste?

-No se lo quise preguntar.

-¿Por qué?

-Porque creo que la chica me ha mentido, en ciertos detalles al menos, y trataré en cuanto pueda de acorralarla.

-¿Cómo?

-Veré. Josefina me dijo que Pérez Moles la convenció para que se implicara en el tráfico de las joyas. Que la convenció porque de ese modo ella no sólo se ganaba un buen dinero sino que, sobre todo, desafiaba a papá, y por lo demás, si la descubrían, papá la protegería de la forma que fuera, y de paso no tendría otro remedio que proteger también al comisario. ¿A ti que te parece?

-Absurdo, como poco. Muy poco convincente sin la menor duda, Franchute.

-Lo mismo me pareció a mí. Ahora bien, Maragall.

Deluc bebió de su grappa y encendió un Singulares, parsimoniosamente, lo que hizo revolverse nervioso en su asiento a

Maragall.

-¿Ahora bien qué?

-Yo parto de la base de que Josefina no mató al comisario.

-¿Entonces quién lo mató?

-Pudo ser uno de sus hijos. Pudo ser su viuda. Pudo ser alguna persona que haya entrado aquella mañana en el jardín. Por eso tengo que hablar con Alcorza, ¿no lo entiendes?

-Me temo que no, Franchute.

-La Orga tenía la casa de Pérez Moles bajo estrecha vigilancia, ya te lo he dicho. Una joven parejita se había instalado enfrente, poco antes. Los dos desaparecieron unas cuantas horas después del asesinato. A la mujer la identificaron. Tenía antecedentes como soldado se la Orga

-Ahora son soldados…

-Es como se califican ellos a sí mismos. Los Soldados de la Libertad.

-Menuda libertad la que proponen, che…

-A Alcorza, por lo demás, lo reconocieron varios testigos. Al parecer visitó por lo menos dos veces a la parejita ésa de marras en las dos semanas previas al asesinato. Quiero saber lo que vieron aquella mañana.

-¿Y si a pesar de todo lo mataron ellos?

-¿La Orga, dices?

-Alcorza et al, sí.

-Entonces salute, Maragall. Lo hicieron a la chita callando, por motivos que ellos sabrán.

-Sin publicitarlo, quieres decir.

-Ecco. Y en ese caso no sé qué podré hacer por Josefina. Alcorza no va a ir a ver a Corróchano para confesar.

-¿Y si fue tu Josefina quien mató al comisario, a fin de cuentas, Franchute? ¿Qué harías?

Deluc no dijo nada

-¿Qué harías tú en ese caso, Franchute? –insistió Maragall, con cierta vehemencia-. Porque permíteme que te diga que parece lo más probable, por lo que sé, que lo haya matado ella. La buscan, hasta Marganesi lo ha escrito y publicado. La identificarán, Franchute, tarde o temprano.

-Ya lo han hecho, Maragall. Y o no conozco a Corróchano o muy pronto se divulgará.

-¿Orden de busca y captura?

-Lalandra y Corróchano se detestan.

-Un buen tanto para el inspector, es claro. ¿Y si ella mató a Pérez Moles, Franchute? No me has contestado. ¿Qué harías?

-Si ella lo mató… ¿Tú qué le harías a la persona que le haya pegado un tiro a Pérez Moles? ¿La condenarías?

-Yo no. Pero yo no soy un juez, Franchute.

-Yo tampoco.

Gardel cantaba entonces *La mariposa*, uno de los mejores tangos del gran letrista Celedonio Flores, que decía:

No es que esté arrepentido
De haberte querido tanto
Lo que me apena es tu olvido
Y tu traición
Me sume en amargo llanto
Si vieras estoy tan triste
Que canto por no llorar
Si para tu bien te fuiste
Para tu bien
Te tengo que perdonar
Aquella tarde que te vi

Tu estampa me gustó
Pebeta de arrabal
Y sin saber por qué
Yo te seguí
Y el corazón te dí
Y fue tan sólo
Pa' mi mal

2.

En el Gran Café del Jockey había altos tabiques que separaban cada mesa de las otras, como si fueran pequeños reservados. Sentado en un sillón, a solas, con una grappa, Deluc escuchaba las voces de un hombre y una mujer, procedentes del reservado vecino. El hombre se quejaba, exigía y amenazaba. Quería que la mujer le dijera dónde había estado anoche y que le revelara quién era un tal Sebastián, porque si no se lo decía…

-No sería la primera vez que me dieras una paliza –dijo la mujer.

-Ni la última.

-¿La última no? ¿Apuestas algo?

-¿Qué quieres decir?

-Tócame con un dedo y lo verás.

Deluc quería levantarse, asomarse por encima del tabique (aunque para ello tuviera que subirse a la mesa) y gritarles a esos dos imbéciles que se callaran. No se podía concentrar, y lo necesitaba. Le quedaban menos de tres horas para encontrarse con Fillol, y todavía tenía que comer algo más (aunque podía pasarse sin ello, de hacerle falta), y volver al Palacio Lecumberri para ducharse, afeitarse y vestirse. Deluc era capaz de ducharse hasta cuatro y cinco veces en un día, si él creía que lo necesitaba. Una vez,

el Chino Balcárcel le había dicho: ‘Tanto ducharte, Franchute, tanto ducharte. Un día vas a dejar de oler a hombre, ya lo verás’.

Acompañándose con los dedos contra la mesa, Deluc silboteaba:

Si me viera estoy tan viejo
Tengo blanca la cabeza
¿Será acaso la tristeza
De mi negra soledad?
¿O será porque me cruzan
Tan fuleros berretines
Que voy por los cafetines
A buscar felicidad?

3.

Pasaban unos minutos de las cuatro cuando Deluc buscó un teléfono en su libreta de direcciones. Deluc siempre llevaba encima, en un bolsillo interior de la chaqueta, una vieja agenda manoseada, forrada en cuero. Dentro había toda clase de anotaciones, muy a menudo de través y a veces superponiéndose. Maragall alguna vez le había dicho que se parecía a la famosa libreta de Maigret, sin que Deluc lo entendiera, porque él sólo leía novelas policíacas inglesas y americanas (y no muy a menudo). La literatura francesa, incluyendo las novelas policíacas (y a excepción de Montaigne, Balzac, Colette, Dumas père y el críptico poeta Stéphane Mallarmé, más últimamente Proust) en realidad le interesaba muy poco.

Deluc marcó los siete dígitos correspondientes a la llamada zona Centro y Ciudad Vieja (en todas las demás zonas telefónicas en que estaba repartida la ciudad sólo se usaban seis dígitos).

-¿Damián? –preguntó.

-¿Franchute? Tantos años. Tanto silencio seguido de tu parte que suponía que te habías muerto, por lo menos.

Damián tenía un vozarrón que hacía trepidar el auricular del teléfono.

-¿Cómo estás, Damián?

-Se vive, Franchute.

-Oye, Damián. ¿Sigues en el negocio?

-No del todo, Franchute. ¿Por?

-¿Tienes material?

-Para ti sí, aunque ya no comercio.

-Fantástico, me paso por donde tú digas.

-Me cuesta cincuenta pesos la unidad, Franchute.

-Descuida. Te pagaré.

-¿Al contado?

-Contra entrega.

-Nos encontramos, en ese caso, en la Ochavada, Franchute. ¿Cuánto tardas?

-¿En la Plaza Zabala?

-La llaman también así.

-Estoy allí en veinte minutos.

-Nos vemos, pues. ¿Cuánto quieres?

-Puedo distraer hasta doscientos pesos para ti

-Trato hecho

4.

Damián Cabrera, llamado Gordo Gordo y Triple Ancho, era un viejo conocido de Deluc. Damián vivía en un apartamento grande y destartalado

de la parte más roñosa de la Ciudad Vieja, desde hacía un tiempo (para Deluc) incierto. Llevaba de todos modos ya varios años viviendo allí.

Deluc había estado un par de veces en el apartamento.

Damián nunca había trabajado en ninguna ocupación legal, y cuando, hacía algunos años, le había caído una herencia (aquel grande y desmantelado apartamento más algo de dinero), de una tía o de una prima de su padre, el hombre (que hasta entonces vivía en el interior del país) se había ido a vivir allí, a la parte más roñosa y devastada de la Ciudad Vieja, en aquel enorme y desvencijado apartamento heredado, con su mamá y su abuela.

Damián, por lo demás, era un consumidor habitual de cerveza, en grandes cantidades, y de cocaína, en cantidades más morigeradas. Años antes, no en Montevideo sino en Maldonado, donde vivía entonces, cerca de Punta del Este, Damián se ganaba la vida (bastante bien, por cierto) con la venta de cocaína en pequeños sobres de papel, que él llamaba “dosis”.

Deluc no sabía si creerse del todo que Damián hubiera dejado el negocio; tampoco le importaba, en realidad.

Una vez en la Plaza Ochavada, llamada más corrientemente Plaza Zabala (era una casi exagerada plaza esquinada en relación con las estrechas callecitas que la circundaban, y tenía una forma más o menos octogonal), Deluc se encaminó por uno de los cuatro senderitos diagonales que la dividían en partes iguales. Aquel senderito, como los otros tres, moría a los pies de la gran estatua ecuestre que estaba en el centro de la plaza, y que mostraba a don Bruno Mauricio de Zabala, el fundador de Montevideo, montado sobre un corcel gigantesco y de aire feroz, algo muy poco en consonancia con el personaje real (quizá no con el histórico), si se tiene en consideración que Zabala era marino (La realidad y la historia, había dicho alguna vez Maragall, raramente coincidían).

Deluc contorneó la estatua, mirando a su alrededor, hasta que al fin vio a Damián, que había alzado un brazo y lo llamaba. Estaba sentado en uno de los bancos de madera que flanqueaban los rectángulos de césped. Ocupaba la mitad –o más- del asiento.

Damián Cabrera no era grande; era enorme, inmenso, casi inconmensurable. La última vez que Deluc lo había visto, un par de años atrás, Damián pesaba unos doscientos cincuenta kilos, sólo con los calcetines puestos; hoy por hoy, según quizá calculara Deluc al volver a verlo, ya debía de pesar más de trescientos. Su cara redonda, grande como una torta de cumpleaños, era un amasijo de bolas de grasa. Sus diminutas facciones, casi delicadas, punto más que mujeriles, flotaban (y parecía que se diluyeran y estuvieran en un tris de licuarse y desaparecer) en medio de oleadas temblorosas, aunque compactas, de piel tersa y tirante y de grasa acumulada, surcada la primera por las vetas amarillas de las venas. Damián tenía una boquita pequeña y redonda, de piñón, una nariz puntiaguda y afilada, pequeñita, totalmente femenina, y unos ojitos redondos algo salidos y pálidos, aunque de color indefinido. Carecía de mentón.

-Siéntate, compadre –invitó.

-¿Cómo están tu mamá, tu abuela?

-La vieja reventó.

-¿Tu mamá?

-La abuela.

-Te acompaño en el sentimiento, Damián.

-Estaba muy vieja, Franchute.

-¿Y tu mamá?

-Mamá casi no me habla.

-¿Por?

-Me detuvieron, Franchute.

-¿Cuándo?

-El año pasado. En septiembre. Me comí casi dos meses en gayola preventiva, pero por suerte no me pasaron a juez.

-¿Por qué? ¿Qué pasó?

-¿Por qué va a ser? Porque sí –Damián resoplaba, por el calor de la plaza sumado a la rabia del recuerdo-. Me detuvieron a mí, ¿te das cuenta? –parecía indignadísimo-. A mí, Franchute, que como bien sabes desciendo en línea directa del Soldado Desconocido. Eso por parte de madre. Por parte de padre desciendo del Gran Mariscal de la Divina Nada, Franchute.

-¿Te detuvieron por qué?

-Escándalo público, borrachera, altercado en la vía pública, violencia indebida, qué sé yo. Me había tomado unas cervecitas de más, un tipo me miró mal y lo saqué a la calle, donde le di una viaba. Se la buscó; se la merecía. Igual al final fueron, vinieron y a mí me detuvieron, después de molerme a palos, y mamá, faltaría más, se enojó. No me habló durante meses, Franchute. Y ahora, como te digo, apenas si me habla. No me visitó ni una vez en la gayola.

-¿Unas cervecitas de más, Damián? –preguntó Deluc- ¿Cuál es tu cuota ahora?

-No más de treinta y seis al día, Franchute. Ni una más. Desde aquel maldito día no me paso ni por una. Me impuse un límite y lo cumplo estrictamente, che

Damián Cabrera era todo un tipo. Una vez, años atrás, en Maldonado, se había bebido ciento doce cervezas, de un cuarto de litro cada una, en ocho horas. Deluc le repitió que tenía doscientos pesos para darle y Damián le pasó cuatro sobrecitos de papel sudado, que sacó de un bolsillo.

-De cada uno puedes sacar una buena dosis, Franchute –dijo Damián-. Una dosis suficiente para que te tenga cuatro horas a todo tren, como poco.

Damián era un original; llamaba “dosis” a lo que otros calificaban de “rayas” o de “tiros”. Decía que de esa forma él se hacía la ilusión de que comerciaba no con una droga sino con una medicina. ‘Una dosis por la mañana, otra al mediodía y otra más por la noche, caballero. Suena serio, ¿no?’

-¿No ganas tú nada con esta venta, Damián? Te cuesta cada dosis cincuenta pesos y me las vendes a cincuenta pesos. No es ningún gran negocio, ¿no te parece? Así nunca te vas a hacer rico, che

-Ya te he dicho que he dejado el comercio, Franchute. La ética está por encima de los dividendos, cuando uno llega a ciertas alturas de la vida, por lo menos. Si no reviento antes, dentro de tres meses cumplo treinta y siete castañas, viejo. Me porto bien, hay que enmendarse. Últimamente, hasta acompañaba a la abuela a la iglesia, cuando la vieja vivía; ahora me persigno cada vez que paso por delante de la cruz, Franchute. Duermo ocho horas, me baño todos los días, les sonrío a los niños, sólo bebo treinta y seis cervezas diarias, voy de mi casa al bar y del bar a mi casa, estrictamente, miro la televisión, duermo la siesta, como tres veces al día, leo la Biblia antes de acostarme y, si tuviera mejor las rodillas y me pudiera hincar junto a la cama, te juro que rezaría. De un tiempo a esta parte, además, por un prurito, quizá exagerado, de decencia, sólo adquiero material para mi propio consumo. A ti te lo doy, y te lo doy al coste, porque somos amigos. Te lo doy así, como lo ves, por las buenas y a derechas, sin ganarme ni un real

Damián parpadeó y chasqueó unos dedos húmedos, grandes como habanos Montecristo, que despidieron gotas de sudor al tiempo que producían un aguanoso chasquido

-Por cierto, Franchute –agregó, tras un ligero titubeo-, me han dicho que ayer estuviste hablando con Olaf y con Asuero, y que te interesa el asesinato de ese comisario de policía.

-¿Sabes tú algo de ese asesinato, Damián?

Damián, si bien apenas salía de su casa (sólo lo hacía para ir al bar), estaba por regla general muy bien informado.

-¿Qué voy a saber yo, Franchute? – se quejó Damián Cabrera-. Si algo supiera puedes tener por cierto que te lo diría. Por lo que tengo oído, ese comisario debía de ser un cerdo, sin perjuicio para éstos, y debía de haber cien mil razones que podría tener cualquiera para liquidarlo. Eso se dice, al menos, por estos andurriales. A nadie se le parte de pena el alma porque hayan mandado a ese hijo de una Tal por Cual al Barrio Final, viejo.

Tras un silencio, Damián añadió, sin que viniera a cuento:

-Tengo una vecina, Franchute, ¿sabes? Se llama Lola. Vive en el mismo edificio que yo. La mina tiene un culo, pero un culo, Franchute. En fin, uno sueña.

-¿Amiga de Pérez Moles?

-No, no, en absoluto. Amiga de ese tal Lalandra, el del Ministerio del Interior, que al parecer era íntimo de Pérez Moles. Te lo digo a ti. Mamá se enteró porque ya sabes cómo es la vieja. Mira, espía, está siempre attenti a tutto, como buena napolitana.

-¿Te lo dijo a ti tu vieja?

-A mí y a alguna vecina, Franchute. ¿Tan importante es?

-No lo sé. Lalandra la va a visitar, supongo.

-Eso afirma mi vieja, Franchute. Yo no lo sé. Yo nunca lo vi. La vieja sí.

-Tu vieja es de creer que es de fiar, Damián.

-Está totalmente revirada, Franchute. No sé.

-¿Tú no lo viste nunca?

-¿A Lalandra? Yo no. No sé ni qué cara tiene. Mamá me dijo que el tipo va a ver, de vez en cuando, a la Lola, que tiene un culo, Franchute, pero

qué culo que tiene, mi Dios.

-A Pérez Moles, por lo que me han dicho, no le interesaban las mujeres. A Lalandra parece que sí.

-¿A quién no le va a interesar la Lola, con el culo que tiene, Franchute? La Lola tiene un culo, Franchute. Mi Dios, qué culo.

Damián Cabrera suspiraba y parpadeaba. El sudor le chorreaba de la cara al pescuezo, formado por varias superpuestas papadas.

-Tengo que pedirte otro favor, Damián.

-Te oigo.

-¿Vas a estar en tu casa esta noche?

-En casa o en el bar, ¿dónde si no? Si yo voy de mi casa al bar y del bar a mi casa, Franchute, como los buenos cristianos, que sólo salen de casa para ir a la iglesia. Nada más.

-A las siete o mejor a las ocho, por ejemplo, ¿dónde vas a estar?

-¿Para qué?

-Necesito tu teléfono, Damián. Para hacer una llamadita a Buenos Aires. Se te pagará.

-Eso no es problema. ¿Hoy?

-¿Hoy puede ser?

-Pero no antes de las siete y media, Franchute. A esa hora la vieja ya se habrá ido a jugar a esa lotería con cartoncitos, ya sabes.

-Al bingo.

-Al bingo. Mejor que la vieja no esté rondando, ¿sabes?

-Iré con dos damas, Damián.

-Trataré de no abrirte en pelotas entonces, Franchute. Tú y las mujeres. ¿Cuándo te decidirás a vivir en paz, como yo?

-Cuando crezca lo bastante, Damián. A partir de siete y media entonces.

-Te espero, Franchute. ¿Sabes dónde vivo?

-En Guido Spano, ¿no?

-Siete setenta y cuatro. Entre Capellán Pérez Castellanos y Urutaú.

-Salute y suerte, Damián. Amor, toros y pesetas, como decía Manolete.

-Manolete, bueh…

Damián encogió sus hombros y fue como si un camión volquete se sacudiera.

En aquel bar de las ciento doce cervezas, en Maldonado, Deluc lo había visto más de una vez (un bar situado en cualquier esquina anónima de aquella anónima ciudad gris), a Damián, que ocupaba siempre el mismo rincón: necesitaba tres sillas para sentarse. A Chesterton, según le habían contado, le pasaba algo parecido, aunque Deluc no creía que el risueño polígrafo inglés fuera tan grande de tamaño como lo era su amigo Damián.

Deluc dejó a Damián Cabrera allí en la Plaza Zabala (u Ochavada) y volvió al Palacio Lecumberri. Se sentía sin duda pasablemente bien, por lo menos, ya que cantaba *Ché, pituca*, un tango más bien alegre, de corte burlón. Decía:

Ché, pituca
Quién tuviera la alegría
De tener una alcancía
Como la de tu papá
O un anillo
Con la piedra incandescente
De esos que usa indiferente
Pa' entrecasa tu mamá
Che, pituca
No derrochés los canarios

Que a tu viejo el millonario
Lo voy a ver al final
Con la bandera a medi' asta
Cuidando coches a nafta
En alguna diagonal

5.

Una vez en el Palacio Lecumberri, Deluc se duchó y se afeitó, no por primera vez aquel día (y acaso tampoco por segunda vez), y antes de vestirse con ropa limpia se metió por la nariz una gruesa raya de cocaína, con la ayuda de un billete de diez pesos. Sabía que aquel día iba a ser movido y que iba a necesitar de una ayudita química.

Al salir, llamó a Graciela Ingold y le dio instrucciones.

-Estaremos las dos, Cristina y yo, en la Plaza Zabala, puntualmente, a las siete y media, Deluc.

-Si yo no he llegado espérenme, Graciela. Iré sea como sea, pero puede que llegue tarde. Tengo una cita importante antes. Ahora, ya, como quien dice.

-¿En interés de…eh… del paquete, Deluc?

-Exacto.

Diez minutos después (uno antes de las cinco), Deluc entraba en la Jefatura de Policía. Canturreaba en voz muy baja, para sí:

Loca mía…
Alma cruel y atravesada
Por tu artera puñalada
Toda mi dicha perdí

¿Quién diría
Que tu pensamiento terco
Te volviera flor de cerco
Y no encanto para mí…?

Era el viernes 2 de abril

IV) LAS VELEIDADES DE LOS MUCHACHOS

1.

Las actividades del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), mejor conocido como los Muchachos, la Orga o los tupamaros, se podían dividir en dos etapas claramente diferenciables. La primera (marcada sobre todo por el liderazgo ideológico de Raúl Sendic), tenía unos comienzos más bien imprecisos, que se podían situar hacia 1962 o 1963.

En marzo de este último año se produce un atraco a un Polígono de Tiro, en la ciudad de Carmelo Grande, de donde los atracadores se llevan unas doscientas armas cortas y una docena de armas largas, amén de una gran cantidad de munición. Muchos sitúan el nacimiento práctico, si no teórico, de la Orga, en aquel pequeño atraco, del que la prensa apenas si se ocupó en su momento.

Posteriormente, en 1964, en el mes de septiembre, se produjo un gran incendio que arrasó con los archivos de la Oficina de Catastros Municipal. Nadie vinculó a la Orga (a la que entonces ni siquiera se conocía) con aquel incendio. Varios años después (concretamente en 1969, a raíz de importantes detenciones) se supo que el incendio había sido obra de los Muchachos. La razón estribaba en un robo cometido algunas semanas antes, y este robo, a su vez, tenía como causa la de hallarse entonces en Catastros las seis única copias existentes de la red cloacal montevideana. Un astuto burócrata vinculado con la Orga (de quien nadie sabría nada nunca) había conseguido que las seis copias existentes de la red cloacal, todas disímiles

en algunos puntos, fuesen reunidas en Catastros con el objeto de igualarlas: pertenecían a Obras Sanitarias, al Municipio, a la Policía, al Ministerio de Obras Públicas, a las Fuerzas Armadas y a la propia Oficina de Catastros. Una vez allí reunidas, las seis copias habían sido robadas, y a posteriori la sede de Catastros había sido incendiada, para que nadie se percatara de aquel robo. Desde entonces los Muchachos reinaban en las cloacas de la ciudad.

En 1965 se produjeron muchos atracos a sucursales bancarias suburbanas, casi siempre en Montevideo, de los que con el tiempo se responsabilizaría a la Orga, y al fin, en 1966, se produjo el secuestro de la doctora Clotilde García Larravide, en el que Deluc intervino de manera tangencial.

Poco después, en el mes de febrero de 1967, con la voladura de la planta de refinado de la Standard Oil, en el Nudo Yatay (Montevideo al norte), la Orga se hacía conocer públicamente, de la manera más espectacular posible, y saltaba, por lo tanto, al primer plano, que ya no abandonaría.

2.

En 1969, en octubre, la Brigada de Prevención y Represión del Contrabando, al mando de comisario Eulogio Justín, llevó a cabo uno de los operativos más amplios y ambiciosos de su historia, en la discreta y arbolada Villa Margarita (entre Los Pocitos Alto y la Villa Dolores), con la finalidad de capturar a varios importantes secuaces del afamado contrabandista Luis Carlos Rangel, y acaso al propio Rangel en persona, así

como la de incautar un valioso alijo de tabaco, licores, armas y cabía que drogas.

El operativo se había planeado con gran detalle y planificada minuciosidad, con profusión de planos callejeros, mapas a diferentes escalas, fotografías aéreas e intervención de técnicos en diferentes especialidades (dactiloscopia, revisión de archivos, difusión de falsas verdades, creación de perfiles psicológicos de criminales, etc.), a lo largo de más de dos meses. Se habían recabado informaciones de por lo menos una docena de soplones; se había recibido el Vº Bº del Ministerio de Interior (del mismísimo doctor Lalandra) para actuar dentro del más riguroso secreto, a espaldas de la prensa, y para saltarse ciertas normativas de diferente índole; se habían cursado informes (y recibido) a la policía de Paraguay, Brasil y Argentina y, por último, se había solicitado y conseguido la colaboración de especialistas en asalto contra bandas armadas peligrosas (dependientes de la tremenda Guardia Metropolitana); se había identificado también, sin ningún género de dudas, la vivienda en la que había que intervenir y, como broche final, se había rodeado aquel idílico barrio entero (la elegante aunque algo triste Villa Margarita) con furgonetas camufladas, automóviles con matrículas falsas y decenas de agentes disfrazados. Cuando el operativo ya estaba a punto, se encerró a cal y canto la barriada con alambradas de púas y sacos terreros.

Todo funcionó a la perfección, al menos de buen principio.

Eran las siete y media de la mañana cuando el comisario Justín, que lucía para la ocasión su uniforme blanco de gala con espadín, metido en una furgoneta camuflada (sita enfrente de la vivienda que iba a ser asaltada, la cual era posible observar por la ventanilla trasera del vehículo), dio la orden de ataque definitiva.

Varias personas habían sido vistas entrando de una en una en la vigilada vivienda (en el difuso claror del crepúsculo del alba), y aunque no se había visto a Rangel (el ciudadano paraguayo llamado Rey del Contrabando), el comisario Justín había creído reconocer a más de una de aquellas patibularias caras (acaso sólo soñolientas, si se tiene en cuenta la incivil hora que era), aunque no alcanzó a identificar concretamente a ninguna. De modo que, ni lerdo ni perezoso, Justín transmitió por la radio las palabras clave:

-Operación en marcha.

A las siete y media en punto, pues, de la mañana, las puertas a la calle de la vivienda las volaron con explosivos plásticos, y la cancel de la casa con un martillo neumático llevado al lugar a ese efecto.

Acto seguido, entraron en la vivienda una treintena larga de policías, todos ellos con chalecos antibalas, cascos y máscaras de gas y armados hasta los dientes (rifles de repetición calibre 50, escopetas de 16 mm, una docena cada uno de las prohibidísimas balas dum dum –una de las normativas que Lalandra había cancelado expresamente para la ocasión-, explosivos plásticos, granadas de humo, diarreicas y paralizantes, gases lacrimógenos…).

En el interior de la vivienda encontraron a un grupo de personas que, aunque armadas, no ofrecieron ni la menor resistencia. Eran siete en total y estaban sentadas en torno de una mesa. En la casa apenas si había muebles, a excepción de un par de camastros. No se encontró en el lugar ni una miserable hebra de tabaco, ni la más mínima gota de licor ni el menor rastro de armas ni de drogas, y de Rangel y sus secuaces nada se pudo averiguar. Se encontraron, eso sí, muchos papeles, que detenidamente examinados, en el Departamento de Inteligencia y Enlace, revelarían muchas cosas.

Aquellos siete hombres, perplejos y callados, no tenían nada que ver con el contrabando.

En absoluto.

Aquellos siete hombres, sorprendidos, pálidos y mudos, formaban el Directorio en pleno de la Orga.

Justín, más asombrado todavía, si cabe, que aquellos siete individuos –todos ellos cada vez más pálidos, perplejos y enmudecidos-, no tardó por fin en reconocer al menos a uno.

-Usted es Raúl Sendic -enunció.

-Rufo, comisario –le contestó el aludido-. Me constituyo prisionero de guerra y, según la Convención de Ginebra, no tengo nada más que decir.

-Te voy a dar a ti convención de Ginebra, gandul –intervino el subcomisario Lepe, segundo al mando.

Hubo que frenarlo para que no se le fuera a las manos al callado y sombrío prisionero de guerra

El Número Uno de la Orga, a cargo de las directrices políticas, era efectivamente Raúl Sendic, que se hacía llamar Rufo, como él mismo había señalado.

Sendic era de lejos el más conocido de los siete detenidos, pero no el único conocido.

A los Números Dos y Tres también se los conocía y estaban fichados. El Número Dos era Alberto Marluenda Granach, alias Sancho, un profesor de Bellas Artes que se había pasado a la clandestinidad. Dentro de la Orga, su función era la de Tesorero, o encargado de las cuestiones fiduciarias. El Tres era acaso el más peligroso de todos ellos (Sendic incluido): se trataba de Fermín Abráchano Mora, llamado Brujo, que era el encargado de la Rama Militar de la organización. Los otros cuatro no tenían número de rango que los designara. Dos de ellos llevaban una vida normal, no

clandestina, de cara al público uno de ellos, Julián Bernárdez, que era actor. A los otros (a los que se habían pasado a la clandestinidad), se los llamaba "liberados", dentro de la Orga. Se afirmaba que cobraban sueldo.

2b.

En los años que mediaban entre el secuestro de Clotilde García Larravide (mayo de 1966) y la captura del Directorio en pleno de la Orga (octubre de 1969), las actividades de ésta habían sido incesantes y crecientes, pero el derramamiento de sangre había sido escaso. Se habían llevado a cabo, sobre todo, actos de carácter más bien simbólico o emblemático (de un corte por lo común, por supuesto, antiyanki), como la voladura de los depósitos de la Standard Oil, ya citada, o (en este caso contra la oligarquía aborigen del país) la de los predios del muy elitista Club de Golf, sito por cierto en Punta Redonda, a no muchas manzanas del domicilio de Aquilino Pérez Moles.

Había habido otrosí inevitables confrontaciones con la policía (sobre todo como secuela de asaltos a bancos), y unos cuantos agentes, al igual que otros tantos de los Muchachos, habían muerto en tiroteos. Unos cuarenta y pico, por lo demás, de estos últimos (catorce o quince mujeres entre ellos), habían sido detenidos, en diferentes ocasiones, a lo largo de aquellos años.

En la segunda etapa de la Orga (que arrancó con la detención de la cúpula en pleno en Villa Margarita) caerían y serían capturados muchísimos más.

Con la detención en pleno del primer Directorio, como se ha señalado arriba, casualidad garrafal (según la calificaron en el semanario independiente Trinchera) que fue festejada unánimemente por la prensa

(tanto la blanca como la colorada), a la manera de una gran victoria, se acabó la primera etapa, más o menos idílica, de las actividades de los Muchachos, y dio comienzo la segunda, mucho más violenta y sanguinaria, dirigida por Aníbal Lasarte, alias Ramón (el Número Uno de reemplazo, a cargo de las directrices políticas), y sobre todo por Ricardo Alcorza, alias el Chueco (el nuevo Número Tres, encargado de la gestión armada).

3.

Pocos días después de la captura del Primer Directorio, en lo que se pensó en un principio que era sólo una demostración de fuerzas por parte de la Orga, para significar que seguía viva, como la Hidra de Lerna, por muchas cabezas que le seccionaran, tuvieron lugar, en una misma noche, la voladura del Bowling Club, el asalto sin víctimas al Cuartel de la Prefectura Marítima, media docena de explosiones e incendios y el secuestro y el posterior brutal apalizamiento de dos notorios especuladores y evasores de divisas (los llamados Gordo Gross y Vasco Medinabeitia), cuyas múltiples actividades ilegales y fraudulentas también quedaron al descubierto, gracias a documentos claramente probatorios que habían dejado los Muchachos en el lugar de los hechos.

En aquella misma noche, así como en muchas otras sucesivas, los Muchachos ocuparon salas de cine en diferentes barrios, para transmitir mensajes revolucionarios y propaganda. El más interesante (e impactante) de aquellos mensajes era una breve película en la que aparecía, flanqueado por cuatro enmascarados silenciosos, el Chueco Alcorza, a cara descubierta y con un fusil de repetición ruso en una mano (que expertos militares en armamento reconocerían como un AK 47 Kalashnikov).

-Esto es un aviso y una formal declaración –decía Alcorza en la película-. El Movimiento de Liberación Nacional, empujado por los sicarios del imperialismo americano, ha emprendido el sendero de la guerra. A partir de estas fechas correrá la sangre. Caerán patriotas, pero por cada uno que caiga pagarán con su vida diez secuaces de la reacción y del odioso capitalismo burgués y corrupto que nos ahoga. Están advertidos. Les hablo a los políticos vendidos al oro de los gringos, a los militares entrenados en Florida y Panamá, a los policías inescrupulosos y sádicos, a los agentes provocadores infiltrados en los sindicatos, a los sindicalistas tibios y entregados a los patronos, a los empresarios que evaden divisas, a los especuladores, a los ministros que maltratan a sus compatriotas, a los políticos en general y en fin a todos los que medran del sufrimiento y el sudor del pueblo. Como dijo el heroico Che Guevara, hay que crear cinco, diez, cien vietnams. El Uruguay, desde hoy, es uno de ellos. El tratamiento que recibieron en estos días los especuladores y corruptos Baltasar Gross y Melquíades Medinabeitia es una primera advertencia para los muchos que obran como ellos, evadiendo capital uruguayo a la repugnante Confederación Helvética, aprovechándose de informaciones económicas y financieras privilegiadas para enriquecerse, usando de contactos espúreos con intereses yankis, practicando sevicias… Correrá la sangre. ¡Viva el pueblo en armas! ¡Viva la revolución!

Alcorza, a pesar de la dureza (o la brutalidad) de sus palabras, se expresaba con una voz monótona y plana, sin vida, como sus ojos.

Antes de convertirse en terrorista (o guerrillero urbano), Alcorza había sido un estudiante bastante brillante de Ciencia Económicas. Pertenecía a una familia de la burguesía alta, propietaria de una estancia en el departamento de Durazno. Había jugado al basket ball, unos años, sin destacar en absoluto, en el club Biarritz de Los Pocitos, cuya estrella

indiscutible era el Chino Balcárcel, aquel presunto periodista, amigo de Deluc, que figuraba en la nómina de La Voz del Plata.

4.

Deluc había visto la película protagonizada por Alcorza, un favor que le debía al comisario Juan Fillol, de Inteligencia y Enlace. Nada se había dicho de ella en El Manantial, no obstante, como tampoco en ningún otro órgano de la prensa, tanto escrita como oral o televisiva. El gobierno había advertido, a través de voceros oficiosos del Ministerio del Interior y de la policía, que graves sanciones podrían recaer sobre aquellos medios que divulgaran cualquier información de lo que se consideraba propaganda subversiva de grupúsculos delictivos (en plural, que se consideraba menos alarmante que el singular).

El semanario Trinchera, que había reproducido una octavilla impresa por los Muchachos (bastante inane, a decir verdad), había sido clausurado tres semanas.

"Guerra sin cuartel a la subversión", titulaba a toda página El Matutino, a posteriori de la prohibición del gobierno. "Nos piden silencio y obedecemos", decía un subtítulo. Otros diarios lo habían imitado. No El Manantial.

-Guerra a la subversión –había dicho Godoy, enrabietado, dentro de su jaula encristalada-. Son noticias, Francés. Y usted ha traído una exclusiva. Se sabe que esa película circula, que se exhibe en cines después de que los terroristas los ocupan, armas en mano, pero ningún periódico ha conseguido que el comisario Fillol se la enseñara. ¿Él cómo la ha obtenido?

-Se la hicieron llegar por un mensajero no identificado, según me ha dicho. La recibió en Jefatura.

-Y nosotros no podemos decir ni pío. ¿Fillol le pidió discreción, Francés?

-No me pidió nada. Sabía de antemano que no podríamos decir ni pío, Godoy, como usted dice. Estoy seguro.

-Guerra a la subversión. Maldita sea.

-¿No estará usted en contra, Godoy? No creo que le gustase al Amo Americano.

-Basta de bromas, Francés –ladró Godoy, que en aquel momento parecía más el perro que nunca-. Por supuesto que estoy en contra de esos mequetrefes como Sendic, Alcorza y demás, que sólo saben sembrar cizaña y odio entre orientales, pero antes que ninguna otra cosa soy periodista. Y en estos momentos, sobre todo, en que imperan el caos y la confusión, conviene tener las ideas muy claras, Francés, y mantenerse a pie firme cada cual en su trinchera. Téngalo usted presente.

Godoy había erguido su pequeño cuerpo flaco, en actitud marcial y algo solemne. Deluc sonreía al bajar la escalerita que comunicaba la jaula de cristal y la sala de redacción.

Tarareaba:

Me encerraron muchos años
En la sórdida gayola
Y una tarde me largaron
Pa' mi bien o pa' mi mal
Fui vagando por las calles
Y rodé como una bola
Pa' comer un plato e' sopa
Cuántas veces hice cola…

3.

El robo al Monte Pío o de Piedad (también llamado Oficina de Préstamos Pignoraticios y Caja de Empeños), se había ejecutado en la primera etapa de la Orga. Por lo que se sabía, el propio Rufo (Raúl Sendic) había dirigido personalmente el operativo. Había sido, sin duda, el operativo mejor planificado y llevado a cabo por la Orga hasta aquel momento, aunque no fuera tan espectacular (ni tan divertido) como hacer saltar por lo aires los depósitos de Standard Oil o de Shell, o como destruir, dentro de un recinto vallado del puerto (como se había hecho), treinta y ocho coches Ford último modelo recién importados, sin matricular siquiera todavía, que ardieron toda una noche en aquel recinto abierto, ubicado como quien dice en el corazón mismo de la ciudad, para pasmo, maravilla y/u horror de multitudes de ciudadanos que fueron testigos (apelotonados detrás de las vallas que había montado la policía o asomados a infinidad de ventanas) de las pavorosas llamas y de la gran humareda, que no dejó de elevarse hacia el cielo hasta que la noche se hizo día..

Para penetrar en el edificio del Monte de Piedad, los Muchachos se habían metido primero en un convento aledaño, donde vivían diez o doce pacíficas monjas (carmelitas calzadas) entradas en años, a las que habían reducido a punta de pistola (ninguna de ellas había sufrido, por lo demás, otro daño que aquel susto).

Del convento, los Muchachos habían pasado al otro lado por el sencillo aunque laborioso sistema del túnel y del agujero en un muro lindero (un procedimiento llamado del butrón e inventado en Milán, cabe que por mafiosos, a mediados de los años cincuenta), y se habían instalado

un fin de semana entero (del viernes por la tarde al lunes por la madrugada) en el interior del Monte Pío.

Habían tenido tiempo de sobras, por lo tanto, los Muchachos, para arramblar con todas las joyas resultantes del empeño, así como para abrir todas las cajas de seguridad e inclusive los frigoríficos especiales, donde se guardaban costosas pieles de visón, chinchillas, martas y nutrias, y de leopardos y focas blancas.

Los Muchachos habían llevado con ellos comida en abundancia y botellas de bebidas sin alcohol (también algunos termos con café y té calientes), linternas sordas, varios mazos de naipes, preservativos (el comando lo integraban hombres y mujeres), sacos de dormir e inclusive evacuatorios portátiles (que dejaron, con todo lo demás, en el lugar de los hechos) para hacer sus necesidades.

Se calculó (en Inteligencia y Enlace) que el grupo no bajaba de los quince a veinte miembros. Se utilizaron, por lo demás, no menos de tres o cuatro furgonetas y un camión de gran tamaño, acaso un Scania Bavis que había sido robado unos pocos días antes en el Brasil, cerca de la ciudad fronteriza de Livramento (y que se recuperó algunos días más tarde, a las afueras de la –tiempo después- emblemática ciudad de Pando).

-Y el comando lo dirigía Rufo en persona –aseveró Fillol

-¿Usted cómo lo sabe, comisario?

-Nos dejaron fotos, Deluc. Todos encapuchados menos él. Este Rufo… -Fillol movió la cabeza.

Acaso a él mismo lo sorprendía la creciente empatía que sentía por sus enemigos naturales, los Muchachos.

4.

La caída en manos de la policía de Raúl Sendic, Marluenda, Abráchano y de los demás miembros del Primer Directorio, significó un triunfo que parecía decisivo (al menos en aquellos momentos), para las fuerzas del orden y también, según destacó el entonces Ministro del Interior, comodoro (en situación de reserva) Genaro Montoliú Aguirreondo, ocupante del alto cargo entre la salida y el regreso de García Baliño:

-Un gran triunfo, sí, también –el comodoro gesticulaba mucho y movía a izquierda y a derecha las dos manos; era un ser bajito y completamente calvo, de expresión reconcentrada y severa, bilioso y furiosamente católico de misa diaria-, para la democracia y la convivencia entre los orientales, hijos de José Gervasio Artigas, y como tales enemigos indescansables (¿?) de toda intromisión foránea y de cualesquiera contubernios que nos empujen a modificar nuestros tradicionales modos de vida. Son la Cuba de Castro y el Oso Rojo moscovita los que están detrás de estas acciones indignas de orientales. Los aplastaremos, si no los hemos aplastado ya.

Fillol no se mostraba tan triunfalista.

-Qué quiere usted que le diga, Deluc. Me preocupa que ahora, sintiéndonos vencedores, bajemos los brazos. Sería, como poco, un error garrafal.

-Como la casualidad garrafal que condujo a la detención del Directorio de la Orga en pleno. Raro, ¿no? Perseguían a un pez a fin de cuentas menor, como Rangel, y se encontraron con todo un tiburón blanco, como Sendic. Explíqueme eso, comisario.

Fillol sonrió.

El comisario Juan Fillol era un hombre elegante, bien plantado, no mucho mayor que Deluc. Vestía siempre ropas sport de marcas italianas y/o inglesas. Entre los adustos altos funcionarios gubernamentales (todos ellos de edad más que mediana, entre cuarenta y cinco y sesenta y tantos), vestidos de manera convencional, y más aún entre los mandos policiales, que llevaban trajes de confección baratos y en la mayoría de los casos muy usados, Fillol descollaba por sus modales desenvueltos (quizá algo untuosos), por el corte y la elegancia (sobre todo) de sus inusuales ropas informales importadas, por su vitalista y sonriente juventud, por la esbeltez deportiva de su figura (su gran hobby consistía en arbitrar partidos de fútbol, lo que requería de unas buenas horas diarias de entrenamientos que lo mantenían siempre en espléndida forma física, máxime cuando poco antes lo habían designado para arbitrar partidos de la Primera División A) y, para los periodistas (entre los que Deluc ocupaba un lugar preeminente), por sus al menos aparente franqueza y franca cordialidad.

-Entre nosotros, Deluc –dijo en aquella ocasión el comisario-. Y esto de todos modos no lo podrá publicar por más que quiera, ya que le acarrearía un grave daño al órgano que lo divulgara, todo fue un montaje, y partió de aquí.

-¿De Inteligencia y Enlace?

-De aquí –Fillol se golpeteó en la sien con un largo dedo índice-. Estábamos detrás de esas reuniones hacía tiempo. Sabíamos que los Muchachos tenían varias casas alquiladas, desparramadas por la ciudad en barrios discretos y de poca actividad vecinal, en las que se reunía la cúpula del movimiento. Llegamos tarde varias veces y yo decidí informarme a fondo, tirar de todos los hilos y esperar. Cuando por fin todos los indicios apuntaban a que una reunión tendría lugar en esa casa concreta de Villa Margarita, muy temprano por la mañana, que era la hora, según ya

sabíamos, a la que se reunían siempre, antes mismo de que amaneciera, les lanzamos encima al comisario Justín y a su brigada de choque.

-¿Por qué? –preguntó Deluc-. ¿Por qué no apuntarse el triunfo usted, comisario?

-¿Ha leído usted las memorias de Vidocq, Deluc? ¿Sabe a quién me refiero?

-Al modelo real de Vautrin, el personaje de Balzac.

-En efecto, Deluc. Al jefe de policía de París, creador de la famosa Sûreté Nationale. Vidocq dejó dicho que sus mejores triunfos son los que llevó a cabo de tapadillo, sin que trascendieran. Sólo en sus memorias dejó constancia de ellos.

-Se dice que era un gran mixtificador. Y antes de hacerse policía había sido un delincuente.

-Puede. Un exitoso delincuente, sin duda, y también un eficacísimo policía. Y eso que jamás tuvo que lidiar con una organización compleja y compartimentada, mezcla de maleantes y de idealistas, como la de nuestros Muchachos. Yo prefiero no alardear de músculos, Deluc. Prefiero que se me considere, y conmigo a mi departamento, más una central de datos que una brigada de acción.

-¿Y su departamento qué es, comisario?

-Un poco de las dos cosas, Deluc, y unas cuantas cosas más también.

Al salir aquella tarde de Jefatura, Deluc, optimista a fin de cuentas por encima de todo, al menos según decía, se puso a cantar:

Tus divinos ojos verdes
Mezcla de mar y de cielo
Han dejado un desconsuelo
Que amargó mi corazón
Quiera Dios que no te acuerdes

De volver ya que te fuiste
Porque el daño que me hiciste
No merece mi perdón

5.

Corría agosto de 1970 cuando tuvo lugar la toma u ocupación de la ciudad de Pando, a unos sesenta kilómetros de Montevideo, que fue sin duda la acción más espectacular que habían llevado a cabo los Muchachos hasta entonces (y de lejos la más sangrienta). Y como correspondía a la forma de actuar de Alcorza y de sus adláteres, fue extremadamente brutal y violenta. Murieron no sólo varios miembros de la Orga y unos cuantos agentes de policía, sino también algunos ciudadanos inofensivos que habían caído (sin comérsela ni bebérsela) en el redil.

La ciudad estuvo incomunicada por completo (ni teléfonos ni telégrafos funcionaban, ni tampoco trenes ni autobuses ni vehículos privados podían entrar y/o salir de la ciudad ocupada) a lo largo de más de doce horas, hasta que la policía consiguió romper el cerco.

Aparte de los muertos (veintinueve exactamente en total, entre sicarios de Alcorza –algunos se dijo que sumariamente ejecutados-, agentes de policía y personal civil y anónimo), hubo veintidós detenidos. Alcorza, al que muchos testigos habían visto al frente de las operaciones, consiguió escapar, junto con diez o doce sujetos más, mujeres en algunos casos (tres de los muertos, por lo demás, y cuatro de los detenidos, eran de sexo femenino).

Algún testigo afirmó haber reconocido, entre los ocupantes de la ciudad, a la feroz Troya Merchán, alias la Puma, a la que había quienes ligaban sentimentalmente a Alcorza.

A la ciudad de Pando había –otrosí- quienes la llamaban Pando City (como Maragall), ya que en la gran mayoría de sus calles y en todas sus pocas avenidas los nombres tradicionales habían sido descartados (Zorrilla de San Martín, Artigas, Florencio Sánchez, Gral. Oribe, Larrañaga, Rivera, Lavalleja…) y desde finales de los años cincuenta (o principios de los sesenta) llevaban nombres tales como Jefferson, Washington, Lincoln, Plaza de los Estados Unidos de América, Nueva York, Pennsylvania, Lexington, Broadway, Chicago y Baltimore, entre otros. Muchos consideraron que la elección de aquella ciudad concreta, por los Muchachos, obedecía, a pesar de la extremada violencia que se había desencadenado, a razones sobre todo emblemáticas o simbólicas y, por supuesto, antinorteamericanas.

-Contra los gringos todo, a favor de los gringos nada.

Esto lo había declarado una vez (tiempo atrás) el profesor español (republicano exiliado) Amílcar Marenales, al que muchos consideraban un ideólogo (probablemente no deliberado ni consciente) de la Orga, al menos en sus inicios (había sido profesor de Raúl Sendic en la facultad de Ciencias Económicas).

-La ciudad de Pando, por ejemplo –había dicho también el profesor Marenales-, con todos esos nombres yankis en sus calles y en sus plazas... ¿En qué cabeza cabe? ¿Cómo pudo el consistorio de esa pequeña villa obrar la sinrazón de creerse o sentirse Manhattan? Debería cambiar todos esos nombres o…

-¿O qué, profesor? –le preguntaron.

Era de hecho Maragall, entonces reportero de a pie, quien lo entrevistaba.

-O desaparecer.

Después de la ocupación de Pando, por cierto (y en razón de aquellas ya lejanas, sin duda extemporáneas y acaso olvidadas declaraciones), el profesor Marenales había sido dura y largamente interrogado en Inteligencia y Enlace (por el sutil e inteligente inspector jefe Vasconcellos, egresado brillante de Fort Lauderdale, y el más tosco y rutinario inspector Hermida, que hasta poco antes vestía de uniforme en la seccional Décimo Séptima del Reducto), y lo hubieran detenido (al profesor Marenales) y muy probablemente expulsado del país (a pesar de que tenía su residencia legal en regla) de no haber sido por la intervención en su favor del político colorado César Luis Amudio, el primer senador de una de las tendencias más fuertes dentro de su partido, que había sido también él discípulo (y con los años se había hecho amigo) del exiliado republicano español.

De hecho, el profesor Marenales escribía una columna semanal, de economía, en el periódico vespertino Avanzar, del que el senador Amudio era subdirector (el director –y propietario- era el patricio colorado Jovito Cejador Batlle, un hijo de Luis Cejador Ordóñez y por lo tanto nieto y sobrino nieto –esto es descendiente más o menos por partida doble- del gran presidente colorado don José Batlle y Ordóñez, fundador del después calificado de “welfare state uruguayo avant la lettre”).

Lo más curioso, por no decir lo más grave, era que los Muchachos no habían ganado nada con la ocupación de Pando (y, si algo, habían perdido bastante). Habían respetado las ocho o diez sucursales bancarias abiertas en la ciudad, que cuando ellos la ocuparon estaban inermes bajo la fuerza de las armas. Ni las habían tocado. También habían dejado detrás a muchos de sus llamados soldados, entre los muertos y los capturados. Se trató, en realidad, no de otra cosa que de una enorme boutade; una forma de plantearle un desafío directo y violento a las fuerzas del orden. Perderlo o ganarlo era lo de menos. En esa finalidad final descabellada (valga la

redundancia), se veía sobre todo la mano cruel y diabólica del Chueco Alcorza. Uno, diez, cien, mil vietnams, en efecto.

6.

En aquella ocasión, cuando Deluc se entrevistó con él, tres o cuatro días después de la tremenda acción de Pando, (era invierno todavía, a finales de agosto de 1970) el comisario Fillol estaba ojeroso y parecía visiblemente más nervioso de lo que el periodista lo había visto jamás.

Sentado como siempre detrás de un ordenado escritorio, en su austero despacho (no había otros adornos que un diploma de la Facultad de Criminología de Chichester, en Inglaterra, y de unas boleadoras indígenas fabricadas con piedras redondeadas y tendones de mulita, que colgaban apacibles e inofensivas detrás de su cabeza), Fillol movía sus largos dedos inquietos sobre el cristal que protegía la mesa. A Deluc (se lo comentaría después a Maragall) le hicieron pensar en dos arañas.

Una luz potente y muy blanca, enfocada sobre la silla en la que sentaba Deluc, dejaba a Fillol en una incierta penumbra. Llegado no obstante un momento, Fillol apagó la lámpara.

-Esto va mal, Deluc. Va muy mal. Yo hasta ahora había mantenido una relación, digamos platónica, en el buen sentido, con los Muchachos. Es decir que yo trataba de entenderlos, aún en el caso, que por desgracia lo era, de que ellos no quisieran entenderme a mí –Fillol sonrió ligeramente-. Como Sócrates con Gorgias, digamos.

El comisario Fillol, evidentemente, se conocía muy bien a sus clásicos.

-Tuve a Rufo sentado allí mismo donde está usted, Deluc –siguió diciendo Fillol-. Más de una vez y de dos. Hablamos inclusive de cine, en

más de una ocasión. Como no podía ser de otra forma, Rufo es un acérrimo partidario del cine realista soviético. Eisenstein, Pudovkin, etc. Detesta y desprecia por igual al régimen soviético, pero admira enormemente a sus directores de cine. Se niega a valorar siquiera, por lo demás, la obra de grandes cineastas occidentales como Ford, Hawks o el propio Jean Renoir; opina que Hollywood es una abominación ramplona y propagandísitica, y considera que Orson Welles no es sino un cabal representante de la decadencia irreversible de una cultura prepotente, rapaz y ladrona. Discrepábamos en todo, Rufo y yo, pero dialogábamos, Deluc. Ahora, vista la atrocidad de lo ocurrido en Pando, el menor diálogo con ellos es imposible.

-Conviene, pues, pasar del diálogo a la picana eléctrica cuanto antes, comisario.

-La picana, como las palizas, son métodos ajenos a este Departamento, Deluc. Lo han sido hasta ahora y lo seguirán siendo mientras yo esté al mando.

Deluc le concedía el mayor crédito posible al comisario. En aquella ocasión, no obstante, no le creyó. El comisario tenía la vista demasiado fija en la suya y apenas si parpadeaba. Aquello era un mal síntoma, le diría después Deluc a Maragall.

Al salir, de camino a la redacción de El Manantial (que quedaba a poco más de tres manzanas), mientras pensaba (optimista como siempre), que el tiempo se aclararía (había sido un crudo y duro invierno), entre ráfagas de viento y cortinas dispersas de llovizna transversal, Deluc canturreaba:

Lastima bandoneón mi corazón
Tu ronca maldición maleva
Tu lágrima de ron me lleva

Hacia el hondo bajo fondo
Donde el barro se subleva
Ya sé, no me digás, tenés razón
La vida es una herida absurda
Y es todo todo tan fugaz
Que es una curda nada más
Mi confesión…

A mediados de septiembre de aquel año (concretamente el día 13), Ítalo Susmendi, un hijo de vascuences fatuo y bebedor, que se había hecho muy rico de maneras oscuras, apareció con una bala en la nuca en la llamada Rinconada de la Playa La Esmeralda, cerca del cerro. Un cartel prendido a su pecho decía:

EJECUTADO POR ENEMIGO DEL PUEBLO
MLN (TUPAMAROS)
BRAZO ARMADO

Tres días después, en las cercanías del Hipódromo de Maroñas, en el pueblo de Ituzaingó (en los bordes estrictos de por fuera del municipio de Montevideo), apareció en similares circunstancias (y con idéntico cartel prendido del pecho) el coronel Indalecio Rato Puentes, viudo de Julieta María Jaunarena Guerra, argentina, la propietaria que había sido de los cañaverales del norte en los que había nacido la Orga, unos años antes.

El coronel Rato era casi octogenario, y si bien sus actividades financieras habían levantado polvaredas en su momento, ya hacía entonces unos años que vivía semirretirado. Su muerte despertó una furibunda reacción entre los cuadros del ejército (lo que se dijo en su momento que fue la causa de que lo eligieran para matarlo).

Antes de la ocupación de Pando (concretamente a mediados de junio) se había producido, por parte de los Muchachos, el secuestro del agente de la CIA Dan –Dante- Mitrione, que se parapetaba como experto en agricultura al servicio de la Asociación Latino Americana de Libre Comercio (ALALC), cuya sede central estaba en Montevideo. Mitrione había sido sacado, envuelto en una alfombra enrollada, drogado, por los pasillos de la ALALC, a la vista de muchos funcionarios de ésta, y recluido en lo que por primera vez se calificó (por los Muchachos) de Cárcel del Pueblo.

Mientras fuerzas del orden (que incluían patrullas militares, algo hasta entonces nunca llevado a la práctica) peinaban la ciudad de norte a sur y de este a oeste, Mitrione era sometido a un juicio clandestino por sus captores, que emitieron sucesivos comunicados al respecto, y en última instancia condenado a muerte. El 2 de julio apareció asesinado entre unos matojos de la playa de Capurro, cerca del Cerro. Tenía dos balazos en la nuca.

Inicialmente la conmoción fue enorme, pero pasó con rapidez. Cabe que mucha gente totalmente desafecta, por lo demás, a los Muchachos, considerara que con Mitrione (si bien sin duda de una forma maligna y oscura, excesiva) se había llevado a cabo un acto de justicia secularmente demorado. Desde su nacimiento, por dictamen del Imperio Británico, en julio de 1828, el Uruguay había padecido la incesante intromisión anglosajona, de los ingleses primero y de los estadounidenses a partir de entre las guerras y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial.

Más grave que el de Mitrione, de hecho, fue el secuestro del embajador británico Peter Jackson, que tuvo lugar a principios de octubre de 1970, y que en abril de 1971 todavía seguía en poder de los Muchachos. En muchos cines, éstos proyectaron películas breves en las que se veía al embajador (un hombre alto, bien parecido y muy atlético) concentrado en

ejercicios de gimnasia dentro de un cubil de escasas dimensiones (llamado de nuevo en este caso Cárcel del Pueblo). Por otro lado, también se afirmó, en más de un comunicado, que el embajador (un verdadero especialista –él sí- en agricultura) estaba elaborando una reforma agraria para que los Muchachos la aplicaran cuando alcanzaran el poder.

Había pasado de aquellos incidentes (esto es: los de la ocupación de la ciudad de Pando) más de medio año cuando Deluc volvió a reunirse con Fillol.

V) LA ESTRATEGIA DE FILLOL

1.

El Departamento de Inteligencia y Enlace era un organismo de no vieja data dentro del Cuerpo de Policía de Montevideo. Lo habían creado en 1960 (hacía por lo tanto, a principios de 1971, algo más de una década), para que cumpliera con dos funciones muy diferentes aunque complementarias. Una consistía en recopilar información para beneficio de los demás departamentos y brigadas del cuerpo (en especial Investigaciones, Homicidios, Fraudes y Peculados, Contrabando, Personas Desaparecidas y Atracos a Mano Armada), y la segunda la de servir de trait d'union entre los distintos componentes (ya citados) del mencionado

cuerpo, así como entre Jefatura y las veintiocho Seccionales de Policía que comprendía el municipio.

A posteriori (tras duplicársele el presupuesto, que más adelante se le volvería a duplicar, por lo menos, y al que al final se lo recubriría, desglosado del Presupuesto General de la Policía, bajo una normativa de Secreto Estatal), esta función inicial de nexo y enlace del creciente y cada vez más influyente departamento se extendió hacia los cuerpos, en primer lugar, de las policías departamentales de la república, y después, obedeciendo a órdenes jerárquicas centralizadoras a escala continental (id est, procedentes del Departamento de Estado norteamericano), en extender y estrechar lazos de comunicación y confianza con los sistemas policiales de los países más o menos adyacentes, como Argentina, Brasil e incluso Chile (no todavía los de Paraguay, que ya largamente gemía bajo la feroz dictadura de Stroessner, ni de Bolivia, sacudida por continuados golpes de estado). También, por supuesto, con el FBI y la CIA estadounidenses y con los departamentos policiales de Nueva York y Boston y de la entonces todavía relativamente pequeña ciudad de Miami.

2.

Un aparte político

Argentina, por aquellas fechas (fines de los 50 y principios de los 60), disfrutaba de uno de sus raros descansos democráticos, con el doctor Arturo Frondizi en la presidencia de la república.

Brasil, por su parte, aún no había caído en el marasmo brutal de los siniestros generales Castelo Branco, Costa e Silva y Garrastazú Médici. Muy por el contrario, una vez superadas las sucesivas crisis del régimen personalista del suicidado Getulio Vargas, el gran país de Sud América

disfrutaba todavía de una relativa tranquilidad con el gobierno algo farsesco, primero, de Juscelino Kubitscheck y Janio Quadros, y a posteriori con el del liberal ludópata (y brillante) Jango Goulart.

En cuanto a Chile, si bien con el muy derechista Jorge Alessandri en la presidencia, el país conservaba, todavía, una sólida trayectoria parlamentaria y mal que bien democrática.

En aquellas ya lejanas fechas, la República Oriental del Uruguay (que tal era su denominación oficial: lo que significaba que, oficialmente, los uruguayos nunca habían sido uruguayos sino 'orientales', como si fueran filipinos o chinos algo desfasados de hemisferio) se regía por el sistema de gobierno colegiado (tan auspiciado y promocionado por Batlle y Ordóñez medio siglo antes), que estaba formado por un Consejo de Gobierno de nueve miembros, cuatro de los cuales (todos ellos del partido gobernante) ejercían la presidencia rotatoria de un año de duración en cada caso, a modo y ejemplo de la lejana Suiza (acaso no por nada al Uruguay se lo llamaba, quizá menos en serio que en broma, la Suiza de América, y a Montevideo, absolutamente en broma en este caso, la Atenas del Plata). Tres de los nueve consejeros, por cierto (tal como Batlle y Ordóñez había postulado, para vincularlo a las tareas de gobierno), pertenecían al partido opositor.

Por lo que respectaba a las repúblicas vecinas, Frondizi había sido desplazado del gobierno, a raíz de un golpe de estado encabezado por el Cuerpo de Caballería de las Fuerzas Armadas, en 1962. En 1964, en Brasil, el seductor y genialoide Jango Goulart y su cuñado, el gobernador de Rio Grande do Sul Leonel Brizzola, se habían tenido que exiliar en Uruguay, expulsados de su patria por un ejército absolutamente brutalizado en sus cuadros superiores y medios, que habían sido expresa y deliberadamente preparados y entrenados en ese sentido por academias castrenses (tanto visibles como secretas) de Estados Unidos.

La palabra “gorila”, por cierto, que después se utilizaría, a manera no sólo de sustantivo sino también de adjetivo, en todos los principales idiomas europeos, para designar al militar brutal, cuadriculado y duro de mollera (así como a pandilleros de todo pelaje y a toda clase de matones), procederá de las imágenes de los altos mandos militares brasileños de la época, con sus aparatosas gafas oscuras, el gesto cerrado y simiesco, la mandíbula prognática y el tórax sobrecargado de condecoraciones.

A propósito de esto dos puntualizaciones:

Primera:

Cuando Goulart y Brizzola se refugiaron en Uruguay, el gobierno militar brasileño los reclamó para juzgarlos (o ajusticiarlos), y para hacer prevalecer sus exigencias situó a su Sexto Ejército en la frontera. Maragall fue el periodista que entonces se enteró (aunque no se divulgó sino tiempo después) de que el ejército uruguayo en pleno tenía munición para resistir entre siete y ocho minutos al Sexto Ejército brasileño. La intervención del Departamento de Estado evitó lo que podía haber sido una (nueva) invasión en toda regla de la pequeña república del Plata.

Y segunda:

Enviado en nombre de El Manantial –que simpatizaba abiertamente con el régimen gorilista brasilero- Deluc entrevistó, a mediados de 1969, a un campechano mariscal Garrastazú, tercero en la sucesión del mando después de Castelo Branco y Costa e Silva, aprovechando unas breves vacaciones que el mariscal pasaba en Porto Alegre (su mamá, por cierto, según reveló el entrevistado al entrevistador, era uruguaya). El dictador brasilero tomaba un mate muy rioplatense mientras hablaba y –rasgo a subrayar- acariciaba continuamente a su gran pastor alemán, que se llamaba Jack (como Kennedy). Deluc, que había entrevistado a numerosos y endurecidos canallas de todo pelaje, volvió asqueado de aquella entrevista

con el gorila brasilero disfrazado de bondadoso chimpancé. “Quería parecerse a la mona Chita”, le diría a Maragall. “Y tú te sentirías Tarzán”, le contestaría éste.

3.

El superávit financiero y crematístico que había caracterizado a la república uruguaya en el primer cuarto del siglo XX, resultante de la política meditada e inteligente de Batlle y Ordóñez y sus colaboradores (terminadas por fin –en 1904- las guerras civiles que habían ensangrentado y despoblado al país a lo largo del siglo XIX), permitió la construcción de una especie de Estado Benefactor y Protector, de marcadas características laicas y, a partir de 1914 (fecha de la separación entre Estado e Iglesia), oficialmente ateas, como (por poner algunos ejemplos): la creación de una Caja de Jubilaciones y Pensiones, de un Banco Hipotecario y de una Oficina de Ganancias Elevadas, para que los ricos cargaran con las mayores cuotas impositivas y así nivelar en lo posible las rentas per cápita de los ciudadanos; también con la implantación de una sanidad generalizada y gratuita y de la escolarización universal obligatoria, amen del establecimiento del horario de ocho horas laborables; el reconocimiento del derecho sindical a la huelga, inclusive de carácter político; la separación ya señalada entre la Iglesia y el Estado precipitó el divorcio irrestricto, en un plazo máximo de cuatro meses, por voluntad exclusiva de la mujer –aunque no del marido-, entre otras muchas medidas de parecido corte.

Aquella inicial pero frágil bonanza económica, después de una crisis transitoria (en la primera mitad de los años treinta) resultante del crack de Wall Street, y de una subsiguiente remontada importante merced al gran

auge que experimentaron las exportaciones de lanas y de carnes en conserva para los millones de soldados de uno y otro bando enfrascados en la Segunda Guerra Mundial (el Uruguay se aprovechaba lo más y mejor que podía de las favorables circunstancias, comerciando con ambos frentes, dada su condición de país neutral), había entrado en una decadencia irreversible a medidos de los años cincuenta, cuyos sombríos e inevitables efectos se parchearon mal que bien hasta promediar la década siguiente, que fue cuando se dejaron ver por fin en toda su crudeza y su dureza.

A raíz de esta difícil (de esta irremontable) situación financiera, arreciaron las huelgas y las manifestaciones obreras y estudiantiles, así como la violencia de la reacción de los cuerpos del orden. La Guardia Republicana, de agentes a caballo, que hasta entonces se había caracterizado por encarrilar, más o menos de mal modo, a los asistentes a los partidos de fútbol y las veladas de boxeo, empezó a atacar con sus sables a huelguistas y a manifestantes, al tiempo que una renovada Guardia Metropolitana, compuesta por escuadrones de agentes armados con bastones electrificados, fusiles de gas lacrimógeno, cascos con viseras antibalas y grandes escudos transparentes, irrumpía a mansalva en reuniones sindicales y en las de los partidos políticos de izquierda.

El venerable don Emilio Frugoni, un socialista que en sus años mozos había mantenido amistosas relaciones (después rotas), con Lenin y Trotski, entre otros, había sido apaleado malamente una noche en la sede de su partido (víctima de un sorpresivo ataque de los metropolitanos), viéndose obligado a hospitalizarse cerca de un mes (tenía ochenta y tantos años en aquellas fechas).

En varias ocasiones, por lo demás, un gobierno torpe y acorralado (como lo suelen ser y estar los gobiernos bajo las condiciones imperantes entonces) decretó varias veces la adopción de prontas medidas de seguridad

e inclusive del estado de emergencia interna nacional, con patrullas policiales constantes por las calles de Montevideo, toque de queda a las nueve de la noche y detención masiva de ciudadanos distraídos o borrachos.

Muchos estudiosos de la realidad nacional (economistas, sociólogos y legisladores más o menos pensantes) explicaban en aquellas circunstancias concretas la repentina y explosiva aparición de los Muchachos.

En 1966, pues, por fijar una fecha, el pequeño y ya patético país norteño del Plata sobrevivía cada vez de peor manera en medio de dos colosos –por comparación con él- en los que gobernaban militares a la vez feroces y "bisagra", como se les decía, que obedecían con inmediata obsecuencia a las directrices del Departamento de Estado al tiempo que apaleaban, asesinaban, encarcelaban y torturaban a sus sufridos conciudadanos.

Hacia 1940, el demócrata Franklin Roosevelt, por lo demás, había dicho una frase que se convertiría en doctrina no muchos años más tarde: 'Sé mejor que nadie que Trujillo y Somoza son unos hijos de puta, pero son *nuestros* hijos de puta.'

4.

En el Uruguay, volviendo a él, en noviembre de 1958, después de casi un siglo de vegetar en la oposición, el Partido Blanco había ganado unas elecciones generales, y sus jefes y principales personeros estaban poco (nada) acostumbrados a gobernar.

Por otra parte, los blancos habían sido vilipendiados, a lo largo de más de un siglo, con calificativos sucesivamente poco honorables, como 'federalistas' o 'rosistas' primero (en tiempos de la dictadura, en Argentina,

del caudillo federal bonaerense don Juan Manuel de Rosas, de quien el uruguayo Oribe, el fundador del partido blanco, era el principal lugarteniente), y los no menos graves de 'nazis', 'fascistas' o 'nazifascistas' más adelante (para conjugarlo todo en un único y redundante epíteto), a raíz de unas declaraciones poco afortunadas del gran caudillo conservador de los blancos, el doctor (abogado) Luis Alberto de Herrera, que había dicho, cuando Hitler se había convertido en la abominación de las cancillerías occidentales, que él lo prefería antes que a Roosevelt, porque Hitler, por lo menos, estaba lejos.

En referencia a la influencia estadounidense por interpósitos miembros de las oligarquías latinoamericanas Herrera había dicho ya, años antes: 'Nos distraen para que miremos a los títeres, cuando lo que hay que mirar son las manos de los titiriteros'. Herrera, como muchos otros blancos, era arraigadamente conservador (defensor a ultranza de los intereses de los terratenientes) a la par que medularmente antinorteamericano.

En vistas de aquella anómala situación, a fines de los años cincuenta, los flamantes gobernantes blancos (sumamente elitistas todos ellos, por lo demás) se habían desvivido por darse un aire nuevo de demócratas viejos, llegando al colmo (al menos para otros como ellos –los mismos perros con diferentes collares-, pero más bragados y más astutos, esto es: los dirigentes colorados) de aplaudir el triunfo de Castro en Cuba frente a Batista, lo que tuvieron que rectificar radicalmente en pocos años, cuando les llegó la hora, a las repúblicas latinoamericanas, de romper todas de consuno con el barbudo doctor (abogado) cubano.

El Partido Blanco, por otra parte, para ganar por fin unas elecciones después de un siglo de derrotas, había tenido que pactar con el demagogo filofascista Benito Nardone, un hijo de napolitanos pobres que se había convertido, mediante el invento japonés reciente de la radio a transistores,

en el líder de los peones de latifundio y de los desgraciados moradores de los llamados ‘pueblos de ratas’ del interior del país. Muerto el doctor Herrera, Nardone, que vociferaba sus arengas a los peones de latifundio desde una emisora casi marginal de radio, se había convertido en la cabeza visible de un partido (el blanco) al que jamás había pertenecido y al que (por encima de todo) despreciaba. Lo flanqueaban derechistas y arribistas del corte de Rafael Goñi (llamado el Gordo), de los Bordaberry (don Domingo y su hijo José María) y del ya citado Ítalo Susmendi, asesinado por los Muchachos en 1970.

La muerte de Nardone, en 1964, le había evitado al Uruguay el daño de un Mussolini menor como capo di tutti capi del estado.

En aquel mismo año de 1964, el gobierno uruguayo, en manos todavía de los blancos, y en aquellas tristes fechas bajo la presidencia anual –rotatoria- de Valentín Gurméndez (h), fue el último de todos en América Latina en romper todos los lazos con Cuba y sus revolucionarios, habiéndose negado a hacerlo a lo largo de varios meses; a la postre, no obstante, había hocicado, se había avenido, había plegado velámenes y obedecido (sólo los mexicanos, dicho sea en su honor, se habían negado a hocicar a su vez frente al diktat del Gran Hermano Blanco del Pentágono).

5.

Todo había cambiado, pues, en unos pocos años. En 1960, a pesar del triunfo de la Revolución Cubana, el enemigo (para los uruguayos al menos) lo eran todavía un país dictatorial como Paraguay, u otros más lejanos y no menos dolientes, como la República Dominicana de Leónidas Trujillo, la Nicaragua de la familia Somoza o el penumbral Haití de Papá Doc. En

1965, no obstante, el enemigo unánime era Cuba, y todos los demás países del continente (o al menos sus gobiernos) se sentían hermanados contra ella, ya fueran dictaduras como presuntas democracias.

En febrero de 1967, por ejemplo, la Organización de Estados Americanos (OEA), de la que Cuba había sido expulsada, había convocado una conferencia de presidentes en las lujosas playas de Punta del Este, en Uruguay, a la que asistieron elementos de la intachable moralidad de Tachito Somoza de Nicaragua, Alfredo Stroessner de Paraguay, el tremendo López Montenegro de Guatemala, el general Barrientos de Bolivia, el truculento general Costa e Silva de Brasil, el adusto leporino general Onganía de Argentina y el siniestro y contumaz coronel Fidel Sánchez Hernández de El Salvador, así como el títere ciego de la República Dominicana Balaguer, ex vicepresidente de Leónidas Trujillo, entre otros varios de similar condición.

Acompañaban a estas personalidades otras más benignas o anodinas, como el peruano Belaúnde Terry, el colombiano Lleras Restrepo, el chileno Eduardo Frei, el venezolano Leoni y los uruguayos Enrique Humphrey (el presidente blanco saliente) y Oscar Gestido (el presidente colorado entrante, ya electo).

Como maestre de ceremonias, por encima de todos ellos, también había acudido –faltaría más, para mover los invisibles hilos- el Gran Titiritero Mr. Lyndon Baines Johnson Esq. en persona.

Deluc, por su parte, también él había asistido, en su calidad de periodista, a aquella conferencia, irrelevante por cierto y larga (había durado tres días) y tediosa, de la que sólo conservaría un único recuerdo grato: el de una borrachera en la que había caído en compañía del tan inane como simpático presidente del Ecuador, Otto Arosemena Gómez –Otito, como lo llamaban-, con quien había acudido una noche –los dos ya bien

bebidos- a un escondido garito clandestino de las afueras de la lujosa ciudad.

En octubre de aquel año negro de 1967, por último, asesinaron en Bolivia al doctor (médico) argentino Ernesto Guevara, llamado el Che.

6.

Hacia 1926, Batlle y Ordóñez había dicho, a propósito de las diferencias entre los gobiernos unipersonal y colegiado: “Siempre será preferible que gobiernen varias medianías a que lo haga un único hombre sabio”. No obstante estas proféticas palabras del llamado Fundador del Uruguay Moderno, en 1966, salvadas tres legislaturas colegialistas (dos de ellas al mando de los blancos), y llevada de la mano por la tremenda campaña urdida por toda la prensa diaria de Montevideo (a excepción del diario batllista conservador Amanecer y del comunista Tribuna Popular), la ciudadanía del país votó masivamente el regreso al sistema presidencialista. Las elecciones, como ya se ha señalado, las ganó el general Gestido. Y tras su casi inmediata defunción, la ley de sucesión colocó en el alto cargo al mediocre y empecinado Pacheco Areco. El país, de esta forma, había terminado encabezado por una única medianía.

En el semanario Trinchera, su director, el doctor Pedro Dávalos, había escrito, poco antes de las elecciones que llevarían al general Gestido a la presidencia:

“Nuestros dos grandes partidos pretenden cambiar el vigente sistema colegiado, tan inane como inocuo, por un retorno al presidencialismo, al que ellos asignan mayor eficacia y que puede ser mucho más peligroso”.

El artículo editorial de Dávalos llevaba un epígrafe en francés que decía:

‘Plus ça change, plus c’est la meme chose.’

7.

Inteligencia y Enlace no había navegado entre todos aquellos escollos sin sufrir en sus estructuras grandes modificaciones. El comisario Alembert Velázquez (su primer Comisario Jefe), un policía acaso no brillante pero, dentro de lo que cabía para su singular oficio, un hombre recto y honrado, había sido reemplazado primero por el ineficaz y perdulario Bernabé Domínguez Ilárraz, que ejerció el mando a la criolla (era un policía corrompido más) entre 1964 (julio) y 1967 (abril). En esta última fecha lo había reemplazado el joven y dúctil comisario Juan Fillol, con 33 años al asumir el mando y escasamente dos meses antes ascendido al comisariato, tras unos brillantes masters en Inglaterra y EE UU.

Desde aquel día hasta la muerte de Pérez Moles, Fillol y Deluc habían hablado en muchas ocasiones, siempre en el austero despacho, con sus boleadores y su diploma en inglés, del heterodoxo y eficaz comisario.

La primera vez que entrevistó al novel comisario, Deluc salió de Jefatura cantando:

Me han contado y perdoname
Que te increpe de este modo
Que la vas de partenaire
De no sé qué bataclán
Que has rodáu como potranca
Que la pechan en el codo

Engrupida bien de bute
Por la charla de un bacán.
Yo no sé, por otro lado,
Lo que es una partenaire
Y aunque digan que soy bruto
Y atrasado qué querés
No debe ser nada bueno
Si hay que andar con todo al aire
Y en vez de batirlo en criollo
Te lo baten en francés.
Me han contado y esto es facto
Qué querés me desconsuela
Pues viene de los chochamus
Que no me dejan mentir
Que te vas con otras minas
Pa' llenar la pasarela
Y a cantar si lo que hacen
Se puede llamar cantar
Vos que no tenés oído
Ni para el arroz con leche
Te mandabas La Morocha
Como número atracción
Quién te viera tan escasa
De vergüenza y de peleche
Emprenderla a los berridos
Cuando suena el charlestón

8.

-Sé muy bien por qué ha pedido usted verme hoy, Deluc –explicitó con aire severo el comisario Fillol-. No es por nada que me concierna a mí específicamente, ni a este departamento en general, sino por lo del asesinato de mi colega Pérez Moles.

-No es por el asesinato en sí que he venido, comisario. Quiero que hablemos, si es posible, de la señorita Carolina Báez Herrera…

-Alias Blanca o Petisa

-…y de Ricardo Alcorza

-Alias Chueco o Patesko.

-¿Patesko? Primera noticia.

-Patesko era un jugador de fútbol brasilero, Deluc –dijo Fillol con acento pedante, doctrinario y desabrido-. Jugó en Nacional de Montevideo, allá por los años treinta y cuarenta. Formaba en la delantera, nada menos que con el Príncipe Ciocca y Atilio García. ¿Lo sabía usted, Deluc? Patesko destacaba por su notable habilidad con la zurda, y se lo reconocía por una acentuada chuequera, si es que se puede decir así. Era marcadamente zambo, para entendernos. ¿Sabe usted quién era?

-Me temo que sí, comisario –contestó Deluc. Un gran jugador, según dicen quienes lo vieron jugar. ¿Hablamos de alias Blanca o Petisa?

-A Alcorza, empero –siguió diciendo Fillol, sin hacer caso de la petición del periodista-, le dicen Patesko no porque Patesko fuera también chueco, sino porque creen que la palabra proviene de patas, según se me ha dado a mí a saber. No porque los Muchachos entiendan nada de fútbol ni sepan quién fue en realidad el gran Patesko. De fútbol entiendo yo. Alcorza tiene las patas combadas, esto es chuecas; de ahí sus dos sobrenombres.

9.

Con el correr de los años (desde que Fillol había sido designado Comisario en Jefe del Departamento de Inteligencia y Enlace, para lidiar principal si no únicamente con los cada vez más agobiantes y descarados Muchachos de la Orga), Deluc y el comisario habían desarrollado, valga subrayarlo, una relación que, si bien estaba lejos de la amistad (ya que Deluc no tenía amigos y el comisario menos), como poco se movía dentro de unos amables, si no cordiales parámetros del mutuo buen trato, del bien entendido respeto y de la mínima confianza mutua.

Entre las muchas veces que Deluc había estado en el austero despacho de Fillol, ni en una sola ninguno de ellos había perdido ni por un instante los buenos modales ni la más impecable corrección en cuanto al trato entre ambos.

-Según Corróchano, mi colega de Homicidios –dijo Fillol-, usted, Deluc, ha coadyuvado en la fuga, si no la ha instrumentado, de una sospechosa de asesinato a Buenos Aires.

-Floridas palabras, comisario. ¿Sabe usted quién es la sospechosa?

-La mano muy larga y el puño muy fuerte del doctor Lalandra, Deluc, no alcanzan ni por asomo a este departamento.

-¿Cómo que no?

-Pues no, Deluc. El doctor Lalandra tiene amplios poderes, no me cabe la menor duda, pero a mí y a mi gente nos salvaguardan poderes aún superiores.

-¿El presidente de la república?

-No sea usted niño, Deluc.

-Entiendo.

-No diga usted explícitamente lo que está pensando, Deluc, porque lo negaré, inclusive off the record y de usted para mí y entre estas paredes.

-Nada digo, comisario.

Era evidente, no obstante, aún para el menos sobrado de cacumen, que no podía tratarse de ningún otro poder que el del ubicuo Amigo Americano. No podía haber, en Montevideo, un paraguas mejor bajo el que protegerse. Fillol una vez más (aún con aquella elíptica alusión y aquella alambicada advertencia) había sido con Deluc todo lo franco y abierto que darse pudiera.

-¿Qué quiere usted de mí, Deluc? –preguntó acto seguido el comisario-. Le diré lo que pueda, si es que puedo. Hay cosas que ni yo mismo me atrevo a divulgar a la prensa, por muy en calidad de off the record que sea.

-No estoy aquí como periodista, comisario. Le doy mi palabra. He venido en mi calidad de amigo de la señorita Josefina Lalandra. Ya ve usted que soy franco.

-¿Qué quiere saber?

-La Orga vigilaba a Pérez Moles. ¿Sabe usted por qué?

-¿Para atentar contra su vida, quizá?

Fillol no lo afirmó y ni siquiera lo sugirió en realidad. En sus palabras cabía encontrar un tangencial matiz despectivo.

-¿Bromea, comisario?

-Puede haberlo asesinado la Orga, Deluc. En este departamento eso es algo que no se toma au pied de la lettre, pero que no se descarta en absoluto.

-¿Asesinarlo por qué, comisario? No como acto de castigo o de propaganda, que la Orga hubiese publicitado, como ya ha hecho en más de una ocasión. ¿Entonces por qué?

-Aún no se sabe.

-Le diré yo un posible por qué. Y luego también yo se lo desmentiré, si puedo.

-Soy todo oídos, Deluc. Me agrada tanto esta situación, ¿sabe usted?

Fillol no se burlaba del todo.

-La gente, cuando habla aquí conmigo –puntualizó-, no me proporciona información de buena gana, que digamos. La tengo que interrogar, presionar, privarla de bebida y alimentos, colocarla bajo el foco de cuatrocientos vatios…Todo lo cual acaso sea tortura psicológica, pero nunca crudamente física, y que a mí de todas las maneras me cansa, aburre y deprime. En mi humilde opinión existe una sensible diferencia entre los golpes y los choques eléctricos en el escroto, por un lado, y los finos aunque quizá crueles interrogatorios que yo realizo por el otro. Igual me canso, Deluc, me aburro y me deprimo. Hoy estoy deprimido.

-Me da usted mucha pena, comisario

Fillol, ignorando el sarcasmo, levantó una mano.

-En fin, Deluc… Hoy viene usted aquí y me promete brindarme información de buena gana. Me pregunto por qué.

-Acaso usted ya sepa lo que le voy a decir, comisario.

-Soy todo oídos, Deluc –repitió Fillol.

-¿Puedo fumar? –preguntó Deluc.

Nunca hasta entonces se había tomado tamaña libertad en aquel despacho, ya que era consciente de que Fillol (deportista de elevada categoría a fin de cuentas), jamás fumaba, y probablemente le molestaran tanto el olor del tabaco como el humo.

-Hágalo, Deluc, por una vez, y sin que sirva de precedente.

Deluc encendió un Singulares. Se tomaba tiempo. Tal vez trataba de aclarar y ordenar sus pensamientos, sin duda ninguna bastante confusos.

-Hace algunos años, comisario, los Muchachos asaltaron el Monte de Piedad. Se llevaron de allí un cargamento enorme de alhajas, entre otras cosas. También valiosas pieles, si no estoy mal informado.

-¿Ésas son sus novedades, Deluc?

-Espere, comisario, espere. ¿Se ha recuperado algo de todo aquello?

-Muchas de aquellas valiosas pieles. Pocas alhajas –dijo Fillol, con gesto adusto y acento seco.

-Las alhajas han estado en circulación hasta hace muy poco, comisario, y cabe que lo sigan estando. Por lo menos las piedras preciosas que las adornaban y les daban brillo y valor pecuniario.

Deluc hablaba lentamente, con superfluos circunloquios. Fillol lo escuchaba con el gesto adusto y grave que se había impuesto desde el inicio de la entrevista. Sus ojos, no obstante, azules y grandes (el comisario era un hombre muy apuesto), que por lo general se mantenían fríos, reservados y remotos, parecían chisporrotear ahora por mor de la curiosidad al menos, si no del interés.

-¿Lo informo de datos nuevos, comisario?

-No del todo. Algo se sabía de ese tráfico de joyas, y se sospechaba que los Muchachos estaban detrás. Pero Pérez Moles, ¿qué tiene que ver con ello?

-Pérez Moles era un alto jerarca corrupto de la policía. Mejor no andarnos por las ramas.

-Lo era, en efecto. Y estaba al caer.

-Lalandra lo protegía.

-¿Y qué? En este departamento, ya se lo he dicho, los poderes del doctor Lalandra son inexistentes. Llegan hasta la puerta, pero no pasan de allí. Y mis propios poderes, Deluc, sí trascienden estas puertas y van mucho más allá.

Fillol se tomó el tiempo de una pausa, para sacar de un cajón de su mesa una bolsita de papel encerado.

-Caramelos masticables de eucaliptus, Deluc. ¿Le hacen?

-Prefiero fumar de momento, comisario. Gracias.

Después de meterse tres o cuatro caramelos verdes, piramidales, de resina, en la boca y masticar de forma distraída, aunque concienzuda, por unos instantes, Fillol dijo:

-¿Ha oído usted hablar de Asuntos Internos, Deluc?

-Policías que investigan a policías, ¿me equivoco?

-En efecto, Deluc. Policías que investigan a otros policías. Forman una pequeña y casi secreta unidad, y aunque el dato nunca se ventila, la verdad es que pertenecen a este departamento. Responden directamente ante mí.

Fillol carraspeó, acaso incomodado por el humo del Singulares que fumaba Deluc, y movió una de sus largas y pálidas manos. Después prosiguió:

-Asuntos Internos tiene investigaciones abiertas sobre muchos policías, Deluc. Entre ellos figuran, por cierto, unos cuantos altos jerarcas del cuerpo, como usted ha llamado a Pérez Moles. El comisario Antuñán, de la Guardia Metropolitana, es uno de ellos; Recoder, el comisario de la Mundana, es un segundo; Sinéforo García, el de Fraudes, Estafas y Peculados, que pronto pasará a llamarse Delitos Económicos, es un tercero. Y un cuarto, por supuesto, era Aquilino Pérez Moles. Todos ellos reciben o recibían múltiples prebendas y beneficios pecuniarios bajo cuerda, procedentes de muy diversas fuentes. Y no son ni eran los únicos. Aquí en mi departamento tenemos un detallado dossier de cada uno de ellos. ¿Les abrimos expediente? ¿Hacemos pública la información? No, Deluc. En absoluto. Todos ellos saben que nosotros sabemos. Que yo, concretamente,

sé. Y que yo me callo. ¿Hasta cuándo? Hasta que me convenga, Deluc. Pérez Moles se estaba volviendo incómodo, sobre todo en razón de su compadrazgo con el doctor Lalandra, que lo hacía sentirse intocable, invulnerable. Le quedaba muy poco dentro del cuerpo, Deluc, créame. Que lo mataran, tan oportunamente, significó, para mí, evitarme algún pequeño disgusto con el poderoso doctor. Pero no, Deluc; lo leo en su cara. Yo no lo hice matar, a Pérez Moles. ¿Para qué? Me convenía más vivo, en realidad. Porque yo me callo, Deluc. Yo sé cosas. Yo colecciono informes y dossiers.

Fillol pronunció aquellos sucesivos yoes como si se refiriera a un dios, pequeño y acaso privado de él, pero más grande, sin duda, que el mundo vulgar que lo rodeaba.

-Yo tengo un dossier de usted –Fillol proseguía con sus yoes-. ¿Le sorprende?

-No. Poco de valor habrá en él para usted, comisario

-¿Está usted seguro?

-De haberlo, comisario, usted ya me hubiera presionado.

-Tal vez lo presione a partir de ahora, ¿no lo ha pensado?

-No.

Deluc se había terminado su pitillo. Fillol, al observarlo, le pasó un platito de café que sacó de dentro de un cajón.

-Déjelo aquí –dijo.

Deluc apagó el Singulares en el platito y le devolvió éste a Fillol, que a su vez volcó la colilla en un recipiente de latón que tenía a su lado y entrelazó los diez dedos.

-Sé, por ejemplo –comunicó, con una voz afilada y siseante-, según consta en su dossier, Deluc, que en mayo de 1966 usted se reunió en un par de ocasiones con un agrimensor español llamado Cipriano Calixto Mera Oyarzún. ¿Lo recuerda?

-Creo que sí, comisario.

-¿Y sabe quién era realmente el agrimensor Mera, Deluc?

-Advierto que usted lo sabe, comisario –contestó Deluc, perfectamente tranquilo-. ¿Por qué no me informa?

-Mera era una ficción. Era un alias que utilizaba el doctor Ernesto Guevara de la Serna. ¿Sabe de quién le hablo?

-Del Che, comisario. El Che ya está muerto. Lo mataron ustedes. ¿Ahora qué importa?

-¿Qué hacía Guevara en Montevideo, Deluc? ¿Lo sabe?

-Lo ignoro, comisario. Reconozco que sabía quién era. Lo entrevisté para Worldwide Press. Fue mi primer trabajo para la agencia. El doctor Guevara me puso una condición, comisario.

-¿Cuál?

-Que no lo citara directamente en ningún caso y que no mencionara bajo ningún concepto la personalidad bajo la cual se escondía. Yo cumplí, comisario. Siempre trato de cumplir con mi palabra.

-Lo sé –dijo Fillol-. Yo también. En su día, yo leí, por supuesto, aquel viejo reportaje suyo, Deluc. Recuerdo que Guevara dijo algo que usted citó textualmente, si bien lo retrotrajo a varios años antes. ¿Lo recuerda?

-Lo recuerdo.

-Repítamelo.

-¿Para qué?

-Quiero comprobar qué tal funciona su memoria.

- Tácticas de tortura psicológica, comisario. De acuerdo. Yo le pregunté a Guevara qué opinaba de las manifestaciones que se llevaban a cabo a menudo, en aquellos años, a favor de la revolución armada, a imitación de la revolución cubana.

-Y él le contestó, permítame a mí que lo cite: “Este país es un jardín de ensueño, todavía. Hay que conservarlo todo lo que se pueda, sin hacer uso de violencias”. ¿Cree usted que Guevara le decía la verdad, Deluc?

-Guevara dijo aquello no a mí, en 1966, sino algunos años antes, en una reunión de ministros de Economía que se celebró en Punta del Este. Yo le pregunté si en efecto lo había dicho y él me lo confirmó. Me dijo, no obstante, que la evolución de los acontecimientos lo había hecho cambiar de opinión, en buena medida al menos. Y estoy seguro de que hoy su opinión habría cambiado aún más, comisario.

-¿Por nuestras culpas, Deluc, o por las de los Muchachos?

-Por las culpas de los dos, comisario. Por las culpas, en realidad, de todos.

Fillol se encogió de hombros.

-Volviendo a lo presente, Deluc – apuntó-, ¿para qué privarnos de Recoder, Sinéforo García y todos esos otros altos mandos corrompidos? ¿Para qué privarme yo, Deluc? De vez en cuando tengo que prescindir de alguno, como hubiera hecho con Pérez Moles, pero no es lo usual. Los dejo en su sitio, Deluc, para que se sigan ganando sus sucios dividendos. Yo de esta forma los utilizo. Al no revelar de puertas afuera de este departamento lo que sé, los tengo, ¿cómo le diré?, ¿controlados? De esta forma, Deluc, y entre usted y yo, le diré que muy pronto controlaré todos y cada uno de los departamentos de esta jefatura. Y eso será lo mejor para el país; para la seguridad y la tranquilidad de sus habitantes.

-Reynhard Heydrich creía lo mismo, comisario.

-No se pase, Deluc.

-¿Controlará también Homicidios, comisario? Corróchano, por lo que sé, es un curioso policía honrado, a su manera.

-En el sentido de no dejarse sobornar con dinero sí lo es. Vive en una casa barata alquilada, en un barrio apretujado y de clase baja; no posee automóvil propio; no tiene ninguna cuenta numerada en Suiza ni en las Bahamas; no gasta en ropas ni en comidas caras y ni siquiera se va de vacaciones a sitios privilegiados, como hacen otros. De hecho no se va de vacaciones nunca, a ningún sitio.

-¿En qué sentido entonces no es honrado, comisario?

-No digo que no sea honrado, a su sucia manera. Es violento y zafio. Mató a aquel tal Renán Cardelli hace unos años, por poner un ejemplo. No tenía por qué haberlo matado, aunque el otro estuviera armado y hubiera usado de su arma. Corróchano es violento, y lo es de una manera zafia y grosera, Deluc. No sólo no tiene modales, sino que no se sabe mover en las aguas procelosas y a menudo envenenadas de esta Jefatura. Hay que ser buen nadador, Deluc. Corróchano no lo es. ¿Por qué cree usted que no ha pasado nunca de inspector y que se jubilará como tal, si llega vivo al día de su retiro?

-Yo creía que por mugriento, comisario.

-Eso también, eso también

Fillol festejó con risitas casi obscenas, sin sonreir en absoluto ni después ni antes, la suciedad de Corróchano.

-Pero el principal inconveniente de su mugriento inspector, ya se lo he dicho, Deluc, es su violencia y su zafiedad. No sabe emplear los métodos correctos, y eso es una forma grave de la soberbia.

-Corróchano, por lo que se ve, no aprendió ni aprenderá nunca los elegantes y delicados métodos de nuestros maestros de la Canal Zone de Panamá, comisario.

-Le he dicho que ojo, Deluc.

-Usted no tortura sino psicológicamente, comisario. Y como usted dice, y yo le creo, aunque no lo puedo afirmar por experiencia propia, ni de un lado ni del otro de la barrera, hay una sensible diferencia con la tortura física. Se lo creo. Usted no emplea la picana, ni los tubos de goma, ni las duchas heladas ni el famoso pau d'arara brasilero. No le creí cuando me lo dijo antes, a propósito de lo de la ocupación de Pando. Mea culpa, y rectifico. Le creo ahora.

-Se ha salvado usted por los pelos, Deluc.

-¿Qué me hubiera hecho usted de no haber yo rectificado, comisario?

-¿Yo? –Fillol fingía asombrarse-. Nada, Deluc. Absolutamente nada. Pero no hubiera usted vuelto a poner los pies en este despacho, Deluc. Ni como periodista ni mucho menos como amigo de nadie. Y si bien…

El comisario se interrumpió y cambió de tema, sin cambiar de tono en su voz

-A Corróchano –puntualizó- quizá no tengamos por dónde agarrarlo, de momento al menos, pero el comisario Jordán Buda Cortina Cortiné, ese inútil que está al mando en Homicidios, ya es otro cantar.

-¿Qué coimas o sobornos se pueden sacar de los homicidios, comisario?

-A veces su candidez me sobrecoge, Deluc –dijo Fillol, con una primera, si bien tenue, sonrisa-. No sabe usted la cantidad de parricidios, matricidios y uxoricidios, por citar sólo los crímenes digamos domésticos, que han quedado impunes de unos pocos años a esta parte gracias a regalías en numerario.

En esta ocasión Fillol, al cambiar de nuevo bruscamente de tema, también cambio bruscamente de acento. Dijo:

-Siga usted con su historia, Deluc.

Su acento era ligerísimamente cortante todavía, pero ya no seco y áspero como antes sino suave; casi se parecía, por momentos al menos, al balbuceo de un hombre que dormitara.

-Me hablaba usted de esas joyas. No se crea que no lo escucho atentamente.

-Pérez Moles estaba involucrado hasta el tuétano en el tráfico de piedras preciosas, comisario. De qué forma lo estaba aún no lo sé exactamente, pero le aseguro a usted que el Chueco Alcorza y él estaban compinchados.

-¿Lo sabe de verdad sobre seguro, Deluc?

-Son deducciones sólidas, comisario. Sé que usted no es un patán como Justín o como el mismo Corróchano, que sólo se guían por los hechos. The facts, como dicen nuestros amigos norteamericanos. El ensayista Dwight McDonald, estadounidense por cierto, dice que la gente que antepone los factos a todo lo demás tiene la mentalidad de los tratantes pioneros de caballos; una mentalidad dura, seca, sin imaginación y al grano. Y de muy cortos alcances, por supuesto. Porque siempre hay algo que va más allá de los meros hechos y detalles, comisario. Los dos lo sabemos.

-No trate de marearme la perdiz, Deluc. Siga usted. Le escucho con interés. Se lo aseguro

El comisario gruñó levemente y añadió:

- ¡Detalles! Me viene usted a mí con eso.

-Sé también –siguió diciendo Deluc- que usted no se fija en los gorriones si tiene águilas a tiro de escopeta. ¿Llegamos a un pacto de caballeros, comisario?

-Los pactos de caballeros me desagradan, Deluc –contestó Fillol suavemente-, porque quienes me los proponen no suelen ser nunca tales, por mucho que lo digan.

Fillol volvió a sonreir, y en esta ocasión casi con calidez.

-Ahora bien –continuó-, a un acuerdo, digamos, de principios, no me opongo. No de buen comienzo, al menos. De hecho los acuerdos, de la clase que sean, son el verdadero eje que gobierna mi política, Deluc. Usted dirá.

Entonces Deluc soltó (como le diría después a Maragall), aquella secreta bomba que latía –tic tac- dentro de su cerebro desde que se había puesto a pensar y a repensar después de haber acompañado a Josefina Lalandra al aeropuerto de Carrasco, unos pocos días antes.

-Josefina Lalandra está involucrada -dijo.

-¿Con la Orga?

-Eso me temo.

-¿Me quiere usted decir que esa jovencita prófuga, la hija del intocable secretario técnico a perpetuidad del Ministerio del Interior, forma parte del MLN?

El comisario Fillol soltó una abierta carcajada, exenta no obstante de toda alegría.

-¿Es eso lo que me quiere decir usted?

-No es lo que le quiero decir. Es lo que afirmo.

-Al doctor Lalandra le cuesta el cargo, de comprobarse de forma fehaciente lo que usted sugiere.

-¿Y a usted qué le va en eso, comisario? Los poderes de Lalandra no pasan de la puerta de su departamento. ¿Se acuerda? Tanto le da a usted, por lo tanto, que el doctor se vaya como que se quede.

-¿Qué quiere usted de mí, Deluc? Dígamelo de una vez, sin dar más vueltas.

-De una forma u otra, yo aún no lo sé a ciencia cierta, Josefina está vinculada a la Orga. No sé si de hecho forma parte de ella, como usted ha indicado. Yo no lo creo, de momento al menos. Está involucrada, estoy

seguro, pero aún ignoro hasta qué grado. De todas las maneras, sea como sea y en el peor de los casos, la señorita Lalandra no pasaría de ser un pajarito muy menor, comisario. Indigno de un Gran Cazador Blanco como usted…

-Emplea usted muchas palabras para decir muy poco, Deluc. Me conozco muy bien el truco.

-Se lo enseñaron en Chichester, United Kingdom.

Tampoco en esta ocasión hizo caso Fillol del sarcasmo de Deluc.

-¿Usted qué quiere, Deluc?

-Si la policía hace ojos ciegos a la participación de Josefina en ese tráfico de joyas, yo…

-¿Usted qué, Deluc?

En aquel momento (como le diría pocos días después a Maragall), Deluc supo que tendría que soltar también la segunda bomba que le roía lentamente el alma desde que supo (y se lo pensó y caviló) que la Orga mantenía bajo estrecha vigilancia a Pérez Moles.

-¿Y…?

Fillol tabaleaba con los largos y finos dedos en su mesa de despacho.

Deluc aún vacilaba.

-Yo… -dijo y tosió-. Yo, comisario, espero y confío en poder entrevistarme, en breve plazo, con el señor Ricardo Alcorza.

Fillol no lo pudo reprimir; sus ojos azules se abrieron como dos platos.

-¿Usted qué…?

-Me reuniré pronto con el Chueco Alcorza, comisario, si no me fallan mis cálculos, y le informaré a usted de todo lo que hablemos. Me convertiré en la criatura más rastrera que puede existir, comisario. Me convertiré en delator, como vulgarmente se dice.

-¿Qué quiere a cambio?

-La libertad irrestricta de Josefina Lalandra, comisario.

-Si se reúne usted con Alcorza, y si me informa a mí privadamente, y de forma cabal y precisa de lo que éste le diga, de acuerdo, Deluc.

10.

Deluc silbaba al salir de Jefatura. No un tango, en esta ocasión; no uno de aquellos tangos misóginos y tristes que acostumbraba cantar para sí mismo, sino un fox-trot, alegre, tonto y vivaz, que había cantado en su día Carlitos Gardel:

Mary, Peggy, Betty, Julie
Rubias de New York
Cabecitas adoradas
Que viven del amor
Deliciosas criaturas perfumadas
Quiero el beso de sus boquitas pintadas
Frágiles muñecas del olvido y del placer
Ríen su alegría como un cascabel

Era evidente, a tenor de todas la señales externas (las dos manos metidas en los bolsillos del perramus, el andar rápido y fácil, aquel alegre y trivial silboteo, el Singulares humeándole en la boca, los ojos que seguían las campaneantes caderas de las mujeres que pasaban por su lado, la postura más erguida de la cabeza, con los hombros echados para atrás), que Deluc se sentía fortalecido por lo que fuera y en plena forma.

Las cosas (a tenor del engañoso parecer) no le podían ir mejor al rollizo reportero.

VI) EL SECRETO DEL SENADOR MILLARES

1.

Eran las siete y media pasadas (o acaso las ocho menos cuarto) de aquel viernes 2 de abril, cuando Deluc llegaba a la plaza Zabala (Ochavada). Graciela Ingold y su hermana Cristina (a la que Deluc jamás había visto en persona hasta aquel aún oprobioso y pesado atardecer) lo esperaban cerca de la estatua ecuestre. Graciela estaba sentada en un largo banco de listones de madera. Bajo la luz ambarina de dos altas farolas, un racimo de palomas pintas picoteaba y se embarullaba a su alrededor. Su hermana (porque no podía ser sino ella), más nerviosa o impaciente que Graciela, se paseaba a paso vivo entre dos de los senderos de la plaza.

-Al fin llegas, Deluc.

-Si he llegado casi en punto…

-Sí, supongo. Es que Cristina está tan ansiosa, tan nerviosa. ¿La conoces?

-Creo que no.

Cinco minutos después, sin haber hablado casi (y lo poco vaguedades), las dos impacientes féminas y el calmoso hombrecito achaparrado del perramus amarillo llegaban frente a la alta puerta mal

pintada del domicilio de Damián Cabrera, en la estrecha, maloliente y adoquinada calle Guido Spano.

Deluc llamó en la puerta con el puño, ya que no había botón del timbre ni ningún otro llamador.

-¿Quién? –preguntó desde adentro el pesado vozarrón del dueño de casa.

-Soy Deluc.

Peinado hacia la nuca con gomina (aún húmeda la cabellera), bañado, entalcado, perfumado y afeitado, pulquérrimo por una vez (no parecía ni estar sudando siquiera), Damián Cabrera movía la cabeza y sonreía.

-Pasa, Franchute. Adelante.

Damián vestía una especie de amplio mandil amarillo, que claramente hacía pensar en una carpa de circo. Las dos mujeres lo miraban estupefactas, como si no se lo pudieran creer. Camino del interior del amplio y antiguo apartamento (que estaba en la planta baja, ya que Damián no podía subir escaleras), Graciela Ingold le bisbiseó a Deluc:

-Qué grande que es tu amigo.

-¿Te has fijado?

-Como para no fijarme.

A Graciela se le escapó una risita curiosamente casquivana, casi imposible e impensable en ella.

-No sabía que hubiera seres humanos tan grandes.

-Damián está a medio camino entre la drosophila melanogaster de Maragall y el Tyrannosaurus Rex.

En el salón con el aparato telefónico, la hermana de Graciela y madre de Josefina (después del estupefacto sobrecogimiento que le había causado la masa humanoide de Damián Cabrera) había regresado a su anterior rigidez. Parecía tan tensa, con todos los músculos contraídos, que daba la

impresión de que, de golpearse contra el menor obstáculo que encontrara en su camino, se partiría en pedazos como una estatua de escayola. Se había puesto de inmediato a caminar entre las altas y deslucidas paredes.

-Aquí está el teléfono, Franchute –ofreció Damián, con un torpe ademán-. Es todo tuyo.

La llamada a Buenos Aires se demoró sólo cinco minutos. Deluc la había pedido de persona a persona, con Josefina o Dorotea. Fue ésta la que se puso.

-Josefina no está –dijo-, pero no tardará en volver.

-¿Cuándo estará de vuelta?

-Dentro de no más de media hora, calculo.

-Pues entonces la llamará su madre dentro de media hora –dijo Deluc.

-¿Y tú?

-Yo tengo que volver al periódico. Josefina hablará con su mamá y con su tía. Díselo.

Después Deluc le habló a Graciela, porque no parecía que la hermana de ésta estuviera en condiciones de receptividad. Fumaba catatónicos cigarrillos uno tras otro y se paseaba de una pared a la opuesta, tal parecía que agujereando el maderamen viejo y carcomido a cada paso de los afilados tacones de sus zapatos.

-Dile a Josefina que no le hable a nadie de las piedras.

-¿Qué piedras?

-Mejor que de momento no lo sepas, Graciela. Tú díselo. Tu sobrina entenderá. Que no le hable a nadie de esas piedras, ni allá ahora ni aquí cuando vuelva.

-¿Cuándo crees tú que puede volver?

-Espero que pronto, pero aún no lo sé.

-Me preguntará por ti. ¿Qué le digo?

-Que me pondré pronto en contacto con ella.

-Querrá saber cuándo va a ir su madre a verla.

-No le hagas promesas que después no se puedan cumplir, Graciela –dijo Deluc-. Y ni tu hermana ni tú traten de llamarla después por su cuenta. Las he traído aquí porque éste es un teléfono seguro. Nadie debe saber dónde está concretamente Josefina. Buenos Aires es muy grande. No la localizarán. Y un teléfono se puede intervenir, pinchar…

-¿La policía?

-Saben quién es y que está en Buenos Aires, pero dónde exactamente no. Si la localizan antes de tiempo las cosas se pueden poner muy feas.

-Yo puse esto en tus manos, Deluc. No entiendo nada de lo que pasa, pero tú mandas.

Graciela Ingold se mordisqueaba el labio inferior.

-No nos abandones, por favor -musitó.

-¿Me crees capaz, Graciela?

-No, no. Es que ya ni sé lo que digo.

2.

Damián Cabrera se había ido sigilosamente del amplio salón de aire abandonado; sólo el aparato de teléfono sobre una pequeña mesita redonda, dos sillones desfondados y descoloridos y colillas de cigarrillos ya viejas tiradas aquí y allí por el suelo. El empapelado colgaba en jirones de las paredes y al alto techo lo invadían oscuras manchas de humedad y orín.

-¿Damián?

-Estoy aquí, Franchute.

Damián estaba sentado –hundido- en un amplio sillón con visibles refuerzos de metal y de madera en los que sustentar sus muchos quintales.

Sus enormes brazos descansaban como gigantescos moluscos prehistóricos, cubiertos de diminuto vello rubio como líquenes, en los brazos del sillón.

-¿Las señoritas se han ido?

-Tienen que volver a llamar, Damián, y yo no puedo esperar. ¿Podrás tú acompañarlas a la puerta cuando terminen?

Deluc ni siquiera le había presentado a Graciela y a su hermana a su desmesurado amigo. Era muy consciente de que éste, en la medida de lo posible, rehuía todo contacto con ejemplares de lo que él (Damián) alguna vez había llamado "el sexo enemigo".

-Por ti y por tu debilidad por las féminas me bañé, me puse gomina, me afeité; hasta estrené mi kimono nuevo, Franchute. Esperaré y las acompañaré, tú piola.

-¿Eso que llevas es un kimono?

-A mamá se lo vendieron como si lo fuera. ¿No lo es?

-No lo sé.

-Son kimonos especiales para esos luchadores gordos japoneses. ¿Cómo se llaman?

-Sumokas, supongo. Judokas, karatekas… Sí, supongo que sumokas. Esa lucha que practican es una cosa medio ceremonial que se llama el sumo.

-¿Sumokas? –meditó Damián-. Creo que suena bien. Quizá lo utilice para mi próximo cuento. Sumokas, judokas y karatekas. Un buen título, Franchute. Sí, sí, sí. No suena nada mal.

-¿Tú escribes cuentos?

-Los pienso, Franchute. Sufro de tantas horas muertas… Tú no sabes lo que es... Son cuentos que imagino entre cerveza y cerveza. Cuentos mentales, Franchute. Las horas muertas… La soledad... La ya inmediata vejez...

-No jodas, Damián. Oye…

-Leo en tus ojos que me vas a pedir algo.

-Me dejé tus dosis en mi apartamento.

-¿Ni las probaste?

-Me metí una. Fantástico, che. Pero a estas alturas me temo que necesito otra. Con una pequeña me basta.

-Una dosis es una dosis, Franchute. Son todas iguales. Las peso en la balancita y las meto en paquetitos. Están allí.

Un grueso dedo señaló una robusta cómoda con el barniz deslucido y corroído, de cuyos cajones sobresalían y colgaban partes de prendas de ropa, papeles y cintajos descoloridos.

-Están en el tercer cajón, debajo de unas fajas viejas de la abuela. Si a ti no te importa…

-Faltaría más.

Aquello era el dormitorio de Damián. Todo su moblaje consistía en aquella cómoda, un alto espejo cubierto a medias por un gran paño de terciopelo violeta, una mesa y, detrás de una púdica cortina, la cama, era de suponer. Deluc nunca la había visto, aunque acaso alguna vez había tratado de imaginársela, sin duda sin conseguirlo. Damián era un tipo tímido, en cierta medida, y no carente de pudor. En la mesa, que estaba apartada, sólo había varios grandes ceniceros, y la balancita para pesar las dosis. También un montón de papelitos oblongos, para hacer (era de suponer) los paquetitos.

-Fenomenal material, ¿eh, Franchute? No te envicies.

3.

Sintiendo como que rebotaba todavía un poco (el efecto inicial de la droga era muy fuerte para cuerpos y cerebros poco acostumbrados como los suyos), Deluc entró, minutos antes de las nueve, en la sala de redacción. Unas cuantas caras se volvieron a mirarlo mientras él colgaba el perramus en uno de los percheros.

El Colorado Cuestas, el primer redactor en jefe (el segundo era Bauleo) se le acercó con su paso vivo y rápido.

-Éstas ya no son horas, Franchute.

-Si sólo son las nueve.

-El perro te espera impaciente desde antes de las ocho.

-Subo a verlo.

-¿Has hablado con Millares?

-Quedamos para esta noche, en el Palacio Legislativo.

-¿A qué hora?

-A ésta, pero no habrá problemas.

-Espero por ti que no, Franchute. Pérez me ha insinuado que, en su opinión y en la del perro, te has vuelto un poco descuidado de unos días a esta parte.

-Yo lo arreglo, Colorado. Gracias por avisarme.

-Ya sabes tú, Franchute –Cuestas levantó fugazmente un puño y exclamó, aunque en voz baja-: Muera el perro.

-Ésa es una frase de **Rayuela**.

-Lo sé. La saqué de ahí.

Deluc subió al cubil de cristal de Godoy.

-Entre, entre, Francés.

Había un solo asiento en el cubil; era un taburete giratorio, a tornillo, que Godoy siempre ponía lo más alto posible. Cuando Deluc entró, Godoy estaba sentado en el taburete, con sus piernas cortitas moviéndose en el aire.

-Tengo algo que pedirle, Godoy.

-¿Usted tiene algo que pedirme a mí?

Godoy pronunció muy espaciadas las palabras, casi dejándolas caer una por una, como si lo que Deluc había dicho se tratara de algo ofensivo y a la vez sorprendente. Al terminar de hablar, se tocó el pecho con un índice, marrón de nicotina.

-Páseme uno de mis puros, Francés.

La cajita amarilla de seis puritos (toscanitos turineses importados, espantosos y carísimos) estaba sobre la mesa, junto al sombrero. Deluc se la entregó a Godoy, que extrajo uno, se lo incrustó en un rincón de la boca y lo encendió, tras una complicada aunque breve maniobra, con un encendedor marinero de yesca, que producía brasa, no llama. Godoy lo había sacado enrollado de un bolsillo del chaleco y se lo había vuelto a meter allí, de forma distraída y quizá ausente.

-Háble me de Millares.

-Lo tengo que ir a ver. ¿Puedo llamarlo de aquí?

-Adelante, adelante, Francés. Está en su casa.

A nadie se le podía escapar (y sin duda menos que a nadie a Deluc) el acento cada vez más cortante y sarcástico del redactor responsable de El Manantial.

Deluc habló con una telefonista, un ujier, una secretaria, un secretario, una segunda secretaria (ésta personal) y al final de la cadena con el senador Millares, frente al cual se disculpó suscinta pero efusivamente.

-Te espero hasta las diez, Deluc. Ni un minuto más.

-Tiempo de sobra, senador. Me vuelvo a disculpar y gracias.

-¿Cómo tiene usted el descaro –dijo de pronto Godoy-, mi queridísimo Francés, de dejar plantado a todo un senador de la república,

sin ni siquiera pasarle aviso por anticipado, y para colmo al filo de un fin de semana?

-No podía. Tenía cosas que hacer. Tengo mi propia vida, Godoy, aunque a usted le cueste creerlo.

-Esta propia vida que usted tiene, Francés, dígame, ¿le paga un buen salario?

-¿No habrá llamado el senador para quejarse?

-¿Millares? No, no. El pobre angelito siente todavía una indudable inclinación por usted. Como la sentía yo mismo –Godoy miró de forma ostensible su reloj de muñeca- hasta hace cincuenta y cuatro minutos y medio, exactamente.

-Tengo algo que pedirle, Godoy –volvió a decir Deluc.

Los sarcasmos de la pequeña comadreja (del perro) no le iban a hacer perder a Deluc la compostura.

-¿Qué quiere? –ladró Godoy.

-Tiene usted que relevarme ya mismo de todo este engorro del Senado, Godoy.

-¿Qué, Francés? –Godoy se llevo a una oreja una mano ahuecada, a modo de aparato para sordos-. ¿Qué me ha dicho? ¿He oído bien, señor Deluc?

-Me tiene que relevar, Godoy.

-¿Por qué? Habrá una razón, supongo.

Deluc, a quien nunca le había costado mentir, respondió sin parpadear ni vacilar.

-Estoy en muy baja forma, Godoy. Es por eso. Lo sé, lo noto en mis circuitos cerebrales, y ya ve usted, y malgré moi, en fin, lo reconozco.

-Malgré vous, Francés. Mire usted. Pues vitamínese, haga ejercicio, coma naranjas y bananas y jugo de pomelo. Y como primera medida,

Francés, no se masturbe tanto. Hasta ahora, ha llevado usted muy bien el asunto del Senado. No se me descarrile. ¿Ha leído nuestra edición de ayer?

-Confieso que ni la he visto.

-Su texto retrospectivo, sobre la muerte de Gestido y el impasse en el Senado, va a toda primera página, Francés.

-¿Entero?

-La primera parte. El resto en Parlamento, claro está.

-Clarísimo, Godoy. Mi solicitud…

-Entreviste esta noche a Millares y veremos, Francés. Quiero unas declaraciones contundentes, bien jugosas. Haga usted que Millares se la juegue, Francés. Usted si quiere puede.

-Estoy en baja forma, ya se lo he dicho.

-No me venga usted con macanas. Lárguese de aquí.

Deluc bajó del cubil de cristal, atravesó la sala de redacción (Maragall lo saludó desde la puerta insonorizada que daba al taller), recogió su perramus del perchero, salió, llamó el ascensor, se puso el perramus mientras esperaba, y al salir del ascensor al vestíbulo y del vestíbulo a la calle canturreaba:

No sé que daño
Te hice yo pa' merecer
Esta cadena inaguantable de dolor
Que cuando no te beso
No puedo respirar
Y siento que me ahogan
Tus labios al besar
De sufrir tanto perdí la dignidad
Ya no me importa saber que me engañás
Yo vi con estos ojos

Los besos que él te dio
Y oí que se reían
Burlándose los dos

4.

Llovía de nuevo, y corría, transversal a la lluvia, una brisa por fin fría, el final acaso de aquel interminable y húmedo verano.

Deluc viajó en taxi hasta el Palacio Legislativo, donde el ujier que lo condujo a las estancias del senador Millares no era otro que Victor Rodríguez Andrade, el otrora inmortal half izquierdo de la final de Maracaná contra Brasil. Adornado con vivos dorados el uniforme azul liso, Rodríguez Andrade andaba a la par de Deluc. Se conocían bastante.

-El senador hace un rato que te espera, Deluc. A estos señoritos no hay que hacerlos esperar. Me dijo que te esperara y te llevara personalmente a su despacho.

-Mira tú qué bien, Víctor.

-Hago lo que me mandan, Deluc.

Daba un poco de lástima, aquel campeón del mundo, a quien como recompensa habían empleado de ujier uniformado en el Palacio Legislativo (el Palativo Legislacio, como lo llamaba cínicamente Maragall). Otros no habían conseguido ni eso. Rodríguez Andrade, por lo demás, era el único negro entero del equipo campeón, porque el gran Obdulio Varela, el capitán, el llamado Negro Jefe, era en realidad un mulato de pigmentación subida. Y era el que se había quedado con menos. ‘Yo no acepto limosnas’, se contaba que había dicho Varela, cuando le ofrecieron un empleúcho (también de uniformado, para peor) en el municipio. Deluc acaso pensara en aquellas vaguedades. Tras unos minutos habló.

-¿Sabes a quién vi hace un tiempo en la playa de Los Pocitos? A Pepe Schiaffino.

-¿Lo conoces?

-No, no. Jamás hemos hablado. Lo he visto alguna que otra vez. En la playa, cuando te digo, hará un par de meses, él iba andando por la orilla. Unos pibes jugaban allí al fútbol y se les escapó la globa. Lo llamaron. 'Eh, don. ¿Nos la tira, por favor?'. Schiaffino tenía la globa a un metro, pero no se paró, ni se volvió, ni contestó. Siguió de largo como si nada.

-¿Y?

-Nada, sólo te lo contaba. Hay algo que siempre he querido saber y que quizá tú me puedas aclarar. ¿Por qué le dicen Pepe a Schiaffino? ¿No se llama Luis Alberto?

-Luis Alberto, sí. Pepe era su hermano mayor. Para muchos era el mejor entre los dos, pero engordó y tuvo que dejar el fútbol. Pepe heredó el sobrenombre.

-Curioso.

-Pepe Schiaffino fue un gran jugador, Deluc. Era el mejor, de lejos, entre todos nosotros, sin duda. ¿Y sabes?

El hombre parecía un poco triste. Se había quedado cabizbajo mientras los dos andaban por los relucientes y amplios pasillos.

-Se juega cien veces aquella final de Maracaná y noventa y nueve veces la ganan los brasileros. Tenían mucho mejor cuadro que nosotros. Aquella tarde tocó la número cien, la que tocaba que ganábamos nosotros, Deluc. Fue una pura chiripa.

-Una chiripa gloriosa, Víctor.

-Cuando teníamos de verdad un cuadrazo era en el Mundial siguiente, el de Suiza. Éramos mucho mejor cuadro que el de Maracaná, con Abbadie, Ambrois y Borges en la delantera y William Martínez de back. Y

Santamaría. La semifinal contra los húngaros la pudimos ganar. Llovía a mares, y cuando faltaba un minuto y empatábamos dos a dos, Hohberg, que era el primer partido que jugaba, le pegó mal a una pelota que se quedó clavada en el barro a medio metro del arco de los húngaros, con el arquero ya vencido. Después vino el alargue y ellos nos metieron dos.

-Puskas no jugaba.

-Tampoco Obdulio ni Míguez. De haber entrado aquella globa de Hohberg hoy tendríamos tres títulos mundiales.

-Faltaba ganarles a los alemanes, Víctor.

-Esos, bah. Los húngaros perdieron la final porque se habían agotado en la semifinal contra nosotros. De no ser por eso les meten otros ocho a los alemanes. Ya se los habían metido en la serie de clasificación para cuartos de final.

-Uruguay también se habrá agotado, supongo.

-Nosotros jugamos caminando, Deluc. Nunca corremos, salvo in extremis. Perdona que te hable en latín. Es latín, ¿no?

-Estás perdonado, Víctor

-Correr es de cobardes.

La secretaria privada de Millares, una rubia bastante joven y bastante agraciada, de nombre Mirtha, tomó a su cargo a Deluc de manos del ujier y lo condujo al despacho de su jefe. Llamó y entró, con Deluc un paso detrás.

-No está bien tener esperando a un hombre tan ocupado como yo, Deluc.

-Lo siento en el alma, senador.

Deluc y Millares se estrecharon la mano. Encima de una mesa desordenada pero lejos de estar abarrotada, había una grabadora grande, de ocho pistas.

-Pensé que te sentirías mejor si lo grabamos todo, Deluc. Es una máquina con pedal, que yo controlaré, si no te importa. Cuando quiera decir algo off the record, como se dice, empujaré el pedal y listo. ¿Te parece bien? Supongo que podré hablar off the record.

-Todo lo que usted quiera, senador, siempre que me diga algo sustancial in the record, para que se pueda poner por lo menos un buen titular.

Los dos ya se habían sentado. Sobre la mesa había una cafetera, un azucarero y dos tazas.

-Aquí sólo tenemos leche condensada, que es horrible, Deluc. Ahora bien, si tú quieres…

-Así está bien.

-El café no es malo. Lo preparó Mirtha

La secretaria sonreía, desde la puerta abierta.

-¿Todavía me necesita, senador?

-No, no, hija. Es tardísimo. Siento haberte pedido que te quedaras hasta tan tarde. Y en un viernes, para colmo.

-A mí no me importa, senador.

-Ve, anda, lárgate. Feliz fin de semana. Que se vayan todos, si es que aún queda alguien más.

El senador Millares era extremadamente cordial con sus subalternos. También (siempre que podía) con el mundo en general. Era un político sagaz, sin la menor duda.

-No queda nadie, senador. Buenas noches.

Mirtha cerró suavemente la puerta. Por unos instantes, apagándose metro a metro, se oyeron los tacones de sus zapatos, que se alejaban.

5.

Pasados unos minutos, con la grabadora en marcha, empezaba formalmente la entrevista.

(Lo que vendrá a continuación constituye más o menos lo que Deluc escribió en un primer momento, cuando estuvo de vuelta en la redacción. Después recortó y pulió mucho el texto, antes de entregárselo a Godoy hacia las cuatro ya de la mañana)

-Liquidemos primero que nada lo de este impasse, senador, que tiene muy preocupado a nuestro director.

-¿A don Gualberto Corrales? ¿Por qué?

-¿No ha leído sus editoriales?

-Yo no leo nunca editoriales, Deluc. Como decía el senador demócrata Hugh Knoll, creo que de Kansas, yo de los diarios sólo leo a Dick Tracy. Y aquí, que yo sepa, ni siquiera se publica esa historieta.

-El impasse, senador. ¿Se romperá?

-Tendrá que romperse, más tarde o más temprano. Nos puede esperar lo que se llama un invierno caliente. Y no sólo aquí en el Parlamento. ¿Te acuerdas del invierno del sesenta y ocho?

-La epidemia del mayo francés.

-Nos puede sobrevenir un invierno aún peor.

-¿Piensa usted interpelar a García Baliño, senador?

-¿Para qué? Durará muy poco, sea cual sea la voluntad del presidente.

-García Baliño cometió cohecho, senador. Usted podría demostrarlo.

-¿Y qué? ¿Crees que es el único político corrupto? Necesitaríamos cámaras de gas para librarnos de todos.

-¿Tanto blancos como colorados, senador?

-Y socialistas, democristianos e inclusive comunistas. Y por supuesto de esos imbéciles de la liga contra el laicismo. La corrupción se extiende

cada vez más, a todos los niveles, Deluc. ¿Sabes de qué me interesa hablar a mí? De esa coalición de izquierda que según dicen se formará para las elecciones de noviembre.

-Pues hablemos de las próximas elecciones, senador. Por mí no hay inconveniente.

-¿Qué crees tú que pasará con esa probable coalición?

-Yo soy el periodista, senador. Le diré, no obstante, que en mi opinión ya es hora de que blancos y colorados les dejen lugar a otros en el pesebre.

-Sí, quizá, Deluc. Ocurre, no obstante, que la política consiste en maniobrar a corto plazo, incluso a muy corto plazo. No se pueden hacer previsiones de futuro ni a largo ni siquiera a medio plazo. Y en estos momentos una coalición de la izquierda, ¿a quién crees tú que puede privarlo de muchos votos?

-A usted.

-He ahí el dilema, como decía aquel fulano dinamarqués. Por otro lado, el ejército ve con malísimos ojos a esa probable coalición.

-Es lógico.

-Asustan un poco estos soldaditos. Con las crecientes acciones terroristas de los Muchachos, los medios castrenses están cada día más impacientes. Los coronelitos jóvenes, capitancejos y tenientes, quieren meterse a cara descubierta en lo que ellos consideran una guerra, ¿cómo dicen?, de baja intensidad. Estuvo aquí el coronel Oriental Ventura, que es el jefe de Inteligencia Militar, según tengo entendido, con tres o cuatro de sus subalternos, para sondear la posibilidad de que el Parlamento vote por sacar a los soldados a las calles. ¿A ti qué te parece?

-Sería un horror.

-Sería algo peor. Sería un error. Sería un error sin paliativos y de funestas consecuencias. Se discutió en el Senado, a puertas cerradas y sin

luz ni taquígrafos. Allí yo dije, y me permito citarme, que es muy sencillo apretar el botón para hacer salir a los soldados de sus cuarteles. ¿Pero dónde está el botón que los haga regresar a los mismos? No lo hay, Deluc. El senador Caputt, al frente del grupo oficialista, quiso llevar adelante una moción para que informaran a la Asamblea General los tres Comandantes en Jefe y la Junta de Jefes de Estado Mayor, periódicamente. Periódicamente, Deluc. Me opuse, como es lógico.

-¿Por qué, senador?

-Porque hubiera sido sentar un pésimo precedente. Sería permitir que las Fuerzas Armadas empezaran a opinar sobre cuestiones políticas que no les conciernen. De ahí al coup d'etat sólo hay dos pasos, Deluc. Y los soldados siempre los dan. Lo han hecho en todas partes y en todos los tiempos, desde Epaninondas a De Gaulle. Una cosa es que informen al poder ejecutivo. Es lo normal y esperable. Otra muy distinta es que vengan a dar opiniones al poder legislativo. Son dos poderes muy diferentes, Deluc, pero la gente cada vez lo entiende menos. Caputt, por ejemplo, y Rahn y Rodríguez del Enciso, no lo entienden y no me sorprende. Más me sorprende y me alarma que tampoco lo entienda un legislador capaz e inteligente, y quiero creer que honesto, como el senador Amudio. Es claro que su grupo, el de los Cejador, apoya al gobierno, de momento al menos. Lo triste no es que no se entiendan las diferencias entre ejecutivo y legislativo. No se puede esperar menos de individuos menguados y obsecuentes como Rahn, Caputt y Morquio, o Rodríguez del Enciso, por citar los cuatro ejemplos más notorios. Lo grave es cuando esas diferencias no se quieren entender, por razones de política menuda en todos los casos.

"¡Se trata de legisladores, Deluc!

Millares golpeteó dos o tres veces con la mano sobre la mesa. Después bebió de su taza, con una muequecita.

-Caliente este café no está tan mal, pero cuando se entibia es asqueroso –dijo.

Y añadió, con una sonrisita irónica:

-Tú no lo has probado siquiera, Deluc.

-No bebo café casi nunca, senador. Sólo con leche. Para acompañar croissants y panes con grasa.

-¿Sabes, Deluc? –el senador había pisado a conciencia el pedal del aparato grabador, por primera vez-. La ofensiva cada vez más tenaz y más cruel de los Muchachos, la presión de los soldados sobre las cámaras legislativas, este maldito impasse senatorial que obedece a turbios intereses creados… Me siento tan cansado… Si fuera por mí me tomaría unas largas vacaciones, Deluc, de las que no volvería hasta que se me terminara el dinero.

-Entonces no volvería usted nunca, senador.

-Tan rico no soy, Deluc, ni mucho menos.

-Ahora, en este país, hasta los terratenientes se han vuelto pobres, según parece, senador.

El senador aflojó el pie y los carretes del grabador volvieron a girar y a sisear suavemente.

-El agro está en crisis, Deluc. Además, muchas estancias de la frontera han sido compradas en estos últimos tiempos por potentados brasileros, que tienen tierras en ambos países y practican un intensivo contrabando de reses en pie, muchas de ellas con crías en el vientre. Así vamos de cabeza a la catástrofe.

-¿No se puede hacer nada?

-Se podría, si la política nos diera margen para lo que fuera que no sea la guerra con los Muchachos. Porque al principio esos colifatos les pudieron

caer simpáticos a mucha gente, pero ya no. Tras la masacre de Pando no. Se han convertido en un grupo terrorista de la peor calaña, Deluc.

-Qué hacer entonces.

-Con la crisis del agro no se puede hacer nada de momento, y es la raíz de todos nuestros males. La mala coyuntura internacional, la invención de cada vez mejores sintéticos que desautorizan a nuestra lana, la bajada brutal de precios en el mercado de las carnes, y encima estos contrabandistas brasileros... Este es un país que se sustenta en el agro, Deluc. Fundamentalmente en la carne y en la lana. Yo, cuando fui ministro de Ganadería y Agricultura, con nuestro último gobierno colegiado, ya advertí claramente a propósito de dos males que se agravarían más y más con el tiempo, como ha ocurrido, Deluc, por desgracia. Y ha ocurrido, además, mucho más de prisa de lo que yo fui capaz de prever.

-Dos grandes males, senador. ¿Cuáles?

-Uno, hay que desarticular las grandes estancias, que en gran parte son improductivas. Ya Artigas, hace ciento cincuenta años, divulgó un manifiesto que se llamaba precisamente así: “Desarticulación de estancias”. ¿Lo sabías?

-Muchos lectores acaso no lo sepan, senador.

-Ya entonces, en los albores de la patria, los intereses de los grandes propietarios de las tierras interferían con el bienestar general del pueblo. Hoy día el problema es muchísimo más grave. Entonces el país tenía sólo cien mil habitantes. Hoy somos tres millones y medio, más quizá.

-¿Y cómo desarticular hoy día las estancias, senador? Si Artigas en su momento no pudo, ¿cree usted que ahora se podría?

-Se podría, Deluc. Sin duda que se podría.

-¿Como?

-Pues…

El senador Millares no era que vacilara. Meditaba en su postura preferida, con un codo sobre la mesa y la cabeza sustentada sobre la mano abierta, enseñándole a Deluc su mejor perfil de patricio blanco consciente de sí mismo, de sus poderes y sus altas responsabilidades. Deluc lo aplaudió en secreto. En cualquier tribuna pública, aquella postura eran votos contantes y sonantes.

-Es claro que se podría, Deluc –pronunció Millares-. Se podría muy bien mediante una juiciosa reforma agraria, en primer lugar. Yo estoy dispuesto, en lo que atañe a mis actividades privadas, a deshacerme, sin recibir indemnización ninguna, de las partes improductivas de mis campos, que las hay y lo reconozco. Pero la Sociedad Rural, de la que me di de baja por causa de su cerrilismo, ciego y suicida…, y esto ponlo y subráyalo, Deluc. La Sociedad Rural, te decía, como bien dejó en claro, por desgracia, su presidente, Miguel Ángel Lecueder, en tu mismísimo periódico, Deluc, hace muy pocos días, se encastilla en defender los privilegios caducos y profundamente egoístas de sus miembros, que representan al noventa por ciento de las tierras de pasturas del país, en gran parte con las aguadas amargas y los pastizales resecos y por tanto improductivas. Pero esa gente no quiere aflojar ni medio metro cuadrado, Deluc. Pensar que en un día no lejano la Sociedad Rural fue un movimiento progresista, que le dio un gran empuje a este país... Hoy día son todos o casi todos unos ciegos obstinados, que se van de cabeza a la catástrofe. Se consideran los únicos representantes no sólo del agro, sino también de la república entera.

Millares volvió a golpetear sin ira, sólo a manera de subrayado y puntualización, sobre la mesa.

-El otro mal –prosiguió tras unos instantes- consiste en no tomar urgentes medidas para diversificar el agro, potenciando la agricultura. El agro se llama así no por las vacas ni las ovejas, sino por el trigo, el maíz, las

plantas… La agricultura, bien organizada, es la base de la industria, Deluc. Conviene tenerlo muy presente. Nuestro país tiene pocas industrias y todas obsoletas. Me refiero a las industrias que generan un alto volumen de producción, como las laneras, las de refinamiento del petróleo, las de la producción de cemento portland y las de la destilación de alcoholes. La pesca, por otra parte, aquí apenas si se practica, con lo ricos que son nuestros caladeros. Aquí vienen a faenar los japoneses, los rusos, los yankis, los noruegos, los españoles… Pagan ridículos cánones y además no tenemos suficientes medios de control y vigilancia para contabilizar sus explotaciones. Es todo un desastre, Deluc.

-Que cambiará cuando usted sea el presidente.

-Siempre estás muy al tanto de todo, Deluc, pero aún no es seguro que me presente.

-Es usted el único candidato de altura que tiene su partido, senador.

-Me temo que me vendí cuando te hablé del perjuicio que me puede causar esa alianza de izquierda.

-O sea que sí.

-¿Off the record, Deluc?

-Por supuesto

-Pues sí, creo que me arriesgaré. Mi único problema consiste en Montevideo, que como tú bien sabes es un feudo inexpugnable de los colorados, y tiene la mitad de la población del país. No es que yo pretenda ganar la intendencia capitalina, ni mucho menos, pero necesito de un candidato que concite interés y atractivo entre la población.

-No lo hay

-Dentro del partido no, lo reconozco. Pero está el doctor Erro, ¿lo conoces?

-Erro ya hace mucho que no es blanco, senador. Y lo más probable es que se una a la coalición de izquierda, si ésta al final se configura

-¿Se unirá? No estés tan seguro. Los comunistas, ellos sí lo harán de seguro, y yo no conozco a nadie más anticomunista que Erro. A nadie, Deluc, ni al general Campisteguy ni al comodoro Montoliú ni siquiera a aquel Goldwater, ¿lo recuerdas?

-El rival republicano de Johnson en las elecciones de 1964

-Nunca los republicanos, desde que salieron a la palestra con el triunfo de Lincoln, habían sufrido una dèbacle electoral tamaña. Esa ultraderecha crispada y llena de odio no puede ganar ni siquiera en Estados Unidos.

-En Estados Unidos sin duda que no, senador, pero aquí si nos descuidamos sí.

-¿Eso crees, Deluc? Pues me temo que estoy de acuerdo contigo. En torno de Pacheco Areco y sus leales –el senador explayó una sonrisa burlona- se está aglutinando una extraña amalgama de especuladores y agiotistas desvergonzados con fascistas exaltados y nacionalistas violentos, que acaso pueda funcionar, para mal de todos nosotros. O Pacheco es menos sonzo de lo que se dice y se le supone, o tiene algunos buenos adláteres y frères Joseph inimaginables hace unos meses. Ya están haciendo proselitismo. Se dice que el presidente aspira a ser reelegido.

-Tiene que cambiar la constitución, ¿no?

-Un plebiscito que coincida con las elecciones. Por supuesto no lo puede ganar, ya que necesita la mayoría absoluta de los votos, pero bajo el paraguas de la reelección se puede colar cualquier cosa. Me refiero a una forma autóctona de neofascismo, Deluc. Autoritarismo de la mano de la más baja corrupción. Es un futuro posible para nuestro país. Una pesadilla.

-Volvamos a asuntos menos desagradables, senador. En cuanto a Erro, ¿cuáles son las intenciones de usted?

-Erro se ha vuelto muy de izquierda desde que dejó el partido blanco, pero su anticomunismo es, si quieres, aún más visceral y feroz que antes. Somos muy amigos, con Erro, a pesar de nuestras actuales discrepancias. Somos viejos amigos. Yo en más de un sentido he sido su discípulo, al menos en cuanto a la honradez básica que tiene que tener un servidor del estado. Recuerdo que cuando Erro era Ministro de Instrucción Pública, con aquel primer gobierno colegiado blanco, se le reprochaba que se trasladara en ferrocarril y ómnibus (vivía en el Solís Chico, a cuarenta kilómetros de la ciudad), y no en su automóvil oficial, a su ministerio. Se decía que lo que se ahorraba en combustible se perdía multiplicado, por el tiempo que el ministro dedicaba a desplazarse y no a trabajar en su despacho. Desde un punto exclusiva y pedestremente práctico puede que aquellos críticos tuvieran razón. No la tenían en absoluto desde el punto de vista más elevado y valioso de la moralidad pública. En eso Erro ha sido un ejemplo para todos, que por desgracia la gran mayoría no ha sabido ver. O peor aún: que no ha querido ver. A Erro la gente lo quiere, en Montevideo al menos, por sus actitudes morales y cívicas, no por sus habilidades políticas, que son no obstante considerables. Cuando sacó su acta al senado, después de irse del partido y fundar su Patria Grande, lo votaron más de sesenta mil electores, cincuenta mil de ellos en Montevideo.

-Pero en las últimas elecciones Erro se quedó sin su acta, y sacó no más de cuatro mil o cinco mil votos, si mal no recuerdo.

-Porque planteó mal su campaña, aliado con grupúsculos de ultra izquierda, que no le sumaron votos sino que se los restaron. Además dejó en segundo plano el nombre de Patria Grande, que toca cuerdas sensibles y profundas, artiguistas, por el más insulso de Unión Popular, que en el fondo

nada significa. Porque aquí en este país, Deluc, por supuesto los blancos, pero también los colorados y hasta los bolcheviques, somos todos artiguistas.

-Yo no, senador.

-¿Cómo que no, muchacho?

-Yo argentino, como se dice. O mejor todavía, senador. Yo francés. Volvamos con Erro, si le parece.

-Yo a Erro lo he tanteado, para que se presente con mi grupo a la intendencia de Montevideo.

-¿Y?

-El hombre se lo piensa, Deluc.

Millares parecía de golpe haber perdido todo interés en su amigo y maestro Erro. Su mirada se paseó por las paredes y se detuvo, a un costado, en la ventana.

Fuera rielaban luces.

Fuera, en la noche, la lluvia sin duda persistía; difuminaba la luz del alumbrado callejero, y las nubes tapaban toda luz procedente del cielo. Era una noche demasiado oscura, en una ciudad oscurecida, en un país que se terminaba.

-¿Tú qué crees de ese frente popular? –inquirió el senador sacudiendo la cabeza, como si saliera de un sueño-. ¿Lo formarán a tiempo para las elecciones de noviembre?

-El que pregunta soy yo, senador.

¿No puedo hacerte una pregunta yo?

-¿Off the record, senador?

-Como tú quieras.

-Off the record le diré que en mi opinión todo depende de la buena voluntad del partido comunista, que es el que tiene los cuadros preparados,

entrenados y aceitados con los cuales tejer y estructurar la coalición.

-O sea que para ti todo depende de la tajada que obtengan los bolcheviques

-Eso creo, más o menos. Valga decir que además serán ellos los que arrastren buena parte de los votos.

-Se dice que, de formarse la dichosa coalición, el candidato a la presidencia sería el doctor Dávalos, el director de Trinchera.

-Fue blanco.

-Lo es todavía, como hueso de bagual, según ha dicho él mismo alguna vez, en privado. Lo que ocurre con Dávalos es que siempre ha sido demasiado independiente para casar bien dentro de las estructuras de un partido. De cualquier partido. Lo conozco muy bien.

-Usted colaboraba con Trinchera cuando nació, allá por los últimos treinta y los primeros cuarenta.

-Nació en 1939, y contaba sólo con tres redactores fijos en la plantilla. Uno era mi hoy colega colorado Juan de Dios Almazán, el segundo era yo y el tercero, que ejercía de secretario de redacción, era Juan Carlos Onetti, el gran escritor. ¿Qué opinión tienes tú de él, Deluc? Son cada vez más los que piensan que es el más grande escritor uruguayo de todos los tiempos, por encima de Quiroga, de Rodó, de Florencio Sánchez e inclusive del gran Herrera y Reissig.

-¿Usted qué cree, senador? Es usted el entrevistado.

-Onetti, en mi opinión, por muy grande que sea, es poco uruguayo, Deluc.

-Quiroga no lo era demasiado, que digamos, y Julito Herrera no lo era en absoluto. Me ha dicho alguna vez el Flaco Maragall, mi jefe de redacción…

-Lo conozco bien. Es blanco.

-…me ha dicho Maragall –insistió Deluc- que en toda la obra de Herrera y Reissig hay sólo dos palabras que lo identifican, o mejor dicho que lo delatan, o que lo traicionan, como uruguayo, que son ‘camalotes’ y ‘tembladeral’. Ninguna de ellas figura en el diccionario de la Real Academia Española, por lo demás, ni como modismos locales ni como nada.

-Mira tú. He oído, por otra parte, que colaboras con Trinchera a la chita callando o bajo cuerda, Deluc.

-No bajo cuerda. Godoy y los demás mandos de El Manantial lo saben. No firmo con mi nombre, en Trinchera. Eso es todo.

-¿Qué tal te llevas con Dávalos?

-Bien, normal. ¿Por?

-¿Tú crees que el doctor Dávalos aceptará la nominación, si es que ésta se produce? Yo no lo creo.

-Le daré una información gratuita, con la condición de que la considere usted totalmente off the record, ya que tanto hemos insistido con eso.

-¿A qué te refieres?

-Lo de la candidatura de Dávalos es una cortina de humo, senador. El candidato de la coalición, si al final se formaliza, será el general Seregni

-Madre mía, qué barbaridad. Un militar al frente de un frente de izquierda. ¿Estás seguro?

-Puede usted apostarse la camisa, senador.

-Mi religión me impide apostar. Soy católico practicante, Deluc. Más de diez veces me han retado a duelo, una cavernícola costumbre que este país persiste en preservar. Siempre me he negado a aceptar duelo ninguno, no por cobardía ni por miedo a la sangre derramada, sino amparado en mi

religión. Aspiro a que me entierren en tierra bendecida, Deluc. Terminemos ya, ¿qué dices? Me estoy cansando. Te invito a un trago en la cantina.

-¿Sigue aún abierta?

-Siempre hay algún legislador insomne, Deluc. En este caso yo mismo.

-Pues bien, senador, para terminar, ¿cuál es su secreto?

-¿Mi secreto de qué?

-Su secreto de todo.

-Mi secreto es el de la Esfinge, Deluc –el senador Millares soltó una carcajada de auténtico regocijo-. Mi secreto es que no tengo secretos. No al menos para mis electores.

-Es usted un demagogo full time, senador.

-No es demagogia, Deluc –el senador sonreía, divertido-. Es la verdad. Tendré secretos privados, como todo el mundo, pero no secretos públicos. Publica esto, por favor, Deluc. Yo me debo a mi país, a mi partido y a mis electores.

-Lo publicaré.

-No se te olvide. No ha quedado registrado

-Tan mala memoria no tengo, senador.

El senador ya había retirado la cinta grabada de la grabadora. Se la entregó a Deluc.

-Confío en que harás las cosas bien, Deluc.

-Respetaré sus reticencias, senador.

-¿No podré leer una prueba de la entrevista antes que salga impresa?

-Godoy tiene la intención de mandarla a prensas esta misma noche, si es que yo llego a tiempo, para que aparezca en la edición de mañana. Y yo siempre llego a tiempo, senador.

-Confío en ti, Deluc –repitió el senador.

La entrevista había sido muy larga, de más de tres horas. Había comenzado poco después de las diez, dentro de los dominios del senador Millares, en la planta noble del Palacio, y terminaba cerca de la una y media de la madrugada en la cantina del sótano. Millares bebía vino blanco chileno y Deluc el whisky más barato (y el más fuerte), ya que allí no servían grappa.

Millares y el reportero se despidieron, pasadas las dos, en la calle, frente a la playa de estacionamiento de vehículos del Palacio, donde el chauffeur medio dormido del senador se había acercado al verlos. Deluc y Millares se dieron un aparatoso abrazo medio ebrio.

-Te llevo, Deluc. Vas a tu periódico, supongo.

-No gracias, senador. Antes tengo que pasear un poco.

Deluc se alejó cantando:

China cruel, ¿a qué has venido?
¿Qué buscás en este rancho?
Si pa' mí fuiste al olvido
Y hoy vive ya más ancho
Mi gaucho corazón
Y esa flor que mi cuchillo
Te marcó bien merecida
La llevarás luciendo en el carrillo
Pa' que nunca en la vida
Olvides tu traición.

CUARTA PARTE

I) LA NOCHE DEL APAGON

1.

El sábado 3 de abril Deluc lo dedicó, entre otras cosas, a preparar su desplazamiento a Buenos Aires, que había decidido aquel mismo día y que tenía la intención de realizar al día siguiente por la mañana. Había llegado a su casa casi a las seis de la madrugada, después de componer a toda máquina la entrevista al senador Millares. Godoy le había dado el Vº Bº a las cuatro, casi, y de inmediato el texto había entrado en prensas, tarde ya para la primera edición capitalina del periódico, pero todavía a tiempo para la segunda, que llegaba a kioskos y repartidores a eso de las ocho, una hora a la que Deluc ya se había dormido.

Hacia las cuatro de la tarde lo visitó Rosa Luna.

A las ocho de la noche, sobre poco más o menos, Deluc y su perramus amarillo entraban no en el Neutral, aquella noche, que sin duda a esa hora estaba ocupado por periodistas de toda laya, tanto de La Voz del Plata como de El Manantial, y tampoco en el Metrópolis, que estaba demasiado cerca de este último periódico, sino en otro cafecito más pequeño y anónimo (llamado El Carancanfún), que quedaba a unas cuatro manzanas, por Lope de Vega. Desde allí, empleando un teléfono de monedas, Deluc llamó a la redacción, donde le pusieron con Maragall.

-Tenemos que vernos, Maragall. Hay algo que quiero pedirte.

-¿Cuándo no, Franchute? ¿Dónde estás? ¿Estás en el Neutral?

-Estoy en el Carancanfún.

-¿En dónde?

-El bolichito de Lope de Vega y Compostela. Son trescientos metros, che. Es un bolichito limpio y bien iluminado, como hecho que ni pintiparado para Hemingway. ¿Vienes?

-¿Y qué haces tú allí?

-Te espero, Maragall. Tenemos que hablar.

-¿Por qué no en el Neutral, como siempre, Franchute?

-Ecco, como siempre. Rodeados de mil moscones, Maragall. Esto es cosa privada. Top secret.

-De acuerdo, Franchute. Tardaré un rato en terminar, eso sí. ¿Hoy tú no subes?

-Subiré contigo después que hablemos, Maragall. ¿Ha llegado ya Godoy?

-Se llama el perro, Franchute Y es claro que ha llegado. Está en su cubil, como siempre

Parecía que Maragall, por lo general tan tranquilo, se enardecía por momentos.

-¿Cuándo mierda no está el perro en su cubil, Franchute? El perro bien sabes que vive allí, come allí, duerme allí, se mama allí, caga allí, y esperemos que en un día no lejano reviente allí. ¿Vas a subir o no?

-Preferiría que bajaras tú, ya te lo he dicho. Será sólo un rato. Después estaré ocupado.

-Yo estoy ocupado ahora, Franchute. ¿Qué diablos te traes entre manos?

-¿Vas a bajar, Maragall?

.Me podré tomar un cuarto de hora hacia las diez o diez y media. ¿Qué quieres?

-Tienes que bajar ahora –dijo Deluc-. Te lo diré cuando vengas. Te espero.

Colgó.

Diez minutos después, totalmente despeinado (peor que nunca), resoplando, con las guías caídas del bigote endurecidas (parecían resecas), apareció Maragall. Deluc (que había calculado con precisión cronométrica lo que tardaría su amigo en llegar) ya había pedido para él, dos minutos antes, un Caballo Verde, que lo esperaba, nítido, verdoso y resudado por fuera, perfectamente tentador, frente al asiento vacío de una pequeña mesa del rincón.

Deluc (siempre que podía) se sentaba de cara a las puertas, y jamás daba la espalda a éstas o a las ventanas. Maragall le decía (sin saber si acaso no decía sino la verdad) que tenía alma y mentalidad de espía. Al entrar, Maragall vio a Deluc que lo miraba, desde el fondo algo turbio del pequeño cafetín.

En una esquina del mostrador, un viejo de boina azul y traje entallado, todo desgastado y deshilachado, en contraste con una flamante y restallante corbata púrpura, canturreaba un tango de momento inidentificable. El vasito que tenía adelante seguramente contenía alguna horrible mezcla de caña barata con alguna otra porquería, quizá vermouth de barrica o puede que amarga de raíces o jugo de pitanga; alguno cualquiera de los muchos venenos alcohólicos que trasegaba el pueblo bajo, pensó Maragall

Observó que un gordo con un delantal sucio (el patrón, sin duda, del lugarejo) barría, con tanta tenacidad como ineficacia, en un rincón del local, en el que se hubieran necesitado baldes de soda cáustica para eximirlo de la secular mugre negra que se empecinaba y se empercudía y apelmazaba sobre las efímeras baldosas.

-¿Limpio y bien iluminado, Franchute? –inquirió Maragall-. Pintiparado para Hemingway, ¿eh?

-Una mentirijilla no hace verano, Maragall, como una nube no hace invierno.

Maragall sonrió cansadamente y se sentó.

-Eres tremendo, Franchute –dijo en son de queja-. ¿Qué diablos te pasa ahora?

-Mañana nos vamos a Sacramento, Maragall –contestó Deluc-. Tempranito.

-¿A Sacramento? ¿Cómo que nos vamos a Sacramento? Yo tempranito duermo, Franchute.

-Mañana no.

-¿Por qué no?

-Mañana tengo que ir a Sacramento, Maragall. Pretendo tomar uno de esos barcos con patines que te dejan en Buenos Aires en una horita.

-Algo más de hora y media, Franchute –precisó Maragall-. El aliscafo, sí. Es un barco que viaja sobre deslizadores, a unos cuarenta nudos, o sea aproximadamente unos sesenta y cinco kilómetros por hora, lo que es mucho para desplazarse sobre el agua. El aliscafo es un invento italiano para cruzar el estrecho de Messina, que es muy picado y peligroso. Sabrás que allí murió ahogado Percy Bysshe Shelley, el gran poeta romántico inglés.

-Será un invento suizo, Maragall

-¿Cómo que suizo? Para qué diablos iban a inventar barcos para navegar por un mar picado los suizos, por amor de Dios, Franchute, si esos desgraciados están rodeados de montañas y metidos en medio del continente

-Los suizos son los que inventan, Maragall. Lo sabe todo el mundo. Los italianos no han vuelto a inventar nada desde que se murió Marconi.

-¿Pero qué dices? ¿Y la pila nuclear qué, por poner un solo ejemplo? La inventó Enrico Fermi, que era bien italiano. Yo no es que sienta simpatía que se diga por ese pueblo gritón y camorrista, pero las cosas como son, Franchute.

-Mañana tengo que estar en Buenos Aires, Maragall.

-Ya me lo has dicho, Franchute, y me parece muy bien. Buenos Aires es muy lindo, aunque un poco ruidoso para mi gusto. ¿Pero por qué por una vez no te decantas por el método más sencillo, Franchute, y te tomas un avión en Carrasco? En media horita te deja en Aeroparque.

-Tenemos que salir mañana a primera hora de la mañana, Maragall.

-Espera, espera. ¿A qué primera hora? Tú haces al parecer lo que se te antoja, Franchute. No sé cómo el perro lo tolera, pero en fin. Yo me acuesto a las cuatro de la mañana, con suerte. ¿Por qué no tomas un avión y listo? Si quieres te llevo a Carrasco a las once.

-No puedo viajar en avión, Maragall. La policía me vigila.

-¿Seguro, Franchute?

A Maragall los ojos, por lo general con los párpados a media asta, se le habían redondeado visiblemente.

Vació de un trago su Caballo Verde.

-Creo que voy a necesitar otro –dijo.

Deluc le hizo una seña al gordo de la escoba, que seguía trajinando en su rincón, inasequible al desaliento. El gordo dejó la escoba contra la pared y con actitud resignada, restregándose las manos en el sucio delantal que le cubría la oronda barriga, se acercó a la mesa de los periodistas.

-Una grappa con campari y otro Caballo Verde –dijo Maragall, distraído.

-¿Otro qué?

-No estamos en el Neutral, Maragall –dijo Deluc-. Aquí no se conocen tus aficiones poéticas. Otro vodka con licor de menta, como el que le pedí antes, haga el bien.

-Aficiones poéticas –farfulló el gordo-. Manga de chiflados.

Recogió de la mesa los vasos vacíos y se alejó.

Entonces sí Maragall reconoció lo que cantaba el borracho de la caña y la corbata:

Un viejo verde malgasta su dinero
Emborrachando a Lulú con su champagne
Y hoy le negó el aumento a un pobre obrero
Que le pedía un pedazo más de pan
Esclavas blancas, autómatas del vicio…

-Corróchano le ha ordenado a ese sargentito suyo que me vigile –dijo Deluc.

-¿A qué sargentito?

-Un tal Verraszto. Lo he pescado en un par de renuncios. Y creo que él sabe que lo he visto. No quiero que me sigan, ¿entiendes, Maragall? Sería un desastre.

-¿Por qué?

-Largo de explicar. Ya te lo explicaré mañana. Tenemos para dos horas de viaje.

-¿A Sacramento? Son unos ciento ochenta kilómetros, Franchute. Mi Fiat, aunque nuevecito, sigue en ablande, y nunca correrá como un Ferrari, que se diga. A unos sesenta por hora, como mucho, y entre peajes, atoramientos, camiones que no se dejan pasar, mujeres que conducen, perros vagabundos que se te cruzan de sopetón en mitad de la calzada, stops y desvíos, obras, tramos de mala carretera e imprevistos, que siempre

aparecen, amén de mi habitual prudencia al volante… Tendremos para unas tres horas de viaje, por lo menos. Y eso con mucha suerte.

-Con que llegue mañana a Buenos Aires, por el día, tengo de sobra, Maragall. Eres un amigo.

-Tú no tienes amigos, Franchute, ¿se te olvida? ¿Cómo hacemos?

-Nos encontramos en La Colosal.

-¿Eso qué es? ¿Otro bar?

-Uno grande, que está más abajo. En tu pleno Barrio Sur, Maragall

-El de la esquina de Ibicuy y Luis de León, sí. Ya sé cuál es. ¿Pero por qué allí?

-Al sargentito no tendré problemas en despistarlo, supongo. Ayer mismo me lo saqué de encima sin mayores problemas, desde la puerta del periódico a la Ciudad Vieja. Pero igual no quiero que Corróchano se husmee que me largo, y menos a dónde. Le tengo que ganar por lo menos unas horas de ventaja, para que no se aperciba de a dónde voy. Por eso no puedo ir a tomar un avión en Carrasco, Maragall, aún en el caso de que consiga despistar antes a Verraszto, según espero. En Carrasco siempre hay algunos policías de paisano, y cabe que uno de ellos me reconozca.

-En Sacramento también habrá policías. Es de suponer, al menos.

-No creo que ninguno de ellos sepa quién soy. Sacramento queda lejos. ¿A las nueve en punto entonces, en La Colosal?

Deluc vació su grappa y empezó a ponerse de pie.

-Volvamos ahora a la redacción –dijo, decidido-. Tengo mucho que hacer.

Llamó de nuevo al gordo del delantal, que había vuelto con su escoba a su rincón

-Oiga, don –preguntó-. ¿Cuánto se debe?

-No no no –dijo Maragall-. No te des tanta prisa, Franchute. Lo pago todo yo, que no por nada estoy casado con una mujer rica. Pero antes me voy a tomar la del estribo. ¿Tú?

-Yo nunca digo no, Maragall.

-¿Por qué concretamente en La Colosal, Franchute? –preguntó de nuevo Maragall, y de pronto se le iluminaron los ojos-. Ya sé –chasqueó los dedos-. Tiene dos puertas. El frente da a Ybicuí –describió, entre ademanes-, y tiene varios ventanales sobre Luis de León, en el chaflán. Pero al fondo hay una segunda puerta pequeña, la que da sobre Isla de Flores.

-Sabía que lo entenderías, Maragall. Tú dejas tu Fiat por Isla de Flores y entras por Ybicuí, como si nada. Hay que tomar todas las precauciones, sobre todo las innecesarias.

-Tú sabrás, Franchute. ¿A qué hora has dicho?

-¿A las nueve es muy temprano?

-No, está bien. Eso sí, Franchute. Recuerda que mañana es domingo. El aliscafo, de lunes a sábados, sale cada hora, creo. Los domingos no. Sé que no hay viajes ni de ida ni de vuelta entre la una o las dos, no estoy seguro, y entre las cinco o las seis.

-Entonces a las ocho, Maragall, en La Colosal.

-A las ocho, ¡qué barbaridad! Pero okay. Conste que lo hago por ti, Franchute, y sólo por ti. Me debes una.

-Te debo cien, Maragall. Te las devolveré todas.

Después que les sirvieran la que Maragall había llamado ‘del estribo’, y después que bebieran los dos por un instante en silencio, Maragall preguntó, con los ojos de nuevo medio encapotados chispeantes de malicia:

-¿Me respondes a una pregunta, Franchute?

-No nací en París ni en Francia entera, Maragall. ¿Contento?

-Se agradece el informe, pero no era eso.

-¿Qué era?

-Tú tendrás nombre de pila, como todo el mundo.

-Los hotentotes no lo tienen.

-Los hotentotes no tienen apellido, Franchute, que es muy distinto. Tampoco lo tienen los bosquimanos y no lo tenían los mismísimos turcos hasta la gran reforma de Mustafá Kemal Atatürk. Nombre de pila tienen todos ellos, y en el caso de hotentotes y bosquimanos incluye siempre un sonido palatal así.

Maragall produjo una especie de chasquido.

-Son sonidos linguopalatales o palatolinguales y se los identifica, en el lenguaje escrito, mediante un signo de admiración, a veces encerrado entre paréntesis cuadrados, o corchetes.

Después de enunciar lo anterior con el consabido acento apodíctico, si bien a la par algo sarcástico, Maragall añadió, con otro timbre más íntimo de voz:

-Somos amigos, Franchute. Tú mismo lo has dicho ahora. ¿Cuál es tu nombre de pila? No lo divulgaré si tú no quieres.

-Creo que te tratas de aprovechar de mi situación de necesidad, Maragall.

-Nada de eso, ni hablar. No me digas nada. No quiero saber nada, Franchute. No así.

Maragall se había indignado. El pelo despeinado se le sacudía y sus tristes bigotes parecían erizarse.

-¿No se lo dirás ni a tu mujer? –preguntó suavemente Deluc.

-A nadie –respondió tajante Maragall-. Y a mi mujer menos que a nadie. Que se haga cargo de mis modestos vicios, como el Bang & Olufsen y el Laphroaig, y por supuesto los Cutlass Navy Cut, para no hablar de mi

pequeño Fiat, no le da derecho a inmiscuirse en mis asuntos, Franchute. Y menos en los tuyos.

-Sigo creyendo que abusas de la situación, Maragall, pero de acuerdo. Me llamo Charles Dieudonné.

-¡Diosdado! –exclamó Maragall-. ¡Dios mío! Con razón quieres guardar el secreto. Conmigo está bien a salvo, Franchute. No te preocupes.

2.

Aquella noche precisa del sábado 3 de abril, los Muchachos salieron a las calles por docenas y acaso centenares. Muchos inofensivos y asombrados ciudadanos los vieron salir, en pequeños grupos, encapuchados todos, por las bocas del alcantarillado, en muy diferentes puntos de la ciudad. Los vieron perderse en las sombras, varones y mujeres, con pistolas algunos en las manos y con sospechosos bolsos muchos otros, y los hubo (ciudadanos) que telefonearon en cuanto pudieron a la policía.

Uno de aquellos encapuchados que salieron de las alcantarillas fue Pelópidas Cruz Bejarano, de veintitrés años, la primera de las dos únicas víctimas mortales de aquella desenfrenada y caótica jornada.

Cruz Bejarano murió al hacer estallar una bomba (con la colaboración de otros varios terroristas, todos ellos heridos de diversa consideración por la bomba, y cuatro de ellos detenidos horas después por la policía) que contenía veinte kilos de estetearita plástica y goma dos sintética, con un potente detonador de magnesio, junto a la torre de alto voltaje (o alta tensión) de Carcarañá.

También se volaron (sin víctimas) las torres de alta tensión (o alto voltaje) de Nudo Yatay, de Malvín Norte, de Nueva Mehlem y la de los Tanques del Gas, esta última sobre la playa Sarthou, en el Barrio Sur, que dejó sin luz al centro de la ciudad. Por lo demás, casi toda la periferia de ésta se vió afectada por el apagón (sucesivos apagones desparramados, de hecho, según volaban las torres de alta tensión o voltaje), a excepción de la lejana Villa Unión y de Pueblo Ituzaingó, que resultaron indemnes (y de la Villa del Cerro, sólo parcialmente afectada).

De igual manera se vieron afectadas varias centrales eléctricas, que distribuían luz y energía a los diferentes barrios de la ciudad. Las centrales de Goes, Reducto, el Cordón, el Viaducto, la Aguada, Oficial Primero y La Blanqueada, fueron ametralladas desde vehículos en marcha y atacadas con granadas de espoleta, de las llamadas de piña, que causaron incontables destrozos.

Carcarañá cayó poco antes de la una de la madrugada; Nudo Yatay cinco o diez minutos después; Nueva Mehlem hacia la una y veinte, y Malvín Norte y los Tanques del Gas poco después de esta hora (los comandos de los Muchachos estaban muy bien sincronizados, pero no a la perfección). Las centrales, por otra parte, fueron atacadas y parcialmente inutilizadas entre la una y la una y media de la madrugada.

Enloquecida, llamada desde un punto y desde el opuesto, la policía, a lo largo de varias horas, no atinó a hacer nada salvo correr de un lugar a otro, a los que siempre llegaba tarde.

Además de aquellas voladuras (y de una larga docena de incendios estratégicos de autobuses volcados y camiones de la basura), un comando de la Orga había atacado (hacia medianoche) las instalaciones y estudios del Canal Seis de televisión, donde se había retenido, a punta de pistolas, a casi un centenar de personas.

En el momento en que se produjo la invasión (hombres armados encapuchados, dirigidos por una mujer a cara descubierta), se ponía en antena el programa de debates El Pulso de la Nación, que aquella noche trataba del inquietante fenómeno del terrorismo urbano organizado, con la presencia del sociólogo argentino doctor Adalberto Villaurrutia Caicedo, del politólogo estadounidense Carl M. Cuthberson, del religioso, perteneciente a la orden de lo RR SS JJ, o Compañía de Jesús, el doctor (teólogo) Alipio Méndez Lapredour, y del comisario retirado Benigno Umbría Falces, así como del moderador del debate, y director de la emisión, Enrique Ffrench Lamalfa.

Había además en el estudio (prudentemente insonorizado) aparte de diez o doce técnicos y ayudantes, unas cincuenta o sesenta personas a modo de público, para que aplaudieran cuando el asistente de dirección se los ordenaba. Algunos, en ejercicio de su libre albedrío, en vez de aplaudir silbaban, abucheaban y pataleaban, pero nada se podía hacer al respecto.

El acompasado y almibarado sacerdote jesuita (un hombre sagaz y engañoso, que acaso fuera el más inteligente de todos los reunidos) decía en aquellos momentos:

-No se pueden cargar todas las culpas sobre unas únicas espaldas, según se pretende en este foro, no tan abierto como debiera. La película que hemos visto…

Los debates se prologaban y preparaban –Ffrench decía, para su equipo, que se enconaban, caldeaban y calentaban- con la difusión, entre whiskies y saladitos, sobre una gran pantalla del primer piso (a la par que se emitía para el público), de una película ilustrativa, que en aquel caso había sido *La batalla de Argel*, una producción francesa de un tal Gillo Pontecorvo, que desarrollaba la lucha entre los combatientes argelinos independentistas y el brutal ejército francés de ocupación (del que ya había

nacido la OAS). Se trataba de una película que era realmente inquietante para los espíritus afectos al orden constituido: los combatientes argelinos estaban compartimentados en células estancas, y salvo los principales dirigentes (a los que todo el mundo conocía), no se habían visto nunca los unos a los otros ni había contactos de ninguna clase entre las diferentes células; había combatientes (llamados soldados), tanto legales como 'liberados', y en fin, había muchísimas otras características que hacían fatalmente pensar en los Muchachos.

El cura había tosido.

-Perdonen ustedes –decía a continuación-. La película que hemos visto –repetía- muestra una realidad muy ajena a la de este país. Aquí el ejército no interviene para nada, o no lo ha hecho al menos todavía, y no existen propósitos independentistas que les puedan dar apoyo y protección, entre la población, a los guerrilleros.

-¡Los terroristas! –interrumpió el ex comisario Umbría, con la cara colorada de ira e indignación-. Llame usted a las cosas por su nombre, mi reverendísimo señor cura. Al pan pan y al vino vino. Esa gentuza son terroristas.

-Terroristas, si usted quiere.

En aquel momento entraron los encapuchados, con sus pistolas y metralletas, en el estudio insonorizado. Los comandaba una mujer joven, que sonreía como un gran felino. Era Troya Merchán, mejor llamada la Puma.

El primero que reaccionó fue Ffrench. Saltó sobre sus pies y apuntó a la mujer con el dedo.

-¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren aquí?

-¿Usted qué cree?

Diez minutos después, un Ffrench pálido, circunspecto y cariacontecido leía, en directo y frente a las cámaras, para ciento cincuenta mil hogares montevideanos y otros tantos del interior del país:

-Ésta es una proclama del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, Brazo Armado Secundino Raña.

3.

'Lo de Secundado Raña es nuevo', pensó el comisario Juan Fillol, que había sido avisado de inmediato y contemplaba su televisor (un Bang & Olufsen de pantalla semiplana, lo ultimo) en su vivienda.

'Secundino Raña, ¿quién sería?'

Muy pocos minutos después, su principal subalterno, el inspector jefe Vasconcellos, lo sacaría de dudas, por teléfono.

-Parece ser que ese tal Raña fue el primer terrorista al que matamos, comisario.

Su protomártir, su San Esteban, se dijo Fillol, colgando el teléfono.

Los Muchachos se esmeran, pensó.

Fillol se puso una cazadora de ante diseñada en Londres, una corbata de Saville Row pintada a mano, una camisa ajustada de diseño turinés, unos pantalones de franela rebajada a la piedra pómez de origen nacional (y sin embargo carísimos) y unos mocasines milaneses de piel de potrillo amarillo nonato y esperó, tomando un vaso fresco de sangría de vino puntano con un chorro de cognac y unas gotas de Cointreau y mucha agua, que era la única bebida vagamente alcohólica que se permitía.

Diez minutos después sonó una bocina en la calle. Era el sargento de uniforme Tellechea, que pasaba a recoger al comisario para llevarlo a donde

tenían lugar los graves incidentes de la noche: esto es al edificio de Canal Seis de televisión, en el barrio de Arroyo Seco, cerca de la avenida Venancio Acevedo Villegas (y en las inmediaciones, por lo tanto, de la torre de alto voltaje de Nueva Mehlem). Acompañaban, delante y detrás, al automóvil del comisario, dos vehículos de escolta, con metralletas que asomaban por las ventanillas.

Un corto rato más tarde (cuando Fillol ya había llegado al lugar de los incidentes) se fue de súbito la luz. También se escuchó una sorda explosión no muy lejana.

Una hora y media después de haberse ido la luz, saliendo de un edificio rodeado por más de quinientos policías (Guardia Metropolitana, Brigada Móvil, Brigada Especial, Fuerzas de Choque, Guardia Republicana a caballo, Patrullas Autónomas de la Guardia Marítima, agentes uniformados reclutados de diversas seccionales y detectives de paisano, con el comisario Fillol al frente de todo el operativo), los terroristas se parapetaban detrás de una docena de ciudadanos aterrorizados (entre ellos el moderador Ffrench y sus cuatro invitados) para subirse con ellos a tres furgonetas del canal de televisión y largarse.

-Si vemos que nos siguen –advirtió la Puma a gritos-, por tierra o por aire, les tiramos al gringo con una bala en la nuca.

-Nadie la seguirá, señorita Merchán –le dijo Fillol, alto y fuerte, por un megáfono.

-Espero que cumpla usted, comisario. Si no, peor para el gringo, el tira y el cura. Los ejecutaremos por ese orden.

Tiras se les decía a los detectives de paisano. Era evidente que el ex comisario Umbría sería el segundo en caer.

-¿Y cuándo los soltarán?

-Cuando se me salga a mí de los ovarios.

Eran las dos y media de la madrugada y las tres cuartas partes de la ciudad, por lo menos, se habían quedado sin luz.

Al claror del primer alba, los rehenes serían liberados en las inmediaciones de Moratoria la Nueva, del lado de afuera del Arroyo Carrasco, límite departamental de Montevideo. Cuthberson se había orinado encima y el sociólogo argentino estaba histérico. El cura rezaba y Ffrench se desesperaba por encontrar un teléfono. Umbría, el más entero y digno a pesar de todo, paseaba una mirada irritada a su alrededor. Por lo demás, una señora del público (la única mujer entre los rehenes, a la que la Puma había elegido con toda la mala intención) había dado a luz antes de tiempo; un señor fondón sufría palpitaciones y un muchacho flaco murmuraba:

-Los Muchachos saben lo que hacen.

-Nada grave de resultas, pues, señor –le dijo a Fillol el subinspector Nunes Zalimey, llamado el Brasilero, que tenía ciertas dificultades para construir sus frases con corrección.

4.

Aquella misma noche, por lo demás (cuando salieron los Muchachos de las alcantarillas), también otra gente actuó (¿o fue la misma?). El joven, sagaz y despiadado pandillero armenio Papken Armagedián (la segunda víctima mortal) apareció asesinado en un terreno baldío, sobre yuyos y barro. Lo habían cosido a tiros. Nadie oyó ni vio nada. El baldío estaba en el turbio arrabal de La Dorada, entre rancheríos de lata y cartones, montañas de basura, automóviles saqueados, perros famélicos y niños sucios semidesnudos.

Descubrirían el cuerpo por la mañana, poco antes de que Deluc y Maragall emprendieran su viaje a Sacramento.

-Me lo veía venir, Verraszto, jodidos turcos. Recuerdo que se lo vaticiné a aquel jodido periodista francés. Se lo dije a usted también, sargento.

-Lo recuerdo muy bien, inspector. ¿Cree usted que fueron los terroristas?

-Esos jodidos mal nacidos le hubieran colgado un cartelón bien grande del jodido pescuezo, Verraszto. No me venga con memeces absurdas a tan temprana hora de la jodida mañana, hágame usted el favor.

5.

La edición de entresemana de El Manantial constaba de dos cuerpos con tres pliegues de cuatro hojas (ocho páginas) cada uno (veinticuatro páginas en total), al que se sumaba una hoja suelta (dos páginas) en el primer pliego (lo que hacía una suma de veintiséis páginas). Esas dos páginas sueltas, separadas del pliego (que solían ser las numeradas veintitrés y veinticuatro), conformaban lo que se llamaba la Sección de Cierre, es decir la última hora, de la que se encargaba H.H. Revert, un mocetón de cabello militar cortado al uno, amplios hombros a menudo con exageradas hombreras y un expresión por lo común colérica y/o pasmada.

H. H. Revert no se llevaba nada bien con Maragall ni con Rubén Pérez (sus dos superiores directos), pero a Godoy (su superior supremo) lo trataba visiblemente con una cierta deferencia (una si cupiera sutil obsecuencia), ya que era el otro de la redacción (junto con Deluc, aunque por razones opuestas a las de éste) que jamás se refería a él como al perro.

-Tendrá que reservar abierta su sección hasta ultimísimo momento, muchacho –le ordenó Godoy, dentro de su cubil, a Revert-. Y haga que levanten ya mismo los resultados de esas elecciones en Colombia.

-En Venezuela, Godoy.

-En donde demonios sea. No tendrán cabida para la segunda edición.

-Muy bien, Godoy. ¿Se puede saber qué esperamos?

Godoy se asomó de su cubil de cristal y señaló hacia abajo, a la sala de redacción.

-¿No ve al Francés, allí? Cierre llevará su reportaje. Es una entrevista al senador Millares. No se puede dar en otro lugar, a esta hora. La primera página, que siempre se puede levantar y modificar, y la sección Cierre al completo. No hay alternativa.

-La primera edición ya se ha repartido, Godoy.

-Irá para la segunda, que es la que importa, muchacho. Ya se lo he dicho. Me gusta usted, muchacho. Es obediente y dócil. Si el Francés fuera como usted otro gallo nos cantaría.

Revert bajó a la redacción, no muy seguro de que lo que Godoy le había dicho fuera en realidad elogioso. Tampoco lo preocupaba en exceso, según parecía, ya que tarareaba bajito al acercarse a Deluc. No tarareaba empero ningún tango, sino una pieza de rock and roll que cantaba Elvis Presley: *Blue suede shoes*.

-¿Te falta mucho, Franchute? Lo pregunto por las rotativas, bien sabrás.

-Media hora, y lo que le lleve al perro adecentarlo con sus malditos lápices de colores.

-¿El señor Godoy, quieres decir?

-El perro, Hache Hache. Esta noche, tu señor Godoy no es sino el perro.

Mientras golpeteaba las teclas de su máquina, una de las más baqueteadas de la redacción (una Underwood de carro largo para inútiles tabulaciones), Deluc igual cantaba bajito:

Otario que andás penando
Sin un motivo mayor
Quién te ha dicho que en la vida
Todo es mentira
Todo es dolor
Si tras la noche más oscura sale el sol
Y de la vida hay que reírse igual que yo
Qué te importa si la mina
Del bulín se te piantó
Si te traicionó el amigo
Si la timba te secó
Que el destino que es criollazo
Justiciero y seguidor
Va a tumbarlos contra el suelo
A la ingrata y al traidor

Eso había sido en la madrugada del viernes 2 al sábado 3 de abril.

6.

Una vez hubo terminado de mecanografiar la entrevista a Millares, Deluc la llevó a la jaula de cristal, donde él y Godoy la discutieron y modificaron (en corta medida, empero), y seleccionaron las fotos que la ilustrarían, a lo largo de una crispada media hora.

Eran las tres y veinte de la mañana cuando terminaron y se despidieron.

Una vez abajo, Deluc se puso el perramus, abrió la puerta de cristal esmerilado que daba a los ascensores, dio un par de pasos hacia afuera de la redacción, amagando irse, sacudió con energía la cabeza, se detuvo, se giró, atravesó a paso decidido la sala de redacción y volvió a subir a la jaula de Godoy.

-¿Qué le pasa ahora, Francés? Estoy muy ocupado.

-Mi asueto –dijo Deluc-. Necesito de unos días libres, Godoy. Ya se lo he dicho.

-Está usted en baja forma, sí, sí, sí –cabeceó Godoy, con la cabeza todavía en las galeradas que tenía sobre la mesa-. Si todos mis subalternos estuvieran en la espléndida forma que exhibe Revert apañados estábamos. ¿Sabe lo que decía el gran Horace Greely, Francés?

-Primero dígame quién era, si es usted tan amable.

-Es usted un pozo de incultura periodística, Francés. Greely era un periodista norteamericano. Está considerado el mejor corresponsal de guerra de la historia, por los reportajes que escribió desde ambos frentes durante la Guerra de Secesión. Greely dejó dicho, años después, que cada vez que sale a la calle un periódico diario es porque se ha obrado un pequeño milagro. Un milagro que se obra todos los días, Francés, gracias a gente como usted y como yo. No importa que esté usted en buena o en mala forma, Francés. No lo podemos dejar todo en manos de gente en perfecta forma como Revert, Lucho Remenentería y Morazán, Francés. ¿Qué sería de este periódico si yo hubiera dejado el timón cada vez que me sentía enfermo o me despertaba con…bien…? ¿Por qué no decirlo? Con la maldita resaca, Francés. El periodismo es una misión, no se le olvide a usted. Es una vocación.

-No me venga usted a mí con ésas, Godoy –Deluc remarcó con su acento el pronombre personal-. Necesito de unos días libres y me los voy a tomar. Se lo advierto.

-Usted se tomó sus vacaciones en enero, Francés. Lo he comprobado. Tres semanitas, nada menos, y de aquello hace sólo un par de meses. ¿Por qué diablos le corre tanta prisa ahora por irse a descansar?

-No quiero descansar, Godoy. Le seré franco. No estoy en tan mala forma, en realidad, pero hay ciertos aspectos míos privados, digamos, que tengo que resolver. Y necesito de todo mi tiempo. Si usted no quiere me lo tomo igual, Godoy.

Deluc hablaba con voz baja y tranquila, pero definitiva.

-Écheme, si le apetece –dijo a continuación-. No creo que tarde mucho en encontrar otro empleo con la competencia.

-No esté usted tan seguro, Francés –dijo Godoy, con algo de frío y amenazador en su acento, aunque de inmediato se serenó-. Pero bien, Francés, pero en fin. A partir del domingo tiene usted una semana franca, si eso le vale. ¿Le parece bien?

-No necesito tanto. A lo sumo un par de días.

-Mejor que mejor. Eso sí, Francés. Mañana sábado, es decir esta noche, usted se me constituye aquí, como todas las noches.

-Vendré.

-Muy bien, Francés. Quiero que me facture otro de esos reportajes retrospectivos, que se le dan tan bien. En este caso quiero que reconstituya la actividad política de Millares, de pe a pa, y sus probables consecuencias, como ser la candidatura presidencial. Puede añadir usted todos los comentarios que le parezcan pertinentes siempre que no alienten ideas izquierdistas disolventes. Me huelo que nuestro elegante senador se prepara

para ser candidato a la presidencia en noviembre, y muy bien puede ganar. ¿Usted qué piensa?

-Si se presenta puede. A no ser que ese bloque de izquierda del que tantos rumores corren se termine por formar.

-¿Y usted cree que esos Tales por Cuáles pueden ganar las elecciones, Francés? No diga bobadas.

-Ganar no, ni en sueños. Le pueden robar votos a Millares, eso sin duda, Godoy. Muchos acaso. Sobre todo si se fugan al bloque, tal como se rumorea, algunos jefezuelos colorados y otros tantos blancos, que le podrían hacer mucho daño al senador Millares, en especial estos últimos.

-Es igual. Hoy por hoy ese bloque no es sino agua de borrajas, Francés. Nuestro director, le diré, está muy interesado en el futuro político de Millares. Tiene todas sus esperanzas puestas en él.

-¿No éramos principistas, Godoy, al margen de los partidos políticos?

-Cuando digo nuestro director, Francés, lo hago por cortesía. En realidad me refiero a los grupos de presión que nos apoyan, ¿entiende usted?

-¿La embajada americana y quién más? ¿Morgan Stanley? ¿Saben ellos que existe el Uruguay?

-No sé si lo saben y no me importa, porque no se trata de Morgan Stanley ni de otros grupos financieros extranjeros. Si están están muy al fondo, Francés, tan al fondo que ni se los ve. Son don Rafael Goñi, caso concreto, con sus asociados. Son los senadores Villaamil y Fleitas Amaro, uno blanco y uno colorado, lo cual equilibra de lo más bien la balanza, y las personas a las que representan.

-Que son sin duda sus electores –dijo Deluc, con una sonrisita cínica y cansada.

-No lo son, Francés, es claro que no lo son. ¿A usted qué más le da, por lo demás? En mis años mozos, cuando creía en Bakunin y Kropotkin y en la revolución armada permanente por la revolución armada en sí, cuanto más caos y más corrupción hubiera mejor para nuestros fines. Y aquí en Montevideo hay de caos y corrupción para empacharse, Francés.

-Creo que usted se equivoca conmigo, Godoy. Yo no soy anarquista ni ácrata ni trotskista ni comunista revolucionario, si es que son cosas distintas. Soy un racionalista; soy francés. Usted mismo me llama así. Lo que le pase o pueda pasar a este pequeño país sin norte me tiene sin cuidado, Godoy. Me la trae floja, como dice el Yoyega Marimón, y supongo que los dos imaginamos a qué se refiere. A mí sólo me estimulan las causas perdidas, Godoy, y las mariposas caídas de la noche. Sólo por eso me interesa desvelar la trastienda de lo que pasa aquí en este país de usted, que no es sino una triste y crepuscular causa perdida, ganen quienes ganen a la larga y pierdan quienes pierdan. Lo mismo me dan a mí, en realidad, los Muchachos como la pandilla del Gordo Goñi, y las ambiciones de Millares, como las de otros tantos de menor cuantía, me parecen algo fútil, inane, irrelevante, estéril y carente de todo sentido. El mío, querido Godoy, es un interés, digamos, ¿estético?

Godoy le concedió a Deluc una sonrisa y le pasó un brazo por la espalda.

-Piense usted lo que quiera, Francés, pero venga mañana, ¿estamos de acuerdo?

El hombrecito con cara de comadreja estaba inusualmente amable en aquella madrugada.

-O escriba ese reportaje en su casa, si le conviene más. Haré que Contralor envíe a un propio a recogerlo, si usted prefiere.

-Para lo que usted quiere tendré que consultar los archivos –dijo Deluc-. Vendré mañana.

Godoy se olvidó de Deluc en cuanto se volvió a enfrascar en aquellas galeradas, que correspondían a la edición del domingo. El perro tenía sin duda una mente dividida en compartimientos estancos, perfecta para su trabajo.

7.

La edición de los domingos de El Manantial, como la que ya se preparaba para el día siguiente, constaba de tres cuerpos en vez de dos, el tercero llamado Suplemento del Domingo, también de veinticuatro páginas, que se dedicaba por entero a lo que Godoy llamaba 'vida frívola y mundana', y que Maragall calificaba de 'fotitos vacías y textitos bobos para amas de casa aburridas y secretarias solteras'.

Un segundo suplemento de tamaño tabloide acompañaba a la edición de los domingos. Se llamaba Ciudad Desnuda e incluía a menudo reportajes de Deluc. Aquella misma semana el suplemento tabloide sacaría a la luz unas espeluznantes revelaciones sobre tráfico clandestino de placentas para fabricar helados que firmaba Deluc, pero que en realidad habían recogido otros dos muchachos de información nacional, Nacho Gutiérrez y el Ciclista Requena.

'El periodismo es así, Franchute', le había dicho Maragall a Deluc hacía varios años, cuando el periodista del perramus era aún el postergado. 'Unos se llevan la fama y otros cardan la lana'.

Y había agregado:

‘Yo detesto los refranes, los dicharachos y las frases hechas, Franchute, pero a veces Sancho Panza tenía razón’

‘¿Quién es Sancho Panza?’

‘Aquél que perdió el borrico
Por perseguir la pitanza’,

citó Maragall.

‘Son versos de Campoamor, creo. O puede que de Mesonero Romanos, de Fernán Caballero o de Bretón de los Herreros, Franchute. ¿Qué más nos da en realidad?’.

En cuanto salió de la redacción, en aquella madrugada muy tardía de sábado (ya casi contra las primeras pinceladas áureas del amanecer), Deluc se puso a cantar, no a pleno pulmón, ni mucho menos, pero con cierta potencia, para lo pequeño de su voz bien timbrada de barítono atenorado (como la de su admirado Carlitos Gardel):

Meta champagne que la vida se te escapa
Muñeca brava, bien cotizada
Sos del Trianón, del Trianón de Villa Crespo
Milonguerita, juguete de ocasión
Sos un bicuit de pestañas muy arqueadas
Muñeca brava, flor de pecado
Cuando llegués al final de tu carrera
Tus primaveras verás languidecer

8.

Por la noche de aquel sábado para el domingo, después de reunirse con Maragall en el cafetín de Lope de Vega y Compostela (El

Carancanfún), Deluc se fue con su amigo a la redacción. Los dos cantaban bajito, el uno apoyándose en el otro

M: Sos la escoria remanyada
Que emporcás con tu presencia
De chitrulo sin carpeta
Residuo del arrabal

D Tus hazañas de malevo
Al pabellón de la ausencia
Con el lápiz del recuerdo
Te las voy a enumerar

M Clandestino de carreras
De a ratitos quinielero
Así te hacés las chirolas
Con que a veces te empilchás

D ¡Atorrante, andá a trabajar!

M En tu casa todo el año
A la hora del puchero

D ¡Malandrín! ¡Sinvergüenza!

M Enyantás de prepotencia
Lo que nunca te ganás

D Deschavate farabute

M: No naciste pa' cafisho

D. Al laburo dedicate

M Que allí está tu salvación

M y D No manyás, pobre franela
Que a aquel que nació en un catre
A vivir modestamente
La suerte lo condenó

-Ese tango –irrumpió Maragall- lo escribió un uruguayo, ¿lo sabías? Letra y música.

-Conozco la historia, Maragall. Esta vez la cuento yo.

-A ver qué tal, Franchute.

-El tango lo escribió un canillita, que le vendía el diario a Gardel cuando el Mago se lustraba los tamangos frente al Tupí Nambá. Un día le metió dentro del diario la letra del tango y al otro día se lo silbó. A Gardel le gustó, lo canturreó allí mismo, lo cantó poco después en el Teatro Artigas y al final lo grabó en Buenos Aires. El tango se llama *Farabute*, y el autor se llamaba Patrón, Rudecindo o Raymundo Patrón. Murió no hace muchos años.

-Estás al tanto, se ve, pero no hay calor en lo que has narrado, Franchute. Es una bella historia, que se merecía más pasión.

-¿Tú te la crees, Maragall?

-¿Eso qué importa, Franchute? Eres remalditamente cartesiano, che. Lo que importa no es la realidad, sino lo que esa realidad proyecta; no es la realidad lo que cuenta, sino en lo que esa realidad se ha convertido. En este caso en la leyenda. Porque Gardel es una leyenda que con el tiempo se convertirá en un mito. ¿Sabes tú lo que es un mito, Franchute?

-Aunque lo supiera igual me lo ibas a explicar, así que, Maragall, ¿para qué? Me callo y me resigno

-De acuerdo, Franchute. Olvidémonos de los mitos, de todo el maldito panteón griego. ¿Sabes, volviendo al terruño, lo que significa farabute, Franchute?

-¿En árabe o en lunfardo, Maragall?

-Pues no vas desencaminado, Franchute. En árabe, como sabrás, el epíteto farah, con hache al final, significa ‘belleza’.

-Morocha farah, o farah morocha: mujer corpulenta y hermosa, Maragall. Boccato di cardinale.

-Muy gracioso, Franchute –dijo Maragall, muy serio-, pero no, no, no. No va por ahí la cosa. Farabute deriva del italiano, de unas morcillas de origen supongo que napolitano, que se llamaban farabutti, en plural. Un farabute, por lo tanto, en singular, Franchute, era un morcilla, id est un ganapán, un iluso, un gil. Un homónimo más reo de otario.

-El mundo esta lleno de farabutes, Maragall.

-Ecco, Franchute. Nosotros dos, por ejemplo.

Tras un suspiro hondo, Maragall agregó:

-*Farabute* es un tango reo, reo, Franchute. Un tango reo, reo, reo de verdad.

-Gardel sí que era reo.

-¿Gardel? –Maragall enarcó una ceja-. Lo dudo. A Gardel lo que le gustaba de verdad cantar no eran los tangos de rompe y rasga, como *Mano a mano* o *Farabute*, ya que estamos, sino valsecitos como el insoportable *Rosas de otoño*, o *Amores de estudiante*, *Golondrinas, Lejana tierra mía* y *El día que me quieras*. Esas cancioncitas estúpidas y/o solemnes que le escribía Le Pera porque él se las pedía. O tangos falaces si no falsos como *Cuesta Abajo, Volver, Volvió una noche* y el horrible *Silencio,* etc, que remedan el viejo tango malevo de Celedonio Flores y Contursi sin serlo de verdad. Gardel tenía un gusto más bien estragado, en ese sentido; un gusto qué te diré: cursi, adocenado, pequeño burgués.

-Por eso mismo, Maragall. Porque era un reo de verdad. Un malevo, un orillero. Un lumpen, como dirían hoy día. Su aspiración era la casita de arrabal, con la mina casta y pura, o al menos arrepentida, un canarito que cantara en la ventana y la viejita para hacerle tortafritas cuando llovía, al

ritmo de uno de esos valsecitos que sonara en la gramola. Todo azucarado, pintado de color pastel. O de lorco tespal, como diría un lumpen porteño.

-Puede ser –dijo Maragall-. Hablar al revés… Borges lo denigra, y creo que con harta razón, Franchute. ¿Conoces, por cierto, la historia de Gardel y Benavente?

Deluc no dijo nada. Sólo miró sonriente a su amigo, hacia arriba (ya que Maragall le sacaba la cabeza) y siguió andando callado, con las manos en los bolsillos del perramus amarillo.

-Resulta que en España –pasó a narrar Maragall-, creo que en Barcelona, el premio Nobel de Literatura, don Jacinto Benavente, se encuentra una noche en un café con Gardel, y le pregunta: '¿Sabe usted, señor Gardel? Tengo que viajar dentro de poco a Buenos Aires para dar unas charlitas y hay algo que me preocupa. Varias personas me han asegurado que en Buenos Aires todo el mundo habla al revés, y que en la prensa se me llama Ventebena. No es que yo tenga nada contra ello, pero me tiene un poco inquieto. ¿Me entenderán los bonaerenses si hablo en el orden correlativo acostumbrado, tal como hacemos en España? Y más grave aún, ¿los entenderé cuando me hablen ellos en su peculiar idioma? ¿Es todo ello verdad, señor Gardel? ¿Habla la gente al revés en Buenos Aires?'. A lo que Gardel, muy seguro, le contesta: 'Lokitrán, troesma. Allá sólo los orres chamuyan al vesre. La tegén malnor chamuya como yo'.

-Conocía la historia –dijo Deluc-, pero lo de Ventebena nunca lo había oído.

-Siempre me ha simpatizado e interesado mucho don Jacinto Benavente, Franchute, un hombre tan injustamente olvidado hoy día, por cierto, cuando no injustamente desdeñado. Don Jacinto era un señor muy atildado, muy fino, muy culto. También muy tímido, según dicen.

-Maricón, ¿no?

-Discretamente no heterosexual, Franchute. Y sus comedias son buenas, son mucho mejores de lo que hoy día es costumbre decir de ellas, y por supuesto mucho mejores que lo que actualmente se acostumbra escribir. Don Jacinto Benavente era un escritor años luz superior, por ejemplo, a nuestro Florencio Sánchez, que tanta fama conserva entre nous, para decirlo en tu idioma. Por cierto, Franchute, ¿tú hablas francés?

-Ni papa.

Ya habían llegado a las puertas de El Manantial.

9.

Cuando se produjo el apagón, casi cuatro horas después, ya se sabía por las emisoras de radio y las llamadas de varios redactores que andaban por las calles (Marganesi entre ellos), que los Muchachos habían hecho volar las torres de alto voltaje (o alta tensión) de Nudo Yatay, Carcarañá y Nueva Mehlem, y que habían dejado sin luz ya entonces a más de media ciudad. También se sabía que habían irrumpido con violencia en Canal Seis y que tenían retenidas a casi cien personas.

De modo que muchos, en la redacción, se lo esperaban (el apagón), con ese fatalismo típico de los gremios que habitan en la noche; un fatalismo que los periodistas compartían con los croupiers de casino, los basureros y las prostitutas.

Godoy, por ejemplo, el perro, fiel a su instinto, ya había mandado que se preparara el grupo electrógeno autónomo del periódico. Pero el perro sabía (como todos en el periódico) que no había grupo electrógeno autónomo del mundo que pudiera volver a poner en marcha las grandes rotativas una vez que éstas se hubiesen parado.

Cuando por fin se hizo la oscuridad, precedida por una sorda explosión que sacudió los cimientos del edificio, el silencio que la siguió, no obstante estar todos prevenidos, se parecía sobremanera a la muerte.

Maragall, que acababa de subir del taller, fue quien rompió aquel silencio de tumbas y ultratumbas canturreando, en voz lo bastante alta como para que el perro lo oyera, desde su cubil:

Bulín que ya no te veo
Catrera que no te toco
Percanta que ya no embroco
Porque la luz se apagó. O.

Diez o doce minutos después, una luz amarillenta y pálida, que parecía proceder de los tiempos de Thomas Alva Edison, o acaso de Benjamin Franklin, iluminaba con un espectral aura de morgues a la redacción de El Manantial.

En el Neutral, donde la luz tardaría horas en volver, Deluc vaticinó, en la muda y estupefacta compañía de Bebe Varela y Nadina Olmedar:

-Hoy no hay milagro que valga, ni grande ni pequeño.

10.

A la mañana siguiente, por primera vez en muchos años, Montevideo tenía que sobrevivir sin ninguno de sus ocho periódicos matutinos diarios. A las nueve de la mañana (esto es, cuando Maragall y Deluc ya hacía un rato que habían salido para Sacramento), la patronal de la prensa consiguió imprimir y emitir una hoja volante, que se distribuía gratis en oficinas y cafés y a los paseantes y automovilistas.

En gruesas letras de caja catorce decía:

¿ES ÉSTA LA FINALIDAD DE LOS TERRORISTAS?
¿ACALLAR NUESTRAS VOCES?
“PODRÁN MATARME, MAS NUNCA ACALLARME”
JOSÉ G. ARTIGAS
CAMPAMENTO DEL AYUÍ
(CALERA DE LAS HUÉRFANAS)
MAYO DE 1811.

II) LA POESíA DE LA CARRETERA

1.

Aquel domingo (4 de abril), Maragall se despertó nervioso, tras un par de horas inquietas de sueño, a las seis de la mañana. Había puesto el despertador luminoso para que sonara a las siete. Lo miró de mala manera al levantarse de la cama compartida y encaminarse al cuarto de baño.

Ya en el cuarto de baño, Maragall probó la luz y funcionaba, aunque con una intensidad ictérica, enfermiza, y en ocasiones parpadeaba. Anoche, al volver él del periódico, el apagón aún duraba, Clara estaba medio histérica y asustada y había velas encendidas (más un par de faroles a mantilla) por toda la casa. Esto de ahora, esta luz nebulosa y deprimente, sin duda se debía a algún generador auxiliar de mala muerte. Tardarían días,

seguramente, para que las centrales eléctricas distribuidoras y las torres de alto voltaje volvieran a funcionar con normalidad.

Maragall se duchó, se afeitó, bajó con cautela las escaleras y se preparó el mate, envuelto de la cintura para abajo con una toalla azul. Tarareaba:

Me gusta lo desparejo
Y no voy por la vedera
Uso funyi a lo Caffera
Calzo bota militar
La quise porque la quise
Y por eso la perdono
No hay nada pior que el encono
Para vivir amargáu
La quise porque la quise
Y por eso ando penando
Se me jué ya ni sé cuándo
Ni sé cuándo volverá

De nuevo en su dormitorio, a oscuras, Maragall seleccionó la ropa que ponerse y se vistió. Los zapatos se los calzó y anudó afuera, en un pasillo. Después bajó la escalera, de nuevo a la cocina, donde la pava ya humeaba.

Maragall, pues, vertió el agua caliente en un termo con boquilla o piripicho (aquel útil adminículo para el mate, sencilla invención uruguaya, que los argentinos se negaban a adoptar, pensaba él una vez más, por esa manía de la superioridad genética de Buenos Aires frente a Montevideo, que no tenía –en su opinión- razón ninguna de ser), y disfrutó de unos

cuantos mates cada vez más tristes y desganados hasta que dejó los adminículos a un lado y se sirvió un Laphroaig sin hielo ni agua.

A las siete y cuarto salió en el Fiat (que era, por cierto, de un color azul muy clarito), con tiempo más que de sobras, pero por si las moscas.

2.

Por la noche, en el momento en que algunas emisoras de radio habían vuelto a funcionar, una de ellas, que hasta un segundo antes radiaba silencio a la sala de redacción, crepitó, crujió y produjo chasquidos antes de que una voz errabunda dijera:

-Uno dos, uno dos, probando, probando.

Era la voz inconfundible de Lázaro Recuero, llamado el Farol de Esquina, el speaker habitual, por las noches, de la emisora CX8, Radio Sarandí.

-Aquí Radio Sarandí en el éter –dijo acto seguido el Farol de Esquina-. Desde las bandas de ocho, doce y veinticinco metros y las bandas anchas de cuarenta y nueve y cincuenta y siete metros, más las ondas cortas de ciento doce y ciento dieciséis milímetros, Ce Equis Ocho Radio Sarandí informa.

Tras darle un monótono repaso tanto al gran apagón como, sobre todo, a la ocupación de Canal Seis de televisión (que quedaba al lado de la emisora de radio), y a la recentísima fuga de la Puma con una docena de rehenes, el Farol tosió, carraspeó, dijo ‘Perdonen ustedes, amables oyentes’, y con una voz plana, pálida y aburrida (su voz oficial de siempre), añadió:

-De Jefatura nos ha llegado hace breves momentos un comunicado en el que se pide a todo quien que conozca el paradero de la señorita Josefina Patricia Lalandra Ingold que avise de inmediato al cinco nueve dos cuatro

siete dos uno. La señorita Lalandra es requerida por la policía por motivos que no han sido desvelados. La televisión oficial, Canal Ocho, difundirá su imagen en cuanto vuelva a las antenas, a las nueve de la mañana.

No bien oir aquello, Maragall se había precipitado al teléfono. Eran las dos y diez. Llamó primero al Neutral, de donde Deluc se había ido hacía no más de un cuarto de hora. "Cantando en la sombra el maldito Franchute", se dijo. Esperó unos minutos (el tiempo de fumarse un Benson & Hedges extra largo, que eran los cigarrillos que había comprado aquella tarde con vistas al continuado expolio de vividores y mangueros tales como Marganesi, Bebe Varela y los demás) para llamar al número privado de Deluc, en el Palacio Lecumberri. Al cuarto o quinto timbrazo Deluc descolgó.

-Diga.

-Soy yo. ¿Has oído la radio?

-Para oir la radio estoy, Maragall. ¿Qué pasa?

-Los Muchachos, con la Merchán al mando, salieron de Canal Seis amparados en varios rehenes, Ffrench y el cura Lapredour entre ellos.

-¿Y?

-Y Radio Sarandí acaba de informar que la policía busca a tu amiga Josefina. Han anunciado que a las nueve, no bien entre en antenas, el canal oficial de televisión difundirá su imagen, por si alguien sabe de su paradero.

-Caray, Maragall. Las cosas se nos ponen fuleras. Jodidamente fuleras, como diría Corróchano. ¿A qué hora has dicho que entra en antenas el canal oficial?

-A las nueve de la mañana.

-Pues a las ocho en La Colosal, Maragall. Felices sueños.

3.

Ahora, en la mañana ya amanecida del domingo 4 de abril, Maragall conducía su pequeño Fiat por la Rambla, hacia el Barrio Sur.
Al acercarse veía los viejos Tanques del Gas, desde hacía años ya obsoletos y en desuso, que hoy estaban infectados en su alrededor por vehículos de policía y camiones de los bomberos, con escaleras y redes. Inclusive había varias lanchas con grandes focos blancos que surcaban las sucias aguas de la Playa Sarthou, y un par de helicópteros que las sobrevolaban.

'La policía a tiempo como siempre', se dijo Maragall. En una barrera lo pararon, inspeccionaron el vehículo y le pidieron la documentación, tanto la suya personal como la del Fiat. Cuando vio su carnet de periodista, el severo oficial al mando juntó sobre la nariz unas gruesas cejas desconfiadas.

-¿A dónde va usted a esta hora?

Maragall (que tenía mucho más coraje y decisión de lo que un tal como Marganesi hubiese pensado jamás de él) sabía que no tenía por qué contestar a esa pregunta, pero sabía también que si no lo hacía las cosas se podían alargar innecesariamente, de modo que prefirió responder con una mentira:

-Voy a casa de mi madre, aquí en el Barrio Sur, oficial. Tengo que llevarla dentro de un rato al hospital, para unas pruebas de orina y sangre. Tiene mal los riñones.

-De acuerdo. Pase.

'Va a estar brava la cosa', se dijo Maragall al poner de nuevo el autito celeste en marcha. 'Controles por todos lados. No quiero ni pensar lo que será en las salidas de Montevideo'. Había calculado no menos de tres horas de viaje a Sacramento. 'Cinco con suerte, si esto se pone como me temo', rectificó para sí mismo. 'Al Franchute no le va a hacer ni la menor gracia'.

Pero el Franchute (como Maragall debía tener muy claro a estas alturas de su ya antigua amistad) se tomaba siempre las cosas con calma y filosofía.

Deluc llegó a La Colosal puntualmente hacia las ocho menos cinco, cuando Maragall ya llevaba un cuarto de hora en el lugar. El boliche era en efecto grande, con unas veinte mesas para la clientela y un largo mostrador esquinero recubierto hasta el suelo de azulejos, con un zócalo bicolor de losanges. Tenía un par de mesas para practicar la carambola francesa y el casín, y cuatro más, más altas, para jugar al fútbol de manillares con muñecos.

Tubos de neón encajados en cajas de latón colgaban del techo del boliche sobre las mesas de juego. Amplios ventanales se abismaban hacia las calles Luis de León e Ybicuí.

En las paredes, por lo demás, había anuncios viejos de corridas de toros y de conciertos de famosos intérpretes, tanto en diferentes sitios de España y de Europa como en lugares aún menos accesibles y difíciles, como México, la Cuba de los años treinta y el Perú.

4.

Con cierta distraída delectación, Maragall se paseó lentamente por el local (mientras esperaba a Deluc), con las manos entrelazadas a la espalda, leyendo allí fechas tan remotas como el domingo 13 de mayo de 1931 o el 16 de abril de 1911, y lugares tan legendarios como la Plaza Monumental de México DF, Las Ventas de Madrid, La Maestranza de Sevilla o el Coso Felipe Vargas de Cuzco, así como el Teatro del Liceu de Barcelona, el Café de Chinitas madrileño, La Scala de Milano y O Gran Teatro do Povo de

Manaus, donde el 9 de julio de 1913 (día de la inauguración) actuaron nada menos que Tito Schipa y Enrico Caruso, tenores, con la soprano y la mezzo soprano Alida Valenti y Vellida Perricciolli. Representarían fragmentos escogidos de las óperas **Tosca** y **Aída**, de Giuseppe Verdi, así como (Caruso) el aria *La morte nel mio cor*, de la ópera **Vanità** de Pulci.

Leyó también (y con especialísimo interés) muchos nombres tan celebrados, del mundo de los toros (prohibidos en la República Oriental desde 1916), como los de Lagartijo, Juan Belmonte, Rafael Guerra, José Guerra 'Guerrita' (o Joselito), el Bombita, Domingo Ortega e incluso el del matador italiano, as indiscutible del volapié, Giuseppe Mazzantini. Aquello tenía poder para embelesarlo, y de no haber sido por las difíciles circunstancias de aquella mañana, en razón de los caprichos del Franchute, Maragall se hubiese pasado horas sumido en la contemplación de aquellas glorias perdidas, aspirando (en su imaginación) el olor a serrín, sudor y sangre de los ruedos.

De aquel modo, y en sus actuales circunstancias, Maragall se pasó (si no horas) sus diez buenos y nostálgicos minutos, mal que bien desconectado de la dura realidad que lo había llevado a aquel café. Tal como estaban las cosas, se volvió algo tristón a su mesa.

La Colosal, según le había hecho saber el encargado, era uno de los muy pocos cafés en la ciudad que abrían la noche entera. 'El Franchute no da puntada sin hilo', se dijo Maragall, de vuelta en su mesa, de donde pidió su segundo café.

-¿Es usted periodista, verdad? –le preguntó el encargado al llevarle el café-. Ya ha estado alguna vez antes aquí, ¿me equivoco? ¿No le hace una copita?

-Antes no tenían esos carteles.

-Los trajo la patrona hace poco. Es española, ¿sabe usted? Hasta entonces teníamos todos esos papelotes arrejuntando mugre en nuestra casa. ¿Qué copita, caballero?

-Ninguna, gracias. Tengo que conducir.

El encargado se encogió de hombros y enarcó las cejas, como si pensara que había gente para todo en este mundo, inclusive para conducir en estado de sobriedad. Maragall a menudo había conducido más o menos borracho, pero no lo haría hoy, se decía.

'Quiero volver vivo a casa', decidió.

Más o menos en aquel momento entró Deluc, que de inmediato pidió una grappa con campari.

-¿Con el estómago vacío, Franchute?

-He desayunado ya, Maragall.

-Has visto qué relajo, ¿no? Hay controles por todas partes. A mí me pararon hace un rato, en la Rambla, frente a los Tanques del Gas. Había medio millón de policías allí, y barcas patrulleras, camiones de bomberos y helicópteros. No me quiero ni pensar lo que las vamos a pasar para salir de esta piojosa ciudad.

-Tranquilo, Maragall. Nos vamos cuando quieras.

-Nos vamos ya, Franchute.

-Por el camino tendremos que parar, por lo menos una vez. Tengo que telefonear a Buenos Aires, Maragall, pero no antes de las diez. ¿Dónde calculas tú que estaremos para entonces?

-No tengo ni idea, Franchute. Tal como deben de estar las cosas no me extrañaría que a esa hora no hubiéramos salido todavía de Montevideo.

Ya estaban los dos en la calle. Habían atravesado los maderámenes semipodridos, vomitados y ensangrentados de La Colosal, para salir por la

puertita que daba a Isla de Flores. Maragall había dejado su Fiat en la esquina y por la acera de enfrente.

-¿Eludiste a ese sargento?

-No problem at all, my friend –dijo Deluc.

-Ahora tienes veleidades políglotas, Franchute.

Se subieron los dos al Fiat y Maragall puso en marcha el motor.

5.

Llevaban media hora de viaje, y estaban retenidos, por un más bien rutinario puesto policial, en la rotonda del Parque Güemes, en el que nacía el Camino Mansavillagra (la salida a Sacramento), cuando Maragall se puso a canturrear (hasta entonces sólo habían hablado de vaguedades e inconsistencias):

Corrientes tres cuatro ocho
Segundo piso ascensor
No hay porteros ni vecinos
Adentro cocktail y amor
Y todo a media luz
Crepúsculo interior
A media luz los besos
A media luz los dos

-¿Sabías, Franchute –Maragall se interrumpió- que en Corrientes tres cuatro ocho funcionaba una verdadera maison de plaisir? El tango es pura propaganda, che. Y lo cantaba Gardel.

-¿Gardel visitaba el bulín?

-No creo. A Gardel, las minas…

-No le interesaban demasiado, como a Pérez Moles. Eso he oído, sí, pero me cuesta creer y me duele pensar que pueda ser verdad, Maragall.

-Gardel no era raro ni desviado en ningún sentido, Franchute. Eso afirmaba por lo menos el gran Celedonio Flores, que lo conocía muy bien. En unas breves memorias muy episódicas, que le dictó en los años cuarenta a no sé qué periodista, el gran Celedonio habla de Gardel con verdadera admiración, con profundo cariño y cabe que con veneración, pero reconoce que los pocos ejes que marcan al tango, es decir las minas traicioneras, el escabio, las farras, el escolazo y la timba en general, eran cosas que al Mago, por desgracia, excluyendo a los caballos, nunca le habían interesado demasiado.

-A Celedonio sí, supongo –dijo Deluc.

-Él afirma que sí. Él incluso escribió una letra de tango, una especie de poesía, para ser no cantada sino recitada, con fondo musical de La Cumparsita, en la que afirma que nació y se hizo en el tango, no *con* el tango sino *en* el tango, no sé si captas la diferencia.

Maragall subrayó con su acento las dos preposiciones.

-Sin embargo no sé, Franchute. No sé. A Celedonio, que es quizá el mejor letrista que ha tenido el tango, con el permiso de Cadícamo, sobre todo, así como de Manzi y Contursi, y acaso del sobrevalorado Discepolín, el tango en sí no sé. Celedonio se pretendía poeta. Un poeta de arrabal y conventillo, sí, sin duda, pero un poeta. No un letrista más o menos exitoso de tangos, sino un poeta. Hay una diferencia también en esto, Franchute, quiérase que no.

-Un poeta amargo como la hiel, ¿no? Sus tangos lo son, salvo excepciones, Maragall.

-Rudo y bronco, así se definía Celedonio. Escribió una cuarteta, muy divulgada en su día, que más o menos dice (no la recuerdo con precisión):

‘El poeta dichoso
Le canta al nardo
Yo que soy rudo y bronco
Le canto al cardo’.

-Como si fuera un irlandés de subida pigmentación. No por nada le dirían el Negro.

-El Negro Cele, sí. En cuanto al cardo es, en efecto, la planta representativa y emblemática de Irlanda, pero no creo que Celedonio haya pensado jamás en la verde, triste y ensimismada Erín de Joyce, precisamente. Para él sólo existía Buenos Aires, Franchute, y de Buenos Aires el Arrabal Norte y Boedo, y en todo caso Barracas, Almagro y Palermo. No el Barrio Sur de Homero Manzi ni Belgrano, y tampoco la Boca, que era un juntadero de tanos. No ni mucho menos la alegre y frívola calle Florida, por la que no sentía sino desprecio.

-Vos sos la calle Florida, que se vino al arrabal –tarareó Deluc.

-Eso mismo –dijo Maragall.

Cantó bajito:

Mezcla rara de magnate
Nacido entre el sabalaje
Vos sos la calle Florida
Que se vino al arrabal
Compadrito de mi barrio
Que sólo cambió de traje
Siempre pienso si te veo
Tirándote a personaje
Que sos un misto jaulero
Con berretín de zorzal

-El Negro Cele odiaba y despreciaba la frivolidad, eso está claro en las letras de sus tangos, Franchute. Y también despreciaba la alegría, según me temo.

-La tristeza va implícita en el tango, Maragall. La alegría en el tango es extemporánea. ¿Cómo decirte? Hay muchos versos cómicos y humorísticos en los tangos, y también los hay alegres… Hay tangos enteros alegres, aunque con cierto resabio amargo siempre, como *Enfundá la mandolina* y *Che, pituca*

Así de grupo en grupo
Llena de plata
Vos campaneás la vida color salmón

canturreó Maragall, acompañándose con golpecitos sobre el volante del Fiat

Pero yo que soy pobre como una rata
La campaneo sin grupo, color carbón

6.

El Fiat pasó aquel primer control, en Parque Güemes, y también un segundo, más largo y severo, menos rutinario, en la salida de Montevideo a occidente, avanzado ya el Camino Mansavillagra. Estuvieron allí detenidos, Maragall y Deluc, bastante más de una hora. Una larga teoría de vehículos avanzaba a paso de tortuga por delante del Fiat, a cuyas espaldas se sumaban más y más vehículos de toda clase (y carros con jumentos) minuto a minuto.

La policía tenía perros pastores alemanes, sujetos de traíllas, y metralletas colgadas del pecho; había furgonetas y furgones policiales estacionados a los lados del camino; y ambulancias, y enfermeros que

fumaban indolentes; y más helicópteros que atronaban desde el aire a poca altura.

-Flor de día elegimos para salir, Franchute.

-¿Qué remedio, viejo?

Deluc llevaba un par de minutos dentro de un reconcentrado silencio. Se había fumado un Singulares hasta que la colilla le quemó la piel de los labios. Abrió la ventanilla y la tiró afuera. Un agente uniformado, de casco y antiparras negras, la aplastó con un tacón, al tiempo que hacía un gesto brutal.

-Eso no se hace, don.

-Para la próxima lo tendré en cuenta, capitán.

Deluc volvió a subir la ventanilla y se devolvió a su reconcentrado silencio. Maragall dejó pasar un par de minutos y le preguntó:

-¿En qué piensas, Franchute? ¿Qué te amarga la existencia?

-Josefina. Pienso en Josefina, maldita cría.

-¿Maldita por qué? ¿Porque te mintió?

-No, no. Eso lo entiendo. Soy yo, Maragall. Cometí un grave error, con Josefina.

-¿Cuál, Franchute? ¿De qué hablas?

-Me porté con ella de forma blanda, bondadosa, confiada, sin tener en cuenta las premisas. Hay una primera norma o premisa inflexible a la que debí ceñirme, y no lo hice.

-¿Qué norma, Franchute? No entiendo ni papa.

-Algo que creo que dijo Wilde.

-¿Wilde? ¿Qué dijo?

-Si no lo dijo Wilde lo dijo Churchill o Byron o algún otro de aquellos tipos que soltaban frasecitas para la posteridad

-¿Qué es lo que dijo quien fuera, Franchute?

-Puede que lo dijera Baudelaire

-¿Qué, Franchute? ¿Lo vas a decir o no?

-'Más vale ser bello que tonto, pero más vale ser tonto que bueno'. Eso dijo.

-¿Lo dijo Wilde? No lo sabía. Qué raro.

-Si no lo dijo Wilde lo dijo algún otro. Tal vez La Rochefoulcauld. Es el que escribía los epigramas, ¿no?

-Y las máximas. Él no lo dijo.

-Voltaire, entonces. O Gyp, aquella escritora que estaba tan buena.

-Seguro que no, Franchute. Eso no lo dijeron ni Voltaire ni mucho menos la estrafalaria condesa Marie Sybille Antoinette de Riqueti de Mirabeau de Nartel de Joinville. No.

-Entonces fue George Sand, o Anne de Noailles, o Minou Drouet. Me da en la napia que si no fue Wilde fue una mina.

-Minou Drouet, cuando escribía, era una niña de ocho a diez años, Franchute. ¿Sabes, a propósito –siguió diciendo de prisa Maragall- qué dijo aquel tu desconocido a la par que anónimo Cocteau sobre Minou Drouet, cuando le preguntaron qué opinaba de la genial poetisa niña? 'Todos los niños me parecen geniales', dijo, 'excepto Minou Drouet'.

-¿No fue una mina, che? Fue Wilde, entonces, como dije al principio.

-Tampoco creo que lo haya dicho Wilde, Franchute. No así, al menos, tal como tú lo has citado.

-¿Quién si no?¿Lo sabes, Maragall ¿No?

-Hay algo parecido, pero bastante más duro y atinado, que dice Lord Henry Wotton, el cínico personaje de **El cuadro de Dorian Gray**, que entre nosotros se malamente traduce como 'retrato'. El título original es bien claro: **The Picture of Dorian Gray,** no *the portrait,* que es lo que se puede traducir como 'retrato'.

-Corta la latiniparla, che.

-En esa bella novela decadente, hay un momento en que Lord Hen…

-Da igual, Maragall. Da igual. No me abrumes más con citas, por favor. Me volverás loco.

-De acuerdo.

-Lo que me perdió con Josefina –prosiguió Deluc, volviendo a su problema- fue tratar de obrar de manera bondadosa con ella, como si ambos fuéramos buenas personas. Con Graciela muy bien, me puedo dar el lujo. La conozco lo bastante.

-¿Te acuestas con ella?

-No seas animal, Maragall. Decía que a Graciela la conozco bien, me puedo fiar de ella. Pero a la sobrina Josefina ni la conocía. No sabía ni que existiera, en realidad. Y traté de ser buena persona también con ella. De obrar bien. De confiarme. De creer en lo que me decía.

-Te mintió, has dicho

-No en todo, pero sí. En parte al menos. Me calló cosas. ¿Y sabes, Maragall? Mi peor defecto es tratar de ser buena persona.

-Lo eres, Franchute.

-No lo soy –dijo Deluc, de forma terminante-. Sé muy bien que la mayoría de las veces soy un cabrón indiferente y a menudo cruel. Por eso mismo trato de ser buena persona siempre que puedo. Como una especie de compensación, ¿entiendes, Maragall? Creí que podía comportarme como una buena persona con Josefina y me equivoqué. Ahora se trata de enmendar ese error. Por eso voy a Buenos Aires. Para enfrentar a Josefina con sus mentiras.

-¿Sólo para eso?

- Eso ya es bastante, Maragall.

-¿Te acuestas con Graciela? –insistió Maragall

-No seas animal, ¿quieres?

-¿Qué tendría de malo, Franchute? Graciela es una hermosa mujer, todavía. Yo no le haría ascos, te diré, si tuviera la más mínima chance. Creo que tú la tienes. ¿Qué tiene de malo, pues?

-Todo.

7.

Después de fumar un poco en silencio, Deluc dijo:

-En este asunto de Pérez Moles hay muchas cosas que no me cuadran, o que me cuadran mal, mejor dicho, por el momento, al menos.

-¿Cómo cuales?

-Corróchano y Lalandra se detestan, y sin embargo me parecen dispuestos a cabalgar juntos, al menos por ahora. Fillol desprecia a Corróchano y éste odia a Fillol, pero por ahora son aliados. Fillol le pasa información a Corróchano que no le pasaría ni a su peor enemigo. Me pregunto por qué, Maragall.

-¿Que por qué? –contestó Maragall-. Tal vez porque se odian y se detestan, precisamente. A veces vale más fiarse de un enemigo que de un amigo.

-¿Tú crees?

-Hay mil ejemplos en la historia, Franchute.

-Ponme uno, Maragall, pero sólo uno. Y cortito y al pie, como se dice en el fútbol.

-Talleyrand y Fouché se detestaban, por ejemplo, lo que no les impidió, sino que, por el contrario, los empujó a mancomunarse cuando les llegó el momento de buscar, entre ambos de consuno, un objetivo mayor que el rutinario de sus pequeñas rencillas y rivalidades, como era el de

causar la caída de su amo y señor, ya que los dos sabían que había otros amos en perspectiva que los recompensarían espléndidamente por su traición.

-El amo y señor era Napoleón, es claro.

-Y los nuevos amos Inglaterra y los Borbón.

Iban entre médanos suaves, con la visión más a lo lejos de verdes y altas pasturas alambradas, en las que moraban algunas vaquitas pintas.

Al final de una corta recta (había muchas más curvas que rectas entre Montevideo y Sacramento) se dieron con un accidente. A un muerto, tirado en la cuneta, lo habían cubierto con papel de periódicos. Un policía anotaba algo en una libreta y una mujer sollozaba, caída contra uno de los dos vehículos accidentados. Un niño invisible lloraba a grito pelado.

-Ah –dijo Maragall, al tiempo que hacía un amplio ademán-. La trágica poesía de la carretera, Franchute.

Deluc no dijo nada.

8.

A todo esto el pequeño Fiat muy pronto llegaba a Pueblo Ecolampadio, que estaba más o menos a mitad de camino de Sacramento (eran ya casi las once), en la región llamada Nueva Helvecia o Colonia Suiza, configurada por suaves colinas salpicadas de pueblitos con casitas a dos aguas y vacas lecheras que pastaban en los verdes prados, con una campanita colgada del pescuezo; había delgados y delicados campanarios de madera que parecían de juguete en la distancia, con campanas medievales, algunas también de madera, traídas al Río de la Plata por

enérgicos hugonotes, a lomo de animales, a través de los Alpes y del Océano Atlántico.

Allí en Pueblo Ecolampadio decidió Deluc hacer la necesaria parada para refrescarse, orinar, acaso comer algo, beberse algunas grappas (él) y llamar a Buenos Aires por teléfono.

-Ecolampadio –dijo Deluc, cuando se bajaban del Fiat-. ¿Qué significará? Hay otro pueblo por aquí que se llama Edelweiss, nada menos. Es una flor, según me han dicho. Ecolampadio en fija que es un árbol, o alguna clase de vaca lechera. ¿O será una campana, una variedad del chocolate suizo, un reloj? Los suizos lo inventan todo, bien se sabe, pero lo de este ecolampadio, sea lo que sea, supera todos mis conocimientos.

Maragall dejaba a Deluc hablar, contemplándolo, los dos de camino de un amplio lugar público que anunciaba: 'Salón. Quesos y Kirsch de Lorraine. Sirvan Pasar'. Con una sonrisa de simpatía y algo de conmiseración, Maragall preguntó:

-¿De verdad eres tan burro, Franchute?

-¿Por qué?

-¿No sabes quién era Ecolampadio?

-No me digas que era un tipo

-Es claro que era un tipo. Era una especie de Lutero menor. Uno de aquellos reformadores religiosos de principios del siglo XVI, que se enfrentaron a la corrupta curia romana y al poderoso imperio hispano austríaco de los Habsburgo para apartar a la iglesia de la irrisión y del oprobio que predominaban entonces. Así les fue. Por un lado las reformas degeneraron en el atroz Jean Cauvin, o Juan Calvino, parisino como tú.

-Te he dicho que no nací en París, Maragall

-Parisino como tú –repitió Maragall, con acento taxativo y contundente-. Calvino convirtió el anhelo de Dios en una cuestión

económica, lo que dio paso al capitalismo moderno. Para él los predestinados o bienaventurados eran elegidos a priori, por el Dedo Mismísimo de Dios, y su paso por la tierra se percibía en su bonanza material. En suma, Franchute, para Calvino, sus secuaces y sus sucesores, los ricos iban al cielo y los pobres al infierno. De ahí procede aquella famosísima Constitución tan alabada y copiada, concretamente aquí en esta tierra, que redactaron Jefferson y sus cómplices para los trece estados federados. Jefferson al fin de cuentas no era sino un calvinista más o menos descreído, Franchute. Por supuesto que se volvería a morir si pudiera ver en qué se ha convertido, a día de hoy, lo que él pensaba que sería una idílica república eminentemente rural, con los señores con el látigo y la pipa, paseando por sus prados, y los negros esclavos doblegados en filas sobre las sementeras, pero eso es otra historia.

Ya estaban dentro del local suizo, a una mesa, y Deluc se tomaba su primera grappa mientras Maragall mordisqueba un sandwich calentado a la plancha y bebía cerveza.

-Por otro lado -siguió diciendo este último, entre uno y otro mordiscos a su sandwich y un trago y otro al bock de cerveza negra que tenía al lado-, los reformadores y sus seguidores, promotores y banqueros, se tuvieron que enfrentar a todo el poderío del Imperio Español de Carlos Quinto, que dilapidaba en las guerras de religión, que se luchaban en la lejana Alemania, el oro y la plata procedentes de las Indias, que entraban en España vía Sevilla.

“Los españoles de entonces ni olían aquellos nobles metales, ya que tanto el uno como la otra seguían camino, desde Sevilla, directamente a Amsterdam, Amberes y Maguncia, donde llenaban las ávidas arcas de los agiotistas que le prestaban capitales al emperador, como los celebérrimos Fugger, Fücker o Fúcar, para que el dicho obsesivo emperador prosiguiera

con sus lucrativas campañas militares. Lucrativas para ellos, claro está, los agiotistas y banqueros, no para éste y su Imperio.

"El orgulloso vencedor de Mulhberg, según lo pintó Tiziano, muy altivo y peripuesto a lomos de su caballo, Franchute, es decir aquel cuate al que la historia conoce como Carlos Quinto, en realidad era un tipejo infatuado, gotoso y de pocas luces; un Habsburgo típico, para peor, con esa horrible prognosis familiar más ese labio inferior colgante que los caracterizaba. De modo que aquel imperio suyo, inacabable, en donde jamás se ponía el sol, mira tú en qué se ha convertido, Franchute.

-¿En qué?

-En la dolida España de hoy, Franchute, donde el sol se pone por todas partes y en todos sitios a toda hora, gobernada como lo está por un régimen doblemente ignominioso, clerical a ultranza por un lado y fascista sin remisión por el otro.

Una pausa para encender un Cutlass Navy Cut y Maragall añadió, con acento sombrío:

-Y así nos va a nosotros, Franchute, que a fin de cuentas no somos sino hijos desnaturalizados de aquella España doliente. Tan contentos que nos sentíamos con nuestra patria pulcra y democrática hace sólo diez añitos, Franchute. Entonces los políticos robaban, por supuesto, porque los políticos han robado siempre, desde que el mundo es mundo, pero en aquellos tiempos aún lo hacían al menos con cierta discreción profesional, no como ahora, que todos se zambullen a la rapiña como si el menguado tesoro nacional no fuese sino una piñata rota.

"Hace diez años, Franchute, más o menos mientras tú desembarcabas en Montevideo, los policías aún cruzaban a viejecitas de una acera a la opuesta, en nuestras tardes lluviosas. Yo lo he visto con estos ojos. Y los soldados vivían dentro de sus cuarteles, dedicados a formar y romper filas,

a marcar el paso y a comer su horrible rancho. Míralos ahora, tanto a los unos como a los otros. ¡Quién te ha visto y quien te ve, soldadito de cuartel!

-¿Quién dijo eso, Maragall? ¿Mesonero Romanos, Campoamor o Bretón de los Herreros?

-Lo digo yo, Franchute. Se te ve muy contento, te diré, pese a todo.

-Miraba ese cartel.

-¿Qué cartel?

-Lo tienes a tus espaldas, Maragall

Deluc señaló hacia algún punto por la puerta que daba a la carretera.

-Kirsch de Lorraine. Tú que lo sabes todo apuesto a que no sabes qué es eso, Maragall.

-Es queso derretido con un chorro de vino –informó Maragall, indiferente-. Se come con pan viejo. Nada que nos pueda interesar a nosotros, Franchute.

- 'Sirvan Pasar' –dijo Deluc después-. Estos suizos no saben más que inventar y acumular capital. No saben ni escribir. Debería decir 'Sírvanse Pasar'. Con razón el Chueco Alcorza los llamó la repugnante Confederación Helvética.

-Parecería que estuvieras de acuerdo con ese energúmeno terrorista, Franchute.

-No estoy del todo en contra como tú, Maragall. De hecho, siento más simpatía por los Muchachos que por el llamado estado de derecho, que en este país, al menos, no pasa de ser una farsa. Lo grave es que, a pesar de mis ideas e inclinaciones, he tenido que aliarme temporalmente con Fillol.

-Entonces no te quejes, Franchute, si un día te sucede lo que comentó a posteriori Macaulay, a propósito de lord Aberdeen y de su conchavo con William Pitt: 'Si alguien se acuesta con caníbales, no se tiene que extrañar si se despierta dentro de la olla'.

-Quiénes son esos tipos, Maragall?

-Ya te he dicho que no me gusta que te hagas el iletrado, Franchute. No conmigo. No tú.

-No me hago el iletrado, Maragall. Ocurre que lo soy. No al nivel espeleológico de Marganesi, ni al nivel escatológico de Corróchano, que me imagino que debe ser analfa al cubo, y que además nunca se baña, pero me defiendo bastante bien en ese terreno, che.

-Y te bañas, Franchute, ¿cuántas veces al día?

-¿Quién era ese tal Maqueca?

-Macaulay, Franchute. Maqueca era un político uruguayo, colorado, que en realidad se apellidaba McEachen y no era uruguayo sino irlandés.

-Como el Negro Cele, ¿no? ¿Quién era ese otro Maqueca, Maragall?

-Macaulay –repitió Maragall-. Se llamaba Thomas Macaulay y era un célebre historiador ingles, Franchute. Eso por un lado. Importa poco que nunca hayas oído hablar de él, en realidad. Pero Pitt, Franchute… No me dirás que no sabes quién era William Pitt, Franchute, el cínico y terrible Pitt el Joven.

Maragall miró a Deluc con un tenue brillo en sus ojos siempre entornados.

-Lord Aberdeen, en fin –señaló-, era uno de esos estólidos señores ingleses de alta cuna, o escoceses, como en su caso, que nunca entienden nada de nada. Por eso se acostó con Pitt y se transformó en menú a la mañana siguiente. Pero Pitt, Franchute... Pitt el Joven, como lo llamaban, William Pitt the Young, mira tú por dónde, era nada menos que el primer ministro inglés a principios del siglo XIX. Fue Pitt el que planeó con Francisco Miranda las invasiones inglesas a América del Sur. Y no me digas que no sabes quién era Miranda, Franchute, porque eso ya sería intolerable.

-¿Miranda el Conspirador? ¿Es ése?

-Miranda conspiraba con Pitt, en efecto, los dos a gatas encima de mapas desparramados en los suelos del gabinete del Primer Ministro en Whitehall, porque entonces la famosa puerta número diez de Downing Street no existía todavía.

-Concreta, Maragall.

-¿Para qué, Franchute? Estamos en mitad de la nada, como quien dice. ¿Qué nos queda que no sea hablar, mientras te terminas tú tu grappa?

-¿Qué hizo Miranda?

-Pitt el Joven, no por nada lo llamaban así, era poco más que un chiquilín cuando lo nombraron premier. Creo que no tenía ni veinticinco años. Miranda, en cambio, era ya un señor mayor para andar a cuatro patas todo el rato. Se enfermó, no sé si de ciática o lumbago, y tuvo que guardar cama varios meses

"Toda su vida adulta, por lo demás, Miranda la había dedicado a conspirar contra España. Cuando todo el mundo, aquí en América, se adormecía confiado en que el Imperio Español, para bien o para mal, era una cosa eterna, interminable, Miranda ya conspiraba contra el poderío de España. Había participado en la Revolución Francesa, por otro lado, y había alcanzado el cargo de coronel general de los ejércitos de la Convención de Saint Just y Robespierre. Había tenido que salir a escape de Francia, se comprende, cuando el coup d'etat de Sieyès, Barras y Madame Tallien. Entonces se había desplazado a Londres, para conspirar con Pitt, y luego había viajado a América, a preparar las tan lloradas como denostadas invasiones inglesas.

-Doblado a medias por la ciática.

-Era un gran patriota Miranda, sin duda, aunque algo maníaco y revirado, acostumbrado a mandar, como coronel general que había sido, y

que, por lo tanto, se negaba a aceptar órdenes o directrices de nadie que no fuera Pitt; no las aceptaba ni de Bolívar siquiera. O no las aceptaba en concreto menos que de nadie de Bolívar, que para él no pasaba de ser un señorito caraqueño o un mantuano, como les decían. Bolívar, llegado un momento, lo tuvo que hacer arrestar, a Miranda. Para muchos lo traicionó, porque lo entregó al mutuo enemigo, los españoles. Miranda murió pocos años después en las mazmorras de Cádiz. Según parece Bolívar se arrepintió de aquella fea acción suya, con el paso de los años. Es el más negro baldón que tiene Bolívar en su, por lo demás, intachable biografía, Franchute.

-Bolívar queda muy bien para las avenidas, los boulevards y las plazas, ¿no crees? Mucho mejor que San Martín y que el propio Artigas. Simón Bolívar de por sí ya es un nombre resonante, que no sé, tiene ecos de grandeza, mucho más inclusive que Bismarck y Napoleón, y casi tanto como Alejandro Magno y Carlomagno. El Magno ayuda mucho, es claro. Siempre me gustó por eso Bolívar, por las heroicas resonancias de su nombre, aunque en realidad sé muy poco de él, Maragall.

-¿Y de Artigas, Franchute, qué?

9.

Salían ya del local de los suizos, en donde Deluc se había ausentado de la mesa, local adentro, para llamar a Buenos Aires. Había vuelto en diez minutos.

-Listo el pollo, Maragall. ¿Nos vamos?

-¿No comes nada?

-Si morfo lo que sea a esta hora me entra sueño, Maragall, y no me puedo dar el capricho no ya de dormir, sino ni siquiera el de entredormirme

o de adormilarme. Tengo que estar bien despejado, ¿entiendes?

-Hay gente a la que dormir la despeja.

-No a mí. Dormir me dejaría knock out. Tengo que seguir despierto, Maragall.

-Para ello las grappas, está claro –opinó Maragall, con evidente retintín.

Por otra parte Maragall, que se había comido dos sandwichs grandes de queso con jamón y un par de pastelitos de arándanos con nuez moscada y miel, se sentía ligeramente pesado, y la idea de dormir un ratito lo tentaba, de modo que comprendía la mar de bien al Franchute.

-Nos pappamos una sola y nos largamos, Maragall. ¿Más cerveza, che?

-Mejor otro café.

-No te hará mal una copa, Maragall. Te despejará, seguro. ¿Pido un Caballo Verde?

-Para copas, aquí, prefiero un licor de manzanas, Franchute. Los suizos tengo entendido que lo destilan muy bien, lo que no es nada fácil, te diré.

-¿Un calvados?

-No, no, no. El calvados es francés, Franchute. Yo me refiero a un licor de manzanas suizo. El calvados lo destilan los normandos de manzanas hervidas, de ahí ese color de oro viejo que tiene. Los suizos destilan su licor de manzanas crudas. Es un bello licor transparente, Franchute.

Después del licor de manzanas transparente de Maragall y la penúltima grappa con campari de Deluc, volvieron a la carretera.

-¿Y de Artigas, Franchute? –insistió Maragall.

-Conozco a un taxista que se llama Artigas Salmerón. Le dicen Artiguitas, aunque ya es un viejo. También lo llaman Negro, como a Obdulio Varela, aunque Artiguitas ni siquiera es pardo ni mulato. Ahora el Negro Artigas está retirado. Tiene unos ochenta años.

-¿De qué me hablas, Franchute? ¿De dónde has sacado a ese tipo?

-Habrás oído hablar de Jerry Bonpland, Maragall

-Es claro. El que se suicidó en la cárcel cuando murió Gardel.

-¿Sabes por qué estaba en la cárcel?

-Mató a su mujer.

-Frío.

-Ah, sí. A su suegro.

-Lo hizo matar, no lo mató él personalmente. Lo mató Artigas Salmerón con su taxi.

-Tengo una vaga y nebulosa idea, Franchute. ¿Cómo sabes tú todo eso? Pasó hace mil años.

-Fue en 1934, Maragall, y a mí me lo contó el propio Negro Artigas, che. Es un viejito tembloroso, que vive con su hija y con varios nietos de padres distintos en una casita de La Blanqueada, allá cerca del Parque Durandeau y del Cementerio del Norte.

"Todo el santo día, excepto si graniza, el Negro Artigas, Artiguitas o el Negro Salmerón, como sobre todo se lo conoce, está sentado a la puerta de su casa, donde se dedica a trenzar barbas de maíz. No me preguntes por qué o para qué porque ni él mismo lo sabe. Nadie le presta la más mínima atención, al pobre viejo, y menos que nadie su hija y sus nietos.

"El Negro Artigas estuvo cerca de veinte años preso, che. Yo lo fui a ver porque me hablaron de él y me picó la curiosidad. Uno se convierte, con los años, lo quiera como no, en un repulsivo periodista full time. Igual no sirve de nada, Maragall. Los periódicos se interesan por las meras noticias,

no por los seres humanos. Y el Negro Artigas, te aseguro, es un ser humano de mi flor, aún ahora, viejo y desdentado como está. Yo lo iba a ver de vez en cuando, y entre mate y mate charlábamos de muchas cosas, entre otras de aquel viejo asesinato. Ahora hace tiempo que no nos vemos. Hay días en que pienso que el viejo acaso esté muerto y yo sin enterarme. Es bastante horrible, te diré.

-Pareces extrañamente hipersensible, Franchute.

-Aquel viejo asesinato, Maragall, ha hecho grande con el tiempo al asesino. No porque se haya arrepentido ni lo haya asumido ni nada por el estilo. Pasó muchos años en la cárcel, muchísimos más de los justos en todos los casos, y salió y se hizo viejo y cualquier día revienta y se acabo. La única gloria del viejo es ser un asesino.

-La víctima, ahora recuerdo, fue el viejo Hartzenbusch, ¿no? El del palacio.

-Ecco le qua, Maragall. El Negro Artigas escucha a Gardel todas las tardes, por la ventana, cuando lo pone en la radio su hija, y entonces fatalmente se acuerda de su crimen. Lo conoció personalmente. Y Jerry Bonpland también lo conocía, claro está. A Gardel, quiero decir.

-Jerry Bonpland, por lo que sé, se vestía como Gardel, se peinaba a la gomina como Gardel, hablaba y caminaba como Gardel, usaba un gacho ladeado como Gardel.

-Jerry Bonpland se había casado por dinero, como tiene que ser obligatoriamente en un caso como el suyo. Se había casado con la hija única del viejo Hartzenbusch, que se llamaba Luisita y que según todas las mentas era por lo menos medio idiota.

“Jerry suponía, es de creer, que al viejo Hartzenbusch, que ya entonces era muy viejo y estaba lleno de achaques, le quedaba poca vida, cuando se casó con la hija. Era la única hija del viejo, como te he dicho, y

ya tenía cuarenta y tantos años, cerca quizá de cincuenta. Era de hecho unos ocho o diez años mayor que Jerry.

"Los cálculos de Jerry, no obstante, se mostraron erróneos; porque no, Maragall, porque no había manera. Jerry se equivocaba, porque el viejo llevaba muchos años ya al borde de la tumba, pero nunca se iba para adentro. Pasaban los días, los meses y los años y el viejo, aunque muriéndose cada mañana, seguía hoy tan vivito y coleando como ayer.

"Por aquel entonces, el viejo Hartzenbusch salía todos los días, por la mañana, del palacio de su nombre, que se había terminado de construir un par de años antes, a tomar el café en el Sorocabana, avenida de por medio. Cruzaba siempre por la esquina con la plaza, después de mirar atentamente a los dos lados. Usaba bastón. Era un viejo achacoso, medio derrengado, viejísimo, de setenta y tantos años, si no ochenta, que sufría de reuma, de artritis, de diabetes, de piedras en los riñones, de arritmia cardíaca y yo qué sé de qué corno más y que había tenido varios infartos. Arrastraba los pies al desplazarse y avanzaba muy pasito a pasito, como si a cada uno que daba fuera a expirar.

"Por eso, cuando se le ocurrió la idea, a Jerry le pareció que sería coser y cantar.

-¿Qué idea, Franchute?

-Fingir un accidente con el taxi del Negro Artigas.

"Jerry le habló al Negro y lo convenció.

"Jerry era uno de esos niños bien que gustan de mezclarse con el bajo fondo, ya sabes.

-Como tú, Franchute.

-Yo no soy un niño bien, no escorches.

-Perdona. ¿Qué pasó?

-Jerry era muy amigo del entonces notorio Ñato Corvo y del no menos famoso malevo Caravaca, entre otros ases y capangas del Bajo de entonces. El Negro Artigas siempre andaba él también por ahí, por las dudosas calles de Los Docks, porque le gustaba mucho el juego. Así se conocieron. De madrugada, el Negro Artigas llevaba a Jerry, inevitablemente borracho, a su casa, en el Palacio Hartzenbusch. Y como a Jerry fatalmente lo pelaban, en las mesas de juego de los garitos clandestinos, el Negro Artigas anotaba en una libreta el costo de cada viaje. A fin de mes, cuando Jerry recibía su estipendio de su suegro, saldaba cuentas con el Negro Artigas, y esa misma noche todo recomenzaba.

"A Jerry también le gustaba mucho el juego, claro está, como al Negro Artigas, aunque más que los tugurios del bajo, donde se jugaba al monte a cartas vistas o se tiraban los dados, lo suyo (lo de Jerry) eran las carreras de caballos. Después de todo era un joven de los llamados patricios; un hijo de buena familia, quiero decir. Su padre había tenido palco propio en el Palco de los Socios, como Bebe Varela. Lo había perdido, al parecer, cuando se arruinó.

-Creo que ese tal Jerry, ahora que lo pienso, tenía que ser descendiente del biólogo, geólogo y silvicultor francés René Aymé Aymerich de Bonpland, que era amigo de Humboldt y anduvo por estas tierras. Y que creo que se casó o al menos se arrejuntó con una mina criolla. Aquel matrimonio, si no me equivoco, duró poco. Bonpland, por cierto, se murió en Buenos Aires.

-Puede, Maragall. No conozco el árbol genealógico de los Bonpland ni me interesa conocerlo. Sé que Jerry era un niño bien arruinado, que son indefectiblemente los peores.

-¿Por qué los peores, Franchute?

-Porque son los que se sienten estafados por la vida, porque papá era rico y yo ya no. Son los que son capaces de hacer lo que sea para remediar lo que ellos consideran la injusticia de no haber heredado un dinero que les correspondía, una posición en la vida que se les debía. Es muy duro para esa gente andar con agujeros en los tamangos, Maragall, y hacen lo que sea para remediarlo. Por eso se casan por dinero, como hizo Jerry; porque no han heredado lo que ellos creían merecer.

-¿Sabes lo que decía tu compatriota Voltaire, Franchute, a propósito de las herencias? Decía que hay una sola forma de ganar dinero limpiamente. ¿Sabes cuál?

-Robándolo.

-Heredándolo, Franchute. Todas las manchas y canalladas de la fortuna recaen sobre tus antepasados. Tú estás limpio.

-Voltaire en mi opinión era un canalla, por lo que sé de él, y su compadre Rousseau, porque no se puede pensar en el uno sin pensar en el otro, era sin duda un desgraciado lleno de rencor, con una lengua viperina, que tenía la desgracia añadida de ser quizá demasiado lúcido o inteligente.

"Me parece muy bien el primer caso, guambia, el de Voltaire, y me parece muy triste el segundo. Ser un canalla hasta puede ser un mérito, según las circunstancias, y ser un desgraciado de lengua viperina es algo que no supongo que se pueda remediar.

-Eran dos grandes escritores, Franchute, cada cual en lo suyo. Más cáustico y superficial Voltaire. Más profundo y más amargado Rousseau. Hay gente a la que se le perdona todo, Franchute, tanto la vileza en el caso de monsieur Arouet como la paranoia en el del pobre Jean Jacques.

-Puede, Maragall.

-Voltaire, en concreto, por muy superficial que pudiera ser, era tremendamente inteligente, y hasta con sus más fortuitas frases ingeniosas,

pour épater le bourgeois, solía dar en el clavo. ¿Sabes lo que decía de Dios?

-Madre mía –se quejó Deluc-. Este viajecito me va a costar la cordura. ¿Qué decía de Dios tu amigo Voltaire, Maragall?

-‘Tantas fechorías y barbaridades se han cometido en nombre de Dios, que la única excusa que tiene es que no existe’.

“Y de los banqueros suizos, ya que estamos, Franchute. ¿Sabes qué decía?

Maragall no le dio tiempo a Deluc ni a abrir la boca.

Continuó:

-Decía: ‘Si ves que un banquero suizo salta por una ventana, salta tú detrás sin pensártelo dos veces. Algo saldrás ganando’.

-Olvídate de los suizos, Maragall –dijo Deluc-. Y en cuanto a Dios, es una gran verdad, che. Dios no existe. Eso no lo necesitaba decir Voltaire. Eso lo sé yo muy bien desde niño. La última vez que le recé a Dios, o acaso a la Virgen, tenía no más de ocho años. A partir de entonces soy un total descreído. Igual de vez en cuando le rezo a Dios, por las dudas, a pesar de que sé muy bien que no existe.

-¿Le rezabas a la Virgen en dónde, Franchute? ¿En la Villa del Salto?

-Volviendo con Jerry, Maragall. ¿Quieres o no que te cuente su historia?

-Me interesa más el tal Artigas Salmerón, Franchute.

-Pues vamos con el Negro Artigas, entonces. El Negro Artigas se dejó convencer por Jerry, pero no sólo por la guita. Jerry le entregó una cantidad por adelantado y le prometió otra más grande para cuando su suegro hubiera pasado al otro barrio.

-¿No sólo por la guita? ¿Por qué entonces? No me dirás que por amistad, Franchute. Eso, si Salmerón te lo dijo, es un bluff.

-El Negro me dijo que por lástima, Maragall. Me dijo que Jerry le daba lástima.

Se calló de súbito.

Maragall, asido cuidadosamente al volante, por una carretera que discurría entonces entre peligrosos barrancos rojizos, que para colmo parecían a punto de poder desmoronarse en el momento menos pensado, sólo podía mirar al Franchute de refilón.

-¿Te das cuenta tú que Josefina aceptó trabajar para Pérez Moles también por guita, Maragall, pero no sólo por guita? Te empecé a hablar del Negro Artigas no sé por qué, pero no por Josefina.

-Por Artigas -dijo Maragall-. Porque se llama Artigas. Porque yo te pregunté qué opinabas de Artigas, del verdadero Artigas, y tú, como sueles, te saliste por la tangente con este Artigas falso.

-Por lo que fuera, Maragall. Ahora me doy cuenta de que entre Josefina y el Negro Artigas hay cómo te diré, ¿un nexo? ¿Será posible que Josefina sintiera lástima por Pérez Moles? La lástima puede ser un sentimiento poderosísimo, Maragall. Mucho más poderoso que la amistad, por supuesto.

-Estoy de acuerdo, Franchute. Máxime porque tú has dicho que Josefina te mintió. Tal vez le daba vergüenza reconocer que un canalla como Pérez Moles le daba lástima.

-Puede ser, Maragall. Josefina no me mintió en cuanto a lo que me dijo de que no se metió en ese turbio negocio sólo por guita. En cuanto a eso, Josefina me dijo la verdad. Quizá Pérez Moles en efecto le daba lástima. O puede que se la diera el Chueco Alcorza. Eso sí sería alarmante, Maragall. ¿Tú qué crees?

-De una hija de Germán Lalandra, Franchute, y perdóname, soy capaz de creer lo peor.

-Josefina es una nena inocente, en buena medida.

-Sigue de momento con tu Negro Artigas, Franchute. Después hablaremos de tu amiga la inocente. Tenemos tiempo de sobras.

-En cuanto al Negro Artigas, en fin, Maragall. El plan de Jerry Bonpland era sencillo. El Negro tenía que estar con su taxi frente al Palacio Hartzenbusch, para la hora en que el viejo saliera, que era hacia las nueve de la mañana, y entonces doblar por la avenida y cuando el viejo la cruzara, atropellarlo. Era cosa bien sencilla y, en teoría, poco arriesgada. En principio, nadie iba a dudar de que había sido un lamentable e imprevisible accidente, porque el propio Jerry y la mismísima Luisita, la hija única del viejo, lo verían todo desde una ventana del palacio y declararían en favor del Negro.

"De modo que llegado el día el Negro Artigas espera en su taxi, por la plaza, hasta que sale el viejo. El Negro pone el taxi en marcha, dobla la esquina y se le echa al viejo encima. Y el viejo de repente tira el bastón y salta, esquiva el taxi del Negro y corre hasta la acera de enfrente; parece un gamo. La perspectiva de la muerte le había dado alas, Maragall. El Negro debió dar el asunto por liquidado ahí, y dejar al viejo vivo, pero no. Se entusiasmó, che.

"Entusiasmado pues, según él mismo me dijo, fuera de sí, desorbitado, olvidándose de hecho de que trataba de matar a un ser humano, enceguecido por el puro furor de la caza, el Negro Artigas persigue al viejo por la acera y lo termina por aplastar contra la pared del Sorocabana. No había ya posibilidad ninguna de fingir un accidente. El Negro fue detenido de inmediato, y lo interrogó aquel comisario siniestro que se llamaba Morales. A las cuatro primeras bofetadas, el pobre taxista lo confesó todo, es claro. Detienen después a Jerry Bonpland, como no podía ser de otra

forma, y cuando éste se cruza con el Negro, en Jefatura, lo mira, le sonríe y, sacudiendo la cabeza, le dice. '¡Mira que eres bestia, Negro!'.

Maragall sonrió.

-Otro fatalista –dijo, y añadió:

"Y unos meses más tarde Bonpland se ahorcó en la cárcel, al enterarse de que Gardel se había matado en aquel accidente de avión, en Medellín. Un final casi feliz, Franchute, si te lo piensas.

Deluc sonrió a su vez casi con timidez.

-Pero un cuentito trágico, ¿no?

-Yo diría que farsesco, Franchute.

III) LA BELLEZA TRISTE DE SACRAMENTO

o

EL PASADO DEL FRANCHUTE

1.

Maragall fumaba el último de su cajetilla de latón de Cutlass Navy Cut. Tendría que comprar cigarrillos fumables en cuanto pudiera, porque los Singulares de Deluc para él eran veneno.

-¿Te importa que paremos en cuanto nos demos, como el Quijote con la iglesia, con un bolichón al paso, Deluc?

-Al contrario, Maragall. De mil amores. Parece que el licor de manzana suizo te calentó el garguero, che.

-No es eso. Me quedé sin cigarrillos.

-Pues yo me tomaré otra grappa.

-No en todas partes tienen campari, Franchute.

-La corto con limón, si no hay campari.

-¿Te gusta de verdad la grappa, Franchute, o sólo la bebes para dártelas de guapo?

-¿Cómo me las voy a dar yo de guapo, Maragall? –se ofendió Deluc-. Mido menos de uno sesenta y cinco, no hago deportes ni juego a los dados, no sé manejar ni un cuchillo de mesa, jamás disparé un revólver y encima no uso funyi ni golilla. No sé bailar el tango, por mucho que me guste

cantarlo, y ni siquiera tengo smoking, che. ¿Cómo me las voy a dar de guapo yo?

Y canturreó:

Viejo smoking de los tiempos
En que yo también tallaba
Cuánta papusa garaba
En tus solapas lloró
Vas a ver que un día de estos
Te voy a poner de almohada
Y tirado en la catrera
Me voy a dejar morir

"Letra del gran Celedonio, agregó.

-La grappa, por lo demás –dijo Maragall, con acento pedagógico-, bien vale que se te informe, Franchute…

"La grappa verdadera, es decir la italiana, se destila del mosto de los pulpejos de la uva, que generan alcohol etílico, que es perfectamente bebestible, como el del whisky o el cognac. Nuestra grappa, la criolla, la que se produce aquí, se destila de pieles de uva que llevan restos del cabo que las une a la planta. El cabo es madera, Franchute; es celulosa, que al fermentar produce alcohol metílico. Y el alcohol metílico es veneno. Y no sólo es veneno, Franchute. Es adictivo. La caña será asquerosa, como sin duda lo es, pero es menos dañina que la grappa. Con eso te lo digo todo.

-Me importa poco, Maragall. Yo no pienso sobrevivir a los cincuenta. Me quedan más de quince años.

-Cuando te acerques a los cincuenta, como yo, no pensarás igual, Franchute.

-¿Tú qué edad tienes, Maragall?

-¿Y tú?

-Treinta y tres, como los que tenía Jesucristo cuando lo clavaron a la cruz. Y los de Alejandro Magno cuando estiró la pata en Babilonia, che. Ejemplos ilustres, Maragall.

-Como los de Bécquer y Evita Perón, Franchute, no se te olvide. Treinta y tres años es una edad peligrosa, bien se sabe. Dios elige jóvenes a sus preferidos.

-No me has dicho tu edad, Maragall.

-No sólo tú sabes guardar secretos, Franchute. Por esta vez te la gané.

2.

Pararon poco después, en cuanto Maragall divisó el primer bolichón al paso (como él los había calificado), en donde un camino de tierra venía a entroncar con la carretera.

Allí, Deluc se bebió su grappa de siempre (había Campari en el bolichón al paso).

Maragall, por su parte (que se bebió otro café), se tuvo que conformar con un paquete de cigarrillos rubios nacionales, sin emboquillado, de marca Ambassador, que eran algo más caros que las otras dos marcas que tenían allí en existencias y por lo tanto cabía que no tan malos.

-¿Qué tal será esta mierda, Franchute?

-¿Ves, Maragall? Eso te pasa por aydemí.

-La sublime poesía de la carretera, Franchute.

Al salir, Deluc cantaba en sordina

Hoy tenés el mate lleno
De infelices ilusiones
Te engrupieron los otarios

Las amigas, el gavión
La milonga entre magnates
Con sus locas tentaciones
Donde triunfan y claudican
Milongueras pretensiones
Se te ha entrado muy adentro
En el pobre corazón
Nada debo agradecerte
Mano a mano hemos quedado
No me importa lo que has hecho
Lo que hacés ni lo que harás
Los favores recibidos
Creo habértelos pagado
Y si alguna deuda chica
Sin querer se me ha olvidado
En la cuenta del otario
Que tenés se la cargás
Mientras tanto que tus triunfos
Pobres triunfos pasajeros
Llenen una larga fila
De riquezas y placer
Que el camba que te acamala
Tenga pesos duraderos
Que brillés en las paradas
Con cafishos milongueros
Y que digan los chochamus
Es una buena mujer
Y mañana cuando seas

Descolado mueble viejo
Y no tengas esperanzas
En el pobre corazón
Si te hace falta una ayuda
Si precisás un consejo
Acordate de este amigo
Que ha de jugarse el pellejo
Pa' ayudarte en lo que pueda
Cuando llegue la ocasión

-El Negro Cele era un genio –dijo Deluc acto seguido-. Y el tango es arte, te guste a ti o no.

3.

Sin avisar antes, cerca ya de Sacramento, Maragall frenó el autito a un costado de la carretera, justo antes de llegar a una cerrada curva ciega. Señaló por la ventanilla una cruz que se alzaba del otro lado, carretera de por medio.

-¿Sabes qué significa esa cruz, Franchute?

-¿Qué quieres tú que signifique, Maragall?

-¿Sabes tú quién se mató aquí, en esta misma curva? Te lo pregunto a ti, Franchute, que tanto te gusta el tango.

-¿Gardel? Yo creía que se había estampado en Medellín, con aquel avión.

-Hay una trágica poesía también en los aeropuertos, Franchute. No menos trágica quizá que la poesía de la carretera. Aquí, en este mismo lugar, Franchute, se mató Julio Sosa, el más famoso cantor de tangos uruguayo de siempre, y acaso el más memorable, aunque no haya sido el

mejor. Por eso está allí esa cruz. Han pasado cerca de diez años desde que el Gran Julio murió, y la gente sigue trayéndole flores a la cruz que lo recuerda.

Tras un instante de silencio que pareció de homenaje al famoso muerto, Maragall añadió:

-Era un gran tipo, Sosa. El Varón del Tango, Franchute, como lo llamaban.

-¿Lo conociste?

-Lo entrevisté dos veces, Franchute. Yo entonces era joven todavía. Tenía tu edad, más o menos.

-Yo no soy joven, Maragall. No me insultes.

-Eres un niño, Franchute. Yo lo era entonces también, sin máculas y sin dudas. Admiraba a Julio Sosa, ¿sabes? Cabe que lo admire todavía, pero ya de otra manera, más sensata, más crítica, más repulsivamente adulta, Franchute. Sosa era un gran tipo, fuerte, viril, de pelo en pecho, como se dice.

-¿No era maricón?

-No lo digas ni en broma, Franchute. A Sosa le gustaban las minas, de ser posible de dos en dos o de tres en tres. Era un gran bruto, en realidad. No un gran cantor, sin embargo.

“No nos engañemos, Franchute. No nos dejemos llevar también en cuanto al tango por la estúpida lacra del patriotismo, que le hace a la gente creer que todo lo propio es lo mejor. Hay patriotas que se enorgullecen de que el Uruguay produzca el ochenta por ciento mundial de pieles de lobo marino, por ejemplo, ¿te das cuenta? ¿Te das cuenta a qué irrisorios a la par que alarmantes límites puede llegar el furor nacionalista? ¿Qué mérito hay en las pieles de lobo marino, quisiera saber, qué maldita grandeza que no sea una fría y estúpida estadística? Si los lobos marinos son unos

inofensivos y estólidos otáridos que se dejan matar a palos en Isla de Lobos, donde se agrupan y reproducen por decenas de miles.

-Frente a las doradas playas de Punta del Este.

-En cuanto a las estadísticas, che…

-¿Qué?

-Sabrás lo que decía Churchill de las estadísticas, Franchute.

-Y dale.

-Decía: 'Yo sólo creo en las estadísticas que yo mismo he manipulado'.

-Churchill, Maragall, permite que te lo diga, fue uno de los individuos más negados, bochincheros y prescindibles que ha parido nunca la vieja humanidad.

-Churchill nos salvó de los nazis, Franchute. ¿Ni eso le reconoces?

-Los nazis se hundieron ellos solitos al invadir Rusia, Maragall. Má qué Churchill ni Churchill.

-Algo de razón tienes. Aunque debes reconocer que si Inglaterra no hubiese resistido como lo hizo, después de la rendición de Francia, Franchute…

-Puede.

-Por lo demás, Churchill era un gran escritor. No sería un gran estadista, si tú no quieres, pero era un excelso escritor. De los muchísimos premios Nobel de literatura que se han concedido, el de Churchill es uno de los pocos plenamente justificados, como los de Juan Ramón Jiménez, William Faulkner y Halldor Laxness. Y muy pocos más.

-¿Halldor qué?

-Halldor Laxness, el gran novelista islandés, Franchute. Fundador, además, del partido comunista en su país, lo que tú acaso consideres un mérito

-¿Tú no?

-Yo era blanco, Deluc. Es decir nacionalista. Soy un liberal nacionalista, como tu amigo Millares.

-¿Lo vas a votar?

-No creo. Era blanco, Franchute, te he dicho. Time past.

-¿Qué eres ahora?

-No colorado. Tampoco rojo. Lo más probable es que no vote a nadie, Franchute.

Los dos se quedaron callados unos instantes.

-¿Qué le pasó a Julio Sosa, Maragall? –preguntó Deluc, a la larga.

-Sosa, ¿sabes?, -enunció lenta y cansadamente Maragall- volvía de Buenos Aires con su flamante y reluciente automóvil nuevo cuando se mató. Era un gran Mercedes Benz, setecientos equis ele jota y no sé cuánto, de mil quinientos kilos de peso y que desarrollaba una potencia de cuatrocientos sesenta caballos. Su velocidad máxima era de doscientos ochenta kilómetros por hora, Franchute. Doscientos ochenta kilómetros reales, calibrados, Franchute, no de los que se leen en el tramposo velocímetro.

“Aquel Mercedes era una gran maquinaria alemana, la más poderosa que se ha inventado nunca hasta la fecha, una especie de tanque panzer a altísima velocidad, en realidad. La más poderosa, qué digo. Era la más violenta, la más brutal. Era una máquina asesina, Franchute, directa heredera de la depurada técnica que permitió al Tercer Reich crear la Wehrmacht, la Blitzkrieg, la Luftwaffe, la Kriegsmarine con el Graf Spee, el Bismarck y los U Boote, las Waffen SS, las SS, la Gestapo, las Ve Uno y Ve Dos, los campos de concentración y de exterminio y por supuesto los malditos carros de combate Tiger y Panzer.

“Sosa se acababa de comprar aquella bestia y se las quería mostrar a sus amigos, en Montevideo.

-¿Por qué no viajó directamente en el vapor de la carrera entonces, Maragall?

-Porque en los vapores de la carrera no existe capacidad para transportar vehículos, Franchute. Los vapores carecen de las necesarias bodegas.

-¿Y el aliscafo las tiene? ¿Un barquito suizo con patines?

-Italiano, Franchute. Ahora eres tú el que jode con esos malditos hugonotes renegados.

-Sigue con Sosa, Maragall.

-Poco queda ya por decir, Franchute. Entonces, hace cerca de diez años, no se usaba el aliscafo todavía, para el trayecto Buenos Aires Sacramento, sino unos transbordadores con bodegas de carga, que hacían el viaje en unas cuatro horas. Se siguen usando todavía, aunque ahora sólo para transportar cargas, ya no pasajeros, como hacían en aquellas fechas.

-¿Cuánto hay de Sacramento a Buenos Aires, Maragall?

-En línea recta unos noventa kilómetros. Ni tanto. Unas sesenta millas náuticas, para expresarnos con corrección y siempre que sea en línea recta, como te he dicho.

-En el mar se viaja siempre en línea recta, Maragall, por lo menos desde que se inventaron las máquinas a vapor.

-No en este maldito río, Franchute. Hay bancos, ¿entiendes? Cerca de Sacramento está el Banco del Pache, que no es tan peligroso como el temible Banco del Inglés, que está cerca de donde el estuario se une con el Atlántico, pero que guay. El Banco del Pache hay que evitarlo como sea.

“De modo que verás, Franchute, cuando estés a bordo, con tu primer whiskacho, porque no creo que en el aliscafo te provean de grappa, a no ser

argentina refinada, que por lo que te oí en casa no te gusta…

Maragall se perdió en sus circunloquios, de modo que tosió contra un puño y recomenzó:

-Verás entonces, Franchute –recomenzó-, cuando estés en él a bordo, cómo el aliscafo, a pesar de moverse sobre deslizadores, hace un gran rodeo en arco o semicírculo, a los diez o quince minutos de haber salido de puerto, lo que alarga el viaje hasta los ciento diez o ciento veinte kilómetros, de modo que el trayecto se pone en entre hora y media y dos horas.

-¿Y Sosa, Maragall? ¿Dónde quedó?

-Sosa se mató aquí, en esta precisa curva. Se dio el gran tortazo sin vuelta contra esos árboles de allí y se mató en el acto. No era un gran cantor, como te he dicho. No ya Gardel cantaba mucho mejor que Sosa. También Rivero, Marino, Goyeneche… Y Charlo, por supuesto; hasta el propio Fiorentino, con esa vocecita de gorrión que tenía, e incluso Magaldi. Todos ellos eran mejores cantores que Sosa. Y hay más. Pero Sosa era el más macho de todos, Franchute, más que el mismísimo Gardel, lo que ya es mucho decir, y además era uruguayo, guambia. Era bien uruguayo. Y por cierto que es el que más tangos cantados antes por Gardel se atrevió a cantar. No por nada le decían el Varón del Tango. Y nadie, nunca, cantó como él *Quién hubiera dicho*. ¿Conoces ese tango, Franchute?

Qué cosas que tiene la vida

canturreaba Deluc un instante después

Yo no la querría cuando la encontré

Hasta que una noche me dijo resuelta

Ya estoy muy cansada de todo. Y se fue.

Maragall añadió, con su voz más desigual y más áspera

Qué cosas que tiene la vida

Desde ese momento la empecé a querer

Cuantos sacrificios hice pa' olvidarla…

-*Quién hubiera dicho* no será un gran tango, Franchute. No es un gran tango. No es sino una copia, algo trasnochada, de *Amurado* –opinó Maragall-. No es un gran tango, excepto por su notable melodía, pero Sosa lo cantaba como nadie, Franchute. In memoriam suam.

De veras que no de burlas (pensó acaso Deluc, al verlo) Maragall hizo la señal de la cruz.

-¿Eres creyente, Maragall?

-Tengo raptos de inspiración católica, Franchute. Se me pasan pronto. No te alarmes.

4.

El pequeño Fiat azul claro había llegado por fin a Sacramento, después de cinco horas raspadas de viaje, y Maragall enfilaba hacia el puerto.

Absorto, Deluc miraba pasar las calles por la ventanilla.

-Lindo sitio, Maragall.

-La más bella ciudad de la república, Franchute. Muy bella, en mi opinión, y por lo mismo más bien triste. Todas las ciudades bellas, grandes o pequeñas, son tristes, menos París. ¿Nunca habías estado aquí, Franchute?

-Primera vez que la piso, Maragall. Y tú, ¿has estado en París?

-Dos veces, Franchute. ¿No te lo había dicho nunca?

-No me acuerdo, Maragall.

-La primera vez fue en el cincuenta y nueve. Viajé en barco, con mi primera mujer. La segunda vez, en el sesenta y dos, viajé deliciosamente

solo, y disfruté de París en una deliciosa soledad. Cuando vuelva pienso volver solo, Franchute.

-¿Y Clara?

-Se tendrá que quedar aquí.

-Es rica, Maragall, según tú mismo afirmas.

-No me casé con ella por su dinero, Franchute. No soy de esa clase de canallas, como aquel Jerry Bonpland.

-Quería decir, sencillamente, que el dinero de tu mujer te puede ir muy bien en París. Allí la vida es muy cara, Maragall.

-Puedo terminar en París de linyera, después de todo. De clochard, como les dicen en tu país.

-Los clochards ya no existen, Maragall –dijo Deluc-. Los últimos me temo que desparecieron con la ocupación alemana. Probablemente en esos mismos campos de exterminio que tú has mencionado no hace mucho.

-Existiré yo, Franchute. Poco me importaría terminar mis días bajo el Pont Neuf. Lo tengo decidido, Franchute. Me iré a París de todos modos.

"Quiero morir en París con aguacero, como Vallejo, un día del que tengo ya el recuerdo. Y si puedo me iré a París con un empleo que depende de ti, Franchute. ¿Cuándo le hablarás a Lacruelle?

-En cuanto vuelva de Buenos Aires, Maragall. No creo, no obstante, que sirva de nada.

-Lacruelle, por lo que he averiguado, es francmasón. De la Orden de la Sagrada Letra Ge de La Plèiade, Franchute.

-No hay ninguna letra ge en La Plèiade, Maragall.

-Las ges son símbolos masónicos que representan no sé qué, Franchute. Yo pensé que acaso tú también fueras masón, miembro de esa orden.

-¿Yo? Yo no pertenezco a ningún partido, Maragall, a ningún sindicato, a ningún gremio, a ningún clan ni a estirpe ninguna, y menos a un club masónico.

-La Sagrada Ge es sólo para franceses residentes en el Río de la Plata, por eso pensé que tal vez…

-Hablaré con Lacruelle, Maragall, pero no podré cruzar con él ningún saludo masónico con el índice encogido o como demonios sea. Lo siento.

Ya estaban en el puerto.

-Una y veinte, Franchute –enunció Maragall, después de echarle un vistazo a su cronómetro de muñeca-. Hemos batido todos los records, con tantos controles y con este autito. Ahí tienes tu aliscafo. Aún no ha zarpado.

Maragall señalaba, con una especie de quieto orgullo, a una esbelta y alargada embarcación, amurada a una escollera de piedra y cemento. La embarcación, no obstante, parecía demasiado solitaria y aislada. Tenía un aire desvalido y solo, subida sobre sus deslizadores, que preocupó a Maragall y lo llevó a fruncir el entrecejo.

-Me temo que hemos llegado tarde a los viajes matinales, Franchute. Mea culpa. Si no me hubiera parado frente a la cruz de Sosa, che…

-No importa, Maragall. Aceptarás que te pague un trago.

-Pretendo volver a casa vivo, Franchute, al menos por esta vez, si no te importa.

Se encaminaron los dos al primer bar que vieron. Era un sitio burgués de medio pelo (‘Todo lo burgués es de medio pelo’, había dicho Maragall alguna vez), con manteles a cuadros sobre las mesas y sobre los manteles un jarrito con flores de papel y una inútil veladora con la pantalla rosada.

-Uno de esos lugares para tomar el té –dijo Maragall, con cierto arrogante desdén.

Afuera, por cierto, un cartel avisaba:
"Salón de Té".

Había unas pocas personas dispersas por las mesas, algunas con maletas en el suelo cabe a ellas (la escollera del aliscafo se distinguía en la distancia, por las ventanas). Todas aquellas escasas personas, según al menos se dejaba ver, sorbían té de tacitas de presunta porcelana. Sobre las pocas mesas ocupadas había teteras, jarritas para la leche y azucareros.

-¿Aquí servirán grappa, Maragall?

-Deberías conformarte con un té.

-No tomo té desde la última vez que sufrí de diarrea, cuando tenía no más de doce años, Maragall.

No servían grappa en el local, pero sí whisky, entre otras varias bebidas más o menos nobles (aquel lugar estaba mejor surtido que cualquier café de Montevideo a excepción del Gran Café del Jockey, sin duda por la proximidad de Buenos Aires y el arte sutil del contrabando): había cognac nacional, argentino y francés; ron cubano y nacional; añeja refinada nacional marca El Espinillar; vermouths Martini, Cinzano y Oyama, nacional este último; anises diversos, argentinos y españoles, no nacionales; vinos chilenos, mendocinos, tucumanos y nacionales, no franceses, italianos ni españoles, a excepción del jerez La Ina.

En cuanto a los whiskies los había en un amplio surtido: escocés blended y de malta, nacional, irlandés, bourbon, Canadian Club y un misterioso whisky japonés llamado Sanctori.

Deluc pidió un whisky Ballantine's, a modo y manera de Marganesi, con hielo pero sin agua ni soda, y Maragall se resignó a revolver otro café.

-Linda ciudad –volvió a decir Deluc-. No sabía que hubiera una ciudad linda en este horrible país, Maragall. Todas las ciudades del interior

que he conocido parecen ser la misma, que a su vez parece el suburbio más desmantelado y vacío de Montevideo. Y Montevideo, en fin…

-No es París.

-Buenos Aires se parece a París. O pretende parecerse a París, para decir la verdad.

-¿Tú conoces París de primera mano, Franchute?

-No nací en París ni en ningún lugar de Francia, como ya te he dicho, pero sí, la conozco.

-¿Y qué opinas?

-Es un sitio un poco pretencioso, y el Louvre, Notre Dame, la Tour Eiffel y el Sacré Coeur son decididamente horribles, pero in toto no está mal. Y la Sainte Chapelle es preciosa.

Maragall prefirió no discutir. Nunca sabía si el Franchute hablaba en serio o en broma o cómo, y a veces era preferible no tratar de averiguarlo.

5.

-En cuanto a Sacramento –dijo despacio Maragall, mientras en efecto revolvía un oleaginoso y desconcertado café- la fundaron los portugueses, en 1679. Como entonces Portugal formaba parte de España, por un tiempo no pasó nada. Pero en 1740 Portugal se separó de nuevo de España, y entonces empezaron a pasar cosas.

-¿A dónde quieres ir, Maragall? ¿Es que pretendes cultivarme a la fuerza?

Impertérrito, Maragall dio un breve sorbo desganado a su café, que apenas si le mojó los labios, y continuó:

-Montevideo se había establecido como un fortín, alrededor del cerro, con una fortaleza en lo alto de éste, en 1726, porque ya entonces España

desconfiaba de sus súbditos portugueses y muy en concreto de la colonia de Sacramento.

“De modo que cuando Portugal se volvió a independizar de España, en aquel año de 1740, para convertirse de inmediato en un fuerte rival de ésta, concretamente en Indias, es decir aquí, las cosas cambiaron por completo. La principal función de la guarnición de Montevideo, a partir de entonces, consistió en impedir que el dominio de los portugueses se extendiera por la entonces llamada Banda Oriental o Gran Vaquería. Y de ser posible en echarlos, claro está.

“Aunque Sacramento no pasó definitivamente a manos no ya españolas sino uruguayas, cuando este país fue reconocido o inventado como república independiente por Inglaterra, en 1828, antes la ciudad había cambiado de manos varias veces. En 1783, por ejemplo, los españoles la conquistaron a sangre y fuego. ¿Y sabes tú quién formaba en las filas españolas, con el grado nada desdeñable de Sargento de Milicias?

-¿Gardel?

-Artigas, Franchute. José Gervasio Artigas, el equívocamente llamado Padre de la Patria, que entonces sólo tenía diecinueve añitos. Mérito sin duda hizo, en el asedio y conquista de Sacramento, porque cuando, unos cuantos años después, se creó el Cuerpo de Blandengues, concretamente en 1788, para combatir el contrabando, que monopolizaban los portugueses, por cierto, así como para impedir los despojos de ganado que perpetraban los llamados bandeirantes procedentes del Brasil y, last but not least, los ataques a colonos por parte de los malones indígenas, Artigas fue designado primer teniente del cuerpo. Era el grado más alto que entonces podía alcanzar un criollo.

-¿Por qué blandengues, Maragall? No porque fueran blanduchos, quiero creer.

-Lo sabes todo de los intríngulis y manejos de tipejos irrisorios, fortuitos y pasajeros como Millares, Badalá y García Baliño, de los que nadie guardará memoria pasado mañana, e ignoras olímpicamente nuestra historia patria, Franchute.

-No es mi historia patria, Maragall.

-No, es claro, se me olvidaba. Tu historia patria es la de Carlomagno en Roncesvalles –enumeró Maragall, para su propia perplejidad entre indignado y cáustico-, la de Felipe Augusto en las Cruzadas y la de Luis XIV en Versalles; es la de las cabezas de Luis XVI y María Antonieta, la de Marat, Dantón y Robespierre, la del sitio de Toulon y la del dieciocho de brumario y las grandes campañas de Napoleón en Europa. Es la Francia de Clemenceau y el general De Gaulle. Se me olvidaba, Franchute. Perdona.

-No te va bien el sarcasmo, Maragall. No conmigo al menos. Además ocurre que ésa tampoco es mi historia. Porque yo no tengo historia, Maragall; ni la historia patria ni la otra personal. ¿Por qué blandengues?

-En España se llamaba así a unos cuerpos de lanceros. Blandían lanzas, Franchute. De ahí su nombre. Y Artigas, ¿sabes?, en cuanto que teniente de blandengues, no sólo acabó con contrabandistas portugueses y bandeirantes sino que frenó en unos pocos años las feroces incursiones de los charrúas. De los charrúas, Franchute, que eran los indígenas más bravíos de todo el Nuevo Mundo. Altro que los sioux o los apaches o los mismísimos jíbaros, Franchute.

Maragall hablaba exaltado, a la vez que como ensimismado, manoteando en el aire, mientras su cigarrillo Ambassador se disolvía en humo, olvidado en un borde de la mesa.

-Los charrúas, ¿sabes tú, Franchute…?

"Los charrúas, cuando caballos y yeguas de los conquistadores se escaparon a las pampas y se empezaron a reproducir, antes inclusive de que

se introdujeran las vacas en la Vaquería, lo que tuvo lugar en 1611…

"Los charrúas ya entonces, en aquel pasmado siglo XVI, y en unos pocos añitos, montaban en aquellos caballos cimarrones como nadie. Sin silla ni aperos ni estribos ni riendas de ninguna clase. Y cuando atacaban, Franchute, los guerreros charrúas se agarraban con las piernas del lomo y del vientre del cuadrúpedo, de modo que sólo les asomaba la punta de un pie; mordían las crines con los dientes y se asomaban por debajo del pescuezo del noble bruto para disparar sus flechas. Eran los mejores jinetes del mundo, Franchute, y los guerreros más feroces.

-¿Mejores jinetes que los mongoles, Maragall?

-Si Genghis Khan hubiese tenido charrúas a su mando, en lugar de simples mongoles, hubiese conquistado Europa entera, Franchute, y lo hubiera hecho en un pispás, como diría el Gallego Marimón. Altro que mongoles, que hunos de Atila, que cosacos del Don o del Volga o que esos payasos que se ven en el cine, que montan el numerito con un lazo, de pie sobre el caballo, en Texas, Wyoming, Montana o donde corcho sea. Los charrúas les daban mil vueltas a todos ellos, Franchute. Y eran unos guerreros feroces. Fue a aquella gente aguerrida e independiente, Franchute, a los temibles charrúas, a la que Artigas dominó con su mera presencia. No le faltó más.

-Era un gaucho valiente, no te lo niego.

-¿Un gaucho? Artigas no tenía nada de gaucho, Franchute. Ése es otro grave equívoco de los muchos que rodean a su figura. Aquí se lo ha querido ensalzar tanto que, para la historia oficial Artigas jamás se equivocaba, era tan noble que resulta blando y tan blando que parece afeminado. Y como a los gauchos los volvieron héroes los propios doctores montevideanos que los habían hecho exterminar, pues Artigas tenía que ser gaucho. Si hubiera

sido posible lo hubieran hecho charrúa, a los que también habían hecho exterminar los doctores montevideanos que después los ensalzaban.

"Gauchos eran Rivera, Lavalleja, Fernando Torgues u Otorgués y los Benavídez, es decir los lugartenientes de Artigas. Y Andresito Artigas, llamado el Tape, a quien la historia oficial considera su sobrino, porque Artigas podía tener acaso pensamientos turbios pero no pecar, era medio indio. Artigas, de lo que no cabe duda, era de Montevideo, de familia más o menos pequeño burguesa, o lo que entonces se consideraba tal.

-Para los porteños era un matrero y un contrabandista, Maragall. Tiene fama de haber sido un hombre muy cruel, además, y muy violento.

-Y lo era, lo era. Un contrabandista, sin duda, y un hombre muy cruel según se mire, pero no violento. Practicaba, si venía al caso, una crueldad muy medida y calculada. Todo lo cual no le quita méritos, Franchute.

6.

Cuando vio pasar frente al salón de té a un canillita, Maragall lo llamó, golpeteando en el cristal de la ventana. El canillita era un chiquilín de no más de diez años, que llevaba bajo un brazo un mazo de ejemplares de La Voz Sacramentina.

-Hoy no hay darios de Montevideo, señor –dijo.

-Prefiero la Sacramentina –dijo Maragall.

Era fácil de conmover, el duro y cínico jefe de redacción. Le dio al canillita un billete de diez pesos, por valor de cinco darios La Sacramentina y le dijo:

-Quédate con la vuelta, pibe.

-Gracias, señor.

El canillita salió del salón de té corriendo, pues un amenazante mesero ya se acercaba a él con la bandeja de latón en alto.

La primera página de La Voz Sacramentina la ocupaban por entero las noticias de la negra noche vivida en la capital del país. Un negro y grueso titular informaba:

MONTEVIDEO SE QUEDÓ CIEGA

Abajo había un recuadro negro que pretendía ser una foto y que señalaba:

'Así se disfrutaba de la playa de Los Pocitos ayer noche'

-Parece que los sacramentinos se regocijan de las desgracias de nuestra ciudad, Franchute.

-Les vendrá bien por un día no tener darios en Montevideo –dijo Deluc.

-¿Sabes tú cuántos darios hay en Nueva York, Franchute?

-Ni idea.

-Hay seis. Cuatro matutinos y dos vespertinos. Y Nueva York tiene unos doce millones de habitantes. Montevideo tiene la décima parte y aquí hay doce dArios, Franchute –Maragall había remarcado, con ironía, la palabra sin I que había pronunciado el canillita niño-. Hay ocho que salen por la mañana y cuatro que lo hacen por la tarde. ¿Por qué?

-Por la política.

-¿No existe la política en USA, Franchute? No es sólo por la política. Son los intereses privados. Nuestros darios pierden dinero al publicarse, pero sus propietarios lo recuperan por otras vías más sinuosas. Los recuperan con creces, además.

-¿Por qué vías?

-Lo sabes mejor que yo, Franchute. No te hagas el tonto. Los negocios, entre nosotros, siempre tienen cara de tramposo…

-Y de tahur, chorro y manguero, Maragall.

-¿Te acuerdas de la huelga de prensa de hace unos años?

-No digas obviedades como acostumbra tu amigo Marganesi, Maragall. Cómo no me voy a acordar. Y no fue una huelga, precisamente. Fue un lock out patronal.

-A eso mismo iba. Entonces se vio bien claro que la patronal de la prensa tenía un único objetivo común. Todos los propietarios estaban mancomunados. ¿En qué? En que no se divulgaran ciertas noticias que afectaban a sus bolsillos y a sus ganancias mal habidas. Había de trasfondo aquel asunto de las infidencias económicas, como las llamaron, que anticipaban aquella brutal devaluación, que llegó en su día.

-Jovito Cejador y el Pebete Arreizabalaga. Me acuerdo bien.

-Jovito Cejador fue el chivo expiatorio, Franchute. Culpable, por supuesto, pero no más que sus compinches. Jovito es el dueño de Avanzar. No es ningún secreto. Todos los otros patronos de prensa habían hecho lo mismo que él. Se habían aprovechado de las infidencias a propósito de la devaluación inminente, igual que él. Y nuestro pobre colega Arreizabalaga fue un segundo chivo expiatorio, sólo que él no pudo ni siquiera enriquecerse. No tenía el capital que invertir. Le habrán pagado por pasar los chismes.

-¿Tú eso cómo lo sabes?

-Primero porque pienso, Franchute. Segundo porque conozco a Arreizabalaga, que va detrás de la guita como lo haría cualquier otro gozquejo de su calaña.

-Yo también lo conozco, Maragall.

-La cuestión es si tú piensas, Franchute. ¿Tú has pensado alguna vez?

-Pienso a veces. Somos tan poca cosa, che

-‘Somos los que los demás piensan que somos’, dijo Musset, ‘Por eso por lo general no somos nada...o muy poco’.

Maragall se terminó su café.

-Trabajamos para esa gente, Franchute. Los Corrales, los Cejador, los Mentausti y Giacovinazzo, los Batlle…

-Somos mercenarios, Maragall. Eso lo he tenido claro siempre. Me importa muy poco, por lo demás.

-No somos mejores que tu amigo Corróchano

-Ni que Fillol, que por lo menos cree en lo que hace, como los gauleiters nazis.

Maragall llamó al mesero.

-¿Vas a tomarte otro café?

-Arriesgaré mi vida, Franchute. Pediré un whisky también para mí, pero no Ballantine’s. Me sabría a saliva de Marganesi y lo vomitaría en el mantel. ¿Tú otra grappa?

-Nunca digo no, Maragall. ¿Sabes? Ya sé qué hacer exactamente con Josefina.

-¿Darle de palos, Franchute?

-Muy por el contrario, Maragall. La trataré con toda cortesía, como a una reina, que a fin de cuentas es lo mío. La dejaré que me detalle a piacere todos sus pequeños embustes, si quiere, y sonreiré, acataré, fingiré creer en lo que me dice, me callaré. Y por la noche la llevaré a comer, no sé. A algún sitio de esos donde cantan tangos, que son de los pocos encantos auténticos que tiene la Reina del Plata. Josefina detesta los tangos, pero se resignará, me querrá seguir el juego. Y entonces poco a poco la emborracharé.

-In vino veritas, dice el viejo dicharacho, Franchute, pero no te fíes. Conozco a más de un borracho que miente más que habla. Ahora bien, si de lo que se trata es de aprovecharte… En ese caso…

-No seas bestia –se quejó Deluc-. No creo que Josefina se haya emborrachado nunca, Maragall. Ya te he dicho que es una nena inocente. La llevaré a ese sitio donde canta Edmundo Rivero. Una vez estuve allí, hace un par de años. ¿Cómo se llama?

-Se llama Caño Catorce, Franchute, pero no te hagas ilusiones. Para ir esta noche a Caño Catorce me temo que hubieras tenido que pedir mesa reservada hace por lo menos una semana, che. En Alma Rea, en cambio…

-¿No hay que reservar mesa?

-Si vas con algunos dólares te hacen pasar.

-¿Tienen que ser necesariamente dólares?

-Los porteños se vuelven locos por los dólares, Franchute. No menos, como poco, que los uruguayos. Veinte dólares, o mejor cuarenta, y no te ponen ni el menor inconveniente. Y hoy es domingo, además. En Alma Rea puede que cante el Polaco Goyeneche, si tienes suerte.

Tras un silencio, en el que el mesero había venido y se había ido con el pedido, Maragall comentó, con aire pensativo.

-¿Sabes el problema con los uruguayos, Franchute?

-¿Qué problema?

-Aquel sabio y cínico político español que fue Cánovas del Castillo, uno de los pocos políticos conservadores dignos de memoria que registra la historia, dijo una vez que eran españoles todos aquellos que no podían ser otra cosa.

-Conocía la frasecita, Maragall. Es tan estúpida que parece de Churchill.

-Pues bien, Franchute –siguió diciendo Maragall, impertérrito-, el problema con los uruguayos es que somos uruguayos todos aquellos que no podemos ser argentinos. Ya sé que tú eres francés, pero ¿qué te parece?

-Eres un genio, Maragall –dijo Deluc, con un gesto de hastío sombrío-. Yo por lo demás no soy francés. Tampoco uruguayo ni argentino manqué. Aspiro a ser un apátrida algún día, como Henrik Dvila.

El mesero había servido las bebidas, con unos inesperados platitos para picar.

-Están calentitos –informó-. Recién salidos de los hornos y las planchas.

-Cortesía de la casa, ¿eh?

-Son ustedes de Montevideo –dijo el mesero, con una mueca amable que pareció de lástima educada-. Fuleras las están pasando ustedes.

Se fue.

En los platitos que el mesero había descargado (más de una docena) había carnes condimentadas, ostras abiertas, ajíes rojos rellenos, chipirones en su tinta, langostinos…

-Advierto que estoy famélico, Maragall.

-Buen síntoma, Franchute.

Por la ventana se veía a lo lejos el aliscafo, en el que ya ascendían, por un par de pasarelas, breves filas de viajeros, muchos de ellos con maletas y con niños de la mano.

-¿Dónde se compra el pasaje, Maragall?

-Aún hay tiempo, Franchute.

-Lo sé. Maragall. ¿Dónde?

-Lo más fácil es subir a última hora y comprarlo en cubierta, Franchute.

-¿Seguro? ¿No me tirarán por la borda?

-Seguro, Franchute. Confía en mí.

Entonces Maragall (como muy probablemente se veía venir Deluc), dijo:

-Hay una cosa que se me ha quedado en el corazón, Franchute, como la espina del tango. ¿Dónde le rezabas a la Virgen?

7.

Deluc se tomó su tiempo antes de preguntar:

-¿Conoces Aruba?

-Es una islita del Caribe, ¿no? Una colonia holandesa.

-Algo así, Maragall. Está muy cerca de las costas de Venezuela. Yo me crié allí, en una ciudad que se llama Orangestadt. Dónde nací, no lo sé. Mi padre biológico murió antes que yo naciera, por lo poco que sé, y mi madre se volvió a casar con un tal monsieur Charles Dieudonné Deluc de la Boissonade, una especie de aristócrata colonial, o de ultramar, como dirían los franceses, que fue quien me dio su apellido y sus nombres de pila, Maragall.

"Ya ves tú.

-¿Y ese padre que tú has llamado biológico? ¿Era también francés?

-Mi madre se negó siempre a hablarme de él. Sospecho que era por lo menos mulato, si no enteramente negro.

-¿Negro? Tú no eres mulato, Franchute.

-Hay mulatos blancos como la leche, Maragall. ¿Nunca has leído a Faulkner?

-¿Tú lo has leído? –Maragall redondeó algo los ojos-. Me sorprendes, Franchute. Faulkner, nada menos. No me digas que también lees a Joyce.

-¿Por qué no, Maragall? Nosotros, al revés que en Dublín, podemos cambiar de país todo lo que queramos, pero jamás cambiaremos de tema.

-Seguro que todo este rato te has estado haciendo el ignorante para que yo te la chamuye, como un necio. Todo este rato, ¿qué digo? Toda esta

vida, Franchute.

-Eres un amigo, Maragall.

-Dejémoslo.

Maragall se puso a picotear de los platitos como si el alma le fuera en ello.

Después preguntó:

-¿Y Villa del Salto, Franchute? ¿Cuándo llegaste?

-Mi padre legítimo, aquel monsieur Deluc, se separó de mi madre cuando yo tenía siete u ocho años. Nunca más supe de él.

-¿Lo querías, Franchute?

-Para mí era mi padre, Maragall. Cuando se largó dejé de creer en Dios.

"Entonces vivíamos en Orangestadt. Son mis recuerdos más antiguos, Maragall. De allí nos fuimos a Martinica y de Martinica, al poco tiempo, a Francia, a Marsella concretamente, en un carguero.

"Recuerdo el viento y el olor de la sal. Recuerdo nítidamente, como si las viera ahora mismo, a unas aves que supongo que serían albatros, o acaso pelícanos, y el chorro de una ballena.

"Mi madre jamás me dijo no sólo quién era mi padre real; tampoco me quiso decir jamás ni dónde nací ni la fecha exacta. Hoy yo tengo legalmente treinta y tres años, como te he dicho, pero muy bien puedo tener treinta y dos o treinta y cuatro. O quizá más. O quizá menos. No lo sé.

-¿Y cuándo llegaste al Salto?

-Tenía once o doce años. Mi madre, que se llamó Catherine, a la francesa, después Katja, a la holandesa, Catherine de nuevo, desde que desembarcamos en Marsella, y Catalina cuando nos vinimos a este país, era una mujer bella, Maragall. Era alta, rubia, cimbreante, me temo que

bastante coqueta. No sé cuántos hombres hubo en su vida, aunque calculo que muchos.

"El último fue un brasilero que tenía un saladero en el departamento del Salto, aquí en Uruguay. Se conocieron en París y nunca se casaron, pero tuvieron una hija, que es unos diez años menor que yo. Se llama, no te extrañes, Josefina, como esta cría a la que ahora voy a ver. A veces todavía nos carteamos, con mi hermana, aunque ya llevo seis o siete años sin verla. Se parece a mamá, aunque no creo que sea tan bonita.

-¿Y ella, Franchute? ¿Tu madre?

-Murió hace unos quince años, joven todavía, aunque muy venida a menos. Nos vinimos a Uruguay, como te decía, con aquel brasilero, que se apellidaba Darceu do Nascimento, como Pelé.

-¿Qué Pelé?

-¿Cómo qué Pelé, Maragall? Edson Arantes do Nascimento, alias Pelé. El mejor jugador de fútbol del mundo, che.

-Sé quien es. No había caído. No sabía que se llamara Nascimento, como tu padrastro.

-No era mi padrastro, Maragall. Yo jamás he tenido padrastros ni nada por el estilo, ¿qué te has creído? Nascimento era el padre de mi hermana Josefina. Se llamaba Evaristo Peloponeso Darceu da Costa do Nascimento, y le decían O Nenhino.

-O Neninho?

-O Nenhino, Maragall.

"Era un tipo grandote, de cara colorada y medio calvo, que bebía bastante y se daba grandes aires, aunque en el fondo era un infeliz y él lo sabía. Era, por lo demás, un hombre más bien bruto, que se había hecho de abajo, pero bastante amable y comprensivo. Nos llevábamos relativamente bien.

-¿Vive?

-Murió. Un día se cayó de un caballo y se quedó paralítico. Vivió aún algunos años, inmóvil en la cama. Hablaba con un costado de la boca y apenas si movía una mano temblequeante. Era muy creyente. Mamá le leía pasajes de la Biblia y un cura venía a confesarlo, no sé de qué diablos, cada dos o tres domingos. El tipo se murió y mamá lo siguió a la tumba un par de años después.

"Al final de su vida mamá bebía, y pasábamos estrecheces. Yo vendía periódicos por la calle, de los trece o catorce años hasta que me harté. Supongo que por eso me hice periodista. Al final de su vida, mi madre ya no distinguía entre la realidad y sus fantasías y me llamaba Charlonton, como llamaba a aquel monsieur Deluc que me dejó nombres y apellido. Cuando mamá se murió yo tenía diecisiete años. Estuve un par de años en Concordia, en la Argentina, del otro lado del río Uruguay, casi enfrente de Villa del Salto. A los veinte, más o menos, bajé a Buenos Aires, y un par de años después crucé a Montevideo.

-¿En Buenos Aires qué hacías?

-Hice de gacetillero aprendiz ya en Concordia, en un periodicucho de allí que se llamaba La Gaceta. En Buenos Aires escribía para diferentes revistas, y publicaba lo poco que podía. Buenos Aires me pareció una ciudad durísima, como sin duda lo es París, Maragall. Guambia.

"Los montevideanos cruzan de Montevideo a La Capital, con la intención de triunfar de verdad. A mí triunfar me parecía una idiotez, de modo que decidí hacer el camino inverso.

-Le acertaste, Franchute.

-No sé.

-¿Y tu hermana Josefina?

-A ella se la habían llevado a Sâo Paulo, un par de años antes de que mamá se muriera, y poco después de que reventara su viejo. Desde entonces vive en Brasil.

-La pipeta, Franchute –dijo Maragall, un sí es no es conmovido-. No me esperaba tamaña confesión de tu parte, te diré. No te preocupes. Top secret.

-Igual me da, viejo. ¿No se te ocurre que todo lo que te he contado puede ser mentira?

-¿Lo es?

-Qué importa, Maragall.

Deluc y Maragall se despidieron con un corto abrazo al pie de una pasarela, sobre la escollera del aliscafo. A continuación Deluc (que debía estar medio borracho, según calculaba Maragall, aunque al maldito Franchute no se le notara en absoluto) subió y se perdió en el interior del barco, entre pasajeros que agitaban pañuelos.

Maragall volvió a su Fiat canturreando el inevitable tango:

Buenos Aires la Reina del Plata
Buenos Aires mi tierra querida
Escucha mi canción
Que con ella va mi vida
Noche porteña, bajo tu manto
Risas y cantos muy juntos van
Fiestas y besos
Farras corridas
Todo se olvida con el champagne
Y a la salida de la milonga
Se oye a una nena
Pidiendo pan

Por eso es que en el gotán
Siempre solloza una pena

IV) LA AMIGA DE JOSEFINA

1.

El porvenir ya arrojaba sus sombras ominosas sobre el presente cristalino de Helena Lagoreiro, la amiga más íntima de Josefina Lalandra, la fugitiva.

El requerimiento oficial del juez Ladislao Camacho Cabell, solicitado por el inspector Corróchano, redactado por el secretario del Juzgado Número Cuatro de Primera Instancia de lo Penal y firmado como se debía por el juez titular de éste (Camacho), fue entregado a la Corte de Guardia de Primera Instancia de lo Penal de Montevideo, para su sanción, a mediodía del martes 30 de marzo. Aquel mismo día fue cursado aviso, por el sistema del télex interjudicial, al Juzgado Principal de Guardia de Maldonado, capital del departamento homónimo, en el que se encontraba la ciudad de Pirlápolis, en la que residía la requerida Helena Lagoreiro. El miércoles 31 el aviso fue trasladado de Maldonado a la Judicatura Única de Pirlápolis, y de ésta a la Jefatura de Policía de esta misma localidad.

El jueves 1º de abril no pasó nada.

El 2 de abril, ya viernes, se recibió en Maldonado, por fin, el requerimiento original firmado por el juez Camacho, sellado y lacrado y transportado en furgoneta judicial, que después de haber sido revisado,

cotejado y convalidado en el Juzgado Principal de Guardia de la referida ciudad, fue trasladado, como correspondía, en una motocicleta y dentro de una saca oficiales, a la Judicatura Única de Piriápolis. Como ya avanzaba la tarde, hubo que esperar al lunes 5 (con el fin de semana entre medias) para entregarla finalmente en la jefatura de policía piriapolitana.

El capitán uniformado Fermín Leytes, segundo al mando en la jefatura (el comisario al frente de la misma era una nulidad política), que había recibido el comunicado de aviso el miércoles anterior (y que en el decurso de aquellos varios días lo había naturalmente olvidado), se preparó, por lo tanto, para actuar aquella mañana misma. Hacia las once, pues, ante meridiam, del lunes 5 de abril (fecha en que nacía la oficial Semana de Turismo uruguaya, o Semana Santa, como se la llamaba en el resto del mundo), el capitán Leytes se personó en el elegante domicilio de verano del agente de aduanas Marcos Lagoreiro Reviriego y su señora esposa, doña María Helena Martínez Cedrón Pérez Vallesán, en compañía del sargento Orosmán Barluceda y con la orden de puño y letra de Camacho en un bolsillo.

2.

En la noche del sábado 3 Deluc había escrito:

“Dijo alguna vez Jorge Luis Borges: ‘Me precio de no haber sido nunca periodista. Estimo que ésa es mi mejor cualidad como escritor’. Borges es muy original muy a menudo y sumamente inteligente, y dice las cosas de forma siempre muy apropiada, aunque por regla general adolece de falta de discernimiento. En este caso, no obstante, creo que sí lo ha tenido. El que suscribe no se precia de nada, ni siquiera de ser un periodista,

que es lo único que es. Su única pretensión (la mía), sin duda desmesurada, es tratar de desvelar un poco de la verdad en lo que atañe al Uruguay.

"No nos olvidemos aquí de lo que dijo el gran William Faulkner cuando recibió el premio Nobel de Literatura en Estocolmo, en marzo de 1951: 'Un novelista es incapaz, por su misma particular idiosincracia, de decir sencillamente la verdad. Por eso a lo que escribe se le llama ficción'. Este periodista insiste: él es sólo periodista, no novelista. No produce ficciones porque no puede.

"Nuestro condolido país, hoy por hoy, parece una ficción, aunque por desgracia no lo es. Lo que acontece actualmente en Uruguay me hace pensar en dos cosas: la primera, en aquel viejo apotegma árabe, tan desbordante de sabiduría, que dice: 'Alimenta al hambriento con agua y sacia al sediento con pan, pues de esta forma todo te saldrá bien'.

"En Uruguay, el mal llamado gobierno y la peor llamada oposición parecen empeñados, para que todo les salga bien, en dar agua a los hambrientos y pan a los sedientos, y el resto (que somos muchos) que se pudra.

"Lo otro en lo que me hace pensar nuestra penosa situación actual es en aquella novela de André Maurois, que acaso no fuera una gran novela pero a la que recuerdo con placer, si bien sería incapaz ahora mismo de decir cómo se titulaba. Ocurría en los Balcanes, que como siempre estaban a punto de alumbrar varias revoluciones. Los intereses de Francia (como los de las otras potencias) estaban en grave riesgo. Un preocupado diplomático francés envió a su gobierno un alarmado telegrama pidiéndole instrucciones. El gobierno le contestó al cabo de algunos días: "Urge esperar".

"Aquí también parece que lo único que urgiera fuera esperar.

“El gobierno maquina decretos antisubversivos que ni se llevan a efecto ni se pueden llevar, prohíbe información relacionada con las llamadas bandas armadas subversivas (‘un pluriel trop singulier’) y trata de acallar las cada vez más numerosas y más enérgicas voces preocupadas, sin perder tiempo en ninguna otra cuestión, por desesperada que sea, mientras el peso oro se devalúa, la exportaciones se estancan, los paros y las huelgas se suceden, los comerciantes minoristas se arruinan y los grupos de presión (nacionales y extranjeros) sacan cada vez más el pecho, seguros de que sus desvelos (ergo sus intereses) se verán muy pronto recompensados (los que ya no lo han sido).

“El parlamento, por otro lado, se adormece y sueña quimeras en un ya largo impasse, que no tiene visos de concluir antes de que concluya la legislatura. Muchos aguardan este final y las subsiguientes elecciones generales como a la demasiado proverbial agua de mayo, creyendo que las meras urnas suplirán las falencias de un país que hoy ya sí (como auguraba Benedetti hace casi veinte años) tiene una larga cola de paja…y alguien le ha prendido fuego a la cola (y a la paja). Urge, pues, esperar.

“Recordemos por último, antes de entrar en el meollo de nuestro asunto, que no hay mentira más enorme, como decía Séneca, que la verdad desnuda.

Este texto era una introducción a un detallado análisis de la carrera política del senador Alfonso Millares y sus diversas y variantes circunstancias, así como de sus posibilidades de cara al futuro (‘El senador blanco Alfonso Millares, si es algo –y puede que sea mucho- es ser un síntoma del Uruguay actual’, eran las palabras iniciales).

Deluc había escrito aquel reportaje, como se ha dicho, el sábado por la noche, para que se publicara en la edición del domingo de El Manantial, pero como el domingo Montevideo lo pasó sin periódicos matutinos, el

texto se publicó el lunes 5 de abril, la introducción en la primera página y el resto en dos páginas interiores. Una foto sonriente del senador Millares lo acompañaba en primera página, y varias otras fotos suyas de cuando joven (y una de cuando niño), lo ilustraban en las interiores. En la primera página también aparecía una foto de Josefina Lalandra, con una leyenda sibilina debajo:

¿JOSEFINA DÓNDE ESTÁ?

3.

Helena Lagoreiro, a los veintiún años, era una muchacha alegre, atractiva, algo pizpireta y acaso casquivana, que aquella mañana (el lunes 5 de abril) se divertía. Estaba en la playa privada del Hotel Argentino, en los límites hacia afuera de Pirlápolis, cuando vio que se acercaba su padre, con el gesto preocupado y enfurecido (como siempre) y con el periódico en la mano. Lo acompañaban dos policías de uniforme.

Helena se asustó.

En el Hotel Argentino, los gerentes, conserjes, ujieres, recepcionistas, bell boys y demás empleados trataban de disuadir, siempre que podían, a los simples uruguayos y a otros indeseables, de alojarse o aún de personarse en el hotel. No en todas las ocasiones lo conseguían. Fuera como fuere, los escasos aunque irritados veraneantes nativos de la localidad tachaban aquella nada sutil política del hotel de discriminatoria, y decían que allí sólo se alojaban judíos (argentinos). Esto no era exactamente la verdad, pero como en todas las verdades a medias, todo en ella era según el color del cristal con que se la mirara.

Helena Lagoreiro, que estaba allí en la playa privada porque tenía amigos doblemente residentes en el hotel (eran a la par judíos y argentinos),

sonreía siempre amablemente, sin decir nada, cuando su padre argumentaba:

-No es que yo sea antisemita ni nada que se le parezca, pero la verdad es que los judíos… -y patatín y patatán.

Helena Lagoreiro, por su parte, no tenía nada contra los judíos; ni siquiera la molestaba la indesmayable condición de circuncisos de estos.

Aquella mañana, Helena estaba en la playa privada del hotel con tres amigos, una Goldfarber (Rebeca, la única chica), un Laemmke (Alberto, llamado Larguito) y nada menos que un Ferber Urrichstein (Alejandro, alias Tatú), de la importante familia de los importadores de los motores Pershing y fabricantes de los electrodomésticos Unión Platense (empresa no obstante ya medio en ruinas), así como los propietarios de buena parte de Bunge & Born, única multinacional mundial con la sede central en Buenos Aires.

Lo que nadie sabía, ni aquellos tres jóvenes proyectos de próceres judíos, ni los padres de ella (por supuesto), ni tampoco su medio olvidado novio montevideano, Baltasar Guarch Ulibarri (llamado Baltasarcito o Baltasítar), ni tan siquiera Josefina Lalandra, la mejor amiga que ella tenía, era que Helena Lagoreiro hacía ya cerca de un año que formaba en los llamados ejércitos de las sombras o Soviet de las Cloacas, es decir de la Orga, en calidad de informante y de infiltrada (no la única) entre las familias bien pensantes (como lo era a no dudar la de ella).

Por eso Helena tembló y se asustó cuando vio que a su padre lo escoltaban dos policías uniformados. En el Uruguay, como en todas partes, la policía siempre les había dado miedo a los ciudadanos, tanto a los honrados (sobre todo) como (en menor medida) a los que no lo eran, aunque entonces el miedo se había redoblado, por razones fáciles de entender (triplicadas en el caso de Helena).

-¡Helena! –la llamó su padre, con su habitual expresión de ira controlada.

-Déjenos a nosotros, señor Lagoreiro –pidió el mayor de los dos policías uniformados.

El señor Lagoreiro no le hizo caso; la ira (con razón o sin ella) era lo suyo. Era punto menos que su razón de ser y de vivir.

Con ademán perentorio, de aquel modo iracundo y a la vez contenido que lo caracterizaba, el señor Lagoreiro le extendió el periódico a su hija, doblado en cuatro. Allí, en la primera página, aparecía una foto de Josefina Lalandra, sonriente y con aire de absoluta inocencia y total desvalimiento. Debajo un texto adusto y malamente ambiguo informaba: 'Josefina Lalandra Ingold, la hija del doctor (abogado) Germán Lalandra Inzelme, alto funcionario del Estado, falta de su hogar desde la noche del lunes 29 de marzo. Se la supone en Buenos Aires. Cualquier información sobre su paradero será considerada bajo la más absoluta discreción. Hay recompensa. Llamar al…'

Helena no leyó más. Se percató de inmediato, por lo insidioso del texto, que Josefina definitivamente (como ella temía desde hacía días), se había metido en dificultades, y por lo mismo ella también.

Pérez Moles, lo más grave de todo, había sido asesinado, como Helena bien sabía desde hacía más de una semana. La situación, por lo mismo, era difícil, oscura y muy peliaguda. Desde que se había enterado de lo del comisario, Helena Lagoreiro prefería no pensar. Más valía no pensar (no darles vueltas a los inútiles y cargantes pensamientos) mientras nada se pudiera hacer. Ya entonces Helena se había preguntado qué sería de Josefina; si Josefina, esto es, tendría algo que ver con aquella muerte.

-¿Sabías algo de esto, Helena? –preguntó el señor Lagoreiro.

-¿Qué querías que supiera, papa? Estamos en Pirlápolis desde mediados de marzo, ¿no?

Algo desafiante Helena, como se la había adoctrinado; nada de agachar la cabeza, balbucir o sonrojarse, porque si el enemigo (papá, la policía, sus tres amigos judeoargentinos...) advertía esas señales ella estaba perdida.

-Déjeme hablar a mí con su hija, señor Lagoreiro –repitió el mayor de los dos policías.

El otro, más joven y relativamente apuesto, tenía no obstante un aspecto tan flagrante y desafiante de agente del orden constituido que a Helena punto menos que le dio asco. El mayor parecía incluso bastante amable, al menos en cuanto a su aspecto externo y su sonrisa neutral y no-oficial, pero había que andarse con cuatro ojos, ya que a fin de cuentas era un policía, id est: el principal enemigo.

-Tendrá usted que acompañarme a Montevideo, señorita –dijo el policía mayor.

-¿Cuándo?

-Cuanto antes, señorita. Quiero decir ya mismo.

-¿A Montevideo? ¿Ahora?

Helena no había previsto un ataque así, tan rápido y directo. Tampoco su padre, que había enrojecido y tragaba saliva y parpadeaba rabia contenida detrás de sus elegantes gafas con armazón dorado.

-Eh… Pero, pero –farfulló papá.

-Calla, papá, por favor. ¿A Montevideo por qué? –preguntó Helena, sonriente.

Sus tres amigos miraban y escuchaban, expectantes, tumbados en la arena.

-El inspector Corróchano quiere hablar con usted.

-¿Por Josefina? Pero si yo nada sé de Josefina. Hace tiempo que no nos vemos.
-De todas formas, señorita…
-¿Y si mi hija se niega a acompañarlo, capitán?
-En ese caso me veré obligado a arrestarla, señor Lagoreiro, con todas las desagradables consecuencias que eso conlleva. Verá usted, tengo un mandamiento oficial firmado por el juez Ladislao Camacho, que quizá debí mostrar cuando me personé en su casa. Pero como el mandamiento no le concierne a usted sino a la señorita Helena Carolina Lagoreiro Martínez Cedrón, mayor de edad, pues…
El capitán Leytes había sacado de su guerrera un pliego y se lo entregaba al señor Lagoreiro, que lo desplegó y se ajustó las gafas, con la intención de leerlo.
Helena, por su parte, ya procedía a vestirse.
-Deja, papá –dijo-. No servirá de nada.
Pensaba: 'Yo he metido en este lío a Josefina y yo la tendré que sacar, me cueste lo que me cueste'. Eran grandes amigas, Josefina Lalandra y ella, y además eran extremadamente jóvenes las dos todavía; lo bastante al menos como para asumir graves sacrificios, si tal fuera el caso.

4.

Helena conservaba el periódico doblado en la mano en el camino a su casa. Ya de vuelta en su casa, mientras el policía mayor (el capitán Leytes) se había ido a almorzar, dejando al otro (el sargento Barluceda) aguardando en la calle (ya que su padre se había negado a dejarlo pasar), y al tiempo que se duchaba, se maquillaba y se vestía para su viaje a Montevideo, Helena se

fijó en el artículo que firmaba aquel Deluc, y que estaba en la primera página del periódico, al igual que la foto de Josefina.
Otra foto, ésta del pedante del senador Millares (que ya escarmentaría con sus propias barbas cuando le llegara el día), acompañaba al texto de Deluc.
Helena había oído hablar de Deluc, y a menudo había leído sus crónicas y reportajes (o como demonios se llamaran), que no eran, por regla general, tan repugnantes como lo que escribían o vomitaban los demás periodistas vendidos al fascismo y al capital estadounidense (si es que eran cosas distintas, de lo que Helena no estaba muy segura). Aquel artículo en concreto, aunque no lo entendió del todo, no le disgustó.
Sabía que Deluc era amigo y compañero de redacción de Graciela Ingold, aquella única tía a la que Josefina quería tanto (y a la que la misma Helena había aprendido a respetar). De modo que tía Graciela, el tal Deluc, el artículo, la peligrosa situación en que ella misma se encontraba (y sobre todo el asesinato del cerdo de Pérez Moles y la fuga a Buenos Aires de Josefina), hicieron que Helena Lagoreiro carburara a todo gas. Su linda cabecita no era del todo refractaria a las ideas, no al menos cuando ella se lo proponía.

5.

Pirlápolis era una pequeña ciudad del interior del país (departamento de Maldonado, próxima a Punta del Este), dinámica y en crecimiento, pero que sobre todo vivía del turismo, y que en aquellas fechas no tenía más de dieciocho mil habitantes permanentes (más una cantidad aproximadamente triple de veraneantes flotantes). De hecho, un censo realizado un par de años antes había reflejado la cifra, cautelosamente exacta, de diecisiete mil ciento veintitrés almas como residentes del año entero en el municipio.

Pirlápolis, de hecho, no era otra cosa que una especie de sucursal de medio pelo de la cercana y muy difundida Punta del Este. En Punta del Este pasaban el verano (muy mayoritariamente) argentinos (en especial bonaerenses), de clase alta, o que pasaban por tales. En Piriápolis, por su lado, residían veraneantes argentinos (bonaerenses también en su inmensa mayoría) de clase rutinariamente media, aunque se tuvieran por miembros de la clase alta o al menos medio alta (o en todo caso jóvenes aún casi imberbes de clase alta como los amigos judíos de Helena Lagoreiro). Estos últimos, (los argentinos piriapolitanos) de un par de años a aquella parte, acostumbraban viajar dos o tres veces al año a Miami para comprarse ropa. En un inglés aprendido en libritos compactos de curso rápido, al tiempo que se agenciaban blusas, camisas, camisetas, pantalones, sweaters, faldas, minifaldas, zapatos y zapatillas, bolsos, cinturones, panties y calcetines, etc, exclamaban, con cada elección que hacían:
-Oh, how very cheap. Give me two.
Los que veraneaban en Punta del Este (autocalificados como argentinos punteños o puntesteños) se diferenciaban de los anteriores porque eran más lacónicos y porque pronunciaban un poco mejor el inglés.
Decían:
-Very nice. I'll take three.

Los veraneantes argentinos, lo mismo en Punta del Este que en Pirlápolis, procedían, en un ochenta por ciento, no ya de la antigua y ya entonces rancia y desgastada oligarquía ganadera, sino de una nueva clase plutocrática emergente, la de los que peloteaban, como se decía, con la llamada guita negra. Sus intereses eran muy concretos: especular sobre todo con los subsidios para las importaciones. De allí que uno de sus mayores

objetivos (y un ya muy cercano logro) consistiera en arrasar como fuera con la tambaleante industria nacional de su país.
Había entonces un anuncio en televisión, que se emitía por todas las cadenas de Buenos Aires, en el que se mostraba a una preocupada madre de familia bonaerense echando sucesivas piezas de ropas en un lavarropas. Cuando lo ponía finalmente a funcionar, el aparato temblaba, se sacudía, soltaba un penacho de humo y estallaba.
Con la cara negra de hollín, la sufrida madre decía:
-Con razón. Industria nacional.
Acto seguido, una viril voz en off apuntaba:
'Compre bien. Compre inteligente. Compre extranjero'.
En Uruguay aún no se había llegado a tanto, y acaso no hiciera falta llegar a ello nunca, dado lo paupérrimo y casi inexistente de la industria nacional.

6.

Con una mezcla de lástima y de asco, pasado ya el mediodía (había quedado en recoger a las dos a la señorita Lagoreiro) el capitán Fermín Leytes se metió en su habitual café restaurante Robayna, que quedaba a tres calles de la Jefatura, donde pidió un mitad y mitad de espumoso y vermut, una bebida que en él iba siempre asociada a la melancolía del fugitivo otoño (que justo hoy día acaso había empezado), cuando no a su nostalgia.

Otoño y primavera, estaciones intercambiables en el ánimo de Leytes desde que lo destinaron, casi cuatro años antes, a la ensoñecida y perpleja Piriápolis, ofrecían una acuarela de difusos azules, de desvaídos amarillos, de pálidos matices rojizos, de escurridizos ocres y de grises infinitos en las calles y las plazas y bajo el cielo de la pequeña ciudad turística, donde por cierto (según se decía Leytes), los veraneantes uruguayos eran, sin sombra

ninguna de dudas, una casi invisible y del todo inaudible minoría, ya que, entre otras cosas, los argentinos eran muchos más y hablaban muchísimo más alto.

-¿Va a almorzar, capitán?
-La verdad es que apenas si tengo apetito.
-El plato del día estará listo en media horita. Lo tentará, se lo aseguro.
-¿Qué es?
-Le gustará, jefe, ya verá
Don Juan Córcora, el propietario del café restaurante Robayna (los Robayna que le habían dado nombre habían desaparecido hacía una punta de años), escanciaba el mitad y mitad, oferta ahora de la casa, en el vaso de vidrio grueso y culón del comisario.
-Son costillitas de lechal con setitas candelarias y salsita de ajíes putaparió.
-De acuerdo. Me quedo.

Bien almorzado, pues, Leytes volvió a pie (una digestiva pero no larga caminata) a casa de los Lagoreiro. En el jardincito delantero, el sargento Barluceda roía un mondadientes mientras platicaba con una criadita de uniforme. Barluceda gastaba fama de donjuán, lo que a Leytes le parecía muy bien, siempre que no la cimentara en sus labores policiales, como en aquellos momentos.

-¡Sargento! –dijo Leytes.

-¡Capitán!

Barluceda se llevó una mano al kepís.

La criadita, por su parte, se evaporó en un santiamén.

-Conque de flirteo, ¿eh teniente?

-No lo puedo remediar, capitán. Me persiguen.

-Llame al timbre y no diga más bobadas.

La propia Helena Lagoreiro les abrió.

-Estoy lista –dijo.

7.

El sábado por la noche (o sea la antevíspera del encuentro entre Leytes y Helena Lagoreiro), una vez terminado su extenso reportaje sobre el senador Millares, Deluc subió a entregárselo a Godoy en su cubil, quien lo leyó y releyó detenidamente, sin otra cosa que morder su toscano y ocasionalmente gruñir algo ininteligible.

Una vez leído el reportaje, Godoy apartó la introducción, sosteniéndola en la mano, y dejó lo demás sobre su recargada mesa (en la cual, a su contenido habitual se había sumado un sorprendente globo terráqueo giratorio), antes de decir:

-Esto está muy bien, Francés, sobre todo esa frasecita de Séneca que se inventó usted.

-¿Está seguro, Godoy?

-Está muy bien, como le he dicho, pero puede resultar peligroso, o por lo menos inconveniente para nuestra dirección y sus unilaterales amigos. ¿Entiende usted lo que le digo, Francés?

-Pues tírelo al cesto y listo, Godoy –le contestó Deluc, reprimiendo un bostezo-. Usted es el que manda.

-Oh, no. Saldrá en la primera página, Francés. Desde que se publicó su entrevista a Millares, o sea desde esta mañana, usted se ha vuelto imprescindible para nuestro director, mi querido muchacho. Tan imprescindible se ha vuelto usted, que el senador Villaamil, que al parecer lo conoce a usted bastante bien, algo que yo ignoraba, me ha dicho hace un rato que se le considera a usted, a partir del día de hoy, como uno de los

suyos, al menos potencialmente. El senador parecía un poco sorprendido pero contento.

-Yo me vendo muy caro, Godoy. Tal vez el senador no esté dispuesto a pagarme mi precio.

-El senador, como nuestro director y el señor Goñi, tiene puestas todas sus esperanzas en llegar a acuerdos preelectorales con Millares. La otra opción que contemplan, y que apoyarían con principalísimo interés, caso de que Millares les fallara, consiste en la reelección del presidente, o si esto no es posible, y no lo será, en elegir ellos a quien se cobije bajo el paraguas de la reelección presidencial. Estimo esta segunda opción muy peligrosa para nosotros, Francés. ¿Sabe usted por qué?

-¿Para el principismo o para Goñi, Villaamil y demás, Godoy?

-Digamos que para todos.

-Porque, si gana el reelecto o quien bajo él se cobije, ipso facto se terminaría el largo predominio de los partidos tradicionales, Godoy. Supongo que el gran capital y su policía, el naciente neofascismo criollo, ya no los necesitarían. Mandarían directamente ellos.

-Yo no lo hubiera dicho con expresiones tan desabridas y crudas, Francés, pero creo que coincido con usted. ¿Estamos en el mismo barco, por una vez?

-¿Con Goñi y con Villaamil, Godoy?

-Nuestra función, Francés, como periodistas principistas que somos, es abrir cauces para que Goñi y Villaamil lleguen a un acuerdo de intenciones con Millares. Caso contrario nos tragará la marea reelecionista. En cuanto a ese amenazante frente rojo, ¿usted qué opina?

-Me temo que se formalizará muy pronto, Godoy.

-¿Tiene nueva información al respecto?

-He hablado con el diputado Delle Pianne.

-¿Un tránsfuga colorado?

-Ni más ni menos. Y también con el doctor Fuentes Mendoza.

-Un tránsfuga blanco. ¿Qué le han dicho?

-Off the record, Godoy.

-Por supuesto

-Los dos se irán a la coalición. Y no serán los únicos.

-¿Y el doctor Erro?

-Aún no se ha decidido. Pretende convocar a su gente a muy breve plazo, para que decidan. O unirse a Millares como candidato a la intendencia o sumarse a la coalición.

-¿Qué cree usted que hará?

-Mi oficio no es hacer pronósticos, como si fuera un cronista de turf, Godoy.

-Entre nosotros, Francés.

-Se sumará a la coalición.

Diez minutos después Deluc se largó al Neutral, donde al rato lo pilló el apagón.

El domingo Deluc viajó a Buenos Aires y el lunes volvió.

8.

Aquella misma tarde (el lunes 5 de abril de 1971), sobre las dos y media, un comando de los Muchachos acribilló al ministro García Baliño y a su comitiva, entre el Ministerio del Interior (de donde habían salido) y la casa del ministro, en el elegante barrio de Carrasco (a la que se dirigían). Los atacaron cuando emprendían la subida de la Avenida de la Ilustración, que cortaba por la parte interior (opuesta a la del mar), el Peñón de la Luna y el barrio del mismo nombre.

De resultas de la refriega murieron dieciséis personas, seis de ellas policías de paisano y otras cuatro viandantes que estaban en el sitio y la hora equivocados. García Baliño, que aún vivía cuando lo introdujeron en una ambulancia, falleció antes de ser ingresado en el hospital.

Desde su casa, Maragall oyó los disparos y el ruido de un vehículo que explosionaba.

-Es la guerra –enunció minutos después, cuando la radio transmitió un flash urgente sobre el atentado.

Entre las cinco y las seis de la tarde, los doce periódicos diarios de la ciudad, un par de semanarios (Trinchera y Nuevo Tiempo), los canales de televisión Teledós y Canal Sur (no el Canal Seis antes atacado ni el oficialista Canal Ocho), así como varias emisoras de radio, recibieron un comunicado de la organización subversiva que nadie difundió ni difundiría por ningún medio, ya que el gobierno lo había taxativamente prohibido.

El comunicado decía:

"La acción de hoy día es la respuesta del MLN a las torturas que se llevan a cabo en la Jefatura Central de Policía y en varias Seccionales del Cuerpo Policial de Montevideo. Responde también a la cada vez más rampante y descarada actividad de agiotistas y especuladores, tanto nacionales como extranjeros, que cuentan con el aval y el apoyo, cuando no la más sucia complicidad, del mismo gobierno que debía combatirlos. El ministro ejecutado tal vez no se hubiera ensangrentado él las manos, como tampoco lo hacía la señora de Macbeth. No por ello es menos culpable de incontables latrocinios, de diversas corruptelas en beneficio de sus bolsillos y de la infamante actuación de los cuerpos paramilitares que estaban bajo sus órdenes. Ni todos los perfumes de Arabia hubieran limpiado sus sucias manos.

“Si en fecha próxima se formaliza la creación de un frente popular de izquierda, como se viene anunciando reiteradamente, el MLN depondrá las armas unilateralmente y decretará una tregua hasta que tengan lugar las elecciones. Hasta entonces seguiremos vigilantes y activos. ¡Viva el Che Guevara! ¡Viva la lucha armada de los pueblos oprimidos! ¡Viva la Revolución!

MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL (MLN)
TUPAMAROS
BRAZO ARMADO
COMANDO MARIELA LABAT

El comunicado terminaba con una nota poética, que muchos consideraron el más inapropiado sarcasmo.

Decía:

“Como dejó escrito el poeta Pablo Neruda:

‘Podréis cortar todas las flores
Pero no podréis detener la primavera’

9.

-La señora de Macbeth –dijo Maragall en la redacción-. Los perfumes de Arabia. Y una cita de Neruda. Los Muchachos, para colmo, se cultivan. Y no se trata de abatir especuladores ni torturadores, como dice este vil comunicado. Hace mil años que la policía da palizas a diestro y siniestro, y los especuladores especulan desde la época de Moisés. No es por eso. No, señor.

Marganesi y Pingo Sanabria, entre otros –Morazán (el segundo de Sanabria), Laburatti (el encargado de Pasatiempos, Horóscopos Zodiacales y Obituarios), Remenentería (de la sección de Municipales), Edu Clot (que

se había acercado esa noche a la redacción, como tantas otras veces), Estrella Ingüeldo (la jefa del Suplemento del Domingo), y la propia Magdalena Corrales, hija del director-, lo escuchaban.

-¿Qué si no? –preguntó Marganesi.

-Los Muchachos le quieren mojar la oreja al ejército. Eso es lo que pasa. Quieren que el ejército salga de los cuarteles e intervenga de forma directa. Quieren la guerra, ni más ni menos.

-No los creo tan locos –dijo Sanabria.

-Basta que uno de ellos esté loco, Pingo –dijo a su vez Maragall, de forma lapidaria.

-¿Te refieres a quién? ¿A Lasarte?

-Me refiero a Alcorza. ¿A quién si no?

Hacia las diez de la noche, apareció el Franchute, con su perramus amarillo, como si nada.

Había entrado cantando:

Qué querés Cipriano
Ya no dan más jugo
Los cincuenta abriles
Que encima llevás
Junto con el pelo
Que piantó del mate
Se te fue la pinta
Que no vuelve más
Dejá las pebetas
Para los chochamus
Esos platos fuertes
No son para vos
Guambia del sereno

Y andate a la cama
Que si no mañana…
(jovatito)
Andás con la tos
Enfundá la mandolina
Ya no estás pa’ serenatas
Te lo dice la percanta
Que tenés en el bulín

10.

Helena Lagoreiro, por su parte, había viajado de Pirlápolis a Montevideo, para que la interrogara el inspector Corróchano. Se había desplazado en automóvil policial, en compañía de Barluceda al volante y del capitán Leytes con ella, en el asiento trasero. A su padre no se le había permitido acompañarla en dicho automóvil. El señor Lagoreiro, por lo tanto, furioso de una parte y muy preocupado de otra, seguía al vehículo policial en su propio vehículo, un Chevrolet Impala de 1961, que él conservaba como nuevo, como si hubiera salido de la fábrica ayer. Era blanco con una franja roja y el señor Lagoreiro se sentía muy orgulloso de ser su propietario.

Mientras conducía, pues, detrás del coche de los policías, el señor Lagoreiro se preguntaba en qué jaleo se habría metido ahora su hija Helena. Unos metros más adelante, Helena, que sabía o creía al menos saber en qué jaleo se hallaba metida, se preguntaba si aquella noche la terminaría detenida, para ser interrogada por el odioso comisario Fillol, de Inteligencia y Enlace, considerado el Enemigo del Pueblo Número Uno.

Cerca de Montevideo había retenciones. Leytes no tardó en averiguar que había controles en los accesos de la ciudad, así como otros, mucho más estrictos y rigurosos, en las salidas de la misma. Al parecer los Muchachos habían actuado de nuevo.

-Han asesinado al ministro García Baliño –informó Barluceda, que había encendido la radio, cuando ya estaban metidos de lleno en el embotellamiento.

-El ministro asesinado –dijo Leytes-. Qué barbaridad.

-Mismamente, capitán –dijo Barluceda.

Sintiéndose obligada a añadir algo, Helena Lagoreiro dijo, con voz algo aterida:

-Qué locura.

-Mismamente, señorita.

-Los montevideanos la tienen harto difícil con estos terroristas –comentó Leytes.

-Eso parece –dijo Helena.

-Yo también he vivido en Montevideo muchos años –dijo Leytes-, aunque soy nacido en el Carmelo Grande. Ahora por suerte, desde hace casi un lustro, vivo todo el año en Pirlápolis.

-Feliz de usted, capitán –le dijo Helena.

Cuando por fin llegaron a Jefatura, en Montevideo, el doctor Enrique Cuéllar Maldívar (un famoso abogado penalista) los esperaba en el gran vestíbulo de acceso. Era el abogado de Helena Lagoreiro, aunque ella jamás le había puesto la vista encima hasta aquella tarde. Eran las seis y media, minuto más minuto menos.

Cuéllar y el señor Lagoreiro se dieron la mano con cierta solemnidad. Acto seguido, el segundo se dirigió a Helena.

-Este caballero, el doctor Cuéllar –la informó-, es tu abogado.

-No necesito abogado, papá –se quejó Helena.

Su padre, como siempre, ponía más difíciles las cosas. Un abogado la hacía parecer visiblemente sospechosa.

-Estoy se acuerdo con la señorita Helena –opinó Leytes-. No creo que necesite de abogado ninguno, señor Lagoreiro.

-Usted cállese –dijo papá Lagoreiro.

-Papá, por favor.

El doctor Cuéllar y el capitán Leytes hablaron aparte unos minutos. A continuación el abogado se despidió.

-Caso necesario me avisas, Marcos.

-¿Cómo que caso necesario?

-Quiero decir si la detienen.

El abogado se fue, papá se quedó furioso e impotente en el vestíbulo (no lo autorizaron a pasar de allí después de consultar con el inspector Corróchano) y Helena fue conducida a la cuarta planta por el sargento Verraszto, que había bajado expresamente a recogerla.

-Yo nada sé de Josefina –dijo Helena, cuando ella y Verraszto ya subían en uno de los viejos ascensores.

-No tiene por qué preocuparse, señorita –le dijo Verraszto, con acento tranquilizador-. Son sólo unas preguntitas.

-¿Qué preguntitas?

-Se las formulará el inspector Corróchano, señorita.

Ya había caído la noche cuando Helena salió de Jefatura con su padre. Eran las ocho y media, aproximadamente. La noche era bastante fresca, y soplaba un molesto viento a ráfagas. Era una noche ya otoñal, sin duda.

-Por fin ha refrescado –dijo Helena.

-¿Qué querían de ti? –preguntó papá.

-No lo sé. No me lo han dicho.

-¿En qué lío te has metido esta vez, Helena?

-En ninguno, papá. En líos me metes tú. Como cuando lo de Osquitar y aquel caballo robado. Yo no tuve nada que ver con el robo del caballo, aunque tú todavía pienses lo contrario.

Osquitar era Oscar Lalanne Porlán, una especie de novio que había tenido Helena alrededor de un año antes, y el caballo era nada menos que Yardley Summer Breeze Tercero, un carísimo poney de polo que Osquitar había robado y escondido, de resultas de una apuesta. La intervención de papá Lagoreiro, convencido de que sospechaban de su hija (porque él en efecto sospechaba) había puesto a ésta en la picota, y ella nada tenía que ver con el robo. Secuelas inevitables de aquel pequeño escándalo habían sido, por un lado, la ruptura de Helena con Osquitar (al que ella todavía echaba bastante de menos, ya que era incomparablemente mejor en la cama que Baltasarcito Guarch, o que cualquier otro de los varios que Helena había conocido desde entonces, y también mucho más divertido), y por el otro la Orga, a la que la muchacha se había enganchado, empujada principalmente por el rencor hacia papá, muy poco después de la ruptura.

-Pues volvamos ya mismo a Pirlápolis –dijo papá Lagoreiro, una vez los dos fuera de la Jefatura.

-Vuelve tú, papá. Yo me quedo.

-¿Pero qué dices?

-Me quedo, papá. A veces se te olvida que ya tengo veintiún años, papá. Donde te sigas metiendo en mis cosas, el día menos pensado me voy de casa, como hizo Josefina.

-¿Vuelves mañana? Tu mamá estará ansiosa.

-Mamá juega al bridge en el club, esta noche. No creo que le quepa nada más en la cabeza.

-No seas cínica y malévola con tu madre, Helena. ¿Dónde te piensas quedar? No en casa, supongo.

-¿No está Mabel?

-Libra la Semana Santa, Helena.

-En ese caso me quedaré en casa de Carmina Jaureguiberry –mintió Helena, con aplomo-. También quiero ver a Baltasar.

-¿A quién?

-A Baltasítar Guarch. Es mi novio, ¿te acuerdas?

-Ah, ése.

Padre e hija se separaron con un beso en la mejilla.

Desde el Gran Café Añón, en Dieciocho de Julio (el mismo del que Deluc había llamado días antes a Pingo Sanabria y a Graciela Ingold), Helena hizo varias llamadas telefónicas. La primera a su amiga Carmina Jaureguiberry, para decirle que, si sus padres preguntaban, ella iría a su casa a dormir esa noche, y la segunda a la mismísima tía Graciela, a la que le dijo quién era y que quería verla en cuanto pudieran. Por último llamó a su novio, con el que quedó en verse al otro día, por la tarde.

-Nos iremos de meublé –le prometió.

El interrogatorio de Corróchano no había sido tan temible ni peligroso como Helena había temido. Ella y los dos policías (el segundo era Verraszto) se habían encerrado en el asfixiante y maloliente despachito del inspector. Aunque de aspecto brutal, el inspector había estado casi amable con Helena. Era un hombre grande, grueso, desastrado y sucio, con ojos malignos inyectados de sangre enfermiza, amarillenta, que hablaba con una voz lenta y áspera.

-Háble me de su amiga Josefina Lalandra, señorita.

-¿Qué quiere usted que le diga?

-¿Cuándo la vio por ultima vez?

-Hace ya…Uff… Quince días o veinte.

-¿No ha sabido de ella desde entonces?

-No, inspector.

-¿Conocía usted al comisario Pérez Moles?

-Sabía de él, pero jamás lo vi. Era muy amigo del padre de Josefina, y a ella la trataba desde niña. Es todo lo que sé.

-¿Y a su tía Graciela?

-¿La periodista?

Corróchano sólo asintió. Verraszto tomaba notas en una libreta, sin levantar la vista de la misma.

-A ella sí la conozco. Josefina la quiere mucho. Creo que más que a sus padres.

-¿Y a Deluc?

-¿El periodista? Sé quién es. ¿Por qué me pregunta usted por él, inspector?

-Las preguntas las hago yo, señorita Lagoreiro, si no le importa. Tengo entendido que Josefina sentía cierta tendresse por el hijo del comisario.

-Habían roto.

-¿Usted lo conoce a él?

-Sí, es claro. Salimos juntos varias veces. Josefina con Juan Andrés y yo con mi novio. ¿Por?

-Las preguntas –repitió Corróchano- las hago yo, señorita.

-Es claro. Perdone.

-¿Cree usted que su amiga Josefina y el comisario Pérez Moles eran amantes?

Ante aquella pregunta, Helena se sobresaltó. Comprendía que era peligrosa, y no sabía bien qué contestar. Vaciló unos segundos, bajo la dura mirada de Corróchano, y al final se decidió y contestó:

-No lo eran. Yo lo hubiera sabido.

-¿Qué sabe usted de las joyas que manejaba su amiga Josefina?

-¿Joyas?

Helena deseaba temblar, para librarse del miedo o acompasarse con él, pero se contenía.

-Joyas, señorita.

A una seña de Corróchano, que chasqueó los dedos, Verraszto se ausentó un momento y regresó, con una cajita de metal en la mano. La depositó sobre la mesa, frente al robusto y sucio inspector.

-Encontramos estas joyas en un banco, en una caja de seguridad que estaba a nombre de Josefina Lalandra.

Al tiempo que decía estas palabras, Corróchano volcaba una breve catarata refulgente sobre su mesa. Eran una docena de brillantes de buen tamaño, y algunos zafiros y esmeraldas.

-Eso no son joyas –dijo Helena-. Son piedras preciosas.

A Corróchano no le hizo gracia aquella precisión. Cerró un puño y respiró hondo. Después abrió la mano.

-¿Qué sabe usted de las joyas que manejaba su amiga?

-Nada.

-¿Por qué se fue Josefina de su casa, señorita Lagoreiro? Y no me diga que no lo sabe.

-No se llevaba bien con su madre.

-¿Sabe quién le pagaba el apartamento?

-Se lo pagaba ella.

-¿Cómo?

-No me lo dijo. Me aseguró que se lo pagaba ella, pero no me dijo de dónde sacaba el dinero. Yo pensé que su padre…

-Vamos, señorita Lagoreiro. El doctor Lalandra estaba furioso porque Josefina se había ido de casa.

-Pues no sé…

-No nos lo quiere decir.

El inspector Corróchano casi pareció que sonreía.

-Está bien, señorita Lagoreiro. Cabe que volvamos a hablar. Puede irse.

Cuando volvió de acompañar a la joven hasta el vestíbulo, Verraszto se encontró con la maliciosa mirada envenenada de Corróchano, a la que acompañaba una inusual sonrisa.

-Algo me dice que esta jodida jovencita se va a reunir con la señora Ingold.

-¿En el Neutral?

-Usted apóstese frente a El Manantial. Cuando la señora Ingold salga, usted sígala. Y no la pierda, como hizo con el jodido franchute, Verraszto.

-No sé cómo se me pudo escapar…

-Se le escapó dos veces, Verraszto. Le dije que ese jodido periodista es un tipo frío y astuto. Olvidémonos de él, de momento. Usted no me pierda a esas dos jodidas pajarracas.

-¿A cuál de las dos sigo, cuando se separen?

-Cuando se hayan reunido, llame aquí y hable con Suazo o con Caborreal. Que uno de ellos se reúna con usted.

-¿Y usted, inspector?

-Dentro de un rato me largo. Tengo que dormir, de vez en cuando. Que Suazo o Caborreal sigan a la señora Ingold. Usted no pierda a esa jodida muchacha. ¿Me ha entendido?

V) EL FINAL DEL VERANO

1.

Eran poco más de las once de la mañana, en una Buenos Aires que había amanecido gris y ya algo aterida, opacada por cúmulos y nimbos inmóviles y grávidos, de plafond bajo, que anunciaban que el otoño por fin era cosa hecha, cuando sonó el teléfono. Atendió doña Dorotea, que tras un instante musitó:

-Es Deluc.

Quince segundos después Josefina hablaba con el rollizo periodista que la había facturado a la agobiante capital del Plata.

-¿D…Deluc?

-¿Cómo estás, Josefina?

-B… bien. B…bien, creo yo.

-Voy para allí, Josefina. Llegaré hoy mismo.

-¿C… cuándo?

-No lo sé. Antes que caiga la noche, en todo caso, espero. Tenemos que hablar tú y yo. Quiero que estés en el hotel cuando yo llegue.

-No saldré, Deluc.

-¿Por qué no, Josefina? Pasea un rato, despéjate. Te llevaré a comer por la noche, ¿qué te parece?

-Me encantaría. ¿Mamá?

-Ya hablaremos, Josefina. Hasta pronto.

-Hasta muy pronto, Deluc.

Josefina pasó en un largo ay las horas que mediaron entre la llamada telefónica de Deluc, a las once de la mañana, y su aparición en el hotel, hacia las ocho de la tarde, cuando ya había anochecido. Deluc llevaba con él un pequeño bolso de mano, suficiente a lo sumo para un par de mudas de ropa, lo que indicaba bien a las claras que no se quedaría más de un día o dos.

-No pude llegar antes, Josefina. Lo siento.

-No importa, Deluc. ¿Mucho jaleo en Montevideo?

-Bastante.

Se besaron en la mejilla. Deluc se besó y cruzó abrazos con doña Dorotea, que le informó que su habitación estaba lista.

-Subo a ducharme y bajo en seguida, Josefina.

-¿Cuándo vuelves a Montevideo, Deluc?

-Mañana. Pasado como muy tarde, Josefina.

-¿Y yo? ¿Vuelvo contigo?

-Me temo que todavía no, Josefina. Pero no te preocupes. Te prometí que esto se arreglaría y se arreglará.

Deluc subió acto seguido a ducharse.

-Tranquila, Josefina –dijo doña Dorotea-. Confía en Deluc. Por lo general sabe muy bien lo que hace.

-Eso espero –suspiró Josefina.

2.

Al mediodía, antes de almorzar, Josefina había salido de paseo, y de nuevo había salido después del almuerzo. Ambos habían sido paseos desganados, distraídos, sin objeto en realidad. Josefina estaba demasiado concentrada en sí misma y sus problemas como para disfrutar de la gran urbe. Un colectivo, no obstante, por la tarde, la había llevado a las cercanías de la calle Florida y de allí a la gran cafetería y bocadillería Karavelle, donde había tratado de disfrutar, sin conseguirlo, de unos bocadillos de jamón con ajíes y queso provolone derretido y de un au lait con semillas molidas de cardamomo. Sus problemas le pesaban demasiado.

¿Qué hacer con Deluc, cuando llegara?

Josefina se sentía impulsada a contarle a Deluc toda la verdad, pero temía que en ese caso el periodista no quisiera saber más de ella, y entonces, de ser así, ¿ella qué haría? Por lo demás se le hacía duro y cuesta arriba traicionar a su amiga Helena, y mencionarla, vincularla al asesinato de Aquilino (y a los Muchachos) sería a no dudarlo una traición.

Josefina había vuelto al hotel nerviosa, a eso de las cuatro, y se había recluido en su habitación. Por la ventana, el insoportable Gardel se puso a cantar, llegado un momento:

Como una boca pintada
Me engrupe la colorada
Cual si fuera su mishé
Berretines que tengo con los pingos
Metejones de todos los domingos
Por su culpa me siento bien fané
Qué le voy a hacer así debe ser
Ilusiones del viejo y de la vieja
Que han quedáu enterradas en la arena
Tras las patas de un tungo roncador

Qué le voy a hacer
Si soy jugador

Josefina se había medio adormilado cuando doña Dorotea llamó a la puerta y le dijo que había llegado Deluc. Josefina bajó en seguida, con el corazón batiéndole a mil en el pecho. Deluc subió a ducharse y después se reunió con Josefina en el saloncito de la planta baja.

-¿Qué te parece –le propuso- si vamos a comer a un sitio que se llama Alma Rea? Me han hablado muy bien de ese lugar.

-¿Cantan tangos?

-Por eso mismo lo quiero conocer, Josefina.

-Ay, bueno. Si te parece…

-Algún día te tiene que empezar a gustar el tango, Josefina. ¿Por qué no hoy?

-Nunca me gustará el tango, Deluc. En realidad cada vez me gusta menos. Antes me resultaba indiferente, ¿sabes? Ahora creo que lo he empezado a odiar.

-¿Por qué?

-No sé. Creo…

Josefina paseó su mirada, más o menos vidriosa y alicaída, por las modestas paredes empapeladas del saloncito.

-… creo –repitió- que lo considero parte culpable de toda esta tragedia en la que estoy metida.

-No es para tanto, Josefina –dijo Deluc-. Culpas sin duda a tu padre. Lo digo por lo del tango, ya que otra razón no veo.

-¿Culpo a papá? No lo sé, Deluc. Puede ser.

3.

A las nueve y media, un taxi los esperaba en la puerta del hotel. Josefina se había puesto un vestido de noche negro sin mangas, lo mejor de su vestuario, con los hombros protegidos bajo un chal de flecos plateados que la envolvía.

-¿No tendrás frío, Josefina?

-No te preocupes. Esto abriga más de lo que parece.

-Como tú digas.

Bajo su infaltable perramus amarillo, Deluc llevaba una chaqueta sport a cuadritos (de los llamados pied de poule) y una corbata nueva, de color azul bolita, con el dibujo discreto de un gallo rojizo a mitad del recorrido entre el nudo y el extremo inferior.

-Poule quiere decir pollo en francés, ¿no?

-En efecto, Josefina. ¿Por?

-Y ese gallito en la corbata… Vas muy entonado, Deluc.

-No había caído.

-Le poule et le coq –dijo Josefina-. El gallo es el símbolo de Francia, ¿no?

-Eso creo. ¿Por?

-Hoy vas muy francés, Deluc.

-Si tú lo dices…

-Eres francés, ¿no? De nacimiento, quiero decir.

-No soy de ninguna parte, Josefina.

-Tía Graciela me ha dicho que se supone que eres francés, pero que de hecho no se sabe. Que no se sabe ni tu nombre de pila. ¿Cuál es?

-Con Deluc alcanza y sobra, Josefina. ¿Para qué más?

Viajaban de semáforo en semáforo (que los pescaban siempre en rojo) por una amplia avenida. El taxista tenía puesta la radio, con los inevitables

tangos, aunque en este caso no los cantara Gardel.

Nostalgia
De escuchar tu risa loca
Y sentir junto a mi boca
Como un fuego
Tu respiración
Angustia
De saberme abandonado
Y pensar que otro a tu lado
Pronto pronto
Te hablará de amor

-Éste no es Gardel –afirmó Josefina.

-Muy bien, Josefina. Has empezado a aprender.

-¿Quién es?

-Edmundo Rivero, Josefina. Tenía la esperanza de escucharlo contigo esta noche, pero no puede ser.

-¿Por qué no?

-Porque canta en un sitio en el que hay que hacer las reservas con mucha antelación.

El cantor seguía, después de una música de vientos y violines:

Hermano
Yo no quiero rebajarme
Ni pedirle
Ni llorarle
Ni decirle que no puedo más vivir
Desde mi triste soledad
Veré caer las hojas muertas
De mi juventud

Josefina, que se había sentido muy atractiva, antes de salir, con su elegante vestido de noche, sin mangas, y su chal, ahora se sentía algo decepcionada, y al tiempo bastante molesta con su acompañante, que no le había dicho nada ni de su ajuar ni de ella misma. Por lo menos me podría haber dicho Qué linda que estás, aunque fuera por cumplido, se decía Josefina.

-¿Tan vulgar me encuentras, Deluc? –preguntó.

-Eres lindísima, Josefina, aunque no soy yo quien lo tiene que decir.

-No te entiendo.

-No importa. Estás preciosa.

4.

Llegaron por fin a su destino, en una calle empedrada, bastante angosta y algo oscura, alumbrada por dos insuficientes farolas, ambas bastante lejanas. El ambiente olía a puerto: un cercano olor a brea y otro más lejano a detritus, que componían una mezcla triste y vieja. Josefina se sentía ligeramente inquieta y bastante deprimida: no lo podía evitar.

El local al que iban a entrar exhibía unos carteles con fotografías (que Josefina ni se dignó mirar), una entrada con dos escalones y en lo alto un portero de uniforme púrpura de bocamangas doradas, con un gorro de plato y guantes amarillos. El hombre hacía pasar a la gente (que tenía que aguardar bastante) previa consulta por un tubo acústico que había a un lado.

-Un momentito, Josefina –dijo Deluc.

Ascendió los escalones y habló brevemente con el portero. Josefina observó que unos billetes cambiaban de manos, de las de Deluc a las del otro, que se volvió a decir algo por el tubo acústico mientras Deluc esperaba, con las manos metidas en los bolsillos de su perramus.

Pasaron varios lentos minutos antes de que un segundo hombre, éste de smoking, apareciera en la puerta, tras separar una gruesa cortina. Más billetes cambiaron de manos. Deluc se acercó de nuevo a Josefina.

-Vamos adentro, Josefina –le dijo-. Dentro de media hora canta Goyeneche.

-Mira tú qué bien –dijo Josefina, resignada.

Una vez en el interior del local, que Josefina no recordaba cómo se llamaba, aunque un luminoso lo anunciaba a la entrada (un nombre de tango, grosero, feo y repugnante, se decía la muchacha), un camarero impoluto, de guantes blancos y chaquetilla verde, los condujo hasta una pequeña mesita redonda. Le separó a ella la silla para que se sentara.

-Qué elegante todo, ¿no? No parece de tango.

-El tango se ha vuelto elegante hace mucho, Josefina. No sé si por suerte o por desgracia.

Pidieron de beber el copetín previo a la comida. Josefina dudaba entre el llamado Planter's Punch, un cocktail muy suave, y el Alexander, casi tan suave como el otro pero que llevaba canela, que a ella no le agradaba.

-¿Puede ser un Alexander sin canela? –preguntó.

-Por supuesto, m' m' selle –le dijo el camarero.

Deluc por su parte pidió ginebra, y especificó:

-Holandesa, no inglesa. Marca Bols, por favor.

Después le tocó una mano a Josefina sobre la mesa y le dijo:

-Goyeneche no cantará más que una canción, según me han dicho. Después comeremos. Ve eligiendo, si quieres.

-Carne, ¿no? Estamos en Buenos Aires, la mejor carne del mundo.

-La mejor no, Josefina. La mejor es uruguaya, concretamente la del ganado que pasta en una comarca que se llama Cololó. Hoy día, por

desgracia, la exportan toda, o casi toda. En realidad, aquella carne es lo único bueno, realmente bueno, que tiene Uruguay.

-Y el tango, Deluc –dijo Josefina, con una sonrisita que ella quería cínica-. No te olvides.

-El tango es argentino, Josefina. Es porteño. Es de aquí. Los uruguayos sólo lo adoptaron. La música uruguaya no pasa de unas melodías horribles que se llaman candombe, malambo y vidalas, o vidalitas.

-El candombe me gusta. Lo tocan los negros en carnaval. Dicen que viene del África, ¿no? Como el jazz.

-Yo no tendría nada contra los negros de no ser por el jazz.

-¿No te gusta el jazz?

-A mí sólo me gusta el tango, Josefina.

-Creo que tienes muy mal oído, Deluc.

-Nací con una zanahoria en cada oreja, Josefina.

Ya les habían servido las bebidas. Josefina probó su cocktail con cautela. Hizo una muequecita.

-¿No te gusta?

-Le pedí que no le pusieran canela.

Un par de minutos después apareció la orquestina, de cuatro músicos: dos con violines, otro con la guitarra española y el cuarto con el odioso bandoneón, que a Josefina le parecía un acordeón más rudimentario y todavía peor.

-Odio el acordeón –musitó.

-Es un bandoneón, Josefina.

-Lo sé, Deluc. Lo odio todavía más que al acordeón.

Ya había salido también el cantor, un tipo flaco, aunque con cierta barriguita, de entradas amplias y bastante encorvado, que lucía un afilado bigotito amarillento. El cantor golpeteó con una uña en el micrófono, lo que

produjo un sonido agudo que crecía y rebotaba desde los parlantes y amplificadores. Después se largó a cantar, tras una breve introducción de la orquesta:

Sola, fané, descangayada
La vi esta madrugada
Salir de un cabaret
Flaca, dos cuartas de cogote
Y una percha en el escote
Bajo la nuez
Chueca, vestida de pebeta
Teñida y coqueteando
Su desnudez
Parecía un gallo desplumáu
Mostrando al compadrear
El cuero picotiáu
Yo que sé cuando no aguanto más
Al verla así rajé
Pa' no llorar
Y pensar que hace unos años
Fue mi locura
Que llegué hasta la traición
Por su hermosura
Esto que hoy es un fantoche
Fue la dulce metedura
Donde yo perdí el honor
Rechifláu por su belleza
Le quité el pan a la vieja
Me hice ruin y pechador

Me quedé sin un amigo
Y viví de mala fe
Pues me tuvo de rodillas
Inmoral, hecho un mendigo
Cuando se fue
Nunca creí que la vería
En un requiescat in pace
Tan cruel como el de hoy
Miren si no es pa' suicidarse
Que por este cachivache
Sea lo que soy
Fiera venganza la del tiempo
Que le hace ver de cerca
Lo que uno amó
Este encuentro me ha hecho tanto mal
Que si lo pienso más
Termino envenenáu
Esta noche me emborracho bien
Me mamo bien mamáu
Pa' no pensar.

Tras los aplausos el cantor saludó y se fue.

-A éste lo he escuchado por la radio, hace unos días. Cantaba *Sur*, ¿se llama así?

-*Sur*, si. Este polaco lo canta muy bien. Pero no debería cantar tangos que canta Gardel. Gardel los canta mejor.

-Los cantaba, querrás decir.

-Los canta, Josefina. En tiempo presente. Hay un dicho, ¿sabes? 'Este morocho cada vez canta mejor'. Es una frase que se dice todavía cuando se

habla de Gardel. Según Maragall, mi enciclopédico jefe de información, la frasecita se le ocurrió a un uruguayo, o por lo menos nació en Montevideo. Hay dos posibilidades. O la dijo un tal Collazo, que era humorista y letrista de tangos, y que ya ha fallecido, o se le ocurrió en un rapto inesperado de inspiración a un tal Federico Amaury, al que llamaban Pintín, que no sé si sigue vivo o si ya ha muerto. Si sigue vivo debe de ser muy viejo. En sus buenos tiempos parece que fue una especie de bacán, de dandy o de play boy, como se les dice ahora.

-¿Un dandy qué es, Deluc? ¿Es sólo una especie anticuada de play boy?

-Algo así. El epítome del dandismo fue Lord Brummel, llamado Beau Brummel. ¿Has oído hablar de él?

-Tengo una vaga idea

-¿Quién crees tú que era, Josefina?

-Pueees, un elegante, ¿no? Supongo que un dandy, como tú has dicho, de allá por el siglo XIX. Un inglés.

-Un inglés, en efecto, de principios del siglo XIX –dijo Deluc-. ¿Y sabes tú lo que decía aquel lejano dandy a propósito de la elegancia, Josefina?

Ya habían pedido de comer. Josefina había pedido un entrante de langostinos con ajo y salsa golf, y Deluc unos sesos a la campera, con ajo y perejil. De vino les habían servido un blanco italiano muy frío, de la clase Barolo, según había especificado Deluc.

-Carísimo –había dicho Josefina-. ¿Eres rico?

-Si lo fuera, Josefina, ¿qué gracia tendría? Me ha costado sesenta dólares oir a Goyeneche, y no creo que *Esta noche me emborracho* lo justifique. Pero esto, Josefina, sea el gasto que sea, lo justifica tu presencia.

-Me vas a hacer sonrojar, Deluc.

Josefina en efecto temía haberse sonrojado, aunque la media luz coadyuvaba sin duda a que no se le notara. Con un gestito agatunado y un ademán vago añadió:

-¿Cómo puedes comerte esos sesos así pelados, Deluc? Rebozados por lo menos se disimula lo que son.

-Disfrazados no son lo mismo, Josefina.

-¿Qué decía Lord Brummel de la elegancia, Deluc? Aún no me lo has dicho.

-Decía que el summum de la elegancia, el epítome y clave de bóveda del dandismo, pues elegancia y dandismo, aunque no son lo mismo, se interpenetran y apoyan, óyeme bien Josefina, el summum y epítome de la elegancia, según Brummel, consistiría en pasearse a mediodía por Berkeley Square, en el centro mismo de Londres, totalmente desnudo y sin que nadie se apercibiera. Un auténtico elegante y un verdadero dandy, por lo tanto, debe pasar inadvertido, antes que ninguna otra cosa. Debe pues poseer una especie de cualidad inmanente cercana de la invisibilidad. ¿Sabes tú, pues, lo que es un dandy ahora, Josefina?

-Pues no, me temo que no.

-Yo te lo diré

Con el plato principal les habían servido nada menos que un Chateau Yquem francés, vintage de 1957, que Josefina probó con una especie de pavor.

-¿Cuánto te cuesta esto, Deluc?

-Olvídate del dinero, Josefina, ¿quieres?

A Josefina le habían servido un chuletón con hueso, que desbordaba el soporte de madera en que lo traían, y dos platos con guarniciones, consistentes en papas fritas y una ensalada que Deluc le aliñaba después de pedirle permiso.

-Aliñar las ensaladas es un vicio francés que se me ha pegado, no sé por qué.

-¿Eres francés o no, Deluc?

-Puede que de origen, Josefina, aunque no estoy seguro. De espíritu, digamos, no lo soy.

-¿Qué eres, entonces?

-Vuelvo con el dandismo, Josefina. ¿O no te interesa?

-¿Por qué no? Esto está riquísimo.

-Me alegro.

Deluc había pedido lo que allí llamaban 'milanesa escalopada', que explicó:

-La fríen no envuelta en pan rallado sino en harina, Josefina. Comerla todos los días supongo que aburre pronto, pero de vez en cuando…

-¿En Montevideo hay?

-Sólo en un lugar, que yo sepa.

-¿Cuál?

-Un sitio que queda en el Mercado del Puerto. No sé cómo se llama.

-Los dandies…

-Los dandies, sí –dijo Deluc-. Un escritor francés, que se llamaba Malraux, decía, y tenía razón, que un verdadero dandy sólo puede ser inglés, porque el alma del dandismo no es sólo un pleno desinterés por la vida, sino la anulación absoluta de eso que los franceses han bautizado como el élan vital. ¿Sabes lo que te digo, Josefina?

-Pues más o menos, Deluc. El impulso vital. ¿Los ingleses no tienen impulso vital?

-Pues parece que no, Josefina –dijo Deluc-. No al menos según Malraux. Ese desapego total hacia la vida, según él, que necesita el dandy, sólo puede darse entre razas insulares, y de las muchas razas insulares sólo

hay tres que, por su situación geográfica, brumosa y fría, pueden producir individuos brumosos y fríos como los dandies. Ésas tres razas son los islandeses, los irlandeses y los británicos, sean escoceses como galeses e ingleses. Malraux los resume a todos en ingleses y añade que los islandeses son excesivamente escasos y no cuentan, y que a los irlandeses los han maleado los rigores estéticos y místicos del cesaropapismo, es decir la Iglesia Católica, mientras que a los británicos, por el contrario, los ha alimentado su arrogancia, su vanidad y también, según Malraux, su estulticia. Por eso en Gran Bretaña florece el dandy. Porque el dandismo es enemigo del pensamiento del ser para sí, ergo para los demás también, y entre los ingleses sólo existe el pensamiento del ser en sí, o sea no ya el egoísmo sino esa floración plus que parfait del egoísmo que se llama el solipsismo, Josefina.

-'Quién que es no es solipsista', Deluc. ¿A eso te refieres?

-A eso mismo. Lo dijo Darío, creo.

-Puede ser, pero según eso solipsistas somos todos.

-Los ingleses al parecer lo son de una forma excesiva, Josefina. Pues bien, y siempre según Malraux, el dandismo es como una venenosa planta autóctona inglesa. Del mismo modo, los bacanes sólo son rioplatenses, unos dandies algo llorones, y los play boys en fin, son un invento yanki, o sea que están por todos lados.

-¿Tú qué eres, Deluc? Un play boy no, por lo que dices. ¿Eres un dandy, un bacán quizá?

-¿Me ves pinta de dandy, Josefina?

-No creo que el dandismo sea cuestión de pinta, Deluc, sino de alma. De carencia de alma, quizá.

-El alma del dandy, sí. En tanto en cuanto al alma del dandy, Josefina, nada mejor que remitirnos a otro escritor francés, porque los ingleses obran,

según dejó dicho lord Byron, y los franceses piensan, Josefina. No creo que lo que dijo Byron sea cierto, pero en fin. Hay otro escritor francés, que se llamaba Villiers de l'Isle Adam, y que era una especie de aristócrata communard que floreció en la segunda mitad del siglo XIX, que dejó escrito: '¿Para qué vivir? Ya lo hacen nuestros criados por nosotros'. ¿Qué te parece, Josefina? Aunque acaso él no lo supiera, con esas frases el señor Adam le puso rúbrica al alma del dandy.

Comieron unos minutos en silencio. A Josefina le divertía lo que le contaba Deluc. Le parecía a la vez absurdo y tranquilizador. Pensar de nuevo en Aquilino muerto, en el mal afamado inspector Corróchano, que la perseguía, en Helena y Juan Andrés, le puso un nudo en la garganta; Josefina a duras penas consiguió tragar su bocado de carne. Le dio un afanoso trago a su carísimo vaso de vino.

-Volviendo a lord Brummel –dijo Deluc tras aquella pausa- te contaré una anécdota que te lo pintará de cuerpo entero, Josefina. ¿O prefieres cambiar de tema? Es muy difícil cambiar de país, si no imposible, como decía James Joyce, pero siempre se puede cambiar de tema.

-Lord Brummel me parece muy bien, Deluc.

-Te tranquiliza, ¿verdad?

-Bastante, sí.

-Lord Brummel no era un gran viajero, ya que ningún dandy lo es, Josefina, pero en ocasiones se desplazaba. Una vez viajó a Córcega con su amigo y secretario Mr. Wilson. A la vuelta, una impaciente marquesa lo invitó a su casa, y tras la cena, con los postres, quiso saber. Preguntó: '¿Qué opina usted de Córcega, Lord Brummel?'

"Impasible, Brummel se volvió hacia Wilson, que también estaba presente en casa de la marquesa, y le preguntó a su vez: '¿Qué opino yo de Córcega, Wilson? Díselo tú a la marquesa, por favor'.

-Alarmante –dijo Josefina.

Habían terminado los dos de comer. Tras unos postres bastante suscintos, Deluc pidió armagnac (‘Es una especie de cognac’, dijo) para acompañar los cafés. Josefina no se atrevió a negarse. El armagnac, demasiado fuerte con el primer cuidadoso sorbo, le terminó por agradar. Cuando Deluc pidió un segundo, para los dos, Josefina no dijo que no. Al salir, se sentía algo mareada.

-Creo que estoy un poco ebria –balbuceó.

-Pues caminemos un poco –propuso Deluc.

En una esquina cercana, un horrible borracho pedigüeño cantaba:

Dónde estará mi arrabal
Quién me robó mi niñez
En qué rincón luna mía
Volcás como entonces
Tu clara alegría
Veredas que yo pisé
Malevos que ya no son
Bajo tu cielo de raso
Trasnocha un pedazo
De mi corazón

Deluc dejó caer unas monedas en un platito que había en el suelo.

-Por fin al parecer se terminó el verano –dijo.

QUINTA PARTE

I) LAS PERPLEJIDADES DE LA REPÚBLICA ORIENTAL

1.

Aquella misma noche (la del día del atentado mortal contra García Baliño), esto es la del lunes 5 de abril, a las ocho y media, se reunió de urgencia la Asamblea General Legislativa, con más de ciento veinte legisladores presentes (de un total de ciento sesenta y tres), lo que constituía un record para lo precipitado de la convocatoria.

Quien primero hizo uso de la palabra fue el presidente de la Asamblea, el senador colorado (y vicepresidente de facto de la república, si no de jure) Martín Luis Badalá, que fue suscinto.

Dijo:

-Gravísimas circunstancias nos reúnen hoy aquí, señorías. Debemos decidir en esta sala si damos un voto de apoyo al gobierno, tras el asesinato del ministro García Baliño, o si por el contrario nos mantenemos a la expectativa. Hasta el momento no nos ha llegado comunicación alguna del Poder Ejecutivo, de modo que quizá debamos esperar, aunque eso, por supuesto, lo decidirán ustedes, señorías, con sus votos. El gobierno no obstante, y en esto quiero creer que no habrá oposiciones, tiene toda nuestra solidaridad en este difícil trance.

Badalá paseó su mirada por el hemiciclo, no del todo abarrotado (había una treintena de ausencias), pero más que satisfactoriamente concurrido, lo que lo hizo incurrir en una leve sonrisa, cabía que poco adecuada a las graves y solemnes circunstancias. Después enunció, con voz profunda y condolida:

-Guardaremos ahora un minuto de silencio por el ministro asesinado y los demás caídos.

Tras el luctuoso minuto (a lo largo del cual se oyeron algunos movimientos incómodos y algunas toses disconformes), el primero en pedir la palabra fue el senador colorado Olimar Delle Pianne, el más joven y acaso el más brillante de los senadores de su partido, que se puso se pie y dijo:

-Antes que ninguna otra cosa, y quiero ser breve, permítaseme advertir que la constitución de una coalición progresista, como alternativa futura de gobierno, no tiene absolutamente nada que ver con esos airados sujetos que han puesto fin a la vida del ministro García Baliño y de otras varias personas en el día de hoy. La coalición, que ha nacido ya, de hecho, no agradece ni acepta treguas unilaterales de nadie, y mucho menos de terroristas. Se me ha encomendado a mí que anuncie en esta cámara el feliz nacimiento de la muy esperada coalición.

El legislador tuvo que callarse, en vista del oleaje de voces que se había alzado de todas partes. Sólo los cuatro diputados comunistas (Botteghe, Hocq, Pérez López y Lezana) el diputado socialista (Amadori) y los dos diputados democristianos (Legorburo y La Salle), así como los senadores Frugoni, Laxalt y Arrascaeta, y unos cuantos legisladores tanto blancos como colorados (Fuentes Mendoza, Armignani, Cabal Lestirich, Pérez López, Pintos, la senadora Idea Rebollo y alguno más) se mantenían callados, circunspectos, sin sonreir pero todos ellos de brazos cruzados. Con ayuda de los ujieres presentes en la sala, y a martillazos, el senador Badalá consiguió que la cámara volviera al orden.

Delle Pianne prosiguió:

-Democristianos, socialistas, comunistas, católicos progresistas independientes, agrupaciones juveniles de izquierdas, movimientos de

trabajadores y organizaciones libertarias, así como otras varias corrientes progresistas, tanto del partido blanco como del colorado, han confluido en lo que a partir de la fecha se denomina Frente Amplio, que sigue abierto a la adhesión de otros grupos políticos de ideología no conservadora.

¿Miró en aquel momento Delle Pianne, a los ojos, al senador Millares? Éste después le afirmaría a Deluc que sí.

-Me miró desafiante, directamente a los ojos, como si me advirtiera: 'Esta es tu mejor oportunidad, muchacho'. A mí, Deluc. A mí, que soy blanco, que he nacido blanco y que no me pienso mover del Partido Blanco nunca. Por nada del mundo, Deluc. Nunca. Y eso mi amigo Olimar lo debe tener muy claro.

-¿Qué sabe usted del doctor Erro, senador?

-Tú lo sabes mejor que yo, Deluc –dijo el senador Millares, con cierto acento de cansancio-. Erro ha convocado a sus militantes para mañana, a las tres de la tarde, en el teatro Al Ritrovo Degli Amici, donde se votará a mano alzada.

-¿Y?

-Hay mucha gente, Deluc, en Patria Grande, bien que tú lo sabes, que pertenece a organizaciones como las Agrupaciones Otorgués o el Movimiento de Juventudes Trece de Abril, que son filoterroristas, por decir poco. Este llamado Frente Amplio le hará daño a nuestra patria, Deluc.

-¿Porque le robará votos a usted, senador?

-No seas sarcástico, Deluc. En estos momentos, y en la situación en que nos encontramos, pienso en mí menos que en nadie. Con la creación de este Frente Amplio, la actividad política se va a polarizar, fatalmente. Ya verás tú. Extremismo de izquierda por un lado y extremismo de derecha por el otro. En el medio me quedaré yo, y me quedaré solo.

2.

Era más de medianoche, en el Palacio Legislativo. La Asamblea General seguía reunida en sesión plenaria, aunque se había votado un cuarto intermedio, sin que se hubiera decidido nada todavía, hasta el otro día a las siete de la tarde. El senador Millares, a pesar de lo mucho que muchos lo esperaban, no había hablado en la Asamblea aquella noche.

Otros entes menores sí habían hablado.

Entre aquellas otras muchas voces (coléricas, feroces, asustadas y tartajeantes), se había escuchado con alarma y pavor (o con complacencia y cabe que con alivio, si no con entusiasmo) la firme, severa y algo altanera del senador Caputt (vocero del oficialismo en la Asamblea), que había dicho:

-Quiero advertir en esta asamblea que el gobierno sacará a los soldados a las calles, si se considera necesario. Y si el Poder Legislativo se opone a ello, peor.

-¿Qué quiere usted decir? –había bramado el diputado democristiano Gabriel La Salle.

-Será disuelto –había dicho Caputt.

-Eso es alentar un golpe de estado, senador –había intervenido Badalá-. No tiene usted derecho a hablar así en esta asamblea.

-Hablo como quiero, señoría.

El alboroto había sido tremendo. Poco después se había votado aquel tenso y airado cuarto intermedio.

-¿Estás enterado de lo que dijo Caputt, Deluc?

-Ya estaba en mi sitio en la tribuna de prensa, senador. Había llegado poco antes.

-¿Qué opinas?

-¿Qué opina usted, senador?

-Caputt es de suponer que tiene línea directa con el ejecutivo, Deluc. Creo, no obstante, que lo de sacar a los soldados a la calle sin el apoyo del Parlamento es, más que nada, una amenaza, sin visos ningunos, de momento al menos, de hacerse realidad.

-Fillol se opone. Y tiene mucho peso hoy en día.

-¿Te lo ha dicho así?

-Taxativamente.

-¿Te lo ha dicho hoy?

-Me lo dirá de nuevo mañana, senador. Voy a tener un día muy cargado. Tendré que hablar con Fillol, con Delle Pianne, si puedo, y con Caputt, si se deja, entre otras varias personas que aún me tengo que pensar. Y eso no será todo, me temo.

Millares se rió.

-¿No piensas hablar con Erro?

-Después que su gente decida a dónde se van, senador.

-Lo sabes ya, Deluc. Se irán a la coalición.

-Igual esperaré.

Deluc cambió de acento sutilmente, acto seguido. De hablar con una voz suave y casi indiferente, pasó a emplear un tono algo más afilado y menos neutral:

-¿Qué opina usted, por cierto, senador, del asesinato del comisario Pérez Moles? ¿No ve usted en ese crimen la mano de los Muchachos?

-Ese truhán –dijo Millares, mientras jugueteaba con sus gafas alargadas de lectura-. Si los Muchachos lo mataron está mal, sin la menor duda, pero igual sería de lo muy poco de bueno que jamás hayan hecho, Deluc. Mi opinión, por cierto, que quede entre tú y yo, ¿de acuerdo?

-Entre usted y yo, senador. No se preocupe. Pienso lo mismo que usted.

Deluc se calló un instante, mirando insistentemente, con sus mansos ojos pardos, a los ojos glaucos del senador.

Tras unos instantes de silencio, éste preguntó, algo inquieto:

-¿Qué pasa, Deluc?

-Sabrá usted que se busca a Josefina Lalandra, la hija del secretario técnico de Interior.

-Lo he leído, sí. Lo han publicado en primera página en varios periódicos. ¿Qué se supone que ha hecho esa muchacha, Deluc? ¿Lo sabes?

-Se supone que puede estar implicada en la muerte de Pérez Moles, lo cual no es cierto.

-¿Tú cómo lo sabes?

-Porque he hablado con ella. También la ayudé a poner tierra de por medio. Está en Buenos Aires, a donde yo la envié. He estado allí con ella, hoy mismo.

-¿Es una de tus novias, Deluc, o algo por el estilo? ¿No es un poco joven para ti?

-No es mi novia ni nada de eso, senador. No tiene nada que ver. Le contaré.

Deluc habló un rato, con frases breves y claras, y el senador Millares lo escuchó atentamente, parpadeando y jugueteando, distraído, con sus gafas alargadas de lectura.

-Curioso –dijo al final-. ¿Necesitas algo de mí?

-Tal vez lo necesite en su momento, senador. Por eso le he hablado como lo he hecho y se lo he contado todo, de pe a pa, sin omitir nada importante.

-¿Dices que los Muchachos espiaban al comisario?

-En efecto, senador.

-Y por eso quieres encontrar a Alcorza. Yo no te puedo ayudar en ese sentido, Deluc.

-Lo sé, senador. De encontrar a Alcorza me encargaré yo. Creo que ya sé cómo tengo que hacerlo. Puede que necesite de su influencia, sin embargo, para que Lalandra me atienda y me haga caso, senador, siempre y cuando necesite hablar con él y apretarle, digamos, las tuercas.

-Cuenta conmigo, Deluc. Apretarle las tuercas a Lalandra será para mí un placer, aunque lo haga de forma vicaria. ¿Me informarás de lo que resulte, Deluc?

-Lo tendré al tanto de todo, senador.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Deluc volvió del Palacio Legislativo a su apartamento en el Lecumberri. No hacía ni diez minutos que había vuelto, y ya principiaba a desvestirse, cuando sonó el teléfono.

Era Graciela Ingold.

3.

En Buenos Aires, a la salida de Alma Rea, Deluc y Josefina Lalandra habían paseado por varias diferentes callecitas más o menos estrechas y mal iluminadas, los dos en silencio (aunque a veces Deluc tarareaba fragmentos de tangos), hasta que desembocaron, casi de repente, sin ningún preaviso y tras una esquina abrupta y un breve recorrido de treinta o cuarenta metros, en una calle ancha y larguísima, con muchas luces encendidas y bares, confiterías y restaurantes abiertos todavía, al igual que algunas tiendas de ropas y zapatos. Mucha gente entraba y salía de los distintos comercios y

mucha otra se paseaba por las aceras; filas de coches circulaban, todas en la misma dirección, por la calzada.

-¿Esto qué es, Deluc? ¿Nueve de Julio? ¿El Paseo de Julio?

-Es la calle Corrientes, Josefina. ¿Cómo te sientes?

-De lo más bien. Sigo un poco ebria, creo.

-Fantástico, Josefina.

-Nunca había bebido tanto, ¿sabes? Lo único que me preocupa es no caerme. ¿Me das la mano?

-¿Por qué no, Josefina?

-¿Piensas besarme, Deluc?

-No me tomes por lo que no soy, Josefina.

-Creo que no me opondría si lo intentaras, ¿sabes?

-De ningún modo lo intentaría, Josefina. Estás ebria, como tú misma has dicho.

-No eres un aprovechado, lo recuerdo.

-Dime, Josefina, ¿por qué me has mentido?

-¿Yo? ¿A ti? ¿Por qué te iba a mentir?

-Por la Orga, creo.

-Yo nada tengo que ver con esa gente, Deluc.

-¿No? ¿De veras? Dime una cosa, antes que nada. ¿Escuchaste el disparo?

-¿El que mató a Aquilino, quieres decir? Pues no.

-¿No escuchaste nada?

-Si escuché algo se me olvidó, Deluc. Estaba aterrorizada.

-¿No escuchaste el petardeo de una moto?

-Eso lo escuché antes, al bajar del taxi.

-¿Después no?

-Puede. No me acuerdo. ¿Por?

-Por nada, Josefina. Dices que tu padre sabía que ibas a casa de Pérez Moles por las mañanas. ¿Tú cómo supiste que él sabía?

-Porque me lo encontré una mañana allí, al salir de casa de Aquilino.

-¿Cuándo fue?

-Un par de semanas antes de que mataran a Aquilino.

-¿Tu padre qué te dijo?

-Quería saber qué había ido a hacer allí. Yo no le contesté. Le dije que me dejara en paz.

-¿Tu padre habló de ti con Pérez Moles?

-Sí, por supuesto –a la muchacha se le escapó una risita algo maligna-. Lo llamó al ministerio y le dijo de todo. Lo acusó de pervertirme, ¿te das cuenta? Los dos se gritaron a más no poder, según me contó Aquilino. Papá tiene carácter fuerte, pero Aquilino, por su parte, no se dejaba amilanar así como así.

-¿Tú cómo sabes eso?

-Me lo contó Aquilino, te lo he dicho. Aquilino se había puesto furioso, me dijo, cuando papá le gritó, pero entonces se reía. Cuando me lo contaba a mí, quiero decir. A mí no me hacía gracia todo aquello, pero Aquilino pensaba que mejor así, siempre y cuando yo no le dijera la verdad a papá. 'Que tu viejo piense lo que quiera', me dijo, 'No tendrá más remedio que protegernos, le guste o no, si las cosas se nos tuercen'. Me temo que Aquilino era muy egoísta, Deluc. Pensaba en él, no en mí. En que papá lo protegería a él.

-Eran muy amigos, Josefina…

-Lo habían sido, en efecto. No al final. Creo que papá lo había llegado a odiar.

-Por tu culpa.

-Soy su hijita –Josefina se volvió a reír con su pequeña risa maliciosa-. Creía que Aquilino y yo éramos amantes. ¡Qué estupidez! Creo que no se hubiera sentido tan afectado de haber sabido que sólo eran negocios, por muy irregulares y delictivo que fueran. Ay, Deluc. Qué tontos que son los hombres.

-¿Sólo los hombres, Josefina?

-Yo también he sido un poco tonta, lo reconozco –balbuceó Josefina-. Pero…

Josefina se calló de golpe. Andaba con cierta dificultad sobre los zapatos de ocho centímetros que se había puesto para salir. Los zapatos la proyectaban por encima de la altura de Deluc, que caminaba junto a ella muy serio, sujetándola por un brazo y con la otra mano metida en un bolsillo de su perramus.

-¿Ocurre algo, Deluc?

-Has dicho 'pero' y te has callado. ¿Pero qué, Josefina?

-Nada, no sé. No me acuerdo.

-¿De quién fue la idea de compincharte con Pérez Moles en el asunto de las joyas, Josefina? ¿Tuya?

-Fue de él. Te he dicho la verdad.

-Y tú nada hiciste para que te lo propusiera. ¿Quieres de verdad que me crea eso, Josefina? Me has dicho que Pérez Moles te pidió que le recogieras y le llevaras unos paquetitos.

-Los domingos, en efecto.

-Y que tú no sabías que había en aquellos paquetitos. Yo creo que sí lo sabías, Josefina.

La muchacha emitió de nuevo su risita, maliciosa y a la par algo beoda (y ligeramente procaz también), y apretó más sus dedos finos y huesudos contra el dorso de la mano de Deluc.

-Temía que no te creyeras lo que te conté, Deluc.

-¿Qué hiciste?

-Bueno… Le empecé a decir a Aquilino que me quería ir de casa, lo cual era cierto, y que necesitaría dinero. No me costó nada, en realidad, que Aquilino se entusiasmara y me propusiera nuestro pequeño negocio de los domingos. Era lo que estaba calculado que él me propondría. Yo inclusive me di el lujo de mostrarme reacia, al principio, pero al final acepté, claro está.

-¿Fue idea tuya, Josefina?

-Bueno, no.

-¿Quién te convenció para que lo hicieras?

-En el fondo fue papá.

-¿Y en la superficie, Josefina?

-Creo que no debo decirte nada más, Deluc.

-¿Por qué no, Josefina? ¿Crees que soy un delator?

-Me abandonarás, ¿verdad?

Josefina alzó la cara hacia Deluc, con los ojos muy abiertos y al parecer vacíos y profundamente negros.

-Quiero decir si no te digo más nada.

Latía una grave súplica en su voz, lo mismo que en su mirada.

-No te abandonaré bajo ninguna circunstancia, Josefina. Hables o te calles seguiré de tu lado.

-¿Por tía Graciela?

-Al principio sí. Ya no.

-¿Por mí?

Josefina se estremeció.

-Me agradas, Josefina. Te has metido en este lío por tu propio pie, pero con una candidez, creo yo, que no merece castigo. Por lo tanto,

Josefina, estoy más que dispuesto a hacer mucho por sacarte como sea del atolladero.

-Está bien, Deluc –dijo Josefina, tras meditárselo un momento-. Hablaré, pero dame tiempo.

-¿Te lo tienes que pensar?

-Quiero estar enteramente sobria, Deluc.

Tras una leve vacilación, Josefina se arrebujó contra Deluc y murmuró:

-Cántame un tango.

-Odias el tango, Josefina.

-Cántame uno, Deluc –insistió la muchacha-. ¿No hay ninguno bonito?

-Bonitos y tristes, Josefina.

-Esta noche me siento proclive a la tristeza, Deluc. Cántame el más bonito que conozcas, y el más triste.

-Hay dos que son mis preferidos. Uno se llama *María* y el otro *Garúa.*

-Supongo que los canta Gardel. A ti te encanta Gardel. Yo odio a Gardel.

-Gardel no los cantó nunca, Josefina. Ninguno de los dos.

-¿Por qué no?

-Porque estaba ya muerto cuando los compusieron.

-Cántame entonces *María.*

-Te cantaré *Garúa.*

Muy bajito, Deluc rompió a cantar:

Qué noche llena de hastío y de frío
El viento trae un extraño lamento
Parece un pozo de sombras la noche

Yo por las sombras camino muy lento
Mientras tanto la garúa
Se acentúa con sus púas
En mi corazón
En esta noche tan fría y tan mía
Pensando siempre en lo mismo
Me abismo
Y por más que quiera odiarla
Despreciarla y olvidarla
La recuerdo más
En la alta noche tan fría y vacía
No se ve a nadie cruzar las esquinas
En la distancia una hilera de focos
Muerde el asfalto con luz mortecina
Y yo voy como un descarte
Siempre solo, siempre aparte
Añorandolá
Garúa
Solo y triste por la acera
Va este corazón transido
Con tristezas de tapera
Sintiendo su hielo
Porque aquélla con su olvido
Hoy me ha abierto una gotera
Perdido…
Como un duende que en la sombra
Más la busca y más la nombre
Garúa… tristeza

Hasta el cielo se ha puesto a llorar

-Muy triste –dijo Josefina.

-Te lo avisé, Josefina.

La muchacha bostezaba.

-¿Te importa que paremos un taxi, Deluc? Me está entrando sueño, y además estoy mareada.

-De mil amores, Josefina.

-¿Cuándo te vas, Deluc?

-Después que hayamos hablado. Mañana, de ser posible.

-¿Tan pronto?

Deluc ya había parado un taxi y le había abierto la portezuela trasera a Josefina, para que subiera en el vehículo.

-Cuanto más pronto mejor para los dos, Josefina.

4.

Al otro día, antes del almuerzo (Deluc y ella habían desayunado juntos en un café cercano al hotel) Josefina salió de paseo, sola. Deluc le dijo que él tenía que ver a un amigo que trabajaba en la revista Primera Plana.

Se despidieron en la puerta del hotel, con ligeros besos en las mejillas.

Quedaron en que se encontrarían en el hotel para almorzar.

Antes, mientras desayunaban, sentados frente a frente, rehuyendo la mirada de Deluc y con la suya perdida en la anodina contemplación de la calle General Kirkaldy, por la ventana del café, Josefina había dicho:

-Hoy te lo contaré todo, Deluc.

-¿Cuándo?

-Más tarde. ¿Me dejas que te invite a comer, al mediodía?

-De mil amores, Josefina.

-Entonces hablaremos.

Josefina no quería que Deluc se volviera a marchar, por mucho que su cerebro le dijera que esto era, sin duda (como él le había dicho), lo mejor para ella. Josefina, por un lado, no se quería quedar de nuevo sola. Por el otro (lo realmente grave) Deluc le había empezado a agradar mucho, inclusive a gustar como hombre. Josefina había creído, hasta entonces, que a ella, al menos mientras fuera joven (después ya se vería), sólo podían gustarle los muchachos algunos años mayores que ella, y apuestos y altos, como su primo en segundo grado Juan Andrés. Y ahora, ¿qué?, pensó Josefina. Y ahora, se decía, este gordito petiso con su ridículo perramus. ¿Qué me pasa?

Deluc tenía carácter, eso debía de ser. Tenía lo que se llamaba una fuerte, aunque aparentemente amable y suave, personalidad. Se me pasará, se decía Josefina. A él al parecer no le intereso. Sé que se me pasará. ¿Tía Graciela y Deluc serán amantes?, se preguntaba. Sería horrible, se decía. Sería para tía Graciela compartir a Deluc con aquella Rosa Luna, una especie de call girl.

5.

Josefina andurreaba, sin orientación cabal concreta y sin casi fijarse en nada, por callecitas concurridas, aledañas del gran obelisco blanco, no gris (como ella lo veía en sus recuerdos), de Nueve de Julio y Corrientes. Hacia la una paró un taxi y se volvió al hotel. Viajó todo el rato con los ojos cerrados, un poco mareada (sin duda de preocupación y acaso de miedo) y

con la creciente sensación de que las cosas aún se complicarían más de lo que lo estaban antes de aclararse, si es que se aclaraban algún día.

Deluc ya estaba en el hotel de regreso, fumando y recién bañado (tenía el pelo húmedo todavía y las mejillas ligeramente sonrosadas), tumbado a medias en el sofá del saloncito de la planta baja. El saloncito estaba parcamente iluminado. De una radio encendida bajito salían las estrofas de un tango.

Lo cantaba Gardel.

Quién sos, que no puedo salvarme
Muñeca maldita, castigo de Dios
Ventarrón que desgaja en su furia un ayer
De ternura, de amor y de fe
Por vos ha cambiado mi vida
Serena y sencilla como una oración
En un sórdido mar de problemas
Que infectan mis venas y enturbian mi honor

-¿Cómo te sientes, Josefina? –preguntó Deluc.

-Bien, muy bien –Josefina sintió que ligeramente se ruborizaba-. Subo, me cambio y vamos a almorzar.

En su habitación, Josefina se duchó, se vistió con sus prendas más elegantes (excepto el vestido de noche –lo más elegante de su parco vestuario de fugitiva- que se había puesto ayer, para que Deluc ni siquiera se fijara) y se maquilló frente al espejo careado, con una especie de hirviente rabia contenida (hoy Deluc seguro que tampoco se fijaba).

Josefina, pues, se miraba en el espejo y se sacaba la lengua. Se sentía fea, frágil, furiosa también.

En diez minutos, la muchacha estaba de vuelta abajo, en el saloncito, donde Deluc todavía fumaba, hundido en el sofá, con el pelo ya secado y las mejillas pálidas. La radio ahora estaba apagada.

-¿Tú ya estás listo? –preguntó Josefina.

-Hace rato, Josefina. Estás muy linda, por cierto.

Josefina no contestó. Lo ha dicho por decir, se decía.

6.

Fueron en un taxi a un local llamado Mal de Amores, de nuevo cerca del puerto, donde pidieron (el pedido lo hizo Deluc) una parrillada para dos, que incluía tiras de carne con hueso y otra sarta de cosas que Deluc enumeraba, mientras las iba señalando:

-Chinchulines, chotos, mollejas, tripa gorda.

-¿Tripa gorda qué es?

-El intestino grueso, Josefina.

-Qué asco.

Josefina se negó a comer nada que no fuera las tiras de carne. A lo largo del almuerzo, que les insumió más de una hora, Deluc habló de Sodoma y Gomorra y de los Siete Pecados Capitales, como ayer había hablado de dandies y bacanes. Empezó hablando de Wilde. Era su forma, pensaba Josefina, de marearle a ella la perdiz.

-¿Tú has leído a Oscar Wilde, Josefina?

-Yo he leído muy poco, Deluc.

-¿Nunca has leído a Oscar Wilde?

-No que yo recuerde. ¿Por?

-Wilde decía cosas muy interesantes, Josefina. Decía: ‘Mejor ser bello que bueno, pero más vale ser bueno que feo’. ¿Qué te parece?

-¿En serio?

-En serio, Josefina.

-Pues me parece una tontería, Deluc. No tiene gracia siquiera.

-Yo fui bueno contigo, Josefina.

-Ay, Deluc. Lo sé. Lo siento.

-¿Me contarás hoy la verdad verdadera?

-La verdad verdadera, Deluc. Te lo juro.

-No es que importe demasiado, en realidad.

-¿No?

-La verdad y la mentira, Josefina, ¿qué son?

-¿Qué?

-Son como el anverso y el reverso de una misma moneda, Josefina –Deluc hablaba con una especie de hipnótica morosidad-. La mentira y la verdad siempre están cerca, una de otra. Son como líneas paralelas muy próximas. Por otro lado, todo el mundo, yo inclusive, prefiere una mentira agradable, como la que tú me has contado, a una verdad desagradable como la que te has callado, Josefina.

-Yo no pienso así –dijo con firmeza Josefina-. No si supiera que es mentira lo que me cuentan, Deluc. Yo a ti no te quería mentir. Protegía a otra persona, nada más. La mentira es odiosa en todos los supuestos, sea por la causa que sea.

-Ésa es una opinión un poco ingenua, Josefina. La modificarás con el transcurso de los años, es de suponer. Eres demasiado joven, Josefina, todavía. Wilde una vez dijo, volviendo con él: 'Hoy he tenido un día de trabajo agotador. Se me ha ido la mañana entera en poner una coma y la tarde entera en quitarla'. Esto, referido al arte, muy bien se puede aplicar también a la mera vida, Josefina.

-¿Cómo?

-Pues mediante la única actividad que el ser humano no tiene más remedio que aplicar de continuo, Josefina.

-¿Pensando, quieres decir?

-En efecto, Josefina. Hoy he pensado en ti toda la mañana.

-¿Y me has puesto una coma?

-Que te espero quitar por la tarde, Josefina.

-¿De veras?

-Sólo hay tres posibilidades, Josefina, ¿entiendes? Tu tía Graciela, tu novio y primo en segundo grado Juan Andrés y tu amiga Helena Lagoreiro. Yo a tu tía Graciela la conozco bien y sé que no fue ella. Además, de haber sido ella, ¿para qué implicarme a mí en el fregado? A tu primo Juan Andrés no lo conozco para nada, pero su condición de hijo del comisario, en mi opinión, lo descarta casi por completo, al menos así, de buenas a primeras. De modo que tiene que haber sido tu amiga Helena, a no ser que tú tengas un amante secreto del que nadie sabe nada.

-Jamás he tenido amantes secretos, Deluc.

Josefina lo dijo entre involuntarias risitas.

-Tampoco conozco a la señorita Lagoreiro –dijo Deluc-, pero sé que fue ella.

-¿Fue ella qué, Deluc?

-La que te implicó, Josefina. La que te metió la idea en la cabeza. ¿Me equivoco?

-Te he dicho que te lo contaría todo, Deluc.

-Volvamos con Wilde entonces. ¿Sabes tú lo que eran las Ciudades de la Llanura, Josefina?

-Wilde era homosexual, ¿no?

-En efecto, Josefina. Wilde, como se decía, era un habitante de las Ciudades de la Llanura

-Sodoma y Gomorra –dijo Josefina-. Los homosexuales son sodomitas. Eso lo sé.

-Las Ciudades de la Llanura, Josefina, no sólo las habitaban los sodomitas. También vivían en ellas los gomorritas. ¿Quién se acuerda hoy día de los gomorritas? En Sodoma, como es bien sabido, se practicaba con profusión el llamado pecado o vicio nefando. ¿También se lo practicaba en Gomorra? ¿Eran los gomorritas no otra cosa que sodomitas o meros imitadores de estos? Lo dudo, Josefina, porque si lo fueran, ¿a qué diferenciarlos y hacerlos morar en dos distintas ciudades? La Biblia es un compendio de símbolos, querida Josefina, y el Yahvé de la Biblia, o Jehová, Símbolo de Símbolos, que se llamaba a sí mismo Soy el que Soy, ni más ni menos, no cometía errores; no los podía cometer. Tampoco incurría en innecesarias repeticiones, Josefina; no podía incurrir en ellas. O sea que si Yahvé, o Jehová, colocó en la Llanura a dos ciudades distintas, es porque en ellas se practicaban dos pecados distintos, ambos altamente representativos, por lo demás, de la desmedrada condición del ser humano librado a su albedrío, es decir sin Dios. Sin el Dios, por cierto, que había creado al ser humano. Ahora bien, ¿cuál fue el pecado contra natura que condenó a Gomorra? ¿Tú lo sabes, Josefina?

-¿Y tú?

-¿Sabes qué me recuerda todo esto, Josefina? Aquellos versitos que dicen:

En tiempo e' los apostóles
Los hombres eran barbáros
Que se comían los pajáros
Arriba de los arbóles

Mientras Josefina suavemente ser reía, aunque sin entender del todo a cuento de qué venían aquellos toscos versitos (que por lo demás ella ya

conocía), Deluc se callaba, muy serio, para pinchar, cortar y tragarse un trozo de choto o de chinchulines, o de lo que horriblemente fuera, y tras un sorbo del vino (habían pedido el barato, de la casa), cambiaba de nuevo de tercio y decía:

-¿Tú eres creyente, Josefina?

-No sé. Hasta no hace mucho trataba de serlo. ¿Por?

-¿Crees en los Siete Pecados Capitales, Josefina?

-Si ni siquiera sé lo que son –se rió Josefina, tapándose la boca-. ¿Cuáles son?

-Por orden alfabético la avaricia, la envidia, la gula, la ira, la lujuria, la pereza y la soberbia. ¿Cuál te parece el peor?

-La envidia, supongo. ¿Y a ti?

-La soberbia, sin duda. Es la soberbia lo que caracteriza a Satanás, Josefina. La soberbia sumada a la estupidez. Y algo me dice que la soberbia era el pecado de Gomorra, como la lujuria, no la mera sodomía, era el pecado de Sodoma.

-¿Tan mala te parece la lujuria, Deluc?

-No, en absoluto. Sólo es aburrida.

-¿Lo sabes por experiencia?

-La verdadera lujuria es una práctica solitaria, Josefina. ¿Sabes tú quién era Onán?

-Un personaje de la Biblia que no quería tener hijos.

-Pareces muy versada en la Biblia, Josefina.

-No te creas. ¿Qué es el patxulí, Deluc?

-Es una clase de hierba hindú, o algo por el estilo, Josefina. ¿De dónde lo has sacado?

-No de la Biblia, Deluc. Lo usa tu amiga Rosa Luna. ¿No lo sabías?

-¿Era a eso a lo que olía las otras noches?

-Marea, ¿sabes?

De postre, Josefina se pidió una copa Melba. Deluc nada. Pagó ella.

Hasta entonces, Josefina apenas si había gastado nada de los doce mil pesos oro (más de cien mil nacionales argentinos) que le había dado Deluc. Así se lo dijo, por cierto, ya afuera del restaurante, la muchacha al periodista, que se encogió de hombros.

-No creo que me haga falta todo lo que me queda, Deluc.

-Nunca se sabe, Josefina –dijo Deluc.

-¿No quieres que te lo devuelva?

-No.

7.

Fueron a tomar el café, por imposición de Deluc, a otro local distinto. Anduvieron seis o siete manzanas, un par de ellas por una anchísima avenida (el Paseo Colón, según leyó en una esquina Josefina), que cruzaron en tres etapas, lentamente, de semáforo en semáforo.

Deluc iba con las manos metidas en los bolsillos del perramus, callado y como ausente, seguramente pensando. Josefina, por su parte, sospechaba (o mejor dicho, tenía la certidumbre) que Deluc era más peligroso que nunca cuando se ponía a pensar, como estaba haciendo, sin duda, en aquellos instantes.

Y ahora, para peor, había llegado el momento en que ella se lo tendría que contar todo a Deluc; no había alternativa ninguna. A pesar de sí misma, Josefina se estremeció.

-Es ahí, Josefina –advirtió Deluc-. Crucemos.

El lugar al que iban, por la acera de enfrente, tenía un nombre por demás pretencioso para lo anodino y ramplón que era. Se llamaba El Desafío Universal, ni más ni menos. Se trataba de un cafetín vulgar, estrecho y largo, con unas cuantas mesitas arrimadas a una pared y un mostrador de estaño y azulejos.

-Vaya nombrecito le pusieron.

-Qué más da, Josefina. El nombre de un cafetín, como el de cualquier otro lugar, no pasa de ser un sueño. Se trate del boliche de la esquina como de La Tour d'Argent, en París.

-El Desafío Universal -pronunció Josefina, cuando entraban en el local-. Un nombre típico de porteños, supongo. Según papá, los porteños…

-¿Los porteños qué, Josefina? Parece que has contraído la fea costumbre de dejar las frases a medias.

-Lo siento, Deluc. Según papá, te decía, todos los porteños son unos fanfinfleros. ¿Qué quiere decir fanfinfleros?

-Canfinfleros, con ce cerrada inicial, que es lo que yo he oído alguna vez, significa una mezcla de fanfarrón y atorrante. Y cantinfleros, también con ce cerrada inicial, que también lo he oído, viene de Cantinflas, supongo. Fanfinfleros, con esa efe inicial, no sé. No lo había oído jamás.

-¿Nunca lo habías oído?

-Nunca, ya te lo he dicho. Cabe que se lo haya inventado tu papá, Josefina.

-Papá es incapaz de inventar nada –dijo Josefina, con repentina dureza.

El local lo atendía una mujer flaca de crenchas grises y mirada seca y áspera, que estaba de pie y en actitud alerta detrás del mostrador, contra un

mundo de botellas y unos espejos manchados y picados de azogue. La mujer saludó a Deluc con la cabeza cuando éste entró, y le dirigió una semisonrisa de reconocimiento más bien reticente.

Josefina y Deluc se sentaron a una mesa pequeña, cabe a un ventanal.

Un mesero de aire exhausto se les acercó un segundo después, arrastrando los pies.

-¿Café? –preguntó Deluc.

-Preferiría un té.

-¿Te sientes mal? ¿Te cayó mal la comida?

-El postre, Deluc. También los nervios...

-Tráigale a la señorita un té bien cargado, por favor. Y una copa de licor de menta.

-No, no. Licor hoy no.

-Te hará bien, Josefina. Es sedante y digestivo.

-¿Y usted?

-A mí un café y una copa de ginebra Bols.

-Te gusta la ginebra, Deluc.

-Prefiero la grappa, pero la uruguaya. La argentina es demasiado refinada para mí, Josefina. Soy un tipo basto y grosero, mal que me pese.

-Oh no, no. Eso es lo último que pensaría de ti, Deluc -afirmó Josefina con repetidos cabeceos-. Tú tienes carácter; tienes personalidad.

Lo último, Josefina lo dijo casi contra su voluntad; lo pronunció de hecho sin pensarlo, entre débiles jadeos. Se sentía aprensiva y como violentada.

-Carácter y personalidad –dijo Deluc- son cosas muy diferentes, Josefina.

-Yo creía que eran más o menos lo mismo.

-En realidad son cosas opuestas, Josefina –explicitó Deluc-. La cara y la cruz. El carácter es una cosa medular, profunda, inevitable, que se tiene siempre, sea débil o fuerte y le guste a uno o no. La personalidad, en cambio, es como un abrigo, digamos, como este perramus, que se puede sacar y poner a voluntad.

-Tú sabrás.

-En fin, Josefina –dijo lentamente Deluc, mirando a los ojos a la muchacha-. Hemos llegado al final del camino.

Entonces Josefina habló. Lo contó todo.

8.

Todo había empezado cinco o seis meses antes, al final más o menos del invierno. Josefina aún vivía con su madre, en el Parque Rivera. Helena Lagoreiro era amiga suya desde hacía varios años. Se habían conocido de tempranas adolescentes, en las piscinas de la Asociación Cristiana de Jóvenes, y se habían hecho muy amigas con el transcurso del tiempo.

Una tarde, al final de aquel último invierno, Helena había preguntado:

-¿Qué opinas de los Muchachos, Josefina?

-¿De quién?

-De los tupamaros.

-Papá opina que son horribles…

-O sea que a ti te tendrían que gustar.

-No sé.

-Por la mera oposición generacional, Josefina. Son jóvenes. Te tienen que gustar.

-No creo –vaciló Josefina.

-Yo estoy con ellos, Josefina.

-¿Tú? ¿Por qué?

-Por papá. ¿Por qué si no? –Helena tenía un timbre nervioso y hablaba de prisa y con rabia, accionando con las manos-. Porque papá me hizo romper con Osquitar. Y porque creo, en fin, que las cosas no funcionan bien en este país.

-No hay que ser tupamaro ni nada por el estilo para darse cuenta de eso, creo yo.

-Para darse cuenta quizá no, pero ¿para cambiarlas? Nosotros queremos cambiarlas, Josefina. Contra tu papá y el mío.

-¿Nosotros?

-Trabajo con ellos, Josefina, para ellos. Y tú podrías ayudar.

-¿Cómo?

-Conoces al comisario Pérez Moles.

-Su mujer es tía mía.

-Te llevas bien con él.

-¿Con Aquilino? Lo conozco desde que era niña.

-Por eso mismo, Josefina. Pérez Moles está dispuesto a ayudar a los Muchachos.

-¿Él? No digas disparates, Helena. Los odia.

-Son negocios, y para Pérez Moles el dinero es lo primero, según tengo entendido.

-¿Los ayuda cómo?

-Los Muchachos están en posesión de gran cantidad de piedras preciosas, producto de aquella expropiación…

-¿El robo del Monte Pío?

-Eso mismo.

-¿Tú lo llamas expropiación?

-Es lo que fue, Josefina. ¿Qué si no? –Helena Lagoreiro hablaba con una especie de entusiasmo vacilante-. Robar a los ricos para darlo a los pobres.

-Como Robin Hood.

Josefina dijo esto con descarada ironía, pero Helena prosiguió como si no la hubiera oído:

-Los Muchachos ya han vendido todo el oro del que se apropiaron, pero con las piedras es más difícil. Pérez Moles tiene contactos. Si no corre excesivos riesgos se encargará de pasarlas, a cambio de un porcentaje.

-¿Y?

-Los Muchachos desconfían.

-Aquilino no es trigo limpio, mucho me temo.

-Tú podrías ayudar.

-¿Cómo?

-Pérez Moles confía en ti.

-A lo sumo me cree tonta.

-Es lo mismo.

9.

-Para que no existiera ni el menor contacto entre los Muchachos y él, Deluc, ¿entiendes? Yo hacía de intermediaria o de cadena de transmisión. Recibía paquetes con piedras de distintas manos, gente a la que no conocía, y se las entregaba después a Aquilino. Era amiga de sus hijos, medio novia de Juan Andrés. Podían desconfiar de otros, pero ¿de mí?

-Eres la hija del doctor Lalandra, además. Tengo que hablar cuanto antes con tu amiga Helena.

-¿Le dirás…?

-Descuida, Josefina. Ya te he dicho que no soy un delator.

10.

Deluc voló de Buenos Aires a Montevideo a las siete de la tarde. A las diez estaba en la redacción de El Manantial, y antes de las once en la tribuna para la prensa del hemiciclo de la Asamblea General, en el Palacio Legislativo.

Del atentado a García Baliño Deluc se había enterado en Buenos Aires, antes de embarcarse. En la redacción, Rubén Pérez lo informó de que se había reunido de urgencia la Asamblea General.

-Venancio Veiga ya está allí –le dijo Pérez-. Y también Felipe Trillo. Creo, no obstante, que tú también deberías ir, Franchute. Tienes una relación más fluida que ellos con Millares y Badalá, entre otros. Acaso te digan cosas a ti que a ellos no les dirían.

-Como quieras –dijo Deluc, con sonrisa cansada.

-¿Hablarás antes con el perro?

-¿Para qué? Si te lo pregunta, dile a dónde he ido.

A la una y media, por lo tanto, Deluc se despedía del senador Alfonso Millares, y antes de las dos, muy poco antes, se estaba desvistiendo, infinitamente cansado, en el Palacio Lecumberri, cuando Graciela Ingold llamó.

-Hace rato que trato de localizarte, Deluc. No contestabas…

-Acabo de llegar. ¿Pasa algo?

-Pasa de todo, como tú dices.

-¿Y bien? –Deluc no pudo ahogar un bostezo.

-¿Estás muy cansado, Deluc?

-¿De qué se trata, Graciela?

-Hay alguien aquí en casa con quien tienes que hablar, Deluc, cuanto antes.

-¿Quién es?

-Es una muchacha. Creo que te he hablado de ella. Es la más íntima amiga de Josefina. Se llama Helena Lagoreiro.

-Voy para allí.

II) LA ESTULTICIA DEL DETECTIVE SUAZO

1.

Verraszto se aburría.

Desde las nueve de aquella noche (la del lunes 5 de abril), el sargento montaba la guardia. Primero la había montado frente al edificio de El Manantial, metido en un zaguán a oscuras, por la acera contraria a la del diario, y sustentándose ora en el pie derecho, ora en el izquierdo. Los meros minutos se le hacían cada vez más largos a Verraszto, ya que se sentía curiosamente impaciente.

Curiosamente, en efecto, se decía Verraszto a sí mismo, porque su temperamento tendía a ser calmoso: flemático, si no linfático. Tal vez aquella impaciencia tan poco característica en él no fuera sino una resultante de la frustración y la rabia que le habían causado los desplantes

del Coso del Perramus, que por dos veces consecutivas se había burlado de él.

El sargento Verraszto era un joven, si no flemático ni linfático (terminología, por lo demás, que él sabía obsoleta y proclive a la confusión, pero que era la que su padre empleaba y él había oído desde niño: 'Si tuvieras un temperamento más sanguíneo, hijo mío, si no fueras tan flemático, tan linfático…'), sí sin duda reposado, cauteloso, discreto, que trataba siempre de hacer las cosas meditadas antes y por ende bien hechas.

Haberle perdido la pista (¡y dos veces!; ¡y en menos de dos días!) a aquel maldito franchute había dejado revuelto, envenenado, de mal talante al sargento. El sargento, por lo tanto, se sabía bien capaz de emprenderla a las trompadas con quien fuera, por lo que fuera, para sacarse aquella horrible frustración del alma. Ardía de ganas, de hecho, de patearle toda la cara al rufián malencarado de Belianís Caborreal (llamado el Pebete), por muy subinspector y todo como era. Subinspector a fuer de antigüedad, la verdad fuera dicha, no por ningún mérito, que jamás había tenido ni tendría; un tipo, el Pebete (por cierto), al que Corróchano despreciaba y él (Verraszto) detestaba. Hoy (por ejemplo), Verraszto le hacía dicho:

-Estate atento a mi llamada, Pebete.

-¿Qué llamada, sargento? –esto dicho con retintín y alevosía.

-Hay que montar una guardia. Te llamaré.

-¿Por qué a mí, sargento? ¿Y desde cuándo un sargento me da a mí órdenes? ¿No debería ser al revés?

-Habla con el inspector, antes de que se vaya. Él te las confirmará.

-Que venga él a hablarme a mí, si le parece. Acataré sus órdenes, pero no las tuyas, sargento.

Acto seguido, el Pebete se había puesto a canturrear:

El piano está mudo

Tus ágiles manos
No arrancan el tema
Del tango tristón
A veces te encuentro
Un poco amargada
Llorando encerrada
En tu habitación
Y también observo
Que muy a menudo
De todo te olvidas
Cabeza de novia
Nimbada de amor

Verraszto había estado a punto, en aquel instante, oyendo berrear a aquel imbécil engreído, de volver sobre sus pasos, de la gran Sala de Vistas y Denuncias de la Brigada de Homicidios al despacho de Corróchano, antes de que éste se largara, para quejarse y dejar los puntos bien puestos sobre las íes, pero prefirió no hacerlo. Avisaría no a Caborreal (mal tipo, malencarado, pretencioso y haragán), sino a Aquiles Suazo, que sólo era agente detective (no uniformado), y al que le podía dar órdenes sin que el otro rechistara. Suazo era harto joven, apenas si de más de veinte años, y con muy poca experiencia, que había alcanzado su rango no uniformado por pura cuña e influencias indebidas, puesto que su tío era subcomisario del departamento de Rivera, en la frontera, y había movido contactos para que el sobrino accediera a detective, ya que al chico le gustaba lucir traje barato con corbata y no el sobado y triste uniforme gris de policía de esquina. Se le podían dar órdenes, por lo tanto, sin que el chico se atreviera a ponerlas en caución. Por lo cual, sin duda, era mejor el agente Suazo que el igualmente

inútil de Caborreal, al que Verraszto con qué gusto le aplastaría el morro a puñetazos.

Al salir de la Brigada de Homicidios a los ascensores, Verraszto oía cantar al Pebete:

Garufa, pucha que sos divertido
Garufa, vos sos un caso perdido

2.

Metido, rato más tarde, en aquel zaguán de la calle Lope de Vega, poco antes de las diez, Verraszto vio por fin salir de El Manantial a la señora Ingold. Con cierta delectación la miró caminar por Lope de Vega, alta y cimbreante y tan elegante, hacia la esquina de Mariano de Cavia y después hasta la de Facundo Quiroga, con su paso airoso y largo y orgulloso; le dio treinta metros de ventaja y la siguió.

Por fortuna, antes de salir de la Jefatura, Verraszto había descartado sus pesados zapatos claveteados y resonantes y se había calzado otros con suave suela de crepé, que apenas si hacían ruido. A la larga, con aquel calzado delicado, los pies se le cansarían más que con sus pesados zapatos habituales, hechos (aunque ruidosos) para resistir y andar, como él bien sabía, pero estaba dispuesto a lo que fuera para salir con bien de su misión, porque no lo engañarían por tercera vez consecutiva: ni el mismísimo Coso del Perramus ni mucho menos una mujer, por muy fina y elegante que fuera.

Verraszto, por lo tanto, seguro de sí mismo y ya sin impaciencias ni ansiedades indebidas, siguió a distancia a la señora Ingold; la vio doblar por Miguel de Cervantes, cruzar Calera de las Huérfanas y después doblar de

nuevo por Dieciocho de Julio. Un espeso chorro de gente salía en aquel momento de la sala de cine Metropolitan, a media manzana, y Verraszto por poco no perdió a su presa, que se había mezclado de golpe y confundido entre la gente. Por suerte la vio algo más lejos, alta y esbelta, con su bruñida cabellera azabache bajo un diminuto sombrerito ladeado de color aguamarina.

La señora Ingold aguardaba a que cambiara el semáforo en la esquina de Dieciocho de Julio y Teresa de Ávila. Verraszto la vio cruzar la calzada, seguir otras varias travesías (cruzar sucesivamente Acevedo Díaz, Vásquez Acevedo, Eduardo Acevedo, Lecor, Barón de Mauá, Juárez y Zapata) y entrar por último en la Gran Confitería Holandesa, en Dieciocho de Julio y Pancho Villa, a una de cuyas mesas la esperaba la señorita Helena Lagoreiro, ¿quién si no?

Como tan a menudo (pensó Verraszto), el inspector Corróchano había acertado de lleno con sus suposiciones.

De modo que Verraszto retrocedió de prisa hasta el cercano Café Añón, en Dieciocho y Vásquez Acevedo, de donde llamó a Homicidios y habló con el agente Suazo.

-Sales ya mismo para la Holandesa.

-¿Qué holandesa?

-La confitería. ¿Sabes dónde queda?

-No.

-En Dieciocho y Pancho Villa.

-¿Dónde queda Pancho Villa?

-¿Sabes ir de Jefatura a Dieciocho?

-Sí. Creo que sí.

-Pues caminas hasta Dieciocho y después hacia el Obelisco. ¿Sabes en qué dirección está?

-Sí. Creo que sí.

-Pues sal de prisa. Te espero.

Suazo era un duro trance, sin duda, pero ¿qué remedio?, se decía Verraszto, mientras andaba a paso largo y rápido, de regreso frente a la Holandesa. Unos veinte minutos después llegaba Suazo. Y muy poco más tarde la señora Ingold y la señorita Lagoreiro salían juntas de la confitería y se subían a un taxi.

Verraszto no lo dudó y se subió a otro, con Suazo.

-Siga a aquel taxi –dijo.

-¿Cómo en las películas?

El taxista medio se carcajeaba mientras bajaba la banderita del contador.

-Somos policías.

Aquello bastó para enmudecer al taxista.

3.

En su momento, el vehículo de la señora Ingold se detuvo. Habían llegado, por la avenida General Benavídez y después por General Giró, así como, al final, por varias calles más oscuras cuyos nombres Verraszto desconocía, al discreto barrio de Rincón del Viaducto. Las dos mujeres ya se habían bajado de su taxi y se habían metido en un edificio de apartamentos de aire moderno y sin duda caro. Verraszto pagó y se bajó él también, con Suazo a su lado.

-Que tengas suerte, Humphrey Bogart –se despidió el taxista.

-¿Ahora qué hacemos? –preguntó Suazo.

-Esperamos –dijo Verraszto.

-¿Esperamos qué?

Verraszto no contestó.

Aquella segunda guardia fue mucho más larga; muchísimo más larga. Tuvo no obstante, al final, su recompensa, tras muchas, interminables y aburridísimas horas de espera, en la figura, rechoncha y corta (y sus múltiples sombras alargadas a la luz de las farolas), nada menos que del Coso del Perramus, al que Verraszto en seguida reconoció. Vio que el Coso se bajaba de un taxi, él a su vaz, pasadas las dos de la madrugada, frente al edificio de apartamentos en el que vivía la señora Ingold.

-El franchute –susurró Verraszto, que se había resguardado rato antes (con Suazo) en otro oscuro zaguán por la acera de enfrente.

Sentía el corazón rebosante de satisfacción, de júbilo acaso, y de oscuros deseos de venganza.

-¿Qué franchute?

-Tú no te muevas de aquí. Y vigila ese edificio.

-¿Para qué?

-Tú vigila. Si sale ese coso con el perramus lo sigues.

-¿Qué perramus?

-La gabardina. Aunque no creo que salga. No todavía.

-¿Tú a dónde vas?

-Tengo que informar al inspector.

A Verraszto, que no conocía el barrio, le costó patearse varias calles y mirar en diferentes esquinas (sus buenos veinte minutos) antes de encontrar un café abierto con teléfono, pero a la larga lo consiguió. Era la primera vez en su vida que llamaba a Corróchano a su vivienda particular, y sentía una especie de aleteante indecisión que le runruneaba en el estómago. Igual llamó.

-¿Qué carajo? –bramó Corróchano tras el sexto timbrazo.

-Soy Verraszto, inspector.

-¿Qué jodida mierda quiere, sargento?

-La señora Ingold se reunió en efecto, como usted supuso, con la señorita Lagoreiro, inspector. Las dos se han venido al domicilio de la señora Ingold, hace ya unas horas.

-¿Y? Si sólo por esto me ha llamado a estas jodidas horas, sargento…

-El franchute se ha reunido con ellas no hace ni media hora, inspector.

-Bien, sargento –se suavizó el inspector-. No me pierda por tercera vez a ese jodido periodista.

-No lo perderé, inspector.

-Le mandaré un coche patrullero, por si lo necesita. ¿Dónde está usted?

-Mándelo a Atanasio Lapido y General Giró, inspector.

-Tendrá que informarme mañana en cuanto pueda, Verraszto. Me temo que esta noche no dormirá usted ni un jodido minuto.

-Yo soy joven todavía, inspector –dijo Verraszto, con algo de veneno.

Después colgó y volvió a toda prisa al lugar donde lo aguardaba Suazo.

-¿Ha salido?

-¿Quién?

-El del perramus.

-No. Creo que no.

Una dura prueba, en efecto, se dijo Verraszto.

-¿Me voy, sargento?

-Te quedas –dijo Verraszto, con saña.

El Coso del Perramus salió a la calle sobre las cinco. Lo acompañaba la señorita Lagoreiro. Verraszto ya estaba expectante, antes de que aparecieran. Los había anunciado una súbita luz que había iluminado el vestíbulo del edificio.

-Ya viene.

-¿Quién?

-Tiene que ser él.

-¿Quién?

El coche patrullero esperaba a veinte metros, con el motor encendido pero a oscuras. Cuando Deluc salió (tal como Verraszto esperaba), acompañado por la señorita Lagoreiro (punto que Verraszto no había calculado), la duda se hizo inacción por unos instantes para el joven sargento de paisano. Muy pronto, no obstante, se recuperó.

-Cuando se separen tú la sigues a ella.

-¿A quién?

-Serás negado, agente Suazo.

-¿A la muchacha?

-Yo lo seguiré a él.

-¿Y el coche?

-Me lo quedaré yo. Tú tendrás que hacerte con un taxi.

Verraszto y Suazo se subieron al coche patrullero y siguieron lentamente, con las luces apagadas y el motor a bajísimas revoluciones, al Coso y a la muchacha.

El Coso y la señorita Lagoreiro, al menos en un principio, no se separaron, sin embargo. Los dos anduvieron hasta una parada de taxis, a cuatro manzanas, y se subieron al mismo vehículo. Verraszto ya había observado, con un inesperado acceso de indignación que rápidamente se había transformado en cólera, que el Coso le había pasado el brazo por los hombros (y después por la cintura) a la muchacha, y que antes de subir al taxi le había dado un palmetazo en las nalgas.

-Menudo cara dura –murmuró-. Una muchacha tan joven. Parece mentira.

El sargento Verraszto, que era un hombre con unos elevados principios morales, empezó a maliciarse, con un creciente encono, que acaso el Coso y la señorita Lagoreiro pensaban terminar juntos aquella larguísima noche.

-Habráse visto, Suazo –dijo.

-¿Habráse visto qué?

4.

Helena Lagoreiro se sentía aliviada. Había sido una buena idea, a fin de cuentas, hablar con tía Graciela y contárselo todo. Habían hablado primero, brevemente, en la confitería La Holandesa, donde Helena había dicho, no bien tía Graciela se sentó:

-Yo tengo la culpa de todo, me temo.

-¿Cómo estás, Helena?

-Uy, perdón. Siempre hay que saludar primero, ¿no?

-¿Cómo estás? –repitió tía Graciela, con una vacilante sonrisa.

-Muy mal.

-¿Por?

-Josefina. Es todo culpa mía.

-Ya hablaremos de eso, si podemos. ¿Qué planes tienes?

-Hablar contigo. Necesito que me escuches. Te lo quiero contar todo.

-Iremos a casa, entonces. Estaremos mejor. ¿Qué te parece?

-Como tú digas, Graciela.

-¿Aún no has pedido nada?

-Sólo he bebido un vaso de agua.

-¿Qué quieres comer?

-Nada. No podría.

Las dos mujeres se miraban, por encima de la mesa. Graciela Ingold aún sonreía, aunque la suya era una superficial, una casi triste sonrisa de circunstancias. Helena Lagoreiro, por su lado, estaba pálida y demacrada. Unas oscuras y feas ojeras se le habían empezado a dibujar en lo alto de los pómulos.

En opinión de Graciela, Helena Lagoreiro era una chica simpática, inteligente sin duda aunque algo cínica y muy frívola, bien educada a la par y cabía (sobre todo) que demasiado vivida, para su gusto; era bonita, además, sin sombra ninguna de dudas. No era, fuera como fuera, la mejor compañía para su sobrina Josefina, en opinión de Graciela, pero sin duda las dos se querían, se llevaban bien, compartían secretos, eran muy amigas, y había que resignarse a eso y poner al mal tiempo la mejor cara posible.

-Tranquilízate, ¿quieres? Creía que ibas a pasar en Pirlápolis la Semana de Turismo.

-Era mi intención, en efecto.

-¿Por qué has venido, entonces?

-Me trajo la policía.

-¿El inspector Corróchano? ¿Uno grande y sucio?

-Me interrogó.

-¿Por Josefina?

Una camarerita con uniforme rojo y aire malhumorado se había plantado junto a la mesa en el momento en que Helena, más pálida por momentos, asentía y tragaba saliva.

-¿Qué van a tomar?

-Yo no quiero nada –dijo Helena.

-Tómate al menos un té de tilo. Te tranquilizará.

-¿Un té de tilo y…?

-¿No quieres un bollo, Helena?

-Nada.

-A mí… –meditó Graciela Ingold, y un instante después sonrió-. A mí un café en vaso alto con un chorro de Drambuie.

Después miró a Helena y le tocó suavemente una mano, que la muchacha había dejado como yerta y ajena sobre la mesa. Tenía los dedos muy fríos.

-¿Conociste al sargento Verraszto?

Helena asintió.

-El sargento bebe café con Drambuie –dijo Graciela Ingold, con una ligera sonrisa.

5.

Una vez en el apartamento del tercer piso de Graciela Ingold, cómodamente instaladas las dos en un living comedor algo abigarrado, aunque elegante, entre muebles lustrosos de aspecto antiguo y sólido y estanterías con infinidad de libros que parecían manoseados (y sin duda leídos, en gran parte al menos), mientras sonaba la Patética de Beethoven en un viejo y lustroso tocadiscos Garrard de gran tamaño, fumando ambas sendos cigarrillos mentolados de la anfitriona y mientras el té se maceraba, oscurecía y ganaba cuerpo en una pesada y panzuda tetera de metal esmaltado que descansaba en una mesa próxima (junto a dos tazas finas de porcelana con translúcidos dibujos arábigos azules, el azucarero y una estilizada jarrita con leche), sentadas una frente a la otra en sillones individuales, Helena Lagoreiro habló, entre muchas vacilaciones y algunos hondos suspiros, y Graciela Ingold la escuchó sin pronunciar palabra.

Los mentolados se consumieron; Graciela sirvió té en las dos tazas y las dos bebieron y las vaciaron; la Patética concluyó en el tocadiscos y

Helena seguía hablando, ya no tan pálida como cuando llegaron, aunque las ojeras se le habían acentuado.

-Fui yo, fui yo, fui yo –concluyó por afirmar, con una especie de colérica, a la par que triste, redundancia-. Fue todo culpa mía, Graciela, porque me dejé convencer para que a mi vez convenciera a Josefina. No creí que le pasara a Josefina nada malo, pero ya lo ves. La buscan, la acusan de un asesinato que yo sé que ella no cometió. Vive prófuga y lejos de los suyos. Lo pasa mal. No me importaría ir a la cárcel, Graciela, que tú me denuncies hoy mismo a la policía. Hay que sacar de este embrollo a Josefina como sea.

-Nada ganaríamos con que tú fueras a la cárcel, Helena. Tendrás que hablar con Deluc, eso sí.

-¿El periodista? ¿Por qué?

-¿No quieres?

-Ese policía grande y sucio me preguntó por Deluc –dijo Helena Lagoreiro-. No sé por qué.

-Porque fue él quien sacó a Josefina a Buenos Aires, Helena –le contestó Graciela Ingold-. Y lo hizo porque yo le pedí que la ayudara. Lo llamaré ya mismo.

Graciela Ingold llamó a Deluc a la redacción de El Manantial, de la que el periodista del perramus amarillo ya se había ido hacía rato. Llamó después al Palacio Lecumberri, sin que le contestaran. Insistió en sus llamadas, cada quince o veinte minutos, sin resultado. Había convencido a Helena para que se echara a regañadientes en el sofá.

-No me podré dormir, Graciela.

-Descansarás, por lo menos.

En unos minutos, no obstante, Helena se había dormido, con los párpados apretados y los puños cerrados contra la cara. Se despertó de

golpe, sobresaltada, cuando Graciela, a las tantas, consiguió hablar con Deluc.

-¿Lo has encontrado?

-Viene para aquí.

6.

A Helena la desilusionó la pinta de Deluc. Se lo había imaginado más alto, más delgado, más buen mozo, acaso una especie de Cary Grant criollo, y no era ni siquiera un Spencer Tracy desdibujado, con aquella absurda gabardina amarilla.

-Así que tú eres Helena Lagoreiro.

A pesar de ser Deluc un tipo bajo y gordito, Helena se sintió vagamente amedrentada por la mirada suave y profunda de los ojos castaños del periodista. Eran unos ojos sin duda inteligentes, de mirada penetrante, que parecía que no se perdían nada.

-S…sí –pronunció Helena, en voz baja-. Eso me temo.

-En buen lío has metido a tu amiga Josefina, muchacha.

-Lo…lo sé. Lo siento tanto.

-Cuéntame.

-¿Qué?

-Hay algo que quiero saber antes que nada. ¿Has hablado alguna vez con el Chueco Alcorza?

-Oh, no. No, no. En absoluto.

-¿Cómo se pusieron en contacto contigo los Muchachos?

-¿Te tengo que dar nombres?

-Sería lo más inteligente, Helena.

Deluc y Helena Lagoreiro se habían sentado. No así Graciela Ingold, que permanecía de pie.

-¿Qué quieres tomar, Deluc? ¿Quieres comer algo?

-No, no. Me dormiría. Grappa supongo que no tienes.

-¿Whisky? ¿Cognac, quizá? Tengo una botella de Rèmy Martin, Deluc.

-Whisky mejor.

-¿Y tú, Helena?

-¿Un whisky? –preguntó tímidamente Helena Lagoreiro, mirando a Deluc.

Cuando éste asintió, sonriendo, Helena añadió:

-Sólo un chorro, con mucho agua.

-¿Y tú, Deluc?

-A lo bestia, Graciela, sin agua ni hielo.

A Helena el periodista le empezaba a caer bien, ya que a pesar de sus palabras iniciales parecía amable y casi cordial.

-Bien, Helena…

-Se me aproximó una chica, en el Hípico.

-¿En qué Hípico?

-El de la Sociedad Rural, en Quinta Castro.

-¿Vives en Quinta Castro?

-No, no. Vivíamos allí, hace unos años. Ahora vivimos en el Centro. ¿Importa eso?

-No sé qué importa y qué no, Helena. Por eso hago todas las preguntas que se me ocurren. Tú sigue.

-Se me acercó, como te decía, aquella chica…

-¿Amiga tuya?

-No tanto. Nos conocíamos…

-¿Nombre?

-¿Es necesario?

-Deluc no la va a denunciar, Helena –dijo Graciela Ingold.

Había ido a la cocina y había vuelto, con una botella de agua mineral en una mano y un recipiente con cubitos de hielo en la otra. Estaba muy seria. Helena la miró acuclillarse junto a un pesado aparador y sacar de éste unos vasos altos y una botella. Era whisky Haig & Haig.

-Se llama, eh… Beatriz Requesens –dijo Helena Lagoreiro, de súbito ruborizada.

Se movía inquieta en su sillón.

-Qué mal me siento –alcanzó a decir.

-Nadie lo sabrá, Helena –la tranquilizó Deluc-. Ni ella, siquiera. Y nada le pasará. No por nuestra causa. ¿Qué te propuso?

-Yo había roto con mi novio, por culpa de papá. Beatriz lo sabía. No era un secreto, es claro. También parecía saber que yo no sólo estaba triste y furiosa por la ruptura, sino también predispuesta a fastidiar a papá en lo que fuera, como pudiera.

Helena se calló de súbito. Deluc enarcó una ceja.

-¿Y?

-Beatriz me habló sin más de la Orga. Yo había dado algunas opiniones, antes, en el sentido de que no me parecía del todo mal lo que hacían los Muchachos. Supongo que eso también influyó. Yo igual jamás me hubiera involucrado con ellos de no ser por mi ruptura con Osquítar… Mi novio, mi ex novio, se llama Oscar.

-La guerra generacional es uno de los principales viveros de la Orga, si no el principal –dijo Deluc, y agregó-: ¿Qué ideas tiene tu novio?

-Ya no es mi novio

-¿Qué ideas tiene?

-Bueno… -Helena Lagoreiro se calló por unos momentos, con actitud pensativa, como si recapacitara-. Es un chico de muy buena familia, los Lalanne. Su padre es directivo de la Sociedad Rural. Tienen estancia y eso.

-¿Y tu padre?

-No, no. Papá es agente de aduanas. Gana mucho, pero de eso a ser ricos…

Helena Lagoreiro dejó escapar una risita que parecía avergonzada y siguió:

-Osquítar es más que nada un alocado. Es muy agradable y muy divertido y dice cosas, ¿cómo se dice?, pour epater, ¿no?, pero no se las cree de verdad.

-¿Lo oíste hablar a favor de los Muchachos?

-¿Quién no lo hace, Deluc? Osquitar es joven, y hay que ser muy carcamal, muy obtuso además, y muy ciego, creo yo, siendo joven, al menos, para estar totalmente en contra de ellos, ¿no?

-Tu novio supongo que es un privilegiado.

-Ya no es mi novio.

-Un muchacho mimado por la fortuna. Por muy jóvenes que sean, a los muchachos de su condición nunca les agrada que las cosas cambien, pues para ellos siempre irán a peor.

-Osquítar no es egoísta. Nunca piensa sólo en él, como tantos otros.

-¿No habrá sido él quien te empujó, Helena?

-¿A unirme a la Orga, quieres decir?

La muchacha se quedó un momento sumida en un denso silencio, y cuando volvió a hablar lo hizo con una voz más vivaz, que parecía curiosamente esperanzada. Los ojos le brillaban y en sus labios pugnaba una incierta sonrisa.

-¿Crees tú que él…? –Helena vacilaba, de nuevo-. No –añadía un momento después-. No lo creo. ¿Acaso crees tú…?

Su expresión parecía cada vez más iluminada, más esperanzada.

-No tengo ni idea, criatura.

La luz en los ojos de Helena de súbito se amortiguó y se apagó.

-No pierdas la esperanza –dijo Deluc.

-Creía que tu novio –intervino Graciela Ingold, que ya había servido la bebida en los tres vasos y se había sentado ella también- era ese hijo de don Alejandro Guarch, ¿cómo se llama?

-Baltasar.

-Es claro –dijo Graciela Ingold-. Como su abuelo, ¿no?

-Aquel que fue presidente de la república, sí.

-Él es tu novio, ¿o no?

-Pues sí –dijo Helena Lagoreiro, con visible desaliento-. Es el novio que tengo ahora. Con Osquítar rompimos. Por culpa de papá.

-¿Y por eso tú…?

-Por eso me fui con los Muchachos, en efecto. Es claro que no tengo nada que ver con lo que la prensa llama el Núcleo Duro, sea eso lo que sea. Sólo soy una informante, que está muy en la periferia. O lo estuve, mejor dicho. Hace ya meses que no sé nada de ellos. Les interesaba Josefina, no yo. A mí sólo me querían para que hablara con ella. Supongo que porque sabían que, después de romper con Osquítar, yo era vulnerable. Quiero decir, que yo estaría encantada de hacer cualquier cosa que pudiera molestar a papá.

-Perdona la interrupción, Deluc.

-No importa, Graciela. Tenemos tiempo.

Deluc se calló para beber de su whisky.

-¿Cuándo te hablaron de Josefina, Helena?

-En seguida.

-¿Tu amiga Beatriz?

-No. A los pocos días nos encontramos con un muchacho, en la plaza Maquinista Salmerón, cerca del zoológico, y nos dimos los tres a pasear por allí. Fue él quien me habló de Josefina. Sólo me querían para eso, como ya te he dicho. Para que le hablara a Josefina. Hace meses ya que no tengo ningún contacto con ellos.

-¿Sabes cómo se llama ese muchacho?

-Me dijo que se llama Augusto, pero supongo que es un apodo.

-¿Lo seguiste viendo?

-Lo vi algunas veces más. Al principio a Josefina no le interesaban mis propuestas. Augusto insistía para que yo la convenciera. Al final Josefina cedió, aunque no de buena gana. Es tan ingenua… Yo no sabía… No me imaginaba que…

-No tienes que disculparte, Helena –dijo suavemente Deluc-. Y cuando Josefina aceptó, dejaste de ver a Augusto.

Helena cabeceó, asintiendo. Parecía gastada. Sonrió, no obstante, cuando Deluc le apretó una mano.

-Valor, Helena –le dijo-. ¿También te viste con una muchacha que se hace llamar Blanca?

Cabizbaja hasta ese momento, Helena alzó bruscamente la cabeza.

-¿Cómo lo sabes? –preguntó.

La sorpresa le había hecho abrir mucho los ojos a Helena Lagoreiro, que acto seguido de nuevo preguntó:

-¿Cómo lo sabes, Deluc?

-Deluc sabe muchas cosas –dijo Graciela Ingold.

Deluc tarareaba, en el taxi, camino de su apartamento, con Helena Lagoreiro tibia y asequible a su lado:

Tango, tango
Vos que fuistes el amigo
Confidente de su amor
Tango, tango
Hoy precisa de tu ayuda
Para calmar su dolor
Tango, tango
Vos que estás en todas partes
Esta noche es la ocasión
De que llegue hasta su reja
El eco de la queja
De un triste bandoneón

-¿Decías algo?

-No, Helena. Sólo cantaba un poco.

-¿Un tango?

En la penumbra, Helena Lagoreiro hizo una muequecita que no pasó del todo inadvertida a Deluc.

-¿Tampoco a ti te gusta el tango?

-¿Por qué tampoco?

-A Josefina no le gusta. ¿A ti?

-Es antiguo.

-¿Y qué?

-Que está anticuado. Eso quería decir.

-¿Comparado con qué? ¿Con el rock and roll?

-Y con el twist. Bésame, ¿quieres?

Una vez separados, Deluc atisbó por la ventanilla trasera.

-Ese sargentito –murmuró- es incansable.

-¿De qué hablas?

-No lo tengas en cuenta, Helena.

7.

Al salir de lo de Graciela Ingold, Helena Lagoreiro había preguntado:

-¿Dónde vamos, ahora?

-Te dejo en tu casa –le había dicho Deluc.

Antes, Helena había rechazado la oferta de Graciela para que se quedara a pasar la noche allí.

-Pero tus padres siguen en Pirlápolis. ¿Dónde vas a dormir?

-En lo de mi amiga Carmina Jaureguiberri. No te preocupes, Graciela. También puedo quedarme en casa sola, aunque puede que siga allí Marcelina, la doméstica. No sé. De todos modos no sería la primera vez que me quedo sola en casa.

Helena Lagoreiro y Deluc habían bajado juntos en el ascensor, los dos callados. En la calle, Helena por fin había preguntado, mirando para otro lado:

-¿No me llevas contigo, Deluc?

-¿Por qué no?

-Esta noche no me apetece dormir sola, ¿sabes?

-A mí nunca me apetece, Helena, pero a menudo no me queda otro remedio.

Ya en el Palacio Lecumberri, desierto y silencioso a aquellas horas, mientras subían en el pesado y arcaico ascensor, Deluc de nuevo se puso a tararear:

Me la nombran las guitarras
Cuando cantan su canción

Las callecitas del barrio
Y el filo de mi facón
Me la nombran las estrellas
Y el viento del arrabal
No sé pa' qué me la nombran
Si no la puedo olvidar

-Te gusta el tango, ¿eh?

-No tanto como tú, Helena.

-Mientes que da gusto, Deluc.

III) LA CADENA DE MANDO

1.

A las siete de la tarde del martes 6 de abril, la Asamblea General Legislativa se volvió a reunir, una vez agotado el cuarto intermedio. El hemiciclo estaba lleno (sólo habían faltado cinco legisladores), y las tribunas de prensa y para el público estaban repletas de bote en bote. Entre otros muchos periodistas, hacia las ocho, Deluc ya estaba en su sitio, con su infaltable gabardina amarilla y un aspecto ajado y demacrado. A lo largo de la reunión de la Asamblea, que se prolongó hasta pasada la medianoche, Deluc encadenó Singulares, bostezó a menudo y tosió de vez en cuando.

Había tenido un día movido y había dormido muy poco.

A la una y media de la tarde (muy temprano para él), duchado y afeitado, Deluc había salido. Helena Lagoreiro aún dormía, atravesada en la cama de dos plazas.

(Deluc no sabría –se lo comunicaría Badú- hasta el otro día que, hacia las cuatro, se había presentado Rosa Luna. Con la llave que le había dado Badú la mujer había subido, muy contenta al parecer, y cinco minutos después se había vuelto a marchar, callada y envarada. Helena Lagoreiro, a su vez, se había ido sobre las cinco de la tarde, mal maquillada, pálida, demacrada y ojerosa).

A las tres, Deluc se había reunido con Fillol, en la Jefatura de Policía. A las seis y media había hablado brevemente con el doctor Erro, en el foyer del teatro Al Ritrovo Degli Amici, donde muy poco antes había terminado la reunión de los militantes de Patria Grande.

-¿Han votado finalmente, doctor?

-Por supuesto, Francés. Nos vamos con el Frente Amplio. Yo hubiera preferido que le pusieran lisa y llanamente Frente Popular, como el de Leon Blum en Francia o el de Azaña en España, pero hay gente que prefiere moverse con cautela.

-¿Y Millares, doctor?

-Alfonso es buena persona…

-¿Nada más?

-¿Qué más quieres que te diga? Si las cosas le van bien puede convertirse en nuestro próximo presidente.

-Con usted a su lado lo sería de seguro, doctor.

-Las cosas son como son, Francés. ¿Tú estás de su parte?

-Yo no estoy de parte de nadie, doctor. Soy periodista.

-También los periodistas tienen su corazoncito, Francés, o eso al menos es lo que quiero creer.

-¿Qué opina usted de las actividades de los Muchachos, tan intensas y violentas en estos últimos tiempos, doctor?

-Prefiero callarme de momento, Francés. Tú sabes que hoy por hoy no disfruto de inmunidad parlamentaria, de modo que lo que dijera me podría costar caro.

-Off the record, doctor.

-No me hables en inglés, Francés. Se ha convertido en un idioma bastardo para nosotros, al menos últimamente.

-Shakespeare no era de la CIA, doctor. No tiene culpa de nada, que se sepa.

-Off the record entonces, si te gusta, Francés, te diré: no sé qué pretenden los Muchachos con tanta violencia. Cabe que ni ellos mismos lo sepan, en mi modesta opinión. Creo que actúan movidos sobre todo por la inercia. Y eso está mal. La inercia y también la rabia acumulada, que a todos nos afecta. Ahora bien: García Baliño era una lacra para este país.

-Muchos lo son, doctor, pero no por ello se los mata.

-Puede que no, Francés, puede que no. Ahora bien, ¿es positivo para la patria que sigan vivos, haciendo sus despropósitos de la forma más impune, y acumulando cuentas corrientes en Zurich? ¿A ti te parece bien eso, Francés?

-¿Mejor matarlos, quiere usted decir?

-Hay momentos en la historia, Francés, en que no queda otro remedio que agarrar al toro por los cuernos.

-Bonito símil, doctor.

-Cuando veas a Alfonso dale un abrazo de mi parte, y dile que le deseo toda la suerte del mundo.

-Tal vez usted lo vea antes que yo, doctor.

La reunión con Fillol, tres horas antes, había sido casi totalmente infructuosa. Fillol no había querido decir ni palabra en relación con el

atentado contra García Baliño, y sólo le había concedido cinco minutos de su tiempo a Deluc. Le había dicho, no obstante:

-El gobierno no va a sacar a los soldados de los cuarteles, Deluc. No todavía. Eso seguro.

-¿Entonces cuándo?

-Objetivamente, según se me ha dicho, las condiciones aún no están dadas.

-¿Usted está a favor, comisario?

-¿De que salgan a la calle los soldados? No, Deluc, en absoluto. Si un día lo hacen, presentaré de inmediato mi renuncia indeclinable. Puede usted estar seguro de eso.

-Le creo, comisario. ¿Y en la embajada qué opinan?

-¿En qué embajada?

-¿En cuál va a ser, comisario?

-Hoy no estoy para chanzas, Deluc. ¿Verá usted al senador Millares?

-No lo sé. ¿Por?

-Hay quienes lo miran de una forma cada vez más atravesada, Deluc. Incluso hay locos que afirman que está en connivencia con la Orga.

-Menudo disparate.

-Estoy de acuerdo, Deluc. Si lo ve, por las dudas, dígale que se ande con ojo.

Y eso fue todo.

2.

De vuelta en la redacción, antes de dirigirse al teatro donde se reunían las huestes de Patria Grande, Deluc trató de ponerse en comunicación con el senador Caputt. No lo consiguió.

-No creo que Caputt quiere hablar con nosotros, hoy por hoy –dijo Godoy, cuando Deluc lo informó-. No me parece que le agrade nuestra posición a favor de Millares.

-Supongo que no, Godoy –reconoció Deluc-. Pero no por eso se tiene por qué negar a hablar conmigo. Es un legislador, a fin de cuentas, y yo soy un periodista.

-Caputt es un hombre demasiado pasional, mucho me temo. Y por lo demás, Francés, está totalmente entregado a la causa de la reelección del presidente.

Abruptamente, Godoy cambió de asunto.

-¿Cree usted de verdad –preguntó- que Millares puede estar en peligro, Francés?

-Lo cree Fillol, Godoy. O aparenta creerlo.

-¿Usted qué opina?

-Tal como están las cosas en este país, Godoy, me temo que todo puede suceder.

De camino al Ritrovo Degli Amici, que queda a una docena escasa de manzanas de la redacción, Deluc canturreaba:

Café de los Angelitos
Bar de Gabino y Cazón
Yo te alegré con mis gritos
En los tiempos de Carlitos
Por Rivadavia y Rincón.

Y al salir del teatro, después de encender un Singulares, seguía canturreando, bajo la noche ya fría, con un viento del sur que soplaba sesgado:

Eche amigo nomás

Écheme y llene
Hasta el borde la copa de champagne
Que esta noche de farra y de alegría
El dolor que hay en mi alma quiero ahogar
Es la última farra de mi vida
De mi vida muchachos que se va
Mejor dicho se ha ido tras de aquélla
Que no supo mi amor nunca apreciar
Yo la quise muchachos y la quiero
Y jamás yo la podré olvidar
Hoy me emborracho por ella
Ella quién sabe qué hará
Eche mozo más champagne
Que todo mi dolor
Bebiendo lo he de ahogar
Y si la ven, amigos, diganlé
Que ha sido por su amor
Que mi vida ya se fue

Mirando al cielo, hacia los últimos clarores de un día nublado y melancólico, Deluc se decía que acaso de nuevo llovería. Hacía bastante frío.

El largo y pesado verano había quedado ya en el olvido.

3.

La cadena de mando de El Manantial (al margen de don Gualberto Corrales, director del periódico, que era poco más que una figura decorativa

fuera de la carpetovetónica sección Editorial) la configuraban Godoy en el vértice, como jefe superior, y por debajo Rubén Pérez, el secretario de redacción, como segundo al mando, y Maragall, el jefe de información, como tercero; luego venían los dos redactores en jefe, Cuestas y Bauleo, y por debajo los jefes de departamento y algunos jefes de sección, que sólo se diferenciaban, en realidad, en cuanto al sueldo, mayor el de los primeros..

Jefes de departamento eran Sanabria (Nacionales, que incluía cinco secciones), Ildefonso Méndez, llamado Mendecito (Municipales, que incluía tres) y Diego Rigaud (Cables o Internacional, que sólo contaba con una), mientras que los jefes de sección independientes eran Marganesi (Página Negra o Policiales), Mauricio Dacal (Espectáculos), Bebe Varela (Turf) y Abelardo Caicedo (Deportes). Las demás secciones pertenecían a los dos principales departamentos (Nacionales y Municipales), a saber: bajo Nacionales figuraban Parlamento (al mando de Felipe Trillo), Casa de Gobierno (Maruja Cotarello), Rurales (Miguel Arristarrazaín), Economía (Lesmes Beramendi Jr) e Información Nacional (a cargo del propio Sanabria). En Municipales figuraban Obituarios, Horóscopos y Pasatiempos (Laburatti, el periodista más veterano de la redacción, con los setenta cumplidos), Ecos de Sociedad (Estrella Ingüeldo, que también estaba a cargo del Suplemento del Domingo) y por supuesto la aburridísima sección Municipal (de la que se encargaba el propio Mendecito).

La sección independiente de Contralor (corrección de pruebas, controles de calidad y expedición y supervisión de propios y mensajeros) la llevaba el doctor (abogado) Mario Osteózola, un joven ambicioso que era el hombre de confianza, en la redacción, del poderoso don Rafael Goñi, llamado el Gordo, que era en realidad quien hacía y deshacía, en cuanto a las tendencias políticas (cambiantes y vacilantes desde tiempo inmemorial), dentro del periódico.

Coordinación la llevaba Ernesto Hervás y Diagramación Enrique Peucelle. Cierre estaba a cargo de Revert y la Primera Página se la reservaba Godoy. Mendiluce era el encargado de supervisar los seis suplementos del periódico (Economía, Grandes Temas Nacionales, Arte y Literatura, Deportes, Ciudad Desnuda y Suplemento del Domingo) y Javier Ramos Ramírez era el supervisor de las columnas fijas y las colaboraciones. De los corresponsales (en Buenos Aires, Nueva York, Washington, Madrid y Londres, así como del doctor Argimiro Corrales en el Vaticano, donde era además el embajador) se hacía cargo el también muy veterano Daniel Hugo Romerales.

El número total de periodistas y afines, incluyendo a propios y mensajeros, dentro de la redacción, era de 119, de los que Deluc, hoy por hoy, era la firma acaso principal.

4.

Todas las noches, entre las nueve y las doce o la una, la actividad en la sala de redacción era intensa, y en apariencia caótica. Sonaban los teléfonos constantemente, tecleteaban las máquinas de escribir, se oían gritos; la gente iba y venía, al parecer de ninguna parte a ninguna otra y sucesivas caras pálidas y lunares aparecían y desaparecían camino del taller o de regreso. Hacia la una, aproximadamente, si nada excepcional había ocurrido, la actividad decaía, y a las dos ya languidecía.

Deluc entró en la redacción poco antes de las dos, cuando la actividad, al menos aquella noche, ya casi había muerto del todo. Deluc se acercó, no bien entrar, a Rubén Pérez y Hervás, que dialogaban junto a la mesa inclinada donde este último iba configurando, página a página, el contenido del periódico. Era una labor lenta y trabajosa, de continuados

cambios y retoques, que precisaba de la colaboración estrecha de Peucelle, el diagramador, que se encontraba a cierta distancia, de pie, inclinado sobre su propio tablero. Pérez se encargaba de supervisarlos a los dos. Al ver venir a Deluc, Pérez y Hervás se callaron. Lo miraban acercarse, en silencio.

-Pareces derrengado, Franchute –dijo Pérez.

-Lo estoy –dijo Deluc.

Pérez era un sujeto cetrino y ligeramente bizco, de hablar algo ceceante. Siempre llevaba corbatas de colores muy vivos, impecables entre las solapas del traje cuando llegaba, sobre las ocho, y alicaídas y aflojadas, entre las mangas remangadas de la camisa y contra la pechera arrugada y sudada, a partir de las diez de la noche. Hervás, el Gordo Hervás, como le decían (a similitud del Gordo Goñi) era grueso, en su caso, más que gordo (como Goñi lo era realmente), aunque tenía también él (como Bauleo) un trasero sobredimensionado, ya que se pasaba la noche entera, desde hacía más de veinte años, sentado en un alto taburete, detrás de su gran tablero inclinado, con los dedos manchados de tinta negra y con un grueso marcador negro detrás de una oreja. Hervás tenía una cara, por lo demás, sonrosada, amplia, lampiña, mofletuda y redonda, de contradictoria expresión triste y algo enfurruñada. Era la suya una cara hecha para sonreir que, sin embargo, nunca sonreía.

-¿Qué tal las cosas? –preguntó.

-La asamblea, faltaría más, no sacó adelante nada –informó rápidamente Deluc-. Caputt tronó y amenazó, como era de esperar, y Delle Pianne y Millares, entre otros, le contestaron. Caputt se negó a hablar conmigo. Dice que este contradictorio diario principista, ajeno a los partidos, le está haciendo el juego a Millares, descaradamente, lo que no deja de ser cierto. Con los otros dos sí hablé, aunque brevemente. Lo que

me haya dicho Delle Pianne supongo que no interesa. Me confirmó que el general Seregni será el candidato a la presidencia de la coalición.

-¿Y Millares?

-Erro se une a la coalición, lo cual es una pésima noticia para Millares, que sin embargo la encajó muy bien. No le hace gracia que lo apoyen Goñi y su pandilla, que a fin de cuentas no son sino unos pistoleros bien hablados, pero no les hace ascos; no puede. Sabe que es un candidato en firme a ganar las elecciones y necesita de todos los apoyos.

-¿Te ha confirmado que se presentará?

-No del todo, pero igual se puede dar por seguro –dijo Deluc-. No lo va a desmentir. En su partido no hay nadie más que él que pueda ganar las elecciones, al margen del bruto del general Campisteguy, que no ganaría las elecciones ni a la presidencia de Sud América Fútbol Club. A Millares lo apoyan prácticamente todos los sectores de su partido, salvo los muy derechistas, que como no podía ser de otra forma, y les guste o no, se cobijan bajo el general.

-¿Cómo ves tú la cosa, Francés? –preguntó Hervás.

-Mal. Ya sé que en política todo es posible, pero en mi opinión hay demasiadas diferencias, tanto prácticas como digamos teóricas, entre Goñi y Millares, por mucho que intervengan Villaamil y Fleitas para limarlas. No creo que lleguen a ningún acuerdo, lo cual…

Deluc se tomó tiempo para encender un Singulares, con una mueca de asco. Lo tiró al suelo y lo pisó después de darle dos hondas caladas.

-Lo cual –repitió- conducirá a Goñi y sus secuaces a su camino natural, es decir a volcarse en la reelección del presidente, o mejor dicho a colar, so capa de la reelección, a su propia candidatura. Y nuestro periódico principista tendrá que seguir sus pasos.

-¿Quién crees tú que encabezará esa candidatura, Franchute?

-¿Me lo creerás si te lo digo?

-Qué más da, Franchute –se impacientó Rubén Pérez.

-En mi opinión, Bordaberry.

-Tú estás loco.

-Tanto Goñi como Bordaberry estuvieron con aquel ruralismo de Nardone, no se te olvide. Goñi es Goñi, es decir que no creo que tenga otra ideología que la guita, pero Bordaberry es filofascista, como lo era Nardone, por decir poco.

-Nadie votaría a un tipejo inocuo y gris como Bordaberry.

-Votarán la reelección de Pacheco Areco, y muchos de los que voten en ese sentido votarán a la vez a la candidatura realista o posibilista que figure bajo el paraguas de la reelección. Ustedes dos saben muy bien que nuestro sistema electoral permite casi cualquier cosa.

-¿Cuánto te llevará redactar tu artículo? –preguntó Hervás.

-Una horita –dijo Deluc-. Después me largo. Y mañana, por supuesto, no pienso venir.

Golpeteó a Pérez en el pecho con un dedo.

-Si hay que corregir o cambiar el artículo, Rubén, lo tendrás que hacer tú.

-Subirás al menos a hablar con el perro…

-Sube tú –dijo Deluc, y cuando ya se alejaba se volvió y preguntó-. ¿Maragall dónde está?

-Estará en el Neutral. O en su casa –dijo Hervás.

-¿Por? –preguntó Pérez.

-Es igual. Hablaré con él mañana.

Un par de horas antes, había llegado a la redacción (como a las de todos los otros periódicos de la ciudad) un comunicado escueto de los Muchachos, que decía:

‘Tal como habíamos anunciado, y vista la constitución oficial del Frente Amplio, a partir de la fecha decretamos una tregua unilateral armada hasta el día de las elecciones. Pero ¡ojo!, porque seguimos vigilantes’.

MOVIMIENTO DE LIBERACION NACIONAL
(MLN)
TUPAMAROS
DIRECTORIO CENTRAL

IV) LA POLIOMIELITIS

1.

Eran las tres y media cuando Deluc salió de El Manantial. Lo acompañaba Graciela Ingold, que aquella noche (martes) había cerrado el suplemento de Arte y Literatura (que salía los jueves) y que después había esperado pacientemente a que Deluc terminara de redactar su artículo.

-Tienes malísima cara, Deluc.

-Me lo imagino.

Bajaron juntos en el ascensor y salieron juntos a la calle. Cuando llegaron, por Lope de Vega, después de cruzar Mariano de Cavia bajo una llovizna fría y fina que se dejaba sentir como alfilerazos, a la esquina con Facundo Quiroga, un taxi vacío se acercaba. Deluc le hizo una seña.

-Te dejo en tu casa, Graciela.

-Ni hablar. Te dejo yo a ti. Estás muerto de cansancio, Deluc, y se te nota.

-¿Qué me querías decir, Graciela?

-Ya sé que es una estupidez, Deluc –dijo Graciela Ingold-, pero Cristina está desesperada por hablar con Josefina.

-¿Tú no?

-Yo también, te lo confieso.

-Lo arreglaremos lo antes posible, Graciela.

Ya habían entrado en el taxi.

-Al Palacio Lecumberri –dijo Deluc, que se había echado sobre el respaldo del asiento, con un resoplido de extenuación.

-¿Cómo van las cosas con Josefina? –preguntó Graciela-. ¿Lo puedo saber, Deluc?

-Se arreglarán, Graciela, más pronto que tarde. Hoy me he tenido que dedicar a mi maldito trabajo. Mañana me lo tomo libre, de modo que tendré más tiempo. Tengo que hablar con el Chino.

-¿Con Diego? –preguntó Graciela-. ¿Por qué?

-Dime una cosa, Graciela –Deluc sonrió-. Todas las mujeres que yo conozco le dicen Diego al Chino, y todos los hombres, en cambio, le dicen Chino. ¿Sabes tú por qué?

-Es cierto, supongo –Graciela también sonrió, en la penumbra alanceada de semáforos y farolas-. No me había dado cuenta. ¿Por qué le quieres hablar?

-El Chino y el Chueco Alcorza jugaban junto al basket ball, hace algunos años. Me acordé las otras noches.

-¿Y qué?

-Que el Chino es la única conexión que tengo con Alcorza.

Graciela Ingold titubeaba.

-¿Qué tiene que ver Alcorza…? –se llevó una mano a la boca-. ¿No querrás hablar con él, Deluc?

-Me temo que no tengo alternativa.

-¿Y crees que Diego…?

-No es que lo crea de seguro, pero tengo que sondear todos los posibles caminos, Graciela. De momento el Chino es el único camino que tengo.

2.

El Chino Balcárcel y el Chueco Alcorza habían coincidido, unos cuantos años antes, efectivamente, en el club de basket ball Biarritz, del barrio de Los Pocitos. Alcorza era un jugador del montón, pero Balcárcel había sido la gran estrella del club, al que había sacado campeón tres temporadas seguidas. También había sido una gran estrella en la selección nacional, a la que Alcorza jamás había llegado. Pasado más de un lustro, ya que Alcorza se había retirado hacía unos ocho años y Balcárcel un par de años después, fastidiado en una rodilla, el primero se había sumido en las cloacas, como miembro de la Orga, y el segundo retenía todavía una cierta popularidad decreciente, que le permitía aparecer de tanto en tanto en televisión, en calidad mal que bien de entrevistador o reportero, así como protagonizar galanes de fotonovelas y firmar crónicas frívolas y cínicas (y cobrar un sueldo) en La Voz del Plata.

Deluc sabía que Balcárcel en realidad, antes que ninguna otra cosa, era un gran vago, un auténtico haragán que dejaba en pañales al mismísimo Maragall. Su trabajo en La Voz del Plata, si así se lo podía llamar, Balcárcel se lo debía a su amistad con Fran Imbellini, la principal (de hecho la única) propietaria del periódico.

Fran Imbellini, por su parte, había heredado el periódico de su madre, la millonaria judeo polaca Ciska Zamiakin, que lo había comprado por capricho, para que su marido, Antonio Imbellini, quince años menor que ella y jefe de la sección de turf cuando se conocieron, pudiera ejercer de director. Aquella decisión había sido nefasta, ya que en unos cuantos años, La Voz del Plata (el único periódico realmente independiente de la ciudad) había caído de treinta mil ejemplares al día a poco más de cinco mil.

Harta de perder dinero, y renuente a dejar en la calle a más de cien familias, lo que fatalmente ocurriría si lo clausuraba, como muchos otros hubieran hecho, Ciska Zamiakin despidió a Imbellini (del que se había divorciado unos años antes) y se puso ella misma al frente de su periódico. Era una mujer no obstante inteligente (a pesar de la estupidez que había cometido al casarse), que como primera medida había colocado (evidenciando un ojo infalible) a un joven periodista, Daniel Sarthou, como editor y redactor responsable. Hasta entonces, Sarthou se desempeñaba como encargado de Cables (o Internacional), donde cumplía una labor aséptica y digna, equidistante de la izquierda y la derecha. Y esto era de alabar, porque Sarthou –no era un secreto para nadie (y a contrapelo de sus orígenes dentro del más rancio patriciado de la ciudad)- ocupaba un alto cargo en el Partido Comunista; era nada menos que el Secretario de Propaganda. Simultaneaba su trabajo en La Voz del Plata con la dirección (que ya ejercía de antes y que Ciska Zamiakin le había autorizado a continuar) de un suplemento semanal, llamado El Laburante, del vocero comunista La Tribuna Popular.

3.

Corría entonces 1962.

Sarthou tenía veintiséis años cuando se hizo cargo de La Voz del Plata. En 1965, Ciska Zamiakin se murió súbitamente, de un aneurisma, a los cincuenta y tres años, y dejó a su periódico acéfalo y a su única hija (Fran) huérfana de madre, a los diecisiete.

Reconcomido y soberbio (era un hombre de muy pocas luces, aunque extremadamente apuesto), Antonio Imbellini exigió, tras la muerte de su ex mujer, que se le devolviera la dirección del periódico. Los abogados de la difunta (que entonces actuaban en el nombre de la única hija y universal heredera de ésta) se opusieron y le cerraron el paso. Designaron a Sarthou para que subrogara, si bien de forma interina, a la fallecida Ciska Zamiakin.

De resultas, pues, de la muerte de Ciska Zamiakin, Sarthou se había hecho cargo de la dirección del periódico. Su labor como editor había sido notable, y ya había dado, a pesar del poco tiempo transcurrido, buenos resultados; las ventas habían subido hasta unos veinte mil ejemplares al día. Y ya estaban rozando los treinta mil en 1969.

Fue en aquel año de 1969, finalmente, al cumplir la edad legal mínima para ocupar el cargo (veintiún años), cuando Fran Imbellini fue designada directora efectiva de La Voz del Plata. Era ella también una chica inteligente (como lo había sido su madre), de modo que el periódico siguió bajo la guía de Sarthou. Una sola exigencia planteó la nueva y jovencísima directora: la de incluir en la plantilla del periódico a Diego Balcárcel, llamado el Chino.

Era una exigencia, pese a todos los pesares, comprensible, en cierta medida al menos, a la que Sarthou, que conocía muy bien las circunstancias que la habían determinado, no supo cómo oponerse ni qué oponer.

-Mientras no trates de mandurrear a otros dentro de la redacción, Chinatis –le dijo a Balcárcel-, nada tengo que objetar, por lo menos de momento.

-Mandurrear cansa, viejo –dijo Balcárcel-. Así que por eso no te preocupes. Pero no trates de ponerme demasiadas objeciones, querido Daniel, no sea que te echen a ti.

-Tú cobra tu paga y haz lo menos posible.

-Me has quitado las palabras de la boca, hermano.

4.

¿Qué circunstancias habían forjado tan profundo vínculo entre dos seres tan disímiles como Fran Imbellini y el Chino Balcárcel? No el amor, en absoluto; tampoco el sexo, aunque a muchos les pareciera inexplicable, conocidos los difíciles antecedentes del otrora as del basket ball.

Ocurría sencillamente que Balcárcel conocía a Fran Imbellini desde que ésta era una niña. Fran había enfermado de poliomielitis, a los seis o siete años, y Balcárcel la había visto por vez primera cuando la niña tenía once. Entonces, Fran se pasaba las horas sentada inmóvil frente a una ventana, en la rambla costanera de Los Pocitos, de cara al mar. Su casa era la única vivienda unifamiliar de la manzana, ya que los demás edificios eran todos de propiedad horizontal.

-Antes –diría Balcárcel años después-, la casa había pertenecido a los Reyes, un viejo matrimonio ya entonces fallecido. Se suponía que la casa sería demolida para levantar otro edificio de apartamentos, como se estaba haciendo en toda la rambla. Y un día, de repente, aquella niña se aparece allí, en la ventana. Así un día tras otro. Una prima mía, Marisa del Vayo, vivía muy cerca. Yo la iba a ver, de vez en cuando, y cada vez que pasaba frente a aquella casa, por la rambla, veía en la ventana a la niña. No era normal; no era natural. ¿Qué hacía una niña inmóvil allí, día tras día? Una tarde la saludé, agitando la mano, y ella me devolvió el saludo. Era una niña

tristísima; era algo que se notaba fácilmente. La rodeaba una especie de halo o nimbo de melancolía, de infinita tristeza.

"Una tarde, pasado un tiempo, Ciska, su madre, se presentó en casa de mi prima. Me había visto unos días antes saludar a su hija, me había visto de nuevo aquella tarde y me había seguido. Me pidió que subiera a visitar a la niña, que no tenía amigos, según me dijo. Le quería dar una sorpresa. Yo hice lo que Ciska me pedía. ¿Por qué no? Tan mala persona no soy, dígase lo que se diga. Ciska no me había dicho, sin embargo, que su hija estaba paralítica. Cuando la vi, sentada en su silla de ruedas, me di cuenta de la razón de aquella infinita tristeza que traslucía.

-¿Parálisis incurable? –le preguntaron.

-Curable. Hoy camina. Entonces ya la trataban, es claro. La habían tratado en Suiza y también en un sanatorio de altura, en la Argentina, creo que en la provincia de Jujuy. Sometían a la niña a sistemas de chorros de agua a presión, de masajes, de baños con burbujas, de electrolisis y de qué sé yo cuántas cosas más. Poco a poco, la niña mejoraba. Tenía muletas y prótesis metálicas externas, en ambas piernas, pero sólo andaba con ayuda. Yo la incitaba para que tratara de andar sola, pero ella no se atrevía. Un día por fin se soltó y dio dos o tres pasos. Yo estaba presente entonces y ella me adjudica a mí todo el mérito, lo que por supuesto dista de ser verdad. Ahora, aunque aún con dificultades, Fran ya camina por su cuenta.

Fran Imbellini, por su parte, era mucho más pasional cuando se refería a su curiosa relación con el Chino Balcárcel.

-Sé muy bien que tiene muy mala fama –decía-. Sé que tiene fama de canalla y de amoral, de gigoló y de aprovechado, pero no es cierto. Un canalla amoral no hubiera hecho por mí lo que hizo Diego. Y lo hizo porque sí, sin esperar ni recibir recompensa de ninguna clase. Se dice, bien lo sé, que fue amante de mamá, pero él lo niega de la forma más vehemente, y yo

le creo. Diego hizo más que ayudarme a caminar. Me salvó la vida. Porque yo me hubiera muerto, de seguir imposibilitada como estaba. Si ahora camino, por muy mal que aún lo haga, se lo debo a él. Si ahora sigo viva se lo debo a él también.

Sarthou la había escuchado, con sentimientos (por cierto) harto ambiguos y contradictorios.

5.

Sarthou conocía muy bien al Chino Balcárcel, y desde hacía más años de lo que le valía la pena recordar. Los dos no sólo pertenecían más o menos al mismo segmento social de la ciudad (la depauperada clase patricia vieja), sino que eran también parientes, en cierta medida al menos, ya que la madre del Chino y el padre de Sarthou eran primos en grado no lejano.

En cuanto a la relación del Chino con Ciska Zamiakin, Sarthou, aunque quisiera (que no era el caso) no podía estar de acuerdo con Fran Imbellini. Sarthou sabía muy bien que el Chino era un experto y concienzudo aprovechado en relación con las mujeres en general, y de forma muy concreta con las mujeres que ya tenían cierta edad en particular. Desde muy joven, el Chino Balcárcel era de hecho (lo negara él o no) un acendrado y metódico (y sin duda también abusivo) gigoló. Sarthou, que sabía esto muy bien, no se lo reprochaba en absoluto; tenía un alto grado de indiferencia (aprendida con el marxismo) en cuanto a las cuestiones meramente morales.

-Así funciona el mundo, ¿Y para qué tratar de arreglarlo, si es imposible?

Esto era lo que solía decir, a manera de explicación (o de subterfugio o excusa)

En lo concerniente a la curiosa relación del Chino Balcárcel con Fran Imbellini, Sarthou, empero, creía a pies juntillas en lo que la muchacha contaba. Sabía que el Chino Balcárcel, a despecho de su fama y de sus mismísimos actos, tenía en el fondo un corazón sensible e inclusive bajamente sentimental (no educado, por cierto, como el suyo, en el marxismo).

6.

Deluc no encontró a Balcárcel aquella noche (la del miércoles 7 de abril) en el Gran Café Neutral. Tampoco lo localizó (por teléfono) en la redacción de La Voz del Plata, en donde le dijeron que acaso Balcárcel apareciera más tarde.

Maragall acompañaba a Deluc.

-¿Para qué tanta urgencia por hablar con el Chino, Franchute? –quiso saber.

-Con el que quiero hablar es con el Chueco Alcorza, ya te lo he dicho. El Chino y él son amigos; se conocen, por lo menos. Jugaban juntos al basket ball, en el Biarritz.

-¿El Chueco Alcorza jugaba al basket ball? Primera noticia que tengo, Franchute.

-Distaba de ser un crack, como el Chino, pero jugaba, sí. Cabe que el Chino aún mantenga algún contacto con él.

-Lo dudo.

-Cabe que el Chino tenga contacto con la Orga, Maragall.

-¿El Chino? Tú estás loco, Franchute. Los Muchachos jamás confiarían en un tipo como el Chino, fanfarrón, mujeriego, prepotente, botarate, bebedor.

-No te cae bien el Chino, Maragall.

-Al contrario, Franchute. El Chino es de ésos que le caen bien a todo el mundo, al menos mientras están presentes. Entonces uno se olvida de cuestiones como la moral, y sólo cede al encanto y la simpatía. El Chino tiene un encanto para dar y tomar, que va más allá del sexo, ya que puede afectar incluso a un heterosexual intransigente como yo. Pero después…

-¿Después qué?

-Después uno lo repiensa y se acuerda, Franchute.

-Yo no creo que el Chino sea un mal tipo.

-Yo tampoco, Franchute. No es eso. Es un tipo sin patrones morales.

-No te creas, Maragall.

-Tú sabes algo más que lo del basket ball, Franchute. ¿Me lo dices?

-No sé nada más, Maragall.

-¿No confías en mí, Franchute?

-Si en alguien confío es en ti, Maragall. En cuanto a lo que ocurrió aquella mañana, tengo un pálpito…

-¿La mañana en que mataron a Pérez Moles? ¿Qué pálpito, Franchute?

-No diré nada, de momento al menos –dijo Deluc-. Es un pálpito que afecta al doctor Lalandra, y que el Chueco me puede confirmar. O desmentir, claro está. Sea como sea lo tengo que ver. Le tengo que preguntar.

-¿Y piensas que el Chino te puede servir de nexo?

-Otro no tengo, Maragall.

-Por el basket ball.

-Por el basket ball.

-¿Nada más?

-¿Qué más puede haber?

-Me parece un nexo muy flojo, Franchute.

-Otro no tengo.

-¿No?

Maragall desconfiaba todavía.

-¿Vuelves a la redacción?

-Qué más remedio, Franchute. Nos pappamos la del estribo. ¿Tú qué piensas hacer?

-Es mi noche libre, Maragall. Me correspondía la del domingo, y el domingo trabajé. Y también el lunes y ayer. La de mañana cabe que también me la tome libre.

-Feliz de ti, Franchute, que haces lo que quieres.

-¿Te parece que laburar es hacer lo que quiero, Maragall? Si puedo hablar con el Chino antes de mañana por la noche, pues fantástico, che.

-El Chino sí que hace lo que se le antoja. ¿Tú crees que él y la Imbellini son amantes?

-Dicen que no, pero yo en realidad no tengo ni idea, Maragall. ¿Por?

Maragall no contestó. Vació su Caballo Verde y volvió a solas a la redacción.

Deluc se quedó en el Neutral, y pasada media hora volvió a preguntar por Balcárcel en La Voz del Plata, sin mejor resultado que antes.

Eran las diez y media de la noche.

7.

Con este contradictorio personaje (Balcárcel) se reunió Deluc, por fin, el jueves 8 de abril, a media tarde. Deluc había hablado por teléfono con Balcárcel, finalmente, a la redacción de La Voz del Plata, la noche previa, sobre la medianoche. Habían quedado en verse en un café de Los Pocitos,

sito en la avenida Mariscal Sucre cerca de la esquina que cruzaba Alejandro Dumas, a cuatro o cinco manzanas de la rambla y la playa.

Eran poco más de las cinco de la tarde cuando Deluc llegó al café, que se llamaba El Sonámbulo. Afuera, bajo un toldo a rayas azules y blancas, había unas pocas mesitas desiertas (el tiempo fresco y cortante ya no estaba para bromas). En el interior, algo sombrío, había unas pocas mesas ocupadas y unas cuantas personas alineadas cabe a la larga barra. Una de éstas era Balcárcel; lo acompañaba una hermosa mujer de cabello rojizo, que escuchaba con gesto frío algo que Balcárcel le decía.

Balcárcel se calló al ver a Deluc acercarse.

-Marisa del Vayo –los presentó Balcárcel-. Él es Deluc, el periodista.

Deluc y la mujer se dieron la mano. Ella frisaba en los treinta y era alta, de cabellera pardorrojiza y ojos violeta, con un tinte entre ambarino y dorado. Una mujer muy hermosa, en opinión de Deluc, aunque de aire distante y acaso gélido.

-Me tengo que ir, Diego –le dijo a Balcárcel, y a Deluc, tendiéndole la mano-. Encantada.

-Esta noche hablamos –le dijo Balcárcel.

Ella asintió brevemente y se marchó de inmediato, lanzándole a Deluc una última mirada de reojo.

-No me dijiste que ibas a estar acompañado, Chinatis.

-Cuando hablamos ayer por teléfono no sabía que iba a estar acompañado, Francés. ¿Cómo quieres que lo supiera? ¿Qué vas a tomar?

-¿Por qué no nos sentamos, mejor?

Balcárcel despegó de la barra un vaso con líquido amarillo, probablemente whisky o similar, y Deluc pidió su habitual grappa con campari, para que se le llevaran a la mesa. Una vez los dos sentados, Deluc sonrió.

-Cada vez que te encuentro –dijo-, me acuerdo de aquel tango, Chino.

-¿Qué tango?

-*Qué fenómeno*. ¿Lo conoces?

-No.

Deluc canturreó en voz baja:

Qué fenómeno Dios mío
Qué manera de ligar
Si una fulana te deja
Dos te vienen a buscar.

-Esa fulana que me acaba de dejar –dijo Balcárcel, con una semisonrisa-, es prima carnal mía, Francés. Nos encontramos aquí de casualidad. Me vio y entró.

-¿Tu prima, dices? Lo siento, Chino. No te quería ofender.

-No me ofendes, Francés. Y no creo que ninguna mina me venga aquí a buscar. Dos menos. ¿De qué me querías hablar?

El mesero había llegado junto a la mesa con la grappa de Deluc, que probó un sorbo y sacó sus Singulares antes de hablar.

Se lo había pensado bien, antes de acudir a la cita, y había llegado a la conclusión de que, con Balcárcel, más le valía no darles vuelta a las cosas ni empezar con circunloquios.

-Iré al grano –dijo.

-Soy todo oídos.

-Tengo que hablar cuanto antes con el Chueco Alcorza, Chinatis. Tengo entendido que tú y él son muy amigos.

Balcárcel mantuvo su expresión impasible.

-Amigos de verdad nunca hemos sido, Francés. Nos conocemos –dijo.

Sacó él también cigarrillos (en su caso una cajetilla dura de Peter Stuyvesant con filtro), que puso sobre la mesa. Extrajo uno y le ofreció a Deluc, que lo rechazó con la cabeza. Deluc se puso en la boca uno de sus Singulares. Balcárcel encendió los dos cigarrillos con un fósforo, que sacudió después y tiró al suelo.

-Te oigo, Francés –dijo.

-¿Tú me puedes poner en contacto con el Chueco?

-No lo sé –Balcárcel dejó salir una lenta bocanada de humo-. Primero tengo que saber por qué.

-No como periodista, Chino.

-Eso lo daba por de contado, Francés. ¿Por qué?

-Tampoco para tenderle ninguna celada.

-Eso también lo daba por de contado, Francés –dijo Balcárcel, y repitió-: ¿Por qué?

Entonces Deluc se decidió y habló. Lo contó todo, inclusive con detalle. Le insumió una media hora larga. Balcárcel lo escuchó callado todo el tiempo. Los dos vaciaron sus bebidas mientras Deluc se explayaba y se las volvieron a llenar. Los dos terminaron sus cigarrillos más o menos al mismo tiempo y en seguida encendieron otros, en esta ocasión con el mechero a yesca de Deluc.

Cuando Deluc terminó de hablar, Balcárcel se puso a tabalear sobre la mesa con los dedos.

Era zurdo.

Tabaleaba con la zurda y levantaba su vaso también con la zurda, aunque fumaba con la diestra. Deluc había olvidado que Balcárcel era zurdo. Lo recordó de golpe, con una extraña, con una inexplicable sensación de inquietud.

La Zurda de Oro, llamaban a la mano izquierda de Balcárcel cuando éste jugaba al basket ball. Eso también lo recordó de pronto, muy claramente, Deluc; el basket ball, por lo demás, nunca le había interesado; de todos los deportes el único que le interesaba era el fútbol, y sólo como espectador y lector, e inclusive como conocedor, jamás como practicante.

'Zurdo y siniestro son sinónimos', se dijo Deluc. Recordó también que la superstición tenía a los zurdos de favoritos del demonio. Absurdamente se acordó de la fama siniestra que había tenido el florentino Leonardo da Vinci, aquel verdadero Zurdo de Oro, del que se decía que tenía tratos con Satanás y los poderes oscuros. ¿Balcárcel también los tendría? Deluc sacudió la cabeza para apartar de sí esas estúpidas y melodramáticas ideas, que a nada conducían. Él era un francés más o menos de buena cepa (al menos según se decía), y por lo tanto un ente racional y cartesiano, ajeno por completo a esas súbitas compulsiones que le surgían a uno, de improviso, de váyase a saber qué recovecos de la psique.

Los dos hombres estuvieron callados, varios largos minutos enteros, uno frente al otro, mesa de por medio. Para romper aquel silencio, Deluc llamó al mesero y pidió más de beber.

-¿Tú más whisky, Chinatis?

Balcárcel asintió en silencio.

El mesero se presentó cabe a la mesa. Deluc hizo el pedido y añadió:

-Tráigame también Singulares.

Balcárcel seguía callado.

Deluc esperaba, paciente.

-Hoy por hoy –dijo al final Balcárcel-, yo no me puedo poner en contacto con el Chueco, no sabría cómo, pero sí quizá con la Loba Leiva. ¿Sabes quién es?

-¿La falsificadora? –se sorprendió Deluc.

-La misma.

-Yo creía que estaba presa.

-La dejaron en libertad el año pasado.

-¿Y ella qué tiene que ver…?

-Se me ha hecho saber que trabaja para los Muchachos. ¿Te sorprende?

-Sé que la detuvieron y procesaron por confeccionar documentos falsos para aquellos maleantes argentinos a los que mataron en aquel apartamento, hace ya años.

-Bardesaghi, Malibrián y otros, en efecto.

8.

Había sido un caso muy sonado.

La banda de los argentinos, como la llamaban, había protagonizado varios asaltos a bancos y a estaciones de servicio y había matado a un agente de policía. Corría entonces 1964, entre el invierno y la primavera. En un tiroteo con la policía, que se había saldado con aquel agente muerto, a la salida de un banco asaltado, uno de los delincuentes había sido detenido. Por él (maltratado sin duda en Jefatura) se había identificado a los otros. Tras diferentes pesquisas, se los había localizado: tenían su refugio en un edificio céntrico de la calle Calderón de la Barca, a no más de ocho manzanas de la Jefatura de Policía (y a no más de cinco o seis de El Manantial y La Voz del Plata).

El jefe de policía era en aquella época el coronel (después general) Matías Campisteguy, que había decidido rodear la manzana, a altas horas de la madrugada, del edificio donde en aquellos momentos se escondían los

maleantes. Más de mil quinientos policías de todo rango se apiñaban en las calles, los zaguanes, las aceras y esquinas y las azoteas.

Borrachos y también drogados (como se sabría después) los maleantes se divertían, tirando dinero a puñados por las ventanas. Los policías se peleaban por recogerlo. Después los maleantes se pusieron a disparar. No necesitaban tener demasiada puntería. Podían incluso, de hecho, disparar a ciegas. Había tantos policías en la calle que era difícil fallar. Se recogieron seis muertos y una docena larga de heridos, alguno de ellos muy grave.

Al alba, varias emisoras de radio y un par de canales de televisión informaban en directo desde el lugar de los sucesos.

Para entonces, la policía había conseguido vaciar por completo el edificio de vecinos inofensivos. Por tres veces había tratado de tomar al asalto el apartamento de los delincuentes, en el cuarto piso, y otras tantas se había tenido que retirar con bajas (entre ellas la del comisario de la Brigada Especial, Carlos Ballesteros, fallecido, y la del entonces subcomisario Recoder, herido grave, amén de otras cuatro víctimas mortales).

Hacia las nueve de la mañana dos bazookas dispararon varias veces contra el apartamento, desde una azotea cercana, y rato después se lanzó un cuarto asalto, que al fin resultó fructífero. Se hicieron más de seiscientos disparos en el interior del apartamento donde se escondían los maleantes.

Tres de los cuatro maleantes que se escondían en el apartamento resultaron muertos de resultas de la carga policial (entre ellos Bardesaghi, el jefe de la banda), y el cuarto fue sacado agonizante. Cuando ya lo iban a introducir en una ambulancia que aguardaba cerca, con más de veinte balas en el cuerpo, Campisteguy se acercó, le asestó un puñetazo en el pecho y acto seguido blandió el puño ensangrentado para las cámaras de televisión:

-Esto es un aviso –gritó, blandiendo el puño- para los hijos de puta que se piensan que pueden venir a nuestra ciudad a hacer lo que se les antoje.

El herido (Malibrián) había muerto pocos minutos después.

A Campisteguy no habían tardado en ascenderlo a general. En 1970, por edad (sesenta y cinco años) había pasado a retiro. En abril de 1971 ya se sabía que se presentaría como candidato a la presidencia dentro del Partido Blanco (al igual que Millares), como representante de la fracción más conservadora y ultramontana del partido. La gloriosa acción de Calderón de la Barca (como la llamaba la prensa) le había servido de mucho en sus aspiraciones presidenciales.

Se decía que en su casa Campisteguy tenía una foto autografiada de Hitler.

9.

Deluc y Balcárcel comentaron brevemente aquel affaire de Calderón de la Barca. También hablaron de la ya sabida candidatura presidencial del general Campisteguy.

-El general, a pesar de sus ideas –dijo Balcárcel-, es un tipo muy agradable, de lo más campechano y charlatán mientras no se hable de política, porque entonces se cierra y embiste. Mis padres viven aquí cerca. Por eso te he citado en este boliche, Francés. He venido a almorzar con ellos. Mi padre va todos los días a un boliche que queda más abajo, por esta misma calle, el cafetín San Remo, al que va también Campisteguy. Papá y él se llevan de lo más bien.

-Mientras no se hable de política –dijo Deluc.

-Yo también me llevo de lo más bien con Campisteguy, Franchute. Es claro que yo jamás hablo de política con nadie.

-Yo tampoco hablo nunca de política, Chinatis, si lo puedo evitar. En el 62, no obstante, voté, primera y única vez. Tenía recién estrenada la nacionalidad uruguaya. Voté por Patria Grande.

-Mira tú –fue todo lo que dijo Balcárcel-. De modo que no eres francés. No de nacionalidad, al menos.

Deluc se escapó por la tangente, como solía.

-Tu padre fue uno de los fundadores de Patria Grande –dijo-. ¿O acaso me equivoco con otro Balcárcel?

-Lo fue, en efecto –Balcárcel soltó una risita seca; parecía muy divertido-. En las elecciones del 62, cuando a Erro lo eligieron senador, mi padre era candidato al Consejo de Gobierno. Era imposible que saliera elegido, claro está. ¿Y sabes tú quiénes lo acompañaban como candidatos al consejo?

-Sendic, si mal no recuerdo.

-Sendic, Abráchano y Lasarte, entre otros. Todos futuros jefazos de la Orga. Mi viejo, no obstante, no entiende en realidad de política. No le interesa. Es un gran frívolo, si es que es algo.

-Tienes a quién salir, Chinatis.

-Yo no soy ni un aprendiz, por comparación. Mi viejo…

Balcárcel vaciló, vació su vaso y levantó el brazo.

-Esta vuelta invito yo –dijo.

Era ya la cuarta.

El mesero volvió junto a la mesa, recogió el pedido y se marchó. Deluc observó que era marcadamente patizambo. Como el Chueco Alcorza, se dijo.

-Hablaré yo con la Loba, Francés –prometió Balcárcel.

-¿Cuándo?

-A la mayor brevedad. Te lo haré saber.

-¿Qué relación tienes tú con ella, Chinatis?

-No la que te imaginas. ¿La conoces?

-Jamás la he visto.

-Anda por los cincuenta y tantos años, según calculo. Quizá ronda los sesenta. Es una mujerona grande como un armario, por lo demás, con una nariz como un plátano, ojos chiquitos y la boca como un buzón. Su hijo Ernesto, al que llaman Piolín, fue campeón de natación, estilo mariposa, hace una punta de años. Es un tipo inmenso, que me saca la cabeza, y más o menos de mi edad. Se metió en problemas, porque una noche le dio una paliza a uno de los hijos de Sáinz Malmierca, que entonces era ministro. Fue hace seis o siete años. Éramos bastante amigos, ya que nadábamos juntos, tiempo atrás. Yo lo ayudé. Poca cosa. Hablé en su favor con el senador Villaamil, a quien tú conoces. El senador habló con no sé quién y a Piolín, que estaba detenido, lo soltaron. No quiero extenderme. ¿Para qué? Lo cierto es que a Piolín lo introdujeron, poco después, en la Secreta, creo que con Fillol. La Loba, desde entonces, no diré que come en mi mano, pero si puede echarme un cable no duda en hacerlo.

-¿El hijo un tira y ella con la Orga?

-Piolín ya no es tira, Francés. Se metió en no sé qué lío y se largó creo que a Venezuela. Y la Loba… Los Muchachos necesitan de sus servicios, y por lo que sé se los pagan muy bien.

-¿No se habrá pasado a la clandestinidad?

-No, no, en absoluto. Vive como una buena señora burguesa en el barrio La Comercial.

-¿Y Fillol no sospecha de ella?

-No me extrañaría que la Loba también trabajara para él. A ella sólo le interesa la guita, Francés, venga de donde venga.

Se volvieron a quedar los dos calados, bebiendo y fumando. Deluc miraba a la calle por la ventana. Por Mariscal Sucre subían y bajaban algunos aislados ómnibuses viejos y cansinos, que petardeaban entre vehículos particulares y taxis. Enfrente, en la esquina misma, al lado de un edificio despintado y agrietado, con un café de aire roñoso en los bajos, había una construcción pintada de rosa y celeste (o rojo y azul desgastados), con numerosas ventanas con los postigos cerrados y una amplia entrada para automóviles, por la que Deluc vio entrar a dos o tres taxis.

-¿Eso de allí es un meublé? –preguntó.

-Nuevecito –cabeceó Balcárcel-. ¿Y sabes cómo se llama?

-Ni idea.

-'Le dernier embras de Beaumarchais'. ¿Qué te parece?

-Ocurrente –dijo Deluc.

-Hablaré con la Loba, Francés –dijo después Balcárcel-. No te puedo garantizar nada, eso sí. Cabe que no trabaje para la Orga, o que, si de verdad lo hace, no pueda ponerse en contacto con el Chueco.

-Que le diga al Chueco que Deluc lo quiere ver. En las condiciones que a él le parezcan.

Con la quinta ronda de bebidas, hablaron de sueños. Balcárcel habló.

-Yo sueño en colores, Francés –dijo-. En Cinemascope y Technicolor, en realidad. ¿Tú?

-No creo –Deluc dudó-. Rara vez recuerdo lo que sueño.

-El cine nos ha cambiado, Francés. Hasta en lo que soñamos. O al menos en la forma en que soñamos. Planos y contraplanos, travellings, primeros planos, zoom, etc. Nuestro cerebro, al menos cuando sueña, se ha convertido en una sala de montaje.

-El tuyo, Chinatis.

-No creo que Balzac soñara así. El cine no existía. Y los sueños, Francés… ¿Qué diferencia hay entre vivir y soñar? Yo en ocasiones sé que estoy soñando despierto.

-Por eso haces fotonovelas, supongo.

Tras un instante, acaso de desconcierto, Balcárcel se carcajeó.

Los sueños…

Deluc percibía que había algo de premonitorio, acaso de agorero, en lo que Balcárcel le había dicho.

10.

De vuelta en el Centro, Deluc llamó por teléfono a su amigo Damián Cabrera.

-Necesito hablar de nuevo a Buenos Aires –le dijo.

Después de la aquiescencia de Damián, Deluc llamó a Graciela Ingold a su casa.

-Nos encontramos en la plaza Zabala a las siete y media –le dijo-. Trae a tu hermana. ¿Podrás?

-Está esperando ansiosa, Deluc.

En Buenos Aires, en el hotel Kilmarnock, Dorotea contestó a la llamada. Josefina se puso al habla de inmediato.

-Todo va camino de arreglarse muy pronto, Josefina –le aseguró Deluc-. Ten un poco más de paciencia.

-Ay, ay, Deluc –se quejó Josefina-. Quiero creerte.

Después la muchacha habló con su madre y con su tía. Deluc no estaba presente. Se había ido con Damián a beber unas cervezas.

-¿Te hace una dosis, Franchute?

-¿Por qué no, Damián?

V) LOS OJOS MUERTOS DEL CHUECO ALCORZA

1.

Un par de noches después (concretamente la del viernes 10 de abril) Deluc volvía al Palacio Lecumberri desde la redacción de El Manantial. Eran cerca de las tres de la mañana.

Deluc canturreaba:

Cuando voy a mi cotorro
Lo veo desarreglado
Todo triste, abandonado
Me dan ganas de llorar
Me detengo largo rato
Contemplando tu retrato
Pa' poderme consolar
De noche cuando me acuesto
No puedo cerrar la puerta
Porque dejándola abierta
Me hago ilusión que volvés

Siempre llevo bizcochitos
Pa' tomar con matecitos
Como cuando estabas vos
Y si vieras la catrera
Cómo se pone cabrera
Cuando no nos ve a los dos

Hasta entonces, Deluc no había tenido noticias de Balcárcel. Se decía que era muy pronto todavía para tenerlas, pero igual se sentía ligeramente inquieto. Si su gestión con Balcárcel le fallaba no sabía a qué otro medio recurrir para hablar con Alcorza. Y era necesario, era imprescindible que hablara con Alcorza. Porque Deluc tenía un pálpito, en efecto, como ya le había dicho a Maragall. Deluc tenía algo más que un pálpito, quizá. Tenía una borrosa certidumbre.

Deluc pensaba en el doctor Germán Lalandra, con quien nunca había hablado pero del que sabía muchas cosas. Sabía que era un hombre poderoso, más allá inclusive del Ministerio del Interior en el que hacía y deshacía. Sabía que era un hombre dominante y también despiadado, y que, como todos los seres muy ambiciosos, nunca daría remate a sus ambiciones. Se preguntaba si Lalandra sería capaz de camuflarse detrás de su hija en algo tan grave como un asesinato.

Deluc seguía canturreando:

Ya no hay en el bulín
Aquellos lindos frasquitos
Adornado con moñitos
Todos de un mismo color
Y el espejo está empañado
Y parece que ha llorado
Por la ausencia de tu amor

La guitarra en el ropero
Todavía está guardada
Nadie en ella canta nada
Ni hace sus cuerdas vibrar
Y la lámpara del cuarto
También tu ausencia ha sentido
Porque su luz no ha querido
Mi noche triste alumbrar

En ésas estaba Deluc, camino de su apartamento y de su cama, cerca de la esquina de Máximo Sarthou y Sarratea, a tres manzanas ya apenas de Palacio Lecumberri, cuando unos neumáticos repentinos chirriaron a su espalda contra el bituminoso. Un instante después, un automóvil oscuro se subía delante de él a la acera y le cerraba el paso. Del vehículo se bajaron dos hombres con la mitad de la cara tapada con pañuelos, como asaltantes de una película del Far West. Los dos esgrimían pistolas. Uno de ellos empujó acto seguido a Deluc contra la pared y el otro lo cacheó de las axilas a los muslos, rápida y eficazmente.

-Sube –le ordenaron.

Deluc obedeció. Dentro del vehículo, en el asiento trasero, había una tercera persona, de la que sólo se distinguía la silueta.

-Póngase esto.

Era una voz de mujer.

Las portezuelas se habían cerrado después que Deluc entrara en el vehículo, y los dos hombres enmascarados se habían sentado en el asiento delantero. El vehículo, de inmediato, se puso en marcha. Derrapó en la esquina de Máximo Sarthou y Paraninfo, al girar, y a cada metro ganaba velocidad, con el motor rugiendo, camino de la rambla.

Deluc había recibido de la mujer unas gafas, que se calzó en la nariz. Las gafas estaban tintadas de negro tinta china, de modo que le impedían ver nada.

-¿A dónde vamos? –preguntó.

-A ver a alguien –dijo la mujer.

-¿Señorita Merchán? Es usted, ¿verdad?

Deluc lo había preguntado por intuición, ya que nunca antes había escuchado la voz de Troya Merchán, al menos que él supiera. La mujer contestó con una ligera risita.

-¿Le importa que fume, señorita?

-Fume usted, si le apetece, Deluc, pero no trate de quitarse las gafas.

Deluc fumó un Singulares en silencio, hasta que sintió el calor vivo de la brasa en los dedos, de modo que lo dejó caer en el suelo del vehículo y trató de aplastarlo a ciegas con un zapato.

-¿Vamos a ver a Alcorza? –preguntó.

-Es lo que usted quería, ¿no?

-En efecto.

-No me parece un deseo muy inteligente, le diré.

-¿Por qué no?

-A Ricardo le desagrada la gente curiosa.

-Podía haberme ignorado, señorita Merchán.

-Por desgracia, él también siente curiosidad, Deluc.

-¿A dónde vamos? –preguntó Deluc, por segunda vez, y añadió-: ¿A algún lugar de la red de alcantarillado?

-No –dijo secamente la mujer.

2.

Viajaron en silencio un rato más, que Deluc calculó en unos veinte minutos. En algún momento pensó que necesitaba un trago, y la necesidad, con el paso del tiempo, se le hizo tan fuerte que sentía que el estómago se le arrugaba, como si un puño se lo apretara por dentro. Se preguntó vagamente si sería un efecto de la incertidumbre, si no del miedo.

Del rodar parejo sobre el asfalto y el bitumen o el macadán, con algunos cuantos baches aislados, el automóvil pasó, llegado un punto, a un desplazarse de forma más desigual, entre ahora numerosos baches y socavones seguidos, que sacudían a Deluc. Entonces circulaban, calculó éste, por caminos de tierra.

-Ya puede sacarse las gafas, Deluc.

El automóvil se detuvo en aquel momento. Parpadeando, Deluc giró los ojos por la oscuridad uniforme de la noche. Pesadas nubes escondían las estrellas; también acaso una improbable luna. Sólo se veía un pálido rectángulo amarillento de luz –una ventana parcamente iluminada- a una distancia incierta.

Deluc tanteó la manilla de la portezuela y se bajó. Las rodillas le crujieron al pisar sobre lo que calculó que eran terrones, guijarros y matojos. Oyó a un grillo cantar y sintió un viento a ráfagas, frío, en la cara. La mujer –ahora ya sus ojos la distinguían mejor- se había plantado a su lado. Su cara, en la desigual penumbra, exhibía una dura sonrisa, de la que rebrillaban los dientes.

-Ustedes guarden el auto, muchachos.

Estaba plantada junto a Deluc.

-Por aquí –le dijo, al tiempo que lo asía de un codo.

Deluc pisó lo que en seguida se le hizo un sendero de tierra apisonada.

Estaban en las afueras de la ciudad, en algún punto (calculó Deluc) al norte o a occidente de ésta.

-¿Dónde estamos? –preguntó.

-Nunca lo sabrá, Deluc –le contestó la mujer.

A Deluc ya no le caía ninguna duda, aunque sólo alcanzaba a distinguir de ella el contorno de la cara, el brillo de los ojos y el espejeo de los dientes en la sonrisa: era la Puma.

La cabaña estaba totalmente aislada, sin vecinos visibles en ninguna dirección. Deluc, la Puma y uno de los dos hombres armados (el otro habría ido a guardar el vehículo) se acercaron a ella por el invisible camino.

3.

Era una cabaña de techo plano, con la ventana iluminada a un costado de una difusa puerta, que se abrió cuando ellos (la Puma y Deluc) estaban aún a dos o tres pasos. Un hombre de aspecto nervudo y delgado se recortaba en el rectángulo de luz, con ésta a su espalda, por lo que sus facciones no se distinguían. Tenía las piernas visiblemente combadas.

-Deluc, el famoso periodista –dijo el hombre aún sin cara-. Encantado de verte, che.

Hablaba como si Deluc y él se conocieran de toda la vida. Deluc había entrado en la cabaña y el hombre lo miraba. Era Alcorza. Era un hombre pequeño, no más alto que Deluc, de rasgos finos y físico magro. Tenía una bailoteante sonrisa en los labios pero sus ojos no la acompañaban. Eran unos ojos que no expresaban nada: ni alegría ni tristeza; tampoco seguridad, desconfianza, rabia o miedo, ni siquiera indiferencia. Estaban muertos.

La cabaña era suscinta, más aún: era parca, casi pobre, espartana. El piso era de tierra endurecida, y en la pieza había un estricto moblaje: una mesa de aspecto descompensado, algunas sillas, un aparador de aire envejecido y casi ruin, un camastro contra una pared. Cortinas floreadas, muy deslucidas, colgaban al fondo y a un lado, a modo de puertas. Junto a la puerta que había franqueado Deluc, contra la pared, se apoyaba una metralleta. Sobre la mesa había dos negras pistolas y una granada. Clavada a una pared había una imagen del Che Guevara en colores, con una estrella roja en la gorra verde oliva y un mensaje:

EL CHE GUEVARA MUERE
PARA VIVIR

Había unos cuantos libros, mal alineados, sobre la tapa del cuerpo inferior del aparador. También un par de vasos con una costra que parecía de vino. Una estrella negra de cinco puntas, mal dibujada y chorreteada, destacaba en la pared del fondo, junto a la cortinita floreada.

-Me han dicho que querías verme, mesié.

Con la última palabra, que a Deluc le pareció que salía mordida, flotó un relente de desdén.

-Hay una pregunta que te quiero hacer, Alcorza.

-Y hay varias que quiero hacerte yo a ti. Sentémonos.

Con un ademan que tenía algo de amenazador, Alcorza indicó la mesa y las sillas. La Merchán fue la primera en sentarse, sonriente, con aquella sonrisa felina que era lo que, probablemente, le había ganado su temible apodo. Deluc se sentó también, recogiéndose al hacerlo los faldones del perramus.

-Nunca te quitas esa gabardina, ¿verdad?

-Nunca –corroboró Deluc.

Alcorza seguía de pie.

-Hay vino –dijo-. ¿Te apetece?

A Deluc le apetecía una grappa, pero igual asintió.

-¿Por qué no?

-Es vino peleón –dijo Alcorza.

Ya se encaminaba al aparador, a paso largo y lento, y abría el cuerpo superior de éste, cerrado por dos puertecitas con cristales polvorientos y dedeados.

-Estás tenso, Deluc –dijo la Merchán.

-No es para menos, ¿no?

-No tienes por qué tener miedo –dijo Alcorza, de espaldas a Deluc y a la mujer.

-No tengo miedo –dijo Deluc, y afinó-. No mucho, al menos.

-¿Tú estás con nosotros o con la policía? –preguntó la Merchán, de una forma que a Deluc le pareció demasiado directa.

-Soy periodista –dijo Deluc.

Alcorza ya estaba de nuevo junto a la mesa, en la que depositó una damajuana mediada, de tres litros, y otros tantos vasos dudosamente limpios.

-No lo presiones, muchacha.

-Es periodista –se burló la Merchán-. ¿Eso qué quiere decir?

-No lo presiones, muchacha –repitió Alcorza.

Había tomado asiento a la mesa y se preocupaba en destapar la damajuana y servir vino en los vasos.

-Es vino peleón –repitió.

-No me presiona –dijo Deluc-. Quería decir que, siendo periodista, señorita Merchán, no estoy obligado a decantarme ni por un lado ni por el otro.

-Si no fueras periodista, Deluc –dijo la Merchán-, ¿De qué lado estarías?

-Si no fuera periodista –farfullo Alcorza, al tiempo que trasegaba vino a su cuerpo-. Si no fuera periodista –repitió-. Qué fácil es eso, mesié. Me extraña en un tipo como tú. En este país, en estos momentos en que nos ha tocado vivir, hay que jugársela, che. Seas periodista, catedrático o compadre a la violeta.

Alcorza vació el resto de su vaso de un trago, o mejor dicho de un golpe. Se llevó el vaso a los labios, echó la cabeza atrás y, con un sacudón de muñeca, hizo saltar el vino del vaso a su boca. Acto seguido se volvió a llenar el vaso. Deluc no había tocado aún el suyo (ni ganas tenía). La Merchán tampoco.

-Hay que jugársela –repitió Alcorza.

-¿En beneficio de quién? –preguntó suavemente Deluc-. ¿Del pueblo?

-No del pueblo –se rió Alcorza, con espesos sonidos lúgubres-. El pueblo es una mierda, mesié, una mariconada. En beneficio de la revolución.

Alcorza miraba a Deluc con sus ojos muertos, que tenían la esclerótica amarillenta y eran en el centro muy oscuros, casi negros. Había sacado cigarrillos del bolsillo de su camisa, blanca y arrugada. Un cardigan sin abrochar le colgaba a los costados como alas atrofiadas, inservibles. Había algo de patético en la actitud del temible jefe de guerrilleros urbanos que le produjo a Deluc una especie de lástima que él no quería sentir.

-Salud –dijo, levantando al fin su vaso.

-La vanguardia revolucionaria –dijo la Merchán-. Eso es lo único que importa en estos momentos.

-Es decir ustedes –dijo Deluc-. Y Josefina Lalandra y Helena Lagoreiro. Dos eximias vanguardistas de la revolución, o revolucionarias de

la vanguardia, o como diablos se diga.

-Aquí no nos gustan los sarcasmos, ¿estamos? –amenazó la Merchán, con acento afilado.

-Déjalo, muchacha –se rió Alcorza-. Ladran, Sancho, etcétera. Perros que ladran, ya se sabe.

Alcorza vació de un trago su segundo vaso de vino –un trago idéntico con el que había vaciado el vaso anterior- y se sirvió un tercero. Sólo entonces encendió el cigarrillo, que ya hacía unos instantes que sostenía entre dos dedos. Fumaba Consejeros, rubios nacionales emboquillados aunque sin filtro. Su respiración siseaba ligeramente, de tanto en tanto. Deluc dedujo que Alcorza era un fumador empedernidos, a la par que un bebedor compulsivo. De cierta forma oscura lo entendía.

-¿Qué me querías preguntar, mesié Deluc, periodista?

-¿No te importa que te haga otras preguntas, antes?

-No te garantizo que las conteste.

-Cuando no me puedas contestar basta que te calles, Alcorza. ¿Te importa que te llame así?

-Nadie me llama así. Soy el Chueco, soy Patesko, soy también el Piamontés, por Garibaldi. Y sobre todo soy Serafín, que es mi nombre de guerra. Soy el Número Tres del Movimiento de Liberación Nacional, periodista. Puedo chasquear los dedos y tú dejas de vivir.

Deluc sintió ganas de reírse, pero se contuvo. Si en algún momento había sentido miedo (y en efecto, lo había sentido), ahora sólo sentía curiosidad, ganas de enterarse, de informarse, de saber. A pesar de que también tenía sueño, y hambre acaso (y ganas de ducharse), sentía que sus instintos de periodista, antes dormidos, se habían vuelto a despertar.

-¿Cómo reclutan ustedes a su gente, Piamontés?

-Eso me gusta –dijo Alcorza-. Aunque Serafín es mi verdadero nombre de guerra, como te he dicho, dentro de la Orga, el que prefiero es el de Piamontés. Me lo puse yo mismo, mesié, por Garibaldi. Porque Garibaldi, con todas sus lacras, fue un gran revolucionario, tanto aquí como en Italia, lo supiera él o no.

-Aquí peleaba por los colorados, Piamontés, no por ninguna revolución. Por el llamado Gobierno de la Defensa, cuando los blancos sitiaban Montevideo.

-No me des lecciones de historia, mesié.

-Lo siento. No era ésa mi intención.

-Aquí, Garibaldi peleaba por la colonia italiana, mesié, que es muy distinto que lo que tú has dicho. ¿Por qué crees tú que él y los suyos se ponían aquellas camisas rojas? ¿Por los colorados? No, no, no.

Alcorza movió un dedo didáctico.

-Aquellos italianos eran el amanecer de la revolución, mesié. Eran carbonarios mazzinianos, todos ellos. Eran todo lo que la revolución podía alcanzar a ser en sus tiempos. Hoy hemos avanzado un par de pasos más. Y más que avanzaremos en el futuro. El porvenir es nuestro, mesié.

-Gracias a Lenin –dijo Deluc-. Por no mencionar al pobre Carlos Marx.

-A Lenin, sí, y a Bakunin, a Trotsky, a Mao, a Fidel Castro, al Ché. A todos ellos. Y también, por supuesto, a mil nombres ignorados. O a diez mil.

-Y a Stalin –dijo Deluc-. Y Kruschev. Y Brazhnev.

-Ojo, mesié.

Las dos negras pistolas (y la granada) seguían allí sobre la mesa, junto a la damajuanita de vino, entre Deluc y la Puma, de un lado, y Alcorza, del otro. Éste, sin haber dicho más nada, acariciaba con suave ademán

deliberado y moroso, el cañón de una pistola. Miraba a Deluc, mientras lo hacía, recto a los ojos.

-Qué susceptibles que son ustedes –dijo Deluc-. ¿No fue el Che el que dijo que no importan las palabras, sino los hechos?

-A mí no me importa ni lo que digas ni lo que hagas, mesié –dijo Alcorza.

-Cuidado, Ricardo –advirtió la Merchán.

-¿Cómo reclutan a su gente, Piamontés? ¿No me lo puedes decir?

-¿Por qué no? ¿Nunca hemos intentado reclutarte a ti?

-No que yo sepa. ¿Por?

-Cumples las condiciones, mesié. Al menos superficialmente.

-Mira tú qué bien.

-Tenemos informadores en todas partes, mesié, tanto entre los rancheríos del norte de la ciudad, como en el Barrio de la Luna y en Los Pocitos.

-Así reclutaron a Helena Lagoreiro y después a Josefina.

-Así mismo, mesié. Yo no conozco los detalles, claro está. El Núcleo Duro, de los que llevamos armas y luchamos, lo formamos, en fin… Imagínate tú la cifra que quieras. Informadores y recaderos tenemos varios miles.

-¿Se han infiltrado en la policía, Piamontés?

-En la policía, en el ejército, en la prensa. En todas partes, mesié. Tengo entendido que tú eres muy amigo de ese cerdo de Fillol.

-Muy amigo no, en absoluto. Nos conocemos.

-¿Se fía de ti?

-No. Ni yo de él. ¿Por?

-No sé si creerte, mesié.

-Qué más da.

-No le irás con el cuento de lo que hablemos aquí a ese cerdo, mesié. ¿Verdad que no?

-Ve con cuidado, Ricardo.

-Sé lo que hago, mujer.

-¿Hablamos de Pérez Moles, Piamontés?

-¿Por qué no?

-¿Lo mataron ustedes?

-¿Para qué lo íbamos a matar, mesié? Nos era útil. Estarás enterado de lo de las piedras preciosas.

-Sabes que sí.

-Tenemos que venderlas, poco a poco. Es demasiado complicado cargar con ellas. Un día las encuentra la policía y se acabó el pastel, mesié.

-Sé que no las tienen todas juntas, en un mismo sitio.

-¿Lo sabes cómo?

-No te tengo por un idiota, Piamontés.

Entonces Alcorza se rió, con una risa alta y seca, y la Merchán le hizo coro. En aquel momento entraron los dos pistoleros, ya sin los pañuelos sobre la cara. Entraron sin llamar y uno de ellos se encaminó al aparador, del que recogió dos vasos. El otro se había quedado junto a la puerta, con los brazos caídos y una expresión neutra (de hecho casi estúpida) en una cara de rasgos amorfos y crudos.

-Hemos escondido el auto, Serafín –informó.

-Muy bien, Corso.

-Hemos venido a tomar un vinito –dijo el Corso.

El que hablaba, el Corso, se había plantado junto a la mesa y había agarrado la damajuana. Era un tipo de poderosos pectorales, cara impávida y pelo rubión ralo. Tenía unos ojos pálidos y abultados, labios gruesos y

nariz torcida de boxeador. La chaqueta le colgaba laxa a los lados, y en uno de los bolsillos se notaba el bulto de la pistola.

-Váyanse a beber fuera, muchachos –dijo la Merchán.

Los dos salieron con su vino. No habían mirado a Deluc ni una vez.

-Volvamos a lo nuestro –dijo Deluc.

-¿A Pérez Moles? ¿Sabes, mesié? No nos costó tentarlo con las piedras preciosas.

-¿Tú hablaste con él?

-Yo mismo, aunque las negociaciones las iniciaron otros. Yo mismo hablé con él, como te he dicho. También hablaron con él Pascual y Andrés, es claro.

-¿Lasarte?

-Lasarte y otro, nuestro Número Dos.

-El Tesorero.

-El Encargado de Finanzas. No te diré su nombre, mesié.

-Tampoco me interesa.

-A ese cerdo de Pérez Moles se le hacía la boca agua, te diré. Tenía a su gente, tenía los contactos para sacar las piedras del país.

-Ustedes no confiaban en él.

-Nosotros no confiamos en nadie, mesié. Y menos en un cerdo como Pérez Moles. Lo teníamos que tener lo más controlado posible. Yo mismo dirigía la operación.

-¿La idea de involucrar a Josefina fue tuya?

-Fue mía –dijo la Merchán.

-¿Qué importa de quién fue? –dijo Alcorza, de mal modo-. Ahora todo se ha ido al garete. Tenemos que encontrar otra vía de salida para las piedras.

-Tenían vigilado a Pérez Moles –dijo Deluc-. Una parejita que ocupaba una casa frente a la del comisario. Te vieron a ti allí un par de veces, Piamontés.

Alcorza se encogió de hombros.

-¿Para qué querían a Josefina?

-Teníamos que cubrir todos los ángulos, mesié. La muchacha cumplía los requisitos. No fue fácil reclutarla, por lo que tengo entendido, pero a la larga la nena entró en el juego. Suele funcionar, ¿sabes? La lucha generacional, mesié. Es como un acné burgués. Odio a papá, mesié. Lo cual nos viene muy bien.

-¿Tu camarada Blanca qué vio, aquella mañana?

-Vio a Josefina.

-Sé que vio algo más –dijo Deluc-. Ella y su compañero, que supongo que era Augusto.

Alcorza parpadeó.

-¿Qué más da quién fuera, mesié?

-Tienes razón, Piamontés. ¿A quién más vieron?

-¿A quién crees tú que vieron, mesié?

-¿Me lo dirás si acierto?

Alcorza se tomó tiempo antes de decir nada. La Merchán estaba sentada rígida y alerta en su silla. Alcorza vació los últimos chorros de vino en los tres vasos y extrajo otro cigarrillo de su cajetilla, que había quedado sobre la mesa. Deluc se lo encendió con su falso Zippo.

-¿A quién vieron, mesié?

-¿Me lo dirás? –repitió Deluc.

-Supongo que sí.

-Vieron al doctor Lalandra, y no por primera vez.

-No por primera vez –dijo la Merchán.

-Lo vieron antes que a Josefina, aquel domingo.

-En efecto, mesié. Lo vieron antes… y después.

-¿Oyeron el tiro?

-No. Había una moto que atronaba.

-¿No sería otro de ustedes?

Alcorza se carcajeó.

-No, mesié. Era un pibe que vive allí cerca. Volvía a su casa. Noche de sábado, tú entiendes. No era la primera vez. Al pibe le gusta darse unas vueltas en moto antes de meterse en el sobre. También lo teníamos controlado, por las dudas.

Alcorza vació su vaso con su habitual golpe de muñeca. Se pasó una mano por la boca y sonrió sólo con ésta. Sus ojos seguían igual de muertos que antes.

-¿Tú cómo sabes lo de Blanca? –preguntó-. ¿Te lo dijo Fillol?

-Me lo dijo Corróchano, el inspector.

-Ese detective grande y sucio, sí.

4.

Clareaba cuando Deluc volvió por fin al Palacio Lecumberri. En esta ocasión sólo lo acompañaron los dos pistoleros, que no dijeron ni una palabra a lo largo del viaje. Obediente, Deluc se había puesto las gafas tintadas al meterse en el vehículo, y aunque se las pudo haber quitado, ya que viajaba a solas en el asiento trasero, prefirió no hacerlo. Cuando se las quitó ya estaban en el centro de la ciudad. El automóvil lo dejó en la puerta misma del Palacio Lecumberri.

-Que tengas felices sueños, periodista –se despidió uno de los matones.

5.

Eran poco más de las ocho de la noche, al otro día, cuando Deluc, por una vez bien dormido y descansado, se presentó en el Neutral. Maragall estaba sentado a una mesa, con otra gente: Bebe Varela, Marganesi, la muy atractiva Nadina Olmedar y Juanote Frutos, un periodista de La Voz del Plata. Con su grappa con campari ya en la mano, Deluc se les arrimó. Había oído, al acercarse, que Marganesi decía:

-La piba está complicada. De eso no hay dudas.

-¿De qué piba hablabas, Marga? –preguntó Deluc.

Aún seguía de pie y sonreía.

-De la tuya, Franchute –dijo Marganesi, alzando la mirada-. De la hija del doctor Lalandra, a la que tú ayudaste a largarse a Buenos Aires.

Deluc arrastró una silla de una mesa próxima y se sentó a horcajadas, con los brazos apoyados en el respaldo y a cierta distancia del círculo que formaban los demás.

-Hoy mismo –dijo Marganesi- Corróchano me ha dado el visto bueno para que se publicara. 'Periodista de este matutino involucrado en la fuga de una sospechosa de asesinato'. Al perro no le hace maldita la gracia, pero lo tendremos que publicar, porque la noticia saldrá esta misma noche en la radio y la televisión, y mañana la recogerán todos los periódicos. Supongo que no te molesta, Franchute.

-Me da igual.

-Y aunque te moleste te jodes, Franchute –Marganesi se rió, con su desagradable risa aguda-. ¿Alguien paga la del estribo?

-La pago yo, Marga –dijo Deluc.

-¿De verdad esa chica está complicada, Deluc? –preguntó Nadina Olmedar.

-No –dijo Deluc-. Las reclamaciones por difamación llegarán en su día.

-¿Qué reclamaciones? –saltó Marganesi-. Yo sólo informaré de lo que me ha dicho la policía, oficialmente. Ya he hablado con el perro, como te he dicho, Franchute.

-Yo nada tengo que ver con eso, Marga, pero el doctor Lalandra, como tú bien sabes, tiene una mano muy larga.

-¿Y qué?

-Que todos los que acusen a su hija saldrán perjudicados, Marga, incluyendo a Corróchano. De modo que guambia con lo que escribes, che. Es sólo un pequeño consejo que te doy.

El mesero Rafael, encorvado y sonriente, ya estaba junto a ellos. Bebe Varela enumeró el pedido, para todos, y Maragall apostilló:

-Esta ronda la paga el Franchute.

Marganesi parecía preocupado.

-¿Tú que sabes, Franchute? –preguntó.

-Sé que Josefina Lalandra no tiene nada que ver con la muerte del comisario Pérez Moles. Te anotarás un punto si lo haces entender en tu crónica, Marga.

-No sé, Franchute. ¿No me puedes dar detalles?

Marganesi parecía a medias convencido, aunque de mala gana. Deluc lo estudió por unos instantes. Los ojos de Marganesi se habían vuelto huidizos, y una ligera pátina de sudor le daba brillo a su frente, estrecha y con largas arrugas horizontales. Marganesi, por lo demás, se tironeaba con un dedo del labio superior. Todo en su actitud reflejaba indecisión y

ansiedad. Era uno de esos tipos que se tomaban muy en serio lo que hacían. En opinión de Maragall (según recordó Deluc) no los podía haber peores.

-Di que has hablado con ella en Buenos Aires y que lo que te ha dicho te ha convencido. Es una víctima de las circunstancias, Marga. Te lo aseguro.

-¿Qué iba a hacer a lo de Pérez Moles aquel domingo, tan temprano? ¿Lo sabes?

-Iba a ver al hijo del comisario, Marga. Eran medio novios.

-¿Lo iba a ver a las siete de la mañana, Franchute?

-¿Por qué no? Tenían pensado darse un paseíto por la playa.

-Yo no creo –intervino Nadina Olmedar- que esa chica tenga nada que ver con ese asesinato. Pérez Moles bien muerto está, por cierto. Se lo merecía. Pero no creo que lo haya matado esa muchacha. Yo misma lo escribiré bien claro en Nuevo Tiempo. Léelo el jueves.

-Para el jueves falta un siglo, Nadina –dijo Maragall.

-No sé –Marganesi aún dudaba-. Al fin y al cabo –añadió-, todo depende del perro.

-Yo hablaré con él, Marga –le aseguró Deluc.

-¿Subes? –le preguntó Maragall, ya de pie.

-Subo también –dijo Marganesi.

-Yo me quedo –dijo Bebe Varela-. ¿Tú, Nadina?

-Tengo que hablar con Godoy –dijo Deluc-. Oye, Nadina…

-Dime, cielo.

-Si el Chino se aparece por aquí, dile que bajo en seguida.

-Sólo me quedaré cinco minutos, cielo.

-Por las dudas.

Cuando Marganesi se separó de ellos, ya en la redacción, Maragall le preguntó a Deluc:

-¿Tanto te importa lo que escriba Marganesi, Franchute?

-Quiero estar a bien con el doctor Lalandra, Maragall. Pienso hablar con él mañana.

-¿Y con Alcorza?

-Con Alcorza hablé anoche.

Maragall emitió un corto silbido.

-¿Qué te dijo?

-No sólo vieron a Josefina, aquel trágico domingo. Otra persona entró antes que ella en casa de Pérez Moles.

-¿Quién, Franchute?

-Te sorprenderá, Maragall.

-¿Quién?

-¿No se lo dirás a nadie?

-A nadie.

-Lalandra.

Maragall emitió otro corto silbido.

-La pipeta –dijo.

-Otra cosa, Maragall.

-Tú dirás.

Se habían metido los dos, para entonces, en el claustrofóbico cubículo de Maragall. Rubén Pérez los miraba, algo ceñudo.

-Quiero que localices a Millares, esta noche. Te tiene en alto concepto, Maragall.

-Porque lo voté, en el sesenta y dos –dijo Maragall-. Quiero decir que voté a la lista de Vallarta y Val Gurméndez, en la que Millares era candidato a diputado. Lo eligieron.

-Quiero que lo localices y que le digas que mañana quizá necesite que le apriete las tuercas a Lalandra. Pregúntale dónde lo tengo que llamar entre

las tres y las cuatro de la tarde.

-A esa hora estará en su casa, seguramente.

-Que te deje un teléfono. Te llamaré.

-No antes de mediodía, Franchute.

-Tranquilo.

Deluc subió acto seguido al cubil de Godoy.

-Vaya, Francés –dijo Godoy, sarcástico-. Qué sorprendente visita.

-El inspector Corróchano, según tengo entendido –dijo Deluc, sin perderse en preámbulos-, ha dado vía libre para que se señale a Josefina Lalandra como sospechosa del asesinato de Pérez Moles.

-Y a usted como inductor de la fuga de esa muchacha a Buenos Aires, Francés.

-De eso que se diga lo que se quiera, Godoy, pero la muchacha es totalmente inocente. Se lo garantizo.

-Estaba allí aquella mañana, según se ha afirmado. Al parecer hay testigos.

-Estaba allí, en efecto, pero iba a ver a su novio.

-¿El hijo del comisario?

-El mismo. Pensaban darse un paseo matinal por la playa.

-Eso no me lo creo, Francés –dijo Godoy.

-Eso es lo que Marganesi está dispuesto a asegurar, siempre que usted lo autorice.

-¿Usted me garantiza de verdad que esa joven no es culpable, Francés?

-No es culpable de nada que no sea el amor, Godoy.

-En ese caso, Francés…

-Algo más, Godoy. Necesito tomarme esta noche libre.

-Pero muchacho…

-Lo necesito, Godoy.

-¿En beneficio del periódico, Francés?

-Quizá.

-Usted iba a ir esta noche a la rueda de prensa del nuevo ministro de Interior. Es a las diez.

-Para salir en directo por televisión, ya sé.

-Quiero que asista usted, Francés.

-Mande usted a otro, Godoy. ¿Qué más da?

-Me gusta cómo les pone usted los puntos sobre las íes a esa pandilla de ignorantes que son nuestros gobernantes, Francés. Y este nuevo ministro… ¿Qué opina usted?

-¿De Prósper? Fue un jefe de policía de lo peorcito, Godoy. No creo que lo pueda hacer aún peor como ministro, aunque entre nosotros todo es posible.

-Lárguese, Francés. Por cierto, ¿puedo saber qué va a hacer, o son mujeres?

-Voy a una fiesta, Godoy.

VI) LAS AGONIAS DEL DOCTOR LALANDRA

1.

Como muchísimas personas muy ambiciosas (si no todas: vide Alejandro de Macedonia, Goebbels y Napoleón, los tres con complejo de petisos), el doctor Germán Lalandra era, en el fondo, un hombre muy inseguro, punto más que un pusilánime. La ambición en sí era la única meta de su vida desde que era un joven estudiante de derecho.

Hasta aquí el texto dejado por el autor

Así termina la novela, según las notas que dejó Álvaro

Deluc se reúne con Lalandra, quien reconoce que él mató al comisario. Le dice inclusive de dónde sacó la pistola.

Al otro día lo llamó Balcárcel, sobre las tres de la tarde. Lo despertó. Deluc entonces estaba solo, aunque Rosa Luna había quedado en ir a verlo a las cuatro y media. La mujer había estado cuarenta y ocho horas enfadada, por culpa de Helena Lagoreiro. Deluc pensó que era ella al levantar el teléfono.

-Deluc –gruñó.

-¿Cómo estás, Francés?

-¿Chino?

-¿Qué otro, Francés? Sé que anoche tuviste una reunión entretenida.

-¿Para eso me llamas, Chino?

-Para invitarte a otra reunión, Francés.

-¿Qué reunión?

-Canal Seis cumple hoy diez años de emisión, Francés. Esta noche van a dar una fiesta. ¿Qué te parece?

-Esta noche trabajo, Chinatis.

-¿No te la puedes tomar libre? Te convendrá.

-¿Por qué?

-Alguien con quien quieres hablar acudirá a la fiesta de Canal Seis.

-¿Quién, Chinatis?

-El doctor Lalandra, Francés. ¿Te interesa hablar con él o me equivoco?

-¿Tú lo conoces?

-No mucho. Lo conozco muy poco, en realidad. Igual te lo puedo presentar.

-¿Sabes si el senador Millares también asistirá?

-No tengo ni idea, Francés. ¿Por?

-Ya te lo explicaré.

-El que seguro que asiste es Val Gurméndez, que también es senador. ¿Te sirve?

-Creo que no, Chinatis.

-¿Te puedes tomar la noche libre?

-Supongo que sí.

-Nos vemos entonces a las nueve, en el Neutral.

Balcárcel colgó sin despedirse y Deluc se fue a duchar. Puntual, a las cuatro y media, apareció Rosa Luna.

La pistola 22 se la da lalandra a juan andrés. La saca del museo criminológico del ministerio, a sabiendas de que nunca podrá ser identificada.

Suicidio de lalandra

El dr gl ajustó su libreta oficial de notas y su agenda oficial de reuniones y citas encima de la cubierta de cuero lijado de carpincho nonato y cordobán español de su escritorio; colocó el teléfono oficial y el de comunicaciones privadas en sus sitios exactos en el escritorio y comprobó que todos los cajones de éste, menos el último de la derecha, estuvieran adecuadamente cerrados.

El dr iba vestido con uno de sus trajes de raya diplomática, cosidos a su medida en la sastrería Hnos Menzú, de bs as. Llevaba una corbata azul entero, camisa blanca con pálidas franjas celestes y gemelos con hipocampos de plata. Los zapatos se los había hecho lustrar en la cercana plaza cagancha, por el Colacho, su lustrabotas desde hacía veinte años.

Del pequeño mueble bar que había traído al ministerio hacía dos décadas, el dr sacó la botella de XX y un vaso alto, en el que vertió 4 dedos de licor. Lo paladeó chasqueando la lengua.

Después, pulcramente, extrajo una hoja del calendario abierto de anilla que tenía enfrente (era la de la fecha, el día x de abril) y empleando su montblanc de color gris con capuchón de oro, escribió, con letra clara y legible:

> Lo siento por lo que ha pasado mi inocente hija josefina.
> También por mi ex amigo aquilino, por mi ex mujer cristina ingold y en fin, por nadie más. No en todo caso por mí.
> Yo maté al comisario pm, el pasado 28 de marzo, un domingo, a 1ª hora del día.
> Ésta es una confesión que yo hago con plena lucidez y un minuto antes de mi muerte (se la puede considerar, pues, in articolo mortis).
>
> Firmo y rubrico,
>
> A x de abril de 1971,

Germán lalandra Vidaurreta
Secretario técnico
del m del i.

acto seguido, el dr l abrió el último cajón de la derecha de su escritorio, sopesó en su mano el negro y pesado s y w de cal 38, cerró con dos vueltas de llave el cajón, se llevó el arma a la sien derecha y se disparó un tiro.

Nadie se creerá esta jodida confesión, dijo corrochano, pero en fin, verraszto, habrá que hacerla valer. Dígale a ese jodido periodista franchute que la muchacha puede volver.

Como usted mande, inspector, contestó verraszto.

VII) El perro del comisario

Deluc con la familia de Pérez Moles. La viuda está borracha. Los hijos reconocen que ellos mataron al comisario, pero no especifican cuál apretó el gatillo.

Deluc escribe la crónica para la Worldwide, como si Lalandra fuese el asesino. Nadie lloró, etc.

VIII) Epílogo.

Avanza en el tiempo hasta la restauración de la democracia y el triunfo del frente amplio en 2004. Mezcla los acontecimientos históricos con otros que involucran a Deluc, Maragall, Josefina, etc.

FINAL

Nadie lloró al comisario apm cuando lo mataron. No lo lloró su viuda ni lo lloraron sus hijos. No se derramó una lágrima por él en el nutrido cuerpo de policía de montevideo. Tampoco lo lloraron sus cómplices, compinches, soplones y correveidiles. Acaso los únicos que lo lloraron fueron su pastor alemán Campeón (Champion) y su canario Pepito (Joey)

LETRAS DE TANGO

La colombina está triste y da pena
Pobrecita nena
Tan linda y tan buena
Ella que fue reina de la alegría
Sus gracias lucía
Y siempre reía
No quiere cantar
No quiere reír
Tan grande es la pena
Que la hace sufrir
Que en vez de cantar

Y en vez de reír
Le pide al Supremo
La deje morir…

Garufa, pucha que sos divertido
Garufa, vos sos un caso perdido
Tu vieja dice que sos un bandido
Porque dice que te vieron
La otra noche…
En el Parque Japonés
Con un feca con chele
Y una ensaimada
Vos te venís pa'l trocen
A farolear
Tenés más pretensiones
Que bataclana…
Y te llaman Garufa por lo bacán

Se acabaron los otarios
Que en otros tiempos había
Los chochamus de hoy en día
No son giles…al contrario
Se acabaron los otarios
Que los salgan a buscar
Con linterna y con candiles
Que aunque tengan quince abriles
No los podrán encontrar
Con que al campo a cachar giles
Con sus gracias juveniles

Que así nos van a cachar

Cararrota, que no te perdés ni una
Cuando hay algo de garrón
Cararrota, que en tu vida no has garpado
Ni por equivocación
Garronero
Que aparecés de improviso
A la hora de morfar
Cararrota, conseguí un nuevo acomodo
Porque te van a largar
Los amigos ya te han dado bien la cana
Que te hacés el mortadela
A la hora de formar
Y es por eso ché mostaza
Que si no cambiás de rumbo
Los chochamus pronto te van a gritar
Che tunante
Te inviutás siempre vos solo
No hay milonga ni casorio
Donde no te entreverés
Con tu cara de cemento
Soportás que todos digan
Qué careta
Cuándo se irá de una vez
Che atorrante
Vos sos una cosa seria
Empezá a hacer el bagayo
Y rajá lejos de aquí

Que si no verás que pronto
Hasta los pibes del rioba
Al junarte
Te canten todos así

Fierro chifle
Por favor hacete a un lado
Fierro chifle
Que nos vas a contagiar
Toquen fierro (Madera, madera)
Que aquí cerca está la yeta
Hagalé una gambeta
Quien no quiera en la pileta
Tristemente naufragar

Estampilla, vos sos un gran pegote
Vivís siempre de cogote
Y donde quiera te enchufás
Sin grupo que secás
Ya me tenés palmáu
Que no haya un auto
Que te cache de costáu
(Me cache en dié)
Estampilla, si doy algún mal paso
Y algún día yo me caso
A la fiesta no faltés
Me juego cinco a diez
Que a la hora de atorrar
Debajo el catre vas a estar

Varón, pa’ quererte mucho
Varón, pa’ desearte el bien
Varón, pa’ olvidar agravios
Porque ya te perdoné
Tal vez no lo sepas nunca
Tal vez no lo puedas creer
Tal vez te provoque risa
Verme tirau a tus pies
Es fácil pegar un tajo
Pa’ cobrarse una traición
O confiar en una daga
La fuerza de una pasión
Pero no es fácil cortarse
Los tientos de un metejón
Cuando están bien amarrados
Al palo del corazón

Uno busca lleno de esperanzas
El camino que los sueños
Prometieron a sus ansias
Sabe que la lucha es cruel y es mucha
Pero lucha y se desangra
Por la fe que lo empecina

La percanta está triste
Qué tendrá la percanta

Pero no ves, otario engominado

Que la razón la tiene el de más guita
Que la honradez la venden al contado
Y la moral la dan por moneditas
Que no hay ninguna verdad que se resista
Frente a diez mangos moneda nacional
Vos resultás haciendo el moralista
Un disfrazao sin carnaval
No te das cuenta que sos un engrupido
Te crees que al mundo lo vas a arreglar vos
Si aquí ni Dios rescata lo perdido
Piantá de aquí, hacé el favor

Fue una noche más tristona
Que la pena que me aqueja
Arregló su bagayito
Y amurado me dejó
No le dije una palabra
Ni un reproche
Ni una queja
La miré que se alejaba
Y pensé: Todo acabó
Si me viera estoy tan viejo
Tengo blanca la cabeza
Será acaso la tristeza
De mi negra soledad
O será porque me cruzan
Tan fuleros berretines
Que voy por los cafetines
A buscar felicidad

Bulincito que conoces
Mis pasadas desventuras
No te extrañe que ande solo
Es tan grande mi dolor
Si me faltan sus caricias
Su consuelo su ternura
Qué me queda ya a mis años
Si mi vida está en su amor
Cuántas noches voy vagando
Angustiado y silencioso
Recordando mi pasado
Con mi amiga la ilusión
Voy en curda no lo niego
Que será muy vergonzoso
Pero llevo más en curda
A mi pobre corazón.

Ahora vas con los otarios
A tirarte de bacana
En lujosos reservados
Del Petit o del Juliette
Y tu vieja pobre vieja
Lava toda la semana
Pa' poder parar la olla
Con pobreza franciscana
En el viejo conventillo
Alumbráu a kerosén
Yo me acuerdo no tenías
Casi nada pa' ponerte

Hoy usás ajuar de seda
Con rositas rococó
Me revienta tu presencia
Pagaría por no verte
Si hasta el nombre te han cambiado
Como ha cambiado tu suerte
Ya no sos mi Margarita
Ahora te llaman Margot

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten alvarocastillo.net

---

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.